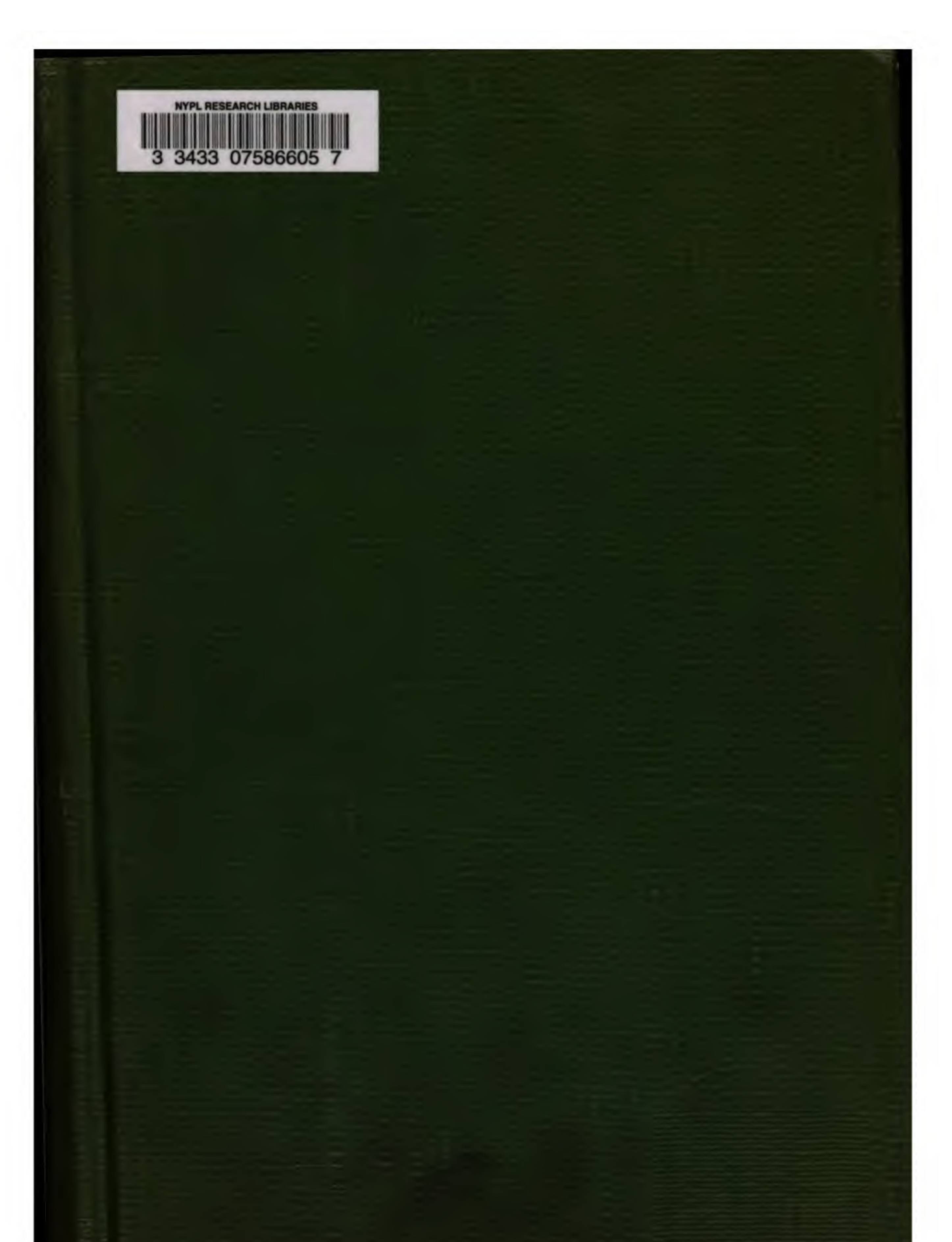
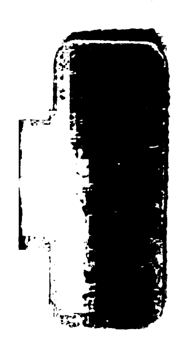
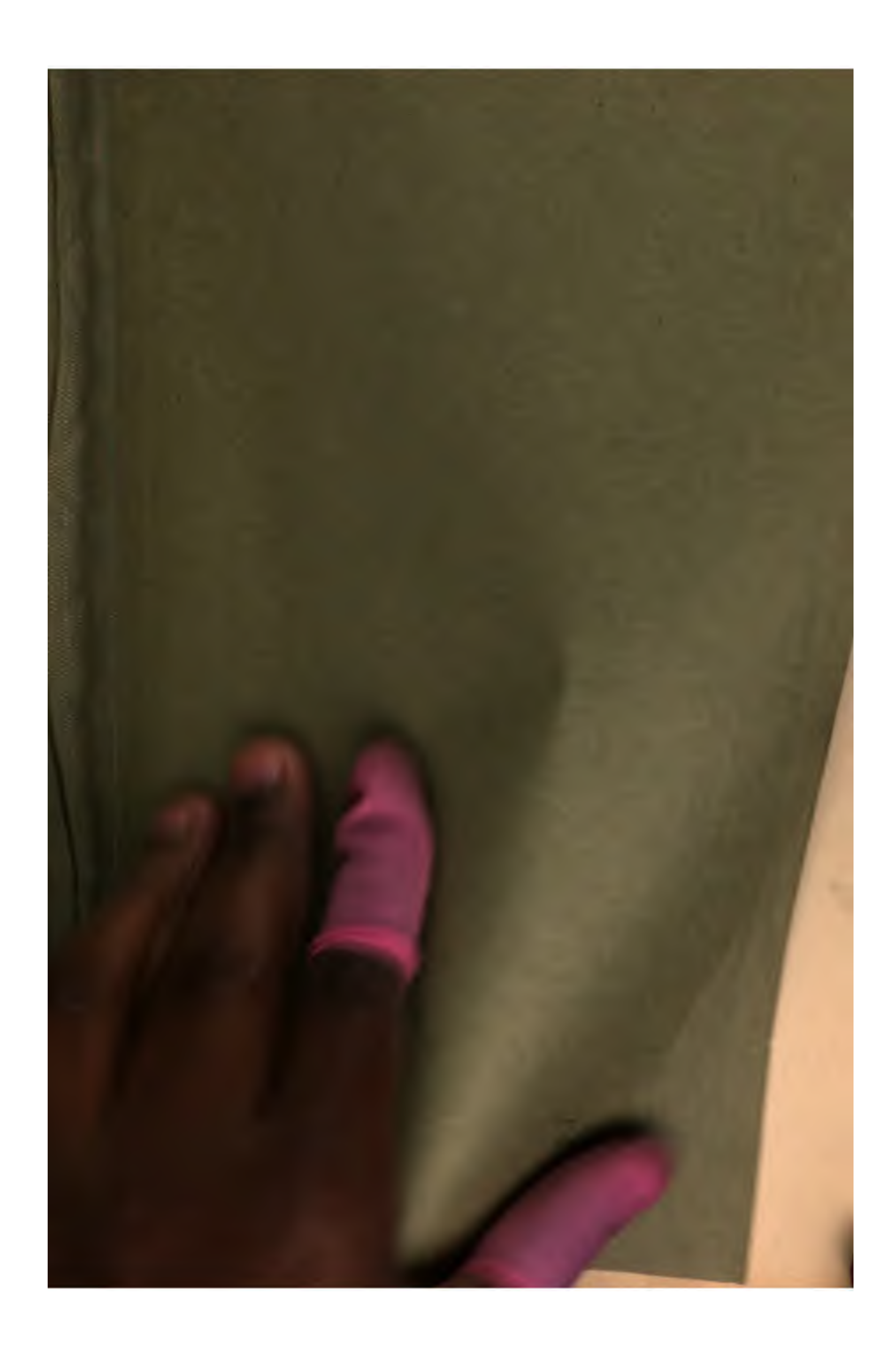
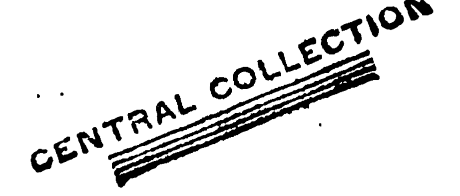








OBRAS DE DON JOSÉ ZORRILLA



MANUEL P. DELGADO, EDITOR

OBRAS DRAMÁTICAS

Y LÍRICAS

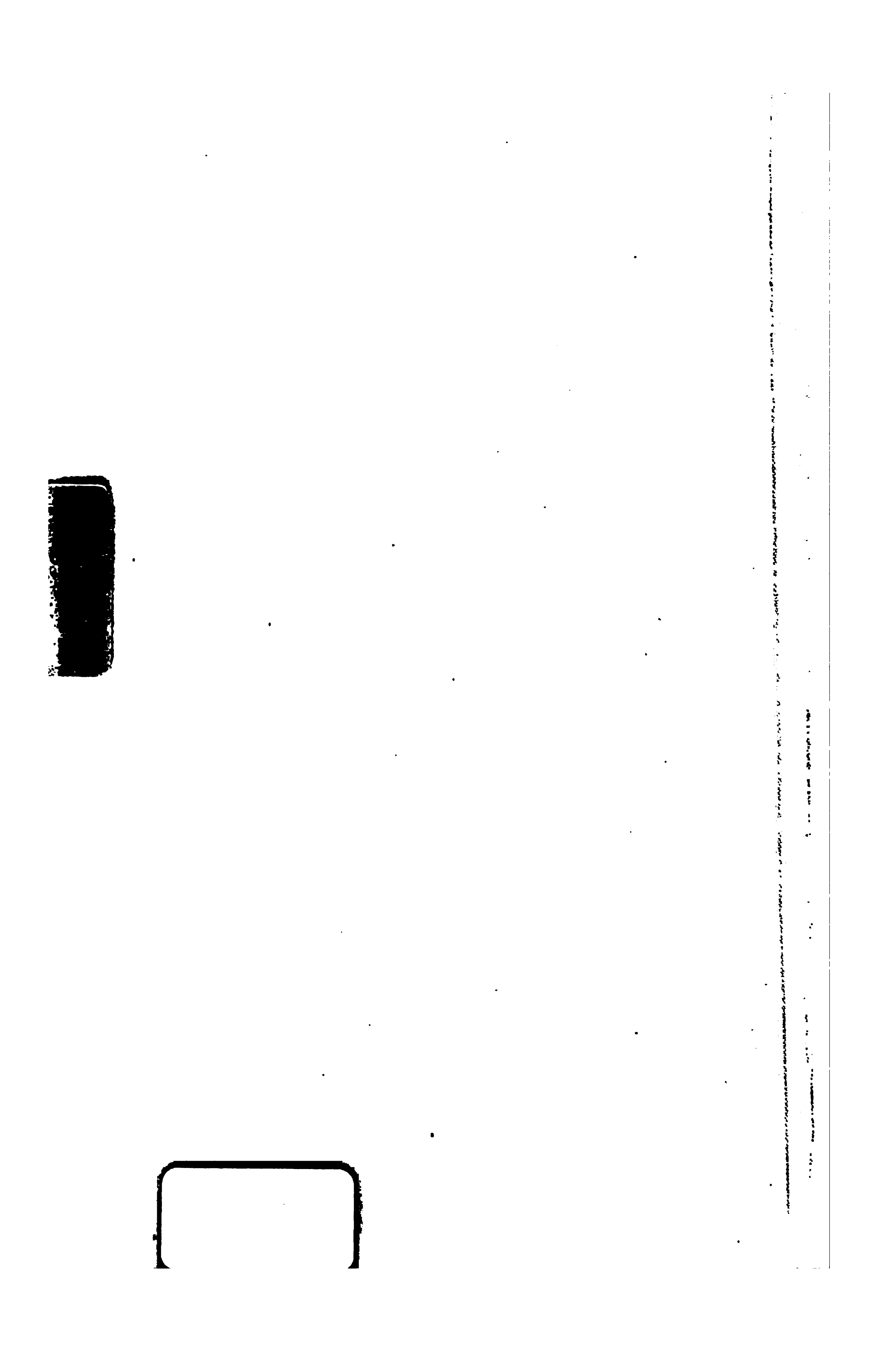
DE

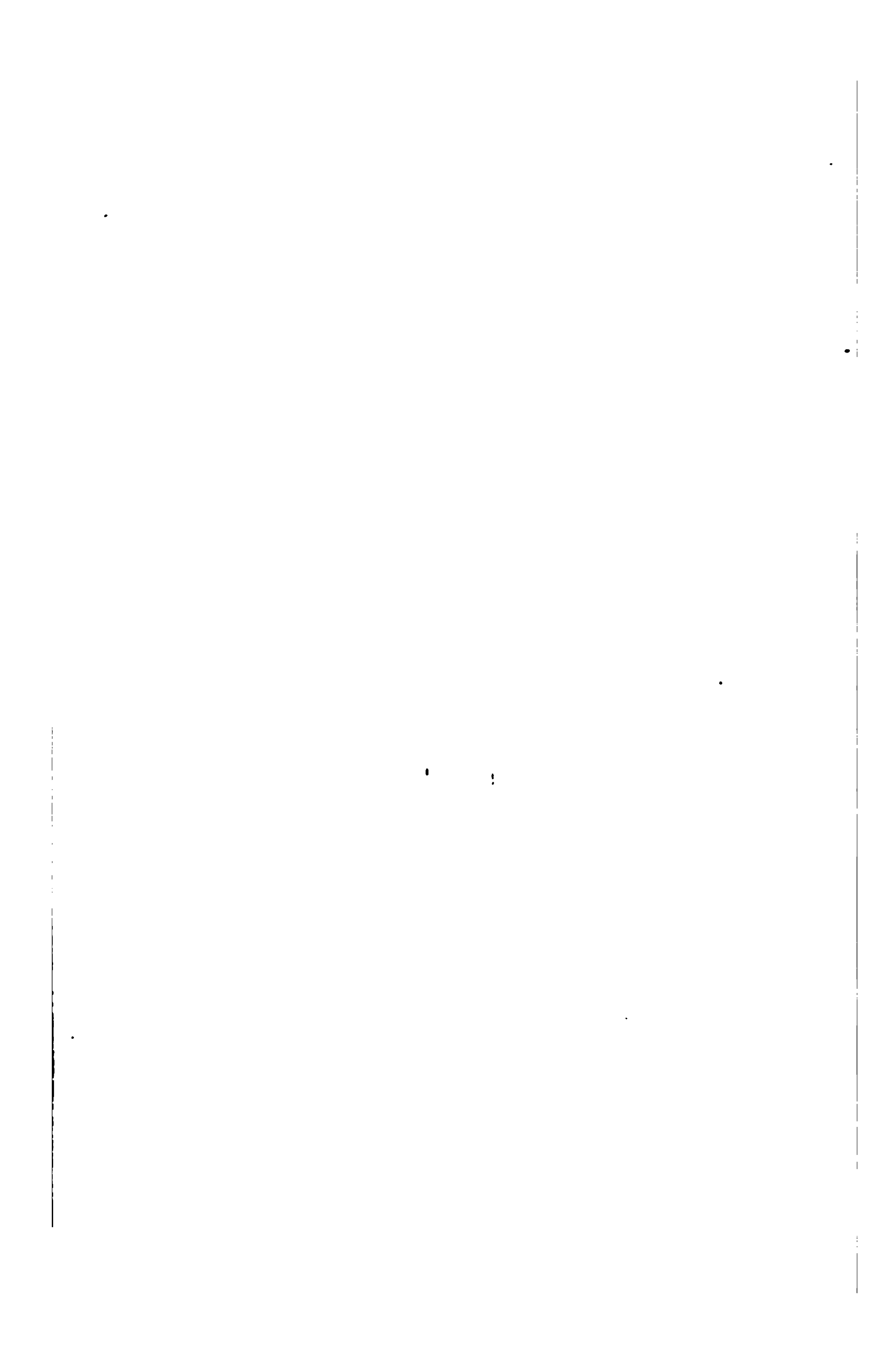
DON JOSÉ ZORRILLA y Moral,

TOMO SEGUNDO

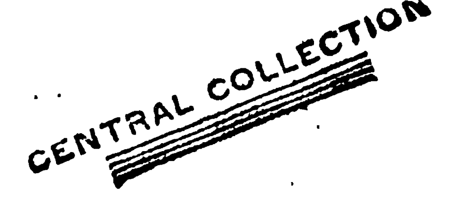


MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS SUCESORES DE CUESTA
CALLE DE LA CAVA-ALTA, NÚM. 5
1895





OBRAS DE DON JOSÉ ZORRILLA



MANUEL P. DELGADO, EDITOR

OBRAS DRAMÁTICAS

Y LÍRICAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA

TOMO SEGUNDO

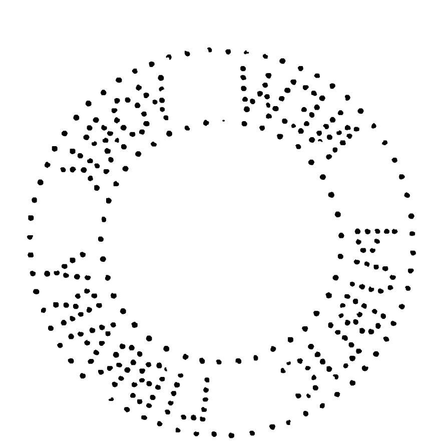


MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS SUCESORES DE CUESTA

CALLE DE LA CAVA-ALTA, NÚM. 5

1895



EL ALCALDE RONQUILLO

ó

EL DIABLO EN VALLADOLID

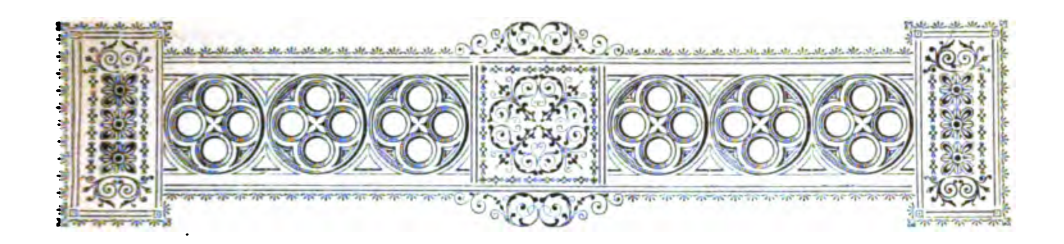
DRAMA EN CINCO ACTOS

PERSONAJES

Don Rodrigo del Ronquillo, *Alcalde de casa y corte.*
Van-Derken.
Un espía de Felipe II.
Roberto.
El Doctor Robles.
Don Luis de Valdés.
Gil.
El Hermano Juan.
Embozado 1.°
Embozado 2.°
Embozado 3.°
Cabo de las rondas del Alcalde.

Soldados, músicos, rondas, enmascarados y alguaciles

La escena en Valladolid, Septiembre de 1559.



EL ALCALDE RONQUILLO

ACTO PRIMERO

Plazuela en Valladolid, formada por los tres edificios siguientes: 1.° Á la derecha, una casa de buena apariencia, con puerta y balcón practicables.—2.° Á la izquierda, una casa de mezquina apariencia, con puerta y ventana baja practicables; sobre la puerta un rótulo que dice: «Taberna y Hostería».—3.° En el fondo, una casa en estado casi ruinoso, cuyas ventanas bajas están tapiadas, y las altas y puerta cerradas y clavadas con travesaños de madera, y selladas todas con la cruz de la Inquisición. Sobre la puerta un rótulo que dice (en letras de no muy grandes dimensiones): «Casa del diablo».—Esta casa forma dos calles que se pierden por el fondo, con las paredes de otras dos casas inmediatas, en una de las cuales (en la de la derecha) hay una puertecilla, y las paredes que la forman con tapias de un jardín.—Las casas de la derecha y de la izquierda forman también, con estas últimamente citadas, otras dos calles laterales por donde se sirve la escena.—Al levantarse el telón en este primer acto, se ve salir al Alcalde Ronquillo de su casa, que es la de la derecha, é ir á llamar á Roberto á la suya, que es la taberna.

ESCENA PRIMERA

RONQUILLO *y* ROBERTO

RONQUILLO

Roberto.

ROBERTO

Señor.

RONQUILLO

Tan presto
tienes cerrada tu tienda?

ROBERTO

Y qué queréis ya que venda,
si es un sitio tan funesto
en el que la tengo abierta,
que en diciendo que anochece
alma humana no parece
por delante de mi puerta?

RONQUILLO

Conque tanta boga cobra
lo que se habla de esa casa?

ROBERTO

Juzgadlo por lo que pasa.

RONQUILLO

Pero es seguro?

ROBERTO

De sobra,
señor; sin recelo alguno
podéis las puertas dejar
abiertas de par en par,
que no os robará ninguno.

Por no pasar por aquí
de noche, hay hombre que acaso
se quede á dormir al raso.

RONQUILLO

De veras?

ROBERTO

Á fe que sí.
Porque son tan espantosas,
y de tal modo se aumentan
las historias que se cuentan
de esa casa...

RONQUILLO

Conque cosas
pasan aquí tan terribles?

ROBERTO

Tremendas.

RONQUILLO

Vaya por Dios!

ROBERTO

Cada noche un hombre ó dos
muere á manos invisibles
en estos alrededores.

RONQUILLO

Mas de tal manera espiran?

ROBERTO

De tal, que por más que miran
no ven á sus matadores.
Nadie lo duda, señor;
en esa casa maldita
por fuerza algún diablo habita
del hombre exterminador.

RONQUILLO

Ya ves, cuando el Santo Oficio
condenarla me mandó
y sus entradas selló,
claro es que habrá maleficio.

ROBERTO

Hombre que atento se pare
á contemplar esta casa,
si dos ó tres veces pasa
por la noche, Dios le ampare.
Y, en fin, mejor lo sabéis
vos, que los más de los días
causas de muertos tenéis
en aquestas cercanías.

RONQUILLO

Bien, bien. Mas oye: mi gente
reunida en el Juzgado
está; mientras que firmado
dejo un vale al intendente,
aviso á mis rondas pasa
de que la hora difiero
de la ronda, y les espero,
á las nueve, ahí en mi casa.

ROBERTO

Voy, señor.

RONQUILLO

Corre.

(Vánse: Roberto por el fondo izquierda, y Ronquillo por la izquierda.)

ESCENA II

VAN-DERKEN *embozado, y luego* DON LUIS *lo mismo*

VAN-DERKEN

Los dos
salieron; bien calculé;
la hora que señalé
es ya; mas gracias á Dios,
ya veo ahí detenido
un embozado.

DON LUIS

Hola! Ya
me espera. Hidalgo!

VAN-DERKEN

Quién va?

DON LUIS

El diablo.

VAN-DERKEN

Muy bien venido.

DON LUIS

Vos...?

VAN-DERKEN

Diablo también.

DON LUIS

Dios guarde
á Satanás, y perdone
si esperó.

VAN-DERKEN

No os ocasione
pesar eso, que no es tarde.
Conque, qué hay?

DON LUIS

Grandes noticias.

VAN-DERKEN

Y nuevas?

DON LUIS

De ellas infiero
que anda todo el pueblo entero
festejando las albricias.

VAN-DERKEN

Sepámoslas pues.

DON LUIS

Oid:
pasado mañana está
el rey aquí, y á ser va
la corte Valladolid.

VAN-DERKEN

La corte aquí! Es ya proyecto
concebido muy de atrás
por el rey.

DON LUIS

Y ahora á efecto
lo lleva.

VAN-DERKEN

Bueno. Y qué más?

DON LUIS

La paz está ya firmada
con Francia, y con tanta priesa,
que nos manda una princesa
por poderes desposada
con nuestro rey don Felipe;
y éste, como el tiempo apura,
la vuelta hacia aquí apresura
por que no se le anticipe.
Conque la guerra acabó.

VAN-DERKEN

Todo eso muy cierto es.

DON LUIS

Sabíais?

VAN-DERKEN

Que el veintitrés
de Julio se efectuó
la ceremonia en París;
firmó el de Alba por el rey,
y quedó conforme á ley
la boda.

DON LUIS

Hizo con San Luis
la paz Santiago.

VAN-DERKEN

Y sin miedo
de que otra traición la estringa,
el rey se embarcó en Flesinga
y el siete arribó á Laredo.
Pero el tiempo no perdamos
en relatos de política,
que en situación harto crítica
en este lugar estamos.

DON LUIS

Cuando os le ví señalar
para nuestra cita, á fe
que un tanto extraña me fué
la elección de tal lugar.

VAN-DERKEN

Pues es natural que así
sea si el demonio habita
esa casa, y, pues os cita
el diablo, ser debe aquí.

DON LUIS

Tenéis razón.

VAN-DERKEN

Conque vos
estáis de veras resuelto?

DON LUIS

Yo nunca la cara he vuelto,
dada una vez, vive Dios!
Os dije que mi razón
me impelía á no aprobar
ciertos fueros que abrogar
se quiere la Inquisición.
De mí sospecha por ello,
y en mi empleo y en quien soy,
sé que, si un paso atrás doy,
arriesgo tal vez el cuello;
sólo á raya les mantiene
contra mí, el darme favor
mi tío el inquisidor.

VAN-DERKEN

Que de secretario os tiene.

DON LUIS

Eso me vale; mas pronto
saltar contra mí le harán,
y no quiero, por San Juan,
resignarme como un tonto.
Consérvome todavía
con la inmensa facultad
de mi empleo y dignidad;
mas tal vez me dure un día,
y estoy de una vez dispuesto
á echar mano á mi poder
contra ellos, y á poner
mi cabeza en mejor puesto.
Si así mi oferta admitís,
hecha limpia y francamente,
valgámonos mutuamente,
que valdrá mucho.

VAN-DERKEN

Don Luis,
jamás dudé en vuestro honor;
mas no debí en compromiso
tal poneros, sin aviso
del riesgo que hay.

DON LUIS

Con valor
entro en la empresa; con él
sus consecuencias admito,
y os juro al cielo bendito
que seré muerto, mas fiel.

VAN-DERKEN

No hablemos más del asunto.

DON LUIS

Queda hecho, pues, nuestro pacto?

VAN-DERKEN

Satanás es siempre exacto.

DON LUIS

Pues pasemos á otro punto.
Una carta...?

VAN-DERKEN

La leí.

DON LUIS

Supongo que...?

VAN-DERKEN

Se quemó.

DON LUIS

Dísteis con la dama?

VAN-DERKEN

Aún no.

DON LUIS

Pero, estáis en rastro?

VAN-DERKEN

Sí.

Y los papeles?

DON LUIS

Aquí.

VAN-DERKEN

La Inquisición pues?

DON LUIS

La erró.

VAN-DERKEN

Podrá sorprenderos?

DON LUIS

No.

VAN-DERKEN

Cuestión concluída?

DON LUIS

Sí.

VAN-DERKEN

Esta noche ha de tener
fin todo; alerta, por Dios!

DON LUIS

Ya sabéis que os toca á vos
mandar, y á mí obedecer.

VAN-DERKEN

Es decir que os hallaré
allí siempre?

DON LUIS

Siempre allí.

VAN-DERKEN

Con cuanto haga al caso?

DON LUIS

Sí.

VAN-DERKEN

Pues allí os avisaré.

DON LUIS

Con que me déis media hora
nada hará falta.

VAN-DERKEN

Me avengo.

DON LUIS

Á todo el mundo hecho tengo
juguete mío hasta ahora.

VAN-DERKEN

Tan decidido, eh?

DON LUIS

Os doy
con pleno conocimiento,
y con fe y convencimiento,
alma y vida y cuanto soy.

VAN-DERKEN

Cuanto se añada es demás.

DON LUIS

Con el corazón os hablo;
entero me doy al diablo.

VAN-DERKEN

Contad, pues, con Satanás.
Y en todo caso, don Luis,
acogéos sin dilación
al austriaco pabellón.

DON LUIS

Lo haré como lo decís.

VAN-DERKEN

Y no os pesará jamás.

DON LUIS

Conque hasta luego.

VAN-DERKEN

Idos pues.

DON LUIS

Adiós, señor Satanás.

VAN-DERKEN

Adiós, don Luis de Valdés!
(Váse don Luis.)

ESCENA III

VAN-DERKEN *y luego* EL DOCTOR ROBLES

VAN-DERKEN

Quién podrá en esta ocasión
competir con Lucifer,
teniendo á par el poder
del diablo y la Inquisición?
Mas el otro está ya aquí.
(Asoma el doctor.)

DOCTOR

El diablo?

VAN-DERKEN

Y Austria.

DOCTOR

Señor...

VAN-DERKEN

Muy buenas noches, doctor;
mas cumplidos remitid,
que es tarde. Qué hay?

DOCTOR

Todo está.

VAN-DERKEN

El lego?

DOCTOR

Corre por mí.

VAN-DERKEN

El escultor habló?

DOCTOR

Sí.

VAN-DERKEN

Y lo otro?

DOCTOR

Os lo traigo ya.

VAN-DERKEN

Á ver?

DOCTOR

En esta cajita
va, metido en un frasquillo.

VAN-DERKEN

Pero es remedio...

DOCTOR

Sencillo
por demás.

VAN-DERKEN

Y necesita
precauciones?

DOCTOR

Simplemente
en un líquido cualquiera
beberlo.

VAN-DERKEN

Si en vino fuera?

DOCTOR

No hay ningún inconveniente.

VAN-DERKEN

Respondéis de su virtud?

DOCTOR

Sobre mi honor. El doliente
que use de él, del accidente
queda en completa salud.

VAN-DERKEN

Si no se pone mejor,
yo se le haré administrar.

DOCTOR

Tenéisme más que mandar?

VAN-DERKEN

Dónde os hallaré, doctor,
si os necesito?

DOCTOR

En mi casa,
como siempre; ni un momento
saldré de ella, sólo atento
á vos.

VAN-DERKEN

Recompensa escasa
no tendrá tal adhesión.

DOCTOR

Ya conocéis por demás
que me entrego á Satanás
con todo mi corazón.

VAN-DERKEN

Contad, pues, con su poder.

DOCTOR

Cuento ya con su favor.

VAN-DERKEN

Pues buenas noches, doctor.

DOCTOR

Buenas, señor Lucifer.

ESCENA IV

VAN-DERKEN *y luego* ROBERTO

VAN-DERKEN

Adelante: en tal empresa
cooperación bien extraña
es la que el diablo interesa;
mas ya está el diablo en campaña,
y no es el diablo un aliado
digno en verdad de desprecio,
que tiene el brazo muy recio
y el juicio muy despejado.
Mas por allí venir veo
á alguno ya.

ROBERTO

¡Ó veo mal,
ó de mi puerta al umbral
que hay un embozado creo.)
(Tocan á las ánimas.)
Eh, buen hombre, qué hace ahí?

VAN-DERKEN

Por el tono en que está hecha
la pregunta, entro en sospecha
de que os busco á vos.

ROBERTO

Á mí!

VAN-DERKEN

Sí por cierto; no sois vos
el bribón del hostelero
de esta tienda?

ROBERTO

Caballero...

VAN-DERKEN

Vaya, abre, y entre los dos
vaciando un par de botellas
en buena paz, te perdono
la incivilidad del tono,
y el tiempo que á las estrellas
me has hecho que aquí te espere.

ROBERTO

Es mala ocasión, hidalgo,
y si el alma tiene en algo,
despeje.

VAN-DERKEN

Según se infiere
de tus corteses modales,
no te trae con gran cuidado
hacer bueno ó mal mercado.

ROBERTO

No á fe.

VAN-DERKEN

Así de tus umbrales
despachas á un forastero
que fatigado se llega
hasta tu mala bodega
á dejar su buen dinero?

ROBERTO

En tal caso, no os asombre,
buen hidalgo, y perdonad
que os advierta que dejéis
el lugar, porque ya véis...
las leyes de la ciudad
no permiten que mi tienda
á esta hora...

VAN-DERKEN

Ya.

ROBERTO

Además,
vos ignoraréis quizás
que la noche aquí... es tremenda.

VAN-DERKEN

Por qué?

ROBERTO

Porque es esa casa,
según se dice, guarida
de algún ser de la otra vida...
y, en fin... porque... pues... si pasa
la ronda... y nos ve...

VAN-DERKEN

Pardiez,
cada vez te va turbando
más tu cuento, y me va dando
más sospechas cada vez
de que eres un embustero.

ROBERTO

De cualquier modo que fuere,
pues la justicia no quiere
que venda más, caballero,
idos, ó por Barrabás
que invocaré contra vos
la ley.

VAN-DERKEN

Vaya, entre los dos
tres palabritas no más.

ROBERTO

Ni media, á la queda tocan;
y en fin, claro, no me quedo
con vos porque tengo miedo,
que esas campanas evocan
los diablos que en esa oscura
casa habitan.

VAN-DERKEN

Poco afán
te den; traigo un talismán
que de sombras me asegura.

ROBERTO

Vaya, camorra no quiera;
lárguese y téngalo á suerte.

VAN-DERKEN

Bien; mas antes voy á hacerte
una pregunta ligera.

ROBERTO

Diga.

VAN-DERKEN

Has estado en Amberes?

ROBERTO

Qué os importa á vos?

VAN-DERKEN

Conoces
la calle de las Tres Voces?

ROBERTO

No.

VAN-DERKEN

Pues haz lo que pudieres
por traer á tu memoria
esta calle, y vente en pos
de mí á su número dos.

ROBERTO

Cielo!

VAN-DERKEN

Y sabrás una historia
que allí pasó, y que te debe
gustar... Oh! Es cosa gentil.

Pues señor, era esto en mil
quinientos cuarenta y nueve.
Era una hora avanzada
de una noche oscura y fría,
cuando la puerta se abría
de la casa precitada.
Salió de ella un embozado;
hizo una seña; acudieron
otros tres: cuando se hubieron
los cuatro identificado,
se colocaron por fuera
de la puerta, por la cual
salió á poco, ó vió muy mal
el que lo vió, una litera.

ROBERTO

Dios!

VAN-DERKEN

Creo que ya he logrado
tu atención. Oh! Ya verás.
Pues señor, salió detrás
de esta litera (embozado
también) otro personaje
que, apartando un poco al guía,
le dió... pues, lo que debía,
instrucciones para el viaje.

ROBERTO

Pero...

VAN-DERKEN

Un momento, y se acaba.
Salieron con gran sigilo
de la ciudad, y tranquilo
el que á viaje los enviaba,
volvió á su casa juzgando
seguro su porvenir.
Y aquí conviene seguir
á los que van caminando.
Atiende bien: pues señor,
yendo camino adelante,
dejaron atrás á Gante
y á Brujas, y hasta Nieuport
no pararon; desde allí,
siempre con mucha cautela,
para España dieron vela,
y cátatelos aquí.
Bajo el Cabo de Tordera
fueron de noche á fondear,
y vuelta á desembarcar
los cuatro con su litera.
De Castilla así la vía
tomaron: cuatro, ten cuenta,
porque de Hoyos en la venta
se menguó la compañía.
Tomó unos hongos por setas
uno, y dos que los comieron
á las seis horas murieron;
cargaron con sus maletas
los otros dos, y metiendo
la litera en los pinares,
llegaron sin más azares
á Simancas; mas queriendo
en Valladolid entrar
sin ser vistos, por las breñas
del Pisuerga á las aceñas
llegaron de noche á dar.
De unas barcas molineras
asiendo una, río arriba
llegaron á fuerza viva
á tocar en las Moreras.
Entonces, dando uno de ellos
sobre el otro de repente,
le mató, y á la corriente
le arrojó por los cabellos.
Saltó, ató la barca, abrió
la litera, y una dama
sacando en brazos... es fama
que en la sombra se perdió.—
Qué tal? Es bueno el relato?
Roberto, qué te parece?

ROBERTO

Que pagártese merece.
(Le tira una puñalada.)

VAN-DERKEN

Te vendiste, mentecato!

ROBERTO

Se ha despuntado sobre él
el puñal!

VAN-DERKEN

Gracias al cielo,

me has rasgado el terciopelo,
mas es de acero mi piel.
Bien sabía de qué modo
concluirías de oirme;
mas no has de poder huirme
sin que te lo diga todo.
Sabes el hombre quién era?
Tú.

ROBERTO

Yo!

VAN-DERKEN

Tú. Oh! Lo sé de cierto.
Pero dónde está, Roberto,
la dama de la litera?

ROBERTO

No lo sé.

VAN-DERKEN

Luchas en vano
conmigo; estás bien sujeto.

ROBERTO

Oh! Soltad.

VAN-DERKEN

Estáte quieto,
ó te hago polvo la mano.
Dónde está? Lo sabes.

ROBERTO

Sí;
pero nunca os lo diré.

VAN-DERKEN

Pues yo te lo arrancaré.
(Ábrese la puerta de la derecha.)

ROBERTO

Á mí, don Rodrigo, á mí.

ESCENA V

ROBERTO, VAN-DERKEN, RONQUILLO *y* RONDA

RONQUILLO

Hola! Qué es eso? Pendencia?

ROBERTO

Quitadme este hombre, señor.

RONQUILLO

Sujetadle.

ROBERTO

Es un traidor.

VAN-DERKEN

No, que soy vuestra conciencia.

RONQUILLO

Maniatadle.

VAN-DERKEN

Atrás, canalla.

RONQUILLO

Resiste?

VAN-DERKEN

Para qué? No;
entre vosotros y yo
hay una invisible valla
que nunca podréis romper.

RONQUILLO

Cómo que no? Á verlo vas:
Ea, á él...! Oh! Preso estás.

VAN-DERKEN

Ronquillo, no puede ser;
tú me puedes sepultar
en la cárcel más sombría,
pero una palabra mía
á mis pies te ha de postrar.

RONQUILLO

Imbécil, me haces reir.

No doblará mi justicia
la fuerza ni la malicia.
Necio! Qué me has de decir
que el pavor en mi alma siembre?
Veremos á quién apelas
en mi prisión.

VAN-DERKEN

Á Bruselas,
y al veintidós de Noviembre.

RONQUILLO

Santos cielos!

VAN-DERKEN

Don Rodrigo,
que os guarde Dios. Vamos.

RONQUILLO

No;
tened.

VAN-DERKEN

Bien sabía yo
que no podíais conmigo.

RONQUILLO

Apartad.

ROBERTO

Ved lo que hacéis,
señor; ese hombre maldito
tiene un poder infinito.

RONQUILLO

Déjanos. Ya me tenéis
solo con vos; caballero,
ese recuerdo invocado
tan á tiempo, ha coartado
mi justicia. Qué queréis?
Qué hacéis aquí? Con quién hablo?
Quién os puso de ese abismo
sobre la boca...?

VAN-DERKEN

Yo mismo.

RONQUILLO

Vos! Pues quién sois vos?

VAN-DERKEN

El diablo.

RONQUILLO

Os burláis?

VAN-DERKEN

Váis á juzgar
por lo que os voy á decir.
Tened, pues, á bien de oir
lo que os tengo que contar.
Bruselas y veintidós
de Noviembre... Estoy fijando
la escena; años van pasando
del nacimiento de Dios
mil y quinientos cuarenta
y ocho; mas, tal vez el caso
sepáis; estábais de paso
en Bruselas; según cuenta;
pues señor, allí vivía
un noble de aquel país;
barón recto, don Dionís
Van-Derken, el cual tenía
una hija hermosa y doncella,
á quien un juez que llegó
del extranjero, pidió
para casarse con ella.
Era hombre de gran favor
este juez; depositario
del afecto, y secretario
del difunto emperador;
mas fugado de su tierra,
porque su conducta cruel
había puesto con él
á todo su pueblo en guerra.
Don Dionís, que protestante
era, y que además sabía
que su hija le aborrecía,
se la negó. En este instante
allí el príncipe llegó
recorriendo sus Estados.
Y á poco, á los obstinados
galanteos se rindió
la doncella de un galán
castellano, seductor,
que la embriagó con su amor,
y se decía un don Juan.

Mas una noche al dejar
la casa por un postigo
oculto, aquel enemigo
de juez sobre él vino á dar.
Tiré de la manta yo,
desembozóse el amante,
y el juez, al ver su semblante,
de hinojos ante él cayó.
Debió de ver doña Inés
desde el balcón tal escena,
porque, de lágrimas llena,
y de su padre á los pies,
nombró al infiel seductor;
y el padre, brotando fuego,
juró ir á quejarse luego
ante el mismo emperador.
Emprendió, pues, la jornada
en su busca hacia Bredá,
llevando con él allá
su doña Inés infamada.
Para probar del galán
la traición, ya véis, tenía
las cartas que la escribía
bajo el nombre de don Juan.
Y como el mozo imprudente,
creyendo que su poder
á hija y padre enmudecer
lograría de repente,
la escribió, por despedida,
una carta que firmaba
con su nombre, y que probaba
qué padres le dieron vida.

RONQUILLO

Pero...

VAN-DERKEN

Escuchad, que concluyo;
aquel maldito billete,
de letra igual á otros siete
de don Juan, daba por suyo
claramente lance tal,
cuyo final divulgado,
le iba á atraer de contado
el desprecio universal.
Llamó entonces á aquel juez,
conociendo bien quién era,
y le dijo que pusiera
fin á aquello de una vez.
Á los tres días, volviendo
don Dionís á su hospedaje,
en Amberes dió á su viaje
temprano fin, concluyendo
á puñaladas la vida.
Y unas tres horas después
salió de allí doña Inés
para España, conducida
cerrada en una litera.
Y ahora os falta solamente
saber quién era la gente
de esta historia verdadera.

RONQUILLO

Callad, callad.

VAN-DERKEN

No, por Dios;
fuerza es que os lo participe
del todo: el rey don Felipe
era el galán; el juez, vos.
El que á puñaladas muerto
dejó á don Dionís, y á Inés
trajo á Castilla después
por orden vuestra, es Roberto.

RONQUILLO

Todo lo sabe!

VAN-DERKEN

Sí, todo.
Las ocho cartas cogidas
á doña Inés, reunidas
conserváis, y de este modo,
si el rey os quiere perder,
con remitirlas al Papa,
tendrá el rey que haceros capa
su honor para mantener.
El juego es, como perverso,
seguro, pues de los dos,
sólo él juega contra vos,
y en su contra el universo.
Pero no se os advirtió
que tras vuestro juego á vueltas,
tomando las cartas sueltas,
os conozco el juego yo.

RONQUILLO

(Ira de Dios! Qué hombre es éste
ante mis pasos opuesto?
Mas es fuerza salir de esto
pronto... y cueste lo que cueste.)
La historia sabéis de coro,
y aunque acaso mía no es,
cual decís, veamos, pues,
qué queréis con ella. Es oro?

VAN-DERKEN

Tengo más del que deseo.

RONQUILLO

Es nobleza?

VAN-DERKEN

Soy tan noble
como un rey.

RONQUILLO

Es poder?

VAN-DERKEN

Doble
que vos, como véis, poseo.

RONQUILLO

Con poder, oro y nobleza,
no sé qué queréis de mí
cuando me venís así
á entregar vuestra cabeza.

VAN-DERKEN

Ya os dije que entre nosotros
hay una valla imposible
de saltar.

RONQUILLO

Todo es posible
tal vez...

VAN-DERKEN

Será para otros.
Conque no os inspira Dios,
noble, rico y con poder,
qué es lo que puedo querer,
señor Ronquillo, de vos?
Y en lo que puedo querer
tenéis aún algún reparo?
Lo que quiero está bien claro,
las cartas y la mujer.

RONQUILLO

Voto á...!

VAN-DERKEN

Nada; es muy sencillo:
vos de pillo nos la dáis,
y como juego jugáis;
va á lo más de pillo á pillo.

RONQUILLO

Mil veces no; antes al rey
me entregaré.

VAN-DERKEN

Mas sin fruto.
Yo sé que os pondréis, astuto,
á cubierto de su ley
si le decís con tesón:
«Ó por las cartas que os doy
»libre á otros reinos me voy,
»ó entrego á la Inquisición
»la mitad de ellas y envío
»á Roma la otra mitad»;
y pensáis bien en verdad
si al rey véis... mas no lo fío.

RONQUILLO

Qué es lo que queréis decir?

VAN-DERKEN

Que el rey vendrá.

RONQUILLO

Y pronto á fe.

VAN-DERKEN

Para vos tarde.

RONQUILLO

Por qué?

VAN-DERKEN

Acabaréis de morir.

RONQUILLO

Oh! Ya apuráis mi paciencia!

VAN-DERKEN

Mirad que va en la partida
la vida contra la vida.

RONQUILLO

Fuerza es ganar la existencia
á cualquier coste; y pues ya
el juego está conocido,
dad el vuestro por perdido.
¡Hola! *(Llama á su gente.)*

VAN-DERKEN

Un momento: otro está
en el secreto en unión
conmigo, y si un día falto,
se planta al punto de un salto
en la santa Inquisición;
de todo ello la previene,
y el rey... es rey... conque vos
iréis á dar cuenta á Dios
por ambos... Ved si os conviene.

RONQUILLO

Nudo infernal!

VAN-DERKEN

Y apretado:
un nudo gordiano, alcalde;
querer romperle es en balde,
y aflojarle es arriesgado.
Conque os tengo que perder,
ó la tengo que salvar;
ved, pues, si me queréis dar
las cartas y la mujer.

RONQUILLO

Nunca.

VAN-DERKEN

Ved que osaré á todo;
que os espío sin cesar,
y que tengo de lograr
mi intención de cualquier modo.

RONQUILLO

Nunca!

VAN-DERKEN

En tres días con hoy
llega aquí el rey; sed prudente:
pensadlo maduramente;
veinticuatro horas os doy. *(Vase.)*

ESCENA VI

RONQUILLO *y* EL CABO DE LA RONDA

CABO DE RONDA

Señor, le hemos de prender?

RONQUILLO

No, no. Id sin mí á rondar.

CABO DE RONDA

Os volvemos á buscar?

RONQUILLO

Tarde; ahora tengo que hacer.
(Vánse todos.—Roberto queda tras la puerta de su taberna, que estará entornada.)

ESCENA VII

RONQUILLO *y* ROBERTO

RONQUILLO

Se ha desatado el infierno
esta noche contra mí.
Oh! Quién trajo ese hombre aquí?
Quién es... quién es...? Dios eterno!
Todos, todos en un día
mis planes desbarató;
todo me lo sorprendió.
Sueño? No... Horrible agonía!
Es, por desdicha, muy cierto
todo... Y un medio no habrá
que de él me libre...? Quizá...
Mas pronto ha de ser. Roberto?

ROBERTO

Señor.

RONQUILLO

Á ese hombre conoces?

ROBERTO

No, señor.

RONQUILLO

Qué imbécil eres!

ROBERTO

Señor, conoce en Amberes
la calle de las Tres Voces.

RONQUILLO

Y algo más.

ROBERTO

Más?

RONQUILLO

Todo, todo!

ROBERTO

Lo temí.

RONQUILLO

Y aquí, Roberto,
le has tenido y no le has muerto!

ROBERTO

Guardóle Dios!

RONQUILLO

De qué modo?

ROBERTO

Cuando esa historia fatal
ví que sabía, derecho
mi golpe le asesté al pecho.

RONQUILLO

Le erraste?

ROBERTO

Saltó el puñal.

RONQUILLO

Oh! Á todo está prevenido.

ROBERTO

Mas de él es fuerza salir.

RONQUILLO

Si de esta casa ha podido
el misterio descubrir...

ROBERTO

Habló de ello?

RONQUILLO

No.

ROBERTO

En tal caso
no sabe nada, y claro es,
preguntó por doña Inés,
y ahorrar semejante paso
debió, porque es evidente
que por ella preguntar
era venir á mostrar
que ignora completamente
dónde está.

RONQUILLO

Cierto.

ROBERTO

Oh! Muy cierto;
dió un paso en falso.

RONQUILLO

Es verdad.
Sacarla de la ciudad
es necesario, Roberto.
La misma superstición
con que habemos esta casa
cercado, será ya escasa
valla á nuestra salvación.

ROBERTO

El vulgo está persuadido.

RONQUILLO

Y era ya fe universal;

hasta el Santo Tribunal
está de ello convencido.
Oh! Mientras en ese asilo
se la pudo hacer vivir,
bien podíamos dormir
con el corazón tranquilo.
Nadie á sospechar llegó
jamás que yo le guardaba.

ROBERTO

Ni que al infierno mandaba
á los imprudentes yo.

RONQUILLO

Sí, pero desde este instante
todo esto pende de un pelo:
no sé qué hacer, vive el cielo!

ROBERTO

Señor, lo más importante
es alejarla de aquí,
si os habéis de asegurar
y si queréis conservar
pruebas que os salven.

RONQUILLO

Oh, sí!
Mas alguien llega.

ROBERTO

Embozado
se acerca un hombre.

ESCENA VIII

ROBERTO, RONQUILLO *y* ESPÍA

RONQUILLO

Quién va?

ESPÍA

Alguno razón me da
de la casa ó del Juzgado
de don Rodrigo Ronquillo?

RONQUILLO

Yo mismo soy.

ESPÍA

Pues tomad. *(Le da un pliego.)*

RONQUILLO

De quién?

ESPÍA

De Su Majestad.

RONQUILLO

Del rey!

ESPÍA

Y debéis abrillo
al instante.

RONQUILLO

Es tan urgente?

ESPÍA

Abridlo y ved.

RONQUILLO

Ya está abierto;
acerca esa luz, Roberto.
(Roberto, acercando la luz, se dispone á ver el pliego; el Espía se la quita de la mano y alumbra.)

ESPÍA

Trae.

RONQUILLO

Qué hacéis?

ESPÍA

No es conveniente
que los ojos de un villano
se posen en los renglones
donde regias instrucciones
os envía el soberano.

RONQUILLO

Largo escribe. *(Lee.)*
«Don Rodrigo: Dentro de dos días llegaré á Valladolid, mi nueva corte, y vos sois el primero á quien quiero ver en mi palacio. El por-

tador de este pliego debe ser recibido á vuestro servicio desde el punto en que os lo entregue. Jefe de vuestras rondas, secretario de vuestro Juzgado y mayordomo de vuestra casa, no se separará de vos hasta que nos veamos. He oído decir que hay una casa contigua á la vuestra, conocida por la «Casa del diablo», y esto me ha hecho pensar en que, para alejar de él importunas curiosidades, conviene á mis intenciones que conserve cierto prestigio sobrenatural, á lo que ayudará, como veréis, su traje y fisonomía. Por lo demás, mi confianza tiene, y en él ha de ser la vuestra depositada. Mas no por eso os coartará en nada la voluntad. Cuando le habléis, escuchará; cuando le mandéis, obedecerá. Su señor sois, y vuestro esclavo es; ni debe vivir sino al lado vuestro, ni os debe ocurrir un daño de que él no participe. Y si (de lo que os guarde el Señor) en el ejercicio de vuestras funciones os ocurriera sucumbir en defensa nuestra, caer deberá él delante de vos. Tal es la voluntad de vuestro rey—FELIPE SEGUNDO.»

RONQUILLO

Mucho en vos
se fía el rey.

ESPÍA

Ya lo véis.

RONQUILLO

Yo espero que cumpliréis
bien.

ESPÍA

Y yo, mediante Dios.

RONQUILLO

En casa os daré aposento
y cuanto hayáis menester,
y empezaréis á ejercer
vuestro cargo en el momento.

ESPÍA

Tal es la real voluntad.

RONQUILLO

Que entera se ha de cumplir.

ESPÍA

Mandad, ya empiezo á servir.

RONQUILLO

No; esta noche descansad.

ESPÍA

Mandó el rey que ni un instante...
nos apartemos.

RONQUILLO

Yo os mando
que descanséis.

ESPÍA

Hasta cuándo?

RONQUILLO

Hasta la cena.—Id delante.
Gil.

GIL

Señor...

RONQUILLO

Alumbra y guía
á mi aposento á este hidalgo,
y de cuanto tengo y valgo
es dueño en ausencia mía.

ESPÍA

Señor... *(Saludando.)*

RONQUILLO

Remitid cumplidos,
y subid.

ESCENA IX

RONQUILLO *y* ROBERTO

RONQUILLO

Viven los cielos
que el rey viene con recelos
de que he de dejar fallidos
sus afanes! Sí, por Dios;

es un testigo, un espía
eterno lo que me envía;
mas nos veremos los dos.

ROBERTO

Qué hay, señor?

RONQUILLO

Llueven azares
en esta noche maldita;
otro diablo.

ROBERTO

Cruz bendita!

RONQUILLO

Los echa el infierno á pares.

ROBERTO

Pero, quién es?

RONQUILLO

Un espía
que, del diablo bajo el nombre,
me envía el rey en ese hombre;
(El balcón se entreabre.)
mas tenemos todavía
algunas horas delante,
y no me harán desmayar
mientras pueda aprovechar
la ventaja de un instante.
Roberto, vas á partir
con la mujer que se encierra
en esa casa; pon tierra
por medio.

ROBERTO

Dónde he de ir?

RONQUILLO

No lejos; á mi castillo
de Fuensaldaña, que importa
que estén á distancia corta
las venganzas de Ronquillo.
Guárdala en una mazmorra,
y vuélvete en la noche alta,
que un siervo fiel me hará falta
que á par mis peligros corra.
Desde tu vuelta, jamás
te me apartes, y si muero
á traición, como lo espero,
sobre mi pecho hallarás
un relicario de plata,
que llevo al cuello colgado;
rómpele, pues, sin cuidado;
verás unas cartas que ata
un delicado cordón;
hay ocho; cuenta las siete,
y al punto á entregarlas vete.

ROBERTO

Á quién?

RONQUILLO

Á la Inquisición.

ROBERTO

Y la que queda?

RONQUILLO

Al vicario
apostólico, y al punto
huye, ó cuéntate difunto.
Á más, un breve sumario
de mi mismo puño escrito
te haré, que te ilustrará;
voy á escribirle; mas, ah!
con ese espía maldito
en mi cuarto no podré.

ROBERTO

En el mío.

RONQUILLO

Vamos, sí;
lo dispondré todo allí,
y por la cava entraré,
que á mis aposentos pasa,
sin ser visto. Vamos presto.
(Entran.—Se asoman el Espía y Van-Derken, uno á la ventana y otro á la esquina.)

ESCENA X

EL ESPÍA *y* VAN-DERKEN

ESPÍA

Por la hostería!

VAN-DERKEN

Qué es ésto?
Entra por allí á su casa?

ESPÍA

Llegan.
(Cierra la ventana, pero cuando ya Van-Derken le ha visto.)

VAN-DERKEN

Diligencia vana
fué cerrar; le ví... Hola! Hola!
Á quién se hará creer que sola
se abre y cierra una ventana?
Reflexionemos.—Aquí
la hostería; frente á frente
su casa, que claramente
tiene entrada por allí;
la Casa del Diablo en medio
de la plaza, y un espía
desde allí... Por vida mía!
Ya son míos sin remedio.
Todo, al fin, lo comprendí.
Míos son. Mas, quién va allá?

ESPÍA

(Saliendo por la puerta de la derecha.)
Quien cuenta á pediros va
qué es lo que esperáis aquí.

VAN-DERKEN

Llegáos.

ESPÍA

Y vos.

VAN-DERKEN

Bien.

ESPÍA

Bien.

VAN-DERKEN

Con quién estoy?

ESPÍA

Con el diablo.

VAN-DERKEN

Jesús!

ESPÍA

Y yo con quién hablo?

VAN-DERKEN

Vos? Con el diablo también.
Mas tened en cuenta vos
que no somos de igual grey;
vos sois el diablo del rey,
yo soy el diablo de Dios.





ACTO SEGUNDO

La misma decoración.—Es de noche.—Abierta la escena, el teatro permanece solo un momento. Después se oyen dar las once y media de un reloj de torre, y, al dar la última campanada de los cuartos, se presentan en la escena D. Luis, que sale embozado por la derecha, y Van-Derken, que sale por la puerta de la taberna.—Debe verse claramente que es una cita.

ESCENA PRIMERA

DON LUIS *y* VAN-DERKEN

DON LUIS

(Mirando.) Aun no está, y la hora es.

VAN-DERKEN

Allí está.

DON LUIS

Cómo! Salís
de ahí?

VAN-DERKEN

Silencio, don Luis;
todo es nuestro.

DON LUIS

Cómo pues?

VAN-DERKEN

Dentro de su casa ya
el infierno les metí,
y al volver su dueño allí,
don Luis, con los diablos da.
Me comprendéis?

DON LUIS

Sí, muy bien.
El puesto han abandonado...

VAN-DERKEN

Y el diablo les ha ganado
las vueltas.

DON LUIS

Tenéis también
la dama?

VAN-DERKEN

Está asegurada;
y ahora sí que con razón
pueden de esa habitación
decir que está endemoniada.
Y vos?

DON LUIS

Todo está. *(Enseñándole un papel.)*

VAN-DERKEN

Rumor
oigo, apartémonos ya.
Volved al puesto que os dí,
y aguardad tranquilo allí
mis órdenes.

DON LUIS

Bien está.

VAN-DERKEN

Yo lo he dispuesto de modo,

que sin peligro ni ruido
podrá quedar sorprendido
en breves instantes todo.

DON LUIS

Adiós, pues.

VAN-DERKEN

Adiós.
(Vánse: por la izquierda Van-Derken, y don Luis por la calle del fondo.)

ESCENA II

RONQUILLO *y* ROBERTO, *por la derecha*

RONQUILLO

Estamos
á salvo. Toma el papel,
Roberto; tendrás con él
francas las puertas.

ROBERTO

Pues vamos,
señor; manos á la obra.

RONQUILLO

Ten mucha cuenta; oirás
una serenata; estás?
Entonces habrá de sobra
tiempo y ocasión. Mi gente
haré que aquí cerca se halle;
conque ganas esa calle,
y á Fuensaldaña.

ROBERTO

Corriente.

RONQUILLO

En cuanto al maldito espía,
ordené que entre el tumulto
le busquen tantos el bulto,
que en paz nos deje á fe mía.
Conque entra, y mucha atención.

ROBERTO

Descuidad.
(Éntrase Roberto en la taberna, cuya puerta se cierra al momento y de golpe.)

ESCENA III

RONQUILLO

Tenga yo suerte
esta noche, y soy más fuerte
que el rey y la Inquisición.
Creíste, al mirarte loco
de medio universo dueño,
que era un hombre muy pequeño
y una afrenta era bien poco?
Enseñarte quiero, pues,
que no hay quien tanto levante,
que decir pueda arrogante:
«Todo el mundo está á mis pies.»
Oh! Por Dios, que has de envidiar,
si mi vuelo has de seguir,
mi viento para subir,
mis alas para volar.
Hola; vuelven mis lebreles
por mí.

ESCENA IV

RONQUILLO *y* UNA RONDA

CABO DE RONDA

Señor, Dios os guarde.

RONQUILLO

Qué hay?

CABO DE RONDA

Se recogen tarde
los vecinos hoy.

RONQUILLO

Son fieles
á su rey, y como saben
que aquí con su corte viene,
lo celebran. Mas conviene
que sus festejos acaben.
Id, pues, el barrio á limpiar,
y haced que nadie transite
por él. *(Al Cabo.)* Tal vez necesite
de vos. Oid: al sonar
las doce, traed la gente

por esa calle, en la cual,
hasta que oigáis mi señal,
estaréis ocultamente;
oiréis una serenata
de esa otra calle al emboque;
quietos, y dejad que toque:
tendréis música barata.
De esa esquina por la reja
una mujer sacarán
con disimulo, y se irán.
Cuando veáis que se aleja
la serenata de aquí,
os ponéis sobre su pista,
y sin perderla de vista,
váis donde vaya; si así
se llegan de la ciudad
á algún extremo y la puerta
les niegan, haced que abierta
les sea, y vayan en paz.
Mas si antes de que concluya
del todo la serenata
oís mi pito de plata,
salid, y que nadie huya.
Entendísteis?

CABO DE RONDA

Sí, señor.

RONQUILLO

Id, pues, y alerta.
(Váse el Cabo con su ronda.)

ESCENA V

RONQUILLO *y después* GIL

RONQUILLO

Veamos
ahora en casa cómo estamos
con mi regio embajador.
Gil.

GIL

(Dentro.) Señor.
(Mientras llama y habla con Gil, se abre una ventana del piso bajo de la taberna, por la que sacan una mano que hace una seña con un pañuelo blanco, ocultándose inmediatamente. En seguida Van-Derken, embozado y de puntillas, se acerca con mucha precaución á la reja, por la cual le dan un papel, que guarda, alejándose del mismo modo.)

RONQUILLO

Y el forastero?

GIL

En vuestro aposento.

RONQUILLO

No
salió de él?

GIL

Sí que salió,
y sospecho que primero
abrió el balcón para ver
á alguno que fuera estaba.

RONQUILLO

Y ha tardado mucho?

GIL

Acaba
casi ahora de volver.

RONQUILLO

Habló en casa con alguno?

GIL

Con nadie; y según parece,
le aconteció ó le acontece
contratiempo inoportuno.

RONQUILLO

Por qué?

GIL

Porque ha vuelto inquieto,
confuso y descolorido.

RONQUILLO

(Habrá mi rastro perdido,
y duda lograr su objeto.)
Gil, díle que aquí le aguardo.
(Gil entra en la casa; un momento después sale el Espía de ella.)

ESCENA VI

RONQUILLO *y* EL ESPÍA

RONQUILLO

(Espía del rey...? Por Dios
que se han de llevar los dos
solemnísimo petardo!)
Descansásteis?

ESPÍA

Nunca siento
cansancio para el servicio
del rey.

RONQUILLO

Pues en ejercicio
váis á entrar desde el momento.

ESPÍA

Mandad.

RONQUILLO

Antes es preciso
aclarar entre los dos
qué soy yo aquí, y qué sois vos,
para ir ambos sobre aviso.

ESPÍA

Señor, no os lo escribe el rey?
«Hablad, y os escuchará;
mandad, y obedecerá.»
Oir y obrar es mi ley.

RONQUILLO

Sí; mas en vos me señala
secretario y mayordomo,
tutor creo. Y esto, cómo
con obedecer se iguala?
Si mi casa gobernáis,
mi correspondencia véis,
de mis rondas disponéis,
obedecéis ó mandáis?
Bajo qué aspecto desde hoy
os mostraréis á mi lado?

ESPÍA

Su Majestad os ha dado
á entender bien lo que soy.

RONQUILLO

Su Majestad hizo mal
en no explicarse mejor.
Qué es decir que os dé el valor
de un ser sobrenatural?
Piensa el rey que su justicia
necesita ese misterio?
Ó cree que en mi ministerio
me hallo falto de pericia?
El rey discurre que os déis
de Satanás la apariencia;
si lo podéis en conciencia
efectuar, vos lo sabréis.
Yo, ni reto á Satanás,
ni ultrajo la religión,
y temo á la Inquisición
para osar á ello jamás.
Y, en fin, arguye malicia,
y es un falso testimonio
á la verdad, que el demonio
acompañe á la justicia.

ESPÍA

Yo no traigo facultad
para discutir con vos.
Servir al rey manda Dios,
serviros su autoridad.
Yo os debo de obedecer,
y os debo de acompañar;
debo oir, ver y callar,
pero á él solo responder.

RONQUILLO

Es decir, que váis, amigo,
á hacer el doble papel
de espía para con él,
de traidor para conmigo?
Esto es, que están mis secretos,
mis actos, mis pareceres
y hasta mis mismos deberes
á vuestra inspección sujetos.
No es así? Pues escuchad:
Si á esto habéis aquí venido,
volvéos, y que os despido
decid á Su Majestad.

ESPÍA

Cómo!

RONQUILLO

Si no me separa
de la dignidad que tengo,
ni aun al mismo rey me avengo
á dar á torcer mi vara.

ESPÍA

Nada alcanza mi impericia
antes que su augusta ley.

RONQUILLO

Lo primero no es el rey,
señor mío, es la justicia.
Y si el rey mismo á pecar
contra ella osado se atreve,
mientras yo esta vara lleve,
ni el rey se me ha de escapar.
Harto os he dicho; entendedme,
y arregláos á ello en tanto
que aquí estáis.

ESPÍA

Sabe el rey cuánto
os debe, señor; creedme.

RONQUILLO

Bueno está; entendedme os digo;
y pues vamos compañeros,
ya sabéis á qué ateneros
para caminar conmigo;
mas ved que, si en falso os pillo,
mas que pese á su real ley,
os las habréis vos y el rey
con el alcalde Ronquillo.

ESPÍA

(Decidido es el alcalde.)

RONQUILLO

(Taimado es el tal espía.)

ESPÍA

Será en balde su osadía.)

RONQUILLO

(Su astucia ha de ser en balde.)
Ahora empezad á jugar
vuestro endiablado papel;
sabio sois, pues sois Luzbel.
Mirad cómo váis á obrar.
Podéis esa orden leer
del Santo Oficio, en la cual
á un hombre muy principal
manda esta noche prender.
Y pues sois mi secretario,
leed alto. *(Linterna.)*

ESPÍA

Dice así:

«Un noble mancebo, atrevido y enamorado, se ha propuesto robar de la casa de sus padres á la engañada doncella que es el objeto de su pasión. Fiado en el pavor que inspira al vulgo la Casa del Diablo, y seguro de que por ello no han de osar los crédulos vecinos que á su alrededor habitan ni aun asomarse á las ventanas, la sacará esta noche, por una cancela que su jardín tiene, durante una serenata, que es para ella la señal convenida. En consideración al decoro de su familia y á la elevada nobleza del mancebo, es la voluntad de Su Eminencia el Inquisidor general que sean tan hábilmente sorprendidos, que ni haya en la calle escandaloso estruendo, ni los padres de la dama se aperciban de su deshonra. Para conseguirlo, pues, es preciso que dejándoles al parecer consumar su fuga, quede la doncella dentro de su casa antes de amanecer, y asegurado el mancebo hasta el día siguiente. que será presentado á Su Eminencia el Inquisidor general don Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla; quien recomienda el desempeño de esta comisión delicada á la actividad y discreción del Alcalde de Casa y Corte don Rodrigo del Ronquillo.»

RONQUILLO

Para coger, pues, aquí
á ese mozo temerario,
oid lo que habéis de hacer,
que pues os he de fiar
lo que por mí ha de pasar,
ahora os he menester.
Con oro ó miedo he ganado
á todos sus confidentes;

de manera que sus gentes
son nuestras por de contado.
Conocéis las calles?

ESPÍA

Sí.

RONQUILLO

Sois de la ciudad?

ESPÍA

No á fe;
mas ha tiempo que habité
más de seis años aquí.

RONQUILLO

Bien: en la Plazuela Vieja
y número diez y seis,
junto á su puerta veréis
con celosía una reja.
Llamad á ella; saldrán
seis hombres enmascarados.
Son los músicos buscados
por el mancebo galán,
que traerán sobre su huella
una litera cerrada,
por el mozo destinada
á llevar á la doncella.
Tienen orden de seguiros.
Calle adelante echaréis,
y aquí con ellos vendréis;
y porque pueda sentiros
yo, que entonen la canción
que ha compuesto contra mí
Cristóbal Benamejí.
Es la mejor precaución
para que nadie se asome
á mirar lo que aquí pasa,
sabiendo que ésta es mi casa,
y que es muy fácil que tome
venganza de insulto tal.
En esa calle postrera
haced quedar la litera;
cuando lleguéis, otra igual
habrá aquí, por gente fiel
conducida; en ella irá
otra mujer, que está ya
instruída en su papel;
se alejará entre mi gente,
y el mozo, que cerca espera,
viendo dama en la litera,
la seguirá erradamente.
Mi ronda hará lo demás;
vos en tanto os quedaréis
á esa puerta, que oiréis
abrir por dentro; sin más
esperar, hablar, ni oir,
daréis á quien se presente
esta carta, y prontamente
cerráis, sin dejar salir
á nadie; y con tal prudencia
quedará ella con honor,
y á dar vendrá el seductor
á manos de Su Eminencia.
Habéis comprendido?

ESPÍA

Todo.

RONQUILLO

Pues andad, que darán presto
las doce, y es fuerza que esto
se concluya, y de este modo.

ESCENA VII

RONQUILLO

Bien; todo va bien. En vano
luchas conmigo, y mi muerte
deseas, porque tu suerte
tengo yo, oh rey! en mi mano.
En tu gracia he de morir,
y en vida me has de temer,
ó funesto te ha de ser
el amar y el escribir.
Tu padre, el emperador,
secretos fió á mi fe,
con los que á fuerza obtendré
de tí mismo igual favor.
Por ellos partí á la par
con él su imperial poder.
Mi rival quisiste ser,
y por mí no ha de quedar.
Tú atropellaste mi amor

con tu poder soberano,
mas hoy pende de mi mano
la balanza de tu honor.
Otros cortesanos viles
con honores se contenten,
y por dichosos se cuenten
con adularte serviles.
En una mirada tuya
funden su dicha menguada,
sin pensar que otra mirada
es fácil que les destruya.
Ese oropel exterior
á los necios abandono;
yo, aunque te pese, ambiciono
más positivo favor.
De tí á mí será la lucha;
mas será con armas tales,
que de no quedar iguales,
sacarte he ventaja mucha.
Partirá el cetro, aunque á oillo
no llegue jamás el mundo,
el rey Felipe Segundo
con el alcalde Ronquillo.
Gil.

GIL

(Dentro.) Señor.

ESCENA VIII

RONQUILLO *y* GIL

RONQUILLO

Baja mi espada;
mantener quiero á la vez,
como hidalgo y como juez,
el honor de esta jornada.

GIL

Tomad.

RONQUILLO

Las ventanas cierra,
Gil; y cuenta cómo sales
ni siquiera á los cristales,
aunque sientas que la tierra
se hunde.

GIL

Señor, si de mí
necesitáis...

RONQUILLO

No por cierto;
ciérrate bien, y te advierto
que á nadie abras.

GIL

Lo haré así.
Pero si dado me fuera
decir lo que pienso...

RONQUILLO

Qué?

GIL

Si me da vuesa mercé
permiso...

RONQUILLO

Dí.

GIL

Una quimera
será acaso de mi oscura
ignorancia.

RONQUILLO

Circunloquios
deja, que para coloquios
no estoy ahora, y se me apura
la paciencia.

GIL

Pues señor,
con franqueza y de una vez:
solo y de noche, pardiez!
tengo en casa...

RONQUILLO

Qué?

GIL

Pavor.

RONQUILLO

Pavor tú, que tienes fama
de hombre de tal corazón,
que hay quien apuesta por tí
para reñir contra dos?
Te burlas.

GIL

No son los hombres
á los que temo, señor.
En lances bien apretados
me habéis metido, y por Dios
que os dejé bien, ya lo vísteis.

RONQUILLO

De quién es, pues, tu temor?

GIL

No lo sé.

RONQUILLO

Gil.

GIL

Perdonadme
si asaz importuno estoy;
mas permitid que os recuerde
la noche en que vos y yo
entramos en esa casa.

RONQUILLO

Mandóme la Inquisición
registrarla.

GIL

Y así fué,
que una pieza no quedó
por mirar.

RONQUILLO

Bien; y en seguida
dejamos el interior
abandonado; cerráronse
las entradas; se tapió
su piso bajo, y sellóse
con discreta precaución
cada nueva cerradura
que el Santo Oficio mandó
poner; dieron escribanos
fe de ello; y en conclusión,
quedó á un abandono eterno
condenada, Gil, en pro
del bien público, y por dar
fin á la maligna voz
de que era casa de hechizos,
y del diablo habitación.
Mas nada hallamos en ella,
y desque esto aconteció,
no hay tampoco más que el miedo
con que la superstición
por las pasadas consejas
sus cavidades pobló.

GIL

Tal creí yo; mas sospecho
que estamos en un error.

RONQUILLO

Por qué?

GIL

Porque, la verdad,
señor Juez; mientras que yo
aguardando vuestra vuelta
tras los vidrios del balcón
velo por las noches, noto...

RONQUILLO

Qué notas?

GIL

Que mientras vos
con el espía Roberto
estáis en conversación
en su casa, dentro esotra
pasa algo que no sé yo
explicar, pero que prueba
que hay quien mora esa mansión.

RONQUILLO

Y de qué lo infieres tú?

GIL

De que yo he visto, señor,
pasar luces á través

de las maderas, y son
oí de voces humanas,
y lamentos de dolor
dentro de aquese recinto.

RONQUILLO

Y has oído alguna voz
conocida?

GIL

Aunque la hubiera,
me lo estorbara el temor;
que á cada paso he temido
ver abrirse algún balcón
ó ventana, y asomarse
algún vestiglo feroz
del infierno.

RONQUILLO

Vaya, Gil,
sólo tu imaginación
pudo fingir tales sueños.
Entra y vive sin temor
de que las ventanas se abran
de esa desierta mansión.

GIL

Y si nos equivocáramos
y hubiera en ella...?

RONQUILLO

Sé yo
que no hay quien pueda salir
ni asomarse al exterior.

GIL

Mas si se asomaran...?

RONQUILLO

Gil,
basta de conversación.
Si esas ventanas se abrieran
cual tu miedo imaginó,
y ser humano por ellas
se asomara, sabe Dios
que quien más se asombraría
de caso tal fuera yo.

GIL

Vos?

RONQUILLO

Es claro. No fué á mí
á quien se dió comisión
de penetrar sus misterios
y despejar su interior
de cuantos seres nacidos
en ella hicieren mansión?
La Iglesia, si había diablos,
los diablos exorcizó;
los hombres, si los hubiera,
en mis manos dieran.

GIL

Oh!
Eso sí; y no lo pasaran
muy bien.

RONQUILLO

Gil, á fe que no.
Entra, pues, y cierra bien;
y no pongas atención
en ruidos ni en resplandores
de luces, que del pavor
son fantástica ficción.
Y pues garantizo yo
la soledad de esa casa,
quimeras y no más son.

GIL

Muchos años lealmente
os he servido, señor;
y aunque sueños míos, de ellos
fué ley el daros razón.

RONQUILLO

Te conozco, y lo agradezco;
mas ya te he dicho que yo
respondo de todo al vulgo,
al rey y á la Inquisición.
Entra.

———

ESCENA IX

RONQUILLO

Criado leal,
que vive sin inquietud,
conservando su virtud
en el templo de Belial.
Oh quién tuviera la calma
que tiene en su corazón,
atento á su obligación,
y la quietud de su alma!
Cuánto envidio su ventura!
Trocara por su bajeza
esta vida de grandeza,
tormentosa é insegura.
Qué digo? Cuán necio soy!
Ya no es tiempo de cejar.
(Música á lo lejos, que se acerca más cada vez.)
Mas siento gente llegar:
me aparto... temblando estoy.

(Ronquillo se aparta á la izquierda. Poco después bajan á la escena seis músicos, que vienen cantando la primera estrofa de la canción, y guiados por un embozado.)

ESCENA X

RONQUILLO *y* EMBOZADOS

(El embozado y los músicos se llegan á la esquina de la casa de la derecha cantando, y en ella se paran. Al mismo tiempo sale de casa de Roberto otro embozado y una litera conducida por dos enmascarados, y se colocan entre los músicos, que en cuanto tienen en medio de ellos la litera, se alejan cantando la segunda estrofa. El alcalde Ronquillo, que presencia todo esto con muestras de satisfacción, se acerca al embozado que sale de casa de Roberto, el cual le contesta secamente y sigue su camino.)

RONQUILLO

(Ellos son... Si estará listo
mi buen Roberto?)

CANCIÓN

ESTROFA PRIMERA

Niñas vallesolitanas,
si os desvela amor quizá,
no abráis hoy vuestras ventanas,
que de ronda el diablo está.
Ja, ja, ja!
Diablo que anda por Castilla
con vuelillos y golilla,
quién será?
Jesucristo, qué fracaso!
Ya está aquí! Dejadle paso,
allá va.
Ja, ja, ja!

RONQUILLO

Ya aquí
salen: está todo?
(Al embozado de la litera.)

EMBOZADO

Sí.

RONQUILLO

Pues apriesa, vive Cristo!

(Vánse los músicos despacio cantando la segunda estrofa. Ronquillo los contempla tranquilamente. Poco detrás de los músicos va la ronda, conducida por el Cabo á quien Ronquillo encargó semejante maniobra, y que ha salido por la derecha.)

ESTROFA SEGUNDA

Niñas vallesolitanas,
si os desvela amor quizá,
abrid ya vuestras ventanas,
porque el diablo pasó ya.
Ja, ja, ja!
Ya la gente de golilla
sobre su rastro en la villa
puesta está,
y ha de ser diablo muy pillo
si al buen alcalde Ronquillo
se le va.
Ja, ja, ja!

RONQUILLO

Perfectamente: en media hora

los tengo ya en Fuensaldaña,
y á Roberto en mi compaña
aquí al despuntar la aurora.
Ya no se oyen... con el paso
que tomaron, ciertamente
ya estarán pasando el puente:
guárdeles Dios de un fracaso!
Sí; guardada esa mujer,
tus cartas aseguradas,
tus espías engañadas,
oh! aún estás en mi poder.
Dijo bien Benamejí,
que ha de ser diablo muy pillo
quien del alcalde Ronquillo
escape...
(La misma música de la anterior escena se oye por el mismo sitio que se oyó la otra, y en la misma forma sale á la escena, conducida por el Espía á su tiempo.)
Mas, ay de mí!
Sueño, ó vuelven á bajar
mis músicos? Sí, ellos son;
es mi seña, es la canción.
Pero, cómo... por qué dar
vuelta á esa calle otra vez?
Atravesar la ciudad
con esa publicidad!
Mas ya están aquí...
(Sale el Espía y los músicos como los otros.)

ESCENA XI

RONQUILLO *y* ESPÍA

RONQUILLO

(Al Espía.) Pardiez,
de esta manera cumplís
las órdenes que os he dado?
Por qué volvéis, desdichado?

ESPÍA

Ved, señor, lo que decís;
yo no vuelvo, llego ahora.

RONQUILLO

Vive Dios! Pues quiénes fueron
los que antes que vos vinieron?

ESPÍA

No os comprendo... Oid... La hora
justa. *(Dan las doce.)*

RONQUILLO

No; finges en vano;
me vendes? (Morirás pues.)
(Van-Derken, que se ha colocado entre los músicos embozado, sale al paso á Ronquillo, que amaga al Espía.)

VAN-DERKEN

Ved, señor Ronquillo, que es
enviado del soberano.

RONQUILLO

Mil rayos! Y quién sois vos?

VAN-DERKEN

Lo que el rey le manda á él ser.

RONQUILLO

No entiendo...

VAN-DERKEN

Váis á entender
al momento.
(Se desemboza junto á Ronquillo.)

RONQUILLO

Santo Dios!

VAN-DERKEN

Veinticuatro horas os dí;
mas como os habéis resuelto
antes, yo también he vuelto
más pronto que prometí.

RONQUILLO

Jesús me valga! Aquí hay algo
que no comprendo.

VAN-DERKEN

Un error
vuestro, y cuyo gran valor
á apreciar sólo yo valgo.
Conmigo, el diablo, van ya

dos veces que os encontráis;
mas, pues vos y el rey usáis
de mi nombre, ley será
que yo salga por mi honor
con vuestras culpas cargado,
y en vez de ser el burlado,
pase el diablo á burlador.
Qué os dije? Os he de perder,
ó la tengo de salvar.
No me la quisísteis dar,
y yo os quité la mujer.

RONQUILLO

Pero... cómo?

VAN-DERKEN

Como ahora
esa gente que traéis
puedo hacer mía.
(Á una seña de Van-Derken, los músicos y embozados que están al lado del alcalde Ronquillo, se pasan al lado de Van-Derken.)
Lo véis?

RONQUILLO

Esto es un sueño!

VAN-DERKEN

Vos mismo
de allí la vísteis salir,
y la dejásteis partir.

RONQUILLO

Oh! Confúndate el abismo;
mas esa infernal destreza
conque, por ocultos modos,
coges mis secretos todos,
te va á costar la cabeza.

VAN-DERKEN

Reflexionad que, si aquí
partimos campo los dos,
reñirán hombres por vos,
pero demonios por mí.

RONQUILLO

En vano con tu malicia
amedrentarme querrás.
Favor aquí á la justicia!

VAN-DERKEN

Favor aquí á Satanás!
(Á la voz del alcalde acuden varias rondas y gentes de justicia. Á la voz de Van-Derken la puerta de la Casa del Diablo se abre de repente, y salen por ella varios embozados, que se ponen de parte de Van-Derken. Los músicos tiran los instrumentos y echan mano á las espadas, quedando en cuerpo todos los de Van-Derken, y vestidos de negro como él. Las ventanas altas de la casa se abren también repentinamente, y asoman por ellas varios otros partidarios de Van-Derken, que iluminan la escena con hachones, y dan grandes voces y carcajadas. La justicia y los de Ronquillo huyen amedrentados.)

ESCENA XII

RONQUILLO, VAN-DERKEN, ESPÍA, JUSTICIA *y* ENMASCARADOS

UNO DE RONQUILLO

Jesucristo!

OTRO DE RONQUILLO

Los demonios
evoca ese hombre! *(Váse.)*

OTROS DE RONQUILLO

Qué horror! *(Vánse.)*

VAN-DERKEN

Ese.
(Señalando al Espía, á quien los de Van-Derken se llevan por delante.)

ESPÍA

Válme, Virgen Santa!
(Vánse todos, quedando en la escena Ronquillo y Van-Derken.)

VAN-DERKEN

Supongo, alcalde, que vos

no tragáis lo de los diablos.
Mas ved la superstición
del vulgo; vos le enseñásteis
que esa casa era mansión
de Satanás, y vos mismo
me dáis armas contra vos.
Oid pues: véis lo que puedo;
hasta que amanezca os doy
de término, meditadlo.
Esos billetes que son
vuestra esperanza, á mis manos
pasarán como pasó
esta noche doña Inés;
mas ved con qué distinción;
si me las dáis, yo me encargo
de salvaros; mas de no,
perderéis cartas y vida
antes que despunte el sol.

RONQUILLO

Pero explicadme á lo menos...

VAN-DERKEN

Os daré la explicación
después que me déis las cartas.

RONQUILLO

Nunca; me sobra valor
para arrostrar mi fortuna,
y aun fío en mi corazón
y en mi astucia para hacer
que se vuelva contra vos.

VAN-DERKEN

Doña Inés es mía ya.

RONQUILLO

Podré recobrarla yo.

VAN-DERKEN

Va viajando, y muy depriesa.

RONQUILLO

Mi poder va más veloz,
y la alcanzará.

VAN-DERKEN

La guarda
gente muy buena.

RONQUILLO

Mejor
será la que irá en su alcance.

VAN-DERKEN

Nada logrará.

RONQUILLO

Pues no!

VAN-DERKEN

Camina del Santo Oficio
bajo la alta protección,
y con licencia expedida
por el mismo Inquisidor
general.

RONQUILLO

Santos del cielo!
Quién pudo hacer tanto?

VAN-DERKEN

Yo,
señor alcalde; yo solo,
que logré alejar de vos
vuestras gentes para haceros
la postrer proposición.
Me dáis las cartas?

RONQUILLO

Jamás;
si me niega su favor
la suerte, al rey don Felipe
sus siete cartas le doy,
y la octava al Santo Oficio;
y hará al menos mi furor
lo que con los filisteos
hizo en el templo Sansón.

VAN-DERKEN

En ese caso podéis
encomendaros á Dios,
porque moriréis sin ver
otra vez ni al rey ni al sol.

RONQUILLO

Pensáis...?

VAN-DERKEN

Dejaros morir
sin daros ni aun confesor,
y venir luego á llevaros
adonde es mi obligación. *(Váse.)*

ESCENA XIII

RONQUILLO

Quién es ese hombre, Dios mío?
Confuso, aterrado estoy;
todo el edificio hermoso
de mi futuro esplendor,
mis afanes de diez años
de un soplo desvaneció.
Pero no para rendirme
á la duda ni al temor
me afané con tal empeño;
y en tanto que el corazón
tenga un instante de vida,
pondré á prueba su vigor,
y antes muerto que rendido!
Mas llegan... Pluguiera á Dios
que fuera la gente mía!
Oh, no me engañé...!

ESCENA XIV

RONQUILLO *y* EL CABO DE LA RONDA *de la escena cuarta*

CABO DE RONDA

Señor...

RONQUILLO

Hablad, hablad con mil rayos!
Qué habéis hecho?

CABO DE RONDA

Lo que vos
mandásteis. Les fuí siguiendo
hasta bajo el malecón
del puente.

RONQUILLO

Y qué?

CABO DE RONDA

Allí la guarda
franco paso les dejó,
y como los ví salir,
me volví.

RONQUILLO

Condenación!
Todo se ha perdido!

CABO DE RONDA

Cómo!
No me dijísteis, señor...?

RONQUILLO

Dejadme en paz. *(Se pasea agitado.)*

CABO DE RONDA

Yo...

RONQUILLO

Silencio
digo. También me vendió
Roberto? No, es imposible;
sin duda alguna traición
de ese maldito... Ah! Lo entiendo
todo; ahí dentro le esperó,
y en su lugar salió luego
como mi escrita intención
lo prevenía... Mas él,
Roberto, dónde quedó?
Aquí...? Tal vez encerrado,
maniatado... eso es; mas, oh!
aun puede salvarse todo
si nos juntamos los dos.
(Ronquillo toma una de las luces de su ronda, y va á entrar en casa de Roberto.)
Roberto... Una luz... Roberto,
respóndeme, alza tu voz
de donde quiera que estés;
soy yo, don Rodrigo soy,
seguidme.
(Va á entrar y retrocede espantado.)
Mas, Jesucristo,
él es, él, muerto!

VARIOS

Qué horror!

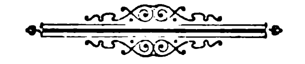
RONQUILLO

Corred, seguidle al momento,
por ahí va quien le mató;
no puede estar todavía
lejos; id, y vive Dios
que le traigáis muerto ó vivo,
ú os hago empalar si no.
(Vánse corriendo los de la ronda.)
La ciudad registraré
pie á pie, rincón á rincón,
hasta topar con el diablo
que al hostelero mató;
y antes que de mis secretos
él se aproveche traidor,
por asesino de ese hombre
le cuelgo en la horca yo.
(Váse por la derecha.)

ESCENA XV

VAN-DERKEN

Oh, los ojos de tu astucia
tu coraje te cegó!
El hombre diestro no huye,
burla á su perseguidor;
y vas más lejos de mí
cuanto vayas más veloz.
Corre, pues; ve tras el diablo,
que él la mano te ganó,
y va á esperar á que vuelvas
en tu misma habitación.
(Entra por la casa de Roberto.)





ACTO TERCERO

Habitación del alcalde Ronquillo.—Despacho rodeado de estantes con libros, entre los que se abre á su tiempo una puertecilla secreta. Puerta á la derecha; balcón á la izquierda; mesa, sillón y demás útiles propios del lugar. Al levantarse el telón la escena permanece un momento sola, y se oye correr un pasador, en tanto que Gil hace ruido con la llave en la puerta de la izquierda, por donde sale. Un velador preparado para cenar el Alcalde.

ESCENA PRIMERA

GIL

Dios me valga; creí que andaba alguno
dentro de este aposento; juraría
que oí pasos y ruido de una llave
desde ese otro salón cuando venía.
Aprensiones del miedo;
mas confieso, por Dios! que acostumbrarme
á semejante vecindad no puedo.
En la calle hace poco que he sentido
de voces y de gente extraño ruido,
y lo que es esta vez no me he engañado,
en esa casa endemoniada ha sido.
Mas, Dios mío! Qué es esto?
Quién trastornó los chismes de esta mesa?
Quién estos vasos apartó del puesto
en que yo los dejé? Santa Teresa!
Ese vino se mueve todavía
dentro de la botella... No, no hay duda,
alguien ha estado aquí en ausencia mía.
Yo no dejé el sillón así apartado
de la mesa. Pardiez que no es ahora
vana aprensión! Y estoy determinado;
salga por donde quiera,
me despido esta noche del alcalde,
y cuanto riña y gruña será en balde.
Yo he nacido del vulgo; me he criado
entre el pueblo; ni sé, ni he aprendido
más que aquello que al vulgo han enseñado,
y creo cuanto cree; temo y respeto
cuanto respeta y teme;
y no creo, aunque pese á mi fortuna,
que estoy, ni estaré, á ser por ley alguna,
más sabio que mis padres obligado.
Á pechar con los duelos y disgustos
á que estamos expuestos los mortales,
pase; pero vivir con tantos sustos
entre duendes y trasgos infernales,
eso no.

RONQUILLO

(Dentro.) Gil.

GIL

Señor. Gracias al cielo.
Jesucristo, qué humor trae esta noche.
Allá voy, allá voy.
(Váse, y vuelve alumbrando á Ronquillo.)

ESCENA II

RONQUILLO *y* GIL

RONQUILLO

Todo fué en vano;
cual sombra que en el aire se deshace
ese hombre se me escapa de la mano.

GIL

Señor.

RONQUILLO

En balde espero
de mis agentes nada.
Ira de Dios! La rabia concentrada
dentro mi corazón me abrasa. Fiero
late; pero impotente,
le encuentro por doquier para atajarme,
y no le hallo jamás para vengarme.

GIL

Señor.

RONQUILLO

Eh!

GIL

Ya tenéis la mesa puesta,
y creo que ya es hora
de que...

RONQUILLO

Bien, está bien; lo que tú quieras.
(Se sienta distraído. Gil sale y vuelve.)
Vendrán, sí que vendrán; mas los menguados
con las manos vacías.
Oh! En esos desdichados
me vengaré de las angustias mías.

GIL

Ea, aquí está, señor. En horas tales
ya es justo que toméis algo caliente.

RONQUILLO

Qué es esto?

GIL

Vuestro caldo; os lo tenía
como siempre dispuesto.

RONQUILLO

Caldo! Sangre
es lo que ahora con gusto bebería.

GIL

Qué es lo que habla?

RONQUILLO

Qué digo?
Necio de mí! Me vende mi coraje.

GIL

Trémulo estáis, señor, descolorido.
Qué tenéis? Os han hecho algún ultraje?

RONQUILLO

Silencio, Gil.

GIL

Señor...

RONQUILLO

Ha parecido
el forastero?

GIL

No, señor.

RONQUILLO

Al punto
que llegue, que entre aquí.

GIL

Señor, su vuelta
váis á esperar velando?

RONQUILLO

Gil, muy suelta
tienes tu lengua.

GIL

Es que... me da cuidado
la inquietud en que veo á useñoría.

RONQUILLO

Llena ese vaso.

GIL

Lleno?

RONQUILLO

Pues no lo oyes?
Lleno te he dicho; lleno.

GIL

Como nunca...

RONQUILLO

Alguna vez sería
la primera. *(Bebe.)*

GIL

(Buen trago!
Con eso su infernal melancolía
disipará, y al fin, menos adusto,
me oirá, que desde hoy más á su gusto
busque otro paje por ausencia mía.
Pecho al agua.)—Señor.

RONQUILLO

Basta, importuno.

GIL

Es que tengo, señor...

RONQUILLO

Silencio digo.

GIL

Perdonad.

RONQUILLO

Perdonado.
Esa mesa levanta y véte fuera;
si viene el forastero, aquí al instante
le mandarás entrar. (Oh! Estoy resuelto;
fuerza es que acabe de cualquier manera
esta duda fatal. Sí, la agonía
es demasiado larga, y arrostrarla
puede ya apenas la paciencia mía.)
Despáchate.

GIL

Ya está.

RONQUILLO

Déjame solo.

GIL

(Pavor me da mirar su faz sombría.) *(Váse.)*

ESCENA III

RONQUILLO, *y á su tiempo* VAN-DERKEN

RONQUILLO

Un momento á la boca del abismo
quiero asomarme, y calcular su hondura
en calma y soledad conmigo mismo.
Recuerdo que en el tiempo borrascoso
de mi agitada juventud, solía
ese licor fragante y generoso
dar á mi corazón ruda energía,
y en mis trances más duros y apurados
inspiró muchas veces repentino
á mi agotada mente
recursos extremados
que cambiaron la faz de mi destino.
Y á este recuerdo que produjo acaso
el grato olor del generoso vino,
colmado y sin rubor apuré el vaso.
Y por Dios que hice bien, porque ya siento
que el juvenil vigor de aquellos días
nuevo me infunde al corazón aliento
y nueva luz á las ideas mías.
Perdido casi me contemplo. Solo
con mi secreto estoy. Ese Roberto,
mi único ayudador, cómplice mío
único, yace muerto,
y aislado estoy de la traición y el dolo
colocado en mitad. Terrible día
ha sido hoy para mí; cuán diestramente
me han burlado, pardiez! *(Pausa.)*
Si adelantara
su llegada aquí el rey! Si yo lograra
verme con él antes que nadie á solas,
todavía el bajel de mi fortuna
orgulloso bogara
del mar de la ambición sobre las olas.
Todavía pudiera devolverle
ese traidor verdugo enmascarado
que me envía el hipócrita taimado,
y pudiera á mi vez otro ponerle
de su trono y su lecho al pie sentado.

VAN-DERKEN

(Por la puerta secreta, que entreabre.)
(Héle allí solo ya! Cuán hondamente
absorbido le traen sus pensamientos!
No me ve... ni me siente;
habla... sí... sus acentos
oigamos.)

RONQUILLO

Sí; aún pudiera
desvanecer la tempestad furiosa
que ruge sobre mí, y asir pudiera

el hilo de esa intriga misteriosa
que mina sorda mi existencia entera.

VAN-DERKEN

(Me tiene muy presente, y lo concibo,
su pesadilla soy.)

RONQUILLO

Oh! Si en mis manos
ese demonio á dar viniera vivo,
juro á los cielos... Juramentos vanos
de mi rabia no más... Esos imbéciles
no darán con su rastro... Y lo confieso,
mal de mi grado, sí; se me ha ocurrido...
Si ese poder en que confía ese hombre
del mismo Satanás le habrá venido!

VAN-DERKEN

(Torpe superstición! Él propio llega
á temer de lo mismo que imagina
para asombrar la muchedumbre ciega!
Su propio corazón le descamina!)

RONQUILLO

Jamás mortal alguno
supo burlarme así. Se me presenta
con medios que parecen naturales
mis planes á estorbar... Oh! Y me amedrenta
la destreza infernal con que lo alcanza!
Me amenaza, me ataja, me subyuga;
doquier se me aparece, y me provoca;
él mismo me abre senda á mi venganza;
él mismo mis intentos favorece;
delinquiendo, en mis manos su delito
le pone; apela á repentina fuga,
le sigo, y aun su sombra veo, siento
sus pisadas... Prodigio me parece!
Y de mis manos casi en un momento
como leve vapor se desvanece.
Mas pues huye de mí, libre me deja.
Libre, sí; y su razón se lo aconseja,
pues si en sus manos mi destino tiene,
yo también en las mías su destino;
y si á ponerse ante mi vista viene,
antes que una palabra de su labio
salte, le prenderé por asesino.
Sin lograr ver al rey próxima muerte
me auguró... Vive Dios! Saldré á esperarle,
y nadie, nadie le hablará primero
que yo; dejaré mal al adivino.
Mas á fe que calienta demasiado
mi enardecida sangre ese buen vino.
Ah! No debí olvidar que se ha enervado
mi juvenil vigor, y que ya empieza
á flaquear con los años la cabeza.
Mas qué importa? Me siento más osado.
Pardiez, oh rey Felipe! No has atado
todos los hilos bien; aun tengo un día,
y esas cartas fatales
de mi muerte fiadas hasta el punto
en las manos sagradas de un prelado,
de confesión secreta bajo el sello,
me pondrán de tu cólera al abrigo,
y en vez entonces de segar mi cuello,
tu real poder dividirás conmigo.

VAN-DERKEN

Ja! ja!

RONQUILLO

Quién está aquí? Dios soberano!

VAN-DERKEN

Por doquiera que vas, tus pasos sigo.

RONQUILLO

Él!

VAN-DERKEN

Tu conciencia soy; me huyes en vano;
donde quiera que estás, estoy contigo.

RONQUILLO

Por dónde...?

VAN-DERKEN

Por allí.

RONQUILLO

Conoces...?

VAN-DERKEN

Todo.

RONQUILLO

Cielos!

VAN-DERKEN

Todo. Ya vísteis que cumplidas
vuestras órdenes fueron;
se falsearon las señas convenidas;
los músicos vinieron;
y los que dentró estaban prevenidos,
con la litera á la señal salieron,
quedando otros, cual vísteis, escondidos,
los que diablos al vulgo parecieron,
en la Casa del Diablo reunidos.
Mas no fué culpa mía si así huyeron;
vos los teníais de ello convencidos,
y culpa vuestra fué si lo creyeron.
Ya véis, nada hay aquí maravilloso,
todo esto es natural, fácil, sencillo;
y más diestro que vos, más vigoroso,
os tengo en mi poder, señor Ronquillo.

RONQUILLO

Todo lo entiendo ya; continuo espía
de mi casa, la casa de Roberto
hoy asaltásteis en su ausencia y mía.

VAN-DERKEN

Pues, y en ella introduje
misdiablos con silencio en vuestra ausencia.

RONQUILLO

Oh! Y Roberto al entrar....

VAN-DERKEN

Cayó al momento
en sus manos.

RONQUILLO

Pardiez! Mas la existencia
perdió; luego leal rindió la vida
sin vender sus secretos.

VAN-DERKEN

La partida
con él perdísteis. Se le dió tormento.

RONQUILLO

Traición infame!

VAN-DERKEN

Y con la oculta entrada
que estos tres edificios comunica;
con la mujer dos años ha encerrada
en la casa por vos endemoniada,
con todo dí, y os lo deshice todo;
y es por allí venir el mejor modo
de explicároslo al fin.

RONQUILLO

Bien me lo explica:
mas en vano fiáis, porque seguro
os tengo yo también, mancebo insano,
y por el cielo os juro...

VAN-DERKEN

Eh! No juréis, señor alcalde, en vano.
Ya sé que vuestra gente á una hora dada
á buscaros vendrá; que á este aposento
debe en silencio entrar; sé que el momento
de semejante cita está cercano;
mas cierto estad que, de cualquiera modo,
los dos tendremos tiempo para todo.
Hablemos pues, señor Ronquillo, en calma,
que la vida del hombre está medida,
y yo deseo que salvéis el alma,
antes, señor, de concluir la vida.

RONQUILLO

Hacéis mal de fiaros en la vuestra,
porque no os valdrá ya la astucia diestra
para volver á dar con la salida.

VAN-DERKEN

La que debísteis vos tener guardada
mi salida no fué, sino mi entrada.

RONQUILLO

Mas dentro ya, os advierto que cordura
es que penséis en si os tendrá labrada
vuestra noble familia sepultura.

VAN-DERKEN

Esa ventaja me lleváis tan sólo,
pues el rey os ha dado una capilla
donde os labró suntuoso mauseolo
á costa de sus rentas de Castilla;
mas ved que no será gran maravilla
que el que os labró la estatua que corona
vuestro ataúd marmóreo, en su conciencia

crea que estéis, mejor que en apariencia,
dentro del ataúd vos en persona.

RONQUILLO

Dios Santo! Esas palabras...

VAN-DERKEN

Os explican,
juez, mi presencia aquí, y en frase breve
os diré lo que en suma significan,
y lo que en realidad cumplirse debe.
Que no podríais ver al rey, os dije;
no le veréis; perded toda esperanza.
Hombre, demonio ó ángel, soy quien rige
vuestro destino; Dios quien me dirige,
y el honor quien me alienta;
encomendadme, pues, vuestra venganza,
y yo en vuestro lugar daré á Dios cuenta.

RONQUILLO

Insensato! Cederos, y en tal hora,
el fruto entero, el término inseguro
de mi afanosa vida! Y cuando toco
al anhelado fin...! Sería un loco.

VAN-DERKEN

Consideradlo bien, porque yo os juro
que el justiciero Dios vuestro destino
puso en mi mano, y su poder divino
me otorgó sobre vos poder seguro,
y mediré á mi antojo vuestro sino.

RONQUILLO

Villano!

VAN-DERKEN

Vuestra débil existencia
apoyada no más está en mi aliento;
animar ó extinguir puedo su esencia
con un soplo no más; y en un momento
puedo franquearos, con el brazo mismo,
la obscura trampa del eterno abismo,
ó el pabellón azul del firmamento.
Creedme; irrecusable testimonio
daros podré de mi infernal prestigio,
y puedo, sin obrar ningún prodigio,
ser para vos un ángel ó un demonio.
Dadme, pues, esas cartas, y abro nuevo
camino á vuestra vida; al rey no abono:
me ultrajó más que á vos, y soy quien debo
vengar la injuria con mayor encono.

RONQUILLO

Me inspiras compasión, pobre mancebo.
Piensas alucinarme con patrañas
estúpidas, y me abres todo entero
tu necio corazón! Tú necesitas
mi secreto, y robármele meditas
atrevido y astuto; mas te engañas,
á mí solo no más que sirva espero,
y antes que en manos confiarle extrañas,
bajar con él á mi ataúd prefiero.

VAN-DERKEN

Pues mandáosle abrir, porque á fe mía
que estáis, señor Ronquillo, en la agonía.
Sí; ángel, hombre ó demonio, yo he cruzado
tierras y mares tras de vos; he sido
vuestra sombra doquier; os he velado
vuestro angustioso sueño; he sorprendido
vuestros hondos secretos; he hacinado
mil pruebas contra vos, y he conseguido,
á fuerza de destreza, oro y afanes,
el hilo asir de vuestros viles planes.
La historia sé de vuestra infame vida;
llevo de vuestros crímenes la cuenta;
toda la sangre que tenéis vertida
gota á gota conté; toda la renta
que la justicia os dió, por vos vendida;
y los ayes, las lágrimas, la afrenta
de cien familias contra ley juzgadas,
y al cadalso inocentes arrastradas,
aquí en mi corazón hierven ocultas,
recogidas en él como en un vaso,
y todas sus fantasmas insepultas
de su verdugo en pos siguen mi paso.
Vélas; venganza de maldad tan obvia
pidiendo cada cual te se avecina;
cuéntalas... la de Derken, al que agobia
de Inés la afrenta, que tras él camina;
las de tus empalados en Segovia;
las de tus abrasados en Medina.

RONQUILLO

Ay!

VAN-DERKEN

Y á ese grito de pavor que arrancas,
la de Acuña también se alza en Simancas.

RONQUILLO

Bastá...! El miedo, la rabia me sofoca;
ten la lengua infernal que en torno mío
esa sangrienta muchedumbre evoca.

VAN-DERKEN

No, no; tú has hecho con su sangre un río,
tras del que ciega tu ambición coloca
del trono de Castilla el poderío;
y por manchar el trono de Castilla,
saltar esperas á la opuesta orilla.
Pero sueñas. Del rey que á la alta esfera
donde te ves te alzó desde tu nada,
imaginaste en tu arrogancia fiera
dejar la gloria y majestad hollada!
Miserable reptil! Ni tan siquiera
podrás ver otra vez su faz sagrada
para pedirle compasión de hinojos,
arrastrándote vil ante sus ojos.
Yo te gané esa entrada; á tu aposento
vine á esperarte; me senté á tu mesa,
y tuve entre mis manos tu alimento:
y cuentas con tu vida? Y la promesa
que te hice olvidas de agotar tu aliento
antes del nuevo sol? Mira, la espesa
(Á la ventana.)
noche disipa; mas en este punto
la descarnada muerte te está junto.

RONQUILLO

Mientes...! Mientes...! Te burlas!

VAN-DERKEN

Viejo insano,
escucha, y cesa en tu dudar prolijo;
tú hiciste asesinar á un noble anciano
su hija por deshonrar; mas, quién te dijo
que ese padre infeliz no tiene un hijo,
y esa doncella mísera un hermano?

RONQUILLO

Su hijo! Su hermano!

VAN-DERKEN

Sí; comprende ahora
el móvil de mi astucia vengadora.

RONQUILLO

Hijo...! Hermano...! Ay de mí! Todas, oh in-
tus iras contra mí desencadenas. [fierno,
No miente, no, ese vil... Hervir interno
su veneno voraz siento en mis venas.

VAN-DERKEN

Pues no desprecies mi postrer aviso;
te juro que á tu vida y á tu muerte
puedo aún marcar un término preciso.
Ronquillo, elige, pues, tu propia suerte.
Cede.

RONQUILLO

Jamás.

VAN-DERKEN

Pues á tu fin te advierto
que aguardaré; mío eres; vivo ó muerto,
no te libras de mí, porque te juro
que aunque el secreto pongas á cubierto
de tu sepulcro, por mi mano abierto,
ni aun en tu corazón está seguro.

RONQUILLO

Mas qué ruido... Ellos son... Ahora veremos
quién te libra de mí.

VAN-DERKEN

Llegan. *(Se oculta.)*

RONQUILLO

Guardada
está ya la salida... Oh! Moriremos
á lo menos los dos... Ya está apostada
mi gente abajo... Pero... Dios! Qué miro!
Guardias del rey...! Y siento que la vida
ya me abandona... Suben... Ah! Yo espiro.
(Cae en el sillón con el sopor.)

ESCENA IV

RONQUILLO *y* EL ESPÍA

ESPÍA

Gracias á Dios que le hallo al fin.

RONQUILLO

Quién llega?

ESPÍA

El rey á la ciudad.

RONQUILLO

El rey!

ESPÍA

El mismo.

RONQUILLO

Pronto llévame ante él.

ESPÍA

No; hacedme entrega
de unos billetes que os fió.

RONQUILLO

El abismo
te confunda! Tú sabes...

ESPÍA

Mucho, y cierto;
parte me dijo el rey; parte yo mismo
en esta misma noche he descubierto.
El diablo de esta casa sois, alcalde,
vos; en ella á favor de esa conseja
guardábais no sé qué, mas bien en balde;
un diablo más audaz sin ello os deja.

RONQUILLO

Tú acaso!

ESPÍA

No; escuchad si sois servido.
Nos han burlado á todos; os han muerto
vuestro único leal; han sorprendido
nuestras señales y horas, y han huído
con el pase que dísteis á Roberto.
La misma Inquisición vendida ha sido.
Don Luis Valdés, sobrino y secretario
del arzobispo inquisidor, los sellos
del Santo Oficio usando temerario,
autorizó su voluntad con ellos,
y huyó también.

RONQUILLO

En ese caso, amigo,
por piedad al rey llévame; un momento
no pierdas... Muero! Ah, llévame te digo,
y si eres pobre, cuéntate opulento;
si eres villano, alcanzarás nobleza;
si tienes ambición, favor sin cuento.
Ya lo viste; tú mismo de su alteza
me tragiste una carta en que decía
que en la cámara real á su llegada
yo era el primero á quien hallar quería.
Oh! Llévame ante el rey, y todavía
puede esa gente vil ser atajada.

ESPÍA

No puede, ira de Dios! Europa entera
en su favor está; todo es ya en vano.
Del mismo emperador Maximiliano
sombra les hace la imperial bandera;
y un maldecido embajador que envía
con apariencia por demás guerrera,
en su trama infernal les protegía.

RONQUILLO

Oh! Cae el mundo sobre mí sin duda...
Pero ese embajador...

ESPÍA

El diablo ayuda
le da; nadie le ha visto todavía.

RONQUILLO

Pronto, vamos al rey.

ESPÍA

Es imposible;
vuestra tumba va á ser este aposento.

RONQUILLO

Ya lo sé... ya lo sé... La hora terrible
llega. *(Desesperados esfuerzos.)*

ESPÍA

Pues no perdamos un momento;
orad á Dios si en él creéis.

RONQUILLO

Aparta.
Déjame en paz morir.

ESPÍA

Á eso es tan sólo
á lo que aquí Su Majestad me envía.

RONQUILLO

Cielos!

ESPÍA

Sabedlo al fin; con fuerza ó dolo,
mandóme de unas cartas que os dió un día
dar con el paradero; y descubierto
que fuera, «Ve (me dijo el rey) sus huellas
doquier siguiendo; sin reparo alguno
hazle morir, y en el panteón que he dado
á su familia, entiérrale con ellas,
sin que al cadáver llegue hombre ninguno.»

RONQUILLO

Gran Dios!

ESPÍA

Tal es su ley.

RONQUILLO

Desventurado
de mí!

ESPÍA

Y yo, que á Roberto os he oído
decir que las encierra bajo un sello
un relicario que lleváis al cuello,
mi deber cumpliré, con mi destino.

RONQUILLO

Miserable traidor! Ya llegas tarde.

ESPÍA

Tarde!!

RONQUILLO

Sí; antes que tú la muerte vino.

ESPÍA

Cómo!

RONQUILLO

El veneno que en mis venas arde
me liberta de tí, vil asesino!

ESPÍA

Dios! La muerte vos mismo os habéis dado!
Mas... con las manos que apretáis al pecho...
las cartas defendéis... Bah! Todo está hecho.
(Va á quitarle el relicario. Ronquillo se defiende.)

RONQUILLO

Ah! Qué intenta... favor! *(Cae sin fuerzas.)*

ESCENA V

RONQUILLO, EL ESPÍA *y* VAN-DERKEN

VAN-DERKEN

Tente, malvado.

ESPÍA

Rayo de Dios! Este hombre aquí!

VAN-DERKEN

Presente
doquier que estás estoy.

ESPÍA

Ahora lo entiendo.
Por sus cartas venís!

VAN-DERKEN

Precisamente.

ESPÍA

Por el rey de Castilla las defiendo.

VAN-DERKEN

Atrás.

ESPÍA

Favor al rey. *(Entran esbirros.)*
He aquí mi gente.
Os cogí, vive Dios! Señor tremendo.
(Á los esbirros.)
Meted en la litera ese cadáver,
(Cubre á Ronquillo con su capa, y los esbirros le rodean dispuestos á llevársele.)
con esa capa como está cubierto,
y nadie ose mirarle solamente;
la justicia del rey va en ese muerto:
(Á otros, por Van-Derken.)
vosotros maniatad á ese asesino.

VAN-DERKEN

Ay del que llegue á mí!

ESPÍA

Quién de nosotros
cejará á defender las armas reales?
(Muestra las armas de Castilla bajo el jubón.)
Obedeced.
(Los esbirros van á acometer á Van-Derken; éste, abriendo á su vez su jubón, muestra en el pecho las armas de Austria bordadas de oro.)

VAN-DERKEN

Atrás. Quién de vosotros
se atreverá á las armas imperiales?

ESPÍA

Las armas de Austria!

VAN-DERKEN

Sí; si no te ciega
su esplendor, míralas.

ESPÍA

Otro misterio!

VAN-DERKEN

Señor diablo del rey, su ley no llega
do se hace oir la del austriaco imperio.

ESPÍA

Señor diablo imperial, cumplí la mía
hasta donde llegó, y esta jornada
ya es del diablo del rey.

VAN-DERKEN

No todavía.

ESPÍA

Oh! Van con él sus cartas; gente armada
le guardará conmigo hasta que el día
muera, y entonces, de una vez cerrada
y sellada su tumba, en su sagrado
de entrambos quedará muy bien guardada.
Mas me esperan; á más ver,
amigo diablo imperial.

VAN-DERKEN

Un momento, diablo real;
sólo va vuestro poder
de su tumba hasta el umbral.

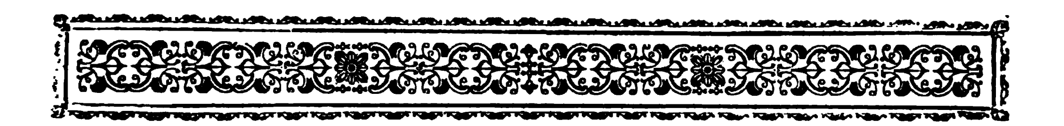
ESPÍA

La muerte á todos da ley.

VAN-DERKEN

Mas no siendo de igual grey,
la tumba dirá á los dos:
«Hasta aquí el diablo del rey;
»desde aquí el diablo de Dios.»





ACTO CUARTO

Plaza en Valladolid: á la derecha una boca-calle; á la izquierda el palacio de Felipe II, con una reja practicable; pero tan baja que, cuando quede abierta, no haya más que un escalón que bajar. El convento de San Francisco en el fondo. Entre éste y el palacio, formada por ambos edificios, una calle que se pierde en el fondo.—Noche.

ESCENA PRIMERA

VAN-DERKEN *y luego* EL DOCTOR ROBLES

VAN-DERKEN

Aunque mucho se detiene,
fío en Robles, que es leal;
me debe cuanto es y tiene,
y no ha de dejarme mal.
Mas pasos oigo; allí viene.

DOCTOR

El diablo?

VAN-DERKEN

De Austria.

DOCTOR

Señor,
dispensadme si tardé.

VAN-DERKEN

Ha un momento que llegué;
mas, qué tenemos, doctor?

DOCTOR

Todo lo que os indiqué.

VAN-DERKEN

Consiente el lego?

DOCTOR

Ganado
en parte, en parte engañado,
se presta fácil á todo.

VAN-DERKEN

Le hablásteis?

DOCTOR

Lo que he juzgado
preciso no más.

VAN-DERKEN

De modo
que el secreto...

DOCTOR

No saldrá
de nosotros dos si importa.

VAN-DERKEN

Si puede ser, más valdrá,
doctor.

DOCTOR

Pues vóime hacia allá,
que el tiempo da tregua corta.
Mas para ir á cosa cierta
yo iré delante; escuchad.
Tengo llave de una puerta

excusada de la huerta
de ese convento. Esperad,
pues, á que yo con sigilo
entre, le avise, y os abra,
y no quebremos el hilo,
que es delgado.

VAN-DERKEN

Os doy palabra
de permanecer tranquilo
hasta que vos me llaméis.

DOCTOR

Cuando oigáis los cuartos dar
para las doce, echaréis
por esa calle, daréis
vuelta al convento, y á dar
iréis á una puertezuela
del huerto; estará entornada,
y yo dentro en centinela;
coláos sin decir nada,
y en tanto, andad con cautela.

VAN-DERKEN

Id descuidado, doctor;
en esas calles de ahí junto
me ocultaré.

DOCTOR

Es lo mejor,
y á los tres cuartos...

VAN-DERKEN

En punto.
Id.

DOCTOR

Hasta luego, señor. *(Váse.)*

VAN-DERKEN

Todo va perfectamente,
conque manos á la obra;
mas me oculto por si gente
pasa, que al hombre prudente
jamás precaución le sobra.
(Ocúltase por la izquierda.)

ESCENA II

EL ESPÍA *y* EMBOZADO 1.º

EMBOZADO 1.º

Aquí en lo oscuro aguardad.
Se han quitado de palacio
las guardas un breve espacio
para más seguridad.

ESPÍA

Bien.

EMBOZADO 1.º

La reja conocéis
que se abrió para sacar
al rey, niño, á bautizar?

ESPÍA

Sí.

EMBOZADO 1.º

Pues por ella veréis
á quien os llama salir;
mas cuenta que con respeto
grande le habléis, que es sujeto
que nos lo puede exigir. *(Váse.)*

ESCENA III

ESPÍA

Pardiez! Ya me lo supongo,
y así por mi propio bien
lo haré. En acecho me pongo
hasta que los cuartos den.
(Se pasea por delante de la portada de la iglesia.)
Diablo! Empieza á lloviznar,
y anda por esta plazuela
un airecillo que pela.
En fin, no puede durar
mucho tiempo mi plantón,
que más de la media es.
(Dan los tres cuartos.)
Hola, el reloj; una, dos, tres...

cabal; los tres cuartos son
para las doce... Mas siento
pasos. Por aquella esquina
dobla alguno y se avecina...
Cierto; recojo el aliento,
pardiez, y me pego al muro.

(Van-Derken cruza la escena embozado hasta los ojos, y como quien pasa con miedo muy aprisa y tarareando la canción del acto segundo.)

Pasa, y según lo confiesa
con el canto y con la priesa,
lleva miedo de seguro.
Vaya, algún estudiantillo
que vendrá del galanteo.
Y cantaba, á lo que creo,
la canción contra Ronquillo.
Parece que el tal conoce
que ya no le ha de encontrar.
Mas sale.

(La reja del palacio se abre, y por ella salen el embozado de la escena anterior, con linterna, y otro embozado que, llegando cerca del espía, dice en voz alta:)

EMBOZADO 2.°

Acaban de dar
los cuartos para las doce.

ESPÍA

Los oí, señor.

EMBOZADO 1.° *(Al Espía.)*

Llegáos.

EMBOZADO 2.°

Dadme esa luz; descubríos.

ESPÍA

Yo soy, señor.

EMBOZADO 2.°

Bien; cubríos.
Tapad la luz y apartáos.
(Al 1.°, que lo hace.)
Qué has hecho?

ESPÍA

Todo, señor.

EMBOZADO 2.°

Y el Juez?

ESPÍA

Enterrado.

EMBOZADO 2.°

Bueno.
Tú mismo le...

ESPÍA

No.

EMBOZADO 2.°

Traidor!

ESPÍA

Él fué.

EMBOZADO 2.°

Cómo?

ESPÍA

Con veneno.

EMBOZADO 2.°

Mas tú le viste?

ESPÍA

Espirar.

EMBOZADO 2.°

Y las cartas?

ESPÍA

Sobre sí
las tiene.

EMBOZADO 2.°

Cómo!

ESPÍA

De allí
no se las pude quitar.

EMBOZADO 2.°

Quién te lo pudo impedir?

ESPÍA

El Austria.

EMBOZADO 2.°

Dios!

ESPÍA

Mas, señor,
no temáis; su embajador
nada pudo conseguir.

EMBOZADO 2.°

Ese enviado, á quien no he visto
todavía, ha sido acaso...?

ESPÍA

Él; y á no atajarle el paso...

EMBOZADO 2.°

Ampárenos Jesucristo!
(Todo se debe temer
del Austria en esta ocasión,
y la misma Inquisición
nos diera menos que hacer.)
Mas cómo no has recogido
después las cartas?

ESPÍA

Señor,
de su féretro en redor
hoy todo el pueblo ha acudido,
y como habíais mandado
que con tal solemnidad
se enterrara, fué en verdad
imposible; mas tocado
no ha nadie su cuerpo, y yo
fío, señor, con mi cuello
que el relicario, aún con sello,
sobre su pecho quedó.
Juan Robles, doctor muy grave...

EMBOZADO 2.°

Le conozco.

ESPÍA

Ha dado fe
de su muerte, y yo cerré
la tumba; aquí está la llave. *(Se la da.)*

EMBOZADO 2.°

Acudió la Inquisición?

ESPÍA

Sí, señor; y escrupulosa
selló y barreó la losa;
conque, á mi ver, es cuestión
concluída.

EMBOZADO 2.°

No por cierto,
aún falta más.

ESPÍA

Por San Pablo;
qué falta, señor?

EMBOZADO 2.°

Que el diablo
se lleve esta noche al muerto.

ESPÍA

(Esta es otra.)

EMBOZADO 2.°

Me aseguran
que eres hombre tan valiente
que nada hay que te amedrente.

ESPÍA

Señor, si es que no me apuran
enemigos imposibles
de resistir...

EMBOZADO 2.°

Los que vas
á atacar, si el golpe das
bien, serán poco temibles.

ESPÍA

Ley es vuestra voluntad,
señor, y yo mi deber
haré, muerto hasta caer.

EMBOZADO 2.°

Cuestión es de habilidad,

no de fuerza, mas valor
requiere y serenidad.

ESPÍA

En ese caso, mandad.

EMBOZADO 2.º

Pues escucha.

ESPÍA

Hablad, señor.

EMBOZADO 2.º

Seguirás representando
tu papel de Satanás,
y á media noche estarás
en ese portón llamando
con aldabadas bien recias.
La espalda tendrás segura;
tú llama con más premura
hasta que abran; y pues precias
de valiente y de sereno,
cuando pregunten quién es?
responde con voz de trueno:
«Satanás.»

ESPÍA

No abrirán.

EMBOZADO 2.º

Pues
vuelve otra vez á llamar,
y pide de Dios en nombre
con el superior hablar.
Es varón santo, y no es hombre
á quien el diablo amedrente;
invoca en alto la ley
de Dios, y secretamente
dale este papel del rey.
Al comprender el misterio,
sus monjes retirará,
y á rezar les mandará
al fondo del monasterio.
Si él no se va, le harás ver
que el rey ordena que solo
te deje en el mauseolo
del alcalde, y lo ha de hacer.
Entonces tú, de Ronquillo
llegando á la sepultura,
con mano diestra y segura
darás la vuelta al tornillo
que hace de punto final
de su epitafio; al instante
la cubierta sepulcral
saltará: que no te espante.
Quita entonces al difunto
el relicario que puesto
mantiene al cuello, y tras esto,
con el cadáver al punto
en el algibe darás.
Yo mandaré que lo cieguen
mañana, y antes que lleguen,
el sepulcro volverás
á cerrar del modo mismo
que le abriste, pues para esto
en su fábrica dispuesto
tiene oculto mecanismo.
La losa se alza y se baja
sin ruido; ve sin afán,
que ni linces hallarán
la señal por donde encaja.
En seguida á aquella reja
ve á llamar; yo saldré allí
por el relicario, y deja
lo demás fiado en mí.

ESPÍA

Entiendo; pero, y si acaso
mañana...?

EMBOZADO 2.º

Yo haré contar
como más convenga el caso,
y obligaré de ello á dar
á los monjes testimonio.
Con lo cual, qué podrá ser?
Que venga el vulgo á creer
que se le llevó el demonio?
Bah! Qué le dará al alcalde
de que lo crean ó no?
Si el Señor le perdonó,
cuanto digan será en balde.

ESPÍA

Señor, perdone Su Alteza;

pero, si yo me negara
á serviros...?

EMBOZADO 2.°

Lo arreglara
todo al fin...

ESPÍA

Quién?

EMBOZADO 2.°

Tu cabeza.

ESPÍA

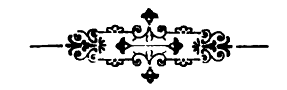
Á las doce y cuarto en punto
salid por el relicario.

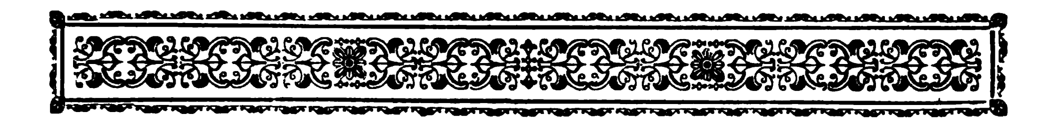
EMBOZADO 2.°

Recibirás tu salario,
y se concluyó el asunto.
(Va hacia el palacio, y antes de entrar se pára un momento.)
(Diestro y bravo... por supuesto!
Mas tengo yo para mí
que estos bravos mueren presto.)
(El Espía saluda al Embozado respetuosamente, y al retirarse por el lado opuesto se pára también un momento.)

ESPÍA

Si sé yo que pára en esto,
cuándo me pescan aquí?





ACTO QUINTO

Vestíbulo de la capilla concedida á Ronquillo para panteón.—En el fondo una puerta que se supone dar á la capilla, que es una de las laterales de la Iglesia. A la derecha, puerta que da á un claustro, al fin del cual está la puerta principal exterior del monasterio. A la izquierda, puerta que da á los claustros interiores del convento. En el centro, el sepulcro de Ronquillo (cuya efigie de mármol descansa en su parte superior), y preparado para el juego necesario en este acto, y su altura, lo más, de tres pies. En la cara inferior, frente al público, escrita, en bronce, la palabra «Ronquillo.»

ESCENA PRIMERA

EL DOCTOR ROBLES, VAN-DERKEN *y* EL HERMANO JUAN, *con luz por la izquierda.*

HERMANO

Ya estamos, doctor, al cabo
de la expedición. Entrad.

DOCTOR

Vuestra eficacia, en verdad,
os agradezco y alabo.

HERMANO

No hay mucho que agradecer
ni que alabar; la salud
os debo; no es, pues, virtud
serviros, sino deber.
Sólo siento que no sea
cosa de interés mayor
mi servicio; mas, doctor,
basta que vuesarcé vea
en ello mi voluntad.

DOCTOR

Hermano Juan, os repito
que os agradezco infinito
vuestro servicio.

HERMANO

Mandad.

DOCTOR

Gracias, y lo mismo os digo:
si os hace en ardua ocasión
mi bolsa ó mi profesión,
hermano, contad conmigo.
Pero tiempo no perdamos,
fray Juan, que no se recobra.

HERMANO

Manos, doctor, á la obra,
que en la ocasión nos hallamos.
Ahí tenéis la sepultura
del alcalde. Brava pieza,
según los que la belleza
conocen de la escultura!

DOCTOR

Sí á fe.

HERMANO

Cuando el escultor
de orden del rey la labraba,
á nadie entrar se dejaba
á presenciar su labor.
Aquí se encerraba él solo;
y él solo aquí se las hubo

hasta que acabado estuvo
el busto y el mauseolo.
Y se hizo con tal misterio,
que hasta que él nos la mostró,
ver tal obra no logró
ni el abad del monasterio.
Pero el rey vino durante
su trabajo, y se encerró
con él aquí; él fué quien dió
al alcalde semejante
lugar para enterramiento,
para lo cual, á mi ver,
mucho le debió querer
su alteza.

DOCTOR

Yo así lo siento;
pero pasa el tiempo, hermano,
y os recuerdo la promesa
que me hicísteis...

HERMANO

Buena es ésa!
Le voy yo en algo á la mano?
Bien puede orar y llorar
sin empacho, que á fe mía
que yo también lloraría
si me viera en su lugar.

DOCTOR

Sin duda; pero os aviso
que me rogó formalmente
que nadie habría presente
más que yo, y en compromiso
le ponéis si el hondo exceso
le hacéis mostrar de su pena

HERMANO

Tanto el pesar le enajena?

DOCTOR

Le enloquece.

HERMANO

Vean eso.
Y decían que era tal
el alcalde don Rodrigo,
que ni pariente ni amigo...

DOCTOR

Pues ya véis que dicen mal.

HERMANO

Lo que es el mundo, doctor!
Y nos le habían pintado
como el hombre más malvado
del orbe. Pobre señor!
Siempre se meten los más
en camisa de once varas.
Eh, doctor?

DOCTOR

Pues.

VAN-DERKEN

(Si te ahogaras,
hablador de Barrabás!)

DOCTOR

Conque en fin...?

HERMANO

Tenéis razón,
mas dispensad; los que estamos
en el claustro, no acabamos
en pescando una ocasión
para echar un parrafillo;
mas ya os dejo, y á fe mía
no es la mejor compañía
el cadáver de Ronquillo.
Ea, en el claustro os espero,
conque tranquilos estad.

DOCTOR

Ah, me olvidaba; escuchad
aún, hermano portero.

HERMANO

Decid.

DOCTOR

Si oyérais acaso
voces, ó rumor cualquiera
que os extrañara ó pudiera
daros pavor, no hagáis caso.

HERMANO

Pues qué, Doctor...!

DOCTOR

No os extrañe,
Juan hermano, esta advertencia,
que es deber de mi conciencia
que os prevenga y no os engañe.
Ya os he dicho que era tal
de ese buen joven la pena,
que á las veces le enajena
tal desorden cerebral,
que en aquel delirio insano
se pone fuera de sí.

HERMANO

Si necesitáis de mí,
llamadme.

DOCTOR

Gracias, hermano.
Como yo en cura le he puesto,
yo solo le sé tratar,
y basto para calmar
sus accesos.

HERMANO

Por supuesto.
Quién lo hará mejor que vos,
que sois de la facultad?

DOCTOR

Idos pues.

HERMANO

Adiós quedad.
(Váse el lego por la izquierda. Robles cierra y mira un momento por la cerradura. Van-Derken espera embozado é inmóvil hasta que Robles se aparta de la puerta.)

VAN-DERKEN

Se fué?

DOCTOR

Sí.

VAN-DERKEN

Gracias á Dios!

ESCENA II

VAN-DERKEN *y* EL DOCTOR ROBLES

VAN-DERKEN

Plática tenía ya hecha
con vos hasta el alba.

DOCTOR

Sí
á fe; pero le sufrí
porque no entrara en sospecha.
Por pariente del alcalde
os tiene.

VAN-DERKEN

No es mala idea.
Mas despachemos, no sea
que se vaya el tiempo en balde.

DOCTOR

Pues el resorte buscad.
(Van-Derken se acerca al sepulcro, y se detiene.)
Vaya, en qué os paráis?

VAN-DERKEN

No sé...
Pero...

DOCTOR

Dudáis?

VAN-DERKEN

Sí.

DOCTOR

Por qué?

VAN-DERKEN

Si alguna fatalidad
hizo...

DOCTOR

Fiad en mi honor.

VAN-DERKEN

Es que por Dios que sintiera

que su muerte recayera
sobre nosotros, Doctor.

DOCTOR

Si no tenéis otra cosa
que os haga inquieto vivir,
tranquilo podéis dormir.
Ea, el resorte á la losa
apretad por el tornillo
que sirve de punto al nombre;
y mirad sin que os asombre
resucitar á Ronquillo.

(Van-Derken aprieta el tornillo en cuestión, y levantándose todo el cuerpo superior del sepulcro, aparece el alcalde tendido sobre su base. El Doctor se acerca á él, le quita el relicario, que tendrá al cuello, y se le da á Van-Derken. Éste rompe inmediatamente el sello, abre, saca y cuenta las cartas en el relicario encerradas, y entre tanto Robles vierte en la boca del alcalde un licor que lleva en un frasquillo. Luego se apartan del sepulcro.)

Tomad.
(Dando á Van-Derken el relicario.)

VAN-DERKEN

Intacto y sellado
está aún. Dos... tres... Si alguna
falta... Seis... ocho... Ninguna.
Qué tenemos? *(Á Robles.)*

DOCTOR

No hay cuidado.

VAN-DERKEN

Vuelve á la vida?

DOCTOR

Pues no!

VAN-DERKEN

Ah, y yo también!

DOCTOR

Tened fe;
que cuando á ello me arriesgué,
bien seguro estaba yo;
mas que no os vea; aguardad
que el sopor eche de sí.

VAN-DERKEN

Gracias, Doctor. *(Dándole la mano.)*

DOCTOR

Yo cumplí.

VAN-DERKEN

Tenéis razón, despejad,
que yo empiezo desde aquí.

(El doctor Robles entra en la capilla del fondo. Van-Derken queda en el fondo de la escena. Ronquillo vuelve en sí. Sus primeras palabras las dirá tendido aún, y en el momento de incorporarse, reconociendo instantáneamente el lugar, se arroja espantado del sepulcro, desvaneciendo con la destreza de la ejecución la mala impresión que puede causar situación semejante. El efecto depende del actor. Desde que Ronquillo se pone en pie, Van-Derken se va acercando al sepulcro, guarecido de su levantada cubierta, quedando pronto á presentarse á Ronquillo.)

ESCENA III

VAN-DERKEN *y* RONQUILLO

RONQUILLO

Dónde estoy? Ay de mí! Larga y penosa
mi pesadilla fué. Mas, Dios, qué veo!
(Se arroja del sepulcro.)
No, no es ensueño que tenaz me acosa...
Esto es, qué horror, mi propio mausoleo!
Mas vivo á este lugar, quién me ha traído?
Oh! Vago miedo el corazón me asalta!
Si de mi pecho el relicario falta...
(Lo busca sobre sí, y halla el cordón roto.)
Ah! Cortado el cordón... Estoy vendido.

VAN-DERKEN

Con tiempo os lo advertí.

RONQUILLO

Dios soberano!
Siempre vos?

VAN-DERKEN

Siempre yo.

RONQUILLO

No hay, pues, manera
de librarme de vos?

VAN-DERKEN

Me huís en vano.
Roja fantasma del vapor formada
de la sangre de Derken derramada,
y del honor del hijo y del hermano,
con voluntad inexorable y fiera
camino tras de vos, y por doquiera
tras vos extiendo la sangrienta mano.

RONQUILLO

Ah, mi mente se pierde en el abismo
de una angustiosa incertidumbre oscura!
Siempre en mi mal con voluntad de hierro,
no es dique para vos la sepultura,
que aun más allá de mi sepulcro mismo
llega vuestro poder... ó mi locura?

VAN-DERKEN

Ya lo véis.

RONQUILLO

No hay dudar.

VAN-DERKEN

Sería yerro.
Mi poder contra vos es infinito.
De vuestra misma tumba en el encierro
de mi venganza os estremece el grito;
y á esta voz con que os alzo ú os aterro,
parecéis como á punto os necesito;
cuando os quiero cadáver, os entierro;
cuando inútil me sois, os resucito.
Ved. *(Mostrándole el relicario y las cartas.)*

RONQUILLO

Me ahoga el furor!

VAN-DERKEN

No os impaciente
verlas en mi poder, y vil recelo
no os atribule ya; sabio y prudente
sed, y los fallos acatad del cielo.
No me entendéis? Ya yo me lo temía!
Pero voy á explicarme, porque quiero
que sepáis, señor Juez, desde este día
lo que hay de la vileza á la hidalguía,
y de un vil asesino á un caballero.
Ese piadoso rey de santa fama
que de la Iglesia defensor se llama,
y á los herejes quema, fué el amante
de una infeliz doncella protestante,
y holló la fe por conseguir la dama.
Estas cartas escritas por su mano,
en estilo amoroso, audaz, liviano,
cuando príncipe y mozo, vengarían
mi afrenta y vuestra injuria; mas podrían
el nombre mancillar del soberano.
Porque tales están, que á lo que infiero,
á las razas del mundo venidero
legadas en el libro de la historia,
echaran un borrón sobre la gloria
de un católico rey, justo y severo.
De semejante testimonio el peso
bien comprendísteis vos; de ellas por eso
un escudo os forjásteis... Vil gusano
que de torpe ambición en el exceso
queréis del que os crió morder la mano;
antes que el labio levantéis á ella,
el polvo os ahogará de su real huella!
Yo comprendí cual vos tal pensamiento,
y en vos temiendo el temerario intento,
tras vos y ellas corrí; y tenaz, taimado,
lo véis, por obtenerlas no he parado,
hasta el fondo del mismo monumento.
Mas de vos con distintas intenciones;
porque sagradas del honor las leyes
enseñan á los nobles corazones
que mancillar la honra de sus reyes
es manchar el honor de las naciones.
Y he aquí de mi conducta el noble arcano.
Del rey y de vos víctima, en mi mano
tengo el vengarme de ambos justiciero;
mas ved del noble lo que va al villano,
y del vil asesino al caballero.
Si ambos en el honor me habéis herido,
si ambos á dos mi sangre habéis vertido,
caballero y cristiano yo os perdono;
caballero y cristiano yo he cumplido
guardando ileso el esplendor del trono.

Mirad, pues, el honor á lo que alcanza;
(Toma la luz, y colocándola sobre el sepulcro abierto de Ronquillo, quema las cartas, dejando allí las cenizas.)
estas letras, que son nuestra esperanza,
en esa llama sin dudar consumo.
Dios maldijo la ira y la venganza;
las nuestras, señor juez, sólo son humo.

RONQUILLO

Ah!

VAN-DERKEN

Si mi acción magnánima os humilla,
no olvidéis la lección. Noble ó pechero,
el que nace vasallo de Castilla,
cuando alcanza á su pueblo su mancilla,
de su honra le hace sacrificio entero.

RONQUILLO

Miserable de mí!

VAN-DERKEN

No todavía
por tan mísero os déis. Que ser podía
para vos, dije, ó ángel ó demonio;
prefiero ser vuestro ángel, y á fe mía
que de ello os voy á dar buen testimonio.
Tuvísteis gran poder, lo habéis perdido;
teníais esperanza, os la he quitado;
osásteis hasta el rey, le he defendido;
mi honor ensangrentásteis, le he vengado.
Fuísteis, no sois; en el sepulcro hundido,
del libro de la vida os he borrado;
mas no he sabido meditar en calma,
por recobrar mi honor, perder vuestra alma.
Dos iras provocó vuestro delito:
la mía acaba, la del rey empieza;
vuestro nombre de hoy más está proscrito;
decirle, es entregar vuestra cabeza.
Os temían, teméis; era infinito
vuestro tesoro, os hundo en la pobreza;
solo y sin medios de ofender os dejo.
Mas oid de vuestro ángel un consejo.
Olvidáos de vos. Sumid prudente
vuestro ser en el caos del misterio.
De la tumba salid, nuevo viviente,
y marchad á ser otro en otro imperio.
Fuísteis impío y vil, sed penitente;
el palacio trocad en monasterio;
y comprad, pues os dan tiempo y aviso,
con la prez mundanal el paraíso.

RONQUILLO

Basta...! No así á mis ojos lentamente
desenvolváis el porvenir horrendo.
Yo, como impío fuí, ser penitente?
Vuestra venganza colosal comprendo!
Será mi corazón eternamente
rebelde á la virtud, forzada siendo;
é impotente, infeliz, pobre, proscrito,
será en mí la virtud otro delito.

VAN-DERKEN

Como queráis; mas ved de qué manera
vuestro sepulcro al rey labrar le plugo,
y no os ciegue esperanza lisonjera;
si resistís de mi venganza al yugo,
la Inquisición os dispondrá una hoguera,
y el rey Felipe os nombrará un verdugo.
Yo no paso de aquí con mi venganza;
mas temblad la del rey si aquí os alcanza.

RONQUILLO

Comprendo, sí, mi inmensa desventura;
mañana el rey y el pueblo castellano
vacía encontrarán mi sepultura,
y el castigo creyendo sobrehumano,
mi nombre execrará la edad futura;
con mi fantasma soñará el villano,
y, de mi fin la tenebrosa historia,
guardará con horror en la memoria.
Pero sea. Del féretro nacido,
vagabunda visión sin compañero,
para toda región desconocido,
para todas las razas extranjero,
por la vida y la muerte repelido,
objeto de pavor al mundo entero,
el sitio de mi lúgubre memoria
con un negro borrón marque la historia.

VAN-DERKEN

Que el cielo tal dolor os retribuya,
y á mi venganza de él cuenta no pida.
Sangre pedía por la sangre suya
mi asesinado padre, y váis con vida.
(Abre la puerta del fondo, por donde sale el doctor Robles.)

Robles, para salir me sustituya;
al alba disponed nuestra partida,
y acogéos del Austria á la bandera.

ROBLES

Vos...?

VAN-DERKEN

De mí no os curéis; el monje espera.
(Toma la capa de Ronquillo, que habrá dejado éste sobre el sepulcro al echarse fuera de él; se la pone apresuradamente sobre los hombros, y embozándose Ronquillo y guiando Robles, vánse por la izquierda.)

———

ESCENA IV

VAN-DERKEN

(Quita la lámpara en que quemó las cartas, y dejando dentro la ceniza de ellas, cierra el sepulcro, diciendo:)
Cuanto puede acusarles aniquilo;
yazga enterrado en su lugar mi encono,
y su tumba, del rey, guarde el sigilo.
Noble respeta mi venganza el trono,
y bien puedes, oh rey! dormir tranquilo.
(Dan las doce.)
Cumplida mi misión, llegó la hora
de abandonar España, y al olvido
dar el tiempo que fué. Á buscar ahora
una salida voy.
(Suenan dos recias aldabonadas en la puerta exterior del convento.)
Pero, qué ruido
el eco de estas bóvedas despierta
en su sombría cavidad dormido?
(Llaman otra vez.)
Otra vez...! Ese claustro da á la puerta
exterior del convento, y es por ella
por donde llaman... El llavero acude
por el claustro interior; siento su huella...
Oh! Este sagrado en tal azar me escude.
(Se oculta en la capilla del fondo, y sale inmediatamente el hermano Juan por la izquierda.)

———

ESCENA V

EL HERMANO JUAN *y* VAN-DERKEN

HERMANO

Fuera apenas del postigo
pudieron poner los pies.
Quién vendrá ahora? *(Llaman otra vez.)*
Pues digo
que no traen priesa!
(Entreabriendo la puerta de la derecha con muy mal humor.)
Quién es?

ESPÍA

Satanás. *(Dentro.)*

HERMANO

Dios sea conmigo!

VAN-DERKEN

(Entreabriendo su puerta.)
(Qué oí, cielos! Satanás!)

HERMANO

Ay de mí! Si de esos dos
vendrá el demonio detrás!

VAN-DERKEN

(Todo lo entiendo quizás!)

ESPÍA

Abrid, en nombre de Dios. *(Dentro.)*

HERMANO

No seré yo el temerario.
Abrir? Lo que voy á hacer
es apretar á correr
y echar todo el campanario
á vuelo.

VAN-DERKEN

(No has de poder
tal, vive Dios!)
(El lego va á volverse atrás, y se encuentra con Van-Derken que, saliendo de la capilla del

fondo, le impide el paso por la puerta de la izquierda.)

Dónde vas?

HERMANO

Jesús!

VAN-DERKEN

De portero estás
para eso? Abre, te digo.

HERMANO

Perdón!

VAN-DERKEN

Abre á Satanás.

HERMANO

Para que cargue conmigo!

VAN-DERKEN

Siempre ha de ser para tí
lo mismo; abre, ó vive Dios
que te haga llegar yo allí
pronto.

HERMANO

Qué va á ser de mí,
cielo santo, entre los dos!

VAN-DERKEN

Ea, aprisa!

HERMANO

Voy allá.
(Muerto voy!)

VAN-DERKEN

El juego está
visto... ya abre... Un embozado
se entra... Oh! Él, por de contado.
Mas á dónde el lego va?
Jesucristo! De la cuerda
se cuelga del esquilón; *(Se oye tocar.)*
el convento en conmoción
va á poner... Mas no se pierda
por mi precipitación
todo.
(Se vuelve á ocultar en la capilla del fondo.)

ESCENA VI

VAN-DERKEN *oculto y* EL ESPÍA

ESPÍA

Ese imbécil va á echar
todo el claustro sobre mí,
pero tarde han de llegar,
(Cierra la puerta de la izquierda.)
y ya habré acabado aquí
yo, cuando logren entrar.
No hay tiempo, pues, que perder;
lo que me importa es coger
cuanto antes el relicario,
pues ó del rey va á poder,
ó me ahorca de lo contrario.
Cuanto vacile es en balde:
por Dios que no me hace gracia
remover la momia lacia
del emponzoñado alcalde.
Pero, qué remedio? Embisto;
del mecanismo el secreto
en este tornillo está,
según me dijo; le aprieto,
y adelante.
(Ábrese la sepultura. El Espía, que ha estado atento á usar el resorte, levanta la cabeza para mirar al cadáver, y retrocede espantado encontrándola vacía. Van-Derken, que mientras él ha estado ocupado en esto ha venido á colocarse al lado opuesto del sepulcro, suelta una carcajada.)

ESPÍA

Jesucristo!
Y el cadáver?

VAN-DERKEN

Ja, ja, ja!

ESPÍA

Santos del cielo! Aquí vos?

VAN-DERKEN

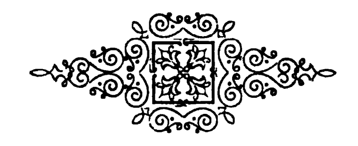
De tus pasos siempre en pos.

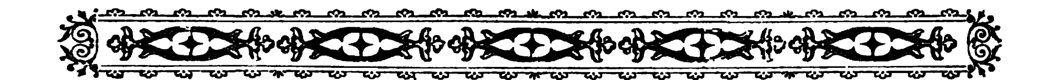
ESPÍA

Y qué va á hacer de mí el rey?

VAN-DERKEN

Te ahorcará según su ley,
conque encomiéndate á Dios.
(El Espía va á hablar. Van-derken le interrumpe.)
Silencio. Lleva al rey el relicario
que ansió tanto adquirir; está vacío.
Díle que de su lecho funerario
se alzó el cadáver al mandato mío;
mas que encierra en su centro solitario
su secreto fatal su mármol frío,
donde bajo el misterio más profundo
quedará impenetrable para el mundo.
Díle que aquesta historia transmitida
será mañana al pueblo; mas velada
en misteriosas nieblas, referida
por la lengua del púlpito sagrada,
por la presente edad no comprendida,
por la futura edad no interpretada,
muro será de tradición tremenda
que su gloria real guarde y defienda.
Díle que, caballero y ofendido,
la fuerza y la razón tuve en mi abono,
mas satisfecho con haber podido,
el armiño manchar no osé del trono.
Díle que el deshonor que en mí ha vertido
no le devuelve en deshonor mi encono,
porque en la fe del noble verdadero
el honor de su rey es lo primero.
Eso dirás al rey; él solamente
lo entenderá; tras tí de este edificio
saldrá esta historia; el clero fácilmente
del diablo la dará por maleficio;
cundirá como tal entre la gente,
llegará como tal al Santo Oficio,
que en esa tumba encontrará espantado
el prodigio infernal testificado.
Mas crea de esta historia incomprensible
la venidera gente lo que quiera.
Que obra del diablo fué? No era imposible.
Que fué superstición? También pudiera.
Santa verdad ó fábula increíble,
no tendrá nunca explicación entera.
Llegan. Vamos de aquí.
(Descorre el cerrojo de la puerta de la izquierda.)
Vulgo sencillo,
cree tú que el diablo se llevó á Ronquillo!





NAPOLEÓN

> «No hay más que yo: dobléguense las leyes
> »ante la ronca voz de mis legiones:
> »romperé el áureo cetro de los reyes
> »en su espantada frente á las naciones.»
>
> JUAN DONOSO CORTÉS.

I

Dos gigantes los siglos nos trajeron,
los dos en el desierto se encontraron:
cuando grandes los dos se concibieron,
de hito en hito los dos se contemplaron.

Sentóse el hombre al pie del monumento,
y el monumento dijo: *Este es el hombre;*
y el hombre, al ver desde tan alto asiento,
Esta es, dijo, *la cifra de mi nombre.*

De sus cañones el discorde arrullo,
su altivo ser le trajo á la memoria.
«Aquí debí nacer», dijo su orgullo.
«Aquí debo morir», dijo su gloria.

Con sus ojos midió la vasta mole,
y murmuró pasándolos al cielo:
«Quien allí su bandera no enarbole,
»una oruga no más será en el suelo.

»No valen cien coronas una estrella,
»ni valemos un sol todos los reyes!
»Que el tiempo airado la cerviz nos huella,
»el sol alumbra y quema nuestras leyes.»

Unos grandes allí su tumba abrieron,
é intentarlo era grande solamente;
mas pensar en su orgullo no pudieron
que era sólo á sus pies tender la frente.

Allí depositaron sus despojos,
por guardarlos así de ojos humanos;
porque, al mirar su tumba humanos ojos,
se creyeran imbéciles ó enanos.

Aquí está Napoleón!, dijo pasando
de la inmensa pirámide las puertas:
y las momias de Egipto, despertando,
miraron por las urnas entreabiertas.

Las huecas calaveras, asombradas,
el gesto inmoble á Napoleón tornaron:
Aquí está Napoleón!; y atrailladas
en derredor del vivo se juntaron.

Inclinaron las pardas osamentas
la seca frente y los desiertos ojos
para oirle, y cayeron macilentas,
á su tremenda voz, todas de hinojos.

Contó los esqueletos transparentes
el vivo, con los suyos triunfadores,
y unió á los nombres de las calvas frentes
sus vasallos, monarcas ó señores.

Y no encontrando á su grandeza leyes,
gritó, hiriendo los huesos con la planta:
Yo soy emperador! Fuera los reyes!;
y su vibrante voz la turba espanta.

Revolvió entonces la imperial mirada...
Nada en el ancho cóncavo vivía.
Sólo su desdeñosa carcajada
entre las tumbas resbalar se oía.

Grabó su nombre colosal en ellas
sello gigante de gigante gloria,
por que, agobiado con sus hondas huellas,
libro fuera el desierto de su historia.

Salió del corpulento cementerio
diciendo á los cadáveres hollados:
Napoleón vino á visitar su imperio.
Y en el desierto entró con sus soldados.

Las sombrías pirámides le vieron
cruzar el arenal con pie tranquilo,
y allá á lo lejos saludarle oyeron
con asombrado adiós al ronco Nilo.

II

El hombre no existe ahora;
que el tiempo, al plegar las alas,
la lámpara de la vida
el aire azotando apaga.
Las moles allí quedaron,
y las osamentas calvas
en las urnas todavía
la voz del ángel aguardan.
Ellas descansan tranquilas
en su portentosa estancia,
que las cobija orgullosa
como ataúd y montaña;
y él duerme al pie de una roca
entre las ondas amargas,
donde su nombre salpican
las espumas y las algas:
porque la isla compasiva
le recogió en sus entrañas,
donde con su peso abruma
la lápida hospitalaria
al que quiso alzar el cielo
sustentándole en la espalda.
Quién es el gigante ahora?
Quién de los dos es la página:
las moles de aquel desierto,
ó el nombre de las batallas?
Sobre ambos los huracanes
mugiendo y quemando pasan;
en ambos el mismo cielo
su noche y su luz derrama;
ambos yacen solitarios
sin antorchas y sin guardas,
en palacios de reptiles
que en torno lentos se arrastran,
sin respeto á su grandeza
ni noticias de su fama.

—

«Aquí está Napoleón!», dice su nombre
sobre las moles del desierto escrito;
y, donde alguna vez firmó aquel hombre,
todo nombre mortal quedó proscrito.

Delante de su nombre anonadados
se olvidan hoy cuantos la tumba encierra;
y su gloria y poder, desesperados,
envidian los monarcas de la tierra.

Miró al nacer la miserable gente
á que el destino su destino amarra;
y viéndose león, alzó la frente,
mostrando al mundo la robusta garra.

El mundo se humilló despavorido,
y al rastro de su pie le ató altanero;
el mundo entero sorprendió atrevido,
y un pueblo echó sobre él el mundo entero.

Numeró sus millones de soldados
y trepó vencedor á la montaña:
contó allí nuestros pueblos descuidados,
y entre los suyos dividió la España.

Bajó osado y alegre á la llanura,
como á la fiesta va galán mancebo;
avaro de la sombra y la frescura
de su soñado territorio nuevo.

De este jardín que coronó de flores
pródiga y perfumada primavera,
do marcan el compás los ruiseñores
del paso del arrollo en la pradera.

Donde brota entre juncos y espadañas
para dar sed la fuente cristalina,
y crece al pie de las pajizas cañas,
rica de olor, la rosa purpurina.

Donde el ardiente sol que nos da el día
tiñe la tez, los ojos y el cabello
de la altiva morena que daría,
antes que al yugo, á la cuchilla el cuello.

Pero en vez de las zambras bulliciosas,
y de lindas bellezas orientales,

entre guirnaldas encontró de rosas
hierros de lanzas y hojas de puñales.

Pirámide más dura que el desierto
le mostró nuestro suelo en sus jardines;
que supimos aquí doblar á muerto
con copas de cristal en los festines.

No tiene, no, el león de ambas Castillas
la doble garra por adorno vano;
pirámides de lanzas y cuchillas
no admiten nombre, ni buril ni mano.

III

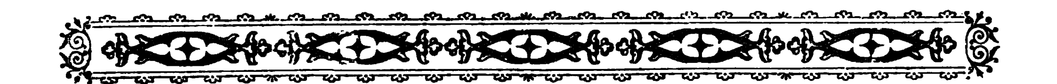
Paz al coloso!! Formidable sombra,
tal vez mi lengua te insultó importuna;
no te ladra mordaz cuando te nombra;
sólo quien te rindió fué *la fortuna.*

Tú bien sabías que la inmensa mole
que no llenan los hombres es el cielo:
quien allí su bandera no enarbole,
una oruga y no más será en el suelo.

Él te enseñó que los colosos huella
el tiempo al fin con iracundas leyes;
que cien tronos no valen una estrella,
y no valéis un sol todos los reyes.

Dijiste: *Soy el grande de la tierra:*
no tengo en ella ya digno enemigo.
Grande mi patria, te llamó á la guerra;
porque eras grande tú, lidió contigo.





La sorpresa de Zahara [1]

Romance de 1481

I

Está Zahara en una altura,
entre montaña y colina,
sentada en la peña dura
que asoma la cresta oscura
por entre Ronda y Medina.
Cuando encienden los cristianos
de noche hogueras en ella,
no distinguen los paisanos
si son sus fuegos lejanos
luz de atalaya ó de estrella.
Y, al bajar al Occidente,
confunde la luz del sol
las lágrimas de la fuente
y el arnés resplandeciente
del centinela español.
Y si alguna nube errante
del valle exhalada sube,
parece el pendón flotante,
hijo de la blanca nube,
que va saltando delante.
Allí los moros pusieron
sus atalayas un día;
un foso después abrieron,
y la villa concluyeron
porque el invierno venía.

(1) Por haberse publicado esta composición en el periódico *El Español* tal como está, no ha hecho el autor en ella algunas correcciones de que tenía, por cierto, grave necesidad; pero acaso, corregida, sería enteramente nueva.

Tuviéronla muchos años
de los cristianos guardada,
y con mil modos extraños,
causáronles muchos daños
en guerra tan prolongada.
Que á la sombra guarecidos
de las huertas y olivares,
bajaban como bandidos,
y robaban atrevidos
alquerías y lugares.
Los cristianos toleraban
con rabia tales desmanes,
y vengarse meditaban,
mientra ufanos ocupaban
la villa los musulmanes.
Éstos, por cierto, valientes,
eran pocos, confiados
en el brío de sus gentes;
los otros, que eran prudentes,
los cogieron descuidados.
Con fosos y torreones
guarda hoy la morisca villa,
en sus pardos murallones,
los sobrepuestos blasones
de Aragón y de Castilla.
Que los nuestros la asaltaron,
y guardarla no supieron
los moros que la fundaron:
cinco veces la ganaron
y otras cinco la perdieron.
Por eso los vencedores
alzaron doble muralla,
y alzaron torres mayores,

para quedar los mejores
en el sol de la batalla.
Por eso una sola senda
dejaron en todo el cerro,
por que más fácil se atienda
la sola puerta de hierro
si se empeña la contienda.
Por eso están los cristianos
malamente entretenidos,
en casa de los villanos,
en pensamientos livianos
con las mozas divertidos.
Que osados y licenciosos
son además los soldados
cuando, en puestos apartados,
les dejan vivir ociosos
por fuertes ó por cansados.
Pero avaros de venganza,
más advertidos los moros,
hicieron punta á su lanza,
mientras ellos en holganza
jugaban zambras y toros.
«Demás á esos perros ya
»la villa estuvo sujeta—
»dijeron.—Vamos allá,
»que por nosotros está
»la voluntad del Profeta.»
Misteriosa expedición
propusieron á tal fin,
y para aquesta ocasión
dieron gentes en unión
la Alhambra y el Albaicín.
Salió el viejo rey Hazém
con gente muy escogida,
y dicen los que le ven:
«Alá te lleve con bien,
»y vuelvas con honra y vida.»
Saludóles al pasar
el musulmán con la mano,
diciendo el arco al cruzar:
«Le tengo de festonar
»con cabezas de cristiano.»

—

La tarde estaba nublada,
el viento ronco mugía,
y gruesa lluvia pesada,
la noche apenas entrada,
en anchas gotas caía.
Veló medrosa la faz
la luna entre nubes pardas,
y brilló en la oscuridad
el relámpago fugaz
en broqueles y alabardas.
Caídos los martinetes
sobre las mojadas telas
revueltas en los almetes,
caminaban los jinetes,
el lodo hasta las espuelas.
Mohíno el rey por demás,
iba escuchando el rumor
de los pasos á compás;
después iba un atambor,
y los soldados detrás.
Iban entre los peones,
en vez de picos y palas
y estrepitosos cañones,
muchos moros con escalas
para entrar los torreones.
La luz del siguiente día
apenas cumplida fué,
ya Zahara se descubría;
llegó la noche sombría
y la tocaron al pie.
Contó el rey cuidosamente
las hogueras y señales,
consultando diligente
sus espías, y su gente
partió en dos bandas iguales.
Guardando el cerro dejó
los jinetes y escuderos,
y él mismo después trepó
con algunos caballeros
y soldados que tomó.
Seguía la tempestad;
zumbaba agitado el viento
rodando en la oscuridad,
y azotando la ciudad
con temeroso concento.
Se oía caer bramando
la lluvia de las montañas
de peña en peña chocando,
á la llanura arrastrando
espinos, olmos y cañas.
Y en el alto torreón,
aturdido el centinela,
murmuró humilde oración,

acurrucado al rincón
de la covacha en que vela.
Y al calor de su gabán,
con el monótono arrullo
que allí las aguas le dan,
durmió rendido su afán
oyendo el vago murmullo.
Soltó la lanza su mano,
fijó el rostro en la rodilla,
y así soñó el veterano
una aurora de verano
en un lugar de Castilla.

II

Es grato en el blando lecho
oir el viento que brama,
y el agua que se derrama
sobre los techos rodar;
oir en la estrecha calle
el rumor acelerado
de las armas del soldado
que acaban de relevar.
Y en confuso remolino
oir crecer la tormenta
que cambia al pasar violenta,
las veletas de metal.
Y oir zumbar sacudida
la mal sujeta campana,
y oir en la ancha ventana
temblar hendido el cristal.
El desvelado maldice;
el tímido infante llora;
la madre le mece y ora
con religioso pavor.
El enfermo se acongoja
y el amante desespera;
que acaso vela y le espera
entre las rejas su amor.
Los de Zahara, silenciosos,
ó velaban ó dormían:
sólo en la villa se oían,
en la densa oscuridad,
el agua de las goteras,
el vago mugir del viento
y el ronco y medroso acento
de la negra tempestad.
Sólo en apartada torre
del mal guardado castillo,
con el fulgor amarillo
de una lámpara al morir,
velan algunos soldados,
y se siente desde fuera
el rumor de una quimera,
y jurar y maldecir.
Se sienten sus carcajadas,
sus apodos insolentes;
que en todo hallan tales gentes
contentamiento y placer.
Se juntan en borracheras
para acabarlas riñendo,
y vuelven en concluyendo
desde reñir á beber.
Y al calor de las orgías
y el vapor de los licores,
disertan de sus amores
en obsceno platicar:
que su lengua irreligiosa,
sin respetos y sin vallas,
sólo de sangre y batallas
ó mujeres ha de hablar.
De éstas se miran algunas
con los soldados más mozos,
en impúdicos retozos
y deshonesto ademán,
que osadas y descompuestas,
ó blasfemando ó riñendo,
hasta embriagarse bebiendo
desatinadas están.
La trémula llamarada
de una hoguera agonizante
presta á su rudo semblante
una expresión más feroz;
y recibiendo la bóveda
la algazara en su ancho hueco,
remeda con largo eco
la desentonada voz.
Harto de vino y de amores,
en dos bancos apoyado,
cantaba un viejo soldado
al son de un roto rabel;
é hiriendo á compás la mesa
con plato, copa ó cuchillo,
aullaban el estribillo
ellos y ellas con él.

Brindaban, y á cada brindis,
insensatos, blasfemaban,
y reían y danzaban,
completando la embriaguez;
y sus sombras en silencio
gigantescas, agitadas,
cual fantasmas convidadas
erraban por la pared.
«Á ellos!» gritaron cien voces,
y entraron al aposento,
diez á diez y ciento á ciento,
los moros del rey Hazém;
y apenas á las espadas
acudieron los cristianos,
les cercenaron las manos,
y las cabezas también.
Lidiaron acaso algunos;
pero tantos les entraron,
que al fin les acuchillaron,
con las hembras á la par.
Á los gritos de los moros
los cristianos despertaban;
pero los tristes se hallaban
cautivos al despertar!
La soñolienta pupila
prestaba crédito apenas
á las cuerdas y cadenas
con que, atados dos á dos,
por los árabes se vieron,
á quienes con lengua y ojos
pedían piedad de hinojos,
en el nombre de su Dios.
Las lágrimas de las madres,
de los niños los sollozos,
los esfuerzos de los mozos,
el dolor de la vejez,
son inútil resistencia;
porque á todos los infieles,
atados como lebreles,
los arrastran á la vez.
En vano lucha la virgen
desesperada con ellos;
que con sus propios cabellos
mordaza ó cordel la dan;
en vano niños y enfermos
yacen sin fuerzas postrados:
en tropel, como ganados,
todos á los hierros van.
Fueron, por Dios, tristes horas
las de noche tan sangrienta.
Á quien de ella pidan cuenta,
malas cuentas ha de haber!
Que si hay justicia en los cielos,
de tanta vida inocente,
una vida solamente
ha muy mal de responder.

III

Medrosa de tanto duelo
subió al Oriente la aurora,
entre cortinas de nubes
que la apagan ó la embozan.
Lloraba el cielo por ellas
hilo á hilo, y gota á gota,
sin que el sol tornasolara
las lágrimas con que lloran.
Andaba el aire aturdido
sin hallar sitio en la atmósfera,
que asaltada por la lluvia,
entre la lluvia se ahoga;
y tanta gala los cielos
ostentan cuando la acosan,
que con mundos de cristal
la bloquean y la toman.
Lloraba el cielo por Zahara,
que acaso por pecadora
la castiga, y ver no quiere
los males con que la azota.
Cerróse en agua, y con ella
cerró su misericordia;
vendó con nieblas sus ojos,
y su clemencia hizo sorda
por no ver al rey Hazém
que, en medio la gente mora,
amarra dos mil cristianos
al carro de su victoria.
Cabalgaba el agareno
sobre una yegua de Córdoba,
con la crin hasta el estribo
y hasta la tierra la cola.
Y como el cielo la empapa
en las aguas que la mojan,
la cola y la crin parecen
de espumas, algas y esponjas.

La plaza cercan los moros
donde, dos á dos, arrojan
los cristianos que cautivan,
los cautivos que sollozan.
Allí mujeres y ancianos,
allí vírgenes y esposas,
juntan á golpes y á gritos
entre algazara y chacota.
Casi desnudos los llevan
á todos por más deshonra
hasta el centro de la plaza,
donde á la intemperie opongan
la desnudez de las carnes,
su temblor y sus congojas,
y á los ojos de los moros
los defectos de las formas
ó las castas perfecciones,
que con torpes ojos hozan.
El noble rostro hacia el suelo
los tristes vencidos tornan,
por ocultar en los ojos
las lágrimas con que lloran:
que la libertad perdida
sin infamia nos agobia,
pero mata y avergüenza
perder libertad y honra.
Caíales por los hombros
el agua, porque, furiosas,
en su cabeza las nubes
reventadas se desploman;
que cuando al fin Dios castiga,
muestra su justicia toda,
pues la maldad de los hombres
toda su clemencia agota.
Mandó Hazém que los cristianos,
guardados por buena escolta,
vayan delante á Granada
por la vereda más corta;
mas viendo que los ancianos
y los enfermos le estorban,
á su guardia de gomeles
dijo impaciente en voz ronca:
«Llegarán los que llegaren;
»los mozos á las mazmorras,
»las muchachas al serrallo
»y los viejos á la horca.»

—

Preparan los granadinos
bohordos en Vibarambla,
torneos para los nobles,
para el pueblo luminarias.
Cuelgan de púrpura y blanco
miradores y ventanas,
y el populacho á las puertas
al rey, impaciente, aguarda.
En la vega están los ojos
y en la vía de Zahara,
que el rey envió corredores
á decir que está ganada.
Añafiles y atabales
por honra y por fiesta sacan,
y, en corros, moros y moras,
gritando y riendo saltan.
«Viva el rey!» dicen algunos;
y otros gritan: «Muera Zahara!»
y todos á los vencidos
insultan, mofan é infaman;
que siempre quien vence grita,
porque los vencidos callan;
porque las lenguas se sueltan
donde las manos se atan;
porque la risa provoca
tal vez la ajena desgracia,
y, al que nace desdichado,
hasta compasión le falta;
que quien cae pone á los otros
para que pasen la espalda,
y maldición es que lloren
algunos lo que otros cantan.
Así ondean los pendones
en las torres de la Alhambra;
así Granada la bella
se viste, imbécil, de gala,
cantando hoy loca las glorias
que ha de maldecir mañana.
Venir se ven los cautivos
entre la neblina parda,
á pasos descompasados,
como los cautivos andan;
que, como el alma les pesa,
así les tiembla la planta.
Delante y detrás los moros
y por los lados los guardan,
los alfanjes en la diestra,
los broqueles á la espalda.

Siguen después los jinetes
y nobles con el monarca,
los lanzones en la cuja,
en el arzón las adargas;
mostrando bien los caballos
en su perezosa marcha
la fatiga del camino,
lo largo de la jornada;
que traen el arnés mohoso,
deslucidas las gualdrapas;
hasta las crines el lodo,
desde las crines el agua.
Cuando á la puerta de Elvira
los zahareños llegaban,
cantaba el pueblo su triunfo
con vítores y algazara.
Aplaudían con las manos,
con panderos y sonajas,
al son de los duros hierros
que los otros arrastraban.
Cesó de pronto el aplauso;
susurraron en voz baja
palabras que nadie oía,
pero todos murmuraban.
Ojos había en la turba
oscurecidos con lágrimas,
y ojos que, con luz sombría,
para maldecir miraban.
Desnudos y á la intemperie
los prisioneros entraban,
ancianos, madres y niños,
entre broqueles y lanzas,
sin respeto á su inocencia,
á su sexo y á sus canas.
Las madres sus muertos hijos
traían, desesperadas,
en los maternales brazos
y en los brazos de su alma.
Movidos á compasión
los moros de pena tanta,
sus ojos de los cautivos
indignados apartaban.
Las madres libres llorando,
atropellando los guardias,
á las cristianas cautivas
sus propias telas regalan,
y parten los alimentos
que á los moros preparaban,
entre los tristes esclavos,
que los devoran con ansia.
Algunos, más altaneros,
acaso los rehusaban;
que el pan de la esclavitud
entre los labios amarga.
Alzóse Muley Hazém
en los estribos de plata,
viendo la piedad del pueblo
y la miseria cristiana.
Rabioso de que la plebe
le eche su crueldad en cara,
atropelló con su yegua
por la turba aglomerada,
dividiendo así los moros
y los esclavos de Zahara.
«Adelante!»—gritó airado,
con la voz ronca de rabia.—
«Todos son esclavos míos:
»al serrallo las muchachas;
»los mozos á las mazmorras,
»donde más á luz no salgan,
»y los viejos que los maten,
»pues no me sirven de nada.»
Calló el pueblo amedrentado,
obedecieron los guardias,
y el rey subió con los nobles
á toda rienda á la Alhambra.

IV

Sentado está el rey Hazém
en un morisco almohadón,
y muchos moros se ven
cruzar el ancho salón
para darle el parabién.
Á las puertas, reverentes,
delante su rey se paran,
doblando humildes las frentes;
que al rey miran tales gentes
como al mismo Dios miraran.
Mirra y esencias de flores
arden en pebetes de oro,
y el sol de los miradores
anubla el humo de olores,
que avaro respira el moro.
El aire colman de ruido

dos fuentes azafranadas,
y en su murmullo perdido
se oye el trinar dolorido
de las aves enjauladas.

Porque en nichos de cristal
cerradas las hay tan bellas
en la bóveda oriental,
que el aire parece mal
sólo porque está sin ellas.

Las miró el viejo Muley,
y, viéndolas, suspiró:
«En vano me llaman rey—
»dijo—si, como ellas, yo
»esclavo soy de mi ley.

»Que penan ellas así
»en ese encierro imagino;
»mas ellas placen ahí,
»y en eso quiso el destino
»diferenciarlas de mí.»

Volvió, con tal pensamiento,
á suspirar otra vez;
bajó el rostro macilento;
pero, repuesto al momento,
demandó con altivez:

—Los cristianos, qué se hicieron?
—En las mazmorras están
en cadenas—respondieron.
—Los condenados murieron?
—Si no han muerto, morirán.—

Volvió el rey á meditar
de los suyos recelando,
y siguieron á la par
las fuentes en susurrar
y los pájaros cantando.

—Alá nos dió la victoria—
siguió el rey:—qué dicen de ella?
Todos callaron.—Fué gloria
ganarles villa tan bella.
Tendránlo, á fe, en la memoria.—

Harto el rey Hazém habló;
los cortesanos callaron;
que el pueblo indignado vió
que los cautivos entraron
como perros que él ató.

Y los moros presentían
que, la tregua quebrantada,
los cristianos entrarían
por las vegas de Granada
y á Zahara no olvidarían.

Por eso ante el rey estaba
la turba sin contestar,
que mal con su rey andaba
desque vido que mandaba
á los viejos degollar.

Callaba Muley Hazém,
sin hallar paso mejor;
que sabe el príncipe bien
que sangre mancha también
el laurel del vencedor.

Corrían entrambas fuentes,
trinaban los ruiseñores,
y el sol en ambas corrientes
sus rayos más transparentes
deshacía en mil colores.

Los vidrios de las ventanas,
contornos dando á sus sombras,
estampan las formas vanas
de sus historias livianas
en las moriscas alfombras.

El silencio á interrumpir
vino una voz de dolor:
«Preparáos á morir»,
se oía á gritos decir
á un hombre en un corredor.

Todos el rostro tornaron
impacientes á la entrada,
y repetir escucharon:
«Tus glorias se marchitaron:
»ay de tí, bella Granada!»

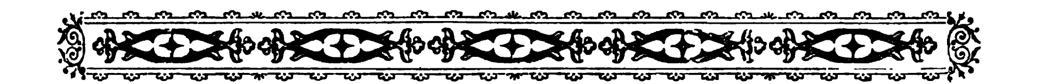
Entró el hombre en el salón,
de musulmanes cercado:
érase el tal un santón
que vivía en la oración,
del tumulto retirado;

Pasó la noche corriendo,
gritando en la obscuridad:
«Granada! Los estoy viendo:
»ay de la hermosa ciudad!
»Tus muros están cayendo!»

Los moros, viéndole entrar,
delante se le inclinaron,
y él siguió en su predicar:
«Los estoy viendo llegar,
»y vuestros días contaron!

»Ay de tí. La desdichada
»ciudad reina de ciudades,
»por el cimiento horadada,
»los cielos en tí, Granada,
»lloverán calamidades.
»Es en vano resistir:
»ay de tí, reina de Oriente!
»Alá te manda morir;
»los estoy viendo venir;
»ay ciudad! ay de tu gente!»
Harto ya Hazém de escucharle,
furioso le preguntó:
«Quién eres?» Sin contestarle,
gritando el santón siguió,
y el rey volvió á preguntarle.
«Enviado soy de Dios—
»dijo el moro—y dióme el cielo
»un mensaje para vos.»
Y el rey: «Pues ve que en el suelo
»no hay más oídos que dos.»
Siguió entonces el santón,
muy loco ó muy confiado,
su doliente relación,
con el monarca encarado,
y á guisa de inspiración:
«La tregua está quebrantada,
»y á muerte al traidor sujeta.
»Ay de tí, bella Granada!
»Cayó en tí, desventurada,
»la maldición del Profeta!
»Borrada su suerte hallé
»del pensamiento divino;
»por tí, ciudad, mucho oré,
»y, para leer tu destino,
»hasta el cielo penetré.»
Oyóle Hazém un momento,
y enfurecido además,
dijo, dejando su asiento:
«Quien leyó en el firmamento
»no puede llegar á más!»
La turba ve estremecida
la rabia del rey, y calla;
y el rey dijo á su salida:
«Quitad á ese hombre la vida
»en lo alto de la muralla.»
«Cuando vengan los cristianos—
siguió volviendo á los moros—
»lanzas tenéis en las manos;
»cerrad con ellos, villanos,
»como cerráis con los toros.»





A LOS INDIVIDUOS ARTISTAS DEL LICEO

Noviembre de 1837

I

Allí está lo que el mundo llama mundo,
arrastrándose imbécil por la tierra;
ese reptil raquítico é inmundo
que en el sepulcro su ambición encierra.

Allí está con sus circos y jardines,
vano de orgullo, espléndido de amores,
mal envuelto entre farsas y festines,
como esqueleto entre marchitas flores.

Vestido está de alcázares y escudos;
mas, torpe esclavo de egoístas leyes,
lleva sus pueblos á danzar desnudos
en derredor del lujo de sus reyes.

Vano placer! Quimérica algazara!
Flor de una aurora, sola y pasajera...!
De cerca un cementerio nos mostrara
al resplandor de moribunda hoguera.

Los hombres de ese mundo no son hombres,
las mujeres de allí no son mujeres;
ellos cubren su nada con sus nombres,
y ellas no tienen más que sus placeres.

Cuando Dios, que les dió el ánima noble,
las ánimas demande enfurecido,
su ángel, de hinojos con vergüenza doble,
Señor, contestará, *las han perdido!*

Autómatas que viven porque viven,
hoy, al rumor de estrepitosa orquesta,
el ajeno renombre que reciben
llevan, como sus padres, á una fiesta.

Contentos con sus vanos oropeles,
atraïllando al cuerpo el pensamiento,
de un heredero nombre hacen laureles,
gloria y valor del alto nacimiento.

Cielo es para ellos el azul que miran;
es la tierra un inmenso anfiteatro,
y ellos, que en esa atmósfera respiran,
los actores tal vez de ese teatro.

Y en tanto que en sus necias pantomimas
se gozan y en estúpidos placeres,
canta el poeta en gigantescas rimas
el ser tremendo que abortó los seres.

Pinta el pintor el cielo, y los colores
arrebata la luz al medio día,
y el músico á los vientos bramadores,
á las aves y fuentes la armonía.

Hijo de rey, conquista su corona;
hijo de Dios, como su Dios concibe
que con sus obras su nobleza abona,
y no infama su estirpe mientras vive.

Noble es el grande, y grande es el valiente,
quien, por ser como Dios, como Dios crea:
ése es el noble que alzará la frente,
trepando al sol hasta que sol se crea.

Ése á la tumba bajará ignorado,
ése en la tierra vivirá mendigo;
á ése nada los hombres le hemos dado:
su padre, que fué Dios, será su amigo.

Y cuando él, que le dió el ánima noble,
las ánimas demande enfurecido,
diràle el ángel con orgullo doble:
Hombre le hicistes, ángel le he traído.

—

Es grande quien nace esclavo
y baja al sepulcro rey,
cambiando altivo en diadema
los hierros que atan sus pies.
Es grande el hombre de polvo
que, meditando en su ser,
del sol envidia los rayos,
por brillar tanto como él.
Quien en un cuerpo mezquino
un alma gigante ve,
y hacer lo que Dios pretende,
porque hijo de Dios se cree.
Quien, sintiéndose con alas,
se arroja el viento á romper,
y va osado á las estrellas
á preguntarlas *quién es.*
Ése es el grande y el noble;
ése es el hombre por quien
hizo un Dios en siete días
del cielo un ancho dosel,
de toda la tierra un trono,
de una existencia un placer,
del sol una eterna hoguera,
y, apenas el hombre fué,
tendió el mar en la llanura
por alfombra de sus pies.
No es noble, viven los cielos!
quien muestra un viejo broquel,
por sus abuelos ganado,
que derribando á cercén
la cabeza de algún moro,
le hicieron suyo después,
dividiéndole en cuarteles
los heraldos para él.
No es noble quien pasa el día
encerrado en un harem,
entre eunucos y mujeres,
como impúdica mujer,
guardando del sol la frente
y de la arena los pies,
con un altar y un serrallo,
y el alma estéril sin fe.
No es noble quien cuenta ufano
en su alcázar cinco, diez,
veinte nombres en hilera
colgados en la pared,
al pie de veinte retratos
de veinte nobles con él.
No son la virtud y el genio
cetro y corona de rey,
ni se heredan como escudos,
que el oro compra también:
los escudos enmohecen,
los tronos pueden caer;
pero la virtud y el genio
se levantan de una vez,
eternos como su estirpe,
que sólo Dios les da el ser.

II

Nobles, al cielo subiréis vosotros
con esa gloria que buscáis inquietos,
y aquí en la tierra dejarán los otros
sus armas, y detrás sus esqueletos.

Que empieza en el sepulcro vuestra gloria,
que hoy el mezquino mundo menoscaba,
porque el placer del mundo y su memoria
llega á la tumba y en la tumba acaba.

Ellos la suya comprarán con oro,
porque su mármol su nobleza abona:
la vuestra, en vez de mundanal decoro,
sólo un nombre tendrá y una corona.

En ella colgarán vuestros laureles,
porque duerma tranquila la cabeza,
y al pie pondrán el arpa y los pinceles
que al mundo contarán vuestra nobleza.

Vuestra nobleza, mágicos pintores,
que, de la creación rasgando el velo,
formáis, como Jehová, luz y colores,
para vestir la lobreguez del suelo.

Él ocultó la voz de la armonía
en el torrente y en la selva en vano;
allí, músicos, fué vuestra osadía
á sorprenderla con robusta mano.

Alzáronse al Señor templos y altares,
y allí fueron poetas y pintores;
vosotros le ensalzásteis con cantares
porque os dieron su voz los ruiseñores.

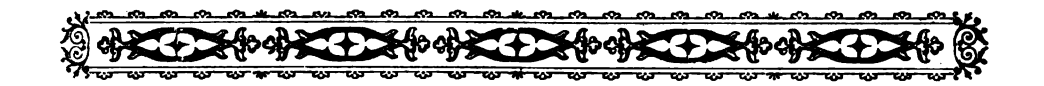
Los ángeles le cantan en el cielo,
y le cantáis vosotros en la tierra;
mientras, de hinojos en el sacro suelo,
escucha humilde el hombre, ora y se aterra.

Un solo libro nuestra Iglesia tiene,
que poetas cantaron y escribieron...
ó al alma Dios de los poetas viene,
ó ellos un Dios en su cantar mintieron.

—

No importa que hoy, ignorados,
crucéis el desierto mundo,
sin corona y sin blasones
que doren el nombre oscuro;
que ley es morir mañana
que á todos Dios nos impuso,
y después de vuestra muerte
cercarán vuestro sepulcro
los que aborrecen en vida
y al grande envidian difunto.
Perros que ladran cobardes
en torno un toro robusto
que yace rendido en tierra,
acogotado entre muchos.
Los que aman oro en la tierra
y de sus honras el humo,
ladran á los pies del genio,
sin que sus gritos agudos,
al tocar en sus oídos,
turben la paz de su orgullo.
Y si á envidiar van sus rayos
en derredor de su túmulo,
no temáis, no, para entonces,
porque sus ojos confusos,
si osan mirar vuestra lumbre,
han de cegar á su impulso.
Pues aunque á despecho brille
del alma imbécil de muchos,
ocultarla podrán todos,
pero apagarla ninguno.





EL AMOR Y EL AGUA

EL AMOR

—Pues en tí, fuente, se mira,
por que su beldad retrates,
y los rayos de sus ojos
reverberan tus cristales,
deja, fuente, que los míos
agua en tus aguas derramen;
que las aguas con las aguas
se borran ó se deshacen:
porque, si sueltos dejara
entrambos á dos raudales,
pusieran fuego á la tierra,
según al verterlas arden.
Y al menos, como en tus ondas
no han de quedar sus señales,
el consuelo de no verlas
hará que menos amarguen.
Como á ella, pues, la duplicas
sus contornos celestiales,
haz, reflejando mi duelo,
que yo mismo me acompañe.
Engáñame con mi sombra,
por que yo mismo me engañe
pensando que lloran dos,
uno en mí y otro en mi imagen.
Porque tú no sabes, fuente,
cuánto endulzan los pesares
las lágrimas de otro triste
que llora duelos iguales.
Pero ya que no me guardas,
por traición ó por desaire,
sobre tus aguas sus formas,
por que yo aquí no las halle,
deja que llorando en ellas
que salga al jardín aguarde,
por verla pasar de lejos,
aunque indiferente pase;
pues he de ser tan humilde
y tan respetuoso amante,
que, porque no la dé enojos
el disgusto de encontrarme,
he de volverme de espaldas,
mirando hacia tus cristales.
Pero prométeme, fuente,
que, si por fortuna sale,
cuando yo mire tus ondas,
tus ondas me la retraten.
Así, á tu blando murmullo,
enajenadas las aves,
á compás del agua trinen
enamorados compases;
así juguetonas vengan
en tu corriente á bañarse,
robando al alba matices
que por tus espejos cambien.
Y tantas á verte acudan,
que, cuando el sol se levante,
piense que, en vez de rocío,
las nubes lloraron aves.
Así te arrullen las hojas
que tapizan esos árboles,
por que no sientan las flores
que, si te adormeces, calles.
Así en tí las flores viertan
el bálsamo de sus cálices,
brotando de hoy á porfía
en tus bordes á millares,
y así cayendo tus aguas,
desde la taza de jaspes,
á gotas, las tornasole
el rojo sol de la tarde,

y partiéndolas en hebras,
cuando como espejos salen,
las rice, columpie y trence,
suelto y revoltoso el aire.

EL AGUA

—Bien pensé, amor, que eras loco,
mas no que tan loco fueses
que buscaras en mis ondas
tus hermosuras rébeldes.
Si las hermosas se miran
en el cristal de las fuentes,
es porque el perfil se borra
cuando el lindo rostro vuelven.
Que si en el cristal quedaran
sus imágenes perennes,
por celos de aquella copia
no se asomaran á verse.
Vano consuelo es que quieras
ver la tuya en mi corriente,
para que, viendo tu sombra,
con tu sombra te consueles.
Porque si tal es el fuego
que tus turbios ojos vierten,
tal hará que hierva el agua
que tu sombra no refleje.
Mas si al jardín, como dices,
por tu ventura saliere,
que la has de volver la espalda,
si te lo persuades, mientes.
Que, ó por postrarte á sus plantas,
ó por que mejor te viere,
iráste loco tras ella,
aunque de verte la pese.
Y si te pinto su imagen
en mis aguas transparentes,
acaso, en tu desvarío,
tanto por ella te ciegues,
que, para abrazarla, osado
por mis ondas atropelles,
confundiendo ambos retratos
con barros, algas y peces.
No extrañes que tal te diga,
amor, si oirme te ofende;
que, según lo que deliras,
no es extraño que tal piense.
Y has de saber, pues en premio
de mi compasión me ofreces
que sol, aves, hojas, flores,
amorosos me requiebren,
que, aunque tú no lo mandaras,
en esto ellos te obedecen;
pues si las aves me trinan,
es porque mis aguas beben;
si los árboles me arrullan,
es por que yo les remede;
si las flores me embalsaman,
por que mis aguas las rieguen;
y si el sol me tornasola,
es por que yo le refleje.
Y el aire es tan galán mío,
que imposible me parece
que ondular puedan mis hebras
sin que blando me las bese
y, revoltoso, jugando
las rice, columpie y trence.



LA GRAN COMEDIA

DE

EL CABALLO DEL REY DON SANCHO

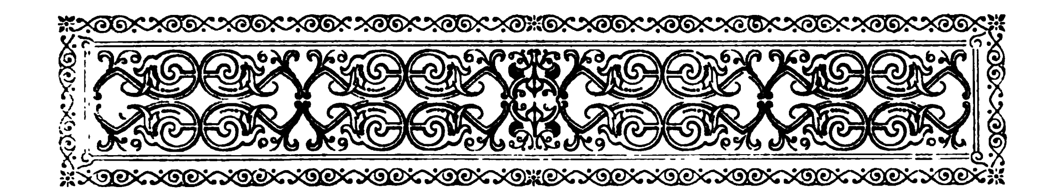
EN CUATRO JORNADAS

PERSONAJES

Don Sancho el Mayor, *Rey de Navarra.*
La Reina, *su mujer.*
El Infante Don García.
Don Ramiro.
Gisberga.
Don Pedro Sesé, *caballerizo mayor del Rey.*
Arjona.
Juan.
Melendo.

Soldados, caballeros, pajes, reyes de armas, jueoes del campo, pueblo

Año 1030 de Jesucristo.



EL CABALLO DEL REY DON SANCHO

JORNADA PRIMERA

Interior de un aposento de una casa rústica, que ocupa la mitad del escenario, cuyos adornos consisten en utensilios de caza. Este aposento tiene una puerta á la derecha, y dos en el fondo; de estas dos, la una es una alcoba, la otra es la salida y entrada. A la izquierda una ventana con reja de madera. La parte exterior del teatro figura la ladera de un montecillo, cuyo horizonte se cierra con montañas en que se abren varios senderos.

ESCENA PRIMERA

GISBERGA *en el aposento y* JUAN *bajando por la montaña*

GISBERGA

Ya va avanzando la noche,
y fría y lóbrega cierra,
y aun no vuelven...! Pero siento
pasos. Quién es? *(Asomando á la ventana.)*

JUAN

(Desde fuera.) Yo.

GISBERGA

Ya llegan.
(Abre Gisberga, y entra Juan con caza y perros.)
Y tu amo?

JUAN

Pues no ha venido?

GISBERGA

No.

JUAN

Habrá alzado alguna pieza.

GISBERGA

Mas, dónde está?

JUAN

Tras mí viene.
Le dejé junto á la peña
del puente, donde los perros
se nos plantaron de muestra.

GISBERGA

Tan de noche y sigue rastro?

JUAN

Qué queréis! Si no le deja
la afición. Díjome al irse
que á espacio á casa volviera,
que de cerca me seguía;

mas al pie de aquella cuesta
le he esperado largo rato,
y ya creí que me hubiera
adelantado tomando
por el atajo.

GISBERGA

Pues, ea,
que te ayude el africano
á descargar, y Teresa
que apronte una buena lumbre.

JUAN

Sí, por Dios, que ahora comienza
una lluvia tan menuda
que cala.

GISBERGA

Pues date priesa.

JUAN

Allá voy. Bien lo hemos hecho!
Molidas traigo las piernas.

ESCENA II

GISBERGA

(Don García baja por las montañas acercándose á la casa, y dando instrucciones á los que le acompañan, para lo que pasa en las escenas posteriores. Don García se adelanta solo.)
Tan tarde, y solo en el monte,
y ahora que anda tan revuelta
Navarra, y el rey ausente
haciendo á los moros guerra.
Mas... sí... Estoy sintiendo pasos...
Él es... Sin duda se acerca.
(Mira por la ventana.)
Eres tú?

DON GARCÍA

Yo soy.

GISBERGA

Aguarda,
que voy á abrirte la puerta. *(Lo hace.)*
Entra, amor mío... Mas, cielos,
no es él?

DON GARCÍA

No; no es el que esperas
tan afanosa y amante,
pero es otro, cuyas huellas
sólo traen rastro seguro
cuando hacia tí se enderezan.

GISBERGA

Señor caballero, basta;
basta de vanas protestas
de un amor que simpatía
en mi corazón no encuentra.
Dos veces me habéis buscado,
y dos veces por sorpresa
habéis llegado hasta mí,
aprovechando la ausencia
de las gentes de mi casa.

DON GARCÍA

Aparta, serrana bella,
el ceño adusto que entolda
tus miradas hechiceras.
Qué haces entre los peñascos
de estas montañas desiertas,
donde el sol de tu hermosura
tan breve horizonte encuentra?
Ven; abandona conmigo
estas paredes de tierra,
para habitar un palacio
y ver, á tus plantas puesta,
toda una corte ostentosa,
toda la Navarra entera.

GISBERGA

Si no me enojaran tanto
vuestras lisonjas molestas,
á fe que reir me harían
tan colosales promesas,
porque tan grandes no fuesen,
si fuesen más verdaderas.
Toda Navarra; ahí va poco!
Y á quién? Á una lugareña!

DON GARCÍA

Ay, serrana, que es tan falso

tu pecho como tu lengua,
y para enviar en palabras
tus pensamientos á ella,
lo que crees y lo que dices
tu astuto corazón trueca.
Serrana tú? Tú villana?
Aunque ese sayal que llevas
y esa toca te disfraza,
en vano engañarme intentas.
Que no hay serrana que arome
con tal cuidado las trenzas
que en agujas de oro prendes,
y acaso con nácar peinas.
Villana que en los arroyos
se lava, y al sol expuesta
y al aire libre ha pasado
diecinueve primaveras,
no tiene tan transparentes
las manos, á torno hechas.

GISBERGA

Tened las torpes palabras,
que me indignan y avergüenzan,
ó alguno tal vez que puede
á la garganta os las vuelva.

DON GARCÍA

Quién, el jayán que allá dentro
enciende la chimenea?
Con qué? Tal vez con el látigo
con que á los galgos encierra?

GISBERGA

Caballero!

DON GARCÍA

Ó es el otro,
que de misterios se cerca,
y aquí entre misterios pasa
su misteriosa existencia,
dando al necio vulgo pábulo
para harto absurdas consejas?

GISBERGA

Qué decís?

DON GARCÍA

Lo cierto digo.
Toda la comarca entera
ya de vosotros murmura,
y de vosotros se aleja.
La misma corte, Pamplona,
ya en vosotros tiene puesta
su atención, y aseguraros
á mí me encarga la Reina.

GISBERGA

Cielos!

DON GARCÍA

Ahora bien, hermosa;
mi valor y mi nobleza
me han colocado en Navarra
de la real familia cerca.
Yo te amo, y yo sólo puedo,
si no esquivas tal oferta,
librarte de los peligros
que sobre tí se aglomeran.

GISBERGA

Idos, señor caballero,
y no os fatiguéis la lengua
en promesas ni amenazas
que quien las oye desprecia.
Decís que los que habitamos
esta marañada selva
damos al vulgo que hablar
y que temer á la Reina;
pues bien, la Reina y el vulgo,
cuando les plazca que vengan,
y verán desvanecidas
tan injuriosas sospechas.

DON GARCÍA

Mucho de tu causa fías;
mas sabes que malas lenguas
por espías os delatan
de los moros?

GISBERGA

Tal afrenta!
Espías!

DON GARCÍA

Tal lo murmuran;
y las nocturnas escenas

que dicen que en este valle
pasan (que serán quimeras),
mas que ante el vulgo ignorante,
que todo mal lo interpreta...

GISBERGA

Qué?

DON GARCÍA

De magos os acusan,
de quirománticas ciencias
profesores ó secuaces...
Qué sé yo!

GISBERGA

Dios nos proteja;
espías y nigromantes!

DON GARCÍA

Que son crímenes que llevan
á los unos á la horca
y á los otros á la hoguera.

GISBERGA

Por Dios, señor caballero,
que patrañas tan groseras
los nobles y cortesanos
es imposible que crean.

DON GARCÍA

Que aquí un espíritu habite
que impalpable se aparezca
bajo mil formas distintas,
ya en el llano, ya en la vega;
que aquí, con otros espíritus,
nocturnas rondas emprendan,
y otras semejantes fábulas
que cuenta la chusma crédula,
no puede creerlo nadie
que cinco sentidos tenga;
mas quién en vuestros encantos
no creerá, si á ver llega
los poderosos hechizos
que atesora tu belleza?
Qué mas filtro que tus ojos
que filtran y que penetran
los corazones más duros
que entre sus rayos se queman?

GISBERGA

Idos, caballero, idos;
vuestro amor, vuestras ofertas,
ni puedo admitirlas yo,
ni á poder, las admitiera.
Idos, por Dios, caballero,
que estoy temiendo que vuelva
quien puede de estas palabras
pedirnos á entrambos cuentas.
Salid de aquí.

DON GARCÍA

En vano trazas
una inútil resistencia;
un solo criado en casa
tienes, y la casa cercan
quienes de ese otro que dices
sabrán defender las puertas.
Mira.
(La hace mirar por la ventana y ver los monteros que rodean la casa.)

GISBERGA

Gran Dios!

DON GARCÍA

Y si viene
le prenderán... Conque piensa
que tengo mucho poder,
que traigo gente resuelta,
que te amo, y que has de ser mía
por voluntad ó por fuerza.

GISBERGA

Cielos, quién es este mónstruo
que así ultraja la inocencia
y los respetos más santos
tan sin pudor atropella!
No hay quién contra tí me ampare?

DON GARCÍA

No; no hay nadie; en vano esperas
que en el que fías te escuche
ni á darte socorro venga,
no; que aunque ese hombre no diese,
cual da á la corte sospechas,

con su misteriosa vida
por quererte la perdiera.

GISBERGA

Primero habrás de matarme
que yo en seguirte consienta.

DON GARCÍA

Pues bien, si no vas amante,
te arrastraré prisionera.
(Va á volverse para salir, y por una de las puertas del fondo aparece don Ramiro.)

ESCENA III

DON GARCÍA, DON RAMIRO *y* GISBERGA

GISBERGA

Ah!

DON GARCÍA

Santo Dios!

DON RAMIRO

Buenas noches.
Hola! Bien venido sea
el príncipe don García
á mi mísera chozuela.

GISBERGA

(El Príncipe!)

DON GARCÍA

(Me conoce.)

DON RAMIRO

Pero parece que os deja
mi llegada algo turbado.
Qué, os enoja mi presencia?
Vaya, perdonad por hoy;
no es justo que al raso duerma
teniendo casa... mal rayo!
y, ahora que zaracéa!
Mas, qué mil diablos tenéis?
Os habéis vuelto de piedra?
Ea, señor, animáos,
que aunque no son mis riquezas
más que de vasallo, aun puedo
ofreceros casa y mesa.
(Á Gisberga.)
Dí á Juan que abrevie, que el príncipe
pasó la jornada entera
cazando, y tendrá apetito.
(Y á presentarte no vuelvas.)

ESCENA IV

DON GARCÍA *y* DON RAMIRO

DON RAMIRO

En qué pensáis?

DON GARCÍA

Por do entrásteis?

DON RAMIRO

No lo vísteis? Por la puerta.
Ó juzgáis que sea brujo
que entro por las chimeneas?
Ya sé que el vulgo lo dice,
pero, yo...? Vaya una idea! *(Riéndose.)*

DON GARCÍA

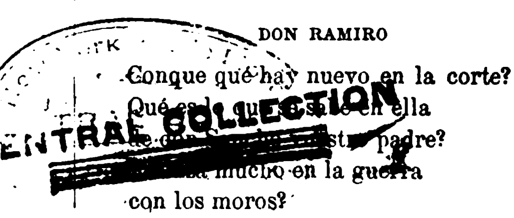
Acabemos de una vez,
voto á Dios... Quien quier que seas...

DON RAMIRO

Esta es mejor! Estáis loco?
Pues me gusta la manera
de pagarme el hospedaje!
Bah, dejad la espada quieta,
y cenemos en sosiego,
que es lo que nos interesa!

DON GARCÍA

(No sé qué es lo que me pasa;
jamás ví tanta impudencia!)



DON RAMIRO

Conque qué hay nuevo en la corte?
Qué es lo que [illegible] en ella
de [illegible] vuestro padre?
[illegible] mucho en la guerra
con los moros?

DON GARCÍA

Los navarros
siempre en las campañas llevan
lo mejor, y hombre es mi padre
ante quien calla la tierra.

DON RAMIRO

Bien dicho, viven los cielos!
(Sacan en un canastillo platos, manteles, etcétera.)
pero aquí está ya la cena,
y pues que viene á propósito,
vaciemos una botella,
con un brindis á don Sancho
y á su pronta y feliz vuelta.
(Llena las copas y le ofrece una.)
Tomad.

DON GARCÍA

Yo no bebo.

DON RAMIRO

Cómo!
Mirad que así las sospechas
corroboráis de quien dice
que esperáis con impaciencia
la muerte de vuestro padre
para heredarle la hacienda.

DON GARCÍA

Villano!

DON RAMIRO

Bebed entonces,
y brindemos porque vuelva.

DON GARCÍA

No bebo nunca.

DON RAMIRO

Esta es otra;
pues qué hacéis en esas fiestas
y en esas orgias en que
pasáis las noches enteras?
Bah! bah! Tomad esa copa
y sin recelo bebedla,
que no es mano de traidor,
señor, quien os la presenta.

DON GARCÍA

Hablemos de una vez claro,
que siento que mi paciencia
se va menguando, y escúchame.

DON RAMIRO

Hablad.

DON GARCÍA

Quien quiera que seas,
ya hombre vulgar como todos,
ya ministro de esa ciencia
diabólica y misteriosa
que lo escondido penetra;
siquiera fueres el mismo
espíritu de tinieblas,
hombre soy en cuyo pecho
ningún vil temor se alberga,
que he nacido en regia cuna
y sangre de rey me alienta.
Cómo he venido á esta casa
y á qué, no creo que deba
á tus ojos esconderse,
y esas ambiguas maneras
que usas conmigo, intenciones
recónditas manifiestan.
Pues bien; de una vez declárate,
que á mí nada me amedrenta
cuando en la ocasión me encuentro.

DON RAMIRO

Bah! Todo eso es bagatela;
aquí estáis en vuestra casa,
aunque os roa la conciencia
al acordaros del modo
con que habéis entrado en ella.
Pero eso no os dé cuidado.
Si os pareció hermosa Elena,
si á galantearla vinísteis,
si os rechazó esquiva ella,
todo eso es muy natural
y no sale de las reglas:
vos ignorábais que es de otro,
y ella ignoraba quién érais.
Y en cuanto á esos temores,

que parece que os inquietan,
sobre quién soy ó quién no,
sólo son vanas quimeras.
Confieso que hago una vida
montaraz en estas peñas,
y que á veces tengo antojos
tan raros, y tan diversas
costumbres de las que suelen
los hijos de Adán y Eva,
que tiene razón el vulgo
cuando me hace en mil consejas
el héroe misterioso,
y el poder que las maneja.
Mas veo que estáis inquieto
y que volvéis con frecuencia
los ojos á esa ventana.
Ah, ya caigo; bajo de ella
habéis la gente apostado
para que os guarde la puerta.
Bien hecho; pero si os place,
mandaré que en mis paneras
les alojen, que hace frío
y ningún peligro altera
la comarca. Juan.

JUAN

(Saliendo.) Señor.

DON RAMIRO

Á esos que allá bajo esperan,
hospedaje da y regálalos
con todo cuanto apetezcan.

DON GARCÍA

¡Cielo santo! Qué hombre es éste?
Mas disimular es fuerza,
pues tanto en sí no podría
fiar si solo estuviera.)
Gracias, huésped, mas son muchos
y os van á causar molestia...

DON RAMIRO

Nada de eso.

DON GARCÍA

Á más, ya es tarde,
y en esa vecina aldea
nos esperan los caballos
y monteros.

DON RAMIRO

Qué simpleza!
Ir atravesar el valle
con una noche como ésta?
No, no; aquí la pasaréis,
y mañana, cuando vuelva
el claro sol, todos juntos
á la corte iremos. Ea,
remitid, pues, los cumplidos
y sentáos. Nada alegra
ni entona mejor á un hombre,
que un par de viandas recias
y un par de sabrosos tragos
de pura sangre de cepa.

DON GARCÍA

Sea; por qué con tal huésped
despreciar tales ofertas
con mala cara? Escanciad,
y brindo á vuestra franqueza,
y á los ojos de esa hermosa,
sea de vos lo que sea...

DON RAMIRO

Sí, sí; bebamos en tanto
que se pasa la tormenta,
y con la copa en la mano
la mañana nos sorprenda.
Bebed, y el ceño severo
desembozad.

DON GARCÍA

Sí, por Dios,
que veo, huésped, en vos
un bizarro compañero.

DON RAMIRO

Dispuesto á cuanto gustéis,
sea de paz ó de guerra.

DON GARCÍA

Fama por toda esta tierra
de gran corazón tenéis.
Dicen que en estas montañas
no hay quien os resista un bote,

ni fiera á quien no acogote
vuestro puño.

DON RAMIRO

Bah! Patrañas;
no niego que soy osado;
y cual véis, recio y fornido,
jamás me he visto vencido
cuando á reñir me han sacado.
Pero no habléis de ello vos.
Con justador tan famoso,
el jayán más vigoroso
qué tiene que ver?

DON GARCÍA

Por Dios,
que á ser como bravo noble
y príncipe cual vasallo,
jinete en un buen caballo
y con buen lanzón de roble,
en cierta fiesta que espero
dar muy pronto, me holgaría
teneros de parte mía
como al mejor caballero.

DON RAMIRO

Lo siento de corazón,
mas no es posible.

DON GARCÍA

Me pesa.

DON RAMIRO

Me he metido en otra empresa
de más especulación.

DON GARCÍA

De más? Ignoráis la mía.

DON RAMIRO

Yo nada ignoro, señor.

DON GARCÍA

Esto salvo.

DON RAMIRO

Es un error
que padecéis, don García.

DON GARCÍA

Yo no creo á ningún hombre
con sobrehumano poder,
y mal podéis vos saber
lo aquí aún...

DON RAMIRO

No os asombre;
bien sé que con tanta maña
conducís vuestros secretos,
que aun los que están más sujetos
en la red de su maraña
su parte saben no más;
y aunque á soltarse llegara
cualquier nudo, no soltara
el nudo de los demás.
Y está bien; pues de este modo
contáis seguro vivir.
Mas, no háis oído decir
que el diablo lo sabe todo?

DON GARCÍA

Voto á...

DON RAMIRO

Bah, no os enojéis;
si en vuestro secreto os hablo,
es porque, al cabo, del diablo
ocultarlo no podéis.
Parece que esto que os digo
algo en vuestro ánimo influye,
mas el vulgo me atribuye
cierto prestigio... Ay, amigo!
El diablo es gran personaje;
y en todas artes maestro,
no hay humano que en lo diestro
ni en lo sabio le aventaje.
Mas ya es hora de dormir;
en lo dicho meditad,
y consecuencia sacad
de aquí para el porvenir.
En esta alcoba tenéis
blanda cama; si queréis,
dadme hora en que se os despierte
para partir á Pamplona.

DON GARCÍA

Enviadme á Lucas de Arjona,

y yo haré con él de suerte
que, sin que se os incomode,
yo esté servido, y mi gente
esté á hora competente
pronto á lo que me acomode.

DON RAMIRO

Voy á enviárosle, señor.
Dios os guarde.

DON GARCÍA

Él os asista.

DON RAMIRO

(No te perderé de vista.)

DON GARCÍA

(No te escaparás, traidor.)

ESCENA V

DON GARCÍA

Quién es este hombre, gran Dios?
Será cierto que penetre
mis ocultos pensamientos?
Imposible; finge, miente.
Mis secretos han vivido
dentro de mi pecho siempre,
y nadie hay que por mi boca
sepa más de lo que debe.
Mas por Dios, que sus misterios
ciego y confuso me tienen,
y sus palabras me abisman
en mil varios pareceres.
Que me conoce, está claro;
que me respeta, parece,
mas tanto en sí mismo fía,
que no sé de él lo que piense.
No, imposible; nada sabe;
sospechas tal vez tan débiles
serán, que de conjeturas
no han de pasar... Y me advierte
que sabe mucho... Me cita
la destreza con que siempre
me conduzco... Eh! Frase ambigua
con que sondarme pretende.
Bah! Cree sin duda que yo
al vulgo crédito preste,
y por el diablo le tome.
Mas, juro á Dios que le pese!
Ay de él como entre mis manos
á dar por fortuna llegue;
todo su infierno y sus magias
contra mí no han de valerle.
Sí; fuerza es de todos modos
de tal hombre deshacerse,
si ignora, por lo que intenta;
si sabe, por lo que puede.
Mas, tarda Arjona...! Si acaso
no me le envía... Ah! Ya viene.

ESCENA VI

DON GARCÍA y LUCAS DE ARJONA

DON GARCÍA

Qué es esto, Arjona?

ARJONA

Qué es esto,
señor?

DON GARCÍA

Lo ignoro á estas horas.

ARJONA

Y yo también.

DON GARCÍA

Ese huésped
con tanta doblez se porta,
que aún me mantiene indeciso
entre el temor y la cólera.
Y mis monteros?

ARJONA

Lo mismo
que vos. Han pasado cosas
allá bajo, que del vulgo
las hablillas corroboran.

DON GARCÍA

Cómo...? Qué dices?

ARJONA

Que el diablo
parece que cartas toma
en el juego de esta noche.

DON GARCÍA

Pues qué pasa?

ARJONA

Es una historia.

DON GARCÍA

Habla; sepámosla pronto,
y evitemos...

ARJONA

Ante todas
cosas, señor, es preciso
que sepáis que, con faz torva,
cuando hacia aquí me condujo
el huésped, me dijo: Arjona,
si en algo estimas tu vida,
díle á tu amo que en todas
las paredes de esta casa,
ojos, oídos y bocas
hay, que ven, oyen y cuentan
lo que entre ellas pasa.

DON GARCÍA

Hola!
Pues en cuenta lo tendremos.
Lucas, por si acaso, ronda
por esos cuartos vecinos;
en todas las puertas dobla
los pasadores; en esa
antesala las dos hojas
cierra de la puerta, mientras
yo voy á ver si en esta otra
hay salida ó escondite,
y luego se hará en la alcoba
igual registro; veamos.

(Don García y Arjona entran y salen; don García por la derecha, y Arjona por el fondo.)

ARJONA

Aquí hay una puerta sola,
sin más ventana, ni armario,
ni trasto que se interponga;
la pared lisa, y no más.

DON GARCÍA

Lo mismo pasa en esta otra
cámara; ni en esta alcoba
(La del fondo derecha.)
tampoco hay nada; habla, pues;
ya estamos, Lucas, á solas.
Y cercado este aposento
de cámaras espaciosas
y solitarias, no hay miedo;
conque siéntate y dí, Arjona.

ARJONA

Pues atendedme, señor:
tenía yo con mi tropa
toda esta casa maldita
circundada á la redonda,
cuando salió de ella un hombre
y enderezó á mi persona;
díjome que vos pasábais
la noche aquí; en una copa
como un pilón de una fuente
nos hizo echar una ronda.
Después nos condujo él mismo
á una casucha á ésta próxima,
diciendo que allí tendríamos
que cenar, con vuestras sobras,
pues tal era vuestra orden.

DON GARCÍA

Cuerpo de tal! De mi propia
boca debiste venir
á tomarla.

ARJONA

Esa fué cosa
que me ocurrió, mas no pude
ponerla, señor, por obra.
Me sentaron á la mesa;
trajeron con qué hacer boca,
y el que hacía de anfitrión
no me dejó á sol ni á sombra.
Yo ya intenté á la desecha
colarme por una y otra
cámara, mas él siguióme

como sirviéndome. Sorda
desde entonces, la sospecha
me royó el alma. Así toda
la casa anduvimos ambos,
y á nadie topé; una olla
de agua al fuego ví no más
en la cocina, y seis lonjas
de jabalí en las parrillas.
Para cuarenta! Gran cosa!
Mas juzgad de mi sorpresa
cuando ví que una tras otra
sirvieron ricas viandas
y buen vino en tazas hondas!

DON GARCÍA

Es que tendrán las cocinas
en otra parte.

ARJONA

Es que ahora
viene lo mejor. La mesa
nos la servía una moza
como un sol.

DON GARCÍA

Pues gran pedrada!

ARJONA

Mas como las licenciosas
lenguas de vuestros monteros
al momento se desbocan,
empezaron á hacerse agua
con la niña.

DON GARCÍA

Y vergonzosa
se os escabulló?

ARJONA

Y aquí entra
lo más negro de la historia.
En su lugar á servirnos
entró bajo horrible forma...

DON GARCÍA

Alguna vieja?

ARJONA

Peor;
el mismo diablo en persona;
un etíope, con la cara
más oscura que la sombra.
Quedámonos como piedras,
pues nos trajo á la memoria
las consejas que se cuentan
de esta casa; mas Luis Torras,
que tiene un vino insolente
y un alma como hay muy pocas,
le preguntó por la chica.
El etíope á la boca
se llevó la luz, y abriéndola,
nos mostró las fauces rojas,
mas sin lengua. En esto el huésped
entró, y héme aquí.

DON GARCÍA

Me asombra
tu relato tanto más,
cuanto que aquí he visto cosas
que me dan que sospechar
alguna traición, Arjona.

ARJONA

Cómo!

DON GARCÍA

Al instante es preciso
que de esta casa salgamos,
y á sus dueños sorprendamos.

ARJONA

Mas sin que demos aviso
á la gente...

DON GARCÍA

Es muy distante
donde se aloja?

ARJONA

Si fuera
posible que yo saliera
de aquí, todo era un instante.
Están en unas paneras
á este edificio contiguas.

DON GARCÍA

Bueno; á tus mañas antiguas
vuelve; escalador no eres?

ARJONA

Me llevaba en su partida
vuestro padre en los asaltos.

DON GARCÍA

Ea, pues, mayores saltos
habrás dado en esta vida.
Salta por esa ventana.

ARJONA

Pero, señor, y la reja?

DON GARCÍA

Es de palo, y está vieja. *(La rompe.)*
Ya está rota; tierra gana
en cuanto afirmes el pie,
y ven con mi gente á mí.

ARJONA

Pero, y vos?

DON GARCÍA

Tranquilo aquí
vuestra vuelta aguardaré;
que es muy astuto el patrón,
y es fuerza que le imitemos
si salir bien pretendemos.

ARJONA

Príncipe, tenéis razón.

DON GARCÍA

Si vuelves, los más bizarros
mete por aquí conmigo;
queden los demás contigo,
y Cristo con los navarros.

ARJONA

Voy, pues.
(Baja por la ventana; don García le ayuda.)

DON GARCÍA

Arjona, con tiento.
(Aparece don Ramiro por el fondo derecha.)

ARJONA

Soltadme; ya estoy seguro.

DON GARCÍA

Vé, que con el huésped juro
que he de hacer un escarmiento.

ESCENA VII

DON GARCÍA *y* DON RAMIRO

DON RAMIRO

Decidlo bajo.

DON GARCÍA

Gran Dios!
Vos aquí.

DON RAMIRO

Viéndolo estáis.

DON GARCÍA

Mas, cómo? Por dónde entráis?

DON RAMIRO

Por donde no es para vos.
Tratáis de iros, don García;
en buen hora, libre os dejo;
mas escuchadme un consejo
que os interesa á fe mía.
Hay un hombre que os espía,
que sabe cuanto intentáis,
que os escucha cuando habláis,
que cuanto pensáis sorprende;
que os penetra y os comprende
aun lo que á solas soñáis.
Mirad, pues, lo que emprendéis,
porque si no andáis con tino,
en vuestro mismo camino
es fuerza que os le encontréis.
Ya sé que á nadie teméis;
que alienta sangre real
vuestro valor proverbial;
mas mirad que hay experiencia
de que es la mala conciencia
el contrario más fatal.

DON GARCÍA

Pues conoces mi valor
y estás viendo que te escucho,
verás que no temo mucho
tu vaticinio impostor.
No, no me infunden pavor
las extrañas aventuras
de que con artes oscuras
me has hecho el juguete aquí,
pues cuanto sepas de mí,
no serán más que imposturas.

DON RAMIRO

Queréis que hora á hora os cuente
cuanto hoy por vos ha pasado?

DON GARCÍA

Bah!

DON RAMIRO

Pues bien; no habéis estado
hoy en la ermita del puente?

DON GARCÍA

Sí.

DON RAMIRO

No habéis á vuestra gente
puesto y día señalado?

DON GARCÍA

Sí.

DON RAMIRO

No enviásteis á cada uno
un emisario diverso
para que en un caso adverso
no lo pierda todo alguno?

DON GARCÍA

Sí.

DON RAMIRO

No es la última señal
para que rompan la valla
el caballo de batalla
y el paramento real
de vuestro padre?

DON GARCÍA

Ah!

DON RAMIRO

Si en él
salís jinete á pasearos,
al volver no han de aclamaros
rey de Navarra?

DON GARCÍA

Sí.

DON RAMIRO

Y fiel
vuestro bando á estas señales,
no estará en tranquilidad
si salís por la ciudad
sin los paramentos reales?

DON GARCÍA

Sí.

DON RAMIRO

Y la reina vuestra madre,
que es quien os estorba sólo,
no acaba de ser con dolo
acusada á vuestro padre?

DON GARCÍA

Cielos!

DON RAMIRO

De un crimen horrible
de adulterio?

DON GARCÍA

Santo Dios!

DON RAMIRO

Y el acusador sois vos...
Que me parece increíble.

DON GARCÍA

Sí, todo es cierto.

DON RAMIRO

Pardiez!

En ese caso, señor,
estudiad para otra vez
vuestro papel de traidor.

DON GARCÍA

Pesadilla, espectro ú hombre
que mis secretos más graves
cual yo mismo lees y sabes...
quién eres? Cuál es tu nombre?

DON RAMIRO

Confesáis que cuanto os hablo
es la verdad, don García?

DON GARCÍA

Sí.

DON RAMIRO

Pues soy desde este día
vuestro ángel ó vuestro diablo.
Doquiera tras vos iré;
uniré á vos mi destino;
vuestro malo ó buen camino,
diablo ó ángel, seguiré.

DON GARCÍA

El diablo! Invención grosera
que sólo en el vulgo cabe;
mas oye: quien tanto sabe,
fuerza es que me mate ó muera.
Nadie me amedrenta, no;
puédeme el diablo vencer,
y aquí el diablo ha de caer
ó aquí bajo él caeré yo.

DON RAMIRO

Tened: caerá uno, sí;
mas advertid, don García,
que ni hoy ha de ser el día,
ni el sitio ha de ser aquí.
Por esa noble matrona,
tiempo vendrá en que lidiemos,
y uno de los dos caeremos.

DON GARCÍA

Cúbrete, pues. *(Con la espada en la mano.)*

DON RAMIRO

No; en Pamplona.
(Don Ramiro, al fin de esta escena, se habrá ido retirando al fondo, hacia la puerta por donde salió, la cual cierra de repente, dejando á don García solo en la escena. Al mismo tiempo sale por fuera de la casa Arjona, con monteros y caballerizos, con armas y antorchas. Don García se abalanza á la puerta por donde entró don Ramiro, y Arjona sube al mismo tiempo por la ventana, y varios tras él.)

ESCENA VIII

DON GARCÍA, ARJONA *y* MONTEROS

ARJONA

(Entrando por la ventana.)
Señor.

DON GARCÍA

Á mí, Arjona, á mí.

ARJONA

Sús, pues! Arriba.

DON GARCÍA

Seguro
le tengo ahí, y yo le juro
que le he de matar aquí.

ARJONA

Dad... Dad...
(Se agolpan á la puerta, golpeándola.)
Cede... Cayó ya.

DON GARCÍA

Traedme, pues, á ese traidor.

ARJONA

Aquí no hay nadie, señor. *(Entra y sale.)*

DON GARCÍA

Cómo!

ARJONA

Vedlo, aquí no está.

DON GARCÍA

Ira de Dios! Con tal juego
pretende causarme asombros!
Toda la casa en escombros
tornaré. Pegadla fuego.

ARJONA

Señor!

DON GARCÍA

Silencio, menguados;
esas teas arrimadla
sin replicar; incendiadla
por todos cuatro costados.
Fuera, pues; pronto. Cercadle
la casa; si se presenta,
atadle por buena cuenta;
mas si resiste, matadle.
(Pegan fuego á la casa, salen y la cercan en derredor.)
Veremos si trampantojos
le valen; ó ha de salir,
ó aquí dentro va á morir
con las ascuas á los ojos.





JORNADA SEGUNDA

Salón del palacio de D. Sancho en Pamplona; puerta en el fondo, ventana á la derecha, puerta á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

DON GARCÍA, *después* ARJONA

DON GARCÍA

Ya va la mañana entrando,
y aun no parece ese hombre.

ARJONA

Señor...

DON GARCÍA

Ah! Gracias á Dios.
Cómo estamos?

ARJONA

Como anoche.
Desplomáronse uno á uno
los tostados paredones.

DON GARCÍA

Y qué?

ARJONA

Nadie ha parecido;
conque quedan los traidores
debajo de los escombros
como bajo siete montes.

DON GARCÍA

No hay, pues, temor?

ARJONA

No hay ninguno.

DON GARCÍA

Ay! Una losa de bronce
me quitas del corazón;
somos salvos.

ARJONA

Se supone.
Nadie salió de las llamas,
ya lo vísteis; desde entonces
doblé las guardias en torno,
y ahora los muertos tizones
revuelve la gente nuestra,
de Luis Torras á las órdenes.
Todo lo están registrando,
y con todo cuanto logren
les mandé venir al punto.

DON GARCÍA

Bien, Lucas.

ARJONA

Vaya una noche!
Cosa de magia parece.
Si viérais cuántos sudores
me costó hacerlos que entraran
á revolver los carbones!
Todavía se temían

que aquel espantoso etíope
de los escombros se alzara
con su amo dando mandobles.

DON GARCÍA

Mas si se salvó...!

ARJONA

Imposible.
La casa encima cayóle,
y él, viéndose descubierto,
allí achicharrar dejóse
por no dar en nuestras manos.

DON GARCÍA

Ojalá!

ARJONA

Dios le perdone.
Mas tanto ese hombre estorbaba?

DON GARCÍA

Era muralla de bronce
puesta á mi paso; mis planes
exactamente conoce.

ARJONA

Cómo!

DON GARCÍA

Todos me los dijo.

ARJONA

Si él era solo, temores
vanos desechad del alma,
y no receléis que torne.
Allí yacerá enterrado
entre los negros terrones.
como un raposo á quien ciegan
su cueva los cazadores.

DON GARCÍA

Arjona, todo lo temo
de aquel maldito.

ARJONA

Aprensiones,
señor; los muertos no vuelven
al mundo más.

DON GARCÍA

Me corroen
el corazón hasta ahora
desconocidos pavores,
y... Arjona, ya no hay remedio;
fuerza es que hoy mismo se logre
ó se pierda todo. Tú
sé el escondido resorte
que mueva toda la máquina
de mis proyectos. Ve, corre,
busca á los que en ese escrito
llevan marcados los nombres,
que éstos buscarán á otros,
y éstos á otros, y el golpe
será seguro; ve y díles
que treguas ni dilaciones
no hay ya; que hoy es nuestro día,
y ya la seña conocen.
El caballo de batalla
de mi padre.

ARJONA

Y si se opone
don Pedro Sesé?

DON GARCÍA

Oponerse!

ARJONA

Como está sólo á sus órdenes
la caballeriza real,
y al partir recomendóle
mucho el rey ese caballo,
es muy fácil que os lo estorbe.
Cambiad la seña.

DON GARCÍA

No hay tiempo.
Ya imposible es que trastorne
de la concertada empresa
las señales ni las voces;
fuera arriesgarse por poco,
y pueden algunos torpes...
No, están en lo del caballo,
y temo que se malogre
si los mudo la señal.

ARJONA

Mas si ese viejo de bronce
os rehusa...

DON GARCÍA

Está previsto;
de mi padre espero orden
de prenderle con la reina.

ARJONA

Cómo!

DON GARCÍA

De un crimen enorme
son reos.

ARJONA

Pero eso es cierto?

DON GARCÍA

Eso no te corresponde
averiguar; obedéceme
sin meterte en más cuestiones.

ARJONA

Señor...

DON GARCÍA

Si Sesé se obstina,
sin aguardar á la orden
de mi padre, los acuso
en público, y acabóse.
Ea, pues, de aquí á una hora
que todo, Arjona, se apronte.

ARJONA

Así se hará.

DON GARCÍA

Corre, pues,
y el diablo con los mejores!

ESCENA II

DON GARCÍA

Sí, acabemos de una vez.
Ello es gran temeridad,
mas quedarse en la mitad
es mayor estupidez.
Ser á un tiempo acriminado
de rebelde y de impostor
por haberlo sin valor
decidido y no logrado,
es mengua para quien soy.
Si me es contraria la suerte,
y en vez del trono á la muerte
caminando á oscuras voy,
sea por mala fortuna,
que no por falta de brío.
Mas si al fin el triunfo es mío,
y la ocasión oportuna
logro aprovechar, pardiez!
siempre es la causa mejor
la causa del vencedor...
Sí; acabemos de una vez.

ESCENA III

DON GARCÍA *y* DON PEDRO SESÉ

DON PEDRO

Hola; vos aquí ya!

DON GARCÍA

Buen caballero,
don Pedro de Sesé, muy bien venido.

DON PEDRO

Anoche...

DON GARCÍA

(Interrumpiéndole.)
Sí, cogióme el aguacero
en el monte.

DON PEDRO

Y en dónde habéis dormido?

DON GARCÍA

En casa de un labriego.

DON PEDRO

Compensado
tal molestia le habréis?

DON GARCÍA

Oh! Se supone.

DON PEDRO

Vuestro padre es en eso...

DON GARCÍA

(Interrumpiéndole.) Harto extremado.

DON PEDRO

Bueno es que á un rey lo liberal le abone;
vale más por afable ser querido,
que por severo y sin piedad temido.

DON GARCÍA

Y á propósito de ello, qué noticias
hay de mi padre?

DON PEDRO

Como siempre, buenas;
las estrellas le son siempre propicias,
y se lleva las huestes agarenas
por delante.

DON GARCÍA

Y no hay más?

DON PEDRO

Poco os parece?

DON GARCÍA

Yo no sé dónde oí...

DON PEDRO

Qué?

DON GARCÍA

Que en los reales
de día en día el descontento crece,
por yo no sé qué nuevas...

DON PEDRO

Muy fatales
no serán, pues vencemos.

DON GARCÍA

De esta tierra
el Rey las recibió, no de su guerra.

DON PEDRO

De esta tierra, no sé...!

DON GARCÍA

Lenguas villanas
le pusieron acaso descontento
con vuestro gobernar.

DON PEDRO

Calumnias vanas.
La Reina y yo podremos al momento
cuentas sin tacha dar.

DON GARCÍA

Cuentas... de todo?

DON PEDRO

De todo, vive Dios! Quién tiene duda?
Soy don Pedro Sesé...

DON GARCÍA

Mas de ese modo
no os irritéis, que esa ira al vulgo ayuda
á creer que, pues tanto os acalora
la duda nada más, poco os escuda
la inocencia.

DON PEDRO

Lo sé.

DON GARCÍA

Y decidme ahora.
Cómo acudís tan pronto á este palacio?

DON PEDRO

Despacha aquí la Reina mi señora.

DON GARCÍA

Oh! Pues no lo tomáis poco despacio!

DON PEDRO

Caballero, ese tono...

DON GARCÍA

Caballero,
el vuestro me incomoda, y de hoy presente
tened que soy el príncipe.

DON PEDRO

Primero
vos recordad que, vuestro padre ausente,
su real autoridad dejó en mi mano.

DON GARCÍA

Mas no os dejó, pardiez! por ayo mío,
ni sufriré jamás que un cortesano
con orgullo me trate ó con desvío.
Lo entendéis? Del gobierno los negocios
despachad con la Reina si esto os toca;
placer buscadla; entretened sus ocios;
mas, Sesé, en cuanto á mí, cosed la boca.

DON PEDRO

No os comprendo muy bien; mas temo acaso
que una sospecha injusta en contra mía
os anima. Si he dado algún mal paso,
que marcárais en qué desearía.
Tal vez remedio tenga.

DON GARCÍA

Basta.

DON PEDRO

Espero
que, pues nunca cual hoy me habéis hablado,
sabréis...

DON GARCÍA

Ya basta, digo, caballero;
no estoy á daros cuentas obligado.

ESCENA IV

DICHOS, LA REINA, PAJES *y* DAMAS

REINA

Qué es esto, don García? Ese sonrojo,
Sesé, que el rostro trémulo os colora...
Qué es esto? Os ha causado algún enojo
el príncipe?

DON PEDRO

Á mí enojo! No, señora;
antes mi indiscreción se le ha causado,
y de mi error disculpas le pedía.

REINA

De ese modo lleváisle perdonado;
yo os le otorgo, Sesé, por don García.

DON GARCÍA

Oh! Si vos lo tomáis por vuestra cuenta,
dad por zanjada ya nuestra rencilla.
Qué importa si el vasallo se acrecienta
con vuestro real favor...? Si á mí me humilla,
es disfavor de madre, y no me afrenta.

REINA

Mal lo entiendes, García; si al olvido
la falta quiero dar del caballero,
yo el perdón no lo otorgo, te le pido.
En ausencia del Rey, que haya no quiero
bando ni enemistad bajo su trono;
si te faltó, su falta le perdona,
que don Pedro es leal, y yo le abono.

DON GARCÍA

Lo oís? La Reina contra mí le abona.
No hablemos de ello más.

REINA

Qué significan,
príncipe, esas palabras? Me parece
que contra vos tan sólo testifican.

DON GARCÍA

Perdonad; basta ya, que no merece
la cuestión tanto tiempo.

REINA

Bien, García,
no se hable de ello más. Ahora sepamos
qué negocio á mi cuarto te traía.

DON GARCÍA

Poca cosa, señora...

DON PEDRO

Si estorbamos...

DON GARCÍA

No, lo podéis oir; es un servicio
que á hacer voy á mi padre; pero siendo
en mengua de quien debe tal oficio
desempeñar, que lo sepáis pretendo
antes de hacerle.

REINA

Tu respeto aprecio.
Habla.

DON GARCÍA

Cuando mi padre fué á la guerra,
un caballo dejó de tanto precio,
que no se vió mejor en esta tierra.

REINA

Regalo fué del cordobés aliado.

DON GARCÍA

Pues bien; ese caballo tan hermoso,
y de mi padre, el Rey, tan estimado,
va á perderse tal vez; fiero, brioso,
siempre establado está, y de día en día
va menguando en valor.

DON PEDRO

Oh! Perdonadme;
ese hermoso caballo, don García...

DON GARCÍA

Estoy hablando; concluir dejadme.
Del Rey caballerizo, más en cuenta
lo debísteis tener; mas tal descuido
quiero encubriros yo.

DON PEDRO

(Aparte.) (Qué es lo que intenta?)

DON GARCÍA

Señora; ese caballo yo os le pido.

DON PEDRO

Señora, ese caballo á don García
es imposible dar. Si el Rey su padre
lo llegara á entender, se enojaría.
Cómo estima sabéis, cuánto cuidado
pone en caballos y armas un guerrero,
y en esto el rey don Sancho es extremado.

DON GARCÍA

Por la misma razón, buen caballero,
cuando sepa que tanto se le cuido,
las gracias me dará; conque, señora,
que me neguéis no espero lo que os pido.
Á nadie en ello expongo,
porque de gran jinete alcanzo nombre,
y aunque mi padre, el Rey, ha prohibido
que le montara nadie, yo supongo
que hablar de don García no ha querido.

DON PEDRO

Señora, es mi deber, y yo os lo advierto;
vedado es para todos tal antojo,
y el caballo está sano.

DON GARCÍA

Falso.

DON PEDRO

Cierto.
Perdonad que os desmienta.

DON GARCÍA

Tal arrojo!
Me desmentís? Por Dios, Reina y señora,
que para que abonéis tanta insolencia,
no sé qué traza intentaréis ahora!
Porque poneros aún en contra mía,
querrá decir que vale un cortesano
mucho más, para vos, que don García,
y en tal caso, tal vez me acordaría
de que heredero soy de un soberano.

DON PEDRO

Príncipe!

REINA

Basta ya; cuestión tan leve
no merece ocuparnos. De el caballo
responderé yo al Rey; peligro no hallo
en que, mientras, el príncipe le lleve.

DON PEDRO

Yo me someto humilde á vuestro fallo.

DON GARCÍA

Yo las gracias os doy; y, pues ya es mío,
que me le ensillen sin tardanza alguna
voy á hacer, en señal de señorío.
(Y ahora cada cual con su fortuna.)

ESCENA V

LA REINA *y* DON PEDRO SESÉ

REINA

Despejad el ceño adusto,
buen caballero Sesé.

DON PEDRO

No sé, señora, por qué
siento que le déis tal gusto.

REINA

El Rey á vos le ha pospuesto
para el gobierno en su ausencia,
y temí la violencia
de su natural en esto.
Y qué importa que el corcel
monte, y que cumpla su antojo?
Teméis de Sancho el enojo?
Yo os disculparé con él.

DON PEDRO

No es ese temor pequeño
lo que me anubla el semblante;
el servidor más constante
fuí siempre del Rey, mi dueño,
y él me sabrá disculpar.
Mas esa doblez y embozo
con que está obrando ese mozo,
me da mucho que pensar.

REINA

Es claro que anda ofendido
de que el Rey en mengua suya
en su puesto os sustituya.

DON PEDRO

Pues razón habrá tenido,
que es don Sancho harto sagaz,
y en paz, lo mismo que en guerra,
para gobernar su tierra
no hay príncipe más capaz.

REINA

Mas, qué hará con el caballo?
Todo lo que puede hacer
es maltratarle por ver
si os castiga el Rey. Dejallo
don Pedro andar, que por esto,
mientras por medio yo ande,
no ha de ser el mal muy grande
para vos.

DON PEDRO

Mas si es pretexto
para que él...

REINA

Quédese aquí,
Sesé.

ESCENA VI

DICHOS *y* UN PAJE

DON PEDRO

Qué es?

PAJE

Señor, afuera
hay un hombre que hora espera
de ver á la Reina.

REINA

Á mí?

PAJE

Diz que para un grave asunto
que vida y honra interesa,
y es negocio de tal priesa,
que pide veros al punto.

DON PEDRO

Y de qué clase es ese hombre?

PAJE

Él viste de peregrino;

yo le pregunté su nombre,
y él me dió este pergamino.
(Se le entrega á don Pedro, y éste lee.)

REINA

Á ver, leed.

DON PEDRO

Dice así:
«Nos el rey don Sancho de Navarra, rogamos y mandamos á nuestros amigos, aliados, súbditos y vasallos, que ayuden, amparen y protejan, y den crédito á la persona que este escrito de nuestra mano les presentare; con lo cual, á más del placer que habrán de reportarnos, nos ayudarán á cumplir una deuda de honor que tenemos contraida con la persona ó personas poseedoras de las presentes letras.»
Y firma Sancho el Mayor.

REINA

Deuda del Rey y de honor?
Al punto, pues, que entre aquí.

ESCENA VII

LA REINA, DON PEDRO *y* DON RAMIRO, *de peregrino*

DON RAMIRO

Á vuestros pies...

REINA

Levantáos,
buen romero, que quien trae
firma del Rey en su abono,
en postura semejante
no ha de estar ante su esposa.

DON RAMIRO

Esas palabras reales,
de su mismo puño escritas,
mi importunidad reparen.

REINA

Él habla en vos; alzad pues.

DON RAMIRO

Primero que me levante,
vuestra real mano, señora,
para que la bese dadme.

REINA

Tomad, y hablad.

DON RAMIRO

Gracias, Reina,
y esta humildad no os extrañe,
que nací vasallo vuestro,
y aunque jamás el semblante
logré hasta este punto veros,
de él he llevado una imagen
en el corazón grabada,
y ya nunca ha de borrarse.

REINA

De ese respeto agradezco
demostraciones tan grandes,
pero...

DON RAMIRO

Escuchadme, señora,
y vos también escuchadme,
caballero, que á la par
os toca á ambos mi mensaje.

DON PEDRO

Decidle, pues.

DON RAMIRO

Duro cargo
me impuse en él, y es probable
que el corazón generoso
mis palabras os desgarren;
mas el mal que voy á haceros
por la intención disculpadme.
Tenéis un hijo, señora,
por cuyas venas la sangre
de vuestras venas circula.

REINA

Tengo dos.

DON RAMIRO

Uno distante

de Navarra está; no es ése
de quien hablo; no es culpable.
Al príncipe don García
me refiero, cuyos planes
hondo y fatal precipicio
hoy á vuestras plantas abren.

REINA

Qué es lo que dices?

DON RAMIRO

Oidme.

REINA

Explícate, pero antes
piensa bien que una impostura
la vida puede costarte.

DON PEDRO

Proseguid, buen peregrino;
dejad, señora, que hable.

DON RAMIRO

Oh! Sé muy bien lo que digo.
Pluguiera á Dios me engañase!
Yo, que en los vecinos montes
hago una vida salvaje,
entre sus quebradas peñas
y sus fieras montaraces,
por azar, por suerte vuestra,
ó por los impenetrables
juicios de Dios, vine astuto
de sus tramas infernales
á coger todos los hilos,
y vengo todos á dárosles
antes que os teja con ellos
traidora red un infame.

REINA

Oh! Concluid.

DON RAMIRO

Don García
conspira contra su padre.

REINA

Cielos!

DON RAMIRO

Y como su intento
ambos á dos le estorbábais,
dió en un delito más pérfido:
os acusó el miserable
de un feo crimen.

REINA y DON PEDRO

De cuál?

DON RAMIRO

Permitidme que lo calle.

REINA

No, hablad.

DON RAMIRO

Del que no perdona
jamás un esposo amante;
del que asesina la honra
de quien con vergüenza nace.

DON PEDRO

Dios mío! Ya me esperaba
que algún proyecto execrable
encerraba la sonrisa
y la mirada insultante
de ese mancebo.

REINA

Tú mientes.
Tamaño crimen no cabe
en el corazón de un hijo.
Que á ese vasallo acusase
de cualquier crimen, lo entiendo;
porque en su lugar su padre
por gobernador conmigo
le dejó, y sé que ha de odiarle;
pero, á mí? Mientes mil veces.

DON PEDRO

Ay, Reina, el estrago que hace
en el corazón del hombre
la ambición, sólo lo sabe
Dios, que nos le hizo de tierra
tan quebradiza y tan frágil!

REINA

Es imposible, don Pedro;
es increíble, improbable,
y este impostor dura muerte
merece. Hola, guardias, pajes.

DON PEDRO

Tened, señora, tened
los ímpetus naturales
del corazón. Vos seguid,
romero, sin que os agravie
ni atemoricen sus iras.
Es natural, es su madre.

DON RAMIRO

Á mí sus iras no pueden
amedrentar ni agraviarme,
cuando no hay tales secretos
quien sepa ni quien relate
fuera del príncipe y yo,
ni hay tal vez tampoco nadie
más pronto á morir por ella,
cuando otras pruebas faltaren.

REINA

Pues bien, pruebas convincentes
presenta pronto, al instante,
ó te hago ahorcar de una almena
como á un impostor infame.

DON RAMIRO

No haréis tal, Reina y señora,
por dos razones.

REINA

Por cuáles?

DON RAMIRO

La primera, porque el Rey
tal vez no os lo' perdonase
jamás.

DON PEDRO

Vive Dios!

DON RAMIRO

La otra
es porque, cuando yo os falte,
faltará quien os defienda,
y os pesaría, aunque tarde.

REINA

Mas, por Dios, que sin más pruebas
de delitos semejantes,
bajo qué crédito quieres
que tu palabra me baste?

DON RAMIRO

Basta y sobra el pergamino
que del rey don Sancho traje.

REINA

Tienes razón, cielo santo!
Él manda aquí que te ampare,
que te proteja y dé crédito.

DON RAMIRO

Y su firma no es bastante?

REINA

Sí, sí; cuando el Rey te abona
razones tendrá muy graves.

DON RAMIRO

Don García está en palacio?

DON PEDRO *y* REINA

Sí.

DON RAMIRO

Pues ante vos llamadle,
y decidle que el caballo
de batalla de su padre
habéis de matar primero
de que le monte dejarle.

REINA

Romero, tú estás sin juicio.

DON PEDRO

Dejadle hablar.

DON RAMIRO

Por mi parte
cumplí mi deber, señora;

obrad como más gustáreis,
mas si le dáis el caballo,
tal vez esta misma tarde
veréis para vos trocadas
vuestras cámaras en cárceles.

REINA

Qué dices!

DON RAMIRO

Esa es la seña;
y pues sobran desleales
en todas las tierras siempre
dispuestos á rebelarse,
el príncipe se ha sabido
atraer por todas partes
muchos secuaces que esperan
medrar con sus novedades.
Todo está ya prevenido,
y si en el caballo sale,
fuerza es que en él suba príncipe,
mas rey de Navarra baje.

REINA

Imposible me parece.

DON PEDRO

Señora, por Dios, llamadle,
y procurad con palabras
meditadas y sagaces
leer lo cierto en su rostro,
el corazón penetrarle.
Todo es posible, señora,
y en los hombres todo cabe.

REINA

Sí, sí; que venga, que venga;
mas sola con él dejadme;
no quiero que alma viviente
presencie lo que aquí pase.

DON PEDRO

Pero si es cierto... Si intenta...

REINA

No; esperad á que yo os llame.

DON RAMIRO

En hora buena, señora,
mas no olvidéis en tan grave
situación, que tengo solo
de sus secretos la llave,
y que estoy pronto por vos
á verter toda mi sangre.

REINA

Y no olvides tú tampoco
que, como inocente le halle,
en tí caerá la sentencia
del crimen que le imputaste.

DON RAMIRO

Ponedme de él frente á frente,
que acepto, si él lo negare.

REINA

Luego os conoce?

DON RAMIRO

Una vez
no más me ha visto el semblante,
y oyó una vez mi palabra,
mas lo olvidará muy tarde.

ESCENA VIII

DICHOS *y* PAJE; *don Pedro ha salido ya de la escena*

PAJE

El príncipe.

REINA

Ya no es tiempo
que salgáis; va á veros.

DON RAMIRO

Fácil
es esto de remediar;
de sus ojos ocultadme.

REINA

Entrad aquí.
(Entra don Ramiro en la habitación de la Reina.)

DON RAMIRO

Sed prudente.

REINA

Justicia de Dios, ampárame!

ESCENA IX

LA REINA *y* DON GARCÍA

DON GARCÍA

Qué es lo que ocurre, señora,
que con tal prisa y afán
tras mí vuestros pajes van?
Qué pasa de nuevo ahora?
Un momento ha me tuvísteis
con vos en este lugar,
y ahora me tenéis que hablar?
Por qué entonces no lo hicísteis?

REINA

Porque entonces no sabía
lo que ha llegado después
á mis oídos.

DON GARCÍA

Y qué es?

REINA

Lo sabrás.

DON GARCÍA

Por vida mía,
será otro cuento del viejo
Sesé! Vasallo más fiel
no tenéis; nada sin él
podéis, ni sin su consejo.
Sois con él harto benigna,
y le otorgáis tal franqueza,
que á ser su privanza empieza
de una noble dama indigna.

REINA

García!

DON GARCÍA

No os irritéis,
madre; mas que haya un vasallo
que se meta en si un caballo
darme ó no darme debéis;
y que pueda más con vos
que el hijo de vos nacido,
es cosa que me ha ofendido
y que me extraña, por Dios!

REINA

Y ese insolente lenguaje
me está ya haciendo, García,
sospechar que no te hacía
quien te acusó grande ultraje.

DON GARCÍA

Quien me acusó... Pienso quién.
Sesé sin duda...

REINA

Él ú otro.

DON GARCÍA

De haberos pedido el potro?

REINA

Pues.

DON GARCÍA

Lo quería él también?
Yo que vos, se le daría,
que entre él y yo, él es primero.

REINA

Diérasele al pregonero
antes que á vos, don García.

DON GARCÍA

Lo que con vos puede veo;
pero ya es mío, señora,
y á desmandármele ahora
que no habrá quien ose creo.

REINA

Le has elegido tal vez, *(Con ironía.)*
por su nobleza y vigor,
para algún campo de honor,
ó alguna lid de gran prez?

DON GARCÍA

No sé qué misterio encierra
vuestro tono, mas me temo
que estamos en el extremo
de la paz ó de la guerra.

REINA

Eso depende de tí;
las frases que á salir van
de tu boca, esas serán
tu ley.

DON GARCÍA

Pues oidlas.

REINA

Dí.

DON GARCÍA

Hombre soy ya, y soy tan hombre,
que decir bien alto puedo
que en Navarra ha puesto miedo
de mi valor el renombre.
De un reino heredero soy,
prenda de mi real linaje,
y me cansa tanto ultraje
como recibiendo estoy.
Mi padre, el Rey, me desprecia,
de su sangre en desacato,
por un viejo mentecato
que de leal se le precia.
Y él, y vos, y todo el mundo,
me faltáis al descubierto;
pero de hoy más, os lo advierto,
no quiero ser el segundo.
Me harta ya ver que el cariño
paternal, para mí escaso,
me desaira á cada paso
como mientras era niño.
Y pues el cielo lo ha hecho,
y he nacido real infante,
madre, de aquí en adelante,
yo sostendré mi derecho.
Nadie ha de ir sobre mí,
siendo yo el hijo del Rey;
así lo dice la ley,
y yo he de exigirlo así.

REINA

Pues mientras esté en mi mano
del rey don Sancho el poder,
vos tendréis que obedecer
mi capricho soberano.

DON GARCÍA

No os halague esa esperanza,
que no he de ser un pechero
que sirve de aventurero
á quien le compra su lanza.
No, vive Dios! Ya á caballo,
y empeñado el trance fiero,
veremos quién es primero,
veremos quién el vasallo.

REINA

Insensato! No tendrás
ni un corcel mientras yo viva
que en sus lomos te reciba,
y el de don Sancho, jamás.

DON GARCÍA

No tanto, por vuestra vida,
blasonéis de bríos, madre,
que sólo el Rey es mi padre,
y cuando cuentas os pida
del poder con que os dejó,
veremos qué cuentas dáis.

REINA

Más cumplidas que esperáis
se las daré.

DON GARCÍA

Tal vez no.

REINA

Basta, traidor; basta ya,
que la verdad sin rebozo,
en tus ímpetus de mozo,
revelando se me está.

DON GARCÍA

Señora!

REINA

Traidor, responde

sin turbarte ni mentir.
Á dónde intentas hoy ir
con ese caballo?

DON GARCÍA

Á dónde?
Y qué os importa?

REINA

Tu cara
palidece; el corazón,
García, te hace traición,
y por la faz te declara.
Silencio; bien manifiesta
tu infamia veo.

DON GARCÍA

Acabemos
de una vez.

REINA

Acabaremos
si tienes una respuesta.
Qué vísteis, villano, en mí
para osar torpe á mi honor?

DON GARCÍA

Cielos!

REINA

Qué viste, traidor,
para mancillarme así?

DON GARCÍA

Rayos del cielo! No más
añadáis... Oh! Me han vendido.
Mas si creen que he sucumbido,
se engañaron... No, jamás.
Ya es tarde para ceder;
dijo bien quien tal os dijo,
sí, que á luchar madre é hijo
van, poder contra poder.

REINA

Miente quien diga que tú eres
de la sangre de mis venas
nacido, miente; las hienas
no nacen de las mujeres.
Rebelde y calumniador,
yo te ganaré la mano.

DON GARCÍA

Débil mujer, será en vano
todo ese inútil furor.
Ya hemos saltado la valla
ambos á dos; ya nos hemos
conocido, y no podemos
rehusarnos la batalla.
Veamos quién vencedor
sale de entrambos ahora.
(La Reina va hacia la puerta para llamar á su gente, diciendo:)

REINA

Veamos. Hola!
(El príncipe la ataja el paso y corre el cerrojo á la puerta.)

DON GARCÍA

Señora,
tenéos.

REINA

Cómo, traidor!

DON GARCÍA

Ya no hay más voz que la mía;
para vos de este momento
es prisión vuestro aposento.
El rey aquí es don García.

REINA

Miserable! Presa yo?

DON GARCÍA

Presa por el rey, por mí.

REINA

Tú rey de Navarra?

DON GARCÍA

Sí.

DON RAMIRO

(Presentándose.) Rey? Bah! Todavía no.

ESCENA X

LA REINA, DON GARCÍA *y* DON RAMIRO

DON GARCÍA

Ira de Dios, aquí tú!
Todo lo comprendo ya!
Mas caro á costarte va
tu farsa de Belcebú.

DON RAMIRO

Qué hará en mí vuestro furor?

DON GARCÍA

Vélo pues.
(Bajando hacia don Ramiro, y abandonando la puerta.)

DON RAMIRO

(Á la Reina.) Abrid ahí.

REINA

(Abriendo.) Á mí, navarros, á mí.
Sujetad á ese traidor.
(Los caballeros sujetan á don García.)

ESCENA XI

LA REINA, DON GARCÍA, DON PEDRO, DON RAMIRO, CABALLEROS *y* PAJES

DON RAMIRO

Ya véis, la jugada es diestra;
vos á mi casa habéis ido
á quemarme, y yo he venido
á prenderos en la vuestra.

DON GARCÍA

Hombre fatal, cuya sombra
va por doquier que voy yo,
quién del fuego te libró?

DON RAMIRO

Concibo lo que os asombra
mi presencia, don García,
mas ya os dije mi poder.

DON GARCÍA

Ay si llegas á caer
en mis manos algún día!

DON RAMIRO

Vuestro coraje presumo;
mas, qué os valdrá ese furor?
de entre las manos, señor,
se va el diablo como el humo.
(Humilláos; no hay más medio,
pues mientras yo ande en la danza,
no tenéis otra esperanza,
ni hallaréis otro remedio.)

DON GARCÍA

No creo en la omnipotencia
de que convencerme quieres,
mas sierpe astuta, quién eres?

DON RAMIRO

Soy...

DON GARCÍA

Quién? Quién?

DON RAMIRO

Vuestra conciencia.
Vuestra sombra, vuestro juez
mientras sigáis vuestro empeño;
pesadilla en vuestro sueño,
y vuestra muerte tal vez.
(Va á salir y la Reina le detiene.)

REINA

Tenéos: vos, por quien fué
hoy Navarra libertada,
decid: á quién obligada
quedo? Quién sois?

DON RAMIRO

No lo sé.

REINA

Mirad que en palacio entrado
os habéis bajo un disfraz,
y quien oculta la faz
no muestra ser muy honrado.

DON RAMIRO

Aun cuando fuera un bandido
quien tal beneficio os hace,
bien, señora, os satisface
quien salvaros ha sabido.
Si en vuestro palacio entrara
con el rostro descubierto,
al dintel le hubieran muerto
para que á vos no llegara.
Y, en fin, recordaros quiero,
en favor de mi persona,
que pues don Sancho me abona,
soy, sin duda, un caballero.

REINA

Tenéis razón, é imagino
que en guardaros las tendréis,
mas si algo de mí queréis...

DON RAMIRO

Sí, volvedme el pergamino.

REINA

Tomadle.

DON RAMIRO

Y si en premio ahora
de mi lealtad le firmáis...

REINA

Sí, por cierto, ahí le lleváis.

DON RAMIRO

Dios os lo premie, señora.

REINA

Id en paz.

DON RAMIRO

Y si algún día
os halláis tan apretada
que os haga falta una espada,
acudid, Reina, á la mía.
Paso, caballeros.

REINA

Paso
al que en nombre del Rey va.

CORTESANOS

Le abona el Rey!

DON PEDRO

Quién será!

DON GARCÍA

Ay, Dios! Mi desdicha acaso.

ESCENA XII

DICHOS, *menos* DON RAMIRO

REINA

García, mientras envío
á don Sancho esta noticia,
en poder de la justicia
quedaréis.

DON GARCÍA

Fué sino mío
sucumbir, y aunque lo lloro,
puesto que el vencido soy,
en sufrir sereno estoy
mi muerte, y á nadie imploro.
Mas no olvidéis, Reina, vos,
que reos aparecemos
entrambos, y aún no sabemos
quién triunfará de los dos.

REINA

Nada teme la inocencia.
(Ruido y tumulto dentro.)
Mas, qué rumor...?

DON GARCÍA

(Si habrá acaso
mi gente arriesgado el paso
para salvar mi existencia!)
(Se ve venir por el fondo un caballero armado, Melendo, con gente armada.)

ESCENA XIII

LA REINA, DON GARCÍA, DON PEDRO, PAJES, GUARDIAS y UN CABALLERO (*Melendo*).

REINA

Quién, tan sin miedo á la ley,
atropella así el palacio?

CABALLERO

Señores, haced espacio
á la justicia del rey.
(*Á la Reina.*) Por don Sanchò de Castilla,
de Navarra y de León,
dáos, señora, á prisión.

REINA

Yo! Por el Rey! Tal mancilla!

CABALLERO

Reina, esta es mi obligación.
Don Pedro Sesé, sed preso
en nombre del Rey.

DON PEDRO

Yo!

CABALLERO

Vos.
Y en tanto que con más seso
se instruye vuestro proceso,
gobernador por los dos
nombra el Rey á don García.

DON GARCÍA

Oh! Gracias, fortuna mía!

REINA

Yo en público mancillada
por el Rey! Yo ante él culpada...
Santo Dios!

DON GARCÍA

Ya os lo decía.

REINA

Aparta. Un Dios desde el cielo
la verdad mirando está,
y á su tribunal apelo.

DON GARCÍA

(*Á la Reina.*) Me pesa de vuestro duelo,
mas es harto tarde ya.
Lo que he intentado me aterra;
sé que nadie habrá en mi abono,
y que mi suerte se encierra
entre siete pies de tierra
cavados al pie de un trono;
mas ya puesto ante su hondura,
á saltarla probaré;
si caigo... en mi sepultura;
mas si salto con ventura...
oh! sobre el trono caeré.
Melendo, esta misma sala
la señalo por prisión;
don Pedro Sesé á la torre;
(*Á otro.*) vos seréis su guardador.
(*Á otro.*) Vos, al punto, con la gente
de mayor satisfacción,
buscadme por todas partes
á ese villano impostor
á quien la Reina, aquí mismo,
un pergamino firmó.
Id; corred por todas partes;
no haya en Pamplona rincón
en donde logre ese infame
salvarse de mi furor.
(*Ruido dentro.*) Mas, qué ruido es ése?

ARJONA

(*Dentro.*) Paso.

DON GARCÍA

Esa es de Arjona la voz.

ESCENA XIV

DICHOS y LUCAS DE ARJONA

ARJONA

Señor, señor!

DON GARCÍA

Qué sucede?
Qué traes, Arjona?

ARJONA

Señor,
Luis Torras está ahí, diciendo
que con el secreto dió
de vuestro huésped de anoche.

DON GARCÍA

Con quien Torras dar debió
fué con él, viven los cielos!

ARJONA

Mas trae, en cambio, señor...

DON GARCÍA

Qué trae?

ARJONA

Trae una mujer.
Héla aquí.
(Traen á Gisberga custodiada.)

ESCENA XV

DICHOS *y* GISBERGA

DON GARCÍA

Dios vengador,
es ella! Su mujer!

GISBERGA

Sí,
yo soy.

DON GARCÍA

De ese vil traidor
me responde tu cabeza;
tú sabrás dónde está.

GISBERGA

No.

DON GARCÍA

Quién es ese hombre?

GISBERGA

Lo ignoro.

DON GARCÍA

Niegas!

GISBERGA

Sí.

DON GARCÍA

Pues vive Dios!
pronto hará polvo el tormento
toda esa resolución.
Guardadla bien hasta entonces,
mas pasa el tiempo veloz,
y es fuerza acabar cuanto antes;
Arjona, sin dilación
que me ensillen el caballo
que el Rey mi padre dejó,
que quiero que vea el pueblo
quién es su gobernador,
y los vasallos del rey
guarden al rey sumisión.

REINA

Traidor, qué vas á intentar?

DON GARCÍA

Eso no os atañe á vos,
señora. Llevadla.

REINA

Infame! *(Voces fuera.)*

DON GARCÍA

Aún hay más?

ESCENA XVI

DICHOS *y* UN CABALLERIZO

CABALLERIZO

Señor! Perdón!

DON GARCÍA

Qué es?

CABALLERIZO

El caballo del Rey,
con el real caparazón,
le ha robado en este instante
un etíope feroz,
ayudado de otro hombre.

DON GARCÍA

Y mis guardias? Vive Dios!

CABALLERIZO

Matáronlos á estocadas.

DON GARCÍA

Ya lo entiendo! Maldición!
Ese demonio es también
del caballo el robador.
Seguidle, y donde le halléis,
matadle sin compasión. *(Vánse algunos.)*
Mientras él viva, seguro
ni aun en mi sepulcro estoy.
(Aparece en el fondo un rey de armas con sus insignias.)
Mas, qué es esto? Aquí un rey de armas?

ESCENA XVII

DICHOS, UN REY DE ARMAS, *después* EL REY DON SANCHO *y* MELENDO

REY DE ARMAS

Paso; el Rey me sigue en pos.

TODOS

Cielos, el Rey!

REY

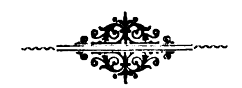
Sí, señores;
el rey en persona, yo.
Doña Nuña *(Á la Reina.)*,
Don García *(Á éste.)*,
Sesé *(Idem)*, dáos á prisión.
En sus cuatro torreones
tiene la torre mayor
de mi alcázar cuatro encierros.
Melendo, su guardia sois;
los tres, y esa otra mujer,
cada cual á un torreón.
Ferrando, que mi Consejo
se junte al punto.

REINA *y* DON GARCÍA

Señor!

REY

Silencio! Llevadlos pronto.
Vamos á ver, voto á Dios!
qué es lo que pasa en mis reinos
cuando de ellos falto yo?
(Los lleva. El Rey se pasea con el mayor desasosiego.)





JORNADA TERCERA

En la torre del alcázar de D. Sancho. A los cuatro ángulos cuatro puertecillas que se supone dan á los cuatro torreones. Una ventana en el fondo. Otra puerta á la derecha, que se supone conduce al caracol que da entrada á este salón. Una lámpara que pende del techo alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA

MELENDO, *cerrando la puerta del primer torreón de la derecha, prisión de la Reina.*

Tamaña tenacidad!
Ó es muy grande su inocencia,
ó con osada impudencia
burlar al Rey quiere audaz.
En fin, cumplamos su ley,
pues ley es su voluntad.
Y Dios mire con piedad
los arrebatos del Rey.
(Abre la puerta de la izquierda, por donde sale don García.)

ESCENA II

DON GARCÍA *y* MELENDO

MELENDO

Salid, señor.

DON GARCÍA

Qué sucede,
Melendo?

MELENDO

Que libre estáis.
El Rey sus postreras órdenes
os quiere, príncipe, dar,
y en su aposento aguardándoos
tras breve espacio estará.

DON GARCÍA

Y la Reina?

MELENDO

Todavía
en silencio pertinaz
se mantiene, y aun se niega
hasta con el Rey á hablar.

DON GARCÍA

Está bien.

MELENDO

Puedo, señor,
serviros en algo más?

DON GARCÍA

Dijo el Rey que con alguno
pudiera comunicar?

MELENDO

Dijo que hasta hablaros él

podrían veros no más
los escuderos que os sirven,
si de ellos necesitáis.

DON GARCÍA

Traedme á Lucas de Arjona,
que con él me bastará.

MELENDO

Todo el día importunándome
anduvo ese hombre tenaz,
por entrar un punto á veros.

DON GARCÍA

Es criado muy leal,
id por él; que al aposento
del Rey me acompañará
dentro de breves momentos.

MELENDO

Que Dios os guarde.

DON GARCÍA

Id en paz.

ESCENA III

DON GARCÍA

Oh! La fortuna me ampara;
crédito el mundo me da;
libre estoy... mas quién pudiera,
ay de mí! volverse atrás.
Quién me diera, como una hoja
de un árbol seco, arrancar
este día de los tiempos,
sin que volviera jamás.

ESCENA IV

DON GARCÍA *y* ARJONA

ARJONA

Señor.

DON GARCÍA

Arjona, qué traes?

ARJONA

Buenas nuevas. Todo se ha
cumplido á pedir de boca.
Pero dejadme admirar,
señor, vuestra perspicacia
y vuestra serenidad.
Yo lo oía y lo dudaba,
y quien os viera explicar
de esta rebelión la historia
delante del tribunal,
vive Dios, que la tuviera
por relación tan veraz,
tan clara, tan innegable...

DON GARCÍA

Basta, Arjona, por piedad.
Ojalá que antes mi lengua
enmudeciera. Ojalá
que un rayo me hiciera polvo
al concebir tal maldad.

ARJONA

Señor...! Qué decís?

DON GARCÍA

Arjona,
mientras me hizo vacilar
el miedo y la incertidumbre,
y la ambición infernal
me sostuvo, á todo osé;
mas la negra soledad
de esa torre en que he pasado
todo el día, á despertar
ha vuelto en mí la razón,
y holgárame, Arjona, asaz,
para salir de esta angustia,
algún camino encontrar.

ARJONA

Ya estáis, señor, fuera de ella.
Yo presenté al tribunal
los testigos que citásteis,
y aunque con bastante afán
y harto temor, porque alguno
quisiera volverse atrás,
juramos lo que vos mismo
les quisísteis declarar,

y probamos que aquí obrásteis
en virtud del poder real
que os dió en secreto la Reina;
mas que su deslealtad
conociendo, al Rey y al reino
quisísteis de ella guardar.
Que sorprendiéndoos también
ella y Sesé vuestro plan,
en su antecámara misma
os iban á asesinar,
habiendo comprado el brazo
de un vigoroso gañán,
con quien en secreto hablaron
antes de haceros llamar
á su presencia, en su cámara
para más seguridad
la misma Reina ocultándole;
todo lo que, si es verdad
que es una impostura grande,
nadie lo podrá negar,
porque todo el mundo vió
que estaba aquel Satanás
con el acero en la mano,
y con él pronto á lidiar
vos, señor, al mismo tiempo.

DON GARCÍA

Pero, y ese hombre?

ARJONA

Ya está
también, por mi buena industria,
colocado en buen lugar.

DON GARCÍA

Preso también?

ARJONA

Nada de eso;
nadie con ese hombre da;
mas como yo le he colgado
con ellos grande amistad,
y han dicho todos que él solo
robó el caballo, además
de matar al que servía
la caballeriza real,
y con pase de la Reina
se salió de la ciudad,
está condenado, á habérsele,
á la pena capital.
El Rey, además, furioso
del silencio que en guardar
se obstinan Sesé y la Reina,
crédito mayor os da.
Y, en fin, la Junta y los grandes
tan confundidos están,
y las leyes tan explícitas,
que nada que temer hay.
Ya véis que en todo parece
de parte nuestra el azar.

DON GARCÍA

Pero Arjona...

ARJONA

Qué, señor!

DON GARCÍA

Aunque todo va derecho
á nuestro bien, de lo hecho
me da espanto, me da horror.
Es mi madre.

ARJONA

Pero...

DON GARCÍA

Dí,
no habría mejor camino
por donde echar su destino?

ARJONA

Hay uno, mucho que sí.

DON GARCÍA

Cuál, cuál?

ARJONA

Que vos ante el Rey
declaréis vuestra impostura,
y cambiéis de sepultura
con la Reina.

DON GARCÍA

Esa es la ley,
Arjona?

ARJONA

No hay más remedio;
si os habéis vos de salvar,
fuerza ha de ser derribar
á todo el que esté por medio.
La pena del acusado
cae en el acusador
si sale aquél vencedor;
conque moriréis quemado.

DON GARCÍA

Y tú, tú que tantas trazas
hallas siempre para todo,
me abandonas de este modo?
Callas...! Oh, me despedazas
el alma, Arjona.

ARJONA

Señor,
me estáis confundiendo, y callo
porque remedio no os hallo
si os falta vuestro valor.

DON GARCÍA

No son de pavor, Arjona,
los pesares que me oprimen;
es que veo que mi crimen
pesa más que la corona.
Es que me espanta el castigo
que les impone mi encono,
y que me espanta ese trono
que con su sangre consigo.
Si huyéramos...

ARJONA

Imposible.

DON GARCÍA

Ausente el acusador...

ARJONA

Fuera el peligro mayor
para vos.

DON GARCÍA

Y no es posible,
burlando la vigilancia
del rey don Sancho, fugarnos
ambos á dos y ampararnos
de Cataluña ó de Francia?

ARJONA

Imposible; no hay camino
que por el Rey no se guarde,
don García, y ya es muy tarde
para torcer el destino.

DON GARCÍA

De ese modo...

ARJONA

Es lo mejor
que en el empeño sigáis,
hasta donde más podáis,
con inflexible valor.
Si vencéis, aún la esperanza
tenéis de calmar la ley,
su vida pidiendo al Rey;
todo quien vence lo alcanza.

DON GARCÍA

Ira de Dios! Seguiré.
El infierno es quien lo hace;
seguiré, pues que le place.
Vamos.

ARJONA

Dónde?

DON GARCÍA

Yo no sé.
El Rey me aguarda, á él me voy;
lo que exigirá no sé;
mas todo lo emprenderé
según sintiéndome estoy.
De mi maldad me amedrento,
y este afán, esta agonía,
no sé si es, por vida mía,
furor ó arrepentimiento.
La fortuna arrastro en pos
de mí; mas con tal afán,
que presumo que así irán
los réprobos ante Dios.
Sí, soplo infernal me anima,
de espíritu tan perverso,

que abriría al universo
á mis plantas ancha sima.
Un vértigo, un torbellino
me arrebata en pos de sí.
Vamos, Arjona, de aquí,
y cúmplase mi destino.

ESCENA V

DICHOS *y* MELENDO

MELENDO

El Rey aguarda, señor.

DON GARCÍA

Voy. *(Vánse don García y Arjona.)*

MELENDO

No sé qué de funesto
revela ese hombre en su gesto,
que al mirarle da pavor.
Algún horrible secreto
le acosa con saña fiera,
porque si él el justo fuera,
no anduviera tan inquieto.
Mas ella...? Pobre mujer!
En fin, por si la interesa,
este escrito voy apriesa
en sus manos á poner.
(Abre la torre en que está la Reina.)

ESCENA VI

LA REINA *y* MELENDO

REINA

Quién es?

MELENDO

Señora, yo.

REINA

Mi carcelero.

MELENDO

Pésame de ello...

REINA

Gracias, caballero;
cumplid vuestro deber; qué nuevo insulto
venís á hacerme?

MELENDO

Duéleme, señora,
que me tratéis así, cuando á ofreceros
venía mi favor desde esta hora...

REINA

Cómo?

MELENDO

Reina, escuchad: yo he presenciado
vuestro juicio, y he visto que os condenan
las pruebas.

REINA

Falsas, son falsas, Melendo.

MELENDO

Señora, así lo entiendo,
y á fe que me ha espantado ver á un hijo
acusando á su madre, y no comprendo
que tan noble cual vos una matrona
de su esposo manchara la corona.

REINA

Eso más?

MELENDO

Don García así lo dijo.

REINA

Villano!

MELENDO

Que á Sesé, con torpe audacia,
ofrecísteis el trono, y en secreto
conspirabáis los dos con tal objeto;
que él os le sorprendió, y hecho á la parte,
no hallando otro remedio,
el Rey tan lejos y él tan vigilado,
alzó otro bando con silencio y arte
para salvar al reino amenazado.
Y, en fin, que vuestros muchos desafueros

y escandalosas tramas
solamente á su Rey descubriría
y con testigos cien los probaría,
dispuesto estando á mantenerse en todo,
y á mostrar sus servicios verdaderos,
á voluntad del Rey, de cualquier modo.
Le oyó en secreto el rey don Sancho, y luego
de larga conferencia,
salió iracundo y respirando fuego,
para firmar, no más, vuestra sentencia.

REINA

Gran Dios!

MELENDO

Interpusieron pronto ruego
los grandes y prelados;
mas, por él, con dureza rechazados,
confirmaron sentencia tan extraña,
midiendo sus razones por su saña.

REINA

Así la lealtad de tantos años,
el amor y la fe don Sancho olvida,
crédito dando á pérfidos amaños?

MELENDO

Mas, espera que vos...

REINA

Nunca, Melendo;
antes mil veces perderé la vida.

MELENDO

Mas, si inocente sois, una palabra
decid que os justifique.

REINA

No la tengo,
Melendo; en vano lidia
la inocente virtud con la perfidia.
En el confuso dédalo enredado
de esas acusaciones impostoras,
mi lengua y mi razón se perdería,
y cayendo en un lazo preparado,
más criminal tal vez parecería.

MELENDO

Mas ved que quiere oiros.

REINA

Es en vano;
nada tengo que hablar; pues leyes tiene,
que mi causa por ellas mida y vea;
ellas dirán lo que á su honor conviene,
y si él mal las emplea,
á Dios responda cuando tiempo sea.
Así se lo diréis. Soy inocente,
y justificación no necesito,
y si cree el universo en mi delito,
ante su Dios el universo miente.

MELENDO

Miente, sí, miente; mas importa mucho
que limpia ante él aparezcáis, señora,
y tal vez haya medio... Un hombre ahora
me lo juró también...

REINA

(Cielos, qué escucho!)

MELENDO

Y no osando en la torre darle entrada,
os escribió estas letras, y me dijo
que podríais, por él, ser libertada.

REINA

Dadme, dadme.

MELENDO

Leed.

REINA *(Leyendo.)*

«Señora: Si es imposible que nos veamos, no olvidéis que las leyes os permiten apelar al juicio de Dios, y no ha de faltar una lanza que se rompa en vuestra defensa, mientras aliente quien está pronto á morir por salvar el honor de la Reina de Navarra.»

REINA

(Representando.) Dónde está el hombre
que esta carta escribió?

MELENDO

Por un postigo
que al río da, con misteriosa seña

ha poco me llamó, y habló conmigo;
mas si os inspira ese hombre confianza
y os importa el hablarle,
todo por vos lo arriesgo, iré á buscarle,
y entrará, de las sombras al abrigo,
hasta vuestra prisión.

REINA

Oh! Hacedlo, amigo,
que ese hombre es mi esperanza.

MELENDO

Pues fiáos de mí; traza oportuna
buscaré de traerle en el momento;
mas, que vuelva á salir de este aposento
antes que empiece á despuntar la luna;
tal vez un centinela le vería,
y todo de una vez se perdería.

REINA

Id; volad, caballero.

MELENDO

Un momento aguardad.

ESCENA VII

LA REINA

Y en quién espero?
Cuya esta letra es? Quién es ese hombre?
Es tal vez un amigo verdadero,
ó es algún arrestado aventurero
que se promete así cobrar renombre?
Debajo de estas líneas mal trazadas,
no puso firma, ni señal, ni nombre.
En fin, quien quier que sea,
pues me ofrece una lanza
que en la defensa de mi honor emplea,
es en la tierra mi única esperanza.
Y vos, Señor, que en la invisible altura,
tras la cortina azul del limpio cielo,
medís la intensidad de mi amargura,
no me dejéis morir en tanto duelo.
Sólo del justo protección segura
sois, pues véis mi inocencia, á vos apelo;
atajad de los hombres la malicia,
y mostradles, Señor, vuestra justicia.

ESCENA VIII

LA REINA, DON RAMIRO *y* MELENDO

DON RAMIRO

Sí; se la mostrará.

REINA

Vos!
(Reconociéndole á la luz de la lámpara.)

DON RAMIRO

Yo, señora,
que infatigable vuestro honor velando,
mostraré la justicia vengadora
del Dios inmenso que os está juzgando.

MELENDO

Tomad; temo que alguno nos sorprenda;
(Á Ramiro.)
con ese saco tosco de soldado,
mostráos por si acaso disfrazado,
y aquí que hacéis la centinela entienda.

DON RAMIRO

Gracias.

MELENDO

Mas breve sed, que el Rey en breve
á la torre venir acaso debe.

DON RAMIRO

Pocos momentos bastarán.

MELENDO

Yo guardo
el caracol estrecho...
Mas encajáos pronto ese tabardo,
y adiós.

DON RAMIRO

Prémieos él lo que habéis hecho.

ESCENA IX

LA REINA *y* DON RAMIRO

REINA

Caballero.

DON RAMIRO

(Interrumpiendo.)
Escuchadme: lo sé todo.
La diabólica astucia con que supo
don García volver por raro modo
contra vos lo que en él tan sólo cupo;
sé de don Sancho y de la Junta el fallo,
y sé que me condena
á morir por ladrón de su caballo,
lo cual me trae á mí con poca pena;
sé que es justificaros imposible
en plazo corto, que harto enmarañado
el nudo veo de su trama horrible;
mas sé también que el término alargado
de la sentencia vuestra, yo en mi brío,
y en mis razones, vuestra causa fío.
Vos escribid al Rey; vuestra inocencia
protestad; como horrendo sacrificio
apelad de su bárbara sentencia
al juicio del Señor, que es el buen juicio.
Yo retaré entre tanto á don García
de vil calumniador, campo pidiendo
para lidiar con él; esto en el día
lo permite la ley, y no pudiendo
negarlo á nadie, la victoria es mía.

REINA

Mucho fiáis, mas ignoráis sin duda
que es preciso probar...

DON RAMIRO

No os dé cuidado;
secreto talismán tengo en mi ayuda,
con el que todo me será allanado.

REINA

Vedlo todo despacio, y que no os ciegue
vuestro buen corazón; ese combate
con un príncipe real tal vez se os niegue.

DON RAMIRO

Porque infante no soy? Qué disparate.
Con sola una palabra que á don Sancho
le diga yo al oído,
le tengo de dejar tan convencido,
que ha de abonarme, y le vendrá muy ancho.

REINA

Mas ved que don García
es hoy el justador más afamado.

DON RAMIRO

Por lo que hace á su esfuerzo, es cuenta mía.
Con tigres y leones me he probado,
y no cedo á hombre alguno en osadía.

REINA

Mas si entre tanto vos en red traidora
caéis, y el plazo tiene fin...

DON RAMIRO

Señora,
ya os he dicho que puede mi palabra
hacer temblar al Rey; pero primero
fuerza es que paso á su justicia me abra,
siendo de vuestro honor el caballero.
Si sucumbo, aún me queda la esperanza
de esta palabra oculta; mas si venzo,
con ayuda de Dios y de mi lanza,
de decirla á don Sancho me avergüenzo,
que él se avergonzaría al escucharla.
Si vengo, sin decirla, á la inocencia,
me vuelvo á desterrar de su presencia,
antes que en su presencia pronunciarla.

REINA

Ser tan incomprensible y misterioso,
cuanto tenéis de bravo y generoso,
arcángel protector de mi existencia
que por doquiera á la defensa mía
salís, entre la niebla más sombría
vuestra razón velando y vuestro nombre,
quién sois? Qué recompensa
de mí esperáis?

DON RAMIRO

Ninguna; mas no hay hombre

que abrace con más fe vuestra defensa.
Ni leonés habrá, ni habrá navarro
que dé por vos más pronto la existencia,
ni que por vos combata más bizarro,
más premio sin buscar que su conciencia.

REINA

Mas, decidme á lo menos vuestro nombre,
vuestro linaje; sepa en quién espero.

DON RAMIRO

Sólo á vos le callara, y no os asombre;
si sin ira ni horror le pronunciáreis,
valiera en vuestro labio el mundo entero.

REINA

Mánchale el crimen?

DON RAMIRO

No; pero le odiárais.

REINA

Con él á vuestro padre avergonzárais?

DON RAMIRO

No.

REINA

Sois pues...?

DON RAMIRO

Vuestro solo caballero,
el solo amigo que valeros puede,
y que todo por vos ha de intentarlo
mientras un soplo de esperanza quede.
Mas oigo hablar... aprisa... entrad, señora,
en el cubo otra vez; si me descubren,
que aquí no os hallen. Diligente ahora,
si os permiten con qué, al tremendo juicio
de Dios la apelación tened escrita
y confiad en él, que en este mundo
sólo de Dios el justo necesita.
Silencio; entrad, entrad.

ESCENA X

DON RAMIRO *y después* DON GARCÍA

(Don Ramiro corre el cerrojo de la puerta por donde entró la Reina.)

DON RAMIRO

Cierro por fuera;
suben... veamos lo que aquí me espera.
(Se cubre bien con el saco de soldado, aparentando estar de centinela.)

DON GARCÍA

(Dentro.)
Ya basta, vive Dios; me importa hablarla,
y orden traigo del Rey.
(En la escena.) Tanta osadía,
y en defender la entrada tanto empeño
ese necio Melendo!

DON RAMIRO

(Oh, don García!)

DON GARCÍA

Tal vez tiene razón! Á qué su sueño
turbar...? Tranquila acaso en su inocencia
duerme, sin miedo á la fatal sentencia;
mientras que yo, ay de mí! tiemblo y me agito
en continuo velar, y aquí en mi pecho
de la conciencia el torcedor maldito
halla en mi corazón ámbito estrecho.
Sí; por doquier me espanta mi delito,
y en torno de mi mesa y de mi lecho
ronda, y ante mis ojos se presenta,
y ante mí marcha, y ante mí se sienta.
Mas venzamos las necias aprensiones
del corazón cobarde... es fuerza hablarla;
apartáos, quiméricas visiones.
Este es el torreón... voy á llamarla.
(Don García va á poner mano al cerrojo que ha corrido don Ramiro. Éste, al verlo, avanza dos pasos hacia él. Don García se detiene.)

DON GARCÍA

Mas cielos! Quién está aquí?

DON RAMIRO

Un centinela, señor,
que juzga á inmenso favor
de Dios hallaros así.

DON GARCÍA

Qué quieres?

DON RAMIRO

Sólo un momento
que me oigáis...

DON GARCÍA

No es ocasión;
déjame.

DON RAMIRO

Noticias son
para vos de gran contento.
El que el caballo os robó...

DON GARCÍA

Cómo, qué? Dónde está ese hombre?
Tú le conoces? Su nombre
sabes? Le han cogido?

DON RAMIRO

No.
Pero de saber acabo
que os ha retado, señor,
como á vil calumniador;
y mirad que es hombre bravo.

DON GARCÍA

Yo á nadie temo.

DON RAMIRO

Aun hay más.
Ya sé que nadie os da miedo
en la lid; mas un enredo
pierde al mismo Satanás.

DON GARCÍA

Acaba; no me entretengas
con necias bachillerías.

DON RAMIRO

No son intenciones mías
perder el tiempo en arengas.
Pero ya que os hallo aquí,
voy á haceros conocer
lo que os importa saber
para gobernaros.

DON GARCÍA

Dí.

DON RAMIRO

El Rey con una francesa
os trataba un matrimonio.

DON GARCÍA

Sí.

DON RAMIRO

Pues llevóle el demonio.

DON GARCÍA

Qué?

DON RAMIRO

Os robaron la condesa.

DON GARCÍA

Qué diablos estás diciendo,
mentecato? Tú estás loco.

DON RAMIRO

Escuchad, que poco á poco
lo iréis, señor, entendiendo.

DON GARCÍA

Voto á...!

DON RAMIRO

La condesa huyó
con un galán de su casa;
su buen padre, hecho una brasa,
que les siguieran mandó
por doquiera... inútilmente!
No parece ni uno ni otro.
Pues bien; ese hombre... el del potro,
ha escrito á vuestro pariente

el buen conde de Bigorre,
diciendo que la robásteis
vos, y á todos la ocultásteis,
guardándola en esa torre.

DON GARCÍA

Mas cuando ese hombre me achaca
el rapto de esa doncella,
qué espera de mí? Qué de ella?
Ó qué consecuencia saca?

DON RAMIRO

Una, señor, muy sencilla:
que á acusaros de raptor
envía un embajador
el de Bigorre á Castilla.

DON GARCÍA

Y qué? Tan sandia impostura
desmentiré.

DON RAMIRO

Aunque lo hagáis,
la cosa no es tan segura
como vos la imagináis.

DON GARCÍA

No te entiendo.

DON RAMIRO

El robador
de la doncella, el amante,
es también ese tunante...
El del caballo, señor.

DON GARCÍA

Me confundes cada instante
más.

DON RAMIRO

Pues poco hay que entender:
no habéis preso á la mujer
que tenía ese bergante
en la quinta que con fuego
destruísteis para así
cogerle rehenes?

DON GARCÍA

Sí.

DON RAMIRO

Pues bien; él os torció el juego.
Os dejó que la cogiérais,
para obligaros después
á que, probando quién es,
de ella á Francia respondiérais.

DON GARCÍA

Pero en mi poder estando...

DON RAMIRO

Quiá; á ofenderla, vive Dios!
dará Francia sobre vos,
por la venganza clamando.
De modo que con lo mismo
que os pensábais vos salvar,
os va ese hombre á colocar
á la boca de un abismo.

DON GARCÍA

Todo lo comprendo ya.
Conque ese hombre, esa quimera
conmigo por donde quiera
para contrariarme va?

DON RAMIRO

Ya véis, donde quiera os reta.
Y aquí por calumniador,
y allá en Francia por raptor,
á su capricho os sujeta.

DON GARCÍA

Que venga, pues, vive Dios!
Pues me hace tan cruda guerra,
no cabemos en la tierra
á un mismo tiempo los dos.

DON RAMIRO

No le llaméis, que á mi ver,
si gritáis con tal vigor,
se os pudiera aparecer,
y estáis sin armas, señor.

DON GARCÍA

Que venga; nada me espanta;
pero el traidor no vendrá.

DON RAMIRO

(Descubriéndose.)
Sí, don García, aquí está;
brotó bajo vuestra planta.

DON GARCÍA

Gran Dios!

DON RAMIRO

Oid, don García.
Ya véis que os tengo en un caos;
aun es tiempo, retractáos,
porque la victoria es mía.

DON GARCÍA

Tuya? Sueñas; robador
de la hacienda de tu rey,
te ha condenado la ley,
declarándote traidor.
Ni aun siquiera te oirán,
que testigos infinitos
te probaron mil delitos
que á morir te llevarán.

DON RAMIRO

No os ciegue el furor, García;
mi causa está ya segura;
meditadlo con cordura,
que aun para ello os doy un día.

DON GARCÍA

No vivirás ni una hora.
Nuño, Melendo, traición,
acudid al torreón;
veremos quién vence ahora.
(Don García, desde la puerta que se supone da al caracol, llama bajando un escalón, de modo que oculte medio cuerpo en el bastidor, volviendo la espalda á la escena. Don Ramiro le empuja, cierra y corre el pasador.)

ESCENA XI

DON RAMIRO

Tu furor me hace reir!
Piensas, necio, que al entrar
me he descuidado en mirar
por dónde debo salir?
Piensas, en tu desvarío,
que un navarro montañés
no saltará ochenta pies
teniendo debajo el río?
No quieres que entre los dos
haya paz? Bien; haya guerra,
yo he cumplido con la tierra;
ahora, que nos juzgue Dios.
(Se lanza por la ventana, y se oye el ruido de un cuerpo que cae al río, teniendo en cuenta el espacio de ochenta pies que tiene que recorrer en su caída. Pasado este efecto, la puerta se abre forzada, entrando por ella don García, Melendo y soldados.)

ESCENA XII

DON GARCÍA, MELENDO, ARJONA *y* SOLDADOS

DON GARCÍA

Aquí, aquí está ese traidor;
el que el caballo ha robado,
el que á la Reina ha ayudado.

MELENDO *y* ARJONA

Aquí no hay nadie, señor.

DON GARCÍA

Dios! En esos torreones...

MELENDO

(Viéndolos todos.)
Y cómo entrarles pudiera
si tienen todos por fuera
corridos los aldabones?

DON GARCÍA

Esa ventana...

ARJONA

Señor,
imposible por ahí es...
un salto de ochenta pies.

DON GARCÍA

Qué es esto? Dios vengador!

MELENDO

(Qué arrojo!) *(Asomándose por la ventana.)*

DON GARCÍA

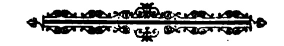
(Espantado.) Si estaba aquí,
aquí mismo, en mi presencia.

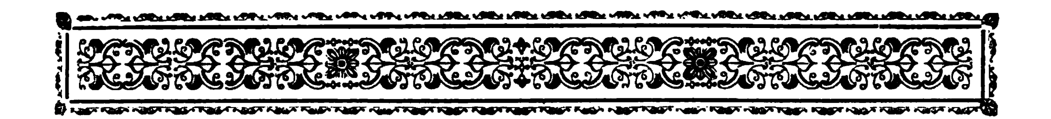
TODOS

Quién, señor, quién?

DON GARCÍA

Mi conciencia.
Sosténme, Arjona. Ay de mí!
(Don García desfallece, como presa de un vértigo, en los brazos de Arjona.)





JORNADA CUARTA

Interior del centro de una tienda de campaña que ocupa todo el escenario á lo ancho, y que llena á lo largo una sola caja. Esta tienda, que figura ser la del caballero mantenedor de un reto, y levantada en un costado de un palenque, está cerrada por el fondo con dos lienzos que tapan completamente todo el fondo del escenario, y colocados de modo que puedan manifestar, descorriéndose á su tiempo, todo el palenque que tiene detrás. Como esta tienda figura componerse de tres partes ó habitaciones, las personas salen y entran por derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA

EL REY *y* MELENDO

MELENDO

Calmáos, señor.

REY

Melendo,
inútilmente procuras
poner á mi enojo diques
y aplacarme con disculpas.
Ya los vistes cuán tenaces
en su silencio; ni excusas
quisieron dar de los crímenes
que á los dos se les imputan;
ni aun responder se dignaron
de su juez á las preguntas;
y, vive Dios, que ésta ha sido
la mayor de sus injurias!
Melendo, trae á don Pedro,
hagamos la prueba última.
(Váse Melendo.)

ESCENA II

EL REY

Oh; ésta es de sueño funesto,
pesadilla que me abruma!
Es un vértigo, un delirio
de abrasada calentura.
Estoy la verdad tocando,
y el alma incrédula lucha
con la realidad, sin fuerzas
para comprenderla nunca.
Él tan leal otro tiempo,
y ella tan noble y tan pura...
Pero, qué dudo? Insensato!
El príncipe les acusa
de adúlteros y rebeldes,
y el príncipe es sangre suya!
Y para atreverse á tanto
grandes razones le escudan.
Oh! Juro á Dios que si insisten
en su silencio, mi furia
todo el rigor de las leyes
les hará pronto que sufran.

ESCENA III

EL REY, DON PEDRO *y* MELENDO

MELENDO

Aquí está.

REY

Dejadnos solos,
Melendo. El cielo me acuda!
(Váse Melendo.)

ESCENA IV

EL REY *y* DON PEDRO SESÉ

REY

Sesé, lee ese pergamino;
en él están todas juntas
las graves acusaciones
que á tí y á la Reina imputan.
Los testigos que lo afirman
y el príncipe que os denuncia,
las han sellado y firmado.
Ahora, si disculpa alguna
tienes, dámela; de no,
con madurez y mesura
lo ha pesado de mis nobles
y mis prelados la junta,
y os sentencia, como infames,
á sufrir la pena última.

DON PEDRO

Señor, no habrá en vuestros reinos
quien con más valor la sufra;
pero iremos al martirio,
don Sancho, no á pena justa.

REY

Pues bien; explícate, Pedro;
líbrame ya de esta angustia;
solos estamos aquí,
solos; nadie nos escucha;
por cuanto encierran sagrado
cielos y tierra, si oculta
hay en tu pecho una causa,
una razón, una excusa
que os justifique á mis ojos,
por compasión, Sesé, búscala.

DON PEDRO

Señor, desde que mis hombros
pudieron con la armadura,
hasta que el peso del casco
me encalveció, la vez única
es ésta en que habéis tenido
en mi fe y en mi honra duda.
Amigo me habéis llamado,
señor, desde vuestra cuna;
como amigo os he servido
en vuestras varias fortunas.
He cuidado vuestra casa;
os he velado en la oscura
soledad del campamento,
y en las lides más sañudas
he puesto el pecho mil veces
ante las lanzas morunas
para defender el vuestro;
y ha cincuenta años, en suma,
que las gotas de mi sangre
se derraman una á una
por vuestro honor y grandeza,
por vuestra prez y ventura;
jamás intenté venderos,
ni os han extraviado nunca
mis consejos del camino
de la virtud; y ahora juntas,
creéis que al fin de una vida
que tal lealtad ilustra,
pude hacer tantas infamias,
reo ser de tantas culpas?

REY

Oh, sí, sí; cuando recuerdo
los fuertes lazos que anudan
nuestra amistad; la limpieza
de tu honor, que no deslustra
ninguna mancha bastarda;
cuando oigo la voz robusta
con que en tu favor me grita
mi corazón, se me anublan,
Pedro, los ojos en lágrimas,
y mi conciencia se turba
al ver que os condenan pruebas
que tú ni nadie recusa.
Ante vuestro tribunal
tuvísteis las lenguas mudas.
Por qué, vive Dios! por qué
si la inocencia os escuda,
no os defendéis de las leyes
que os abren infame tumba?

DON PEDRO

Don Sancho, mil y mil veces
os lo dije en oportunas
ocasiones: vuestras leyes
son incompletas y absurdas;

con ellas el inocente
sucumbe, el malvado triunfa,
y los más atroces crímenes
á su sombra se consuman.
Acusa un vil á un sencillo,
y con infernal astucia
destruye todas las pruebas
que han de obrar en contra suya.
Sus delitos le atribuye;
como vuestro hijo, lo jura;
los jueces vénse indecisos,
y él, para borrar su duda,
se ve joven y alentado;
ve que aquel á quien acusa
es viejo, ó mujer, ó débil,
y con audacia segura
dice: «Aquí estoy con mi lanza
pronto á sostener mi injuria.»
La ley lo consiente, y siempre
vence la fuerza y la astucia.
Y, vive Dios! rey don Sancho,
que á ser cual era robusta
mi mano, yo con el príncipe
empeñaría la lucha;
mas, ay! el cielo á los débiles
contra los fuertes no ayuda.

REY

Mas esa es la ley que rige,
y esa es fuerza que se cumpla.
Sincérate, pues, ante ella,
pues ante ella te denuncian.

DON PEDRO

Rey don Sancho, si en vuestra alma
no está escrita mi disculpa;
si con vos no me defiende
vuestra convicción, que acuda
el verdugo; éste es mi cuello;
ni yo sé dar más excusa,
ni á saberla, la daría;
sabéis mi honor y mi alcurnia.

REY

Mas esas pruebas...

DON PEDRO

Son falsas
apariencias.

REY

Pero abundan
los testigos.

DON PEDRO

Son comprados.

REY

Te han hallado veces muchas
en el cuarto de la Reina
en altas horas nocturnas.

DON PEDRO

Velado he por vuestros reinos
con ella, y las damas suyas
no faltaron de su cámara
jamás.

REY

Hoy mismo disputa
escandalosa mantuvo
contra el príncipe en su pública
antesala en favor tuyo.

DON PEDRO

Era su causa la injusta,
y yo cumplía las órdenes
de mi rey.

REY

Con maña astuta
te sorprendió tus secretos.

DON PEDRO

Y yo sus tramas oscuras;
supe que vuestro caballo
era la señal oculta
de una rebelión.

REY

Dispuesta
para sofocar la tuya,
para guardar de vosotros
mi corona.

DON PEDRO

Virgen pura!

Á partir para obligaros
vuestra dignidad augusta,
para obligaros en él
á hacer su total renuncia.

REY

De éso os acusa á vosotros
que, viendo que su bravura
os malograba el proyecto,
hicísteis por mano oculta
robar mi mismo caballo,
que era su señal última.

DON PEDRO

Ved lo que decís, don Sancho,
que el robo no fué obra suya
ni nuestra, fué de un tercero
enviado vuestro.

REY

Impostura
semejante! Enviado mío?

DON PEDRO

No puede en eso haber duda;
trajo vuestra firma y sello.

REY

Mientes, traidor!

DON PEDRO

Vuestra injusta
intención veo, don Sancho,
manifiesta.

REY

Y yo la tuya,
pues de tus mismos delitos
aun á mí propio me culpas.

DON PEDRO

Negáis vuestra firma y sello?
Basta, señor, que se ofusca
vuestra razón, y olvidando
vuestro decoro, me insulta
vuestro labio; y si creéislo
como el labio lo pronuncia,
sois fiscal que me acrimina,
no juez que recto me juzga.
Vuestro hijo os codició el reino
con ambiciosa locura,
y yo el reino os defendía
con voluntad absoluta;
si á mí sus faltas me cargan
y mi lealtad me usurpan,
y escucháis vos las palabras
de los que así me calumnian,
yo os juro, Rey, por el Dios
que se asienta en las alturas,
que me sirven de vergüenza
las heridas que me cruzan
el pecho que por tí expuse
con lealtad bien estúpida.

REY

Con esas mismas palabras
protesta quien os acusa.

DON PEDRO

Pues miente como un villano.

REY

Es mi sangre.

DON PEDRO

La que nunca
mereció ver en pro suyo
mi espada leal desnuda.

REY

Traidor!

DON PEDRO

El no haberlo sido
es el pesar que me abruma
hoy, que hacia mí sin razón
vuestra voluntad se muda.

REY

Sin razón? Viven los cielos!
Y en cuál tu inocencia fundas,
si á nada me has respondido,
ni hay un testigo que arguya
en tu favor, cuando en contra
testimonios se acumulan?

DON PEDRO

Entonces, en qué se para
vuestra majestad sañuda?
Pues que os estorbo en la tierra,
abridme la sepultura.
De mí para deshaceros
no os andéis buscando arbitrios,
decid: «*Me importa que muera*»,
y haced que la ley se cumpla.

REY

Basta, que esa pertinacia
con que mi poder insultas
y mi venganza provocas,
mi clemencia sobrepuja.
Veo la diestra falacia
con que evitas mis preguntas
y las cuestiones complicas
con falsedades absurdas;
veo que me niegas todas
mis reconvenciones justas,
esquivándote de todas
por no resolver ninguna.
Y en ese afán despechado
con que mi coraje azuzas,
veo que, al verte perdido,
la muerte con ansia buscas.

DON PEDRO

Sí, rey don Sancho, la busco;
que á mi dolor más se ajusta,
que tu ingratitud odiosa,
la más deshonrada tumba.

REY

Y la tendrás.

DON PEDRO

Pronto sea;
su obscuridad no me asusta,
que es pabellón de reposo
para una conciencia pura.
(Sale Melendo.)

REY

Hola... Volvedle á su encierro.
(Melendo le cierra.)
Pues defenderse rehusan,
que el cielo se lo demande
y sus destinos se cumplan.

ESCENA V

EL REY *y luego* DON GARCÍA

REY

Pero qué altivo tesón!
Oh, de ese viejo el acento,
para agravar mi tormento,
renueva mi confusión.
Gran Dios, si fuera posible...!
Pero no; cómo podría
caber en mi hijo García
pensamiento tan horrible?
Así mi pena inclemente
á tanto extremo ha llegado,
que temo hallarle culpado
y temo hallarle inocente!

DON GARCÍA

Estábais aquí, señor!

REY

García, tal vez la hora
llegó ya?

DON GARCÍA

Pronto la aurora
va á alumbrar nuestro dolor.

REY

También como yo padece,
infeliz!

DON GARCÍA

Sí, padre, mucho;
y esta pena con que lucho,
por horas é instantes crece.

REY

Hijo!

DON GARCÍA

De mí no soy dueño;

y en mi ardiente frenesí...
ya no encuentro para mí
ni tranquilidad ni sueño.

REY

Y por qué? Porque leal
á mi defensa acudiste
y el esplendor defendiste
de mi corona real?
Porque afrontando el encono
de altivos conspiradores,
entregaste á los traidores
que profanaron mi trono?

DON GARCÍA

Oh, callad!

REY

Tu corazón
con mis palabras aflijo.

DON GARCÍA

Sí, sí.

REY

El vasallo y el hijo
cumplieron su obligación.
Ahora ya no hay que esperar
sino morir.

DON GARCÍA

(Suerte impía!)

REY

Y era tu madre! García,
ven, ven conmigo á llorar.
Llora su infelice suerte,
ya que el destino cruento
te escogió por instrumento
de su castigo y su muerte.
Llora, y luego á sostener
nuestra justicia te apresta,
para cumplir lo que resta
de tu penoso deber.

DON GARCÍA

Mi madre!

REY

Cuánta ternura!

DON GARCÍA

No hallará clemencia en vos?

REY

Clemencia! Téngala Dios
de mi negra desventura.
Contra su torpe malicia,
como esposo y como rey,
fié al brazo de la ley
su crimen y mi justicia.
Y yo su tremendo fallo
respetaré, porque así
la ley se respete en mí
como en su primer vasallo.
Mas si no puedo estorbar
su riguroso suplicio,
y este horrible sacrificio
es ya fuerza consumar,
no vea yo en tí, hijo mío,
ese afán que no te deja,
ese dolor que te aqueja
desesperado y sombrío.

DON GARCÍA

Ah! Consideradlo vos,
y si ver mi alma pudiérais,
yo sé que os estremeciérais.

REY

Pon tu confianza en Dios.
Deber fué en tí, no malicia,
y hoy, para mejor probanza,
aquí sostendrá tu lanza
tu inocencia y mi justicia.

DON GARCÍA

(Si eterno este dolor es,
ya no hay para mí existencia.)

REY

(Acercándose á la cortina de la tienda.)
De día ya!

DON GARCÍA

(Mi conciencia

me va arrastrando á sus pies.)
Señor...

REY

Mira; ya veloz
el alba á rayar comienza.

DON GARCÍA

(De temor y de vergüenza,
ni doy aliento á mi voz.)

REY

Adiós; voy á disponer
que la ceremonia empiece.

DON GARCÍA

Oidme...

REY

Qué te estremece?
Cumplamos nuestro deber. *(Váse.)*

ESCENA VI

DON GARCÍA

Qué iba yo á hacer? Á revelar mi infamia;
pero, qué revelar pudiera yo
á quien vive en la fe de que aún abriga
un soplo de virtud mi corazón?
Hijo me llama el infeliz llorando!
Hijo que reino y honra le salvó...!
Cómo decirle al miserable viejo,
padre, yo soy un vil calumniador?
No; me arrastra inflexible mi destino
por la senda del mal, y á rastra voy,
cual zarza estéril que arrebata el viento,
á caer en la eterna perdición.
Pero llegan. Quién va?

ESCENA VII

DON GARCÍA *y* ARJONA

DON GARCÍA

(Al verle.) Tan pronto, Arjona!

ARJONA

Ya comienza del alba el resplandor,
y ya el pueblo las gradas del palenque
á ocupar turbulento comenzó.

DON GARCÍA

Maldito quien me trajo hasta este trance;
maldita, sí, mi estúpida ambición!

ARJONA

Ya no es hora, señor, de meditarlo;
el día va á rayar.

DON GARCÍA

Déjame, Arjona;
siento que mi osadía me abandona.

ARJONA

Señor.

DON GARCÍA

Vacilo, sí; no sé ocultarlo.
Aquel hombre fatal... Él era, él era!

ARJONA

Sombra de la turbada fantasía.

DON GARCÍA

No, Arjona, realidad.

ARJONA

Cómo pudiera...?

DON GARCÍA

Todo ese hombre lo puede en contra mía.
Quien del fuego voraz le puso fuera,
de las aguas también le sacaría.

ARJONA

Del fuego os acordáis! Pues no os lo dije?
De su quinta una cava hasta la ermita
por senda subterránea se dirige;
Torras la halló, y entrándose por ella,
fué como dió con la mujer.

DON GARCÍA

Maldita
mi imprevisión! En una y otra cita,
allí acechóme su infernal destrèza.

ARJONA

Mas le cuesta el acecho la cabeza.

DON GARCÍA

Del secreto poder que le acompaña
todo lo temo, Arjona; en todas partes
mis pasos sigue su presencia extraña,
sin que le estorben puertas ni baluartes.
Todo le es familiar, todo lo encuentra
fácil en contra mía; favorece
todo su fuga; en el alcázar entra
tras de mí en las prisiones... y parece
que sombra de mí mismo desprendida,
los instantes me cuenta de la vida;
y si un soplo de calma me adormece,
brota, dice, *aquí estoy*, y en la tendida
cavidad del espacio desparece.

ARJONA

Superstición del corazón medroso,
don García; aunque impávido y astuto,
es un hombre no más, y de hombre á hom-
[bre...

DON GARCÍA

No me vieras, por Dios, irresoluto
para emprender la lid si solamente
de lidiar se tratara frente á frente.

ARJONA

Mas, qué de él teméis ya? Del Rey vasallo,
notorio siendo que robó el caballo,
y estando pregonada su cabeza,
no se presentará.

DON GARCÍA

Ven, insensato!
Si ningún defensor no se presenta,
no ves, imbécil, que á mi madre mato?
Y es idea, ay de mí! que me amedrenta.

ARJONA

Aún la podéis salvar; si nadie acude,
sois dueño de su vida; suplicante
á don Sancho acudid; ante ella misma...

DON GARCÍA

(Horrorizado.)
Yo? Yo me he de poner de ella delante
otra vez? No, jamás...; piensas en vano;
primero que sufrir tal agonía,
los ojos, Lucas, con mi propia mano
y el corazón feroz me arrancaría.

ARJONA

Pues aun es tiempo... Desistid cobarde,
desmentíos; mas ved que en esa hoguera
que del verdugo ante las plantas arde,
el uno de los dos fuerza es que muera.

DON GARCÍA

Sella, asesino vil, sella esa boca;
porque tu pecho miserable abriga
sangre de hiena y corazón de roca.

ARJONA

Señor, tan sólo vuestro bien me obliga,
porque con vos me salvo ó con vos muero:
mas perdonad, señor, que tal os diga;
ceder ahora es decir al mundo entero
que ni valiente sois, ni caballero.

DON GARCÍA

Ah...!

ARJONA

Se dirá de vos con mengua y saña:
«Nada en tal hombre por entero cupo:
»ni crimen, ni virtud, fué en él hazaña,
»ni aun ser infame sino á medias supo...»
Gran memoria de un príncipe de España!

DON GARCÍA

Pues bien; si no me cumple esa memoria,
si al crimen nada más caminar puedo,
tal borrón dejaré sobre mi historia
que á la futura edad imponga miedo.
(Tumulto fuera.)
Oyes? Ya ruge el pueblo ahí agolpado,
del horrible espectáculo sediento;
voy, vive Dios! á dársele colmado;
nunca le vió más bárbaro y sangriento.
(Suenan las trompetas.)
Ah, pronto la señal.

ARJONA

(Asomándose á la tienda.) El sol asoma.

DON GARCÍA

(Poseído de un vértigo.)
Oh, infierno! Regocíjate! Como ésta
no han preparado tus furores fiesta
ni en los circos idólatras de Roma.
(Trompetas.)

VOCES FUERA

Pregón, pregón. Silencio!

ARJONA

Los heraldos
ya el combate pregonan.

DON GARCÍA

Esto es hecho!
Cada cual ante Dios con su derecho.

HERALDO

(Dentro.) «Oid, oid, oid. Vasallos de don Sancho, rey de Navarra, de Aragón y de Castilla. El buen caballero don García, príncipe de estos reinos, ha aceptado el combate á que, en uso del derecho que las leyes les conceden, han apelado la reina doña Nuña y don Pedro de Sesé, acusados de criminal inteligencia y descubierta rebelión. Y siendo entrambos crímenes de lesa majestad, las leyes les condenan á la pena del fuego si, al trasponer el sol la línea del horizonte, no se presenta caballero alguno que quiera mantener su causa. Si esto aconteciere y el acusador saliere vencido, sufrirá la misma pena en lugar de los acusados, como la ley lo dispone; si saliere vencedor, serán quemados en este mismo palenque los acusados, con el cuerpo del caballero su defensor, quedando desde luego condenados á la pena capital todos los que resultaren cómplices de su traición. El Rey ofrece asimismo doscientos marcos de oro á cualquier vasallo suyo que asegure la persona del traidor que extrajo de las reales caballerizas su mejor caballo de batalla, asesinando para ello á su guardia y palafreneros. Esta es la justicia del Rey. Vasallos del Rey, acatad la justicia del Rey. Viva don Sancho, rey de Navarra.»

PUEBLO

Viva!

DON GARCÍA

Qué agonía, gran Dios! Cíñeme, Arjona,
esa fatal espada.
Y que quede á favor de esta celada
encubierta á mi pueblo mi persona.
(Se cala la visera.)
Oh! Estoy seguro que en mi horrible gesto
se ve mi odioso crimen manifiesto.

UNA VOZ DEL PUEBLO

Allí están. Allí están.

OTRA VOZ

Ya traen á los acusados.

OTRA VOZ

Quién tal pensara de tan buen caballero
como don Pedro!

OTRA VOZ

Por eso mismo es más grande su delito.

OTRA VOZ

Bien dicho. El Rey les había colmado de beneficios.

OTRA VOZ

Y le vendían mientras él conquistaba á los moros
nuevos señoríos.

OTRA VOZ

Son unos infames;
les van á atar á los postes de hierro
como á los villanos.

OTRAS VOCES

Bien, bien.

OTRAS VOCES

Viva la justicia del Rey!

TODOS

Viva! *(Tumulto.)*

VARIAS VOCES

Silencio. Silencio.

OTRAS VOCES

Ya bajan los jueces del campo.

OTRAS VOCES

Silencio. Escuchad.

UNO DE LOS JUECES DEL CAMPO

«Vasallos del Rey, oid: La hora del juicio ha llegado ya. La liza queda abierta desde este punto; y si al pasar el sol la línea del horizonte no anuncian los clarines un defensor, el verdugo cumplirá con su deber.»

MUCHAS VOCES

Bien, bien. *(Aplausos, ruido, etc.)*

DON GARCÍA

Ea! Ha llegado la tremenda hora.
Siento que Dios del corazón me arranca
el germen de su fe consoladora,
y en las venas la sangre se me estanca.
Sí, sí; de esta diabólica contienda
viene todo el infierno á ser testigo!
Vértigo... sed de crimen me devora.
Ea, corre los lienzos de esa tienda,
y el infierno desde hoy sea conmigo.
(Arjona manda á los pajes con una seña que abran la tienda. Éstos corren á un tiempo la cortina partida en dos que cierra su fondo, y que cubre el teatro, y aparece un vasto palenque cuyos andamios están llenos de gente del pueblo. En el fondo de este palenque se ve un altar; delante de él el verdugo, que con una tea encendida, está pronto á encender la leña hacinada alrededor de la Reina y de don Pedro, que estarán atados á dos postes de hierro, y uno á cada lado del altar. Por sobre los andamios se cierra el horizonte con pintorescas montañas. El sol acaba de salir por encima de unos cerros desiguales, y derramando sobre la escena la rosada luz de la mañana.)

DON PEDRO

Señora, no tenéis otra esperanza?
Oh! Si mi brazo fuerte todavía
estuviera...

REINA

El de Dios á todo alcanza.

DON PEDRO

Creo que Dios también nos abandona.

REINA

Sólo El puede apreciar nuestra agonía,
que inútil es con el dolo y falsía;
lo que castiga ve y lo que perdona.

DON PEDRO

No tengo esa virtud; soplo mundano
me anima aún el corazón terreno,
y voy la hiel de que le siento lleno
sobre ellos á verter.
(Al pueblo.) Pueblo villano,
Rey infame... escuchad.

UNA VOZ DEL PUEBLO

Qué es lo que dice?

OTRA VOZ

Dejadle hablar.

OTRAS VOCES

Silencio!
(El pueblo calla después de largo chicheo.)

OTRAS VOCES

Oid.

DON PEDRO

Rey fiero,
sin fe, ni ley; el Dios á que apelamos,
que indefensos morir nos deja infiero,
mas ante Él de tus leyes protestamos.
Ella inocente, y yo buen caballero,
al tribunal de Jesucristo vamos,
y al inmolarme con tan vil castigo,
Rey, príncipe, villanos... yo os maldigo.
(Don García se tapa la cara con las manos, exhalando un ay! desesperado.)

DON GARCÍA

Ay!

VOCES DEL PUEBLO

Nos insulta! Muera.

OTRAS VOCES

Muera!

OTRAS VOCES

Muera!

(La Reina demuestra voluntad de hablar.)

UNA VOZ

La Reina quiere hablar.

VARIAS VOCES

Mueran!

OTRAS VOCES

Oidla.

OTRAS VOCES

Silencio. Oid. Callad.

(Otro largo chicheo. El pueblo calla.)

REINA

Sin culpa muero;
mas aunque Dios, por causa soberana,
que indefensos morir nos deja infiero,
yo como Reina moriré, y cristiana.
Sí; yo inocente, y él buen caballero,
seremos ante Dios esta mañana;
mas, aunque me inmoláis, no os guardo encono.
Hijo, esposo, vasallos... yo os perdono.

EL PUEBLO

Bien, bien.

DON GARCÍA

No puedo más...

(Don García pone mano á la daga. Arjona le detiene.)

ARJONA

Señor, tenéos.
Qué queréis intentar?

DON GARCÍA

Morir, Arjona.
Déjame.

ARJONA

No.

VARIAS VOCES

La hora se pasa!

OTRAS VOCES

Mueran!

OTRAS VOCES

Mueran, mueran...

UNA VOZ

Ninguno les abona.
Culpables son, pues Dios les abandona.

OTRAS VOCES

Ya dan los jueces la señal...

OTRAS VOCES

La hoguera
va á prender ya el verdugo.

DON GARCÍA

No, no quiero;
no puede más mi corazón de fiera.
Sálvese, sí.

(Don García va á salir de la tienda, en cuyo momento suena la seña de un agudo clarín. Don García se detiene.)

ARJONA

El clarín!

EL PUEBLO

Un caballero!

ESCENA VIII

DICHOS *y* DON RAMIRO

(Se presenta don Ramiro armado de pies á cabeza; el esclavo etíope, de quien se hace mención en los anteriores actos, vestido á la oriental, con turbante blanco y con un collar de oro en señal de esclavitud, conduce de la brida el

hermoso caballo de batalla del rey don Sancho, magníficamente caparazonado y empenachado. Un paje, con los colores de la Casa Real de Navarra y Castilla, trae el escudo y la lanza de don Ramiro. Éste tira un guantelete á los pies de don García, y dice en alta voz:)

DON RAMIRO

Aquí estoy, llego á tiempo todavía,
y os declaro á la faz del mundo entero
torpe y vil impostor, mal caballero,
calumniador infame, don García.

VARIAS VOCES

El caballo del rey!

OTRAS VOCES

Ese es el que le ha robado.

OTRAS

Qué descaro, qué atrevimiento!

OTRAS

No puede combatir, no es caballero,
está declarado traidor y condenado á muerte.

OTRAS

Muera.

OTRAS

Sí, sí; que muera también con ellos.

OTRAS

Prenderle, matarle!

UNA VOZ

Ningún villano puede ceñirse armadura real.

OTRAS VOCES

Muera, muera. Allá van los jueces del campo.

TODOS

Bien, bien.
(Los jueces del campo, con algunos soldados, se dirigen hostilmente hacia don Ramiro. Este toma rápidamente el escudo de manos del paje, y descolgando el hacha de armas del caparazón del caballo, les hace retroceder.)

DON RAMIRO

Mentís! Derechos tengo á esta armadura;
yo puedo entrar con ella en la batalla.

PUEBLO

Muera, muera; cogedle.

DON RAMIRO

Atrás, canalla.

REY DE ARMAS

Paso al Rey, paso al Rey.

REY

Quién, atrevido,
mi ley insulta y su delito ostenta
y con mis propias armas se presenta?

DON RAMIRO

Oidme una palabra.

REY

Dí.

DON RAMIRO

Al oído.
(Don Ramiro se acerca al oído del Rey. Este se estremece, y volviéndose á los suyos, dice:)

REY

Atrás, señores; retiráos.

DON GARCÍA

Cielo!
Con una sola palabra... Aun al Rey mismo...

DON RAMIRO

(Á don García.)
Ya lo véis... Á no ser por mi buen celo
por vuestra alma, la echáis en el abismo.

REY

Oh! Concluid, por Dios; si este secreto
sabéis, quién sois?

DON RAMIRO

(Con calma.) Señor, antes de todo,

que inocentes no sean el objeto
de la mofa del vulgo.

REY

De ese modo
queréis...?

DON RAMIRO

Que libres sean, ó en voz alta
al vulgo vil relataré esa historia.

REY

No, no. Libres están.

DON RAMIRO

Al punto vengan,
y en silencio escuchando se mantengan.
(El Rey hace una señal, y van á traer á la Reina y Sesé. La tienda se cierra como al principio del acto.)
Pues os mostráis, don Sancho, tan celoso
de vuestro real honor que una sospecha
mal probada por labio mentiroso,
presa tan noble á los verdugos echa,
quiero, señor, que doña Nuña sepa,
antes que el duelo con mi vida acabe,
lo que en el alma de sus jueces cabe
cuando creen que la infamia en ella quepa.

ESCENA IX

DICHOS, LA REINA *y* SESÉ

DON RAMIRO

Ya están aquí... Silencio, estadme atentos;
vos también escuchadme, don García,
y si después de oirme unos momentos
la espada alzáis, encontraréis la mía.
(Todos escuchan con asombro y ansiedad. Don Ramiro domina la escena, y recita con dignidad y calma.)
Conocí una mujer... Su nombre Caya.

REY

Dios Santo!

DON RAMIRO

Es grande historia. Esta matrona,
casada con un noble de Vizcaya,
su sien ceñía con feudal corona.
Un mancebo... su nombre no hace al caso;
se prendó de su garbo y hermosura,
y ella incauta, él audaz, paso tras paso,
fuéles prendiendo amor en red segura.
Él amante, altanera la matrona;
«á todo—la dijo él—por tí me atrevo;
quieres cambiar por otra esa corona?»
Y ella, que le entendió, picó en el cebo.
Una noche el barón, su noble esposo,
á manos pereció de unos bandidos;
dolióse ella del caso lastimoso,
mas siguieron de entonces más unidos
los dichosos amantes.—Ay! Qué dicha
es segura en la tierra? El mozo osado
heredó á poco un reino, y, por desdicha
de Caya, otra mujer con el reinado.
Él la aceptó, pues le traía en prenda
otra corona más, y aunque fingía
falaz con Caya, al fin cayó la venda
que el corazón amante la cubría.
Dejóla el rey, y en vez del matrimonio
que la ofreció, del reino desterróla,
firmándola un inútil testimonio
para un infante que del rey quedóla.
Y esta mujer, errante y expatriada...
(Se interrumpe.)

REINA, REY *y* SESÉ

Acabad!

DON RAMIRO

Sucumbió tras largo duelo,
á su hijo dando de la edad pasada
noticia, y por el rey pidiendo al cielo.

REY

Dios mío! Y aquel hijo?

DON RAMIRO

Asió una lanza,
y en Palestina y Francia aventurero
vivió, guardando siempre una esperanza
de ser, al fin, un noble verdadero.
Topó en Francia, por fin, á una condesa,
que á otro príncipe estaba prometida,
la sedujo, y huyó con la francesa,
y aquí vinieron á pasar la vida.

REINA

Proseguid.

DON RAMIRO

Á favor del pergamino
que dió el rey á su madre, pasó este hombre
vida sin porvenir y sin destino,
sin descubrir su origen ni su nombre.
Dió el caso, que á un traidor, que conspiraba,
por impensado azar halló la huella,
y como en nada este hombre se ocupaba,
dió en seguir, holgazán, el rastro de ella.
Dios les puso á los dos frente por frente,
y por doquier se hallaban; disponía
el uno en unas ruinas plazo y gente,
y el otro sus secretos sorprendía.
Y...

REY, REINA *y* SESÉ

Qué?

DON RAMIRO

Ya en concluir veo que tardo;
secreto es que callárosle no debo.
(Á la Reina.)
Vos la ofendida sois.
(Al Rey.) Vos el mancebo;
Don García el traidor, y yo el bastardo.
(Don Ramiro presenta al Rey el pergamino en cuestión, hincando la rodilla en tierra.)

REY

Sí, es mi firma. Hijo mío! *(Abrazo rápido.)*

DON RAMIRO

Ahora, García,
ciertos de la verdad ambos estamos;
si me tiendes tu mano, esta es la mía:
si en tu demanda estás, al campo vamos.

REINA

Tened, tened; el dedo del destino
manifiesto está aquí, y á la inocencia
el justiciero Dios abre camino.

REY

Sí, perdona un error...

REINA

(Interrumpiendo.) Que no acrimino.

REY

Yo revoco mi bárbara sentencia.

DON RAMIRO

Y yo abrazo la causa de mi hermano;
deróguese la ley, y en su delito
sea el único juez... Dios Soberano.
(De rodillas.)
Su perdón os propongo.

REINA

Yo le admito.
(Á don García.)
Pastor tiene la Iglesia, cuya mano
tiene poder y crédito infinito
de atar y desatar... Tu culpa llora,
y de Roma no más, perdón implora.

DON GARCÍA

(De rodillas.) Madre!

REINA

Mas oye; don Ramiro debe
dar la mano á tu esposa prometida,
y en tu lugar también, mando que lleve
tu parte de heredad por mí traída.
Sí; pues sólo él á defender se atreve
mi calumniado honor con su honra y vida,
ved en qué precio su virtud estimo;
mi primogénito es, le legitimo.

REY

Acepto. Abrid, heraldos, esa tienda.
(Lo hacen, y vuelve á quedar á la vista del público el palenque, cuya arena han ocupado ya los villanos, que contenidos por los soldados, forman un numeroso grupo alrededor de la tienda.)
Pues mis armas vistió, ya es caballero;
pregonadlo á mi pueblo, y que esto entienda.
Yo le doy mi caballo; que altanero
sobre él las calles cruce; de la rienda

le lleven reyes de armas, y que atienda
Navarra á que es su príncipe heredero.

(Clarines y atabales en señal de pregón, y algo lejos tumulto y vivas. Traen más al centro de la escena el caballo de don Sancho. El pueblo se agolpa en rededor.)

REY *(Á don Ramiro.)*

Ea, á caballo tú.

REINA *(Á don García.)*

Tú, escolta toma,
y á implorar parte tu perdón de Roma.

DON GARCÍA

(Con afán y pronto á partir.)
Sí, partiré; mas á la vuelta mía,
si traigo, madre, un corazón sincero,
puedo esperar de vos...?

DON RAMIRO

(Interrumpiéndole y atajando á la Reina, que va á responder.)
Sí, don García;
yo tras tí quedo; vé, y en mi fe fía;
buen hermano seré, buen caballero.

(Don Ramiro y don García se dan la mano, y éste parte por la izquierda seguido de Arjona, que se habrá confundido con la multitud durante la anterior escena. Don Ramiro monta á caballo, alejándose todos en tumulto aclamándole. Los reyes de armas, de pie sobre los andamios del palenque y tremolando los pendones de Castilla, Navarra y Aragón, gritan cada cual á su correspondiente turno. El que tiene el pendón de Castilla dice:)
Viva la reina de Castilla!

PUEBLO

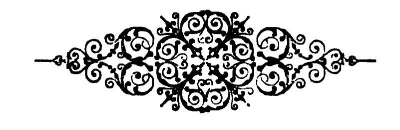
Viva!
(El que tiene el de Navarra dice:)
Viva el rey don Sancho de Navarra.

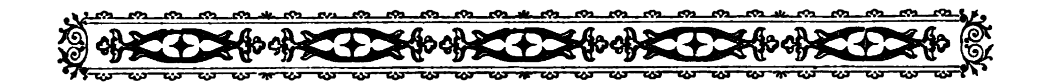
PUEBLO

Viva!
(El que tiene el de Aragón dice:)
Viva el príncipe don Ramiro, rey de Aragón!

PUEBLO

Viva!
(Los villanos aplauden, tiran por alto los birretes, etc., etc. Tumulto.)





Á LA MUERTE DE.....

Qué te harás sola en el sepulcro lóbrego,
sin oir las palabras de un amigo?
Si al menos, ay! los días que me restan
bajo la húmeda losa
pasara yo contigo!
Yo cubriría con mi cuerpo el tuyo
cuando la lluvia fría penetrara
la piedra que te oculta de mis ojos,
y el cierzo de la noche
tus sienes no tocara.
Y mis manos la hierba arrancarían
que creciera en la tumba abandonada,
y alejaría el fétido gusano
que se arrastrara hambriento
con su sorda pisada.
as tú, alma mía! por tus rubias trenzas
bullir le sentirás y por tu frente,
sin poder rechazarle, mientra el hombre
contemplará tu tumba
con ojo indiferente.

—

Si al fin quedaran las almas
velando el difunto cuerpo
en pláticas amorosas
con las almas de otros muertos;
si al fin así descansaras
bajo el pabellón del cielo,
sin que el tumulto del mundo
turbara nunca tu sueño;
si el amor que se hubo en vida
muriera en el cementerio,
y no hubiera en otro mundo
memoria del mundo nuestro...!

Mas ay! que vendrán los hombres,
falsas plegarias mintiendo,
todos los años un día
á visitar vuestro lecho.
Vendrán con sus oropeles,
sus farsas y devaneos,
la vanidad en el alma,
la vida en el pensamiento.
No á mullir vuestras almohadas;
no á daros santos consuelos,
derramando en vuestras tumbas
las flores de los recuerdos;
no á reconocer su nada
en los despojos del tiempo;
no á ver lo que sois vosotros
para ver lo que son ellos:
que aunque un espejo es la tumba,
cubrir su cristal supieron
con velos de mármol y oro,
cuyo cortinaje espeso,
robando al cristal las luces,
impide que, á sus reflejos,
el vidrio fatal les pinte
el polvo donde nacieron.
No: que vendrán á deciros
que han mentido en otro tiempo,
cuando, al daros un sepulcro,
Dormid en paz, os dijeron.

—

Mas habrá un cielo, por dicha,
detrás de ese cielo azul,
donde irán, paloma mía,
los que mueren como tú.

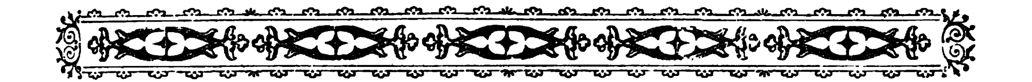
Allí viviréis tranquilos
en alcázares de luz,
con los ángeles que velen
por vuestra santa quietud.
En pabellones de estrellas
alfombrados de tisú,
libres de ingratos recuerdos
de la desdicha común;
porque, al abrirse las puertas
del misterioso ataúd,
hallan paz, vida y contento
los que mueren como tú.

Que fresca brisa serena
halague tu casta sien,
del bello jardín de Edén
oh purísima azucena!
Duerme pacífica, sí,
en un lecho de alhelí
que te formen para tí
los ángeles del Señor,
y en un porvenir risueño,
duerme, duerme, dulce dueño,
y que te vele tu sueño
un espíritu de amor.

Y dé placer á tu oído,
susurrando mansamente,
de alguna encubierta fuente
el misterioso ruído.
Y en tus ensueños de paz
te preste grato solaz,
con su armonía fugaz,
algún lejano laúd;
y por tu mente resbale
aérea ilusión que iguale
de blanca luna que sale
á la transparente luz.

Mientra, en brazos del destino,
en las tinieblas que estoy,
á ciegas buscando voy
de tu morada camino.
Y pasan las horas mías
como turbias ondas frías,
que sus revoltosos días
sañudo invierno formó.
Como barquilla que mece
ruda tormenta que crece;
cual se agosta y desparece
flor que en la nieve brotó.





LA ORGÍA

La sombra nos cobija
con su tapiz de duelo;
cansado ya del cielo,
el sol se hundió en la mar.
El mundo duerme imbécil,
vacilan las estrellas;
en torno á las botellas
venid á delirar.

Venid, niñas sedientas
de libertad y amores,
que fiestas y licores
dan libertad y amor.
Húmedos de esperanza
traed los ojos bellos,
sin trenzas los cabellos,
la frente sin rubor.

La vida es una farsa
hipócrita y demente,
y el mundo indiferente
se cansa del placer;
el mundo se ha dormido;
romped vuestros papeles;
dejad los oropeles
que vano os prestó ayer.

Dejad de esa comedia
el torpe fingimiento;
ahogad el preso aliento
con larga libación.
La sombra, si ese cielo
su luz tiende importuna,
envolverá la luna
en tocas de crespón.

Oh! Lejos de los ojos
de la curiosa plebe,
la copa en que se bebe
nos abre un ancho Edén;
el fondo cristalino
las luces multiplica,
y, de vapores rica,
perfuma nuestra sien.

Los labios desfrenados,
la lengua desatada,
en larga carcajada
prorrumpen sin cesar.
La lumbre de los ojos,
inquieta y licenciosa,
los ojos de una hermosa
se afana en reflejar.

Venid á los festines,
avaras de placeres;
que el cielo en las mujeres
atesoró el placer.
Venid, niñas, sin cuitas,
desnudo el albo seno,
porque quiero el veneno
de vuestro amor beber.

Cuando la inquieta mente
con el vapor vacile,
y revoltosa apile
fantasma de vapor,
veréis cómo insensata
el ánima delira,
y voluptuosa aspira
el ámbar del amor.

Entonces, en la sombra
las pardas muselinas
visiones peregrinas
flotando mostrarán,
y en cada marco de oro,
cerradas las pinturas,
diabólicas figuras
al vidrio asomarán.

Entonces cada lámpara
parodiará una hoguera
que miente y reverbera
las lámparas del sol;
y en el balcón la luna
parecerá una estrella
donde arde una centella
del fúlgido farol.

Cada sonoro brindis
de la animada fiesta
nos fingirá una orquesta
de mágica ilusión;
un eco misterioso
sin canto ni instrumento,
que irá con el aliento
á dar al corazón.

De cada ardiente beso
el lúbrico estallido
rasgará el sostenido
murmullo bacanal,
como reloj deshecho
que, sin marcar las horas,
sacude las sonoras
campanas de metal.

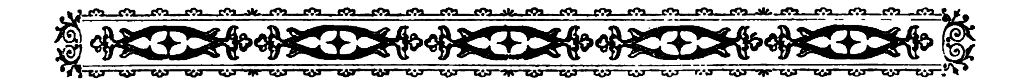
El mundo duerme, niñas;
bebamos y cantemos,
que más no sacaremos
del mundo engañador;
húmedos de esperanza
traed los ojos bellos,
sin trenza los cabellos,
la frente sin rubor.

Venid, y mal prendidos
los velos y los chales,
prodiguen liberales
la luz de vuestra tez;
los ondulantes rizos
flotando por la espalda,
la mal ceñida falda
mintiendo desnudez.

Y las de negros ojos
que ostenten su mirada
altiva, enamorada,
con infernal pasión;
y las rubias ostenten,
sin máscaras de tules,
las pupilas azules
y rojo el corazón.

La noche se desliza,
su llama el sol enciende,
el día nos sorprende:
va el mundo á despertar.
Cantemos y bebamos!
Que, cuando venga el día,
el sueño de la orgía
le volverá á apagar.





ORIENTAL

De la luna á los reflejos,
á lo lejos
árabe torre se ve,
y el agua del Darro pura
bate oscura
del muro el lóbrego pie.

Susurra el olmo sombrío
sobre el río,
dando al oído solaz,
y en los juncos y espadañas
y en las cañas
susurra el aura fugaz.

Se abre en la arena amarilla
de la orilla,
vertiendo aroma, la flor,
y las plumas de colores
en las flores
estremece el ruiseñor.

Vierte en gotas cristalinas
peregrinas
el rocío su cristal,
y en cada perla de plata
se retrata
el alcázar oriental.

Descorridas las sombrías
celosías
del calado torreón,
está en la árabe ventana
la sultana
murmurando una canción.

Y en la atmósfera serena
libre suena
la melancólica voz,
y abajo en la hierba verde
al fin la pierde
con la ráfaga veloz.

Y al compás de su garganta
raudo canta
contestando el colorín,
saltando entre los galanes
tulipanes
del espléndido jardín.

Y al rumor del dulce trino
peregrino
de arpa, bella y ruiseñor,
oído prestan atento
agua, viento,
olmo, alcázar, campo y flor.

Así la mora decía,
y respondía
en la rama el colorín,
y esto el moro la escuchaba,
que velaba
receloso en el jardín:

«Dánme el ánima de un moro
»perlas y oro,
»y coronas en la sien.
»Díme, flor, á mi ventura
»y hermosura
»lo que falta en el harem!

»Dánme chales los califas
»y alcatifas,
»y guirnaldas en la sien.
»Díme, huerto, á mi ventura
»y hermosura
»lo que falta en el harem!

»Dánme baños y festines
»y jardines
»que me mienten el Edem..
»Díme, río, á mi ventura
»y hermosura
»lo que falta en el harem!

»Transparentes como espumas
»dánme plumas,
»y atan velos á mi sien.
»Ruiseñor, dí á mi ventura
»y hermosura
»lo que falta en el harem!

»Nada, al fin, que les dé enojos
»ven mis ojos,
»nada que arrugue mi sien.
»Díme, luna, á mi ventura
»y hermosura
»lo que falta en el harem!»

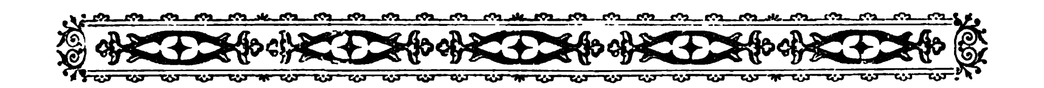
Llegaba aquí, y una sombra
en la alfombra
la lámpara dibujó:
á su lado en la ventana
la sultana
con el sultán se topó.

«Tienes torres—dijo el moro—
»perlas y oro,
»y guirnaldas en la sien.
»Díme, hermosa, á tu ventura
»y hermosura
»lo que falta en el harem.

»Qué hay en el huerto sombrío
»y en el río,
»y en el ave y en la flor,
»que al rayar el claro día,
»vida mía!
»no te traiga tu señor?

»Dí! Qué falta á tu belleza,
»á tu riqueza
»ó á tu loca voluntad?»—
—«Señor: esos ruiseñores,
»en las flores,
»tienen *aire y libertad*.»





LA PLEGARIA [1]

Hélos al pie de la cruz,
en oración reverente:
la virtud brilla en su frente
como la primera luz
del sol que alumbra en Oriente.

Niños tal vez desvalidos
que pasan desconocidos
con la inocencia en el alma,
como en desiertos perdidos
con sus racimos la palma.

Ángeles acaso son
que, el mundo sin conocer,
llevan en el corazón
una sublime oración,
y las virtudes de ayer.

Sus ojos ven solamente
á través del blanco velo
que cerca el alma inocente,
vida en la tierra inclemente,
luz y armonía en el cielo.

Ven en el alba colores,
y en el llano hierba y flores;
sombra, del valle en la hondura,
y en el aire ruiseñores,
y peñascos en la altura.

Para ellos, música el viento
es si las alas despliega,
si en las secas hojas juega
ó entre las flores se pliega
con lascivo movimiento.

Y son las flotantes ramas,
del sol á las rojas llamas,
del prado verdes espumas,
de aérea serpiente escamas,
de águila terrestre plumas.

Y son los hombres hermanos,
y oran por ellos contentos,
hasta que los hombres vanos
pongan, leones hambrientos,
en su inocencia las manos.

Sabe ella que es virgen bella,
y él un ángel hechicero,
porque no dudan él ni ella
que *ella* es de virtud estrella,
y *él* de inocencia lucero.

Mas ay! que del pedestal
á la sombra cobijado,
acaso un ojo carnal
está en la virgen posado,
con una idea brutal.

Y sobre la tez de rosa
la lágrima de dolor
que ella derrama piadosa,
el hombre la cree de amor,
y llama al ángel *hermosa*.

(1) Esta composición se publicó en el *No me olvides*, acompañada de una estampa del Sr. Ortega, para cuyo objeto se escribió.

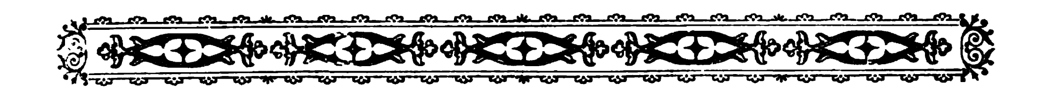
Que tal vez pintarse intenta
aquella avara pupila,
de torpes formas sedienta,
mil perfecciones que aumenta
en esa virgen tranquila.

Así incompletas y vanas
las cosas del mundo son,
que á turbar vienen livianas
esa angélica oración
con imágenes mundanas.

Por qué, pintor, ideaste
una plegaria tan bella,
si la cruz que levantaste
luego, pintor, la ultrajaste
pintando al hombre tras ella?

No digas quién la creó.
Que en ambos culpa no arguya!
Tú fuiste quien la pintó;
mas la malicia no es tuya,
que quien la escribe soy yo.





LA JUVENTUD

Tengo ojos y no ven,
tengo oídos y no escuchan,
tengo manos y no tocan,
tengo labios y no gustan;
y, en fin, sin entendimiento
ni albedrío que me acuda,
tengo aliento que no alienta,
y corazón que no pulsa.

CALDERÓN: *La vida es sueño.*

Cuando á las puertas del nacer llamamos,
senda de flores á los pies tenemos:
doquier que el rostro en derredor volvamos,
padres y amigos cariñosos vemos;
doquier los brazos débiles tendamos,
un ósculo inocente merecemos;
y así contentos á vivir salimos,
sólo porque ignoramos que vivimos.

Cuando el mundo se ve desde la cuna,
flores se hallan en él, pero no espinas;
se ven en él sus mares y su luna,
sus prados y cascadas cristalinas;
sin noche el sol, sin rueda la fortuna,
poblado de fantasmas peregrinas;
tocado, en fin, con el flotante velo
del estrellado pabellón del cielo.

La paz de la niñez nos va llevando
por senda usada, fácil y tranquila,
donde, rebelde nuestra edad brotando,
en lechos de oro víctimas apila;
donde asombrada se dilata entrando
de luz avara la infantil pupila;
do á manos llenas el placer derrama
lo que *vida de amor* el hombre llama.

Cercada de fantasmas halagüeños,
allí la ardiente juventud habita,
que dando lindas formas á sus sueños,
el imperio del mundo solicita:
como para acabar tantos empeños
todo lo hermoso y fuerte necesita,
presenta á nuestra mente deslumbrada
todo el vano esplendor de su morada.

En tazas de cristales quebradizos
nos muestra seductora en sus planteles
las flores sin olor de sus hechizos,
el temprano verdor de sus laureles;
y en campos de placer resbaladizos
sus palacios nos muestra de oropeles,
donde yacen en blandos almohadones,
impúdicas rameras, las pasiones.

Allí están los fantásticos espejos
que mienten la ilusión de los amores,
pintando voluptuosos á lo lejos
sombras de amor entre pintadas flores;
y de engañoso sol á los reflejos,
dando al turbio cristal ricos colores,
nos muestra el mundo fuente de placeres,
y manantial del mundo las mujeres.

El ánima inocente todavía,
virtud creyendo el cenagal del vicio,
se lanza, en pos de tan brillante día,
de la vida en el hondo precipicio,
y á par que corre por la errada vía,
comprende de la edad el artificio:
que aquel jardín de flores peregrinas
era el reloj no más de las espinas.

Juventud! Fácil balanza!
Qué presto arrastras vencida
el peso de la esperanza
con el pesar de la vida!
Qué presto se desvanecen
los fantasmas halagüeños
que nuestra infancia adormecen
con raquíticos ensueños!
Qué rápida te deslizas
entre las horas que hechizas,
dejándonos tus cenizas
donde vamos oro á ver!
Juventud! Edad de flores!
Sombras son, ay! tus colores,
artificio tus primores,
amarguras tu placer!
Ojos nos das y no vemos,
pensamiento y no pensamos;
que es falso cuanto creemos,
y falso cuanto ideamos.
Es mentida tu hermosura,
es tu fortuna liviana,
tus esperanzas locura,
tu paz y tu gloria vana.
Espejo de cien cristales,
que mientes lo que no vales,
cuyas luces desiguales
multiplican la ilusión,
tú doras tus arreboles
con lumbre de mil faroles,
y llamas, osada, soles
á lo que pavesas son!
Soñando á vivir venimos;
pero en tu región vacía,
cuantos más días vivimos,
soñamos más cada día.
Te sueña la pasión loca
y ambiciona tus laureles;
cuando la razón te toca,
maldice tus oropeles.
La pasión juzga en su anhelo
que ese cristal es un cielo;
la razón te rasga el velo
hasta ver tu vanidad,
y en vez de tus clavellinas
y tus rosas purpurinas,
nos muestra al fin tus espinas
el farol de la verdad.

—

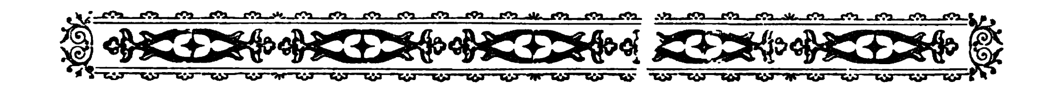
Espinas son fama y gloria,
cuanto bien el hombre alcanza;
espinas de la memoria,
carcomas de la esperanza.
Espinas son amistades,
espinas ay! son favores...
que espinas son las verdades,
y son espinas sin flores.
Si espinas son solamente
amistad, gloria y favor,
dónde está, suerte inclemente,
de tanta espina la flor?
Si espinas tan sólo dan
lisonjas de juventud,
acaso espinas serán
la nobleza y la virtud.
Y espinas estudio y ciencia,
pues dejan sus vanidades,
demencia nuestra demencia,
y verdades las verdades.
La fe del ánima espinas,
y espina el amor del hombre,
mentiras son más divinas,
con más hechicero nombre.
Y si espinas solamente
son virtud, ciencia y amor,
dónde está, suerte inclemente,
de tanta espina la flor?
Edad de sombras pueriles
que la verdad desvanece,
ni olvidada en tus pensiles
una flor tan sólo crece!
Pues espinas son tus flores
y espinas son tus placeres,
entre tan falsos colores
una mientes y otra eres.
Si espinas de desconsuelos
son horas tan peregrinas,
dónde guardaron los cielos
flores de tantas espinas?



LA AMAPOLA

Flor solitaria y silvestre,
que á la luz sacas del sol
cuatro pendones de púrpura
que guarda tosco botón;
pues en el campo te quedas
y yo del campo me voy,
tú con tus hojas de fuego
y con mis lágrimas yo,
díle al alma de mi alma
que voy muriendo de amor;
que entre tus hojas la dejo
un ósculo y un adiós.
Porque tú, que habitas triste
en las soledades, flor,
los espinos por abrigo,
el césped en derredor,
por armonías del aire
la ruda y salvaje voz,
sin tallo que te sostenga
cuando, á la lumbre del sol,
brotando en agua las nubes
se revientan en turbión;
tú, flor, que ostentas tan sola
tan encendido color,
que me pareces tostada
al calor de un corazón,
bien puedes ser mensajera
de un enamorado adiós:
que tan sola, pobre y débil,
tan sin follaje ni olor,
de pasar en amargura
tu existencia de aflicción,
más razón no se me alcanza
que tu solitario amor.

Porque, expuesta al rudo viento
y á la intemperie olvidada,
recuerda tu nacimiento
la soledad y el tormento
del ánima enamorada.
Porque, insensible á otra idea
que al delirio de tu amor,
el zarzal que te rodea
y el vendaval que te orea
dan encanto á tu dolor.
Ni sientes del cierzo el ala
que te sacude y arruga,
ni cómo el tronco te escala,
hollando la torpe oruga
tu tosca y silvestre gala.
Ni cómo el áspero espino
te rasga el manto de grana,
cuando sacude sin tino
sobre tu pompa liviana
su ropaje campesino.
Y pues sé, triste amapola,
que ese encendido color
que el rojo sol tornasola
no es más que un barniz de amor,
y por amor vives sola,
Pues yo parto por amores,
oh flor! muy lejos de aquí,
y en tí no he encontrado olores
como encontré en otras flores
que por los jardines ví,
En tu cáliz dejo preso
un ósculo y un adiós.
Si te agobia tanto el peso,
guárdale á mi amor el beso,
que para *ella* son los dos.



LA NOCHE Y LA INSPIRACIÓN

A mi amigo el artista D. Julián Romea

I

La noche, sobre el mundo desplomada,
tendió en él de su sombra el ancho velo,
porque su sueño no turbase osada
la lumbre de las lámparas del cielo.
Pero temiendo acaso que le ahogara
con tan espesa red sombra importuna,
antes que con pavor se desvelara,
trepó al cenit la transparente luna.
Á la amarilla luz con que ilumina,
cobíjase la sombra en los rincones;
y reflejan su llama peregrina
ríos, fuentes, pizarras y balcones.
Como en delirio de amoroso ensueño
de la virgen sonríe el labio amante,
la tierra desplegó su adusto ceño
al fugitivo resplandor errante.
Duerme allá en su palacio el poderoso,
duerme el pastor cansado en su cabaña;
éste tranquilo, el otro receloso,
soñando avaro la fortuna extraña.
Duerme al pie de sus armas el soldado,
duerme el mendigo tras de larga vela;
mientras por éste vela su cuidado,
y por aquél el tardo centinela.
Duerme el ave en las ramas guarecida,
duerme la fiera en su morada impura;
aquélla por las ráfagas mecida,
ésta al rumor del agua que murmura.
Deslízase la brisa temerosa,
guardan las nubes la tormenta inerme;
todo entre sombras á la par reposa,
el viento calla, la tormenta duerme.
Tú, dulce amigo, que en la noche umbría
al grato son del arpa melodiosa
ensayabas cantares algún día
bajo el balcón de tu adorada hermosa,
Déjame que hoy en soledad delire,
y á delirar contigo me aventure;
que en tus brazos un hora en paz respire,
y del dormido mundo en paz murmure.
Yo soy el que canté fiestas y amores
en insensatos himnos juveniles,
y el arpa tosca coroné de flores
al ensayar mis cánticos pueriles.
Yo soy el que soñé gloria y laureles,
y, con la vida en mi ilusión luchando,
orlé el mundo de falsos oropeles
allá en mi loca juventud soñando.
Ya desperté: mis fábulas soñadas,
mis delirios de amor perdí en el viento;
y el viento, como ramas desgajadas,
las apartó del tronco macilento.
Hoy no conservo de la edad primera
más que la voz un poco enronquecida,
y el velo de la negra cabellera
sobre la frente sin color tendida.
Quédame de mí mismo la esperanza,
y el afán de cantar mientras aliente;
mientras gravite en la vital balanza
la vanidad del corazón demente.
Quédame aún, altivo y vigoroso,
de noble inspiración el fuego santo;

quédasme tú, poeta generoso,
para escuchar mi desmayado canto.
Tú, que vas á las tumbas de los hombres
á buscar un disfraz y una careta,
para escudar con los difuntos nombres
tus amargas creencias de poeta.
Tú, que al abrigo de ignoradas leyes,
con la antifaz de un muerto, en gesto bravo
parodias los esclavos y los reyes,
riéndote del rey y del esclavo.
Tú, que en la farsa del ocioso mundo,
preparando otra farsa al mundo mismo,
le das á devorar su cieno inmundo
en formas de virtud y de heroísmo.
Quédasme tú y la noche silenciosa
con su turbio fanal, tocas azules;
la soledad del bosque religiosa,
con su manto de pinos y abedules.
Quédame el templo con su acorde coro,
sus capillas, sus lámparas y altares,
su santa cruz, sus incensarios de oro
y sus gigantes góticos pilares.
Quédame el mundo sin la imbécil farsa
que en su tablado inmenso se coloca;
todo el teatro, en fin, sin la comparsa
que bulle en él desordenada y loca.
No más la cantaré sus devaneos;
ya se acabó mi cántico mundano:
que me cansan sus falsos galanteos
y el necio aplauso de su torpe mano.
Ronca la voz y seca la garganta,
espiró mi cantar, rompí mi lira;
sólo mi lengua mis caprichos canta,
sólo esa farsa compasión me inspira.
Puesto que un mundo me fingí tan bello
cuanto le encuentro descompuesto y loco,
hoy por la turba impávido atropello,
porque le creo á mis delirios poco.
Y hoy, á la lumbre de la blanca luna,
escúchame la inspiración sublime
que me bulle en el ánima importuna
y el perezoso corazón me oprime.
Porque ese cielo azul y esa ancha sombra
que mitiga la luz que el sol enciende,
con que la noche su palacio alfombra,
y esa brisa fugaz que el aura hiende,
Y ese mudo y silencio pavoroso
que regala el cansancio del oído,
y en pabellón convierte de reposo
el mundo que á sus pies yace dormido,
Son una inspiración dulce, tranquila,
vaga, armoniosa, en que se aduerme el alma,
en que el dudoso corazón vacila...
la que habló Calderón y agitó á Talma.
Esa no la conocen los profanos,
ni revelarla osó ningún profeta. [danos,
Oh, ven! Que, mientras duermen los mun-
yo siento en mí la inspiración inquieta.
Óyela tú, que brota solitaria
para tí, en tu pacífico retiro,
como amorosa y lánguida plegaria,
como amistoso y postrimer suspiro.

II

Pende del cénit la luna,
reverberan las estrellas;
la vida se vierte de ellas,
porque pensar es vivir.
Vacila inquieta la mente,
el pensamiento medita;
ociosa el alma se agita
y deliramos sentir.
Cual mana en oculta peña
cristalina y mansa fuente,
crea imágenes la mente
que se ofuscan al brotar.
Nos presta honda, solitaria,
una idea el pensamiento,
y sin gozo y sin tormento
la sentimos resbalar.
Una idea libre, vaga,
turbulenta, revoltosa;
un fantasma de una cosa
que no hemos visto jamás;
una fosfórica llama
que nos sigue y la seguimos,
adelante si la huímos,
si la buscamos, detrás.
Idea que brota informe
en la languidez del alma,
que nace y muere en la calma
del placer ó del pesar;
una idea que no estorba
para ver lo que se mira,
que nada en el alma inspira
y en nada deja pensar.

No es mujer, demonio ni ángel;
no es esperanza ni gloria,
pero existe en la memoria
sin fuerza y sin voluntad;
si el alma padece, es triste,
y si goza, es lisonjera;
y si el alma desespera,
la idea es la eternidad.

Esa idea nos agobia,
se revuelve y se acrecienta
de la noche amarillenta
al silencioso rumor;
y el susurro de una brisa,
el murmullo de una fuente
la mantienen en la mente
sin hacérnosla mejor.

Entonces es cuando el hombre
piensa sin saber qué piensa,
y aborta una idea inmensa,
sin concebirla tal vez;
entonces es cuando mira
en la tierra un hondo foso,
y un pabellón de reposo
del cielo en la brillantez.

La soledad y el silencio
exhalan vaga armonía
que el oído no oiría,
y atenta el alma escuchó.
Una música con formas
que, al resbalar en la mente,
nos deja lánguidamente
la idea de que pasó.

Entonces nuestros sentidos
en blando sueño deliran,
y en torno al ánima giran
ilusiones mil á mil.
El oído oye murmullos,
el olfato aspira olores;
los ojos crean colores
en delirio tan pueril.

Vemos entonces paisajes
con ruinas, templos y fiestas,
y oímos coros y orquestas,
y suspirar y reir;
sentimos ríos que corren,
vistosas aves que vuelan,
manantiales que r:elan
por entre juncos salir.

Vemos en vasta llanura
sotos y villas lejanas,
y oímos de sus campanas
el apagado doblar;
vemos formas misteriosas
que sonríen pasajeras,
y lumbre de mil hogueras
que reflejan en la mar.

Vemos árboles, cascadas,
insectos, monstruos y flores,
que nos dan ricos colores
y movimiento que ver;
vemos un mundo cerrado
en transparentes encajes,
entre flotantes celajes
cercano á desparecer.

Y oímos dentro del pecho
el uniforme latido
del corazón abatido
que dentro velando está,
como un reloj cuya péndola,
sorda, monótona y lenta,
los pasos del tiempo cuenta
que á hundirse en la nada va.

En este estado sin nombre,
ni dormimos ni velamos;
vemos lo que no miramos,
sentimos lo que no es;
y á un movimiento, á un suspiro
que olvidados exhalemos,
todos nuestros sueños vemos
pavesas á nuestros pies.

No es dormir, y se despierta;
no es muerte, y se vuelve á vida;
y allá en la mente escondida
se levanta una creación.
Entonces el pintor pinta,
el músico escucha y toca,
y el poeta halla en su boca
palabras de inspiración.

Entonces siente arrobado
de fuego su pensamiento,
de fuego el osado aliento,
de fuego el alma mortal;
hay un volcán en su lengua
y un volcán en su mirada,
y cruza el mar de la nada
con su mirada inmortal.

Entonces escribe Byron,
entonces pinta Murillo,
y el sol vierte escaso brillo
para su aborto alumbrar;
entonces Hoffman delira,
y en torno de su ponchera,
como en torno de una hoguera,
ve sus fantasmas flotar.
Entonces Calderón llama,
y á su vigoroso acento,
cielo, infierno, en un momento
parecen delante de él.
Y paseando allí sus ojos,
seres buscando inmortales,
sus *Autos sacramentales*
arroja al mundo en tropel.
Entonces el cuerpo duerme,
este alcázar de ceniza
que el ánima diviniza
por ser cárcel de los dos,
mientras ella libre, ufana,
hija de celeste prole,
de su estirpe soberana
demanda cuenta á su Dios.
El mundo ansiosa registra,
sin respetos ni barreras,
en pos de lindas quimeras
con que hacer mundo mejor;
y ni templos ni palacios,
ni presentes ni futuros,
en la nada están seguros
de su ímpetu creador.
Á su voz dejan los muertos
sus encierros funerarios,
envolviendo en los sudarios
lo que queda de su ser:
santos, criminales, niños,
esclavos, soldados, reyes,
sus caprichos como leyes
se aprestan á obedecer.
Entonces la tierra es fango
ante su origen divino,
el universo mezquino
á su noble inmensidad:
Dios es el fin de su raza,
es la atmósfera su aliento,
su alcázar el firmamento,
su tiempo la eternidad.
Entonces brota en sonidos
el fuego febril del alma:
Lope, Schiller, Máiquez, Talma,
atan el mundo á sus pies.
Y entonces, oh actor poeta!
en tu espíritu altanero,
ni el poeta está primero
ni el actor está después.
Es el teatro tu imperio,
es el pueblo esclavo tuyo;
tus derechos el misterio
de tu osada inspiración;
y nosotros los profanos,
asombrados, te rendimos
sonoro aplauso en las manos,
respeto en el corazón.
Y en la altivez de tu orgullo
llegan á tí nuestras voces,
como el imbécil murmullo
que alza un insecto al volar;
y á tu vista somos solo
nosotros un pueblo entero,
un revoltoso hormiguero
que va tu planta á cegar.
Entonces, magnates, reyes,
caudillos, conquistadores,
privados, emperadores,
son allí menos que tú;
y ante tus falsos disfraces
es tierra, harapos y talco
cuanto ostenta altivo palco
de oro, perlas y tisú.



EL ECO DEL TORRENTE

DRAMA EN TRES ACTOS

PERSONAJES	ACTORES
El Conde de Castilla, Garci-Fernández	D. Pedro González Mate.
La Condesa Argentina	Doña Teodora Lamadrid.
Zelina, *esclava mora*	Doña Bárbara Lamadrid.
Lotario, *señor de Roquefort*	D. Carlos Latorre.
Jenaro, *escudero de Lotario*	D. Francisco Lumbreras.
Ginés	D. Pedro López.
Hassan, *esclavo moro*	D. N. Sánchez.
Egidio, *caballero castellano*	N. N.
Un paje	N. N.

Damas, esclavas y caballeros

SIGLO X.—AÑO .....

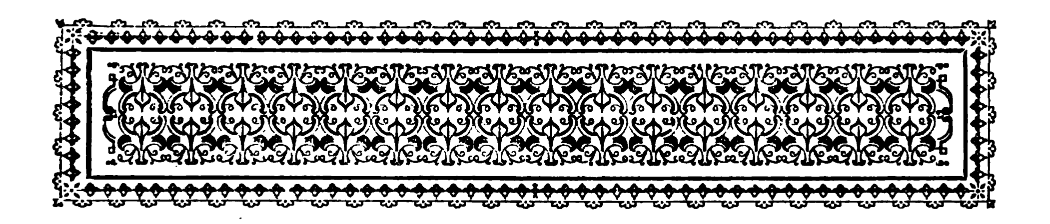
A

D. Tomás Rodríguez Rubí

en prenda de franca y leal amistad

José Zorrilla.

Madrid 22 de Enero de 1842.



EL ECO DEL TORRENTE

ACTO PRIMERO

Aposento de la condesa Argentina. Decoración cerrada con balcón en el fondo, dos puertas en primer término y dos secretas en el segundo. Zelina, sentada en un almohadón, despierta al ruido de la puerta de la derecha, por donde llama Argentina.

ESCENA PRIMERA

ZELINA *y* ARGENTINA

ZELINA

Maldito quien á deshora
viene mi sueño á turbar!
Ni aun el placer de soñar
logrará la pobre mora.

ARGENTINA

(Entrando.) Esclava!

ZELINA

(Aparte.) Cuánta altivez!

ARGENTINA

Tarda has andado en abrir;
no me sentiste venir?
Tal vez dormías?

ZELINA

Tal vez.
Tres noches pasé velando
del Conde á la cabecera.
Qué extraño es que me rindiera
el sueño?

ARGENTINA

Siempre aguardando
á tu señora te rinde.

ZELINA

Descansa el ánima inerme
de la esclava cuando duerme,
que no hay placer que la brinde
tranquilamente á velar,
sabiendo que, mientras viva,
sólo gozará cautiva
el bien que logre soñar.

ARGENTINA

Importunas, mora, son
tus quejas á lo que creo.

ZELINA

Que no las siente ya veo
vuestro feliz corazón.

ARGENTINA

Feliz le llamas?

ZELINA

Pues no!
Qué deseo le acosara
que al punto no le lograra?

ARGENTINA

Más feliz eres que yo,
Zelina; que aunque es verdad
que vives cautiva aquí,
sería en tu patria, dí,
más franca tu libertad?
Encerrada tu hermosura
en el harem de un señor,
el alcázar de tu amor
fuera á par tu sepultura.

ZELINA

De mandar á obedecer
va grande trecho, señora.

ARGENTINA

Esclava es siempre una mora
desde que acierta á nacer.
Infiel y altivo su esposo,
su amor con varias divide,
y amor en su esposa pide
como absoluto, celoso.

ZELINA

Mas con placer se obedece
de quien se ama el capricho.

ARGENTINA

Está, mora, muy bien dicho,
pero es cuando él lo merece;
porque es muy duro tormento
mentir fortuna y amor,
dentro del alma el dolor,
y en el semblante el contento.
Es muy terrible guardar
un pensamiento escondido,
en el corazón nacido,
sin poderle de él echar.
Vivir de noche y de día
velando la oculta idea,
para que nadie la vea
ni la entienda quien la espía.
Ah! Tú no comprendes eso.

ZELINA

Pluguiera á Alá fuera así!
Pero yo arrastro, ay de mí!
tras de mi vida ese peso.
Cuanto con afán mayor
ocultarle me interesa,
más el secreto me pesa,
es más íntimo el dolor.
Vos, en el vuestro á lo menos,
tenéis quien os le consuele;
el mío á nadie le duele,
que á todos les son ajenos
de un esclavo los pesares.

ARGENTINA

Qué vale mi libertad,
si es ella sola en verdad
la causa de mis azares?
Vosotros, que en vuestro dueño
podéis mirar un verdugo,
de sacudir vuestro yugo
hora buscáis con empeño.
Yo soy tu ama, te digo,
y tú, al caer á mis pies,
con ira secreta ves
en tu señor, tu enemigo.
Á mí condesa me llaman,
y dánme el más alto puesto;
mas, quién sabe si detesto
á los mismos que me aclaman
su bien, su amor, su señora?
Ya ves que fué gran desliz
tenerme á mí por feliz
á par de una esclava mora.

ZELINA

Mas podéis tener amigos
ó buscarlos, pero yo...

ARGENTINA

Amigos has dicho...? No;
fueran de mi mal testigos.

ZELINA

Tenéis un esposo noble,
galán, amante y discreto,
con quien partir un secreto
que os agobia.

ARGENTINA

Y fuera doble
mi pesar; fuera el postrero
sin duda, Zelina, y fuera
hacer de una ruin quimera
un verdugo verdadero.
No, no, jamás; si algún día
de mi corazón le echara,
á él sólo se le ocultara.

ZELINA

Acaso le ofendería?

ARGENTINA

Necia de tí, no conoces
la razón de mis enojos
cuando pregonan mis ojos
lo que no dicen mis voces?
No ves que al llorar la calma
de mi corazón perdida,
guardo en secreto escondida
mi desventura en el alma?

ZELINA

Callad! Sus secretos son,
mientra en suspiros los lanza,
faros de dulce esperanza
que alumbran al corazón.
Mas si en la lengua atrevida
á palabras se reducen,
son áspides que introducen
su ponzoña en nuestra vida.

ARGENTINA

Sí, por Dios.

ZELINA

Señora, quedo;
el secreto que guardáis
callad, no me lo digáis,
pues pagároslo no puedo.

ARGENTINA

Pagarle!

ZELINA

Pagarle, sí,
con el mío; mas es tal,
que el vuestro es menos fatal
que el que me acongoja á mí.

ARGENTINA

Esclava, qué desvarío
te asalta? Con cuál objeto
uno por otro secreto
mides? Te dije yo el mío?

ZELINA

Y mis sentidos cegados
por ventura están? Mis ojos
no ven, de vuestros enojos,
los arcanos tan guardados?
Quien al pie de vuestro lecho
os vela vuestro dormir,
no se podrá introducir,
con astucia, en vuestro pecho?

ARGENTINA

Traidora!

ZELINA

No es la traición
obra mía, es vuestro el dolo;
vuestro labio fué el que solo
vendió á vuestro corazón.
Él fué quien, en vuestro sueño,
pronunció el oculto nombre,
y no era el que lleva el hombre
de cuyo honor sois el dueño.
No; en la alcoba solitaria,
con amorosa porfía,
le invocábais, y yo oía
la recóndita plegaria.
Llorábais, ah! y yo también,
sí, con llanto abrasador,
vos vuestro perdido amor,
y yo mi imposible bien.

ARGENTINA

Oh! Te dolías de mí;

de mis pesares testigo,
los lamentabas conmigo.

ZELINA

Recordé los míos, sí,
que es uno mismo el objeto
de nuestros males, señora,
y el corazón de la mora
guarda también un secreto.

ARGENTINA

Tú amas?

ZELINA

Con cuánto ardor!
Mas si el aire sorprendiera
mi secreto, aun de él temiera
que me vendiese traidor.
Sí; yo amo á un hombre también,
mas el nombre del que adoro
escondo como un tesoro;
mi corazón es mi harem.
Aquí sin cesar le llevo
indeleble, solitario
fanal de oculto santuario,
á cuya luz no me atrevo.

ARGENTINA

Dichosa tú, que conoces
á quien amas, y le ves.

ZELINA

Vuestro amor...!

ARGENTINA

Solamente es
el son de mis tristes voces.
Le amé, y me adoró algún día,
mas ya, á mi ver, me olvidó;
niebla que se disipó
con la luz del nuevo día.
Mas, me olvido de quien soy,
y de quien eres me olvido;
esclava, lo que has oído
olvídalo tú desde hoy.
Qué me importan tus secretos
ni tus necios desvaríos?
Te he confiado los míos?
Si los sabes...

ZELINA

Bien sujetos
los tengo en mi corazón,
y no se me escaparán.

ARGENTINA

Silencio, pues de tu afán
no pregunto la razón.
Tus cantares me agradaron,
y entre ciento te elegí
para entretenerme á mí,
aunque mil te desearon.
Tu oficio es sólo cantar,
de inclinaciones desnuda;
lo oyes? Sorda, ciega y muda
has de ser, si has de medrar.
Y en tu memoria altanera,
con cifra indeleble graba
que te tengo por esclava,
pero no por consejera.

ZELINA

(Aparte.) Dadme paciencia, señor,
para sufrir su altivez.

ARGENTINA

Silencio, pues, otra vez,
ó tiembla de mi furor.
(Váse Zelina á una seña de Argentina.)

ESCENA II

ARGENTINA, *sola*

Sorprendió mi amor antiguo,
mas lo callará prudente!
Además, que aunque lo cuente,
en dédalo tan ambiguo
meterá á quien se lo escuche,
que sin hilo conductor,
jamás saldrá del error
con que alucinado luche.
Mas, ay de mí! qué recelo,
si yo misma al cabo ignoro
la existencia del que adoro
y el sino que le dió el cielo?

Al Conde podrá decir
lo que ella me oyó soñar;
mas, á otro no pude amar
antes de á Burgos venir?
Qué hay que reprocharme en esto?
Ha un año que estoy casada,
y de él no he sabido nada,
ni medios para ello he puesto.
Le amo, es cierto; pero, y qué,
si olvidarle no he podido?
La culpa de quién ha sido?
Por voluntad me casé?
Y si jamás le ofendí,
de qué se podrá quejar?
De que no le puedo amar?
Quéjese de él, no de mí.
(Abre la ventana y dice asomándose:)
La noche lóbrega cierra;
no brilla estrella ninguna,
y encapotada la luna
alumbra á trozos la tierra.
Quién, ay! de mi dulce Francia
sobre sus rayos pudiera,
al soplo de una hechicera,
cruzar la inmensa distancia!
Mas mis ojos alucina
torpe ilusión, ó el espacio
del jardín de este palacio
cruza un hombre y se avecina.
Quién pudo á tal hora entrar
en los jardines? Se para...
conmigo acaso se encara...
Qué busca en este lugar?
Me hace seña... mas no entiendo
lo que pretende... Se aparta.
(Se oye caer en la escena un objeto entrando por el balcón.)
Pero, qué es esto? Una carta.
Cielo santo! Qué estoy viendo?
(Lee.) «Aunque parezca arrogancia
»pedir de vos una audiencia,
»la aguarda con impaciencia
»un peregrino de Francia.»
Sueño, Dios mío! Es su letra;
es él, es él; me lo augura
mi corazón, que en la oscura
sombra hasta el suyo penetra.
Mas cómo traerle aquí
sin que nadie le aperciba?
Fiaré de esa cautiva...
No; son armas contra mí.
Yo misma le iré á buscar.
Mas fuera mucha osadía.
Ah! Pero esta galería,
no va al jardín á parar?
Es verdad que nadie la usa,
mas es causa en mi favor.
Sírveme de excusa, amor,
si es que la razón me acusa.
(Busca una llave, con la que abre una puertecilla secreta que habrá en el fondo; toma la lámpara y sale por ella, volviendo á cerrar. La escena queda á oscuras.)

ESCENA III

ZELINA

Señora! Pero, qué es esto?
Por dónde salió? Señora!
Si dormirá...? Alerta, mora,
procura ganar tu puesto.
Alimenta tu esperanza,
que si á ella el amor la culpa,
á tí el amor te disculpa,
que opuesto á su amor avanza.
(Váse, dejando la puerta abierta, y al mismo tiempo meten la llave en la de la galería. Al tiempo que por ésta aparece Argentina con Jenaro, aparece por la otra la mora con luz. Al verla Argentina, cierra la puerta con precipitación, dejando á Jenaro fuera. Quédanse mirando una á otra. Argentina con sorpresa, la mora con inteligencia.)

ESCENA IV

ARGENTINA *y* ZELINA

ARGENTINA

Quién va?

ZELINA

Ah!

ARGENTINA

Quién te mandó
llegar sin que yo llamara?

ZELINA

La luz temí que os faltara,
y entraba á doblarla yo.

ARGENTINA

Toma, menguada, y aprende
(La da un bofetón y se la cae la luz.)
que yo soy quien manda aquí.
Ea, despeja.

ZELINA

Ay de mí!

ARGENTINA

Fuera!

ZELINA

Y ay de quien me ofende!
(Sale la mora. Argentina cierra la puerta y abre la otra.)

ESCENA V

ARGENTINA *y* JENARO

ARGENTINA

Nada por fortuna vió,
y á no venir con tal tiento,
sorprende todo el intento;
pero diestra anduve yo.
Pisad quedo, y evitad
que oigan por algún resquicio.

JENARO

Habéisla dado sin juicio,
señora, y sin caridad.

ARGENTINA

Cien veces se lo advertí,
y como entró de rondón
en tan precisa ocasión,
arrebatada la dí.

JENARO

Mirad...

ARGENTINA

Defendéisla ahora?
Qué importa esa bofetada?
No está á sierva destinada?
Pues que aguante á su señora.
Mas vos, quién sois, concluyamos.
Jenaro, tú! Con qué traza?

JENARO

Nada aquí nos amenaza?

ARGENTINA

Nada; seguros estamos.

JENARO

Lotario en Burgos está.

ARGENTINA

Dios mío! En Burgos?

JENARO

Llegó hoy.

ARGENTINA

Y tú?

JENARO

Su escudero soy
como siempre.

ARGENTINA

Y dónde va?

JENARO

Á dónde ha de ir, señora,
sino á donde vos estéis?
Á no que vos le mandéis
que se vuelva con la aurora.

ARGENTINA

No, no.

JENARO

Le amáis todavía?

ARGENTINA

Más bajo, por compasión!
Sí; le amo en mi corazón,
mas él...

JENARO

Con idolatría.
Con intriga cautelosa,
de vuestro padre ha logrado
venir á Castilla enviado
de embajador de Tolosa;
y él, que ignora vuestro amor,
en nuestro lazo ha caído
sin darse por entendido.
Con sigilo previsor
en Burgos hemos entrado,
sin que el pueblo se aperciba
de nuestra oculta misiva,
y de veros me ha encargado.

ARGENTINA

Pero, y Lotario?

JENARO

No osó
venir, que era necio paso
sin saber si el tiempo acaso
vuestros intentos mudó.

ARGENTINA

Mudarlos? Por vida mía,
sin maldecir la distancia
que me apartaba de Francia
no me dormí ningún día.
Esta tierra me es odiosa,
y poco es Burgos, la España
diera por una cabaña
en Roquefort ó en Tolosa.
Allí mis memorias viven,
y allí mis dichas están;
allí mis suspiros van,
y allí alimento reciben.

JENARO

Mas el Conde, cómo os trata?

ARGENTINA

Pobre! Mis desvíos llora,
delira por mí, me adora,
y esto es lo que más me mata.
Tal vez por mis sinsabores
grave enfermedad le aqueja
que sosegar no le deja,
presa de agudos dolores.
Yo, cuando á solas me quedo
con él, al verle llorar,
lloro, ay de mí! á mi pesar,
pero quererle no puedo.
Yo no he soltado jamás
un gemido en su presencia,
mas él lee mi indiferencia
en mi semblante quizás.
Él conoce, puede ser,
y así su dolor agrava,
que fuera alegre su esclava,
pero nunca su mujer.
Lo entiende, le pesa y llora;
yo le martirizo y lloro.
Ay! Yo porque no le adoro,
y él porque lo ve y me adora.
Tú que me has visto nacer;
tú en cuyos brazos mecida
pasé mi niñez florida,
qué me aconsejas hacer?
Ver á Lotario es mi anhelo,
hablarle, llorar con él...
Será mi estrella tan cruel
que me culpe este consuelo?

JENARO

Y quién os podrá culpar
tan justo y sincero empeño,
si nadie se puede dueño
de su corazón llamar?
Cumplida nuestra embajada,
volveremos á Tolosa.
Un hora, pues, venturosa,
por qué os ha de ser negada?
Él muere por veros.

ARGENTINA

Sí?

JENARO

Su fanatismo, su gloria
no es más que vuestra memoria.

ARGENTINA

Conque se acuerda de mí?

JENARO

No se pasa un solo instante
sin que os escuche y os vea
allá en su escondida idea,
en su desvarío amante.
Y á tanto por vos se empeña,
que es rayando en la locura;
por vuestro nombre, si jura;
con vuestro nombre, si sueña.
Tal vez guardó vuestra toca
de vuestro amor por despojos,
y aun la humedecen sus ojos
mientras la besa su boca.

ARGENTINA

Calla! Que con tal pintura
mi corazón desfallece
y mi razón enloquece
con tan celestial ventura.
Él me amó, y amedrentarle
imposibles no pudieron?
Y á mí vacilar me hicieron
hasta dudar de esperarle?
Sal ya, secreto escondido,
del corazón que atosigas;
sal del alma en que te abrigas
temeroso y desvalido.
Ya no eres vago deseo,
sin ventura ni esperanza;
eres voz cuyo eco alcanza
más allá del Pirineo.
Ven, ven, Lotario, á mis brazos,
y aunque se ofenda Castilla
y alce el Conde su cuchilla
para hacerme allí pedazos.

JENARO

Pues bien; pronto le verás.

ARGENTINA

Cuándo?

JENARO

Mañana!

ARGENTINA

Mañana!
Es tarde.

JENARO

De buena gana
fuera ahora, pero quizá...

ARGENTINA

Qué temes? Tú no has llegado
tranquilamente hasta mí
por esos jardines?

JENARO

Sí;
mas yo soy sólo un criado;
un siervo de vuestra casa
que os vió, Argentina, nacer,
y que no supo poner
al leal deseo tasa
de abrazaros y de veros;
todo esto puede probarse,
y es cosa que perdonarse
debe á viejos escuderos,
mas á caballeros no,
que otras sospechas nacieran,
y si verdades salieran,
no salvara él como yo.

ARGENTINA

Pues bien, Jenaro, es preciso
que yo le vea; no hay fuerza
que esta voluntad me tuerza;
iré yo, llévale aviso.

JENARO

Vos, con noche tan oscura,
de este palacio salir?

ARGENTINA

Ó viene él, ó yo he de ir.

JENARO

Que venga es menos locura.

ARGENTINA

Que venga, pues.

JENARO

Pero sea
cuando todo esté sumido
en el sueño, y advertido
ningún curioso lo vea.

ARGENTINA

Sea.

JENARO

Yo os esperaré
con él, en la empalizada,
en hora más avanzada.

ARGENTINA

Yo de aquí os avisaré,
y hasta que todo repose
y retire del balcón
la luz, mucha precaución,
y nadie mostrarse ose.

JENARO

Y si hay algo que lo impida?

ARGENTINA

Te haré la hora avisar. *(Llaman.)*
Cielos, he oído llamar!
Huye de aquí, por tu vida.

JENARO

Si me habrán visto venir?
(Váse por la puerta secreta.)

ARGENTINA

Imposible; mas, sal presto.
Cuál será el nuevo pretexto
de venirme á interrumpir?

ESCENA VI

ARGENTINA *y* UN PAJE

PAJE

El Conde os pide permiso
para saludaros antes
de recogerse.

ARGENTINA

Si es esa
su voluntad, dí que pase,
que será bien recibido.

PAJE

Pues vendrá al punto, esperadle. *(Váse.)*

ESCENA VII

ARGENTINA, ZELINA *y* DAMAS

ARGENTINA

Elvira, Diana, Constanza,
arreglad mi vestidura,
que pende de mi hermosura
esta noche mi esperanza.
(Zelina, Elvira y Constanza arreglan los cabellos y el traje de Argentina; la prenden flores; la traen anillos, que se pone, etc., etc. Zelina mirando por todas partes, hasta que ve la llave puesta en la puerta secreta.)

ZELINA

(Aquí no está, y no ha salido;
mas no erré... llave hay allí.)

ARGENTINA

Qué murmuras tras de mí?
(Al volverse ve á Zelina que lleva la mano al carrillo.)
Hola! Conque lo has sentido?
Pues tanto la faz te duele,
ve si te place ese anillo,
y el escozor del carrillo
ese rubí te consuele.
Y advierte que mil criadas
á pies juntillas quisieran
que sus señoras las dieran
anillos y bofetadas.
(Le da uno y lo rehusa.)
Qué es eso?

ZELINA

Os pido perdón.
(Aparte.) Qué valdrá el rubí en mi dedo
si borrar con él no puedo
mi afrenta del corazón?

ARGENTINA

Por Dios, criatura necia,
que estoy, con razón, tentada
de dar otra bofetada
á quien el rubí desprecia.

ZELINA

Pues no tengo libertad,
lo podéis á salvo hacer;
mas que no pude escoger
mi suerte considerad.

ARGENTINA

Silencio, esclava. Naciste
de moros hija, y cautiva,
piensa que sólo estás viva
porque en gracia me caíste.
Pues me placen tus cantares,
cantar es tu obligación;
canta, y dí á tu corazón
que encarcele sus pesares.
Canta, esclava.

ZELINA

Cantaré:
mas quiera el cielo, señora,
que la canción de la mora
más sentimiento no os dé.

ARGENTINA

Arrepentida te quiero;
mas, quién llega?

PAJE

El Conde.

ARGENTINA

Abrid.

ZELINA

(Qué abatido está!)

ARGENTINA

Salid.

ZELINA

(Pero sanará; lo espero.)

ESCENA VIII

EL CONDE *y* ARGENTINA

CONDE

Guárdete Dios, Argentina.

ARGENTINA

Conde, vengáis en buen hora.
Cómo os sentís?

CONDE

Bueno ahora,
pues estoy cerca de tí.

ARGENTINA

Sentáos, tomad aliento;
os cansa mucho el caballo.

CONDE

Dicen los doctores que hallo
alivio á mi mal así,
y obedezco sus consejos;
aunque, en verdad, no imagino
que avanzo mucho camino
con ellos en mi salud.
Y tú, cómo estás? Ya ha mucho
que en mi cuarto no te veo.

ARGENTINA

Mis visitas escaseo,
y hago con exactitud
lo que mandan los doctores.
Mi presencia os empeora.

CONDE

Argentina encantadora,
ah! no los creas, por Dios!
Tu presencia me es un bálsamo
que mis cuitas adormece;
tu presencia me parece
que mi salud trae en pos.
Oh bellísima Argentina,
luz de mis ojos radiante,
desde el fortunado instante
en que por dicha te ví,
mi voluntad, mi deseo

á más ventura no alcanza
que á la segura esperanza
de tenerte junto á mí.
De noche, allá en mis delirios,
tu imagen se me aparece,
y el alma se me estremece
con tan dichosa ilusión.
La luz que radia tu rostro
mi corazón ilumina,
que hasta en tu sombra, Argentina,
te adora mi corazón.
De día ansioso te busco,
y si en el jardín paseo,
dichoso además me creo
si, de la reja á través,
alcanzo tu sombra errante,
aun sabiendo, vida mía!
que mi amorosa agonía
ni te imaginas, ni ves.
Mas tú entre tanto me esquivas,
y sola, y triste, encerrada
una tras otra jornada
en tu aposento te estás.
Algunas veces me han dicho
que baña el llanto tus ojos...
Por qué, dí, son tus enojos?
Lloras tu patria quizás?

ARGENTINA

Tal vez, señor; de Castilla
nacida en verdad muy lejos,
la razón ni los consejos
bastar no podrán tal vez
(y os lo confieso con lágrimas)
á borrar de mi memoria
la melancólica historia
de mi dichosa niñez.

CONDE

Pues bien; no quiero que nunca
ni aun caprichos se te nieguen.
Dentro de un mes, cuando lleguen
las puras auras de Abril,
partiremos á Tolosa;
verás otra vez al Conde
tu padre, sí; iremos donde
quiera tu anhelo infantil.
Yo uniré á tí mi destino,
oh bellísima francesa!
sé en Castilla la Condesa,
y donde te plazca ve.
Yo iré contigo, y al lado
de quien tan fino te adora,
tú serás reina y señora,
y yo tu esclavo seré.

ARGENTINA

Generoso castellano! *(De rodillas.)*
Cómo pagar tus finezas?

CONDE

De nuevo á llorar empiezas!

ARGENTINA

De gratitud, Conde, sí.

CONDE

No te amo? Paloma mía!
en contemplarte, en quererte,
qué hago de más, si la muerte
me fuera dulce por tí?
Pero basta; alza, Argentina;
veo que un pesar secreto
te acosa; calla su objeto,
no quiero saberle, no.
Si tengo en su causa parte,
quiero, Argentina, purgarla;
necio fuera en preguntarla,
debo corregirla yo.
Mas oigo en esa antesala
rumor...

ESCENA IX

DICHOS *y* UN PAJE

PAJE

Vuestros caballeros,
señor, y vuestros monteros
vienen orden á pedir
para mañana.

CONDE

Argentina,
recíbeles tú; me siento

cansado, y no tengo aliento
sus cumplidos para oir.
Ay!

ARGENTINA

Suspiráis?

CONDE

De fatiga.
Era tan terco el caballo
en que corrí...

ARGENTINA

Si os obliga
el sueño...

CONDE

No, dulce amiga;
mas perezoso me hallo.

ARGENTINA

Queréis reposar?

CONDE

No á fe;
que mandaras me pluguiera
á los pajes que ahí dejé,
que apronten una litera,
que volver no quiero á pie.
Húmeda la noche está,
y es tarde, Argentina, ya
para cruzar el espacio
de los jardines que va
á mi aposento en palacio.
Si en tanto no te desplace,
oyera de buena gana
esa que prodigios hace
esclava mahometana.

ARGENTINA

Yo os la enviaré.

CONDE

Que me place.

ESCENA X

EL CONDE

Ay de mí! Tan cariñoso
con ella y tan complaciente,
tan rendido y cuidadoso,
y ella siempre con su esposo
tan fría é indiferente!
Siempre en su Francia pensando!
Siempre encerrada y llorando!
Maravilla es en verdad!
Mas si otro amor lamentando...
callad, sospechas, callad!
Dejadme, celos, gozar
en esta ilusoria calma;
sí, dejádmelo ignorar,
no hagáis más agria brotar
vuestra ponzoña en el alma.
Los celos son, ay de mí!
mis dolores; celos son
de mi mal la causa, sí;
el mal que sufro está aquí,
en mi pobre corazón.
Si es que rendirse no puede
á mi amor su ánima esquiva,
con sus ilusiones viva,
con sus memorias se quede;
mas si otro amor la cautiva,
si no bastándola el mío
en otro amorosa piensa
con criminal desvarío,
oh! el hilo de su desvío
me llevará hasta mi ofensa.

ESCENA XI

EL CONDE *y* ZELINA

CONDE

Hola! Bien venida, mora.

ZELINA

Háme dicho mi señora
que era vuestra voluntad...

CONDE

Oirte, sí; sea en buen hora;
veamos tu habilidad.

ZELINA

La música es un consuelo
que calma nuestra inquietud.

CONDE

Siempre como don del cielo
la miré.

ZELINA

Aleja el desvelo
y avecina la salud.
Yo en mis pesares, señor,
con ella me lo procuro,
y adormece mi dolor;
canto mis cuitas, mi amor,
y dichosa me figuro.

CONDE

Conque amas?

ZELINA

Sí; con fatal
elección.

CONDE

Luego el objeto
de tu amor te paga mal?

ZELINA

Sí, mas con razón.

CONDE

Con cuál?

ZELINA

Este es, señor, mi secreto.

CONDE

Quiero respetarle, pues;
mas yo no soy un tirano,
y si con mi empeño ves
que más fácil...

ZELINA

Así es;
pero intentarlo es en vano.

CONDE

En curiosidad me ponen
tus palabras, pobre mora.

ZELINA

Tales ruegos se interponen,
que harán mi lengua traidora
si á mi silencio se oponen.

CONDE

No insisto más si te enojo.

ZELINA

Os agradezco el favor.

CONDE

Dicen siempre que el amor
es de zarzas un manojo.

ZELINA

Y la música, señor?
(Preludia la mora en el arpa.)

CONDE

Tienes razón; ya te escucho,
con mi cansancio, aunque lucho.

ZELINA

(Zelina, esta es la ocasión.)

CONDE

Ya de preludios es mucho.
Vamos, mora, á la canción.

ZELINA

(Canta.) «Ay del que fía insensato
»en el amor de una bella,
»si guarda en silencio ella
»ponzoña en el corazón!
»Ay del que infiel
»adora á una hermosa que no le ama á él!»

CONDE

Deja cantigas de amor,
y más si son lastimeras.

ZELINA

Qué cantaré?

CONDE

Lo que quieras;
no endechas, que es la mejor
un tejido de quimeras.

ZELINA

(Canta.) «Ay del que fía, insensato,
»en aposento que tiene
»dos puertas, por donde viene
»y se esconde la traición!
»Ay del que fiel
»conserva la jaula y el ave no es del!»

(El Conde presta cada vez más atención al cantar de la mora; cuando ésta concluye, el Conde ha recorrido con la vista el aposento y visto las dos puertas.—La mora sigue preludiando hasta que el Conde, al mirarla, la sorprende con la vista clavada en él.)

CONDE

(Aparte.) Qué escucho! Es esto un aviso?

ZELINA

(Aparte.) Lo ha comprendido. Vencí.

CONDE

(Aparte.) Traición escondida aquí
sin duda advertirme quiso.
Siendo de enemiga casta
el esclavo y el señor...
(La mira, etc.)
Hola! Al buen entendedor
media palabra le basta.—
Zelina?

ZELINA

Qué me mandáis?

CONDE

Quién te enseñó la canción
que he escuchado?

ZELINA

Un bofetón.

CONDE

Tales maestros usáis
los moros para cantar?

ZELINA

Nos los prestan los cristianos,
que tienen largas las manos
y nos hacen estudiar.

CONDE

Vosotros en recompensa
les mostraréis...

ZELINA

Que un secreto
vale mucho bien sujeto
con los nudos de una ofensa.

CONDE

Y el secreto al denunciar,
tendréis ya medios seguros.

ZELINA

Las ventanas y los muros,
que nunca podrán hablar.

CONDE

La revelación empieza,
y ve que vale en verdad,
lo cierto, la libertad,
y lo falso, la cabeza.

ZELINA

Señor...

CONDE

No tiene otro fin.

ZELINA

Pues bien; quien usarla sabe,
puede abrir con esta llave
á quien entre en el jardín.
Y vos no habréis olvidado

que ese escondido retrete
(Le muestra, y el Conde se entera de cuanto le va diciendo.)
conduce á este gabinete
por corredor excusado.

CONDE

La totalidad revela.

ZELINA

Un astuto observador
de este camarín, señor,
es del cuarto centinela.

CONDE

De tu camarín?

ZELINA

Del mío;
con un pequeño rodeo
se llega á él; si el deseo
os aqueja, yo os le fío.

CONDE

Luego aquí...

ZELINA

Esperando están
á un hombre que otro anunció.

CONDE

Les vistes tú?

ZELINA

Verles no;
mas con cauteloso afán
de cerca les escuché.

CONDE

Y son dos?

ZELINA

Dos.

CONDE

Hombres?

ZELINA

Hombres.

CONDE

Oíste acaso sus nombres?

ZELINA

No pude oirles á fe.
Y hablaron con tiento tal,
que aun fué mucho comprender.
(Después de un momento de pausa, el Conde la dice con inteligencia:)

CONDE

Ella dijo...?

ZELINA

Idle á traer.

CONDE

Y él?

ZELINA

Haced vos la señal.

CONDE

Que me cansó tu canción
dirás, y que me marché.
(Dándola un anillo.)
Y si eso te cura ve
la señal del bofetón.

ZELINA

Prenda de tan soberano
valor, pierde en poder
de una esclava; otra ha de ser
mi prenda.

CONDE

Cuál?

ZELINA

Vuestra mano.
(Se la da y besa.)

CONDE

Tu labio abrasa.

ZELINA

Y también
vuestra mano.

CONDE

Celos son.

ZELINA

Los hay en mi corazón,
qué extraño que fuego den?

CONDE

(Con intención ha besado!)

ZELINA

(Con placer lo ha recibido!)

CONDE

(Del corazón la ha salido!) *(Váse.)*

ZELINA

(Al corazón le ha llegado!)

ESCENA XII

ZELINA

Oh! Echado habías, señora,
muy torpemente la cuenta,
que es un guarismo una afrenta
y muy exacta una mora.
Sin esa injuria cruel,
yo con mi dolor callara,
mas ya estamos cara á cara,
yo contigo y tú con él.
Un año de esclavitud,
bajo poder tan tirano,
adiestra mucho la mano
y adelgaza la virtud.
Cuando queráis escondidos
vuestros secretos tener,
procurad, necios, haber
siervos sin ojos ni oídos,
y esclava buscad menguada
cuyo descuido indiscreto
no sepa con un secreto
vengar una bofetada.

ESCENA XIII

ZELINA *y* ARGENTINA

ARGENTINA

Y el Conde?

ZELINA

Fuese indignado.

ARGENTINA

Indignado, mas por qué?

ZELINA

Mi canción sin duda fué
lo que tanto le ha enojado.

ARGENTINA

Ira de Dios!

ZELINA

Hice yo
lo que pude en mi cantar;
mas no le debió agradar,
que á la mitad lo dejó.

ARGENTINA

Sin pajes...

ZELINA

Tal fué su enojo,
que ni á esperar su litera
logré que se detuviera.
De enfermo fué algún antojo.

ARGENTINA

(Pues tal antojo me agrada.)

ZELINA

Os entraré á desnudar?

ARGENTINA

No. Vete.

ZELINA

Váis...?

ARGENTINA

Á rezar.

ZELINA

Entonces no digo nada.
Buenas noches.

ARGENTINA

Dios te guarde.

ESCENA XIV

ARGENTINA

Por qué con tanta opresión
me palpita el corazón
acongojado y cobarde?
Yo misma á llamarle envié,
mas ojalá no viniera;
mi alma le ansía, le espera,
mas se avergüenza mi fe.
Ese noble castellano
me antepone á todo, sí,
y he de pagarle, ay de mí!
con proceder tan villano!
Á Francia, me dijo, irás,
donde quieras, porque al cabo,
yo siempre seré el esclavo,
y tú la reina serás.
Conoce mi desamor
y respeta mi secreto;
yo también tendré respeto,
á lo menos á su honor.
Vendrá Lotario, vendrá,
pero verá mi esquivez,
y será la última vez
que mi acento escuchará.
Yo le negaré mi amor,
á mi corazón traidora,
y que parta con la aurora
el osado seductor.
Cierro y aguardo serena
la hora del sacrificio...
No sé si mi pobre juicio
podrá con tan honda pena!
Mas oigo abrir el cancel;
sí, suben al caracol... *(Escuchando.)*
y aun no hizo seña el farol;
oh! sí, le conozco; es él.

ESCENA XV

ARGENTINA *y* LOTARIO

ARGENTINA

Lotario!

LOTARIO

Argentina mía!

ARGENTINA

Silencio. Cómo has osado
sin que yo te haya avisado...?

LOTARIO

Esperar más no podía.
Del Conde ví la litera
el jardín atravesar,
y no pude refrenar
mi impaciencia. Tal vez era
muy arriesgada mi acción;
mas perdona, hermosa mía;
desde el jardín te veía
por ese abierto balcón.
Sabiendo que me esperabas,
dije: «Prevenida está,
pues que me llama.»

ARGENTINA

Y quizá
con una ilusión gozabas!

LOTARIO

Con una ilusión?

ARGENTINA

Sí, sí;
todo es mentira. Lotario,
con el alba es necesario
que partas lejos de mí.
Vuelve [illegible] Roquefort;
[illegible] de Burgos, y mira

que ha sido mi fe mentira,
mentira todo mi amor.

LOTARIO

Mentira dices que fué!
Las lágrimas de tus ojos
desmienten esos enojos
que finges... no sé por qué.

ARGENTINA

No lo sabes, insensato!
y en Burgos soy la Condesa?

LOTARIO

Y tanta anterior promesa
de tu amor?

ARGENTINA

Y mi recato?

LOTARIO

Por fuerza tu padre vino
tu mano al Conde á ofrecer.

ARGENTINA

La fuerza no puede hacer
menos cierto mi destino.

LOTARIO

No le amas?

ARGENTINA

Guardo su honor.

LOTARIO

Tu corazón es primero.

ARGENTINA

Yo á mi pasión le prefiero.

LOTARIO

Argentina, eso es amor.
Yo día y noche he corrido
por verte, oh necia locura!
y á tu palacio, perjura!
me has llamado y me has vendido.
Sí; yo en la corte, dichosa
te hubiera visto mañana,
y al ver tu esquivez tirana;
me hubiera vuelto á Tolosa.
Yo maldijera quizá
tu inconstancia ó tu capricho,
mas siempre me hubiera dicho:
al fin, bien casada está.
Mas comprendo tu traición;
para creer en tu fineza,
de Lotario la cabeza
te pondrá por condición.
Y tú, tan pérfida ya
como ese vil castellano,
vas á ponerla en su mano,
con complacencia quizá.
No; si tu intención es ésa,
no eres tú la que yo amé,
ni por quien aquí llegué,
ni Argentina, ni francesa.

ARGENTINA

Qué delirio te trastorna!
Venderte yo, que te adoro,
que atropello mi decoro?

LOTARIO

Gracias al cielo que torna
á tu mente la razón;
pues mi falso desvarío
te hizo confesar por mío
tu rebelde corazón.
Ya me lo has dicho, me adoras;
ya te arranqué, á tu pesar,
el secreto que ocultar
me querías... Mira... Lloras.
Y las lágrimas no salen
sino de un alma apenada,
y yo, Argentina adorada,
sé lo que las tuyas valen.
Te has dejado seducir
por mi fingido furor;
confiesa por fin tu amor,
porque no sabes fingir.

ARGENTINA

Oh! Sí, te adoro, es verdad;
tu imagen de mi memoria
no se apartó, fué mi gloria,
mas cállalo, por piedad!

Siento que tu amor me venza,
que mi obligación mancilla,
y esta confesión me humilla,
la ingratitud me avergüenza.

LOTARIO

La ingratitud... Y con quién?
Tú has dicho á ese castellano
tuya soy? Lleve mi mano,
dijiste, á quien se la den.
Tu padre, por su interés,
por miedo acaso á una guerra,
compró un puñado de tierra
ofreciéndote á sus pies.
Te echó de tu dulce Francia,
y te arrancó de mis brazos,
sin ver que hacía pedazos
los sueños de nuestra infancia.
Pues bien; tú cumpliste ya;
te casaste con su gusto,
que el tuyo se cumpla es justo;
si quieres, se cumplirá.
Tú eres la heredera sola
de Tolosa; su condado
para tí está reservado,
y no has nacido española.
Huyamos de España, pues;
tu herencia y persona en vano
reclamará el castellano
cuando en Roquefort estés.
Que el moro, con cruda guerra,
su venganza atajará,
y el pobre Conde harto hará
con defenderse en su tierra.
Todo ello será un secreto.
Y tu padre, qué ha de hacer?
Nada le da que temer
del Conde el inútil reto.

ARGENTINA

Mentía si te dijera
que tan bella perspectiva,
Lotario, no me cautiva;
que es á fe muy lisonjera,
mas...

LOTARIO

Qué dudas! Argentina,
traigo gente; intrepidez
nunca me faltó.

ARGENTINA

Tal vez
tu confianza te alucina.

LOTARIO

No me amas.

ARGENTINA

No digas tal,
Lotario, cuando aún te escucho;
pero me rinde, aunque lucho,
presentimiento fatal.

LOTARIO

Necios agüeros, quién cree?
Con valor, qué hay que arriesgar?

ARGENTINA

Déjame reflexionar,
y yo me resolveré.

LOTARIO

La tregua será muy corta.

ARGENTINA

Sólo un día.

LOTARIO

Uno no más.
Mañana...

ARGENTINA

Al jardín vendrás
como hoy.

LOTARIO

Mucho es, mas no importa.

ARGENTINA

Irrevocable ha de ser
mi decisión.

LOTARIO

Sí, á fe mía.

ARGENTINA

Ea pues, sal, que está el día
muy próximo á amanecer.

LOTARIO

Adiós, amor mío.

ARGENTINA

Adiós,
mi Lotario, y por tu vida
que te guardes bien.

LOTARIO

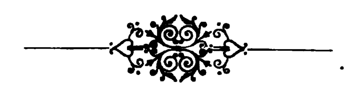
Descuida.
Que... voy de la dicha en pos.
(Mientras Argentina despide á Lotario, que se va por la puerta secreta, el Conde asoma por el camarín de la mora, y al volverse Argentina, después de haber vuelto á cerrar la puerta, se encuentra cara á cara con él, que se llega á ella y la toma por el brazo con frialdad.)

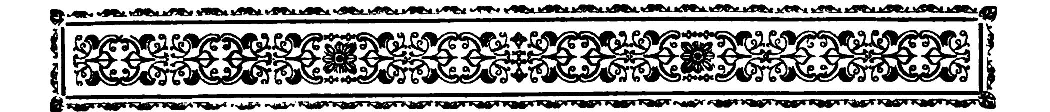
ARGENTINA

(Aterrada.) Cielos!

CONDE

Le dejo salir
con mi coraje, aunque lucho,
porque á tí te quiero mucho
y él mañana ha de venir.
Mas si de ese seductor
te arrastraran los conjuros,
cenizas haré los muros
de Tolosa y Roquefort.
(Argentina cae de rodillas.)





ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

EL CONDE, *sentado en actitud de atención agradable;* ZELINA *cerca de él, pero algo hacia su espalda, sentada en unos cojines, cantando al arpa.*

(Preludio largo)

ZELINA

(Canta.) «Auras de Abril, si algún día
»cruzáis murmurando el mar,
»decid á la patria mía
»que por él no he de pasar.
»Si he de vivir como ahora,
»id al África, y contad
»que aquí dichosa una mora
»despreció su libertad.»
«Decid del tostado moro
»en el campesino adoar,
»que el bien que en secreto adoro
»no me la deja llorar.
»Si he de vivir como ahora,
»id al África y contad
»que aquí dichosa una mora
»despreció la libertad.»

CONDE

Dichosa tú, si en tu labio
no miente tu corazón,
que olvidas tu condición,
tu esclavitud y tu agravio,
al compás de una canción.

ZELINA

La música es un consuelo
que sosiega la inquietud,
y amor, que es hijo del cielo,
puede hacer flores del hielo,
placer de la esclavitud.

CONDE

El amor! Sólo ha brotado
rudas zarzas para mí,
que el corazón me han llagado.

ZELINA

El objeto habréis errado
de vuestro amor.

CONDE

Lo erré, sí.

ZELINA

Amor es Dios, y jamás
en sus fallos se equivoca,
y las almas á quien toca
con su harpón, lleva detrás
en rueda enredada y loca.
Creencias, tierra, esquivez
estrechan dos corazones
á aborrecerse, y tal vez,

por esta misma estrechez,
empiezan grandes pasiones.
Mas aunque razón, fe y tierra
acerquen mucho á otros dos,
si en ellos amor no encierra
su afición, siempre, por Dios!
se harán invencible guerra.

CONDE

Eso á mí me sucedió,
Zelina; amoroso, ufano,
mi corazón se rindió;
mas el suyo no tocó
amor, y mi afán fué vano.

ZELINA

También me sucede así,
señor; alcancé un objeto
digno de mi amor, le dí
mi corazón, y, ay de mí!
mi amor no es más que un secreto.
Yo no le puedo ocultar,
ni manifestar mi fe;
continuamente pasar
le veo, acaso me ve,
y pasa, y... rompo á llorar.

CONDE

Pobre esclava! Tus servicios
merecen mi gratitud;
yo sé que á tus sacrificios,
á tus desvelos y oficios
debo tal vez mi salud.
Yo sé que en tapiz estrecho,
tendido al pie de mi lecho,
noches de vela afanosa
has pasado cuidadosa,
desvelada en mi provecho.
Yo sé que sólo tu mano
con tierno afán me ofrecía
el bálsamo soberano
que la salud me volvía;
mas no lo habrás hecho en vano.
Habla; si con esquivez
te mira el hombre á quien amas,
por tu condición tal vez,
habla, Zelina; á las damas
te igualaré de más prez.
Te daré la libertad,
y mis tesoros con ella;
te haré tan noble, en verdad,
que envidie tu vanidad
la cortesana más bella.
Si entonces, á pesar mío,
aun no le rindes, Zelina,
y tuerces tanto desvío,
serás, con ese hombre frío,
lo que yo con Argentina.
Un ser inútil, menguado,
á quien sobra un corazón
ardiente y enamorado,
que su amor ha equivocado
y que pide compasión.

ZELINA

Nosotras, las africanas,
somos, señor, muy altivas,
y en esas almas tiranas
queremos, aunque cautivas,
entrar como soberanas.
Esos afeites postizos
son reclamos echadizos
que desdeña mi ambición;
para vencer con hechizos
me basta mi corazón.
Si el fuego que en él se encierra
no me conquista mi amor
en franca amorosa guerra,
nunca ha de faltarme tierra
sobre que llorar, señor.
Pero yo os canso sin duda
con mis necias relaciones;
qué sabe una esclava ruda
de lo que rompe ni anuda
tan sublimes aficiones? *(Hace que se va.)*

CONDE

No, por mi vida, Zelina.
No te apartes de mi lado;
tu voz es tan peregrina
que da á mi fe mortecina
un impulso inesperado.
Ven tú, el único testigo
del triste error de mi esposa,
á ser mi guía, mi amigo,
que esta ofensa vergonzosa

quiero consultar contigo.
Crece, oyéndote, mi fe;
crece, oyéndote, mi amor
á la ingrata que adoré,
y al fin la perdonaré
si me hablas en su favor.
Y tú, que como ella hermosa
y como yo enamorada,
ves mi situación penosa,
sé entre el esposo y la esposa
medianera y abogada.

ZELINA

Yo no sé nunca rogar
ni por otros ni por mí;
yo, cual sé en silencio amar,
cuando una ofensa sentí,
me sé en silencio vengar.
Buscad otro consejero,
señor, que os hable en su abono;
mi corazón es tan fiero,
que cuando odio y cuando quiero,
ni me olvido, ni perdono.

CONDE

Eso te dice, Zelina,
tu corazón africano,
que á la venganza se inclina.

ZELINA

Y eso el honor determina
que haga un noble castellano.
Ese atrevido francés
que entró una noche en su cuarto,
contándolo irá después,
y con una afrenta es harto
para quien honrado es.

CONDE

Pues la muerte le haré dar
y callaré su arrogancia.

ZELINA

Á él sólo habéis de matar?
Creéis que, nacida en Francia,
ella os lo ha de perdonar?

CONDE

Esclava!

ZELINA

El vulgo insensato
será fuerza que se asombre;
no faltará un mentecato
que pregunte sin recato:
«Por qué asesinan á ese hombre?»
Y esta pregunta mordaz,
extendida en breve espacio
por toda vuestra ciudad,
vendrá á retumbar tenaz
dentro de vuestro palacio.
Qué la podréis responder?
Nada, y con eco infinito,
lo que era murmullo ayer,
crecerá hasta ser un grito
que diga... *por su mujer*.

CONDE

Tienes razón, ay de mí!
Mas la amo tanto!

ZELINA

Eso sí;
todo el amor lo perdona,
todo lo olvida y lo abona...
no en África... eso es aquí.

CONDE

Esclava! Tú la aborreces,
y por eso me aconsejas
lo que tú sola mereces;
no insistas, pues, muchas veces.

ZELINA

(Con ironía.)
Oh! Si yo así vuestras quejas
oyera tan sin piedad
como me acabáis de oir
mi parecer, en verdad
que vos vuestra enfermedad
concluyérais con morir.
Consultad, pues, vuestro amor
y no vuestros intereses,
y de ese modo, señor,
el castellano valor
despreciarán los franceses.
Porque sabrán que Castilla,

esclava de los placeres,
ante sus damas se humilla,
y contra vos, con mancilla,
harán levas de mujeres.

CONDE

Ten la lengua, vive Dios!
que recordó tal injuria.
Zelina, mueran los dos.

ZELINA

Mas tened cuenta que á vos
no os perjudique esa furia.
Vengáos, mas con cordura;
una venganza buscad
pronta, sí, pero segura,
donde el vulgo que murmura
adivine la verdad.

CONDE

Pues bien, busca tú el camino;
en ese crimen mezquino
yo tener parte no quiero;
sentenciaré justiciero,
mas no mataré asesino.
Esta noche ha de venir;
da el encargo á algún villano,
y hazle tú misma cumplir,
si es que le quiere admitir
algún pobre castellano.
(Ruido dentro.)
Qué ruido es éste?

ESCENA II

EL CONDE, ZELINA *y* UN CABALLERO

CABALLERO

Señor,
por esos montes vecinos
se ve cada vez mayor
de hogueras el resplandor
que encienden los campesinos.

CONDE

Vive Dios! Esas hogueras
nos avisan que los moros
pasaron nuestras fronteras.
Mandad salir mis banderas
y derramar mis tesoros.
Mi ejército tengo junto
para salir á afrontallos.
Liza fatal les barrunto!
Que venga Egidio, y al punto
que se ensillen mis caballos!
(Váse el caballero.)

ESCENA III

EL CONDE *y* ZELINA

ZELINA

Váis al combate, señor?

CONDE

Sí, que es cumplir con mi oficio.

ZELINA

Ved que aun os falta vigor.

CONDE

Me aprovecha el ejercicio,
y la guerra es el mejor.

ESCENA IV

EL CONDE, ZELINA *y* EGIDIO

CONDE

Hola! Os estaba aguardando.
Vos sois mi amigo más fiel;
mientras que yo esté lidiando,
de Burgos tendréis el mando;
si muero, alzáos con él.

EGIDIO

Don García, y la Condesa?

CONDE

Egidio, es mi voluntad;
no quiero que en mi ciudad
mande nunca una francesa.
Obedeced y callad.

ESCENA V

EL CONDE *y* ZELINA

CONDE

Tú es fuerza que mi honra cuides,
Zelina; escúchame bien,
y mis palabras no olvides;
esa venganza detén.
Si ese hombre viene á palacio
esta noche, haz que le prendan,
mas cuenta que no le ofendan
de mi ausencia en el espacio.
Toma ese anillo con sello
de mi casa; en ella ahora
mandarás como señora;
pero peligra tu cuello
si me vendes... Oye, pues.
Si muero en esta jornada,
enviarás á esa menguada
á Francia con su francés.
Guárdalos presos si no;
que es tanto lo que la quiero,
que la perdono, si muero;
sí; logre otro lo que yo
de ella jamás alcancé.
Y que me lo deba á mí;
entendistes?

ZELINA

Sí, á mi fe.

CONDE

Todo cederá ante tí
con ese anillo condal;
ese tu cabeza escuda,
y á tenerla de hoy te ayuda
en los hombros bien ó mal.

ESCENA VI

ZELINA

Está bien; si acaso muero,
váyanse á Francia los dos...!
Y quien pierda, vive Dios!
seré yo sola... No quiero.
Si vence y vuelve, la gloria
su venganza acallará,
y de su amor volverá
á encenderse la memoria.
No han de salir de Castilla
mientras no pueda él tornar;
yo mi amor sabré vengar,
pretextando su mancilla.
No; entonces, qué adelantaba?
Tarde ó pronto, esa mujer
volviera orgullosa á ser
la señora, y yo la esclava.
Volviera sobre mi faz
con ira á poner su mano,
y con sarcasmo inhumano
volviera á decirme audaz:
«Silencio, esclava. Naciste
de moros hija, y cautiva,
piensa que sólo estás viva
porque en gracia me caiste.
Pues me placen tus cantares,
cantar es tu obligación;
canta y dí á tu corazón
que encarcele sus pesares.»
Y sujeta á sus antojos,
volvería yo á cantar,
y en mi rabia, á devorar
las lágrimas de mis ojos!
No; lidiemos desde ahora
cara á cara y por igual,
y alcance el triunfo cabal
ó la francesa ó la mora.
Hassan!

ESCENA VII

ZELINA *y* HASSAN

ZELINA

Conoces el sello
que el Conde acostumbra á usar?

HASSAN

Sí, como el perro el collar
con que le amarran el cuello.

ZELINA

Harás, pues, cuanto disponga
quien con él ciña su dedo?

HASSAN

Y qué otra cosa hacer puedo?
Haré cuanto me proponga.

ZELINA

Mira.

HASSAN

El anillo! Sultana,
á vuestro esclavo mandad. *(De rodillas.)*

ZELINA

Sírveme bien, y mañana
cobrarás la libertad.

HASSAN

Bella hourí que el Paraíso
en mis hierros me haces ver,
quién te dió tanto poder?

ZELINA

Hassan, quien pudo y quien quiso.
Y aprende, ó cuéntate muerto,
si has de vivir junto á mí,
que tan siervo eres aquí,
Hassan, como en el desierto.

HASSAN

Perdón, sultana, perdón!

ZELINA

Levanta y escucha bien.
Este desde hoy es mi harem,
guardarle tu obligación.
La que hasta aquí fué señora,
desde este punto es la esclava,
y el puesto que ella ocupaba
le ocupa desde hoy la mora.
Ningún cristiano querría
tomar tal cargo sin mengua,
y á más, ninguno sabría
poner un freno á su lengua.
Entiendes?

HASSAN

Sí.

ZELINA

La francesa,
de su misma habitación
en el último salón,
bajo esta llave está presa.
Tómala, y hazla salir.
(Hassan entra en la habitación de la Condesa.)

ESCENA VIII

ZELINA, *después* ARGENTINA *y* HASSAN

ZELINA

Ahora saber es preciso
si al cabo, sin otro aviso,
el francés ha de venir.

ARGENTINA

Aquí Zelina? *(Saliendo.)*

ZELINA

Aquí estoy.

ARGENTINA

Creía...

ZELINA

Que el Conde fuera
quien os llamase.

ARGENTINA

Eso era.

ZELINA

Pues no, Condesa, yo soy.
Sentáos. Esclavo, sal.

ARGENTINA

Qué hace en mi cuarto ese moro?

ZELINA

Llaves pone á su tesoro
á su gusto cada cual.

ARGENTINA

Nunca al Conde poner ví
su confianza en tal gente.

ZELINA

Condesa, no es al presente
el Conde quien manda aquí.

ARGENTINA

No entiendo...!

ZELINA

No habéis oído
los atambores tocar?
Pues tras ellos á lidiar
el Conde al campo ha salido,
y me deja en su lugar.

ARGENTINA

Á tí? *(Con desprecio.)*

ZELINA

Á mí; mirad su anillo,
ante el cual todo se humilla;
ya véis que soy en Castilla
cautiva de horca y cuchillo.

ARGENTINA

Á tí el Conde ese favor?

ZELINA

Á mí, y en vuestra presencia.
No es verdad que la insolencia
no puede ya ser mayor?
No es cierto que necesita
mucha destreza, señora,
para subir una mora
desde esclava á favorita?
No lo entendéis? La jugada
es cosa á fe de sorpresa.
Pero muy pronto, Condesa,
olvidáis mi bofetada.

ARGENTINA

Esclava, olvidas quién soy?
Olvidas que ese descaro
puede costarte muy caro?

ZELINA

Ayer pudiera, no hoy.

ARGENTINA

De mi boca una palabra
puede costarte la vida.

ZELINA

Decidla, si sois servida;
mas no haya miedo que se abra
esa puerta á vuestra voz,
no; yo os tengo en mi poder,
y del bofetón de ayer
el desquite será atroz.

ARGENTINA

Cómo! Osas tú, sierva vil,
amenazarme?

ZELINA

Quién sabe?
Conocéis bien esta llave?

ARGENTINA

Cielos!

ZELINA

Si un mozo gentil, *(Con ironía.)*
oculto en ese verjel,
una noche os esperara,
decid, no os acomodara
para abrirle ese cancel?

ARGENTINA

Ah! Tú también me haces cargos!
Quién te contó, desdichada,
mi afrenta?

ZELINA

Una bofetada
puede hacer de un topo un Argos.

ARGENTINA

Conque tú misma...?

ZELINA

Yo, sí;
cuando con la luz entré,

[redacted]

ver al que entró no logré,
mas sus palabras oí.
Además, no se os esconde
que, siendo yo su cautiva,
debo por mí, mientras viva,
velar el honor del Conde.

ARGENTINA

Mucho miras por su honor!

ZELINA

Aun más de lo que os parece.

ARGENTINA

Y mucho tu audacia crece.

ZELINA

Va á la par con mi favor,
y á tan encumbrada altura
intento con él llegar,
que nadie me ha de alcanzar,
si lo que pienso me dura.

ARGENTINA

Pues asegura tu puesto,
porque te quiero advertir
que, tras de tanto subir,
será caer muy funesto.

ZELINA

Estoy ya bien prevenida,
y no quedará en el orbe
ni un escalón que me estorbe
la bajada ó la subida.
Mas no temáis, recobráos;
quiero yo ser, sí, por Dios,
más generosa que vos.

ARGENTINA

No te comprendo.

ZELINA

Acercáos.
Díjome el Conde al partir:
«Si en esta jornada muero,
con ella, Zelina, quiero
que á Francia le dejes ir.
Guárdales presos si no.»
Ahora bien; muerto ó triunfante,
de esta noche en adelante
que no os vea quiero yo.
Os ama con ceguedad,
y si os escucha, os perdona,
que todo el amor lo abona...
en quien ama con verdad.
En cuanto á él, es otra cosa;
si vuelve, le hará morir;
y á fe que le hará sufrir
muerte dura y afrentosa.
Escoged, pues; si os quedáis,
todo lo recobraréis,
mas no le satisfaréis
si á ese galán no matáis.

ARGENTINA

Oh! No. Nunca.

ZELINA

Querrá el Conde
que á ello déis consentimiento;
sólo esa prueba responde
de vuestro arrepentimiento.

ARGENTINA

Yo consentir en matarle?
No, Zelina.

ZELINA

En ese caso,
solamente resta un paso
por donde poder salvarle.

ARGENTINA

Que huya?

ZELINA

No; el Conde volviera,
y si al francés no encontrara,
á ambas á dos nos matara,
y á fe que justicia fuera.

ARGENTINA

Justicia!

ZELINA

Pues no miráis

que en salvarle sólo á él,
de vuestra conducta infiel
satisfacción no le dáis?
Mientras viva ese galán,
siempre ha de estar sospechando
que vos le estáis esperando
con bien escondido afán.

ARGENTINA

Entonces...!

ZELINA

No lo entendéis?
Andáis torpe, vive Dios!
Qué dificultad tenéis?
Idos á Francia los dos.
Yo os haré franco camino.

ARGENTINA

Mas, no comprendo, Zelina...

ZELINA

Si se queda, le asesina.
Condesa, ese es su destino.

ARGENTINA

No; á sus pies me arrojaré.
Conde, no es harta distancia
la que hay de Burgos á Francia?
con lágrimas le diré.
Es cierto, le amé y me amó;
vino creyéndome infiel;
seamos felices sin él.

ZELINA

Condesa, y lo seré yo?

ARGENTINA

Tú! Pues bien; solo testigo
del crimen y del perdón,
tendrás, sin contradicción,
favor con él y conmigo.

ZELINA

No me basta.

ARGENTINA

Libertad...

ZELINA

No me basta.

ARGENTINA

Qué más quieres?

ZELINA

Quiero que de dos mujeres
quedemos en la mitad.

ARGENTINA

Insensata!

ZELINA

Ó vos ó yo.
Habéis puesto en mí la mano,
porque el favor soberano
al ponerla os escudó;
por veros en tal altura
pudísteisme á salvo dar;
quiero, pues, vuestro lugar
para enseñaros cordura.
Me habéis comprendido ya?
Pues bien; partid con ese hombre,
mudad patria, traje y nombre,
y os perdonaré quizá.
Y ved si en ello medita
lo que la cuesta, señora,
el ascender á una mora
desde esclava á favorita.

ARGENTINA

Oh! Me atosiga el coraje!

ZELINA

Tal vez osáis resistir!
Mas no me hagáis otro ultraje,
porque os llevará á morir.
Cuándo vendrá ese galán?
(Argentina mira con inquietud por todas partes, fijando un momento la vista en el balcón, y dice Zelina comprendiéndolo:)
Hola! Esta noche... Pues bien;
caballos haré que os den,
y huid, que no os seguirán;
y huid hoy, porque mañana,
si esta clemencia me pesa,

vuestra injuria de francesa
vengaré como africana.

ARGENTINA

Huir!

ZELINA

No hay otro camino;
me ultrajásteis con encono,
y pues la vida os perdono,
bendecid vuestro destino.
Y no os queda otra esperanza,
ú os inmolan con furor
vuestro marido á su honor
y la mora á su venganza.
Pero, silencio! Oigo ruido
debajo de ese balcón.
Os habéis estremecido!
Me lo daba el corazón.
Entrad en vuestro aposento.
(Entra Argentina y la cierra.)

ESCENA IX

ZELINA

Y pues tengo unos instantes,
asegurarme quiero antes
del éxito del intento,
no sea que por torpeza,
equivocando el camino,
venga á caer su destino
después sobre mi cabeza.
Hassan.

ESCENA X

ZELINA *y* HASSAN

ZELINA

Dos caballos pon
á la puerta del jardín,
mas atiende con qué fin:
por ellos con precaución
dos personas bajarán.
Si en el balcón ves lucir
esta luz, déjalos ir;
si no, mátalos, Hassan.
Entiendes?

HASSAN

Creo que sí;
si hay luz, ir les dejaré;
si no hay luz, les mataré.
Y después?

ZELINA

Vuélvete aquí.

ESCENA XI

ZELINA *y después* LOTARIO

ZELINA

Se irritará el Conde acaso,
mas le diré: huir quisieron,
y por su empeño murieron
al impedirles el paso.
(Llaman á la puerta secreta, y abriendo Zelina, entra Lotario embozado.)
Hablad con tiento y caminad despacio,
señor francés.

LOTARIO

Qué es esto? Y Argentina?

ZELINA

No puede, dueña siendo de palacio,
aguardaros en cámara vecina?

LOTARIO

Ah, está aquí! *(Va á entrar; Zelina le detiene.)*

ZELINA

Ahí está, mas detenéos.

LOTARIO

Qué significa, esclava, esa arrogancia?

ZELINA

Que es preciso acordar con mis deseos
vuestros deseos de volver á Francia.

LOTARIO

Contigo? No te entiendo; habla más claro.

ZELINA

Oid, pues; de esta casa soy señora
en ausencia del Conde; sin mi amparo
nada podéis los dos... Me explico ahora?

LOTARIO

Loca sin duda estás, pero te advierto
que el puñal de mi cinto, si me vendes,
dará en tu corazón golpe más cierto
que el lazo de traición que tú me tiendes.

ZELINA

Muy mal me conocéis; si os le tendiera,
sería tan sutil y tan seguro,
que ni el brazo más firme le rompiera,
ni yo temblara del puñal más duro.

LOTARIO

Tiembla del mío sin embargo, esclava,
porque si tu conducta no te abona,
á la menor sospecha en tí se clava;
delante ve, que es mía tu persona.
De tu voz, de tu acción pende tu suerte;
guía, pues, de Argentina al aposento
sin más efugios, ó te doy la muerte.

ZELINA

Y lograréis con ella vuestro intento?

LOTARIO

Pues bien, escucha: decisión me sobra;
ya estoy aquí, y atrás no he de volverme
sin concluir mi comenzada obra,
que nunca Roquefort del brazo inerme
temió de una mujer.

ZELINA

Por vida mía!
Roquefort habéis dicho?

LOTARIO

Mas, qué veo?
Mi cautiva eres tú!

ZELINA

Y á lo que creo,
Lotario vos.

LOTARIO

Sin duda.

ZELINA

Oh, Dios me guía!
Vos sois quien en las playas solitarias
donde logró arrojarnos la tormenta,
sin escuchar ofertas ni plegarias,
asísteis á la fuerza de nosotros,
cual cosa hallada y de señor exenta,
lanzada por la mar para vosotros.
Y apresásteis mi barco, y los tesoros
robásteis á mi padre, y en cadenas
poner hicísteis á mis siervos moros
al tocar de la playa en las arenas.
Sí; á Roquefort esclavos nos llevásteis;
nos hicísteis dormir con vuestros perros,
y cantar nuestro duelo nos mandásteis
al áspero compás de nuestros hierros.
Vos, torpe, mi cariño codiciando,
la libertad con vos me propusísteis;
yo desprecié vuestro cariño infando,
y vos, para vengaros, me vendísteis.
Pero ved la justicia vengadora
del cielo que se cansa de sufriros;
señor de Roquefort, llegó mi hora;
podéis de vuestra Francia despediros,
porque á los pies de vuestra esclava mora
(Cierra el balcón.)
váis á exhalar los últimos suspiros.

LOTARIO

Tú eres, sí; te conozco en la fiereza
de tu indomable espíritu africano;
tú eres aquella indómita belleza
que el tormentoso mar puso en mi mano.
Te amé, te desprecié, te vendí luego,
mas te desprecio, esclava, todavía,
y con tu vida y tu fortuna juego,
porque burlo tu astucia con la mía.

ZELINA

Aun me desafiáis?

LOTARIO

Sí; el medio elige
de tu venganza que mejor te cuadre;
mas piensa bien que tu furor dirige
una sentencia igual contra tu padre.

ZELINA

Vive mi padre!

LOTARIO

Sí.

ZELINA

Cómo?

LOTARIO

Cautivo
como tú en Roquefort, y allí le espera,
de mi fin de las nuevas al recibo,
la misma suerte con que su amo muera.
Tiemblas? Por Dios! Creiste que olvidaba
que vivías aún, y que tus iras
me acosarían siempre? Necia esclava,
á medirte conmigo en vano aspiras!
Lo oyes, esclava vil? Esta es mi hora!
Tú eres quien postrada has de pedirme,
y ve aquí la justicia vengadora
del cielo que se cansa de sufrirme.

ZELINA

Pero estáis en mi mano en este punto,
y si á mi fe mi cólera atropella,
á una voz de mi boca sois difunto;
zanjemos, pues, en paz nuestra querella.
Va mi destino con el vuestro junto;
dadme á mi padre, y partiréis con ella;
y ved, señor francés, que de otra suerte
asida á vuestro cuello está la muerte.
Y en el cambio no andéis con tal pereza;
excusadme ese gesto de ironía,
que jugamos cabeza por cabeza
y asegurada aquí tengo la mía.

LOTARIO

Bien; consiento.

ZELINA

Firmadme un pergamino
que haga libre á mi padre; á vuestro antojo
término señalad á su destino,
y huid á Roquefort con vuestro arrojo.
Pero mirad que al concluir el plazo
que á su vuelta fijéis, si no parece,
á Roquefort alcanzará mi brazo,
y el muro colosal que le guarnece
dejaré, vive Dios! hecho un cedazo,
y el gigante peñón donde envejece
será, tras la explosión de mis furores,
cementerio no más de sus señores.

LOTARIO

No tiemblo de tus iras mujeriles,
mas pláceme, por Dios, que así acabemos.

ZELINA

Trastornaron venganzas femeniles
el mundo alguna vez y... nos veremos.

LOTARIO

Basta, cautiva; volverá en seis meses
tu padre junto á tí. Plácete?

ZELINA

Admito.
Mas crecidos ponéis los intereses.

LOTARIO

Si tengo de cumplir, los necesito.

ZELINA

Sea, y partid. Pero si el tiempo avanza
y concluyen los seis y no ha venido,
no os adurmáis en necia confianza
allá en vuestros peñascos guarecido;
que si el león desprecia la pujanza
del águila, tal vez entra al descuido
en su cueva la víbora traidora
y abate su arrogancia triunfadora.
Y mirad que si olvidan sus promesas,
su amor ó su venganza las francesas
por su cobarde condición liviana,
yo francesa no soy, sino africana.

ESCENA XII

LOS MISMOS *y* ARGENTINA; *abre Zelina á la Condesa, que sale*

ZELINA

Salid, Condesa, y escapad sin miedo.
En el jardín esperan dos caballos,
y yo detrás para ampararos quedo.

ARGENTINA

Tú? Traición infernal...!

ZELINA

No, no hay ninguna.
No me estéis de vivir agradecida,
que, aunque sin honra, si salváis la vida,
quien os salva no soy, es la fortuna.
Silencio, vive Dios, y huid.

LOTARIO

Partamos:
ven sin temor, que su interés la inspira,
y ay de tu padre si vendidos vamos!

ZELINA

Ay de tí, Roquefort, si el plazo espira!
(Vánse Lotario y Argentina por la puerta secreta. Zelina abre el balcón, y poniendo en él la luz para que sirva de señal á Hassan, aguarda.)

ESCENA XIII

ZELINA *y después* HASSAN

ZELINA

Cuidemos de que Hassan no se equivoque,
y errando su lección, en un momento
de mi esperanza el pedestal derroque.
(Escuchando y después mirando.)
Salen... se ocultan ya... ya no los siento.
(Pausa.)
Qué incertidumbre, Dios mío!
Mas ya del cancel resuena
el cerrojo y la cadena
por el corredor sombrío. *(Abre.)*
Ya suben. Quién va?

HASSAN

Yo.

ZELINA

Hassan,
qué has hecho?

HASSAN

Libres los dos,
á escape, señora, van.
Hice bien?

ZELINA

Sí, vive Dios!



[redacted]



ACTO TERCERO

Interior de una torre del castillo de Roquefort, con vistas del campo. En este interior hay dos puertas: una en el fondo y otra á la izquierda, y una ventana alta á la derecha. Una lámpara colgada de la bóveda alumbra la escena. El exterior representa parte de la muralla que cerca el castillo, en la cual habrá una puerta con su puente levadizo practicable. El foso sobre que cae este puente toma el agua de un torrente ó cascada que se despeña en lontananza por las montañas.

ESCENA PRIMERA

ARGENTINA *y* JENARO, *dentro de la torre*

ARGENTINA

No, el infeliz no se calma;
esa visión espantosa
no se aparta de sus ojos,
y oyendo está á todas horas
esa carcajada horrible.

JENARO

Ah! Reportáos, señora;
sólo el tiempo es el que puede
calmar su afán.

ARGENTINA

Te equivocas,
Jenaro; cuenta los días
con constancia escrupulosa,
y ese vano emplazamiento
no sale de su memoria.
Ay de mí!

JENARO

Ese hombre á la puerta
está aguardando, señora.

ARGENTINA

Mas, quién le envía? Qué quiere?

JENARO

De vuestro padre se nombra
mensajero.

ARGENTINA

De mi padre! *(Con dolor.)*
No quiero verle; me ahoga
el empacho y la vergüenza,
y hallar no sabré en mi boca
palabras con que ocultarle
el pesar que me devora.
Mi padre! Vendrá á culparme
mi condición... y le sobran
las razones; ay! á ellas,
qué he de replicarle ahora?
No, no; que nunca penetre
esta amargura recóndita
con que la tenaz conciencia
el corazón me destroza.
Díle que parta, que nunca
vuelva á Roquefort.

JENARO

Señora!

ARGENTINA

No quiero verle, Jenaro.

JENARO

Mas pensarán en Tolosa...

ARGENTINA

Cuanto quieran imaginen,
que en dulce y encantadora
soledad paso la vida,
enamorada y dichosa.
Que ciega y desatentada
con esta pasión diabólica
que el corazón me esclaviza,
ni ver ni oir otra cosa
que mi amor quiero... Sí; júzguenme
como les plazca, en buen hora.
Mas que no entiendan, Jenaro,
que con este amor á solas
de Roquefort, encerrada
en la vivienda más lóbrega,
maldigo la desventura
de existencia tan odiosa.
Que parta, pues, y que parta
sin verme.

JENARO

Ved que os importan
las nuevas que á daros viene,
pues que tan de cerca os tocan.

ARGENTINA

No quiero oirlas, que parta.

JENARO

Es que si veros no logra,
amenaza día y noche
con esperaros.

ARGENTINA

En cólera
cambiará ese hombre mi duelo
y hará que por todo rompa.

JENARO

Al menos de vuestro padre
por la sagrada memoria
recibidle, porque nunca
imagine que injuriosa
afrenta hacerle quisísteis
de ese enviado en la persona.

ARGENTINA

Condúcele, pues, aquí,
y esa idea vergonzosa
no pase nunca por él,
que al fin soy su sangre propia.

ESCENA II

ARGENTINA

Permite, indignado cielo,
que sufra el dolor yo sola;
pues mía es sólo la culpa,
como es mía la deshonra.
Permite que á sus oídos
llegue mi voz mentirosa,
y crea el triste mi falsa
felicidad ilusoria.
Permite, sí, que me juzgue
ese buen padre, que llora
la afrenta que hago á su estirpe,
cuanto culpable dichosa,
y goce con ese engaño...

ESCENA III

ARGENTINA, GINÉS *y* JENARO

GINÉS

Dejadnos á ambos á solas.

JENARO

Es imposible, buen hombre.

ARGENTINA

Quién va?

GINÉS

Perdonad, señora;
sois Argentina?

ARGENTINA

Sois vos
quien á mi padre me nombra
para pedirme una audiencia?

GINÉS

Sí. Y no os extrañe la hora,
ni os asombren para veros
palabras tan perentorias.

ARGENTINA

Pues os recibo, ya véis
que nada de vos me asombra.
Las gentes de mi castillo,
á una seña mía prontas,
no os dieran tiempo á lograr
cualquier intención traidora.

GINÉS

Es que lo que he de deciros
es fuerza que sólo lo oigan
vuestros oídos.

ARGENTINA

Buen hombre,
recelos me dáis ahora
de que vuestras intenciones
no son de lo que blasonan.

GINÉS

Serenáos, Argentina;
ya sé que con recelosa
previsión, de este castillo
se guardan las puertas todas.
Ya sé que nadie penetra
bajo sus antiguas bóvedas
sin un exâmen prolijo,
y sin que satisfactorias
razones de sus intentos
con ingenuidad exponga.
Ya sé que en este castillo
el miedo y el pesar moran.

ARGENTINA

Miserable!

GINÉS

Reportáos,
que habláis con una persona
que os ha mecido en la cuna
en la corte de Tolosa,
de vuestra agitada vida
en la malhadada aurora.

ARGENTINA

Quién sois pues? Vuestras palabras
en el corazón me tocan,
y vuestra voz reconozco.
Quién sois?

GINÉS

Miradme, señora.

ARGENTINA

Ginés!

GINÉS

Ginés, que ha dos meses
que vuestro castillo ronda
para lograr este instante.
Conque los espías sobran.
(Á una seña de Argentina sale Jenaro.)

ESCENA IV

ARGENTINA *y* GINÉS

GINÉS

Inútil será que os diga
lo que mi viaje ocasiona...
Ah! No me tornéis el rostro;
ya sé que tristes memorias
en vos mi presencia excita,
mas perdonadme. En Tolosa
queda un anciano que ha un año
que vuestra pérdida llora.
Pobre Conde, vuestro padre!
El aliento le abandona,
las pesadumbres le acaban!

ARGENTINA

Ah, callad!

GINÉS

De Burgos loca
huísteis... mas no toquemos
tan lastimeras memorias;
huísteis enamorada,
ansiando más venturosa

vida... y ciega por el hombre
que pérfido os abandona.

ARGENTINA

Qué es lo que dices, Ginés!

GINÉS

Fingís en vano, señora;
yo os acecho hace dos meses
bajo apariencia engañosa.
Ya como pobre mendigo,
ya de campesino en forma,
os seguí por todas partes
con vista escudriñadora,
y os encontré en la alameda,
y en la caza... sí, y en todas
partes pálida, sombría,
solitaria y melancólica
os ví, cual juguete inútil
que fastidia y se abandona.

ARGENTINA

Qué estás diciendo, menguado?

GINÉS

Yo, que pasé tormentosa
una existencia también,
fuerza es que el mundo conozca.
La edad ha dado á mis ojos
perspicacia portentosa,
y á mi corazón prudencia
y experiencia previsora.
Roquefort ama, Argentina,
pero tal vez no á vos sola,
y os asesinan los celos...
Ay! De una manera ó de otra,
concluirá por odiaros.

ARGENTINA

Serpiente fascinadora,
detén esa torpe lengua!
Por cierto que es prodigiosa
tu perspicacia, y los años
te han dado experiencia loca!

GINÉS

En vano disimuláis
vuestra situación, señora,
y escuchad.—Yo soy un viejo,
pero decisión me sobra,
y Dios ayuda á los buenos.
Esta mansión donde mora
vuestra deshonra y su crimen
dejad, y resuelta y pronta
venid donde vuestro padre
vuestras desventuras llora.
Sí; huyamos de esta caverna,
partámonos á Tolosa,
donde á lo menos con lágrimas
lavaréis vüestra deshonra.

ARGENTINA

No, buen viejo, que hay injurias
que con llanto no se borran!

GINÉS

Y esas injurias, por qué
te avergüenzan ó te enojan,
cuando aquí con tu presencia
tú te injurias á tí propia?
Vuelve á tu padre; á tu nido
vuelve, extraviada paloma;
cruza, golondrina errante,
la mar, y á tu patria torna.

ARGENTINA

Nunca, Ginés, yo á los brazos
del buen Conde de Tolosa,
que en honra me había criado,
podría volver sin honra!
Jamás; el viento impetuoso
de mi suerte borrascosa
seguiré, y sea, buen viejo,
la que quiera mi derrota.

GINÉS

Ah! Cede, pobre Argentina,
por compasión á tí propia.
Serás de ese libertino
víctima al fin.

ARGENTINA

Te trastorna,
Ginés, tu crédulo engaño.
Roquefort me ama, me adora,
pero me castiga el cielo

con esa pasión diabólica.
Por mí atropelló peligros;
cometió acaso espantosas
culpas que al cielo indignaron;
faltó á su palabra propia,
y provocó una venganza
que amaga tal vez muy próxima.
Sí, Ginés; por mí tan sólo,
por mí vive entre estas rocas,
con mi presencia encantado
é idolatrando mi sombra;
mas este amor es un crimen,
y el cielo que siempre abona
al justo, con este amor
la vida nos emponzoña.
Locura fatal le asalta,
pánico terror le acosa,
y mi mismo amor maldice,
que es el bien sólo que logra.

GINÉS

Huye de él, pobre Argentina,
húyele.

ARGENTINA

Huirle, y ahora
que espera sólo en mi amparo
una salvación dudosa!

GINÉS

Acuérdate de tu padre,
que desconsolado llora.

ARGENTINA

Puede mi amor más en mí.

GINÉS

Pues bien; oye lo que ignoras:
te reclama el castellano
con voz amenazadora;
ha enviado á tu pobre padre
una embajada afrentosa,
fijando un plazo á seis meses,
y con saña vengadora,
si en ellos á tí no alcanza,
guerra fatal le provoca.

ARGENTINA

Seis meses!

GINÉS

Seis, y al fin de ellos
nadará en sangre Tolosa;
vuelve á tu padre y...

ARGENTINA

No, nunca.

GINÉS

Vas á la muerte.

ARGENTINA

No importa.

GINÉS

Bien; pues tu negra fortuna
y tu porvenir arrostra;
Castilla y Tolosa á un tiempo
su ira sobre tí desploman. *(Va á salir.)*

ARGENTINA

Aguarda, Ginés, aguarda,
mísero anciano, y perdona
á mi pobre corazón,
presa de horribles congojas.

GINÉS

No; no hay perdón, Argentina;
ó este castillo abandonas
para siempre... ó tu destino
fatal se cumple.

ARGENTINA

En buen hora.
Yo le amo, Ginés; no puedo
con esta pasión furiosa
que mis sentidos cautiva
y ante Roquefort me postra.

GINÉS

Maldiga Dios, hija infame,
esa pasión que te torna,
para quien busca tu dicha,
en víbora venenosa.
Maldígala Dios mil veces,
y traiga pronto la hora
en que su plazo se cumpla
y en que la guerra se rompa. *(Váse.)*

ESCENA V

ARGENTINA

Cúmplase de una vez; cúmplase el plazo
que amaga por doquier nuestra cabeza;
de este agüero fatal rómpase el lazo;
yo arrostraré mi suerte con fiereza.
Volvería tal vez si sólo amante
mi pobre corazón se lastimara;
si fugitiva, satisfecha, errante,
mi patrio suelo sin razón dejara.
No quedando al volver tras de mi huella
ese infeliz Lotario, oh! volvería;
mas tal resolución le mataría;
no; jamás volveré, pese á mi estrella!
(Asoma Lotario y escucha.)
Seis meses! Reconozco de tu mano
la negra marca, miserable mora;
tú das al corazón del castellano
el temple de tu saña vengadora.

ESCENA VI

ARGENTINA *y* LOTARIO

LOTARIO

Quién habla de venganza? Quién augura
de ese plazo fatal el cumplimiento?
Á quién esas palabras de amargura
torpe revela tu traidor acento?
Reconozco, digiste, de tu mano
la negra marca, miserable mora!
Á quién contabas, corazón villano,
ese secreto aterrador ahora?
De quién era esa voz que yo escuchaba
contigo aquí? Respóndeme, Argentina.
Quién en este salón contigo estaba?
Callas! Ay, tu silencio me asesina!
Conque es verdad al fin? Pobre alma mía;
conque también á tí te se aparece
esa horrible visión? No es fantasía
que en mi abrasada mente se guarece?

ARGENTINA

Calma, Lotario, calma la tormenta
de tu agitado corazón; ni ahora
ni nunca esa visión que te amedrenta
se mostró ante mis ojos vengadora.

LOTARIO

Mas hablabas de un plazo... Quién te oía?
(La toca.) Fría tu mano está, tu rostro pálido!
Ay! Bien mi corazón me lo decía,
contigo estaba mi fantasma escuálido.
Qué quería de tí? Dímelo.

ARGENTINA

Nada.
Serénate, mi bien.

LOTARIO

Luz de mis ojos,
perdona á mi cabeza trastornada
mis ayes, mis quimeras, mis antojos.
Tú me dices que no? Bien; yo te creo.
No quiero, no, que nunca te atormente
ni cuidado ni afán; y sobre todo
te prohibo, Argentina, es mi deseo,
que no mires jamás á ese torrente.

ARGENTINA

Bien; nunca miraré si lo deseas.

LOTARIO

No te asomes jamás á esa ventana;
y esto no es un capricho, no lo creas.

ARGENTINA

Lo haré así, Roquefort, de buena gana.

LOTARIO

Oh! Tú eres, alma mía,
el ángel puro que mis pasos guía,
la blanca luz que alumbra mi camino
por el largo erial de mi destino.
Sólo á tu lado cesa
ese vago temor que me persigue,
esa sentencia que en mi frente pesa,
esa visión que por doquier me sigue.

ARGENTINA

Ya te asalta otra vez tu desvarío;
aleja de tu mente esas visiones;
háblame de tu amor, habla del mío.

LOTARIO

Desvarío, Argentina, le supones!
Ah! Tú no sabes la sangrienta historia
de esa visión que sale por doquiera
mis ojos á espantar y mi memoria
con torva faz y carcajada fiera.
Oh! Sí; si tus oídos la alcanzaran,
si la vieran tus ojos cual los míos,
tu corazón también amedrentaran
esos que llamas tú mis desvaríos.
Si la vieras en torno eternamente,
ya atravesar la atmósfera vacía,
ya extenderse ante el sol de ocaso á Oriente,
ya plegarse en la bóveda sombría;
si al abrir una puerta, una ventana,
al cruzar un salón, un pasadizo,
vieras, cual yo, de la visión liviana
el medroso contorno movedizo;
si al ay! que se te escapa convulsivo
con el pavor por la techumbre hueca,
oyeras del espectro fugitivo
la carcajada mofadora y seca...
ay! Argentina, como yo temblaras,
noche tras noche como yo velando,
muda y transida de terror pasaras,
la aparición fatídica espiando.

ARGENTINA

Siempre, Lotario, siempre esa quimera
en tus ojos está, vive en tu mente.

LOTARIO

Siempre, sí, me persigue; eternamente
va delante de mí por donde quiera.
Los ojos llevo al sol, y allí la encuentro;
la mano al corazón, y allí la toco;
de ella giro en redor, ese es mi centro,
de mi eterno pesar ese es el foco.
Es una historia cruel!

ARGENTINA

Calla, Lotario.

LOTARIO

Horrible, no es verdad?

ARGENTINA

Mas fabulosa.

LOTARIO

Fabulosa! Óyela!

ARGENTINA

No es necesario;
cállala, por piedad; calla y reposa.

LOTARIO

Reposar! Y á mis ojos incesante
ese maldito esclavo se presenta,
y con calma infernal está delante,
y del plazo fatal las horas cuenta!
Mírale! No le ves? Con una mano,
la cerviz de sus hombros dividida,
se sujeta tenaz... y al castellano
con la otra ofrece mi aplazada vida.
Sí; la tengo aplazada, no lo sabes?
En seis meses no más.

ARGENTINA

Calla, amor mío!

LOTARIO

Y se van á cumplir.

ARGENTINA

Calla, no acabes.

LOTARIO

Oh! No creas que es esto un desvarío
de mi imaginación, no; escucha: ese hombre
tenía una hija, mas como él infame,
sierva como él... Zelina era su nombre.

ARGENTINA

Por piedad, santo Dios, amparo dáme!

LOTARIO

Á Dios invocas! Bueno; mas escucha!
Yo, que siempre te amé, llegué á Castilla,
tras larga, interna y congojosa lucha
conmigo mismo; atravesé la orilla
del Arlanza una noche; á tu palacio

llegué; subí por caracol oscuro,
y crucé un corredor, que en el espacio
abierto estaba del macizo muro.
Á quién buscaba yo? Á tí, Argentina;
mas tú no fuistes quien á hablarme vino,
no; fué esa esclava vil, esa Zelina,
esa fatal mujer, que es mi destino. *(Pausa.)*
Dáme á mi padre y partirás con ella,
me dijo.—Sea, pues. Señalé un plazo;
seis meses.—Huye.—Huí... Contraria estrella
á Francia nos guió! Tendí mi brazo,
quebranté las cadenas de ese moro.
«Á Burgos!—le grité.—Libre te dejo.»
Le dí caballo, lanza, guía y oro;
mas, qué hizo de ello...? Miserable viejo!
En vez de bendecirme y de besarme
la mano liberal, mi mismo acero
levantó contra mí para matarme.
Ira de Dios! Lancéme yo primero
sobre él, le arranqué el hierro, á mis soldados
«Matadle—dije—sin piedad! Que muera.»
Pero al asirle, á ello preparados,
con salvaje valor, con calma fiera,
clavando en mí fatídica mirada,
Cuenta—dijo—*seis meses, y es tu vida!*
Y me tiró su ronca carcajada,
con desprecio, á la faz descolorida.
No la ves? Aquí está; su marca impresa
quedó en mi corazón, quedó en mi frente,
y su cabeza vil no entró en la huesa,
no, que á mis ojos la sorbió el torrente.
Allí está; pero, sabes lo que aguarda?
Que espire el plazo, sí; por éso mora
del agua turbia entre la niebla parda,
contándome la vida hora tras hora.
Por eso, de esa reja acolgajada,
en nocturna visión se desenvuelve,
y al oir mi rabiosa carcajada,
con eco funeral me la devuelve.
Mas es un sueño; sí... mentira todo;
de su impotente predicción me río...
(Ríe, y el eco devuelve la carcajada.)
Mas me la vuelve, sí, del mismo modo;
me la vuelve, lo ves? No es desvarío!
(Cae en la silla.)

ARGENTINA

Yace un momento, desdichado, en calma;
descansa en tu desmayo uno siquiera,
mientras yo lloro, desgarrada el alma,
el negro porvenir que nos espera.
Jenaro, pronto aquí!

ESCENA VII

LOTARIO, ARGENTINA y JENARO

JENARO

Qué es, Argentina?

ARGENTINA

Mira!

JENARO

Otra vez?

ARGENTINA

Y mil, y eternamente.

JENARO

Ese tenaz delirio le asesina.

ARGENTINA

Le mata ese recuerdo lentamente.
Sí; como siempre á ese peñasco hueco
que está debajo en su terror se asoma,
siempre la risa le devuelve el eco,
y él por la voz de su visión la toma!
Triste de mí! La celestial venganza
sigue mi culpa por doquier! Lo veo.
Cuán desdichada soy! No hay esperanza!
Morir con él, Jenaro, es mi deseo.
Mas no; yo lidiaré con mi destino,
Jenaro; sí, de Roquefort salgamos;
será menos siniestro nuestro sino
en cualquiera región donde vayamos.
La Italia, la Borgoña, la Inglaterra,
asilo nos darán; nuestra mancilla
allí ocultemos, y pongamos tierra,
Jenaro, entre nosotros y Castilla.
Partamos antes que se cumpla el plazo,
y espire ese infeliz con su locura;
y antes que á Roquefort tienda su brazo
Castilla, huyamos en la noche oscura.

JENARO

Tenéis razón; partamos.

ARGENTINA

Ese anciano
que se vuelva á Tolosa antes del día,
y nuestra fuga ignore; al castellano
y al Conde nuestro rastro marcaría.

JENARO

Al punto partirá. Pobre Lotario!

ARGENTINA

Déjale reposar; le es el reposo
el único calmante necesario;
calma el sueño su espíritu afanoso.
Duerme, bien mío! Duerme, y si piadoso
el cielo me concede sólo un hora,
un hora escasa de merced y amparo,
lejos de aquí nos hallará la aurora.

JENARO

Argentina!

ARGENTINA

Ay de mí! Vamos, Jenaro.

ESCENA VIII

LOTARIO *desmayado arriba;* EL CONDE *armado y con visera;* ZELINA *con velo, y* HASSAN *abajo.*

CONDE

Llegamos ya?

ZELINA

Sí, señor.

CONDE

Esta torre les esconde?

ZELINA

Este es su castillo, Conde;
ya estamos en Roquefort.
Traéis decisión?

CONDE

Me sobra.

ZELINA

Será fuerza recordaros...?

CONDE

Basta, mora, de reparos.

ZELINA

Pues bien; manos á la obra.

CONDE

Espera.

ZELINA

Dudáis?

CONDE

Escucha;
para entrar en esa torre
poca gente nos acorre.

ZELINA

No necesitamos mucha.
Con la razón y el furor
que traigo, y con mi arrogancia,
no temo á toda la Francia,
cuanto más á Roquefort.
Para que esta fortaleza
se desplome á nuestros pies,
más que el poder, útil es,
señor Conde, la destreza.
No, por Dios; no por medio año
la ira en mi pecho escondí,
para trocar hoy aquí
los frenos en nuestro daño.
Lenta y cautelosamente
he acechado yo mi presa,
como entre la hierba espesa
escondida la serpiente.
Busqué mi ocasión feliz,
y la busqué con tal tino,
como aquélla su camino
entre raíz y raíz.

Oh! Sí, la venganza es ésta;
y habrá de ser, Dios mediante,
á nuestra injuria bastante
y á Roquefort bien funesta.
Pero si no os sentís vos
con razón harta ó coraje,
podéis deshacer el viaje,
yo cumpliré por los dos.

CONDE

Me ahoga el furor, Zelina,
sólo esas torres con ver.

ZELINA

(Con intención muy marcada.)
Y en esa hay luz; puede ser
que esté alumbrando á Argentina.

CONDE

No me la nombres.

ZELINA

Por qué?

CONDE

Ese recuerdo me mata.

ZELINA

(Aun á esa francesa ingrata
su corazón guarda fe!)
Á lo que estoy, castellano,
comprendiendo en tu semblante,
no tiene brío bastante
tu corazón ni tu mano.
Mas para tu bien te advierto
que al amor y á la venganza
va sin freno y sin templanza
mi corazón del desierto.

CONDE

(Con calma.) Y crees tú que sin furor
dí cima á tan largo viaje?

ZELINA

Pues no olvidéis el ultraje
que os arrastra á Roquefort.
Aquella noche espantosa
en que, vencedor del moro,
cambiásteis por gloria y oro
el amor de vuestra esposa.

CONDE

Silencio, esclava... por Cristo;
terrible noche fué aquella,
y sólo yo lloré en ella
la gloria que á España dí.

LOTARIO

Pasó esa fantasma fiera...
Respiro al fin... ay de mí!

ZELINA

(Siempre ese fatal recuerdo
le exaspera y le atosiga.)

CONDE

Esa memoria se abriga,
vive eterna aquí.
Sí; yo entré entonces en Burgos,
al doblar de los tambores,
con más aplausos y honores
de los que soñé jamás;
pero llegué á mi palacio,
y al pasar por sus dinteles,
ay! mis honrosos laureles
maldije, y mi sér quizás.
Las puertas ví de mi alcázar
para recibirme abiertas,
mas nadie salió á mis puertas
para darme el parabién;
y los siervos y las damas
que dejé en él en mi ausencia,
esquivaron mi presencia,
cual de mi gloria en desdén.
En vano me entré iracundo,
por mis puertas adelante,
llamando con voz pujante
á mi gente desleal;
sólo el eco que en las bóvedas
cóncavas se guarecía,
á mis voces respondía
con lamento funeral.
Rabioso pregunté: «Dónde
mi servidumbre se encuentra?»
y el eco me dijo: «*Entra*»;

y entró en mi alma el pavor.
Con voz exclamé doliente:
«Qué es de mi esposa querida?»
y el eco me dijo: «*Ida!*»
con acento de dolor.
Con voz iracunda dije:
«No hay quien me dé una respuesta?»
y el eco me dijo: «*Esta*».
Y ahogándome de furor,
«Quién, dije, en mi casa propia
me mofa con arrogancia?»
y el eco retumbó: «*Francia!*»
por el largo corredor.
Lancéme por él al punto,
por un instinto guiado;
crucé el corredor aislado,
y al oratorio llegué;
abrí la puerta con ímpetu,
y al tender dentro los ojos,
en torno al altar, de hinojos,
á mis gentes encontré.
«Qué es esto? dije asombrado
de lo que en ella veía;
pensábais, pues, que vendría
mi alcázar propio á asaltar?
Por qué os acogéis al templo?
Qué es esto, gente menguada?»
Pero la turba callada,
ni aun la vista osaba alzar.
Hasta que entrándome airado
por la mansión religiosa,
y el semblante de mi esposa
no alcanzando ver allí,
así con ira del cuello
al que topé más cercano,
y con la daga en la mano,
le dije iracundo así:
«Adónde está la Condesa?
dí, ó mueres tras mi demanda»;
y el eco murmuró «*Anda*»;
porque aquel hombre calló.
«Hablad, por Dios, dije atónito;
vuestro dolor qué me arguye?
Do está mi Argentina? «*Huye!*»
el eco sordo gimió.

LOTARIO

Déjame, historia tremenda;
tu recuerdo me estremece,
hasta en sueños me parece
que te escucho por doquier.
(Vuelve á reclinarse.)

CONDE

Y huía en verdad de Burgos;
huía de mí, Zelina!
(Desde aquí debe verse en esta escena excesivamente marcado el secreto amor del Conde y la incertidumbre de la mora.)

ZELINA

(Siempre la misma Argentina,
siempre esa fatal mujer!)

CONDE

(Siempre ese triste recuerdo
la da á la infeliz enojos,
y se agolpan á sus ojos
las lágrimas sin querer.)
Tú lloras, mora!

ZELINA

(Vuélvese de repente.) Señor...

CONDE

Zelina, á través del velo
te ví llorar, vive el cielo!
al dar vista á Roquefort.
Seis meses ha, tu tristeza
te está el corazón royendo,
y por tu llanto comprendo
que se mengua tu entereza.
Seis meses ha, y no me has dicho
la razón de tu pesar...
si yo la he de averiguar,
nada debo á tu capricho.

ZELINA

Seis meses ha que yo sola
mi tristeza estoy sabiendo,
pero mi llanto comprendo
que mi firmeza acrisola.
Y si en seis, de mi tristeza
no habéis dado en la razón,

no tiene mi corazón
culpa de vuestra torpeza.

CONDE

Si un corazón africano
puede al par con dos pasiones,
para dos, dos corazones
necesita un castellano.
Porque él se entrega á una sola
todo entero, y más no avanza
hasta que entera le alcanza
con entereza española.
Conque ese llanto detén,
que si á la venganza vas,
mientras vengada no estás,
llorar tu amor no está bien.
Has entendido?

ZELINA

Quizá!

CONDE

Pues echa á un lado tu amor,
y vamos á Roquefort,
que allí la venganza está.
Y pues la noche se anda
á largo paso, al rastrillo
llega, Hassan, de ese castillo,
y al castellano demanda
para esta noche hospedaje,
que fuera muy triste paso
hacernos dormir al raso
después de tan largo viaje.

HASSAN

Harélo así.
(Hassan va á subir y se detiene al oir á la mora que le dice:)

ZELINA

Hassan, detente,
que siento el puente crujir,
y va tal vez á salir
sin apercibirnos gente.

ESCENA IX

LOTARIO, *en la torre;* EL CONDE, ZELINA *y* HASSAN, *ocultos. Bájase el puente y salen por él Jenaro y Ginés.*

GINÉS

Conque me echa del castillo
de la noche á la mitad?

JENARO

Por ese sendero echad,
y hallaréis un bosquecillo
donde podéis recogeros.

GINÉS

Á fe que esta fortaleza,
más que casa de nobleza,
es mansión de bandoleros.
Pero no tardará mucho
ese torrente en seguir,
que el plazo se va á cumplir.

LOTARIO

Santos del cielo, qué escucho!

GINÉS

Y dígale á su señor
que rayan días mejores,
y traerán nuevos señores
al solar de Roquefort.

JENARO

Bueno!

LOTARIO

Otros dueños aquí!
Quién dice tal impostura?
(Va á acercarse á la ventana para mirar, y retrocede con temor.)
No, no; que me da pavura
esa ventana, ay de mí!
No; como siempre mi huella
saldrá ese espectro á tener...

mis ojos no pueden ver
más que su sombra tras ella.

(Durante estos versos Ginés desaparece. Jenaro se adelanta hasta la peña en que se apoya el puente. Hassan trepa por ella hasta colocarse entre Jenaro y el puente. El Conde y Zelina aparecen un momento después, y al huir de ellos Jenaro, da con Hassan, le sorprenden, y mientras le atan, etc., etc., dice arriba Lotario.)

JENARO

Ay!

LOTARIO

Qué lamento! Ahí está!
Bien decía yo; ella es!...
Esa cabeza... ven, pues,
espectro, á mis manos ya.
Ven, aparición liviana,
de quien siempre me dividen,
y á quien destrozar me impiden
los hierros de esa ventana.
Ven; trae un cuerpo real;
cruza ese oscuro dintel,
y ven á lidiar con él,
cuerpo á cuerpo y por igual.
Ven, no te temo así, no;
y en lucha desesperada,
con tu postrer carcajada
cantaré mi triunfo yo.

ZELINA

(Abajo.) Ahora por ese postigo
meted, Conde, vuestra gente.

ESCENA X

LOTARIO *y* ZELINA

(El Conde queda guardando á Jenaro; Hassan parte hacia el bosque; Zelina pasa el puente y entra en el castillo.)

LOTARIO

(Arriba.) Oh! Callas traidoramente;
no, no te atreves conmigo.
Cobarde! Yo te provoco,
y tú con pavor te escondes!
Te llamo, y no me respondes!
Por Dios que vales bien poco!
Me temes, espectro, sí,
ahora que me ves con brío!
Pues bien, yo te desafío.

ZELINA

(Entrando en la torre por la puerta del fondo.)
Pues bien, Lotario, héme aquí.

ESCENA XI

LOTARIO *y* ZELINA *en la torre*
y EL CONDE *en el puente*

LOTARIO

Tú, tú, quién eres tú?

ZELINA

No me conoces?
Yo su espíritu soy, yo soy su hija!
(Aparta el velo.)

LOTARIO

Mi esclava!
(En esta escena muestra Lotario la vaguedad de la demencia.)

ZELINA

Y héme aquí, pronta á tus voces.

LOTARIO

Luego bajo tu forma se cobija
su sér, y en su lugar te me apareces!
Pronta á mi voz...

ZELINA

Sí, sí; ya espiró el plazo,
y en vano de tus torres te guareces;
polvo las torna mi potente brazo.
Qué has hecho de mi padre?

LOTARIO

(Con pavor.) Esclava, calla!

Duerme allí su cabeza, en el torrente,
y esa reja no más sirve de valla
entre el espectro y yo.
(Zelina va á asomarse y Lotario la detiene.)
Necia, detente!
Detente, sí; no ves que al asomarte
la vas á despertar, y ella, irritada,
se asomará también de la otra parte
lanzándote á la faz su carcajada?

ZELINA

Miserable de tí! Ya te comprendo;
tu conciencia me venga de tí mismo.

LOTARIO

Me comprendes? Pues bien, lo estás oyendo;
no te asomes jamás, hay un abismo.

ESCENA XII

DICHOS *y* ARGENTINA, *con velo, que al salir por la izquierda da un grito*

ARGENTINA

Cielos, aquí la esclava?

ZELINA

Aquí, señora;
del plazo que otorgué pasó la hora,
y héme aquí ya.

ARGENTINA

Y qué quieres, desdichada!
(Señalando á Lotario.)
La mano del Señor hirió su mente,
y estás del cielo por demás vengada.

ZELINA

Condesa, ya lo sé; no quiero nada
de ese hombre, le perdono.

LOTARIO

Dios clemente,
tú puedes perdonarme! Oh! Me perdonas?
Sí; viven en tu sér ambas personas;
tú acudiste á mi voz, y eres, lo has dicho,
el espíritu que habla en el torrente;
tú eres el sér de esa visión odiosa
que detrás de tu forma se cobija.
Tú estás en su lugar, y generosa,
tú puedes perdonarme, eres su hija.
Ay! Díme, por piedad, que desde ahora
no tornarás á ser sombra tirana,
ni guardarás su forma aterradora,
ni vivirás al pie de esa ventana.
Dímelo, por piedad! Podré asomarme
á contemplar en paz esa cascada,
sin que salga tu espíritu á asombrarme,
sin que vuelva á escuchar tu carcajada?
(Hassan, seguido de muchos soldados de Castilla disfrazados de peregrinos, entran tras el Conde en el castillo, durante esta escena.)

ARGENTINA

Lo ves? No le atormentes; vete, mora.
(Zelina se cruza de brazos con dignidad.)

ZELINA

Espero.

ARGENTINA

Á quién?

ZELINA

Á un hombre.

ARGENTINA

Al Conde?

ZELINA

Al Conde.

ARGENTINA

Te sigue! Oh! Siempre sospeché, traidora,
la pasión infernal que tu alma esconde.
Le amabas, y tal vez correspondía
tu amor.

ZELINA

Silencio!

ARGENTINA

Y la razón es esa

que á Roquefort te trae... Me lo temía;
eso es, mora, tu plazo y tu promesa.
(Asoma el Conde, y se detiene á escuchar al dintel de la puerta.)

ZELINA

Pues bien, yo le amo; mas grandeza aprende
de un corazón de esclava. Si él ahora
vuelve hacia tí sus ojos, y te tiende,
satisfecho, su mano protectora,
á mi razón mi corazón se humilla.
Sí; ahogaré mi pasión dentro del pecho,
y á ser tu esclava volveré en Castilla.
Mas siempre, siempre atada á vuestro lecho,
y tendida á los pies de vuestra silla,
noches y días viviré en acecho;
y humilde, sí, mas suspicaz leona,
yo guardaré su honor y su corona.
No lo olvidéis, Condesa; si imprudente
cedéis á otra pasión; si otra os aqueja,
vos el ángel seréis que su alma tiente,
yo el ángel tutelar que le proteja.

ESCENA XIII

DICHOS *y* EL CONDE

CONDE

(Saliendo.) Gracias!

ZELINA *y* ARGENTINA

Cielos! *(De rodillas.)*

CONDE

Hassan, cumple tu oficio.

ARGENTINA

Perdón!

CONDE

No.
(Hassan la lleva por la puerta de la izquierda.)

LOTARIO

Vive Dios! Qué maleficio
contigo va? Quién eres, extranjero,
ante quien todo con pavor se humilla?

CONDE

Quién he de ser? El Conde de Castilla.

LOTARIO

El Conde! Tú, y en Roquefort, qué quieres,
qué buscas, vive Dios, Conde altanero?
Si á apartarla de mí tu saña viene,
el corazón me arrancarás primero.

CONDE

No ayuda Dios á quien razón no tiene.
Hassan, cumplistes? *(Sale Hassan.)*

HASSAN

Sí.

CONDE

Pues desde ahora
guarda tú á Roquefort; hasta que muera,
que yazca en esa torre, y vencedora
que tremole sobre ella mi bandera.

LOTARIO

No; mientras viva yo, no; será á precio
de mi sangre.
(Va á salir tras el Conde, y éste le aparta.)

CONDE

No llega á tí mi encono;
apártate, francés, yo te desprecio.
(Aun insta por salir, y Zelina le aparta también.)

ZELINA

Aparta, Roquefort, yo te perdono.
(Cierran y vánse.)

ESCENA XIV

LOTARIO

Qué es esto? Me desprecia... me perdona!
Perdón, desprecio! Á mí? Por vida mía!
Mas él en Roquefort, qué pretendía?
Vengarse...? Y sin venganza le abandona!
Y esa esclava, á qué vino si me abona?
Sueños son de mi loca fantasía.
Triste, triste de mí! Sueño, deliro...
es ilusión cuanto oigo y cuanto miro.

ESCENA XV

EL CONDE, HASSAN *y* ZELINA

(Salen por el puente algunos soldados del Conde y parten por el bosque. Después éste, y detrás Zelina. Hassan se asoma á la muralla. El Conde, al salir, se vuelve, y permaneciendo en el puente con Zelina, le dice á Hassan:)

CONDE

Con ese tercio, en Burgos escogido,
guarda el castillo, y que la Francia entera
vea sobre sus torres mi bandera.

HASSAN

Idos, Conde y señor, con confianza.
(Váse Hassan; Zelina y el Conde permanecen sobre el puente contemplándose un momento, después del cual el Conde la dice con voz solemne:)
Oye, mora; mis ojos han dormido,
mas no mi corazón; de su venganza
la pasión justiciera se ha cumplido;
ya cabe en él de amor una esperanza.

ZELINA

(Humilde.) Señor!

CONDE

(Con solemnidad y señalando al cielo.)
No hay más que un Dios omnipotente.

ZELINA

(Resuelta.)
Al que vos adoréis mi fe se humilla.

CONDE

Y ese turbante...
(Zelina se desciñe el turbante y le tira al agua.)

ZELINA

Tráguele el torrente.

CONDE

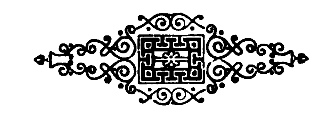
Corona en su lugar pondrá Castilla.
Vamos.
(La toma de la mano y la mora besa la suya.)

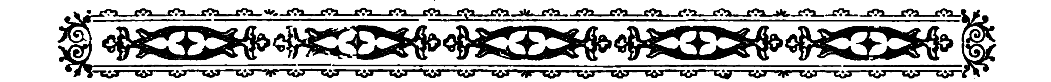
ESCENA ÚLTIMA

LOTARIO

Oigo crujir... alzarse el puente...
(Se alza el puente.)
Se van. Oh! Era su voz, estoy seguro...
la percibí entre el ruido del torrente
hasta aquí resbalar lamiendo el muro.
Miserable de mí! Si á esa ventana
me atreviera á llegar... Mas, qué vacilo?
No era su propio ser esa africana?
Sí, pobre corazón, late tranquilo;
ella es su ser, su espíritu evocado
al brío de mi voz... Qué hay que me aflija?
Qué tengo que temer del padre airado,
si en su nombre el perdón me da la hija?
Nada. Voy á asomarme con fiereza
(Se asoma.)
y á ahuyentar la visión ensangrentada.
(Con alegría pueril.)
Oh...! No asoma, no asoma esa cabeza;
no suena, no, su horrible carcajada!
Cede mi estrella al fin; gozo... respiro...
veo el monte y el parque... y no aparece,
y alejarse de mí por él los miro
al resplandor del alba que amanece.
Son ellos! Esa mora... ese hombre... Necio!
Idos, idos en paz, gente menguada;

idos, y de mi orgullo y mi desprecio
lleve el aire hasta vos mi carcajada.
(Suelta la carcajada; el eco se la devuelve. Hassan clava en la muralla la bandera de Castilla. Lotario retrocede espantado.)
Todavía está ahí! Voz del infierno!
Todavía me escuchas! Todavía
me devuelves con eco sempiterno
esta angustiosa carcajada mía!
Conque vives conmigo eternamente?
Conque no tiene fin este suplicio,
ni tiene más destino ese torrente
que el de abrirme en su fondo un precipicio?
No, no; huyamos de aquí... pronto, Argentina!
Jenaro, pronto á mí...!
(Va á salir por la izquierda y retrocede.)
Cielos! Qué es esto?
Sangre... Argentina... Vil, él te asesina!
Ya entiendo ahora su perdón funesto!
Lo comprendo. Ay de mí! No se me esconde
el porvenir horrible que me espera;
esa voz, esa sangre me responde...
(Á la ventana.)
Ay! Vuelve, vuelve, detestable Conde;
mátame, sí, mas no de esta manera.
(Cae sin sentido y concluye el drama.)





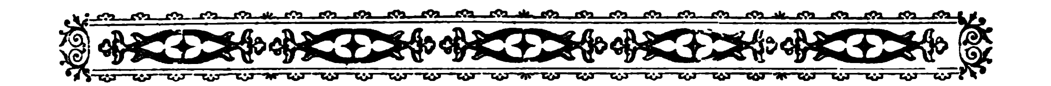
Un recuerdo del Arlanza

Río Arlanza, si las fuentes
que en Burgos te dan el ser
no cegaron sus corrientes,
y aun en tí van á verter
sus cristales transparentes;
Si tus ondas revoltosas
entre arenas amarillas
se deslizan bulliciosas,
bañando las mismas rosas
sobre las mismas orillas;
En verdad que en una altura
hay un pardo torreón
que pinta en el agua pura
su descarnada figura
como extraña aparición.
Acaso tú, río Arlanza,
no te acuerdes de su nombre,
porque á tí no se te alcanza
con cuánto afán compra el hombre
el placer de la esperanza.
Tú cruzas el campo ameno
entre flores susurrando,
y pasas libre y sereno
del triste que queda ajeno
en la ribera llorando.
Tú, río, que nunca amaste,
no guardas en la memoria
los lugares que dejaste;
que no te importa la histöria
de los que una vez pasaste.
No sabes, sonoro río,
lo que pesa un pensamiento;
no sabes cómo en el mío
me atosiga y da tormento
ese peñasco sombrío.

Pero, qué extraño que ignores
su nombre y el de su gente,
si sus escombros traidores
desplomó sobre la frente
de sus caídos señores?
Si al tender por ese llano
los perfiles de tus olas,
hallas un cerro cercano,
envuelto en tapiz liviano
de silvestres amapolas,
Donde tu corriente clara
entre los juncos se pliega
y en un remanso se para
que de los restos se ampara
de Celada y de Pampliega,
Allí, Arlanza, has de encontrar
una torre en una altura;
mírala, oh río! al pasar;
no te avergüence el andar
arrastrando por la hondura.
Que sin foso y sin rastrillo
verás sólo un torreón
solitario y amarillo,
que ayer se llamó castillo
y hoy *el alto de Muñón*.
Ya son presa del olvido
sus blasones y baluartes.
Mírale, Arlanza, atrevido!
Sus gentes, cuando han huído,
perdieron sus estandartes!
Mira, oh río! en caridad
si, de ese fantasma al pie,
una afligida beldad
llorando tal vez se ve
su amor y su soledad.

Y si en tu margen desnuda
las resbaladizas ondas
contempla llorosa y muda,
antes, río, la saluda
que por la vega te escondas.
Y no la dejes, oh río!
por respeto ó por temor
de su doliente desvío:
el llanto que vierte es mío,
que está llorando de amor.
Ay de la blanca azucena
que sin lluvia bienhechora
se agosta en la seca arena!
Ay de la niña que llora
sobre las aguas su pena!
Ay de la angustiada hermosa
por cuyos ojos deliro,
por cuyos labios de rosa,
por cuya risa amorosa
enamorado suspiro!
Ay de la que piensa en mí
en la margen del Arlanza!...
Qué aguardas, hermosa, dí,
sin consuelo ni esperanza,
tan acongojada aquí?
Por qué tus alegres horas
vertiendo lágrimas pierdes
sobre las ondas sonoras
que cruzan murmuradoras
por esas campiñas verdes?
Esas aguas que hallan flores
en la ribera al pasar,
por más que sobre ellas llores,
nunca tus cuitas de amores
sabrán, niña, consolar.
Ni por más que tu amargura
en son de queja las cuentes,
á la falda de esa altura,
movidas de tu hermosura,
han de parar sus corrientes.
Porque, ajenas de tu afán,
por el valle resbalando
indiferentes irán,
y nunca más volverán,
aunque tú quedes llorando.
Ni pienses que han de venir
á contarme el desconsuelo
en que te vieron gemir;
que á darnos no alcanza el suelo
más placer que el de morir.
El cielo nos dió pasiones,
nos dió luz, vida y calor,
pobló el alma de ilusiones;
mas negó á los corazones
el consuelo en el dolor.
Tanta luz, tantos colores,
tantas galas y primores,
son mentira y oropel:
que el mundo alfombra con flores
los pantanos que hay en él.
Las flores se desvanecen,
y corrompidas no aroman;
los ríos furiosos crecen,
y torrentes se desploman
sobre el prado que florecen.
Lo que ayer palacio fué,
hoy vemos informe ruina,
por más que el grosero pie
mirando su sombra esté
sobre el agua cristalina.
De ese adusto monumento
que levanta en el espacio
su esqueleto ceniciento,
demándale, niña, al viento
si fué cárcel ó palacio.
Demándale al claro río
que baña el valle que habitas,
qué hizo ayer el tiempo impío
del feudo y del poderío
de esa peña en que meditas.
Pregúntale qué se hicieron
los nobles de esa Castilla,
los castillos que vivieron,
los planteles que tuvieron
en su ribera amarilla.
Pregúntale qué misterio
encubre esa cruz que riega
cual árbol de un cementerio,
donde tuvo un monasterio
para sus reyes Pampliega.
Pregunta si entre las rejas
de su bizantino muro
oyó las amargas quejas
del rey que en su templo oscuro
lloró virtudes añejas.
Pregunta si oyó decir

al monarca, en su abandono,
que un puñal le hizo subir
los escalones del trono,
y un vaso se le hizo huir.
Para escoger le llamaron,
entre morir ó reinar:
los que ayer le coronaron
su venia no demandaron
el tósigo á preparar.
Triste Wamba! Por mancilla
la púrpura te vistieron
esos grandes de Castilla
que tu sepulcro tendieron
á las puertas de esa villa.
Río Arlanza! Río Arlanza,
que el florido campo pules
derramándote en holganza;
tan frágil es mi esperanza
como tus ondas azules!
Quién pudiera, río manso,
resbalando indiferente,
hallar, como tú, descanso
cuando apilas tu corriente
en escondido remanso!
Pues pasas murmurador
bordando el campo de flores,
arrulla, Arlanza, el dolor
de esa niña sin amores
que está llorando de amor!
Díla, Arlanza, que ha mentido
quien encontró á mis cantares
el placer que no he sentido;
que en ello gozo he fingido
para adormir mis pesares.
Díla que si suelto al viento,
al compás del arpa loca,
alegre y báquico acento,
es que cierro á mi tormento
los caminos de mi boca.
Río Arlanza! Río Arlanza,
que el florido campo pules
derramándote en holganza,
díla que está mi esperanza
cabe tus ondas azules!



À BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO

TRADICIÓN DE TOLEDO

I

Entre pardos nubarrones
pasando la blanca luna,
con resplandor fugitivo
la baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
juguetona no murmura,
y las veletas no giran
entre la cruz y la cúpula;
tal vez un pálido rayo
la opaca atmósfera cruza,
y unas en otras las sombras
confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
un momento se columbran,
como lanzas de soldados
apostados en la altura.
Reverberan los cristales
la trémula llama turbia,
y un instante entre las rocas
riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
parecen en espesura,
de fantasmas apiñados
medrosa y gigante turba;
y alguna vez desprendida
gotea pesada lluvia,
que no despierta á quien duerme,
ni á quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
entre la sombra confusa,
y, el Tajo á sus pies pasando,
con pardas ondas la arrulla.
El monótono murmullo
sonar perdido se escucha,
cual si por las hondas calles
hirviera del mar la espuma.
Qué dulce es dormir en calma
cuando á lo lejos susurran
los álamos que se mecen,
las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
que el sueño del triste endulzan;
y, en tanto que sueña el triste,
no le aqueja su amargura.

—

Tan en calma y tan sombría
como la noche que enluta
la esquina en que desemboca
una callejuela oculta,
se ve de un hombre que aguarda
la vigilante figura;
y tan á la sombra vela,
que entre la sombra se ofusca.
Frente por frente á sus ojos,
un balcón á poca altura
deja escapar por los vidrios
la luz que dentro le alumbra,
mas ni en el claro aposento,
ni en la callejuela oscura,

el silencio de la noche
rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo,
que pudiera haberse duda
de si es hombre, ó solamente
mentida ilusión nocturna;
pero es hombre, y bien se ve,
porque con planta segura,
ganando el centro á la calle,
resuelto y audaz pregunta:
—Quién va?—y á corta distancia
el igual compás se escucha
de un caballo que sacude
las sonoras herraduras.
—Quién va?—repite; y, cercana
otra voz menos robusta
responde:—Un hidalgo. Calle!—
Y el paso el bruto apresura.
—Téngase el hidalgo!—el hombre
replica y la espada empuña.
—Ved más bien si me haréis calle—
repusieron con mesura;—
que hasta hoy á nadie se tuvo
Iván de Vargas y Acuña.
—Pase el Acuña, y perdone—
dijo el mozo en faz de fuga;
pues, teniéndose el embozo,
sopla un silbato y se oculta.
Paró el jinete á una puerta,
y con precaución difusa
salió una niña al balcón
que llama interior alumbra.
—Mi padre!—clamó en voz baja;
y el viejo en la cerradura
metió la llave, pidiendo
á sus gentes que le acudan.
Un negro, por ambas bridas
tomó la cabalgadura;
cerróse detrás la puerta,
y quedó la calle muda.
En esto, desde el balcón,
como quien tal acostumbra,
un mancebo por las rejas
de la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
hizo cara á Iván de Acuña,
y huyeron en el embozo
velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena
pasa la siguiente tarde,
y el sol, tocando su ocaso,
apaga su luz gigante.
Se ve la imperial Toledo
dorada por los remates,
como una ciudad de grana
coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
sus anchos cimientos lame,
dibujando en las arenas
las ondas con que las bate.
Y la ciudad se retrata
en las ondas desiguales,
como en prendas de que el río
tan afanoso la bañe.
Á lo lejos en la vega
tiende galán, por sus márgenes,
de sus álamos y huertos
el pintoresco ropaje;
y porque su altiva gala
más á los ojos halague,
la salpica con escombros
de castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
que toda una historia vale,
cada colina un secreto
de príncipes ó galanes.
Aquí se bañó la hermosa
por quien dejó un rey culpable
amor, fama, reino y vida
en manos de musulmanes.
Allí recibió Galiana
á su receloso amante,
en esa cuesta que entonces
era un plantel de zahares.
Allá, por aquella torre
que hicieron puerta los árabes,
subió el Cid sobre Babieca,
con su gente y su estandarte.
Más lejos se ve el castillo
de San Servando, ó Cervantes,
donde nada se hizo nunca
y nada al presente se hace.
Á este lado está la almena

por do sacó vigilante
el conde Don Peranzules
al rey, que supo una tarde
fingir tan tenaz modorra,
que político y constante
tuvo siempre el brazo quedo,
los palmas al horadarle.
Allí está el Circo romano,
gran cifra de un pueblo grande,
y aquí la antigua Basílica
de bizantinos pilares,
que oyó en el primer Concilio
las palabras de los Padres
que velaron por la Iglesia
perseguida ó vacilante.
La sombra en este momento
tiende sus turbios cendales
por todas esas memorias
de las pasadas edades,
y del Cambrón y Visagra
los caminos desiguales,
camino á los toledanos
hacia las murallas abren;
los labradores se acercan
al fuego de sus hogares,
cargados con sus aperos,
cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
se tornan con paso grave,
calado el ancho sombrero,
abrochados los gabanes;
y los clérigos y monjes,
y los prelados y abades,
sacudiendo el leve polvo
de capelos y sayales.
Quédase solo un mancebo
de impetuosos ademanes,
que se pasea ocultando
entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
con decisión de evitarle,
y él contempla á los que pasan
como si á alguno aguardase.
Los tímidos aceleran
los pasos al divisarle,
cual temiendo, de seguro,
que les proponga un combate;
y los valientes le miran
cual si sintieran dejarle
sin que libres sus estoques
en riña sonora dancen.
Una mujer también sola
se viene el llano adelante,
la luz del rostro escondida
en tocas y tafetanes.
Mas, en lo leve del paso
y en lo flexible del talle,
puede á través de los velos
una hermosa adivinarse.
Váse derecha al que aguarda,
y él al encuentro la sale
diciendo... cuanto se dicen
en las citas los amantes.
Mas, ella galanterías
dejando severa aparte,
así al mancebo interrumpe
en voz decisiva y grave:
—Abreviemos de razones,
Diego Martínez: mi padre,
que un hombre ha entrado, en su ausencia,
dentro mi aposento sabe;
y así, quien mancha mi honra,
con la suya me la lave:
ó dadme mano de esposo,
ó libre de vos dejadme.—
Miróla Diego Martínez
atentamente un instante,
y, echando á un lado el embozo,
repuso palabras tales:
—Dentro de un mes, Inés mía,
parto á la guerra de Flandes;
al año estaré de vuelta,
y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca,
con honra mía se lave;
que por honra vuelven honra
hidalgos que en honra nacen.
—Júralo—exclamó la niña.
—Más que mi palabra vale
no te valdrá un juramento.
Dálo por jurado y baste.
—No me basta, que olvidar
puedes la palabra en Flandes.
—Voto á Dios! Qué más pretendes?
—Que á los pies de aquella imagen
lo jures como cristiano,

del Santo Cristo delante.—
Vaciló un punto Martínez;
mas, porfiando que jurase,
llevóle Inés hacia el templo
que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero,
en duro y postrero trance,
ceñida la sien de espinas,
descolorido el semblante,
víase allí un Crucifijo
teñido de negra sangre,
á quien Toledo devota
acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
llegaron ambos amantes,
y haciendo Inés que Martínez
los sagrados pies tocase,
preguntóle:—Diego, juras
á tu vuelta desposarme?—
Contestó el mozo:—Sí juro!—
Y ambos del templo se salen.

III

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y un año pasado había,
mas de Flandes no volvía
Diego, que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés
su vuelta aguardando en vano;
oraba un mes y otro mes
del Crucifijo á los pies
do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía
después de traspuesto el sol,
y á Dios llorando pedía
la vuelta del español,
y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,
sin dueña y sin escudero,
en un manto una mujer
el campo salía á ver
al alto del *miradero*.

Ay del triste que consume
su existencia en esperar!
Ay del triste que presume
que el duelo con que él se abrume
al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
precioso y funesto don,
pues los amantes desvelos
cambian la esperanza en celos
que abrasan el corazón.

Si es cierto lo que se espera,
es un consuelo en verdad;
pero, siendo una quimera,
en tan frágil realidad
quien espera desespera.

Así Inés desesperaba
sin acabar de esperar,
y su tez se marchitaba,
y su llanto se secaba
para volver á brotar.

En vano á su confesor
pidió remedio ó consejo
para aliviar su dolor;
que mal se cura el amor
con las palabras de un viejo.

En vano á Iván acudía
llorosa y desconsolada:
el padre no respondía;
que la lengua le tenía
su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,
callando el padre severo
y suspirando la bella,
porque nació mujer ella,
y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
en esperar y gemir,
y las guerras acabaron,
y los de Flandes tornaron
á sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día,
un mes y otro pasó,
y el tercer año corría.
Diego á Flandes se partió,
mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena:
doraba el sol de Occidente
del Tajo la vega amena,
y apoyada en una almena
miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
las riberas azotando
bajo las murallas solas,
musgo, espigas y amapolas
ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido
creció entre la hierba blanda
sobre las aguas tendido,
se reflejaba perdido
en su cristalina banda.

Y algún ruiseñor colgado
entre su fresca espesura,
daba al aire embalsamado
su cántico regalado
desde la enramada oscura.

Y algún pez con cien colores,
tornasolada la escama,
saltaba á besar las flores
que exhalan gratos olores
á las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
el torreón se dibuja,
como el contorno redondo
del hueco sombrío y hondo
que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
el rigor de su fortuna,
y así la tarde pasaba,
y al horizonte trepaba
la consoladora luna.

Á lo lejos, por el llano,
en confuso remolino,
vió de hombres tropel lejano,
que en pardo polvo liviano
dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
y, llegando recelosa
á las puertas del Cambrón,
sintió latir zozobrosa
más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero
dejó ver la escasa luz,
por bajo el arco primero,
un hidalgo caballero
en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,
banda azul, lazo en la hombrera,
y, sin pluma, al diestro lado
el sombrero derribado,
tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
bota de ante, espuela de oro,
hierro al cinto suspendido,
y á una cadena prendido
agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete,
sobre potros jerezanos,
de lanceros hasta siete,
y en adarga y coselete
diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés,
gritando:—Diego, eres tú?—
y él, viéndola de través,
dijo:—Voto á Belcebú,
que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido,
tal respuesta al escuchar,
y á poco perdió el sentido,
sin que más voz ni gemido
volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas,
encomendóla á su gente,
diciendo:—Malditas viejas,
que á las mozas malamente
enloquecen con consejas!—

Y aplicando el capitán
á su potro las espuelas,
el rostro á Toledo dan,
y á trote cruzando van
las oscuras callejuelas.

IV

Así por sus altos fines
dispone y permite el cielo
que puedan mudar al hombre
fortuna, poder y tiempo.
Á Flandes partió Martínez
de soldado aventurero,
y por su suerte y hazañas,
allí capitán le hicieron.
Según alzaba en honores
alzábase en pensamientos,
y tanto ayudó en la guerra
con su valor y altos hechos,
que el mismo rey, á su vuelta,
le armó en Madrid caballero,
tomándole á su servicio
por capitán de lanceros.
Y otro no fué que Martínez
quien ha poco entró en Toledo,
tan orgulloso y ufano
cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirige,
cobrado el conocimiento,
la amorosa Inés de Vargas,
que vive por él muriendo.
Mas él, que, olvidando todo,
olvidó su nombre mesmo,
puesto que Diego Martínez
es el capitán Don Diego,
ni se ablanda á sus caricias,
ni cura de sus lamentos,
diciendo que son locuras
de gentes de poco seso;
que ni él prometió casarse,
ni pensó jamás en ello.
Tanto mudan á los hombres
fortuna, poder y tiempo!
En vano porfiaba Inés
con amenazas y ruegos:
cuanto más ella importuna,
está Martínez severo.
Abrazada á sus rodillas,
enmarañado el cabello,
la hermosa niña lloraba
prosternada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
porque el capitán Don Diego
no ha de ser Diego Martínez,
como lo era en otro tiempo.
Y así, llamando á su gente,
de amor y piedad ajeno,
mandóles que á Inés llevaran,
de grado ó de valimiento.
Mas ella, antes que la asieran,
cesando un punto en su duelo,
así habló, el rostro lloroso
hacia Martínez volviendo:
—Contigo se fué mi honra,
conmigo tu juramento;
pues buenas prendas son ambas,
en buen fiel las pesaremos.—
Y la faz descolorida
en la mantilla envolviendo,
á pasos desatentados
salióse del aposento.

V

Era entonces de Toledo,
por el rey gobernador,
el justiciero y valiente
Don Pedro Ruiz de Alarcón.
Muchos años por su patria
el buen viejo peleó;
cercenado tiene un brazo,
mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
los jueces en derredor,
los corchetes á la puerta,
y en la derecha el bastón.
Está, como presidente

del Tribunal superior,
entre un dosel y una alfombra,
reclinado en un sillón,
escuchando con paciencia
la casi asmática voz
con que un tétrico escribano
solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
al murmullo arrullador:
los jueces, medio dormidos,
hacen pliegues al ropón;
los escribanos repasan
sus pergaminos al sol.
Los corchetes á una moza
guiñan en un corredor,
y abajo en Zocodover
gritan en discorde son,
los que en el mercado venden,
lo vendido y el valor.
Una mujer en tal punto,
en faz de grande aflicción,
rojos de llorar los ojos,
ronca de gemir la voz,
suelto el cabello y el manto,
tomó plaza en el salón,
diciendo á gritos:—Justicia,
jueces! Justicia, señor!—
Y á los pies se arroja humilde
de Don Pedro de Alarcón,
en tanto que los curiosos
se agitan alrededor.
Alzóla cortés Don Pedro
calmando la confusión
y el tumultuoso murmullo
que esta escena ocasionó,
diciendo:—Mujer, qué quieres?
—Quiero justicia, señor.
—De qué?
—De una prenda hurtada.
—Qué prenda?
—Mi corazón.
—Tú le diste?
—Le presté.
—Y no te le han vuelto?
—No.
—Tienes testigos?
—Ninguno.
—Y promesa?
—Sí, por Dios!
que, al partirse de Toledo,
un juramento empeñó.
—Quién es él?
—Diego Martínez.
—Noble?
—Y capitán, señor...
—Presentadme al capitán,
que cumplirá si juró.—
Quedó en silencio la sala;
y á poco, en el corredor,
se oyó de botas y espuelas
el acompasado son.
Un portero, levantando
el tapiz, en alta voz
dijo:—El capitán Don Diego.—
Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
llenos de orgullo y furor.
Sois el capitán Don Diego—
díjole Don Pedro—vos?
Contestó altivo y sereno
Diego Martínez:
—Yo soy.
—Conocéis á esta muchacha?
—Ha tres años, salvo error.
—Hicísteisla juramento
de ser su marido?
—No.
—Juráis no haberlo jurado?
—Sí juro.
—Pues id con Dios.
—Miente!—clamó Inés, llorando
de despecho y de rubor.
—Mujer, piensa lo que dices!
—Digo que miente: juró.
—Tienes testigos?
—Ninguno.
—Capitán, idos con Dios,
y dispensad, que, acusado,
dudara de vuestro honor.
Tornó Martínez la espalda
con brusca satisfacción,
é Inés, que le vió partirse,
resuelta y firme gritó:
—Llamadle! Tengo un testigo.
Llamadle otra vez, señor!—
Volvió el capitán Don Diego,

sentóse Ruiz de Alarcón,
la multitud aquietóse,
y la de Vargas siguió:
—Tengo un testigo á quien nunca
faltó verdad ni razón.
—Quién?
—Un hombre que de lejos
nuestras palabras oyó,
mirándonos desde arriba.
—Estaba en algún balcón?
—No; que estaba en un suplicio
donde ha tiempo que espiró.
—Luego es muerto?
—No, que vive.
—Estáis loca, vive Dios!
—Quién fué?
—El Cristo de la Vega,
á cuya faz perjuró.
Pusiéronse en pie los jueces
al nombre del Redentor,
escuchando con asombro
tan excelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
de sorpresa y de pavor,
y Diego bajó los ojos
de vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
y levantóse diciendo
con respetuosa voz:
—La ley es ley para todos:
tu testigo es el mejor;
mas para tales testigos,
no hay más tribunal que Dios.
Haremos... lo que sepamos.
Escribano: Al caer el sol,
al Cristo que está en la vega
tomaréis declaración.

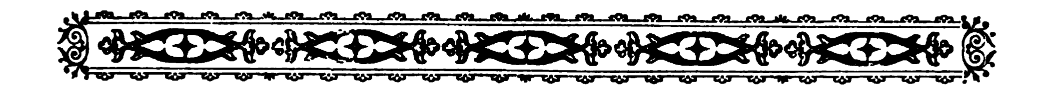
VI

Es una tarde serena,
cuya luz tornasolada
del purpurino horizonte
blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
sus hojas plegando exhalan,
y el céfiro, entre perfumes,
mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
con suave rumor las aguas,
y las aves en la orilla
despidiendo al día cantan.
Allá por el *miradero*,
por el Cambrón y Visagra,
confuso tropel de gente
del Tajo á la vega baja.
Vienen delante Don Pedro
de Alarcón, Iván de Vargas,
su hija Inés, los escribanos,
los corchetes y los guardias;
y detrás monjes, hidalgos,
mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
en la vega les aguarda,
cada cual comentando
el caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez,
en apostura bizarra,
calzadas espuelas de oro,
valona de encaje blanca,
bigote á la borgoñesa,
melena desmelenada,
el sombrero guarnecido
con cuatro lazos de plata,
un pie delante del otro,
y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
le miran de entre las capas,
los chicos al uniforme
y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador
y gente que le acompaña,
entraron todos al claustro
que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo
cuatro cirios y una lámpara,
y de hinojos un momento
oraron allí en voz baja.
Está el Cristo de la Vega
la cruz en tierra posada,
los pies alzados del suelo
poco menos de una vara.
Hacia la severa imagen
un notario se adelanta

de modo que con el rostro
al pecho santo llegaba.
Á un lado tiene á Martínez,
á otro lado á Inés de Vargas;
detrás al gobernador,
con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
la acusación entablada,
el notario á Jesucristo
así demandó en voz alta:
—Jesús, Hijo de María,
ante nos esta mañana
citado como testigo
por boca de Inés de Vargas,
juráis ser cierto que un día
á vuestras plantas divinas
juró á Inés, Diego Martínez
por su mujer desposarla?
Asida á un *brazo* desnudo
una *mano* atarazada,
vino á posar en los autos
la seca y hendida palma,
y, allá en los aires, SÍ JURO!,
clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
la vista á la imagen santa...
los labios tenía abiertos,
y una mano desclavada.

CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo
renunció allí mismo Inés,
y, espantado de sí propio,
Diego Martínez también.
Los escribanos, temblando,
dieron de esta escena fe,
firmando como testigos
cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
y una capilla con él,
y Don Pedro de Alarcón
el altar ordenó hacer,
donde, hasta el tiempo que corre,
y en cada un año una vez,
con la mano desclavada
el Crucifijo se ve.



Á ROMA

Aun niño, me contaron
un no *sé qué* de césares y reyes,
de alcázares que alzaron,
de imperios que asolaron
para escribir con sus escombros leyes.

Y yo me imaginaba,
allá en mi débil pensamiento loco,
cuando en Roma pensaba,
que, cuanto grande hallaba,
para fingirlo en Roma era bien poco.

Palacios imperiales,
circos y templos, acueductos, fuentes,
trofeos colosales,
obeliscos triunfales,
termas, jardines, pórticos y puentes.

Perfumes, y oro, y ruido,
y sabios, y vestales, y guerreros,
soñé desvanecido;
y todo confundido
como los días de mi edad primeros.

Pobre niño ambicioso!
No conté con la sordas tempestades
del tiempo proceloso
que arrebata impetuoso
reyes, palacios, gentes y ciudades.

Y ciego y exaltado
á impulso de mi joven fantasía,
volé desatentado
á ver lo atesorado,
lo que pensaba yo que no moría.

Tras ese haz de despojos
que al ancho Tíber las espaldas doma,
me prosterné de hinojos,
para tornar los ojos
á sorprender la eternidad de Roma.

Y ahí encontré tendida
esa Roma, terror de las naciones,
desplomada y hundida;
ramera embrutecida,
hija de lobos, madre de Nerones.

Leona agonizante
que rabiosos los tigres dividieron,
y á su raza triunfante
la presa palpitante
de sus cachorros en venganza dieron.

Púrpura del tirano
que dió su vida en prenda de mil muertes,
y el esclavo villano
con insolente mano
echó sobre ella y sobre el tronó suertes.

Qué se hicieron, señora,
tus severos y nobles senadores?
Tu gente vencedora,
en dónde oculta ahora
el sitial de tus libres dictadores?

Do están los ciudadanos
que nacían señores de la tierra,
vasallos soberanos
cuyas potentes manos
daban al universo paz ó guerra?

Do están esas legiones
que á su placer la púrpura ofrecían,
y por altas razones
á las otras naciones
enviaban nuevo rey cuando querían?

Do están esos valientes
á quien seguían miles de soldados
á avasallar las gentes,
arrastrando insolentes
los vintos reyes á su carro atados?

Do está, Roma caída,
aquella multitud que iba serena
á tus circos, servida
con ver cómo la vida
jugaban sus esclavos en la arena?

Tú sola te perdiste!
Tú sola, oh Roma! tu grandeza hollaste,
pues la prez que te diste
velarte no supiste,
y tu seno con crímenes manchaste!

Porque diste humillada
á un César un puñal y una corona,
su raza entronizada
en tu cerviz hollada,
por eso cantos de furor entona.

Por eso en sus salones
tus matronas tomó por concubinas;
por eso á sus legiones,
con tan torpes lecciones,
hizo á Roma poblar de Mesalinas.

Y en su embriaguez y hartura,
contando como perros sus vasallos,
quisiera en su locura,
esa progenie impura,
palacios levantar á sus caballos.

Y por eso de flores
coronada la sien, iban beodos
esos emperadores
los crímenes mayores
á presenciar, para saberlos todos.

Por eso ardías, Roma,
mientras Nerón al resplandor cantaba;
y, al par que se desploma
tu grandeza, el aroma
del humo ardiente tu señor gozaba.

Por eso en tus hogueras
morían inocentes los cristianos,
y tus legiones fieras,
en dobladas hileras,
apoyaron la ley de tus tiranos.

Por eso del Oriente,
tras el pendón del Redentor divino,
bravo tropel de gente
vino y clavó en tu frente
el Lábaro triunfal de Constantino.

Y por eso, más tarde,
tu hora fatal atentos esperaban,
y ansiando que no tarde,
los que, en vejez cobarde,
del desierto al lindel te contemplaban.

El desierto dejaron
los que tu fértil, opulento y rico
imperio devastaron,
y en sangre se bañaron
las formidables hordas de Alarico.

Del desierto vinieron,
los hijos de esa raza que aniquila
cuanta pompa en tí vieron,
y tus muros se hundieron
bajo el caballo del sangriento Atila.

«Sangre! exterminio! fuego!
»Cebáos ahí en carne de villanos!»,
gritaba de ira ciego;
«que no se encuentre luego
»uno con libertad de esos romanos!

»Sangre á beber vinimos.
»Hartáos de sangre, mis sedientos perros!
»Doquiera que estuvimos,
»que muestre que vencimos
»la marca funeral de nuestros hierros!

»Sangre! exterminio! fuego!
»Sangre, lebreles! Si sus dioses hallo,
»y hasta su templo llego,
»venid á verlos luego
»atados por los pies á mi caballo.»

Y así Atila clamando,
giró en carrera rápida y violenta
sus tigres azuzando,
la ancha espada mostrando
hasta el torcido gavilán sangrienta.

Fiesta horrible, espantosa;
festín de sangre en tu recinto dieron!
Oh Roma poderosa!
La sangre generosa
de tus hijos los bárbaros bebieron.

La compasiva luna
requirió los cendales enlutados
de la sombra oportuna,
por no ver tu fortuna
hecha presa y botín de sus soldados.

Qué te quedó aquel día,
oh Roma! de tu espléndida grandeza?
Quién lloró tu agonía?
Quién, como tú, gemía
sosteniendo en sus brazos tu cabeza?

Otra amorosa gente,
víctima del furor de tus tiranos,
enjugó diligente
el sudor de tu frente
con maternales y dolientes manos!

Otra raza más pura,
en vez de tus Penates y tus Lares,
te prestó en tu amargura
otro Dios de ventura,
otro templo mejor y otros altares.

Mas tú, infame ramera,
por el antiguo vicio ya estragada,
á tu maldad primera
volvistes altanera,
tal vez sin fuerzas, pero no cansada.

Y tornaron más fieros
con leyes de piedad otros Nerones,
que, lobos carniceros
con pieles de corderos,
volvieron á dar *sangre* á las naciones.

Y tornaron profanas
á levantarse torpes concubinas
tus bellezas livianas;
tornaron las romanas
á aprender el papel de Mesalinas.

Y tornaron ladinos,
en lugar de tus monstruos imperiales,
otros reyes dañinos
en faz de peregrinos,
ornados de capelos y sayales.

Tuya es la culpa, oh Roma!
tuya es la culpa y de tu suelo ardiente,
si te hundió tu carcoma
del rojo sol que asoma
por ese azul y voluptuoso Oriente!

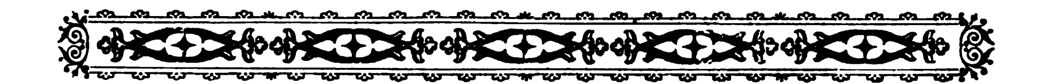
Culpa es de esos jardines
que brotan fuentes, y árboles, y flores,
y toldos de jazmines,
que inspiran los festines
y el vértigo carnal de los amores.

Ciudad de las ciudades,
águila vieja cuya frente hollaron
las negras tempestades
en que tus mil edades
sobre tu cana frente reventaron,

—Adiós, con tus señores,
y guay! que, mientras tú duermes tranquila,
no tornen vencedores
los tigres vengadores
de las legiones del sangriento Atila.

Guay! no vuelva azuzando
sus tigres de su cólera violenta,
sin compasión clamando,
la ancha espada mostrando
hasta el torcido gavilán sangrienta:

«Sangre! exterminio! fuego!
»Sangre, lebreles! Si sus dioses hallo,
»y hasta su templo llego,
»venid á verlos luego
»atados por los pies á mi caballo.»



LA NOCHE INQUIETA

FANTASÍA

I

LA ÚLTIMA LUZ

Hay unas horas sin hora
en que nuestras horas cesan,
horas que en el alma pesan
como inmensa eternidad.
Unas horas sin Oriente,
sin Occidente y sin nombre,
en que atosigan al hombre
la mentira y la verdad.
Horas sin voz, en que quiere
escuchar algo el oído,
y el aire no tiene ruido
que poderle dar á oir;
en que quiere hablar la lengua
y se detiene medrosa,
porque teme alguna cosa
que la pueda interrumpir.
En que con ojos avaros
miramos lo que no vemos,
en que delirar creemos
y deliramos creer;
horas en que duerme entero
este mundo que habitamos,
y nosotros despertamos
su descanso á sorprender.
En los pliegues de la sombra,
como antípodas del día,
estas horas de agonía
caminando amargas van;
el tiempo abortó esas horas
para el alma que medita;
que el cuerpo no necesita
horas de tan noble afán.
Pasan sobre el grato sueño
del labrador fatigado,
sobre el sueño descuidado
del indolente señor;
sobre el del tranquilo esposo,
y el del necio indiferente,
y el de la hermosa inocente
que sueña el primer amor.
Pasan sobre la sonrisa
de la madre cariñosa,
que amante, madre y esposa,
en un amor goza tres;
pasan respetando el sueño
del olvidado mendigo,
que, al dar á la sien abrigo,
deja desnudos los pies.
Y buscan el sueño inquieto
de algún pensador profundo,
que aguarda más ancho mundo,
de éste otro mundo detrás;
buscan al hombre que piensa,
y que, al pensar que es eterno,
cambiara por un infierno
el posible de ser más.
Al asentarse en su lecho,
á sus párpados llamando,
el ánima despertando
por el párpado miró.

Presentósele la sombra,
como imagen de la nada,
á la roja llamarada
que la lámpara brotó.
Escucha, y oye silencio;
mira, y los ojos ven sombra;
habla, y el eco le asombra
sin responder á su voz.
Sólo aprende que es de noche,
que su mente inquieta vaga,
que su lámpara se apaga
y que el sueño huyó precoz.
Entonces lucha afanado
el cuerpo con la costumbre,
el ojo busca la lumbre,
busca el oído rumor;
y el alma, sin luz ni ruido
que su pensamiento estorbe,
vuela libre por el orbe
en pos de mundo mejor.
Pero estando condenada
á la cárcel de la tierra,
vuelve al cuerpo que la encierra,
para meditar en él.
Entonces, sujeta al cuerpo,
mar que en las rocas se estrella,
para sentir como aquélla,
sentidos le presta aquél.
Débil como el cuerpo entonces,
por ojos de carne mira,
y ve lo que ver delira
por aquel turbio cristal;
ve que la lámpara seca
la luz postrera derrama,
y ve en la convulsa llama
un no sé qué de infernal.
Aquellas ráfagas tibias,
llamaradas de un momento
que alumbran el aposento
para ofuscarle otra vez;
que confundiendo las formas,
dando espacio á los objetos,
pintan manchas y esqueletos
que cruzan por la pared.
Aquella lumbre oscilante
que en torno al pábilo flota
aérea, vibrante, rota,
de indefinible color,
dibuja en los pardos vidrios
y en las blancas muselinas
creaciones peregrinas
que nos llenan de terror.
Asoma rostros deformes
de diabólicos contornos,
que en colgaduras y adornos
nos parece ver girar;
ya son gigantes monstruosos
que desparecen livianos,
ya ridículos enanos
que se juntan á danzar.
Ya son pájaros flotantes,
ya son repugnantes viejas,
ya son fantasmas distantes,
negras visiones *sin luz;*
ya son vivientes que pasan,
ya son antorchas que cruzan,
cuyo fulgor desmenuzan
líneas hendidas en cruz.
Ya charolado vacío
de estrellas rojas orlado,
ú hondo hueco iluminado
por agonizante hachón;
ya pardos grupos de sombra,
ya misteriosos paisajes,
ya pabellones de encajes
ó tapices de crespón.
La llama trémula en tanto,
de un momento á otro momento,
su resplandor ceniciento
amaga inquieta matar;
flota en el aire exhalada,
del pábilo desprendida,
y torna, al pábilo asida,
segunda vez á brotar.
Ó lame blanda los bordes
del vaso que la contiene,
y á reconcentrarse viene
en el pábilo otra vez;
y moribunda vacila,
como vibra y pestañea,
malherido en la pupila,
un ojo con rapidez.
Acaso un insecto imbécil,
de nuestro pavor objeto,
viene á revolar inquieto
de la llama en derredor;

y en su fantástico vuelo,
cruzando la luz, parece
que aumenta en formas y crece
como ensueño aterrador.
Se desvanece un momento,
luego flotando aparece,
y con la llama se mece,
cual si la hiciera vivir;
mil veces la hiende y cruza,
cual si un espíritu fuera
que danzara en una hoguera
donde alguno ha de morir.
Se le ve sobre la llama
volar errante zumbando,
ó bien, las alas plegando,
la opaca lumbre beber;
se le ve en el vidrio hueco,
sobre sus pies transparentes,
sus pasos indiferentes
de uno á otro lado mover.
Y si del fuego aturdido,
la claridad evitando
y su vuelo acelerando
se le ve cerca pasar,
el rostro se hunde en las ropas;
y mientras el miedo pasa,
la luz, que ilumina escasa,
se acaba al fin de apagar.

II

EL SILENCIO Y LA OBSCURIDAD

Cuando, tras vela afanosa,
fatigados nos dormimos,
soñamos con lo que vimos
ó lo que creímos ver.
Así en tropel misterioso
se agitan confusamente
los delirios que la mente
despreció velando ayer.
Por huir de ella tan sólo
en ella se cobijaron,
y dentro de ella aguardaron
de revelarse ocasión;
que esos fantásticos sueños
que turban nuestro reposo,
del ánimo religioso
secretos abortos son.
Porque el que cree y el que duda,
por descuidado que viva,
en algo el creer estriba,
y en algo estriba el dudar;
y alguna vez, engañado
por las que creyó evidencias,
en sus dudas y creencias
ha por fin de vacilar.
El ruido y el movimiento,
la voz y la compañía
que nos da la luz del día
impiden pensar tal vez;
y entonces, creencias, dudas,
dentro del ánimo callan
y, en él guarecidas, hallan
asilo en su timidez.
Por eso, en órgia insensata
el disoluto mancebo,
dice: «En el licor que bebo
ahogo cuanto creí.»
Por eso, en placer sumido,
dice el embriagado amante:
«Yo no creo en este instante,
vida mía! más que en tí.»
Por eso, ante sus monedas
el jugador avariento,
dice con audaz acento:
«Creo en el oro y no más.»
Y por eso, el pendenciero
que el triunfo lidiando alcanza,
dice osado á su venganza:
«Honra, satisfecha estás.»
Pero si en la noche umbría
tras sueño inquieto despierta,
cada sentido una puerta
á sus creencias le da;
y duda, y teme, y vacila,
y azorado el hondo pecho,
en derredor de su lecho
fantasmas fingiendo está.
Su lámpara ya apagada,
al matar la última lumbre,
dejó sombra en la techumbre,
dejó sombra en la pared;
cerrado dentro la alcoba
el aire falto de ruido,
escucha en vano el oído
la voz de la lobreguez.

En vano miran los ojos
la sombra descolorida;
con una ilusión mentida
vienen á topar al fin;
doquier que avaros se tornan,
ven una masa uniforme,
una sombra espesa, enorme,
que no se ciñe á confín.
La mente duda medrosa,
los sentidos se adormecen
y embriagados se estremecen
con cada nueva ilusión:
todo en la mente se agita,
todo en la mente se embota,
todo en torno nuestro flota
en callada confusión.
Y á tanto mirar los ojos,
á tanto oir los oídos,
fatigados, aturdidos,
rumor oyen, sombras ven;
el ánima se amedrenta,
y brotan los pensamientos
medrosos y antiguos cuentos
que la atosigan también.
Entonces es cuando el eco
de un cabello que tropieza
nos retumba en la cabeza
con chasquido colosal;
entonces semeja el roce
de la ropa mal plegada,
la voz seca y prolongada
de rápido vendaval.
Entonces es cuando el ruido
de nuestro azorado aliento
nos parece el sordo acento,
la lejana confusión
de las invisibles alas
de aves mil desconocidas,
que van cruzando perdidas
los aires en rebelión.
Y escuchamos á lo lejos
huellas de pies recelosos,
y vagidos vaporosos
que se apagan al nacer;
y crujen en las vidrieras
confusos sacudimientos,
y aullidos, gritos y acentos
de rabia, espanto y placer.
Entonces fingen los ojos,
á compás de estos rumores,
mil fantásticos colores,
sombras y delirios mil;
bultos que ruedan informes,
círculos de luces bellas,
vagas y raudas centellas,
del miedo aborto febril.
Y fantasmas que en tumulto
pasan, corren, flotan, vuelan,
y se apagan y rïelan,
sin tener luz ni color;
y parece que, cruzando
por las tinieblas oscuras,
arrastran sus vestiduras
con repugnante rumor.
Caprichos, menos que nada,
de esencia desconocida;
delirios, sin voz, sin vida,
nada pueden, nada son;
mas, sin cuerpos ni colores,
tienen cuerpos y semblantes
que los ojos delirantes
les prestan en su ilusión.
Les presta voz el oído
y movimientos la mente,
y vienen confusamente
mente y oído á acosar;
y mente y ojos y oídos,
con tan fantástico empeño,
alejan el blando sueño
y empiezan á delirar.
Llenan entonces el aire
peregrinas ilusiones
y frágiles creaciones
de la duda y de la fe,
donde, entre iguales contornos
una en otra confundida,
la miseria de la vida
y la religión se ve.
Allí, entre un miedo mundano
y entre una creencia errada,
va una idea de la nada
ó una olvidada verdad;
y en tan cumplidas tinieblas,
en silencio tan completo,
se transparenta un objeto
inmenso... la eternidad.

Quién no cree y quién no duda
cuando, á solas en su lecho,
en el reloj de su pecho
sus horas contando está?
Quién no cree y no duda entonces
en el silencio y la sombra?
Quién, pensando, no se asombra
lo que existe *más allá?*

Porque esos seres aéreos,
que en redor nuestro sentimos;
el rumor que percibimos
en torno nuestro bullir;
aquel extraño delirio
en que creemos dudando
que hay quien nos está mirando
sin podérselo impedir;

Ese rumor misterioso
con que la sombra murmura;
esa luz, leve, insegura,
que radia la obscuridad;
ese temor sin objeto
que la sombra nos infunde
y en la mente nos confunde
la mentira y la verdad;

Ese insectillo nocturno
que nos asalta y aterra,
que con nosotros se cierra
importuno á combatir;
que en monótona algazara,
en ronco y sonoro ruido
acosa nuestro descuido
sin dejar de ir y venir;

Ese insecto á quien juzgamos,
en nuestra aflicción medrosa,
un ser, un soplo, una cosa
que nos dice *no sé qué,*
un *no sé qué* misterioso
que nos traspasa de miedo,
que de un labio revoltoso
se derrama y no se ve;

Y aquel afanoso empeño
con que dormir procuramos,
y con quien tanto porfiamos,
que hace inútil nuestro afán,
son voces de nuestra nada
que soñando comprendemos,
y que á gritos—si creemos—
preguntándonos están.

Por eso, si en órgia inmunda
el disoluto mancebo
dice: «En el licor que bebo
ahogo cuanto creí»;
por eso, si en sus placeres
dice el insensato amante:
«Yo no creo en este instante,
vida mía! más que en tí»;

Por eso, si ante su oro
el jugador avariento
dice con seguro acento:
«Creo en el oro y no más»;
por eso, si el pendenciero
que el triunfo lidiando alcanza,
dice altivo á su venganza:
«Honra, satisfecha estás»;

En la sombra de la noche,
con su corazón á solas,
luchan con las turbias olas
de la duda y el temor,
el uno por sus festines,
el otro por su dinero,
por su honor el pendenciero,
y el amante por su amor.

Porque ese fugaz murmullo,
ese crepúsculo vago,
son el reflejo, el amago
del final de nuestro ser;
y dudar en el silencio,
temer en la sombra oscura,
no es ni duda ni pavura,
es conocerse y creer.

Que la sombra y el silencio
reflejan la eternidad,
como la luz de los cielos
reverbera en un cristal;
y recordando su polvo
á la flaca humanidad,
son clamor de nuestra nada
que diciéndonos está:
«Creed, ó velad.»

Que el no atreverse á creer
es decidirse á dudar,
y dudar es tener miedo
de creer una verdad.
Dudar es estar en vela,
creer es tranquilo estar,

y es fuerza, por duda ó miedo,
puesto que tan juntos van,
creer, ó velar.
Pues no es más el corazón
que un indestructible altar,
en donde nuestras creencias
no se separan jamás;
y el jugador y el valiente,
y el disoluto galán,
tienen allá en la alta noche
un momento sin solaz
en que sus vagos temores,
y su inquietud y su afán,
les están diciendo á voces
en la muda oscuridad:
«Creed, ó velad.»
Que ese rumor del silencio,
y esa ráfaga fugaz
que deliramos que alumbra
la callada oscuridad,
y ese temor sin objeto,
y ese insecto pertinaz
que zumba y silba y se agita,
sube y baja, y viene y va,
y ese empeño, esa porfía
con que en nuestro torpe afán
procuramos el descanso,
vive Dios! que no son más
que el miedo á nosotros mismos
que nos impone tenaz
creer, ó velar.
Es la sombra incomprensible
de ese oculto *más allá*
tras de cuyo pensamiento
no alcanzamos á ver más
que lo que envuelve la noche:
silencio y oscuridad.

III

EL AMANECER

Y al fin de tanto temer,
tanto soñar sin dormir
y tanto afán,
el alba esperando ver,
cerrándose sin sentir
los ojos van.

Al menor ruido que oímos
vuelven á abrirse otra vez
lentamente;
mas, apenas los abrimos,
tornan á su lobreguez
muellemente.

Y todavía creemos
que sentimos y miramos
desvelados,
y lo que oímos y vemos
es sólo lo que soñamos
fatigados.

Todavía en la cabeza
se agitan los pensamientos
confundidos,
y con lánguida pereza
dejamos sus movimientos
vagar perdidos.

Y las nocturnas visiones
que nuestro capricho loco
nos fingía,
sus medrosas ilusiones
desvanecen poco á poco
con el día.

Una luz tibia, insegura,
el quicio de alguna reja
iluminando
sobre la pared oscura,
la luz que fuera refleja
va pintando.

Y en el rayo fugitivo
que se pierde en el flotante
polvo leve,
aquel insectillo esquivo,
cruzando á su torno errante,
la luz bebe.

Y pasa, y se mece, y gira,
sube y baja, y huye y viene
sin recelo,
y se pierde y se retira,
y sobre la luz se tiene
en ronco vuelo.

De alguna torre cercana
el esquilón nos despierta
un momento,
y en una ilusión liviana
concibe la luz incierta
el pensamiento.

Y el rayo del sol naciente,
y el insecto pertinaz
que bulle en torno,
pasan un punto en la mente
como una sombra fugaz
sin contorno.

Y en la duda vacilando
si velamos ó dormimos,
nos parece
que el sueño á que nos rendimos
nos va la luz apagando
que amanece.

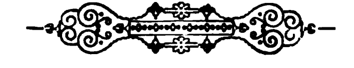
Y pasando del dudar
al descanso del dormir,
olvidamos
lo que nos vino á turbar,
y lo que pudo existir
ó soñamos.

Y, al despertar otro día,
ya no guardamos memoria
ni recelo
de la inquietud y agonía,
de la fantástica historia
de aquel desvelo.

Porque así pasan sombrías
las horas de nuestros días
revoltosos;
las noches de dudas llenas,
los días llenos de penas
y azarosos.

Las noches creyendo ver
lo que habemos de creer
y dudamos;
y los días sin pensar
en lo que hemos de soñar
cuando durmamos.

Oh! Verted blando beleño,
tardas noches, en mi sueño
al resbalar,
y, tras sueño inquieto y largo,
no tenga un recuerdo amargo
al despertar!



EL EXCOMULGADO

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS

PERSONAJES	ACTORES
Don Jaime el Conquistador, *rey de Aragón*...........................	D. Carlos Latorre.
Doña Violante de Hungría...	Doña Teodora Lamadrid.
Doña Teresa Gil de Vidaura.	Doña Bárbara Lamadrid.
Don Berenguer de Castelbisbal, *obispo de Gerona*..................	D. Pedro López.
El Cardenal Ángelo de Camarino, *legado de Inocencio IV*........	D. Antonio Barroso.
El Presbítero Desiderio, *Secretario del Cardenal.*	
El Presidente del Tribunal de Justicia de Aragón.	
Garcés, *paje y trovador del rey D. Jaime.*	
Germán, *mayordomo viejo.*	
Un portero.	

Cortesanos, nobles, damas de Doña Violante, pajes del Rey y séquito correspondiente á cada personaje eclesiástico ó seglar que lo requiere

---

La escena en Zaragoza en el alcázar del Rey, por los años 1246 de Jesucristo

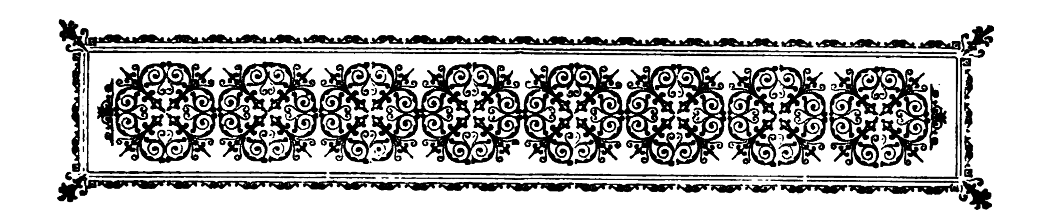
A

Don Carlos Latorre

Querido Carlos: He aquí la mezquina obra que emprendí por amistad tuya, y concluí en tan poco tiempo: tú, que sabes su historia, conoces su poco valer; pero apréciala, no por el que tiene, sino porque es la expresión de la lealtad con que te quiere tu amigo

José Zorrilla.

Madrid: 13 Junio 1848.



EL EXCOMULGADO

ACTO PRIMERO

Cámara de D. Jaime. Decoración ochavada. Puerta á la izquierda en la primera caja. Lujosa puerta de dos hojas en el fondo, abiertas las cuales se ve el suntuoso lecho del Rey dentro de la alcoba. A la derecha, en la segunda caja, una puerta secreta; y en este mismo lado y en primer término, la mesa de despacho del Rey, con pergaminos, plumas, etc.; en la segunda caja de la derecha, el arpa de Garcés. Luz de la mañana.

ESCENA PRIMERA

GARCÉS *y* DON BERENGUER

(Garcés descubierto y con ademán respetuoso franqueando la cámara real á don Berenguer, éste embozado en una capa oscura, bajo la cual viste traje talar morado, sin insignias sacerdotales. Cabello gris, barba larga y anillo episcopal.)

GARCÉS

Esperad aquí, señor
obispo. Su majestad
me ordenó que os condujera
á esta cámara real,
y que le avisara al punto
que llegárais.

DON BERENGUER

Avisad,
pues, al Rey de que ya aguardo
sus órdenes.

GARCÉS

No os movâis
de aquí, señor, aunque el Rey
se retarde; y dispensad
si os advierto que al balcón
no os asoméis, ni le abráis;
pues importa que se ignore
que estáis aquí.

DON BERENGUER

Bien está.

GARCÉS

Perdonad; cumplo así obrando
mi obligación.

DON BERENGUER

Vete en paz.

ESCENA II

DON BERENGUER

No puedo dar con la oculta
razón de misterio tal.
El Rey con tanto secreto
y tan temprano á llamar
me envía!... y el pajecillo
con avizorado afán,
calles buscando excusadas,
suplicóme que la faz
recatara, y las insignias
del traje sacerdotal.
No lo comprendo: á palacio
vengo con asiduidad;
me ve el Rey todos los días.

GARCÉS

(Anunciando.) El Rey.

DON BERENGUER

Él se explicará.

ESCENA III

DON BERENGUER *y* EL REY DON JAIME

(El Rey despide á Garcés con una seña imperativa, y cierra la puerta por donde entró, antes de hablar.)

REY

Disimulad si del lecho
mi paje á sacaros fué;
mas me urge el tiempo, y á fe
que, aunque avaro le aprovecho,
temo que me ha de faltar.

DON BERENGUER

El rey sois; mandad, señor.

REY

No; vos sois mi confesor,
y me váis á aconsejar.
Por esto con tal premura
llamar en secreto os hice.
Tomad; ved lo que me dice
el Papa en esa escritura
que acabo de recibir.
(El Rey le da un pergamino, que lee don Berenguer.)

DON BERENGUER

Un matrimonio os propone.

REY

Como padre que dispone
de sus hijos al morir.

DON BERENGUER

Poca esperanza de vida
en su escrito manifiesta
Su Santidad.

REY

Le molesta
crónica y envejecida
enfermedad, que le lanza
en el sepulcro, y desea
que por mí esta boda sea,
como postrer ordenanza
de un buen padre moribundo,
aceptada. Es un empeño
ya antiguo en él, y es el dueño
de los señores del mundo
el Papa; conque es razón
obedecerle, á mi ver;
siempre que se pueda hacer
sin fuerza ó contradicción.

DON BERENGUER

Os veo, señor, dispuesto
á seguir de todos modos
su parecer.

REY

No de todos,
obispo; mas os protesto
que esta boda, si se aviene
con la situación política
de mis reinos, en la crítica
ocasión para mí viene.

DON BERENGUER

Las ventajas personales
que á vos os pueda traer...

REY

(Interrumpiéndole.)
Las váis al punto á saber,
y á juzgarlas tales cuales
son. Esta correspondencia
entre el Papa, el castellano
y yo, pondrá claro y llano
á vuestra alta inteligencia
todo el negocio. *(Le da unos pergaminos.)*

DON BERENGUER

(Inclinándose.) Señor...

REY

Negocio exclusivo mío,
que de vos tan sólo fío
porque sois mi confesor.
Mis cortesanos, mis nobles
consejeros no guardaran
secretos que les fiaran;
no; juegan con dados dobles;
y nunca uno faltaría
que, de ellos depositario,
los vendiera á algún contrario
antes de acabarse el día.
No, no. Yo quiero cumplir
la voluntad pontificia;
mi buena fe ó mi malicia,
tan sólo se han de medir
por mi confesor y yo;
si obro bien, porque me abone
ante Dios, ó me perdone
de Dios en nombre si no.

DON BERENGUER

Señor, juzgáis harto mal
á los nobles de Aragón.
Ninguno hay de corazón
tan villano y desleal
que obrara con tanta mengua.

REY

Yo sé bien que alguno habría;
mas también juro, á fe mía!
que le costara la lengua.
En fin, á vos os lo fío,
don Berenguer, y yo espero
que seréis buen consejero
al par que confesor mío.
Legista, ataréis el hilo
de mis litigios mejor,
mientras como confesor
me guardaréis el sigilo.
Vamos los cabos atando
pues, hasta que el hilo entero
saquéis; con que id, consejero
ó confesor, preguntando.
Echad á un lado la inútil
cuestión de si la futura
trae virtudes ó hermosura,
que es don perdedizo y fútil.
Los reyes, al escoger
esposa, hemos de tomar
para el reino en el altar
antes reina que mujer.
Mas en el caso presente
es, pues el Papa la fía,
doña Violante de Hungría
reina y mujer excelente.
Ved.

(Dice este «Ved» el Rey señalando las cartas que ha puesto en manos de don Berenguer, y que éste va consultando conforme indica el diálogo.)

DON BERENGUER

Dice aquí el castellano
que la esposa repudiada
vuelva á ser por vos llamada.

REY

Qué ha de decir, si es su hermano?

DON BERENGUER

Que pide en razón infiero;
pues el hijo en ella habido
está ya reconocido,
señor, por vuestro heredero.

REY

Mas fuera, según calculo,

la autoridad pontificia
injuriar, pues su justicia
dió el matrimonio por nulo.

DON BERENGUER

(Viendo otra carta.)
Amaga aquí el castellano
con declararos la guerra,
y hay bandos en vuestra tierra
que podrán prestarle mano.
Vuestro hijo, como heredero,
partido tiene, y aun viven
señores que no os reciben
con respeto muy sincero.
La Navarra se os rebela;
en Francia tenéis añejos
derechos, pero está lejos,
y en vuestra frontera vela
Aben Zaen; esta boda
que el Pontífice os propone
en guerra á mi ver os pone,
señor, con la tierra toda.

REY

Como vos lo calculáis
seguramente que sí;
mas tengo yo para mí
que errado el cálculo echáis.
Tengo exhausto mi tesoro,
mi ejército es bien escaso,
y van á salirme al paso
el castellano y el moro.
Es la verdad; necesito,
pues, oro y gente muy presto,
ó el trance á que estoy expuesto
sólo por milagro evito.
Pesáis con fidelidad;
mas veamos lo que pesa
la boda de la princesa
que me da Su Santidad.
La dota, porque es su ahijada,
en un millón de onzas de oro,
y en la guerra contra el moro
me da bula de cruzada.
Propone al rey castellano
(que tiene un hijo y una hija)
que, para su tiempo, elija
para uno dellos la mano
del primer hijo que Dios
me dé en este matrimonio,
como prenda y testimonio
de la paz entre los dos.
Si es estéril mi mujer,
mientras duda el castellano,
tiempo sobrado le gano;
y si, lo que puede ser,
la proposición rechaza,
mientras con la Santa Sede
se gobierna como puede,
la guerra con que amenaza
le iré yo mismo á llevar,
pues con la bula y el oro,
á pretexto de ir al moro,
puedo un ejército alzar.
Todo el rebelde que altera
hoy en su bando á Aragón,
tendrá de la religión
que juntarse á la bandera.
Y ninguno habrá que deje
de acudir á la sagrada
enseña de la cruzada,
á no pasar por hereje.
Á la voz, pues, de indulgencia
plenaria, tendré muy presto
un ejército dispuesto,
que con oro y diligencia
prevenido á una jornada,
marchará donde yo quiera;
y pues siempre en la frontera
moros hay, siempre es cruzada.
Conque ved cómo á mi ver
esta aconsejada boda
en paz con la tierra toda
me pone, don Berenguer.
Mas, sabedlo á prevención:
esto que á solas os digo,
lo sabéis sólo conmigo:
porque esta es mi confesión.

DON BERENGUER

De advertírmelo excusáis;
mas aunque admiro y alabo
vuestros cálculos, si al cabo
por confesor me llamáis,
después de la confesión
debo á mi rey en conciencia...

REY

(Interrumpiéndole.)
Imponer la penitencia
y otorgar la absolución.

DON BERENGUER

Señor... *(Turbado.)*

REY

Las conciencias reales,
por misteriosas razones,
están en sus confesiones
en casos excepcionales.
Faltas á los reyes pesa
tomar, obispo, á su cargo,
y las toman, sin embargo,
porque á su pueblo interesa.
Esto á mis reinos conviene;
la vida del Papa es corta,
y aprovechar nos importa
la escasa vida que aun tiene.
Sé cuanto en Roma se intriga
para la nueva elección,
y sé que no es de Aragón
la nueva elección amiga.
Conque hoy partirá el enviado
del Papa con mi respuesta,
y en lo que de otoño resta
he de quedar yo casado.
Es mi voluntad.

DON BERENGUER

Señor...

REY

Bien; docto sois y entendido:
á Roma lo convenido
escribid; es lo mejor.
Y ahora que de consejero
pasáis á mi secretario,
en aqueste solitario
camarín dejaros quiero,
para que á solas, y en vista
de esos datos, respondáis
al Santo Padre y luzcáis
vuestras dotes de jurista
y de retórico; dad
al viento todas las alas
de vuestro ingenio, y mil galas
de erudición prodigad
por mí; traducid, en fin,
al Pontífice romano
mi bárbaro castellano
en vuestro culto latín.

DON BERENGUER

Lo haré.

REY

Yo volveré luego.
Voy del correo á mandar
los caballos ensillar;
mientras, á mi nombre y ruego
escribid vos aceptando
la boda á Su Santidad,
y si hay postdata, anotad
que estoy la novia esperando. *(Váse.)*

ESCENA IV

DON BERENGUER

Quién puede la buena fe
de su corazón sondar?
Si de mi carta oyó hablar?
Imprudencia escribir fué!
Con esta boda... Bien dice,
será fuerte contra todos,
y quiere de todos modos
efectuarla.—Si lo que hice
sabe, al fiarme á su vez
este secreto, me obliga
al tiempo que me castiga.
Si no me teme... Pardiez!
Está bien claro... Adelante!
Rey él, y yo de su trono
alcanzo lo que ambiciono,
poder... Oh! Desde este instante
de su secreto á favor,
el de la corte conquisto.
Qué tengo, pues, que temer?
(Al decir don Berenguer estos dos últimos versos, la puerta secreta que hay á sus espaldas se ha entreabierto misteriosamente, asomando

por ella doña Teresa, que se presenta al concluir el último.)

DOÑA TERESA

Nada más que á una mujer.

DON BERENGUER

Dios!

DOÑA TERESA

Silencio!

(Doña Teresa va á echar el cerrojo de la puerta izquierda por donde el Rey se fué, volviendo en seguida á la escena.)

ESCENA V

DON BERENGUER *y* DOÑA TERESA

DOÑA TERESA

Por lo visto
vos ignorábais, señor,
que nadie da un paso aquí
sin que llegue al punto á mí
de sus pasos el rumor.

DON BERENGUER

Señora.

DOÑA TERESA

Me conocéis?

DON BERENGUER

Quién, si á la corte ha asistido,
no os conocerá?

DOÑA TERESA

Advertido
de mi favor estaréis.

DON BERENGUER

Oh!

DOÑA TERESA

Llegó un pliego del Papa
al Rey al amanecer,
y otro á mí. Á don Berenguer
llamó el Rey, y él con la capa
de un hidalgo disfrazado,
al alcázar acudió;
pero al mismo tiempo yo
entré en él por otro lado.
Cuanta puerta, pasadizo
y caracol hay secreto
en palacio, con objeto
de servirme á mí se hizo.
Nada se habla, nada se hace
que yo no oiga y yo no vea;
nada hay que cumplido sea
si á mí no me satisface.
Jamás fiéis en palacio
de bóveda ni de alfombra;
para un eco ó una sombra
jamás falta aquí un espacio.

DON BERENGUER

Pero, en fin...

DOÑA TERESA

No comprendéis
á dónde voy á parar,
pero me voy á explicar.
(Don Berenguer mira con inquietud á la puerta izquierda, y dice doña Teresa:)
Cerré bien; no receléis.
Creo que á escribir á Roma
váis: yo puedo aconsejaros
antes, y no hagáis reparos,
consejos el cuerdo toma.

DON BERENGUER

Hablad.

DOÑA TERESA

Primero que el pliego
al Pontífice escribáis,
será bueno que sepáis
una historia; oidla os ruego.

DON BERENGUER

Sea, pues os empeñáis.

DOÑA TERESA

En una fresca alquería
con recuerdos de castillo,

que á espaldas de un montecillo
circuye alameda umbría,
diez años ha que habitaba
una mujer, una niña,
señora de la campiña
solitaria en que moraba.
Rica, opulenta quizás,
huérfana de ilustre gente,
caritativa, inocente,
hermosa... qué os diré más?
Allí del mundo apartada,
y de sus cuitas exenta,
vivía libre y contenta,
del universo olvidada;
y un árbol nuevo, una flor
que empezaba á abrirse, un nido
entre las zarzas cogido,
era su antojo mayor.
Jamás extranjero alguno
penetró en su quieto asilo,
ni en su corazón tranquilo
vano amor inoportuno.
Mas un día, entre los altos
robles de un soto vecino,
no un caballo, un torbellino
se precipitó, y á saltos
desesperados salvando
cuanto hallaba en su carrera,
huyó al monte, en la pradera
á su ginete lanzando.
Era un hermoso mancebo;
la niña de la alquería,
sin ver el mal que se hacía,
le acogió en ella; y al cebo
de la compasión llamada,
de su belleza incentiva,
se aproximó compasiva
y se apartó enamorada;
y cuando partió el doncel,
repuesto, de su campiña,
el corazón de la niña
partió del campo con él.
El mozo, en amor maestro
ya, aunque casi en la niñez,
volvió una y otra vez;
y ella inocente y él diestro,
prometiendo él, y fiando
ella, al cabo la pasión
atropelló á la razón,
y... día á día pasando
fueron cinco años así;
y ella, que le idolatraba,
no su amante, fué su esclava.
«Nunca te muevas de aquí,
ó al punto me perderás
en que dejes la alquería»,
la dijo; ella le creía,
y no la dejó jamás.
Pero la mujer se hartó
de misterios tan prolijos,
y un día... para sus hijos
apellido le pidió.
Él vaciló; insistió ella;
partióse él de la alquería,
y ella, al ver que no volvía,
partió también tras su huella.
Llegó á la ciudad; oyó
que había en la tierra un rey
que la justicia y la ley
guardaba, y á él acudió.
Se hizo al alcázar llevar;
el rey daba al pueblo audiencia;
llegó del rey á presencia,
mas cuando al rey iba hablar,
juzgad de la confusión
que embargó su alma sincera
al ver que su amante era
él mismo, el rey de Aragón.
Ni una razón, ni un suspiro
lanzó aquella dama altiva;
torva, silenciosa, esquiva,
volvió á su triste retiro.
La gente á enajenación
atribuyó su altivez;
sólo el rey supo esta vez
leer en su corazón.
El rey no más tuvo en cuenta
que á la oveja inofensiva
en pantera vengativa
puede cambiar una afrenta.
Y el rey volvió á la alquería,
y se humilló, y tal lo hizo
con ella, que satisfizo
su enojo, y juró que haría
cuanto exigiera; de modo
que ella, viéndolo preciso,

tomó lo que él darla quiso;
pero hoy... hoy lo quiere todo.
Porque hoy, á fuerza de vil
hipocresía y constancia
pertinaz, y tolerancia
pasiva, muda y servil,
supo la mujer al cabo
cegar al hombre de amor;
y la cautiva á el señor
supo, al fin, hacer su esclavo.

DON BERENGUER

Señora...!

DOÑA TERESA

Leed aquí;
en un día de embriaguez,
de que le pesa tal vez,
lo escribió don Jaime así:
(Mostrándole con el dedo lo que va leyendo.)
«El Papa, por ley expresa,
»anula desde este día
»mi matrimonio; Teresa,
»no quiero que pase un día
»sin cumplirte una promesa.
»Si así á perdonarme vas
»pesares harto prolijos,
»no me casaré jamás,
»legitimaré tus hijos
»y te amaré; quieres más?»
Su sello, su firma es ésa;
y á la reina repudió;
mas aunque hizo tal promesa,
no se la cumplió á Teresa,
y esa Teresa soy yo.—
Comprendéis?

DON BERENGUER

No bien; mas va
viniéndome la memoria
de haber oído esa historia.

DOÑA TERESA

En su confesión quizá.
Guardarla debió en su pecho
de todos, pues solo Dios
tiene, con nosotros dos,
para saberla derecho.
Mas cuando os la cuento, es llano
que es para que la entendáis;
para que se la escribáis
al Pontífice Romano.

DON BERENGUER

Es imposible, señora.

DOÑA TERESA

Pues imposibles haréis.

DON BERENGUER

Nunca lo conseguiréis.

DOÑA TERESA

Nunca? Yo espero que ahora.

DON BERENGUER

Es sacrosanto el secreto
que se fía al confesor.

DOÑA TERESA

Y no se debe al honor
ni á las promesas respeto?

DON BERENGUER

Imposible.

DOÑA TERESA

Os advertí,
si no me engaño, al entrar,
que nada en este lugar
puede oponérseme á mí,
y cuando á vos me mostré,
sin duda fué decidida
á arriesgar la honra y la vida.
Siento hollar de vuestra fe
los rectos principios fijos,
mas del deshonor que arrostro,
la mancha caerá en mi rostro,
pero no en el de mis hijos.
Nunca; os lo juro; y en prueba
de lo resuelta que estoy,
y de que no habrá desde hoy
cosa á que yo no me atreva,
solamente preguntaros,
don Berenguer, necesito,
si os acordáis de un escrito

que caro puede costaros;
la carta por vos enviada
al infante don Fernando
una noche á Huesca, cuando
el Rey en una emboscada
cayó del rebelde en manos,
y sólo salvarse pudo
por su lanza y por su escudo,
lidiando contra villanos.
La recordáis?

DON BERENGUER

Bien, y qué?

DOÑA TERESA

Que esa carta se compró,
y que la poseo yo,
y que al Rey se la daré.

DON BERENGUER

Señora!

DOÑA TERESA

En política y amor
escribir es necedad;
lo que hoy es una verdad
es mañana un sandio error.
En fin, si ansiáis el poder
y aspiráis á favorito,
rescatad de mí este escrito,
y aún podéis llegarlo á ser.
Una demanda apoyad
que á entablar en Roma voy,
don Berenguer, y os le doy.

DON BERENGUER

Imposible.

DOÑA TERESA

Pues quedad
con Dios.
(Se dirige á la puerta de la izquierda por donde se fué el Rey.)

DON BERENGUER

Dónde váis?

DOÑA TERESA

Á hacer
leer al Rey vuestro escrito.

DON BERENGUER

Tened.

DOÑA TERESA

Os lo facilito
sólo en dos casos: si ver
hacéis al Rey mi justicia
cual la conciencia os lo manda,
ó si apoyáis mi demanda
en la corte pontificia.

DON BERENGUER

Pero, y si algún día el Rey...?

DOÑA TERESA

Os he dicho que lo puedo
todo.

DON BERENGUER

Todo! Miéntras, quedo
á la merced de su ley
y su ira.

DOÑA TERESA

En mí fiad.
Para caso de desgracia
tengo yo un acta de gracia
omnipotente; escuchad:
De cólera en un exceso
la mano me levantó,
mas pagar se lo hice yo
con buena prenda; leed eso.
(Le da un pergamino que lee don Berenguer.)

DON BERENGUER

(Leyendo.) «*Cualquiera que sentenciado*
por mí ó por mis tribunales,
sean sus crímenes cuales
fueren, si al ser condenado
esta escritura presenta,
mi regia voluntad es,
que hasta dos días después

la ley no se tome en cuenta.
Yo JAIME, *Rey de Aragón.»*
(Representando.)
Mas si él mismo en su coraje
por su mano...

DOÑA TERESA

Tal ultraje
no haría á su religión.
En fin, el Rey va á venir;
habladle antes; si no doma
su altivez, podéis á Roma
lo que os ha dicho escribir,
mas detrás del portador
de su pliego irá un correo
con mi demanda, y yo creo
que la apoyaréis, señor.

DON BERENGUER

Pero...

DOÑA TERESA

En cifra escribiréis,
del modo que más os cuadre,
una carta al Santo Padre;
y cuando me la entreguéis,
á más de esa acta que os dejo,
os volveré vuestro escrito;
si no, al Rey se le remito.
Conque Dios os dé consejo.
(Váse por la puerta derecha.)

ESCENA VI

DON BERENGUER

No Dios, sino Lucifer
es quien me ha de aconsejar,
que es quien puede aventajar
en malicia á la mujer.
Suponer que el Rey desista
de la boda? Desde luego
vale más creer que un ciego
no querrá cobrar la vista.
Sin ejército, sin oro,
el reino en bandos turbado,
le trae la paz al Estado
esa boda y un tesoro,
y pensar que á ella renuncie?
Mas esa mujer tenaz
de todo será capaz
como yo al Rey no denuncie.
Qué he de hacer, ira de Dios!
con dos fieras enjaulado,
para no ser devorado
por ninguna de las dos?
Maldita ambición mundana!
Mas para retroceder
ya es tarde. Ay de tí, mujer,
si cambia el viento mañana!
Ay de tí si el Rey no cede,
Roma no te oye, y recibo
mi carta, y con el Rey privo...
(que todo avenirse puede);
gota á gota has de apurar
la amarga hiel que hoy me ofreces!
Gota á gota hasta las heces
del cáliz... Mas va á llegar
pronto el Rey, y el pasador
corrió. *(Le quita.)* Por hoy, lo mejor
será ceder y esperar.
(Se sienta en la mesa, y á poco sale el Rey por la puerta izquierda.)

ESCENA VII

DON BERENGUER *y* EL REY

REY

Estáis ya de eso hecho cargo?

DON BERENGUER

Sí, señor.

REY

No hay objeción
que hacer á mi aceptación?

DON BERENGUER

Sois Rey; mandáis; sin embargo,
siendo del Rey confesor,
á Roma antes de escribir
debo de reconvenir
al Rey, si peca, señor.

REY

Volvéis...?

DON BERENGUER

Á vuestra conciencia
á hablar, que es mi obligación.
Poned sobre el corazón
la mano.
(El Rey hace un gesto de impaciencia, y don Berenguer le dice para calmarle:)
Es la penitencia
que os impone el sacerdote.

REY

La pongo.

DON BERENGUER

Y cuando escribís
la aceptación, le sentís
latir sin que en él denote
su desigual movimiento
que á contraer esa boda
la conciencia se acomoda
sin ningún remordimiento?

REY

Seguramente que sí;
tranquilo está.

DON BERENGUER

Una promesa,
sin embargo, hay.

REY

(Interrumpiéndole.) De Teresa
queréis hablar, pesiamí!

DON BERENGUER

De ella.

REY

Y qué tiene que ver
aquí Teresa?

DON BERENGUER

Según.

REY

Basta; nada hay de común
entre el amor y el deber.
La boda es la obligación
de mirar por mis estados;
los compromisos pasados
son deudas del corazón.
Esas él las pagará.
Ó es el orgullo tan vano
de Teresa, que la mano
tiende hacia el trono?

DON BERENGUER

Quizá,
señor; si atrevida ó diestra
cree en derechos...

REY

(Interrumpiéndole.) Por mi fe,
sois muy su amigo!

DON BERENGUER

De qué
lo inferís, señor?

REY

De vuestra
afición parcial lo arguyo.

DON BERENGUER

Á nadie aborrezco yo;
mas podéis jurar que no
seré nunca amigo suyo.

REY

Pues no me habléis de ella más;
la debo mi corazón,
mas no el cetro de Aragón;
no lo prometí jamás.
Id pues, y no andéis apático
las notas en extender
luego, si os han de tener
por confesor diplomático.

DON BERENGUER

Voy; mas espero, señor,
que distingáis, para un crítico

trance, la fe del político
de la fe del confesor.

REY

No daré en error tan grave.
Tomad, señor secretario,
de mis archivos la llave,
do hallaréis lo necesario.
Escribid mi aceptación
á Roma, don Berenguer,
y en su casa disponer
dejad al Rey de Aragón.

ESCENA VIII

EL REY

Tenaz anduvo, mas era
su deber; se lo perdono.
Rey nací; ensalzar mi trono
es mi obligación primera.
Le siento que se estremece,
y halagüeña la fortuna
ocasión muy oportuna
de asegurarle me ofrece,
y aunque pese á la pasión,
desperdiciarla no debo;
no; la corona que llevo
pesa más que el corazón.
La amé, y, perdóneme Dios!
aquí aboga amor por ella;
pero su fatal estrella
puso el trono entre los dos.
Humilde empero, á la ley
sabrá doblar la cerviz,
y se tendrá por feliz
con el corazón del Rey.
Yo la amo aún... á mí solo
aquí decírmelo puedo;
mas es forzoso, y no cedo;
todo á esta boda lo inmolo.

ESCENA IX

EL REY, GARCÉS, *y después* DOÑA TERESA

REY

Qué hay, Garcés?

GARCÉS

Doña Teresa
Vidaura audiencia demanda,
señor.

REY

Tan temprano y anda
ya por palacio?

GARCÉS

Y apriesa,
señor, pues tras mí se viene
de sala en sala.

REY

Pardiez!
Es esta la primera vez
que tal arrogancia tiene.

GARCÉS

Llega, señor.

REY

Hazla paso;
(Sale doña Teresa; Garcés queda esperando las órdenes del Rey.)
vos en palacio, señora?

DOÑA TERESA

Incompetente es la hora;
mas temí que el tiempo acaso
para veros me faltara,
y aunque á la desgracia expuesta,
señor, de seros molesta,
el tiempo aprovecho avara.

REY *(Á Garcés.)*

Sal. *(Váse.)*

ESCENA X

EL REY *y* DOÑA TERESA

REY

Habla, Teresa mía.
Qué ocurre, dí, que así vienes
pálida y grave? Qué tienes?
Siéntate.

DOÑA TERESA

Mal estaría
ante vuestra majestad
sentada yo.

REY

Qué lenguaje!
Por ventura algún ultraje
recibiste?

DOÑA TERESA

Á la verdad
que no lo sé todavía,
señor; mas sospechas tengo,
y á preguntároslo vengo.

REY

Ese tono de ironía
que hallo en tus frases, Teresa,
y tu rostro uraño y serio,
me dejan ver un misterio
que me disgusta.

DOÑA TERESA

Me pesa
de ello, señor; mas tiempo ha,
cuanto sale de mi boca
sólo á disgusto os provoca,
y haciéndome á él voy ya.

REY

Creo, por Dios, que pretendes
irritarme! Ya te he dicho
que no me agrada, me entiendes?
de esa ironía el capricho,
y en el humor en que estoy
me importuna, y la paciencia
no es mi virtud.

DOÑA TERESA

Experiencia
tengo de ello.

REY

Pues quien soy
sabes, qué es lo que de mí
quieres? Pronto!

DOÑA TERESA

Breve espero
ser, señor; haceros quiero
sólo una pregunta.

REY

Dí.

DOÑA TERESA

Me han dicho que hoy os llegó
de Roma un correo.

REY

Y qué?

DOÑA TERESA

Volverá á partir?

REY

Sí á fe.

DOÑA TERESA

Y con respuesta?

REY

Pues no?

DOÑA TERESA

(Con aplomo.) Y aceptáis la boda?

REY

(Con la mayor sorpresa.) Sabes?...

DOÑA TERESA

(Interrumpiendo.) Todo.

REY

Cómo!

DOÑA TERESA

Cuando entró
el pliego en palacio, yo
entré tras él; tengo llaves.

REY

Tienes llaves!

DOÑA TERESA

Por supuesto.
En vuestras ausencias tuve
esta idea, y me entretuve
en mi soledad en esto.

REY

Te entretuviste!

DOÑA TERESA

Supuse
ser por vos tarde ó temprano
engañada, y me dispuse.

REY

Téngame Dios de su mano!
Te dispusiste á qué?

DOÑA TERESA

Á hacer
algo de mi honra en favor;
es el único valor
que da precio á la mujer.

REY

Te estoy oyendo, y á fe
que no te conozco; no,
no eres la misma que yo
conocí siempre, y no sé
qué es lo que hoy tu fantasía
perturba. Siempre te ví
grata, humilde para mí.

DOÑA TERESA

Eso fué allá en la alquería.

REY

Ó tú estás loca, ó yo sueño;
tú te atreves de tal modo
á mí?

DOÑA TERESA

Los locos á todo
se atreven, señor.

REY

Voy dueño
á no ser pronto de mí!
Ea, la razón me aclara
de mudanza en tí tan rara,
ó vive Dios...!

DOÑA TERESA

Héla aquí;
como anduvísteis cinco años
engañando vos mi fe,
á mi vez yo me apliqué
á estudiar vuestros engaños.

REY

Aun más? Tu insolente calma
acrecienta mi furor!

DOÑA TERESA

Y á pesar de ella, señor,
tengo el infierno en el alma.
Dejémosle, pues, brotar
ambos; porque mal sujeto
siento á mi lengua el respeto,
y le voy á atropellar.
Sí, sabedlo de una vez;
ni soy la misma que fuí
para vos, ni hay más en mí
ya que enojo y altivez.
El Pontífice os propone
para esposa una princesa,
y yo tengo una promesa
que á vuestra boda se opone.

REY

Ira de Dios! Tal creíste?
Así te la interpretaste,
y hasta el trono te atreviste
á alzar los ojos? Soñaste.

DOÑA TERESA

Ni en mi altivez ni en mi encono
por ambiciosa esperanza,
ni por vil sed de venganza,
mis ojos alcé hasta el trono;
pero jamás hombre alguno
afirmar ha de poder
que hijos á quien yo dí ser
fueron hijos de ninguno.
Burlásteis mi sencillez
disfrazándoos, señor,
y vale mucho mi honor
para olvidarle otra vez.

REY

Y esperaste, pesiamí!
en tu insensata jactancia,
que daría á tu arrogancia
lo que á tu humildad no dí?

DOÑA TERESA

Entendedme bien; del trono
no aspiro á la majestad;
mis hijos legitimad,
y profeso y os perdono.

REY

Más tarde.

DOÑA TERESA

Ahora, señor.

REY

Nunca! Humilla tu cabeza.

DOÑA TERESA

Nunca; que á cegarme empieza
de la cólera el vapor.
Ea! Ceded.

REY

No; jamás.

DOÑA TERESA

Pues todo ó nada. Mañana
aspiraré á soberana.

REY

Desdichada! No podrás,
porque desde este aposento,
por tu pertinacia altiva,
irás á enterrarte viva
en la tumba de un convento.

DOÑA TERESA

Á desenterrarme irán.

REY

Quién?

DOÑA TERESA

Roma.

REY

Y quién ha de ir
á Roma por tí á pedir?

DOÑA TERESA

Vuestras cartas.

REY

No saldrán
de tu poder, sino al mío
para pasar.

DOÑA TERESA

Estáis loco!
Sois para tanto muy poco.

REY

Braveas?

DOÑA TERESA

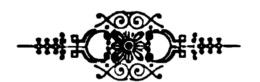
Os desafío.

REY

Pues sea; aquí quedas presa
mientras envío por tí.
(El Rey se va furioso por la puerta izquierda, que se oye cerrar por fuera. Doña Teresa, al punto que él vuelve la puerta, va á ella y corre el pasador que tiene por dentro, dirigiéndose inmediatamente á la salida secreta de la derecha.)

DOÑA TERESA

Y cuando vuelvas aquí,
ya no hallarás á Teresa.
(Váse por la derecha.)





ACTO SEGUNDO

Salón de embajadores en el palacio de D. Jaime, dispuesto para la solemne ceremonia de la presentación en la corte de la reina doña Violante. Trono; puerta grande en el fondo, y pequeñas á los lados en la última caja de bastidores. Balcón á la derecha, cerrado con vidrios de colores, á través de los cuales se ven los relámpagos á su tiempo.

ESCENA PRIMERA

DON BERENGUER *y* GERMÁN, *arreglando*

DON BERENGUER

De Roma, con Desiderio,
no tengo que recelar;
mas tiemblo mientras mi escrito
no está en mi poder. Germán,
está todo pronto?

GERMÁN

Sí,
señor, todo; y en verdad
que está como una ascua de oro
el salón.

DON BERENGUER

Bien está.

GERMÁN

Mas
quisiera yo, á nuestros reyes,
ver en el alcázar ya.

DON BERENGUER

Por qué?

GERMÁN

Daros vuestros ojos
pueden la razón; mirad
los nubarrones que el cielo
anublan.

DON BERENGUER

Así será
menos incómodo el sol.

GERMÁN

Si falta de sol no más
produjeran esas nubes,
no fuera grande el pesar.
No temo yo lo que quiten,
sino lo que puedan dar;
no oiréis el medio día
primero que el huracán.

DON BERENGUER

Pasará.

GERMÁN

Ay, señor obispo,
que está la divinidad
contra Aragón irritada,
y ya dos tormentas van
en este mes como yo
no las he visto jamás.

DON BERENGUER

En verdad que hemos tenido
una estación bien fatal;

mas parece que la gente
ya... *(Mirando por el balcón.)*

GERMÁN

Imposible; si aun no habrá
tal vez pasado la reina
las puertas de la ciudad.
Es ceremonia prolija,
y temo que se ha de aguar.

DON BERENGUER

Cómo ha de ser! Los nublados
del hombre en mano no están.

GERMÁN

Y el Rey que va hecho un pino
de oro! Lástima será
que llueva sobre aquel manto
tan rico!
(Un portero entra, y saluda á don Berenguer.)

PORTERO

Señor.

DON BERENGUER

Qué hay?

PORTERO

Un forastero, que aguarda,
os quiere ahora mismo hablar.

DON BERENGUER

No hay tiempo.

PORTERO

Dijo que os diera
esto.

DON BERENGUER

Ah! Que entre. Despejad.
(Á Germán.)

ESCENA II

DON BERENGUER *y* DESIDERIO

DON BERENGUER

Gracias á Dios.

DESIDERIO

Llego á la hora
justa, ilustrísimo.

DON BERENGUER

Deja
cumplimientos, y habla. Hoy mismo
llegas?

DESIDERIO

De Roma.

DON BERENGUER

Qué nuevas
de allá?

DESIDERIO

Estamos solos?

DON BERENGUER

Solos;
no hay más que los centinelas
exteriores, que están lejos;
todos han ido á las puertas
de la ciudad con el Rey
á recibir á la reina.

DESIDERIO

Trabajo inútil.

DON BERENGUER

Qué, el Papa...?

DESIDERIO

Á que la boda suspenda
manda un Nuncio con poderes
omnímodos.

DON BERENGUER

Con clemencia
nos mire Dios!

DESIDERIO

Pues?

DON BERENGUER

Su boda
daba ya por cosa hecha;
empleado tiene el oro
de la dote; por su tierra
predicada la cruzada,
y en pie de campaña puesta
su gente.

DESIDERIO

Pues todo en balde.

DON BERENGUER

Pero, no fué la sentencia
del tribunal pontificio
en su favor?

DESIDERIO

La primera
que por Celestino cuarto
fué dada, sí; mas no muestra
tanta amistad por don Jaime
Inocencio, que ahora reina,
y dió al pleito en la segunda
vista solución diversa.

DON BERENGUER

Cómo?

DESIDERIO

Después de fallado
una vez, doña Teresa
llegó á Roma.

DON BERENGUER

Te avisé
su partida.

DESIDERIO

Y á la letra
cumplí vuestras instrucciones;
fuí la persona primera
con quien dió en Roma. Español
siendo, sirviendo en la iglesia
y con crédito en la curia
romana, llegué hasta ella
á ofrecerle mis servicios.
Díla á entender que yo era
partidario de su causa,
y expatriado por ofensa
personal del rey don Jaime,
y que ansiaba complacerla
en su pleito contra él;
pero es mujer muy discreta
la de Vidaura, y me dijo
con tranquilidad soberbia:
«Vuestra protección no os pido,
conque podéis recogerla.»

DON BERENGUER

Entonces...?

DESIDERIO

Por otro lado
tiré mis líneas. Á fuerza
de vigilancia y dinero,
no dió, sin que lo supiera
yo, un paso; entabló demanda
segunda vez, y una audiencia
de Su Santidad obtuvo.
No sé lo que pasó en ella,
mas el Papa ordenó al punto
que segunda vez se viera
y se fallara el litigio;
nombróse comisión nueva
de Cardenales para ello,
y yo, como según vuestra
orden no debía andar
en miramientos, la mesa
compré del notario á quien
tocó la causa, y en ella
me instalé por sustituto
de enfermedades y ausencias.
La Vidaura intrigó astuta,
vertió el oro á manos llenas,
ganó, en fin, del Santo Padre
la protección manifiesta,
y él mismo activó su pleito
y dió en su favor sentencia.
Mas como en primera instancia
se dió en el del Rey, y era
sabido que atravesando

la Italia, en Ostia, á la vela
se había dado un día antes
para España la princesa
desposada por poderes,
en la nave más ligera
que se halló, se hizo al legado
embarcarse á toda priesa
para suspender la boda.

DON BERENGUER

Y está aquí ya?

DESIDERIO

Á la hora de esta
se viste para venir
del rey don Jaime á presencia;
mas yo aproveché un instante
para avisaros.

DON BERENGUER

Tremenda
va á ser la ira del Rey
cuando destruídos vea
sus proyectos y su boda;
y hombre ha de ser de firmeza
el que intimarle de Roma
el nuevo fallo se atreva!

DESIDERIO

Por eso estad sin cuidado,
que el Nuncio encargado de esta
comisión, es hombre de alma
libre de miedo y resuelta.

DON BERENGUER

Aún no conoce el legado
del Rey el alma colérica.

DESIDERIO

Ya el Nuncio la pondrá á raya,
que habla en nombre de la Iglesia.

DON BERENGUER

Su ira vallas no conoce,
ni privilegios respeta.

DESIDERIO

Pero ese hombre...

DON BERENGUER

Enfurecido
no es un hombre, es una hiena;
hasta pierde muchas veces
el sentido de soberbia
en el exceso, y le asaltan
ataques de risa histérica.

DESIDERIO

Allá se avengan; yo en eso
me lavo las manos. Resta
ahora entregaros no más
este escrito, de las piezas
del pleito por mí extraído.

DON BERENGUER

Y que buen oro me cuesta!

DESIDERIO

Y si en Roma se descubre,
á mí una prisión perpetua.

DON BERENGUER

Mas no consta?

DESIDERIO

En parte alguna.
Por razones de conciencia,
que se reservó el Pontífice,
se falló.

DON BERENGUER

Y doña Teresa?

DESIDERIO

Dejó á Roma el mismo día
que se firmó la sentencia.

DON BERENGUER

Y á dónde...?

DESIDERIO

Á España. Tal vez
pise de Aragón la tierra.
Ya estáis en todo; os serví
como amigo; es cosa hecha;
conque perdonad, maestro,

que á situarme ante la puerta
del palacio voy.

DON BERENGUER

Á qué?

DESIDERIO

Á esperar á Su Eminencia,
de quien soy el secretario;
pues cupo la honra excelsa
de esta embajada al prelado
que obtuvo la presidencia
del tribunal, y al notario
que escribió la causa regia.

DON BERENGUER

Ve, pues, y excuso ofrecerte
mi valer.

DESIDERIO

Aquí, en reserva,
me debéis con vuestra vida
la fortuna venidera,
pues si quedan vuestras cifras
metidas entre las piezas
de este proceso...

DON BERENGUER

Silencio!

DESIDERIO

Dios os guarde.

DON BERENGUER

Él te proteja.

ESCENA III

DON BERENGUER

Salí por fin de inquietudes.
Vuelva ahora doña Teresa
cuando guste. Si el Rey cede
al Pontífice, y es reina,
prenda por prenda; el favor
dividiremos á medias.
Si nada consigue, nada
tengo ya que temer de ella.
Hola, ya se oye murmullo;
parece que el Rey se acerca,
y ya era hora; el nublado
por instantes se acrecienta.
Despacio vienen; aún
tardarán la ancha plazuela
en cruzar por el tumulto.
Muy galán con la princesa
viene el Rey. Desventurada!
Qué ajena está de la afrenta
que la aguarda! Y quién arrostra
la ira del Rey? Dios le tenga
de su mano!
(El portero se presenta otra vez con una carta.)

ESCENA IV

DON BERENGUER *y* EL PORTERO

DON BERENGUER

Qué hay?

PORTERO

Señor,
una tapada estas letras
para vos trajo, encargando
que al instante las leyérais.

DON BERENGUER

Dáme á ver. Contestación
aguarda?

PORTERO

Partió sin ella.
(Don Berenguer toma la carta, despidiendo al portero con la cabeza.)

ESCENA V

DON BERENGUER

Jesucristo! Su escritura!
Zaragoza. De hoy la fecha.
«Me habéis cercado de espías; (Lee.)
yo obré con igual cautela.

Todo lo sé; vuestras cifras
han sido, por mano diestra,
extraídas del proceso,
y, pues con trampas se juega,
ved que vuestro testimonio
cita el Papa en la sentencia
que trae escrita el Legado,
y si el Rey á dar no acierta
(y sí dará, que es sagaz,)
con la razón que, secreta,
vence el fiel de la balanza
de mi parte, será fuerza
que con ella dé el escrito
del tribunal cuando lea.
Conque ya estáis prevenido:
tal vez os va la cabeza
en la cólera del Rey;
huidla, pues, si es que os queda
tiempo aún; si no, tomáos,
don Berenguer, la molestia
de acordaros de aquella acta
de gracia de que yo entrega
os hice un dia, y fiad,
obispo, en su omnipotencia;
porque es, en vuestro naufragio,
la sola áncora que os resta.
Mas no despreciéis mi aviso,
porque os juro en mi conciencia
que esa acta lo puede todo,
y yo quiero, y me interesa,
que en Aragón, por mi causa,
ningún crimen se cometa.
Me hicisteis traición, y os salvo;
aprended de mí.—TERESA.
(Representa.) Confúndate Dios! Mujer
infernal, sagaz culebra,
sin compañera en astucia
y en las intrigas maestra!
Que huya del Rey...! Bien tu mano
se ve, pues tu aviso llega
al mismo tiempo que él.
Y el acta...? Es una advertencia
donosa! Siempre la llevo
conmigo; mas, qué defensa
dará un papel á quien tiene
que luchar con una fiera?
(Mira por el balcón.)
Imposible!—Ante el alcázar
la comitiva se apea;
imposible huir...! Hacer
rostro á la fortuna es fuerza;
tal vez el Nuncio no llegue...
Tal vez don Jaime no lea,
ciego de ira, el escrito;
acaso no le comprenda.
Vamos; preciso es que el Rey
me halle al pie de la escalera.

(Váse rápidamente por el fondo.) Durante los últimos versos de la escena anterior se habrá oído dentro rumor de pueblo, vivas y tumulto de fiesta popular. El teatro permanece abandonado breves momentos, quedando sólo en él el soldado que guarda el exterior de la puerta del fondo, que deja don Berenguer abierta. Por ella salen después el Rey don Jaime, ricamente vestido de ceremonia; la reina doña Violante, de blanco; grandes de Aragón, prelados, jueces, dignatarios, cortesanos, etc. El Rey, dando la mano á doña Violante, la dirige la palabra, conduciéndola al trono cuando lo indican los versos.)

ESCENA VI

EL REY, DOÑA VIOLANTE, DON BERENGUER, EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL DE JUSTICIA, GRANDES Y CORTESANOS. *Fuera de la puerta, en el fondo.* PUEBLO.

REY

Mi pueblo te bendice, y su ventura
aguarda de tu mano; el mismo cielo,
para que no ofendiera tu tez pura,
su sol cubrió con nebuloso velo.

DOÑA VIOLANTE

Sois muy galán, señor; si ufana admito
las bendiciones de Aragón, espero
merecer su favor; le solicito
de él con fe pura y corazón sincero.

REY

Yo te respondo de él, y me remito,

Violante mía, al tiempo venidero;
reina entre tanto por mi noble gente
vas aclamada á ser solemnemente.
Ya en mi alcázar estás; desde esta hora,
de Aragón en el trono al lado mío,
eres conmigo de Aragón señora,
y es la ley de mi alcázar tu albedrío.
Tu casa es, gobiérnala á tu antojo;
vive á tu gusto en ella, sin cuidado
de que tu real placer me cause enojo;
reina en palacio tú, yo en el Estado.
Próceres de Aragón, á la belleza
de vuestra reina humildes ofrecéos,
y doblad la rodilla y la cabeza
ante la reina de Aragón.

(Al inclinarse todos para saludar á doña Violante, el Nuncio pontificio aparece saliendo por la puerta del fondo, diciendo en alta voz:)

NUNCIO

Tenéos. *(Suspensión general.)*

(El Rey, bajando colérico del trono, va á encontrarse con el Nuncio, que habrá avanzado al centro de la escena.)

REY

Quién interrumpe audaz al soberano?

NUNCIO

El Nuncio del Pontífice Romano.

ESCENA VII

DICHOS *y* EL NUNCIO ROMANO

REY

Por quien soy, señor Nuncio, que recelo
que ignoráis á qué tierra habéis venido!

NUNCIO

Ni yo lo pregunté; con santo celo
«Parte», me dijo el Papa, y he partido.

REY

Sabed empero, que si el Papa en Roma,
yo reino en Aragón, y reino solo,
y nadie voz imperativa toma
donde mi voz resuena.

NUNCIO

Ni yo inmolo
sacrificio, señor, ni incienso quemo,
ni doblo la rodilla en más altares,
Nuncio cual soy de sus sagradas leyes,
que en los del sumo Dios, que es juez supremo,
lumbre del sol, barrera de los mares,
ser de la creación, rey de los reyes.

REY

Dios... en el cielo está; yo aquí en la tierra
le represento, y á mi vez respeto
exijo del mortal.... pero el objeto
sepamos que aquí os trae; lo que encierra
vuestra misión, decid.

NUNCIO

Mas en secreto
conviene que os lo diga.

REY

Un plazo escaso
esperad.

NUNCIO

Ni un instante.

REY

En ese caso,
voy á abreviar la ceremonia; ofensa
fuera á la reina hacer...

NUNCIO

No déis un paso
más en tal ceremonia.

REY

Es por acaso...?

NUNCIO

(Bajo al Rey.)
Inútil; vuestra boda está suspensa.

REY

Dios de Aragón! Suspensa?

NUNCIO

Sí.

REY

(Á los que están en escena.) Un momento,
señores, un momento; dispensadme;
salid.

DOÑA VIOLANTE

Gran Dios! Qué es esto?

(El Rey conduce á doña Violante, á quien siguen sus damas y pajes á la puerta de la derecha, que cierra tras ellos. Los demás se van por la del fondo.)

REY *(Á doña Violante.)*

Á este aposento
pasad, señora, vos. (Dios, enfrenadme
la cólera que hervir siento en el alma.)

ESCENA VIII

EL REY *y* EL NUNCIO

REY

Hénos solos, hablad; pero hablad presto,
porque impaciente soy, y estoy expuesto
á no guardar la conveniente calma.
Hablad, y no hagáis caso de mi gesto
ni de mi acción; hablad; mas os lo aviso,
pronto, claro, y no más que lo preciso.

NUNCIO

Oid, pues, la sentencia que dió Roma
en vuestro pleito.

REY

Eso es lo que interesa.
Decid.

NUNCIO

Si el rey don Jaime esposa toma,
esta esposa ha de ser doña Teresa;
y dos hijos del Rey, en ella habidos,
han de ser por el Rey reconocidos.

REY

Mi pleito en Roma se falló dos veces?

NUNCIO

Sí.

REY

La primera en pro. Y en qué se funda
la ley y la conciencia de los jueces
al fallar en mi contra la segunda?
Ha debido de haber de obvia justicia
una razón legal, grave y oculta;
razón no alegada antes, que hoy faculta
á la sensata curia pontificia
para anular su fallo primitivo.

NUNCIO

Sí.

REY

Cuál?

NUNCIO

Es de conciencia; el Santo Padre,
por su voto especial reservativo,
falló por sí.

REY

Y creéis que á mí me cuadre
semejante razón?

NUNCIO

Será forzoso:
declaraciones son que *sub sigillo
confessionis* se dieron, y que asilo
tienen ya impenetrable, misterioso,
del Pontífice en el alma.

REY

Dios piadoso!
De una trama infernal me dáis el hilo.
Sólo tiene el Pontífice la llave
del secreto, decís?

NUNCIO

Sí.

REY

Fué, pues, hecha
tal confesión al Papa?

NUNCIO

Sí.

REY

La sabe
él solo?

NUNCIO

Sí.

REY

Mostradme con qué fecha
se sentenció.

NUNCIO

(Mostrándole un pergamino.) Miradla.

REY

No fué suya
la confesión; Teresa hecho la habría
en su primer demanda, el primer día,
sí; mas no hay otra confesión que influya
en providencia tal más que la mía;
y yo á Roma no fuí, ni á Roma he enviado
legado mío, ni del Papa he visto
más legado que á vos... Por Jesucristo!
Eso es; mi confesión se ha revelado.

NUNCIO

Reparad.

REY

La han escrito.

NUNCIO

En el proceso
no consta.

REY

Qué falta hace el testimonio
de vuestros garrapatos para eso?
Sólo mi confesión el matrimonio
suspender puede, y revelada ha sido...
(Señalando la frente.)
Si la siento aquí escrita... Si el demonio
me la está deletreando en el oído.

NUNCIO

Señor, no estáis seguro.

REY

Todavía
no; mas lo voy á estar.

NUNCIO

Cuándo?

REY

Al momento.
Y en estándolo...!

NUNCIO

Qué?

REY

Por vida mía!
veréis.
(Se vuelve hacia la puerta y el Nuncio se le interpone.)

NUNCIO

Tened.

REY

Quitáos de delante!

NUNCIO

Reportáos, señor; no así arrogante
os dejéis arrastrar de una ira impía.
Ved que traigo absolutas facultades
en pro de la verdad, premio ó castigo
para otorgar al bien, ó á las maldades.

REY

Para eso en Aragón basta conmigo.

NUNCIO

Tenéos.

REY

Apartad; porque me sube
la ira del corazón á la cabeza,

de la sangre en una nube
ento que á envolver empieza.

NUNCIO

Papa en nombre!

REY

Por Dios vivo!
á punto á vuestro labio asoma;
stro poder es relativo;
n Aragón, como él en Roma,
to especial, reservativo.

NUNCIO

REY

ad os dije.

NUNCIO

Ved os ruego...

REY

? No véis vos que estoy ya ciego?
e la puerta del fondo y la de la su voz vuelven á salir todos.)

ESCENA IX

NUNCIO, DOÑA VIOLANTE, NGUER, DESIDERIO, EL PRE- DEL TRIBUNAL DE JUSTICIA. *damas de la reina, pajes y*

REY

iores, adelante
, entrad.

NUNCIO

(Su ira encona
dejemos que un instante
da.)

r *(Á don Berenguer.)*

Obispo de Gerona,
entrad también. Vos sois el *presidente*
del tribunal de mi *justicia?*

PRESIDENTE

Tengo,
señor, honra tan alta.

REY

Yo me avengo
con vuestro parecer. Decid al punto,
pues, á don Berenguer, que está presente,
qué pena tiene por la ley sagrada
el confesor que á intento ó sin cautela
la confesión y el pecador revela.

PRESIDENTE

Señor, pierde la lengua.

REY

(Á don Berenguer con ira.) Revelada
por vos mi confesión y escrita ha sido
á la romana curia pontificia.

DON BERENGUER

(Anonadado.) Señor...!

REY

Vuestra sentencia habéis oído.
(Al Presidente.) Ea! Al ejecutor de mi justicia
entregadle, y la lengua cercenada
le sea al punto.

PRESIDENTE

Ved...

REY

No veo nada.

PRESIDENTE

Reflexionad, señor.

REY

No reflexiono
nada.

DOÑA VIOLANTE

(Á sus pies.) Yo de rodillas os lo ruego;
templad, señor, vuestro exaltado encono.

NUNCIO

Rey don Jaime, acatad la preeminencia
del sacerdocio en él.

REY

(Al Presidente del Tribunal.) Llevadle luego,
y, ay de vos si volvéis á mi presencia
de su amplia ejecución sin ser testigo!

NUNCIO

Mirad que si se cumple la sentencia
dáis en la excomunión.

REY

(Al Presidente con toda la exaltación de la ira.)
Llevadle digo;
ira de Dios! No soy el soberano?
Obedecedme, Juez, ó su castigo
(Pone mano á la daga.)
aquí ejecuto por mi propia mano.

TODOS

(Aterrados.) Oh!
(El Presidente, poniéndose entre el Rey y don Berenguer, hace desaparecer al último y va tras él.)

NUNCIO

Sacrilegio atroz!

REY

Y el crimen suyo
es, por ventura, más que un sacrilegio?

NUNCIO

En nombre de la Iglesia, yo le excluyo
de vuestra ley.

REY

Recuso el privilegio.

NUNCIO

Pues del Papa en poder le constituyo.
Revocad la sentencia, ó yo del regio
soberano poder os destituyo.

REY

Vos estáis delirando; lo que es mío
por derecho y por ley, quién me lo quita?

NUNCIO

Roma.

REY

De Roma y su poder me río.

NUNCIO

Revocad.

REY

(Viendo al Presidente que aparece al umbral.)
Es ya tarde.

TODOS

Ah!

NUNCIO

(Avanzando hacia el medio de la escena y tendiendo las manos hacia el Rey.)
Rey impío,
Dios lega á Satanás tu alma precita!
(Todos se echan atrás dejando al Rey solo.)
Rey de Aragón, escucha arrodillado,
y esa risa sardónica que asoma
en tus labios, mofándose de Roma,
tórnala en ay! de súplica humillado
á su poder.—Estás excomulgado!
(Rompe la tempestad, tronando.)

TODOS

Ah!

NUNCIO

Oye á Dios y tu soberbia doma.
Bajo la huella de tus pies impíos
agóstese la mies, púdrase el grano,
séquese el árbol, súmanse los ríos,
el monte se desplome, húndase el llano,
queme el rayo tus bosques y plantíos,
traiga á tus tierras peste el aire insano,
y abandónente á Dios y á sus castigos
tus vasallos, tus deudos, tus amigos.
(Á todos.)

Sin Dios ni rey quedáis. Desde ahora mismo
los templos de Aragón quedan cerrados,
prohibidas las aguas del bautismo,
los sacramentos de la fe vedados;
fuera, en fin, de la grey del Cristianismo
estáis, y en su cabeza excomulgados;
quien le dé auxilio, quien señor le llame,
es maldito con él, con él infame.

(El Rey queda un momento aterrado, como si sintiera sobre la cabeza el peso de la excomunión. El Nuncio se va por la puerta del fondo, y todos tras él en completo silencio. La puerta se cierra detrás del último. El ruido de la tempestad llena el espacio, dejando luego el intervalo de calma necesario para la escena siguiente.)

ESCENA X

EL REY

Emponzoña el ambiente en que respira!
Su voz es un puñal helado, agudo! [tira!
Me ha herido aquí en el pecho... No... men-
Ha sido aquí... en la frente; y á su rudo
golpe el cerebro descompuesto gira,
y el vago son de sus palabras siento
zumbar en el confuso pensamiento. [do?
Quién es? Qué es lo que dice? Á qué ha veni-
Parad... parad, recuerdos, un instante.
Repetid lo que he visto... lo que he oído.
La mies... el rayo... Dios... Doña Violante
á mis pies... un obispo... un acusado...
gentes que me rogaban... y uno, uno
más que todos tenaz, más importuno...
Qué traía en la mano...? Un privilegio...
No; la lengua arrancada de su boca.
Horror! Quién cometió tal sacrilegio?
Pára, pára un instante, mente loca!
Vuelve á mí... Vuelve á mí, juicio perdido...
(Con desesperado afán, queriendo recobrar á la fuerza las ideas extraviadas.)
Vuelve, recuerda... *(Se mira las manos.)*
Estoy ensangrentado!
Quién me acusa? Su lengua! Sí, yo he sido;
mas no me sigas... no. *(Va á la puerta.)*
Me han encerrado
con ella! Auxilio! Á mí...! Todos se han ido.
Todos... Del universo abandonado
estoy...! Todo lo entiendo... Lo he perdido
todo... hasta Dios! Estoy excomulgado!
(Vuelve á romper la tempestad tronando.)
Ruge la tempestad... Á buena hora!
(Se aproxima al balcón, cuyas vidrieras abre el viento con estrépito.)
Qué me importa de tí? No puede nada
contra mí tu furor! Ruge...! Devora!
Ya no hay Dios para mí... Ruge, menguada!
Yo me río de tí... Míralo... Toma,
yo te escupo á la faz mi carcajada;
tómala... Y con mi alma excomulgada,
implacable huracán, llévala á Roma.
(Cae desplomado.)

ESCENA XI

EL REY *desmayado;* DOÑA VIOLANTE *y* DOÑA TERESA; *ésta por la izquierda. aquélla por la derecha.*

DOÑA VIOLANTE

Solo! A su amparo mi deber me llama.

DOÑA TERESA

Mi auxilio nada más le resta ahora.

DOÑA VIOLANTE

Una mujer!

DOÑA TERESA

La infanta! Vuestra fama
así arriesgar osáis?

DOÑA VIOLANTE

Y vos, señora!

DOÑA TERESA

Soy Teresa Vidaura.

DOÑA VIOLANTE

Vos! La dama
de su alma perdición!

DOÑA TERESA

Su salvadora.

DOÑA VIOLANTE

Cómo!

DOÑA TERESA

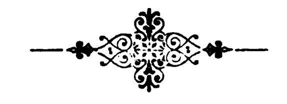
Váis á entenderlo en el momento;
mas primero es llevarle á su aposento.

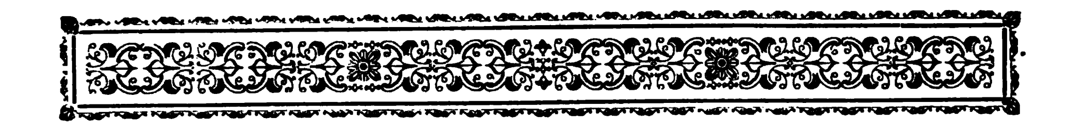
DOÑA VIOLANTE

Yo! Con vos!

DOÑA TERESA

Ayudadme sin cuidado,
señora, que ni soy lo que aparento,
ni cabe excomunión do no hay pecado.
(Doña Teresa y doña Violante acuden á levantar al Rey.)





ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

DOÑA VIOLANTE, *sentada, y* DOÑA TERESA

DOÑA TERESA

Tal es la história de mi amor, señora;
tales son mis razones, mis derechos.

DOÑA VIOLANTE

No los recuso; mas os resta ahora
darme la explicación de ciertos hechos
audaces por demás para una dama
de tal ingenio y tan ilustre origen.

DOÑA TERESA

En casos en que van honor y fama,
todo la fama y el honor lo exigen.

DOÑA VIOLANTE

Tal vez.

DOÑA TERESA

Oidme pues; seré sincera.
Creéis que nadie por razón domine
los salvajes instintos de una fiera,
y doméstica á ser la determine?

DOÑA VIOLANTE

No es posible.

DOÑA TERESA

Pues bien; esta mañana
habéis visto á ese Rey, ciego, iracundo,
su dignidad hollando soberana,
atropellar cuanto respeta el mundo.
Le habéis visto, en su cólera embriagado,
recusar el sagrado privilegio
sacerdotal; desafiar osado
á Roma; el más horrendo sacrilegio
cometer, del Pontífice al Legado
desconociendo, y aun del mismo cielo
sacrílego mofarse, y sólo al rayo
de tal excomunión ver el abismo
á sus pies, y ceder sólo al desmayo
de su temor supersticioso.

DOÑA VIOLANTE

Horrible
espectáculo fué.

DOÑA TERESA

Pues con tal hiena
tuve yo que luchar, y era imposible
dominarla en su cólera terrible
más que con el azote y la cadena.
Diez años humillada, envilecida
á los ojos del mundo y á los míos,
triste le demandé mi honra perdida,
hechos mis ojos de mi llanto ríos;
y diez años corrieron sin que nada
lograran fe ni amor; mas una hora
llega en que la mujer que ruega y llora,
ofendida á la vez y avergonzada,
álzase de sí misma vengadora,

por la fe y la razón autorizada.
Llegó esta hora para mí; enemiga
de mi señor me alcé, y el oportuno
tiempo esperando astuta, uno por uno
fuí los hilos atando de una intriga,
y llegada á su término, tornándose
guerrero halcón la tímida paloma,
de las alas del águila ayudándose,
tendió su vuelo al tribunal de Roma,
y el águila rendida, desde el suelo
la vió en sus plumas remontarse ufana,
y la vió regresar, cerniendo el vuelo,
entre los rayos de la ley romana.

DOÑA VIOLANTE

Del Rey me estáis hablando.

DOÑA TERESA

No lo olvido,
señora; para alzarme hasta su altura
al tribunal de Dios he acudido,
que nos nivela á todos; mas segura,
bajo el amparo de su ley sagrada,
no á abusar de mi triunfo vencedora
vengo, no el solio á reclamar osada,
sino á vivir resuelta desde ahora,
reina no, mas tampoco deshonrada.

DOÑA VIOLANTE

Qué es, pues, lo que queréis?

DOÑA TERESA

Que una palabra
satisfaga una ofensa; que hijos llame
á los que suyos son; que no nos abra
á sus hijos y á mí sepulcro infame.
Él audaz y yo débil, ambos fuimos
criminales al par; yo me someto
al yugo de la ley; mas delinquimos
de muy distinto modo: él el secreto
de su origen guardó; yo fuí engañada,
y no debo al honor guardar respeto
del que el mío y sus hijos tiene en nada.
Vencido está á mis pies; mas no que bese
mi planta quiero, ni me ofrezca el trono;
que remedie su error, que le confiese,
y me vuelvo á mi quinta y le perdono.

DOÑA VIOLANTE

Á vuestra quinta?

DOÑA TERESA

Para vos, señora,
el esplendor del solio; yo no puedo
disputárosle, no; desde esta hora,
si en mi auxilio venís, sin pena cedo.

DOÑA VIOLANTE

Yo!

DOÑA TERESA

Sí. Vos sois un ángel descendido
del cielo para el Rey, de su ventura
nuncio, y en su aflicción aparecido,
bálsamo para ser de su amargura.
Llegáis en su dolor á su presencia
bajo el nombre tiernísimo de esposa;
sois elocuente, compasiva, hermosa...
venced en mi favor su resistencia.

DOÑA VIOLANTE

Yo!

DOÑA TERESA

Vos; y comprendedme. Él indomable,
yo ofendida y tenaz, no había modo
de conseguir del Rey lo razonable,
sino aspirando á conseguirlo todo.
Todo lo conseguí; mas sólo quiero
lo que es mío por ley; si lo exigiera
todo, de mi altivez víctima fuera;
se alzara contra mí su pueblo entero.
Tomad. *(La da un escrito.)*
Decidle vos: — «Todo fué un sueño:
la excomunión, el crimen, fué una intriga:
mas firma, es tu deber, y yo me empeño
por una pobre madre, que es mi amiga.»
Y seré... tanto no, vuestra cautiva;
menos, el escabel de vuestro trono;
pondréis los pies sobre mi frente altiva.
Ved lo que por mis hijos ambiciono;
mas lucharé por ellos mientras viva,
y á este precio no más cedo y perdono.

DOÑA VIOLANTE

Y sí perdonaréis. Grande os admiro,

y grande como vos á ser aspiro.
Vuestros hijos, Teresa, os aseguro
que honrados vivirán. Antes del día
serán reconocidos, sí, os lo juro!
Causa común la vuestra con la mía,
yo los adoptaré. Cuando no tengan
en su desolación mejor arrimo,
enviadlos, sí, que á mi palacio vengan,
y acogidos serán; los legitimo.

DOÑA TERESA

Gracias.

DOÑA VIOLANTE

Alzad; de gracias no es asunto,
pues vos al punto partiréis.

DOÑA TERESA

Al punto.

DOÑA VIOLANTE

Lejos.

DOÑA TERESA

Donde queráis.

DOÑA VIOLANTE

Sois generosa,
fascinadora, apasionada, hermosa.

DOÑA TERESA

Celos vos, de los ángeles trasunto?

DOÑA VIOLANTE

Soy débil, soy mujer. Seré su esposa.

DOÑA TERESA

Nada temáis de vuestra humilde esclava.
Triste, porque le amé, y os lo confieso,
me volveré á la quinta en que guardaba
puro mi corazón, mi honor ileso.
Si me envía un billete, sin abrirle
se le devolveré; si á darme quejas
á su paje me envía, sin oirle
razón ni trova cerraré mis rejas.
Si él se llega á mi puerta con misterio,
yo se la cerraré como á enemigo,
si la intenta forzar, por un postigo
me acogeré al vecino monasterio;
y si me sigue allí, si la clausura
iracundo y sacrílego atropella,
dentro del claustro al afirmar su huella
me abriré ante el altar la sepultura.
Qué más queréis, señora?

DOÑA VIOLANTE

(Tendiéndola la mano.) Que mi amiga
seas.

DOÑA TERESA

Hasta morir.

DOÑA VIOLANTE

Dios te bendiga,
sublime y generosa criatura!

DOÑA TERESA

Mas por ambas velad; que no me siga,
que no le vea más. Vuestra hermosura,
vuestro ingenio emplead en que me olvide;
todo os lo cedo en paz. Dios me es testigo!
Que entero sea vuestro honor me pide
mi sacrificio, y lo será; me obligo;
mas no os puedo mentir; aquí reside
su amor, y solo morirá conmigo.

DOÑA VIOLANTE

Pues ocultadle bien en vuestro pecho;
de ese amor que el espíritu os desola,
para pediros cuentas con derecho
no hay más que Dios, que el corazón ha hecho.
Id al legado á ver. Dejadme sola.

ESCENA II

DOÑA VIOLANTE

Justicia es, y la obtendrá cumplida;
mas saldrá de Aragón. Al otro extremo
quisiera verla de la tierra... Hundida
en el misterio más profundo... Erguida
de su altivez la admiro... mas la temo.
Esa águila imperial con su fiereza
dominará al león tarde ó temprano.
Empezaría el Rey su fortaleza



por admirar, y al cabo la cabeza
doblaría servil bajo su mano.
Único ser cuyo resuelto arrojo
fuera capaz de despreciar su enojo,
fuera el único ser que hallara digno
de su pasión... y al corazón maligno
evitar es preciso tal antojo.
Qué entrada tengo en Aragón!—Mas ella
la explica en mi favor... Prudente y bella,
ángel me cree del cielo descendido
para su bien... Más perspicaz ha sido
que yo para leer mi buena estrella.
Mas no seré yo misma quien la deje
mentir. Vuelva á la vida y al imperio,
del ángel á la voz, que la proteje,
y de un celeste amor ante el misterio,
su terrenal amor ceda y se aleje.
(Abre las dos hojas de la puerta del fondo, y aparece el Rey en su lecho.)

ESCENA III

DOÑA VIOLANTE *y* EL REY

DOÑA VIOLANTE

Respira; no es su aliento ya agitado;
el letargo pasó; ya es solo sueño;
pero desagradable... Aún frunce el ceño.
Tal vez interrumpirle es arriesgado.
Una emoción ingrata, repentina,
le pudiera dañar. Mas es forzoso
que despierte... Aguardar la matutina
luz es mucho esperar, y su reposo
no puede ser tan largo. El nuevo día
no debe hallar en Aragón ni á ella,
ni al Nuncio, ni á ninguno por quien huella
del escándalo encuentre.—Yo querría
sacarle de su sueño lentamente,
de un modo natural, en que su alma
pasara poco á poco de la calma
del sueño á la vigilia, de su mente
las sombras ahuyentando.
(Fija la vista en el arpa de Garcés, que como en el primer acto, ocupa un rincón del aposento.)
Ah...! Dios me envía
el medio de apartar de su memoria
la horrible escena de hoy. Sí; que reciba
nueva impresión de mí, más expresiva
en favor de su esposa, cuya historia
va con la suya á caminar unida
mientras camine de los dos la vida.
(Se sienta al arpa, colocándose de manera que el Rey no pueda verla. Éste se despierta poco á poco al sonido de la música.)

DOÑA VIOLANTE

(Canta.) «Aparta de tus ojos
»las nieblas de tu sueño;
»despiértate, mi dueño;
»despiértate, señor.
»Despierta á los suspiros
»de un alma que te ama;
»despierta, que te llama
»el ángel del amor.
»Despierta, no pase; despierta, señor.»

REY

Ay de mí! Dónde estoy? Grato sonido
de una celeste música soñaba
que hería melancólico mi oído.
Quimeras de mi sueño...! Deliraba.
(Doña Violante empieza el preludio de la segunda estrofa.)
Oigo un arpa! Tal vez estoy dormido
aún.
(Se sienta en el lecho, quedándose distraído.)
Vuelve, recuerda, mente mía;
recuérdame... recuérdame... yo creo
que duermo, que deliro todavía.
(Baja á la escena y ve á doña Violante, á quien contempla extasiado mientras canta.)
Qué hermosa aparición. Sueño! Qué veo!

DOÑA VIOLANTE

(Cantando.) «El alba esclareciendo
»va ya con luz incierta;
»el ave se despierta,
»desplégase la flor.
»Despierta, que la aurora
»su resplandor derrama;
»despierta, que te llama
»el ángel del amor.
»Despierta, no pase; despierta, señor.»

REY

Despierta dice... Conque estoy dormido?
Quién eres tú, que con tu voz derramas
un bálsamo en mi pecho dolorido?

DOÑA VIOLANTE

El ángel del amor. No lo has oído?

REY

Te tuve por mujer.

DOÑA VIOLANTE

La que tú amas.

REY

Yo...? No amo... Detesto!

DOÑA VIOLANTE

Te equivocas.
Ven; siéntate á mi lado; poco á poco
irán volviendo tus ideas locas.
Yo te las llamaré.

REY

Me las evocas
en vano... Estoy soñando, ó estoy loco.

DOÑA VIOLANTE

En qué te fundas?

REY

Ay de mí! Me fundo
en el vacío que percibo inmenso
en mi cerebro; en el horror profundo
que me tengo; en que ignoro lo que pienso;
en que no sé si pertenezco al mundo.
En que te estoy mirando, y no comprendo
por qué te veo aquí; en que te miro,
y tu sonrisa plácida no entiendo;
y aunque te estoy aquí escuchando y viendo,
dudo si existes, ó si yo deliro.

DOÑA VIOLANTE

Mas, qué sientes?

REY

Vacío en la cabeza;
vacío en el espíritu; tristeza
en el desierto corazón, que nada
desea; y sin embargo...

DOÑA VIOLANTE

Qué?

REY

Me agrada
oirte, y contemplarte en tu belleza.
Quién eres?

DOÑA VIOLANTE

No lo sé; yo todavía
no tengo nombre aquí, ni tengo empleo.

REY

Á qué has venido, pues?

DOÑA VIOLANTE

Á ser tu guía;
á acompañarte... Es mi único deseo
estar cerca de tí.

REY

Yo bien decía;
estoy soñando aún; de otra manera,
qué ser á acompañarme se atreviera
á mí, de quien el mundo es enemigo,
y sobre quien echó para castigo
su execración la humanidad entera?

DOÑA VIOLANTE

Por qué?

REY

Lo ignoro.

DOÑA VIOLANTE

Mas, lo crees?

REY

Lo creo:
siento una convicción...

DOÑA VIOLANTE

De qué?

REY

Estoy loco.
Te sonríes? Deliro; ya lo veo.

DOÑA VIOLANTE

Deliras, sí; mas ven, darte deseo
tu juicio; ven. Recuerda poco á poco.

REY

Qué?

DOÑA VIOLANTE

Algo de ayer.

REY

Ayer...? Ayer! Un rayo,
de una nube rugiente desprendido,
cayó á mis pies, y me lanzó rendido
en un lóbrego abismo.

DOÑA VIOLANTE

En un desmayo.

REY

Aun siento su mareo y su zumbido.

DOÑA VIOLANTE

No te acuerdas de más?

REY

No; me ha postrado
un profundo sopor, una fatiga
intensa... mil delirios me he forjado;
he visto tantos círculos... he dado
tantas vueltas...! Me has dicho que te diga
lo que siento?

DOÑA VIOLANTE

Sí, dímelo.

REY

Padezco
un malestar... una inquietud... aguarda,
no es eso; es... miedo. Sí; de eso adolezco,
de miedo... mi memoria me acobarda;
tengo miedo á pensar.

DOÑA VIOLANTE

Te compadezco!

REY

Por loco? Ya lo ves; hablo contigo,
quimérica ilusión, como si fueras
más que un delirio que en mi mente, abrigo
en mi locura tiene.

DOÑA VIOLANTE

Ven conmigo
pues; ven á delirar.

REY

Como tú quieras.

DOÑA VIOLANTE

Ven á mi lado, ven. Juntos iremos
vagando por las mágicas campiñas
de la imaginación; nos contaremos
nuestro amor en voz baja; cruzaremos
valles frondosos, enramadas viñas,
huertos que sombra nos darán, y opimos
frutos y sabrosísimos racimos
para templar la sed, mientras palomas
nos arrullan la siesta, y lo que fuimos
olvidaremos; y en las frescas lomas
de este encantado edén vagando eternos,
sabremos existir sin separarnos
uno de otro jamás, ni entristecernos.
(Un momento de pausa; el Rey contempla á doña Violante como si aun la escuchara.)

REY

Habla... sigue, por Dios! Á qué pararnos?
Ibamos ya tan bien! Hay en tus tiernos
conceptos una música tan suave...
hay en tu dulce voz una armonía
cual dar no más naturaleza sabe,
al son del río y al cantar del ave.
Háblame, por piedad, ilusión mía!

DOÑA VIOLANTE

No te enoja mi voz?

REY

Oh, me enajena!

DOÑA VIOLANTE

Me acompañas gustoso?

REY

No me dejes
nunca.

DOÑA VIOLANTE

Mi ausencia te causara pena?

REY

Temo que he de morir cuando te alejes.

DOÑA VIOLANTE

Quieres oir mi historia?

REY

En hora buena.
Cuenta, cuenta, fantasma delicioso,
cuenta, sueño de amor... que no despierte
yo jamás, si ha de ser para no verte
ni oirte... Cuenta, que te escucho ansioso.

DOÑA VIOLANTE

Yo soy una mujer.

REY

(Interrumpiéndola.) Delirio vano!
Si lo fueras...

DOÑA VIOLANTE

Qué harías?

REY

Ay! Amarte;
partir contigo mi existencia; darte
todo mi corazón, mi soberano
poder.

DOÑA VIOLANTE

Eres tú rey?

REY

Sí.

DOÑA VIOLANTE

Y en qué parte
del orbe está tu reino?

REY

Todo el mundo
lo sabe; en Aragón.

DOÑA VIOLANTE

Pues bien; partamos
juntos hacia Aragón; pero vayamos
en el misterio envueltos más profundo.

REY

Por qué?

DOÑA VIOLANTE

Lo ignoras?

REY

Sí.

DOÑA VIOLANTE

Porque, si vamos,
vivir en tu palacio no podremos.

REY

Por qué?

DOÑA VIOLANTE

De él me echarían tus vasallos.

REY

Á los que osaran tal, remos con remos
les haría yo atar á mis caballos,
y arrojarlos al monte.

DOÑA VIOLANTE

Siempre extremos
de cólera! Siempre ímpetus de ira!

REY

Es verdad; dices bien... la ira me pierde.

DOÑA VIOLANTE

No sería mejor...

REY

Qué cosa?

DOÑA VIOLANTE

Mira;

tengo una quinta, en cuya olmeda verde
sólo el aliento del amor se aspira.

REY

Una quinta?

DOÑA VIOLANTE

Amenísima.

REY

Y en dónde?

DOÑA VIOLANTE

En Aragón.

REY

En Aragón?

DOÑA VIOLANTE

El Ebro,
entre unos setos de abedul y enebro,
la riega, y con los árboles la esconde
de su ribera fértil.

REY

Mi cerebro
comienza á vacilar.

DOÑA VIOLANTE

Qué te entristece?

REY

Nada... Siento rodar en mi cabeza
mil confusos recuerdos. Me parece
que á revolverse mi memoria empieza...
y mi sueño feliz se desvanece.

DOÑA VIOLANTE

Te engañas; todavía está contigo,
y siempre lo estará, si tú lo quieres.

REY

Si yo lo quiero? Sí; Dios me es testigo.
Siempre, sueño feliz, vendrás conmigo;
mas quisiera saber... Díme, quién eres?

DOÑA VIOLANTE

Una mujer.

REY

Tu arpa ángel te llama.

DOÑA VIOLANTE

Recuerdas...?

REY

Que cantabas.

DOÑA VIOLANTE

(Ya recobra
la memoria. Señor, completa mi obra.)

REY

Ángel... mujer... no cabe; alguno sobra.

DOÑA VIOLANTE

Tiene algo de ángel la mujer que ama.

REY

La que ama? No; de Satanás es hija.

DOÑA VIOLANTE

Esa es otra mujer; yo no soy ésa.
Me has dicho eso no más porque me aflija.

REY

Afligirte yo? No.

DOÑA VIOLANTE

Tus ojos fija
en los míos, qué encuentras? Qué te expresa
de mi pupila ardiente la mirada?
Recuerda... No la has visto en tu pasada
vida, entre vivas, músicas y oro?

REY

Recuerdo su expresión enamorada.

DOÑA VIOLANTE

Y la conoces?

REY

No; pero te adoro,
sueño hermoso de amor.

DOÑA VIOLANTE

Rasga las nieblas

que ofuscan tu memoria; desvanece
de un soplo esas quimeras con que pueblas
la fantasía; ahuyenta y esclarece
de tu juicio, que vuelve, las tinieblas.
Recuerda... Quién soy yo?

REY

Me lo has cantado;
el ángel de mi amor.

DOÑA VIOLANTE

Antes, quién era?

REY

Antes? Una mujer.

DOÑA VIOLANTE

La que has amado?

REY

No; aquella no eres tú.

DOÑA VIOLANTE

Te has obcecado;
confundiéndome estás con la primera;
mas aquélla se va.

REY

No te comprendo.

DOÑA VIOLANTE

Recuerda.

REY

Qué?

DOÑA VIOLANTE

La quinta... La que amas.

REY

Te estás en pesadilla convirtiendo,
sueño... Mas, ay...! Recuerdo... tú te llamas...

DOÑA VIOLANTE

Teresa, no. *(Vivamente.)*

REY

No, no; que es nombre horrendo.

DOÑA VIOLANTE

Á Teresa conoces?

REY

Sí... un momento
aguarda. Pára... pára, mente mía!
No ruedes... no circules, pensamiento!
Vuelve á mí... vuelve á mí... ay! ya le siento...
espera... fué Teresa...

DOÑA VIOLANTE

(Oh, qué agonía!)

REY

Á Roma... Ha vuelto ya?

DOÑA VIOLANTE

Sí.

REY

Otro instante
déjame... Eso es... eso es... Teresa ha sido;
pero que me la quiten de delante;
huye... Mas no eres tú.

DOÑA VIOLANTE

Yo soy...

REY

(Reconociéndola.) Violante.

DOÑA VIOLANTE

Sí, tu esposa.

REY

Gran Dios! Quién te ha traído
aquí? Reina infeliz, te han engañado.
Huye, parte al momento, vuelve á Hungría!
En brazos de un dragón te han entregado,
prometiéndote un rey. Huye, alma mía,
huye de mí... yo estoy excomulgado!

(Pausa. El Rey, recobrando completamente su juicio, reconoce su situación y habla espantado consigo mismo. Doña Violante le contempla con ansiedad, leyendo en su rostro y en sus palabras su interior agitación, espiando el momento y meditando las palabras más á

propósito para calmarla. Toda esta escena depende más de los actores que del poeta. Las notas y acotaciones están, sin embargo, suprimidas en ella, porque estando escrita para personas determinadas, teniendo en cuenta sus facultades, nada hay que advertir á éstas, y á los actores que fuera de Madrid se encarguen de los papeles del Rey y de doña Violante, es inútil embrollarles con notas, si su talento dramático no comprende á primera vista el carácter que debe llevar toda la escena. El Rey sigue hablando consigo.)

Excomulgado, sí. Bajo el pie impío
se me agosta la mies, se pudre el grano,
se hiela el árbol y se seca el río;
y el monte se hunde, y me rechaza el llano,
y Dios no me conoce. No es el mío
el Dios que alumbra al corazón cristiano!
Excomulgado estoy... Su ira infinita
entregó á Satanás mi alma precita!

DOÑA VIOLANTE

Y si no fuera así?

REY

Qué estás diciendo?

DOÑA VIOLANTE

Si no existiera el sacrilegio horrendo
que cometer creíste?

REY

Por qué dices
eso?

DOÑA VIOLANTE

Porque ese crimen no existiendo,
pudiéramos aún vivir felices.

REY

Tentación infernal! Estás hablando
de imposibles, milagros suponiendo.
Y yo te estoy, imbécil, escuchando!
No, no; mi horrible situación comprendo.
Feliz después de mi delito infando!
Y la sentencia pontificia?

DOÑA VIOLANTE

Acaso
ella misma, Teresa, retirara
su demanda de Roma.

REY

Bien escaso
si su amor me le ofrece!

DOÑA VIOLANTE

Y en tal caso?

REY

No; la detesto ya.

DOÑA VIOLANTE

Y si yo te amara?

REY

Tú! Escucha. Sangre de mis manos brota.
Roe mi corazón, mi álito mengua
la excomunión, y cercenada y rota
viene tras mí pidiéndome su lengua
cuanta sangre hay en mí, gota por gota.
Y me quieres amar? Ay! Ya empezaba
mi corazón á amarte á tí. Creía
que eras de paz un ángel que velaba
paso tras paso la existencia mía.
Y al averno conmigo te arrastraba!
Apártate de mí! Delirio hermoso,
de casto amor, fantasma peregrino
de un sueño pasajero y vaporoso
apártate de mí; que no hay reposo,
bien, ni sombra, ni amor, en mi camino!

DOÑA VIOLANTE

No importa; iré, caminaré contigo.

REY

Pero, no ves que cuanto toco infamo?
Que va de Dios la maldición conmigo?
Sálvate! Huye de mí!

DOÑA VIOLANTE

No; yo te sigo,
porque tu esposa soy, porque te amo.

REY

Amor en el infierno germinado!

DOÑA VIOLANTE

Celeste amor que redimirte puede;
que te vuelve á la vida; que ha lavado
el borrón que manchaba tu pasado.
Vive don Berenguer; Teresa cede.
Mira.

ESCENA IV

EL REY, DOÑA VIOLANTE, DOÑA TERESA, DON BERENGUER *y* EL NUNCIO

(Al volverse el Rey halla á doña Teresa ante la puerta derecha, y á don Berenguer, descalzo y en hábito penitente, seguido del Nuncio, ante la puerta izquierda, y retrocede espantado conforme van estos personajes acercándose á él.)

REY

Dios! Ellos son! Me los evoca
tan satánico amor! Volved al caos,
sombras... no os acerquéis... de mí alejáos.
(Á don Berenguer que, aproximándose á él poco á poco, se arrodilla, alargándole un pergamino.)
Por qué me sigues tú... Mudo fantasma,
qué quieres? Qué? Tu lengua! Á Dios le toca
dártela; él solo puede... Á mí me pasma
de horror el ver que falta de tu boca!
Te arrodillas...? Qué es eso...? Traes escrito
lo que decir no puedes? *(Toma el pergamino.)*
Quién te ha dado
mi acta de gracia?

DOÑA TERESA

Yo.

REY

Dios infinito!
Es decir...?
(El Nuncio, que se ha ido también acercando al Rey, le interrumpe diciéndole con solemnidad y señalando á don Berenguer, que está de rodillas:)

NUNCIO

Escuchad.

DON BERENGUER

Que no hay delito
más que en mí; que soy yo el excomulgado.

REY

Hablas...! Oh, todo lo comprendo ahora!
Ay...! Apartad... Dejadme que respire,
(Se aproxima al balcón, que abre doña Teresa, que está á este lado y comprende la intención del Rey. Entra el sol.)
dejadme que la luz consoladora
vea... Dejadme que á los cielos mire!
(De rodillas.)
Mi alma te cree, Señor, mi fe te adora!
(Pausa. El Rey, al levantarse, ve á don Berenguer en el mismo sitio, y le dice:)
Qué esperáis ya de mí? No habéis hablado?

DON BERENGUER

La última vez; *del siglo*, que abandono,
salgo á silencio eterno condenado.
Dadme vuestro perdón.

REY

Id perdonado.
Dios me perdone á mí mi infando encono!
También, Nuncio, de Roma solicito
perdón.

NUNCIO

(Presentándole el escrito de Teresa, que ha recibido de manos de doña Violante.)
Firmad, señor, en este escrito,
(Se le pone en la mesa.)
y en nombre del Pontífice os perdono.

REY

Qué es esto?

DOÑA VIOLANTE

La justicia que á una madre
hace Violante de Aragón. Yo imprimo
mi nombre aquí también. *(Firma.)*
Falta el del padre.

REY

Mis hijos!

DOÑA VIOLANTE

Firma. *(Ofreciéndole la pluma.)*

REY

Sí; los legitimo.

DOÑA TERESA

(Á sus pies.) El honor de mis hijos lo exigía,
y á todo osé por él desesperada.
Perdonadme, señor.

REY

No tengo nada
que perdonarte... La honra te debía.

DOÑA VIOLANTE

(Á doña Teresa, dándole el pergamino firmado.)
Partid.

REY

Que parta, sí; que el reino deje;
que yo no la halle... que de mí se aleje
donde tentar mi corazón no pueda.

DOÑA TERESA

(Al Rey besándole la mano.)
Adiós!
(El Rey vuelve la cabeza hacia la izquierda, donde se había colocado doña Violante, á quien tiende una mano, mientras abandona la otra á doña Teresa.)

REY *(Á doña Teresa.)*

Adiós!

DOÑA TERESA

Un ángel os protege;
la tentación se va y el ángel queda.

REY

(Abrazando á doña Violante.)
Ah! Sí; pero partid.
(Doña Teresa y don Berenguer se van cada cual por donde salió.)

ESCENA ÚLTIMA

EL REY, DOÑA VIOLANTE *y* EL NUNCIO

REY *(Al Nuncio.)*

Ya el sol asoma,
Nuncio; mi pueblo de Aragón...

NUNCIO

Espera
jurar hoy á su reina, y mi postrera
bendición recibir.

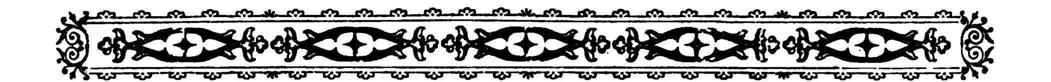
REY

Sobre mí entera
echadla, pues, y regresad á Roma.

NUNCIO

Sea. Ya no hay impedimento alguno
que vuestra unión sagrada contradiga.
La rodilla doblad; desde hoy en uno
por siempre como esposos os reuno.
Monarcas de Aragón, Dios os bendiga!
(El Nuncio extiende sus manos sobre los reyes, arrodillados á sus pies.)





SOLEDAD DEL CAMPO

Salve, fértil campiña y prado ameno,
crespo collado, y valle, y soto umbrío,
donde, de cuitas é inquietud ajeno,
libre vagaba el pensamiento mío!

Salve, y las leves auras te murmuren,
y el sol te dé riquísimos colores,
y abundosa las lluvias te aseguren
tu cosecha de espigas y de flores!

Quién me diera, ay de mí! tu sombra oscura
donde tornara al que perdí reposo!
Quién me tornara, oh soto! á la frescura
de tu arbolado suelo tan frondoso!

Quién me diera el pacífico murmullo
de tus olmos mecidos mansamente,
de tus palomas el sentido arrullo,
y el grato son de tu escondida fuente,

Cuando en tu blanda hierba recostado,
lejos de los impúdicos festines,
en apacible trino regalado
me adormían los sueltos colorines,

Y yo les vía en las batientes plumas
sostenerse y picar la espesa grama,
y turbar del remanso las espumas,
y en el árbol saltar de rama en rama!

Ay, cuánto habrán los afanosos días
hollado tanta gala y donosura!
Cuántas tormentas, al pasar bravías,
habrán roto tan frágil hermosura!

Cuán mal sonará ya mi voz mundana
bajo ese techo de hojas campesino,
sobre esa alfombra espléndida y liviana
que reverdece arroyo cristalino!

Ah! Lejos ya de mí tan torpe empeño!
Apagaré el compás del arpa loca,
y de tus aves el sabroso sueño
no turbarán los himnos de mi boca.

Contento quedaré con saludarte,
con ver de lejos tu silvestre pompa...!
Tal vez, oh fresco soto! al contemplarte,
en lágrimas de amor cansado rompa.

Que nada son los fáciles laureles
con que el mundo nos brinda lisonjero,
si, al prestarnos su manto de oropeles,
rasga y desnuda el corazón primero.

Cuando seguí desatentado y loco
del mundano placer las torpes huellas,
aprendí que el placer vale bien poco...
Siempre, al pisarlas, resbalaba en ellas.

Y siempre, cuando en órgia estrepitosa
la perfumada copa levantaba,
al apartarla de la faz jugosa,
en el vaso una lágrima encontraba.

Y siempre el son de la caliente fiesta,
las canciones, la báquica armonía,
me hacia apetecer la blanda siesta,
y el rumor de los olmos me traía.

Y siempre en su cantar la cortesana,
y siempre en su tañer la danza impura,
me acordaba la música villana
con que la amena soledad murmura.

Que allí la hermosa con mentidas flores
la sien tocaba y el desnudo cuello,
sin pedir á sus cálices olores
con que aromar las hebras del cabello.

Que allí los ruiseñores, suspendidos
entre grillos y cárceles de oro,
con el ronco tumulto ensordecidos,
no soltaban el cántico sonoro.

Y el aire que aspirábamos pesado
nos abrasaba al aspirarle el pecho,
y el inmenso salón entapizado
érale al corazón pobre y estrecho.

Y allí también cansado suspiraba,
oh deleitable soledad campestre!
por el sosiego y paz que en tí gozaba,
bajo tu tosco pabellón silvestre.

Oh, que me place, soledad sabrosa,
del fresco soto y del sombrío ameno
la tibia luz y el aura bulliciosa
que alumbra y riza tu enramado seno!

Allí miraba mi infantil pupila,
en el fondo de lóbrega laguna,
cuál resbalaba en ilusión tranquila
la turbia imagen de la blanca luna.

Allí crecían las sonantes cañas,
la verde juncia y la amistosa hiedra,
do tejen campesinas las arañas
su estrecha red entre horadada piedra.

Allí venía el silbador mosquito;
y, en tanto que en los hilos se enredaba,
acechábale oculta de hito en hito
la cazadora ruin que le esperaba.

Allí vía, constante en su fatiga,
ir y venir por la vereda usada
á lentos pasos la afanosa hormiga,
con la futura provisión cargada.

Y allí, en la rama que la noche fría
con niebla moja y con el aura enjuga,
yo al sol del alba columpiarse vía
en baba frágil la vellosa oruga.

Y allí también, sin fueros de jardines,
vía huertos con parras entoldados,
do había pabellones de jazmines
de las paredes ásperas colgados.

Y allí brotaban escondidas violas,
lirios azules, rosas purpurinas,
jacintos y sangrientas amapolas,
madreselva y fragantes clavellinas.

Y sus líquidas trenzas derramando
cruzábale un arroyo, y amarillas,
el césped de la margen salpicando,
le orlaban mil vistosas florecillas.

Y allí andaba la suelta mariposa
libre de flor en flor volando ufana,
su librea ostentando revoltosa
de oro y de azul, de púrpura y de grana.

Ya posaba en los altos mirabeles,
ya esquivaba al pasar las otras flores,
avergonzando lirios y claveles
sus puros y magníficos colores.

Y, arrastrando su alcázar en la espalda,
el perezoso caracol salía,
del fresco surco á la pintada falda,
á bañarse en el sol de Mediodía.

Y sobre alguna fácil eminencia,
extendiendo su cuerpo transparente,
tornaba á bendecir la omnipotencia,
los elásticos ojos al Oriente.

Y allí zumbando la oficiosa abeja
entre los frutos del jardín opimos,
la blanca miel que en sus panales deja
chupaba en los espléndidos racimos.

Oh silencio! Oh pacífica ventura!
Oh soledad del campo deleitosa!
En tí, de la inquietud de su locura,
el fatigado corazón reposa.

Quién me tornara á la enramada umbría
donde ecos tuvo mi cantar primero?
Acaso alegre el arpa sonaría
al blando son del céfiro ligero!

Mas, ay! que acaso en apartados climas,
por la importuna suerte arrebatado,
he de cantar en lamentosas rimas
la patria soledad que habré dejado.

Adiós entonces, venturoso suelo
donde libre nací, pero desnudo:
cúbrate en paz el compasivo cielo,
en tanto que de lejos te saludo!

Salve, fértil colina y prado ameno,
crespo collado, y valle, y soto umbrío,
donde, de cuitas é inquietud ajeno,
libre vagaba el pensamiento mío.

Salve, y las leves auras te murmuren,
y el sol te dé riquísimos colores,
y abundosa las lluvias te aseguren
tu cosecha de espigas y de flores!

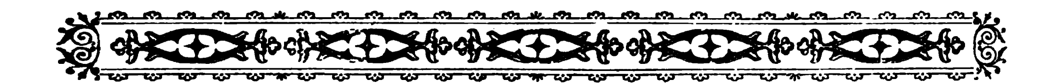




SONETO

Cólmame, Juana, el cincelado vaso
hasta que por los bordes se derrame,
y un vaso inmenso y còrpulento dame,
que el supremo licor no encierre escaso.
Deja que afuera, por siniestro caso,
en son medroso la tormenta brame,
y el peregrino á nuestra puerta llame,
treguas cediendo al fatigado paso.
Deja que espere, ó desespere, ó pase;
deja que el recio vendaval sin tino,
con rauda inundación, tale y arrase;
Que si viaja con agua el peregrino,
á mí, con tu perdón cambiando frase,
no me acomoda caminar sin vino.





Á BLANCA

Oh, que me place, Blanca,
cerca de mí tenerte,
cuando la noche turba
nuestros brindis alegres!

Cuando la luz se quiebra,
trémula y transparente,
de las colmadas copas
en los cristales tenues.

Cuando los ojos húmedos,
de luz avaros, hierven,
y en cada luz, sin tino,
vacilan y se hieren.

Si vieras cómo brillan
debajo de tu frente
tus ojos de azabache
y hogueras me parecen!

Oh, que me place, Blanca!
Bebe, alma mía; bebe,
y el mundo que murmure,
que el mundo es un imbécil.

Caiga el cabello en rizos
por los hombros de nieve,
cual pabellón que guarda
del rocío las sienes.

El cuello sin cendales
el aura mansa oree,
y el calor de tu seno,
vagando en torno temple.

Y los torneados dedos
entre las copas jueguen,
como niños sin juicio
ni dueña que les vele.

Los entreabiertos labios
la roja lengua muestren,
formando las palabras
con el vino á traspieses.

Y la impetuosa risa
brotando de repente,
la blanca dentadura
y la honda voz enseñe.

Y en desigual latido
veré cómo turgente
el agitado pecho
convulso se estremece.

Qué hermosa estás, mi Blanca!
Bebe, alma mía, bebe,
y el mundo que murmure,
que el mundo es un imbécil.

Dicen que hay una tierra
do habitan unas gentes
con lanzas en las manos
y cascos en la frente,

Que sin solaz ni tregua
se acechan y acometen,
velando atentos unos
mientras los otros duermen,

Que guardan las ciudades
con torres y con puentes,
y que, cuando unos mandan,
los otros obedecen.

Locuras, Blanca mía,
estar lidiando siempre
por que los unos salgan
ó que los otros entren!

Sin duda que han perdido
su vino y sus mujeres,
cuando en tales manías
han dado aquellas gentes.

Bebamos, Blanca hermosa,
brindemos...! Mas qué tienes?
Por qué el cendal desciñes
de tu cintura leve?

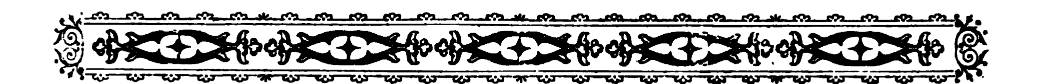
Por qué sobre la mano
doblas así la frente?
Acaso los licores...
Ay, Blanca, tú te duermes!

Besaréla en los labios:
tal vez, cuando despierte,
mi blando beso en ellos
acaricie y estreche.

Adiós, hermosa Blanca:
tranquila y quieta duerme;
y, si despiertas pronto,
á los licores vuelve.

Así se goza, Blanca.
Bebe, alma mía, bebe,
y el mundo que murmure,
que el mundo es un imbécil!





ODA

Prestadme el dulce canto,
aves del valle y de la selva umbría,
y levantad en tanto,
para arrullar mi llanto,
frescas hojas, monótona armonía.

Y tú, sonoro viento,
tus alas de vapor lánguido mece,
y en blando movimiento,
con perfumado aliento,
las hojas y las aguas estremece.

Porque estos mis cantares
de vosotros no más serán oídos;
que el duelo y los pesares
sólo en nuestros hogares
ser deben, ó en los bosques, repetidos.

Que el mundo maldiciente
murmura del que llora y del que pena,
del que placer no siente,
y el triste eternamente
ha de arrastrar, cantando, su cadena.

Que es el mundo un tirano
que sólo da suplicios y agonías,
y exige soberano
que llame el triste humano
imperio paternal su tiranía.

Mas qué vale que errante
y sólo de los ecos atendido
mis amarguras cante,
y el aire se levante
devorando mi cántico perdido?

Aquí en la selva umbrosa,
no cantan á la par los ruiseñores?
No susurra armoniosa
el agua bulliciosa,
y les escuchan las atentas flores?

Y el céfiro ligero,
cuando el rocío de su bosque orea,
no suena lisonjero,
y en murmullo hechicero
las hierbas y los árboles menea?

Maldita mi locura!
No valdrá más cantar cual ellos cantan,
que acrecer mi amargura
mientras en la espesura
tan alegres rumores se levantan?

Oh! Ven, arpa sonora,
y rompe loca en himnos bulliciosos,
cantando seductora
al son que bulle ahora
de arroyos y de vientos sonorosos.

Pues que es breve la vida,
y es el mundo no más pompa liviana,
y al fin la tierra hendida,
su farsa concluída,
sepulcro universal será mañana,

Cantaré descuidado
lo inútil de esta mísera existencia,
ya el cielo esté nublado,
ya en calma sosegado,
ya el huracán reviente con violencia.

Porque, en verdad, qué importa
el mundanal orgullo y la ventura
de esta vida tan corta,
si en igual fin aborta,
tocando en fin igual, nuestra locura?

De qué sirvió al valiente
Alejandro ser rey en Macedonia,
y avasallar la gente,
y pretender, demente,
ser adorado un Dios en Babilonia,

Si por extraño modo,
sin poder apurar el hondo vaso,
dió el aliento beodo,
y dió, por fin de todo,
desde su fiesta á su sepulcro un paso?

De qué sirvió la gloria
cantar de Grecia al inmortal Homero,
y á su nombre en la historia
dejar alta memoria,
si Grecia ingrata le olvidó primero?

De qué sirvió á Rodrigo
la hermosa Cava, el cetro de los godos,
si, huyendo al enemigo,
dichas y amor consigo
perdió el monarca y se perdieron todos?

De qué sirve á Cervantes
que esas estatuas hoy le levantemos
de los años triunfantes,
si sus libros gigantes
á sola su miseria le debemos?

Qué sirven esos mudos
bustos dorados de los muertos reyes,
sus palacios y escudos,
si sus pueblos desnudos
ignoran, por inútiles, sus leyes?

Qué sirve á las naciones
que sus pueblos se inmolen y combatan
al pie de sus pendones,
si sus nobles legiones
han de morir al fin si no se matan?

Qué salvó la altanera,
la grande Roma, de su pompa y brío,
y su beldad primera...
esa vieja ramera
cuyo esqueleto duerme sobre un río?

Y qué han salvado apenas
de tal desorden y tamaño estrago
las de riquezas llenas,
Tiro, Palmira, Atenas,
Tebas, Corinto, Menfis y Cartago?

Escombros y memorias...!
Humo de aromas, tumba de tiranos
que manchan las historias,
dando en cifras mortuorias
polvo á la tierra y casa á los gusanos.

Y si esto sólo resta,
y esto por fin de nuestro afán nos toca,
tonos, arpa! me apresta,
que quiero, en muelle siesta,
reir cantando vanidad tan loca.

Aquí á mis pies resbala,
claro, inquieto y sonoro, un arroyuelo
que la arenilla cala
y su margen iguala
entre las flores con que borda el suelo.

Los sauces de su orilla
le dan manso murmullo y grata sombra,
y la caña amarilla
la alta cerviz le humilla,
dándole al paso pabellón y alfombra.

Y le saltan trinando
pardos mirlos y rojos colorines,
y en su césped posando
las palomas, pasando,
le beben, y le pican los jazmines.

Junto al agua sonora
de ese arroyuelo que en mis versos pinto
cantar me place ahora,
y quédense en buen hora
con sus historias Menfis y Corinto.

Qué importa que mi nombre
llegue á mi gente con baldón ó fama
en la mansión del hombre,
y al universo asombre,
si á mí la muerte á concluir me llama?

Cantar tranquilo quiero
mi voluptuosa y lánguida pereza,
pues ni pierdo ni espero;
y otro cante altanero
la gloria de su patria y su grandeza.

Que asimismo cantaron
Taso, Homero y Cervantes, y murieron,
y sus pueblos amaron;
y los pueblos que honraron,
conocerlos en vida no quisieron.

Que es la vida un camino
sin medida ni fin, coto ni valla,
do desnudo y sin tino,
si encuentra el peregrino
sombra alguna ó placer, eso se halla.

No estatuas algún día,
cual dan á Homero y á Cervantes, quiero,
si hoy en la patria mía
fortuna tan impía
como Cervantes lloraré y Homero.

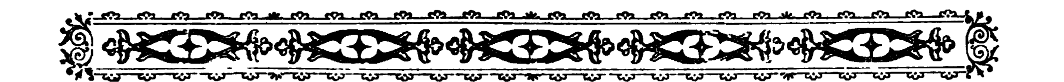
Y si el plazo cumplido
en que esta vida y tierra se abandona,
libre acaso de olvido,
mi sepulcro escondido
me conserva tal vez una corona,

Eso hallará mi gente
en mi sepulcro al encontrar mi nombre;
mas no dirá insolente
que me pesó en la frente
ese lauro quimérico del hombre.

Cantar tranquilo quiero
mi voluptuosa y lánguida pereza,
pues ni pierdo ni espero,
y otro cante altanero
las glorias de su patria y su grandeza.

Junto al agua sonora
de ese arroyuelo que en mis versos pinto
cantar me place ahora,
y quédense en buen hora
con sus historias Menfis y Corinto.





La margen del arroyo

Qué dulce es ver muellemente,
de un olmo á la fresca sombra
descansando,
un arroyo transparente
que va por la verde alfombra
murmurando!

Ver cómo la hierba blanda
en la margen se le inclina,
y cómo crece
de violas morada banda,
que la linfa cristalina
salpica y mece.

Los juncos de las riberas,
en haz espeso apiñados,
se le encorvan,
y las raíces someras
evita por ambos lados
si le estorban.

Insectos de mil colores,
con mil susurros campestres
le dan ruido,
y, en vez de cuidadas flores,
rueda entre lirios silvestres
escondido.

Y no han de envidiar sus olas
de cortesanos jardines
la hermosura,
porque á cientos amapolas,
jacintos brota y jazmines
su frescura.

Ni han de envidiar á los ríos
los alcázares y puentes
que sustentan,
porque esos monstruos sombríos,
más que coronar sus frentes,
las afrentan.

Ni á las fuentes y cascadas
sus tazas de jaspe y oro,
ni sus rocas,
aunque se vierten hinchadas
en estrépito sonoro
por cien bocas.

Que ambas le cercan orillas,
entre agudas espadañas
cortadoras,
esponjadas y amarillas,
altas y sonantes cañas
cimbradoras.

Ni ha de envidiar á los mares
de buques la excelsa pompa
y gritería,
ni sus altos alminares,
ni de su bélica trompa
la voz impía.

Porque tiene en un remanso
sauces y olmos corpulentos
encopados,
que le hacen murmullo manso
al suspirar de los vientos
perfumados.

Y en vez de roncos clarines,
columpia, trinando amores,
la ancha copa,
de mirlos y colorines
y vistosos ruiseñores
pintada tropa.

Oh, dulce es ver muellemente,
de un olmo á la fresca sombra
descansando,
un arroyo transparente
que va por la verde alfombra
murmurando!

Oh, que es dulce contemplar
el agua los pies venir
á lamer,
y susurrando pasar,
y, al intentarla seguir,
la perder!

Y aquel bullir sin sosiego,
y aquel seguir siempre igual
su camino,
y aquel transparente juego
que hace el voluble cristal
tan contino.

Y aquellas mil piedrezuelas
que se arrastran y se empujan
y se acosan,
y aquellas redes y telas
que en las arenas dibujan
do se posan.

Y aquellas cintas de plata
que en el perfil de las ondas
finge el sol,
donde, entre gotas redondas,
duplica, aviva y retrata
su tornasol.

Y aquella colgada oruga
que en hilos imperceptibles
baja á vellas,
y al tocarlas las arruga,
y, al sentirlas tan movibles,
huye de ellas.

Y aquel insecto que nada,
medio mosca y medio pez,
sobre alguna,
siempre en la misma jornada,
y el paso más cada vez
se importuna.

Siempre en el mismo lugar,
en su afán sin concluir,
noche y día,
la oruga siempre en hilar,
siempre el insecto en seguir
su porfía.

Y aquel entorpecimiento
en que gozan los sentidos
viendo tal,
que duda el entendimiento
si duermen al son mecidos
del cristal.

Oh, dulce es ver muellemente,
de un olmo á la fresca sombra
descansando,
un arroyo transparente
que va por la verde alfombra
murmurando!

—

Arroyo, es muy triste
pensar, junto á tí,
que así van las vidas
rodando á su fin!
Hoy tiende en tu margen
sus flores Abril;
tus ondas perfuman
el lirio y jazmín;
su sombra te prestan
tus árboles mil;
te canta armonioso
su amor desde allí,
bebiendo tus aguas,
libre el colorín;
te arrulla sonora
la caña gentil;
tu orilla es un fresco
y ameno jardín

que el sol tornasola
del alto cenit...
Pero, ay! que es muy triste
pensar, junto á tí,
que así van las vidas
rodando á su fin.
Arroyo, así viven
los que han de morir,
gozando embriagados
el tiempo feliz!
Vendrá Julio ardiente
tu pompa á extinguir,
y, á impulso de oculto
veneno sutil,
secarán tus lirios
su tallo y raíz;
perderá tu hierba
su verde turquí,
las rojas violetas
su aroma y matiz;
iráse estrechando
tu manso perfil;
tus cañas y juncos
vendrán á rendir
encima tus aguas
la seca cerviz,
y al fin tu corriente,
en hilo sutil,
su curso en la arena
vendrá á concluir...
Ve.arroyo, que es triste
pensar, junto á tí,
que así van las vidas
rodando á su fin!

—

Arroyo, sigue corriendo
por esa silvestre calle
de verdura,
que abajo te están abriendo
los cenagales del valle
sepultura.

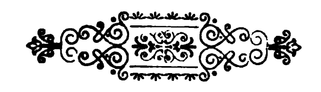
Arroyo, sigue bañando
mientras te preste sus flores
primavera,
que al valle irá resbalando
con sus galas y primores
la primera.

Ella nunca será más
que un mensaje del verano
fugitivo;
pero tú, arroyo en el llano,
lago en el valle serás
siempre vivo.

Allí no tendrás jazmines,
ni juncos, ni esbeltas cañas,
ni amapolas;
ni vendrán los colorines
á tus márgenes extrañas
siempre solas;

Mas, yendo y viniendo días,
tú, á merced de una fortuna
siempre igual,
tendrás suelo y ondas frías,
bien sea arroyo ó laguna
tu cristal.

Pues agua siempre has de ser,
sigue por la verde alfombra
murmurando,
que es dulce verla correr
de un olmo á la fresca sombra
descansando.



EL MOLINO DE GUADALAJARA

DRAMA EN CUATRO ACTOS



PERSONAJES	ACTORES
Doña Juana de Villena, *Condesa de Trastamara*	SRA. PÉREZ (DOÑA JUANA).
Pedro Carrillo, *escudero de su real casa.*	SR. LOMBÍA.
Juan Pérez	SR. ALVERÁ.
Lucas Ruiz	SR. AZCONA.
Lucía	SRA. TABELA.
Gil de Marchena	SR. LUMBRERAS.
Teresa	SRA. N.
García	SR. N.
Tres ballesteros *que hablan.*	

Soldados del rey D. Pedro.—Soldados del infante D. Enrique

La escena pasa, en el acto primero y cuarto, en el molino de Guadalajara, y, en el segundo y tercero, en el castillo de Alcalá la Vieja, en el mes de Diciembre de 1357 de Jesucristo.

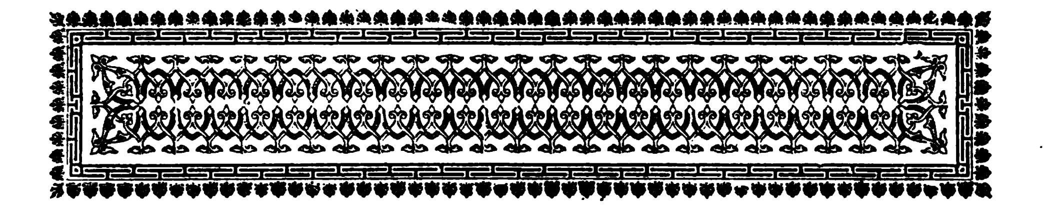
Al Señor

Don Antonio de Orfila

en prenda de amistad

José Zorrilla.

Guadalajara: Septiembre 30 de 1843.



EL MOLINO DE GUADALAJARA

ACTO PRIMERO

Interior de la habitación de Lucas en su molino de Guadalajara, con puerta en el fondo y otra á la izquierda, ventana á la derecha, mesa, taburetes, costales y demás utensilios propios del lugar de la escena.

ESCENA PRIMERA

LUCAS *y* LUCÍA

LUCAS

Pero, por fin, vamos claros,
no me zumbes las orejas;
Lucía, de qué te quejas?
de qué nacen tus reparos?

LUCÍA

De que ya en el pueblo entero
tanto de vos se murmura...

LUCAS

Bah! Lucía, envidia pura
de mi suerte y mi dinero.

LUCÍA

Dicen que lo ganáis mal,
y que oro de infamias fruto...

LUCAS

Quien lo desprecia es un bruto,
digno sólo de un ramal.

LUCÍA

Mas yo que estoy escuchando
tales cosas todo el día...

LUCAS

Si no anduvieras, Lucía,
por el pueblo pindongueando,
poniéndoles buena cara
á todos esos galopos
que te echan cuatro piropos,
á fe que no te me alzara
de cascos murmuración
tan necia.

LUCÍA

Sí; mas ya véis,
tales cosas diz que hacéis...

LUCAS

Vamos, y qué cosas son?

LUCÍA

Pues, señor, echando fieros
contra vos, dicen que pasa

de raya, y que es vuestra casa
caverna de bandoleros.

LUCAS

Que vengan, pues, si se atreven
á asaltármela; que vengan,
que yo haré que encima tengan
mucho tiempo lo que lleven.

LUCÍA

Dicen que vos, siendo de antes
buen amigo y compañero,
sois ahora ruin, pendenciero,
y uno, en fin, de esos tunantes
que han dejado desidiosos
la hoz, el bieldo y la azada,
por la ballesta y la espada
como unos facinerosos.

LUCAS

Lo que duele á esos bergantes
es el que yo en mi molino
no les dé por largo el vino
y las comilonas.

LUCÍA

Antes
se quejan de que eso hagáis
con esos otros bribones,
bandoleros y matones
con quien dicen que os juntáis.

LUCAS

Qué mal su envidia se tapa,
Lucía!... Mas con talento
obra quien consulta al viento
para ponerse la capa.
Me envidian que un gran señor
elegido me haya á mí
para establecerme aquí
teniéndome por mejor.
Y yo por esos pelgares
lo tengo de despreciar!
Qué locura! Mas, Lucía,
entiéndelo tú, hija mía;
este es tiempo militar
de batallas y de azares,
y en él son los militares
los que tienen que medrar.
De qué le sirve al paisano
el cuidar de su cosecha,
si para soldados echa
en sus paneras el grano?
Y si ellos lo han de comer
en cuanto el hocico asomen,
no es mejor de los que comen
que de los comidos ser?
Yo hambreaba con la azada
en casa ajena, Lucía,
y hoy sobra el pan en la mía
con la ballesta y la espada.
Á la espada, pues, me atengo,
pues bien con ella me va;
y déjalo como está,
que á que murmuren me avengo.

LUCÍA

En verdad que, bien mirado,
señor, no os falta razón,
y no me da á mí aprensión
de que seáis medio soldado,
sino que tengáis por eso
que tratar con unas gentes...

LUCAS

Bah; miedos impertinentes!
No te devanes el seso
por mis amigos, Lucía,
que el rey con ellos me puso,
y cuando el rey lo dispuso
bien supo lo que se hacía.
Yo te quiero, y ya lo ves,
cumpliendo mi oficio voy,
y holgura con él te doy,
conque bien haya cuál es,
bueno ó malo; y además,
pensándolo con acierto,
si cuando tu padre ha muerto
dejándote á tí detrás
de él, díme, yo hubiera sido
como antes, un rapador
de quijadas, mi favor
de qué te hubiera servido?
Él se murió en la pobreza,
y al encomendarte á mí,
qué hubiera yo hecho por tí?

Rapar con más ligereza
por la prisa de ganar,
y tenerte gorda y maja,
para oirte á tí achacar
el fruto de la navaja.
Oh! Á Lucas le va muy bien!
dirían... y huelga y goza...
Como que una buena moza
le ayuda á rapar también!
Y ya ves que esto era cosa
de dar en mil ocasiones
para andar á mojicones
con toda la gente ociosa.
Y por fin, díme, mujer,
no es mejor, no vale más
estar como ahora te estás
sin tener nada que hacer,
con criada que te lave,
guise, sirva y aderece,
y como vivir merece
mujer que gozarlo sabe
tan bien como una condesa,
que no al sol, al agua, al frío,
ir á la fuente y al río,
poner la lumbre y la mesa?
No vale más, bien vestida,
ir y mirarse envidiada,
que no andar desaliñada
y verse desatendida?
No es mejor tener pan tierno,
caza y vino puro y sano,
buena cama en el verano,
buena lumbre en el invierno,
y ver colgados al humo
en la anchurosa cocina
el chorizo y la cecina
para tu propio consumo,
que no morder de una hogaza
más dura que el zancarrón,
y dormir en un jergón,
y alumbrarte con linaza,
y estar harta de trabajos,
y andar pidiendo mohina
medio pan á una vecina
y á otra vecina dos ajos?
Conque así, sé racional,
y sin ver de dónde viene,
por la cuenta que te tiene,
goza en paz tu buen caudal,
que es lo que á ambos nos conviene.
Mas calla, que siento ruido
en el puente de madera
que da al camino.

LUCÍA

Sin duda,
señor, que es gente que llega.

LUCAS

Quién diablos será á estas horas?
(Llaman recio dentro con aldabonadas y voces.)

LUCÍA

Y es que traen una manera
de llamar...

LUCAS

Y si les dejo
me van á rajar la puerta.
(Á la ventanilla.) Quién es?

UNA VOZ

(Dentro.) Abre.

LUCAS

Es mala hora.
Qué se os ofrece?

LA VOZ

(Dentro.) Abre apriesa,
rapista de los demonios,
que está nevando.

LUCAS

Ah troneras!
No os había conocido;
allá voy. Llama á Teresa,
Lucía, y vete allá dentro
que no quiero que te vean
esos amigos.

LUCÍA

Eso es;
siempre como monja en celda
me hacéis estar, sin dejarme
que con nadie me entretenga.

LUCAS

Son mala gente, Lucía;
unos demonios con lengua,
que en beber y blasfemar
se pasan la vida entera;
vete, vete, haz lo que digo.

LUCÍA

Maldita sea su tutela. *(Váse.)*
(Entra Lucas á abrir á los que llaman y vuelve con ellos.)

ESCENA II

LUCAS *y* TRES BALLESTEROS

BALLESTERO 1.°

Vamos, Lucas, saca un jarro
para remojar la lengua
y entrar en calor.

BALLESTERO 2.°

Sí, sí,
que hace un frío que penetra.

LUCAS

Voy, voy; pero qué mil rayos
traéis aquí?

BALLESTERO 1.°

Grandes nuevas.

BALLESTERO 2.°

Pero después de beber
te las diremos.

LUCAS

Pues ea,
aquí hay con qué calentaros;
arrimáos á esa mesa.

BALLESTERO 1.°

Sentarse, pues, camaradas,
y escanciad.

BALLESTERO 2.°

Y Lucigüela?

LUCAS

Ya está en la cama ha una hora.

BALLESTERO 2.°

Qué diablos! Pronto se acuesta.

LUCAS

Como hace frío...

BALLESTERO 2.°

Voz corre
de que te casas con ella.

LUCAS

Bachillerías del vulgo.

BALLESTERO 2.°

Pues lo dan por cosa cierta,
y en verdad que harás muy bien,
porque moza más apuesta
no la hay en Guadalajara.

BALLESTERO 1.°

Va á ser una molinera
famosa; á su salud, Lucas.

LUCAS

Bebed y dejadla quieta.

BALLESTERO 1.°

Celoso de Barrabás!

LUCAS

Pues iba á hacer una buena
boda... La dejó su padre
con sus sayas por herencia
como Eva en el Paraíso,
y si no la recogiera
yo, se habría muerto de hambre
como su padre, á quien tenga
en su gloria Dios.

LOS TRES BALLESTEROS

Amén.

BALLESTERO 2.°

Conque es decir que prosperas
con tu molino, pues andas,
Lucas, recogiendo huérfanas?

LUCAS

Sí, sí; hizo una hombrada en dármele
nuestro capitán Marchena.

BALLESTERO 1.°

Pero, hombre, desde barbero
á molinero va inmensa
distancia, y es imposible
que arregles bien la molienda.

LUCAS

En verdad que no, Martín,
pero corre la moneda
del capitán, y se vive
tal cual.

BALLESTERO 3.°

Me han dicho que piensas
traer aquí á tu sobrino
de Alcalá.

LUCAS

Creo que en esta
semana esté aquí.

BALLESTERO 3.°

Gran mozo.

LUCAS

Yo no le he visto siquiera
una vez; pero me han dicho
que el muchacho es una hacienda.

BALLESTERO 3.°

Como quiera trabajar,
no se hallará en once leguas
á la redonda quien lo haga
mejor.

BALLESTERO 1.°

Pero es una pieza
que ya.

LUCAS

Cuántos años tiene?

BALLESTERO 3.°

En los quince raya apenas;
un chico cachigordete
y como una primavera
de guapo, pero más malo
tampoco le hay.

LUCAS

Yo en carrera
le haré entrar, y con el tiempo
le sentará la cabeza.
Le espero de un día á otro;
mas, á lo que importa; nuevas
traéis, cuáles son?

BALLESTERO 1.°

Para oirlas
abre todas tus orejas,
Lucas.

LUCAS

Menos zarandajas
y al grano.

BALLESTERO 1.°

Vuelve la guerra
con Aragón á empezarse.

LUCAS

Demonios! Pues y las treguas
de un año?

BALLESTERO 3.°

Bah, ya están rotas!

LUCAS

Y quién las rompió?

BALLESTERO 1.°

Qué flema!
Ellos ó nosotros, Lucas;
todo es una cosa mesma.
Lo cierto es que ahora en Castilla

se está temblando la tierra
con un pregón de don Pedro.

LUCAS

Y qué dice?

BALLESTERO 1.º

Friolera!
Ahí lo tienes, lee y verás.

LUCAS

Pues qué te has creído, bestia,
que he perdido yo mi tiempo
en sacristías ni escuelas?

BALLESTERO 1.º

Es que no lees?

LUCAS

Ni palote.

BALLESTERO 1.º

Pues siento, á fe, que no puedas
apreciar los ringondangos
de una escritura como ésta.

LUCAS

Vamos, lee.

BALLESTERO 1.º

Pues atiende,
que dice de esta manera:

(*Lee.*) *Nos el rey don Pedro, primero de Castilla, habiendo sabido que nuestro hermano don Enrique, conde de Trastamara, se ha desnaturalizado de nuestros reinos y hecho pleito homenaje de ser perpetuamente vasallo del rey de Aragón, nuestro enemigo, juntándose con sus huestes para hacernos la guerra, hemos venido en declararle rebelde y traidor á su rey y señor natural; y le desposeemos de cuantas tierras y honores hubo en Castilla, así como á todos sus servidores; quedando todos con él condenados á la última pena donde quiera que sean habidos. Lo cual hacemos saber y pregonar en nuestros reinos para que ningún vasallo nuestro les ampare, ni encubra, ni ayude, con pretexto ni ocasión alguna, pena de perder haciendas y vidas por amparadores de rebeldes y traidores, etc.*

BALLESTERO 1.º

Qué tal?

LUCAS

Soberbio pregón.

BALLESTERO 3.º

Ahora sí que nos llega
nuestro San Martín. Qué lances
vamos á echar!

BALLESTERO 2.º

Qué quimeras
con los enriqueños!

BALLESTERO 3.º

Chicos,
sobre el que dinero tenga,
firme; enriqueño ha de ser
quien lo tiene y no lo suelta.

TODOS

Por supuesto.

BALLESTERO 1.º

Pero, Lucas,
aun hay cosa que de cerca
te toca.

LUCAS

Y es?

BALLESTERO 1.º

Que esta noche
viene el capitán Marchena
á hospedarse en tu molino,
y con una dama.

LUCAS

Esta
noche?

BALLESTERO 1.º

Esta noche.

LUCAS

Y te estabas
con esa calma.

BALLESTERO 2.°

No hay priesa;
no hará más que reposar
un momento.

LUCAS

Y quién es ella?

BALLESTERO 1.°

Nadie lo sabe más que él;
hay quien la hace la condesa
de Trastamara.

LUCAS

La esposa
de don Enrique?

BALLESTERO 3.°

Pamema,
Lucas; es cosa del rey.

LUCAS

Y á dónde diablos la lleva?

BALLESTERO 1.°

Al castillo de que es dueño
ahí en Alcalá la Vieja.

LUCAS

Viene á Alcalá el capitán?

BALLESTERO 3.°

Y á mandar toda esta tierra.

BALLESTERO 2.°

No le arriendo la ganancia
si va al castillo.

BALLESTERO 3.°

Consejas
son nada más las que corren
sobre eso.

BALLESTERO 2.°

Si parte hubiérais
como yo visto.

BALLESTERO 1.°

Ya el vino
se le sube á la cabeza.

BALLESTERO 2.°

Voto va Dios! Todavía
tengo ojo y mano certera
para meterte á cien pasos
en la garganta una flecha.

BALLESTERO 1.°

Qué has de tener?

BALLESTERO 2.°

Lo probamos?

LUCAS

Vaya, dejad las pendencias
y que cuente lo que sabe.

BALLESTERO 2.°

Eso ya es hablar en regla.

LOS DOS BALLESTEROS *y* LUCAS

Pues dí, dí, que te escuchamos.

BALLESTERO 2.°

Pues ya sabéis que Marchena
era del rey muy amigo,
y compinche en sus secretas
calaveradas nocturnas.

BALLESTERO 3.°

Hasta los niños de teta
lo saben eso; adelante.

BALLESTERO 2.°

Pues, señor, en una de ellas
en que ambos un poco chispos
casa de unas malagueñas...

BALLESTERO 3.°

También se sabe la historia
de las niñas.

[illegible]

Yo mismo.

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] Juan Carrillo,
por [illegible] de Marchena.

BALLESTERO 3.°

Sopla; eso ya es otra cosa.

BALLESTERO 2.°

Y por eso no me peta
mucho el volver á Alcalá;
y más que de esta tragedia
hace el año ahora. Víspera
de los Inocentes era.

BALLESTERO 3.°

Tú obedeciste y bien hecho.

BALLESTERO 2.°

Sí, mas dicen que andan sueltas
las almas de los Carrillos
por sus bóvedas sangrientas.

BALLESTERO 1.°, 3.°, *y* LUCAS

Ja, ja, ja!

BALLESTERO 3.°

Pues fuera lance
que á recibirte saliera
Juan Carrillo.

BALLESTERO 2.°

No os moféis,
brutos, de cosas como esas.

BALLESTERO 1.°

Vamos, vamos al camino,
y no riñáis.

LUCAS

Sí; idos fuera,
que allá voy yo á acompañaros
en cuanto deje aquí prestas
las cosas á recibir
á un hombre como Marchena.

BALLESTEROS 1.° Y 2.°

Vamos, pues.

LUCAS

Yo pronto os sigo;
salid; alumbra, Teresa.
(Sale Teresa y los alumbra; ellos se van, y Teresa vuelve con la luz.)

ESCENA III

LUCAS *y* LUCÍA

LUCAS

Aquí de un hombre! Pardiez,
no quedará en mi despensa
ni una migaja extraviada
ni una pinta en la bodega.
Lucía.

LUCÍA

Qué hay? Qué tenemos?

LUCAS

Huéspedes. Todo lo apresta
para recibirlos bien:
lumbre, camas, luces, mesa,
que es gente que lo merece.

LUCÍA

Quién, quién?

LUCAS

Quien aquí me emplea;
quien me regala el molino,
y me atiza la moneda;
el capitán que me manda,
y que de la corte llega
con una dama.

LUCÍA

Ay qué gusto!

LUCAS

Calla, calla; qué te alegra?

LUCÍA

Toma! Hablar con una dama
y un señor así tan cerca,
os parece poco!

LUCAS

Hablar!
Qué es hablar, Lucía. Piensas
que has de hablar con ellos?

BALLESTERO 2.°

Quién lo cuenta,
pues; yo ó vosotros?

LUCAS

Dejadle
que lo cuente á su manera.

BALLESTERO 2.°

Pues, señor, vive en Granada
un viejo de mucha ciencia,
que Dios confunda, y que lee
de corrido en las estrellas,
al cual propuso don Pedro
que consultara acerca
del porvenir. Y allí mismo
lo hicieron de sobremesa,
casa de aquellas de Málaga,
con grande algazara y gresca.
Enviaron su carta al viejo,
y dejaron que anduviera
el tiempo. Y á poco de él
recibieron su respuesta,
pronosticándoles á ambos
unas desdichas horrendas.
El rey diz que no hizo caso,
pero el capitán Marchena
empezó á andar muy mohino,
y desde la misma época
empezó á perder fortuna.

TODOS

Ja, ja, ja!

BALLESTERO 2.°

Qué risa es ésa?
Vamos.

BALLESTERO 3.°

Á perder fortuna!
Y desde la época mesma
á que refieres la historia
la empezó á tener deshecha.

BALLESTERO 1.°

Don Pedro le hizo rico-home
de Castilla, le dió tierras
y honores, y entre éstas y esos,
cuanto en Alcalá la Vieja
poseyeron los Carrillos,
que sus enemigos eran.

BALLESTERO 2.°

Ve ahí lo que es no saber
las historias más que á medias;
por esos mismos Carrillos
toda su fortuna adversa
creo le ha de venir, según
lo que el pronóstico reza
del astrólogo; y por eso
muertos por su mano lleva
tres de esos Carrillos, padre
y dos hijos; y aún espera
huir del que á don Enrique
sirve, y que dejó esta tierra
huyendo de él; y por eso
se viene á Alcalá Marchena,
porque le dice su horóscopo
que sólo entre sus almenas
puede burlar su destino;
y por esto, aunque supiera
más de ello, no os lo contara,
porque sois unos babiecas
que ni sabéis, ni creéis
que haya nadie que más sepa;
y por eso hasta aquí digo,
y créalo quien lo crea,
y venga el último trago,
que voy á mi centinela,
no apresure el capitán
el galope y nos sorprenda.

BALLESTERO 1.°

Tiene razón, que ya es tarde,
y nos mandó que en espera
en el camino estuviéramos;
mas de que esa historia es cierta,
quién nos responde?

BALLESTERO 2.°

Yo mismo,
que en la galería nueva
del castillo, de un mazazo
hice polvo la cabeza
del mancebo Juan Carrillo,
por mandado de Marchena.

BALLESTERO 3.°

Sopla; eso ya es otra cosa.

BALLESTERO 2.°

Y por eso no me peta
mucho el volver á Alcalá;
y más que de esta tragedia
hace el año ahora. Víspera
de los Inocentes era.

BALLESTERO 3.°

Tú obedeciste y bien hecho.

BALLESTERO 2.°

Sí, mas dicen que andan sueltas
las almas de los Carrillos
por sus bóvedas sangrientas.

BALLESTERO 1.°, 3.°, *y* LUCAS

Ja, ja, ja!

BALLESTERO 3.°

Pues fuera lance
que á recibirte saliera
Juan Carrillo.

BALLESTERO 2.°

No os moféis,
brutos, de cosas como esas.

BALLESTERO 1.°

Vamos, vamos al camino,
y no riñáis.

LUCAS

Sí; idos fuera,
que allá voy yo á acompañaros
en cuanto deje aquí prestas
las cosas á recibir
á un hombre como Marchena.

BALLESTEROS 1.° Y 2.°

Vamos, pues.

LUCAS

Yo pronto os sigo;
salid; alumbra, Teresa.
(Sale Teresa y los alumbra; ellos se van, y Teresa vuelve con la luz.)

ESCENA III

LUCAS *y* LUCÍA

LUCAS

Aquí de un hombre! Pardiez,
no quedará en mi despensa
ni una migaja extraviada
ni una pinta en la bodega.
Lucía.

LUCÍA

Qué hay? Qué tenemos?

LUCAS

Huéspedes. Todo lo apresta
para recibirlos bien:
lumbre, camas, luces, mesa,
que es gente que lo merece.

LUCÍA

Quién, quién?

LUCAS

Quien aquí me emplea;
quien me regala el molino,
y me atiza la moneda;
el capitán que me manda,
y que de la corte llega
con una dama.

LUCÍA

Ay qué gusto!

LUCAS

Calla, calla; qué te alegra?

LUCÍA

Toma! Hablar con una dama
y un señor así tan cerca,
os parece poco!

LUCAS

Hablar!
Qué es hablar, Lucía. Piensas
que has de hablar con ellos?

LUCÍA

Pues son mudos los que llegan!

LUCAS

Y qué, te crees que con ellos
vas á hablar tú? Quiá! Teresa
saldrá á servirles, que basta
para hacer cuanto se ofrezca.

LUCÍA

Ya; entonces decid que soy,
no pupila, sino presa.

LUCAS

No, mujer; sino que, mira,
no quiero que nadie crea
que haces papel de criada,
ni te hago entrar en haciendas
de servir ni aun á quien puede
exigir de mí obediencia;
á más que vienen con ellos
sus pajes y soldadesca,
y son gentes atrevidas,
Lucía, á más de groseras.
Conque anda; haz lo que te digo,
que fío en tu diligencia;
probablemente no harán
más que entrar y echarse fuera;
pero, aunque no tomen nada,
vean que se les obsequia:
anda, anda; mas, cielos! Llaman.
Si serán ellos! Teresa,
alumbra. Quién?
(Asomándose á la ventana.)

JUAN

Abre, Lucas.

LUCAS

Quién diablos es?

JUAN

(Dentro.) Una añeja
amistad.

LUCAS

Mas, quién!

JUAN

Juan Pérez.

LUCAS

Juan Pérez! Jesús me tenga.

LUCÍA

Juan Pérez?

LUCAS

Pues no te han muerto?

JUAN

Vaya una pregunta necia.
Pues no te digo que soy
yo mismo? Si no viviera...
Abre, abre, y oirás cosas
de gusto.

LUCAS

Voy. Noche es ésta
de extraordinarias visitas
y de extrañas ocurrencias.
Pérez vive!
(Váse con la luz, y vuelve con Pérez y Carrillo.)

LUCÍA

Vive Pérez!
Dios piadoso, dadme fuerzas
para gozar el contento
de tan dichosa sorpresa!
Vive Pérez...! Aquí vienen.
Todo el corazón me tiembla!

ESCENA IV

LUCÍA, LUCAS, JUAN PÉREZ *y* PEDRO

(Juan Pérez ayuda á entrar á Pedro, que camina con muletas, las piernas abrigadas con pieles, y trae la cabeza metida en una ancha gorra, que le cubre hasta las cejas; la barba negra y crecida le encubre la parte inferior del rostro; que no mostrará más expresión que la de una profunda estupidez.)

JUAN

Alumbra bien.

LUCAS

Jesucristo!
Qué aventuras! Qué, tú eres
Juan?

JUAN

Sí, yo en cuerpo y alma.

LUCAS

Loado sea Dios; tu muerte
hemos llorado aquí todos.

JUAN

Cerca la ví muchas veces,
Lucas, mas es larga historia,
porque esos aragoneses
me han tratado como á un perro;
no obran peor los infieles
con los cristianos en África.

LUCAS

Pero tú...?

JUAN

Yo, firme siempre,
vive Dios! Viva don Pedro,
y salga lo que saliere.

LUCAS

Bravo, Juan.

JUAN

Valíame esto
sendos palos; mas torcerme
no pudieron, y una noche
me dió la ocasión de hacerles
un besamanos este hombre
que ves aquí.

LUCAS

Y quién es ése?

JUAN

Un noble á quien sus infamias
le han puesto, Lucas, de suerte,
que atravesado en un jaco
le traigo á que sea tu huésped
conmigo esta noche.

JUAN

Ay, Juan,
en muy mala ocasión vienes,
porque al capitán aguardo
con una dama, y la gente
ya sabes que le hace sombra.

JUAN

No tendrá por qué se inquiete,
ni habrá nada en que le estorbe
mi desventurado huésped,
pues lo que sufrir le han hecho
esos pícaros rebeldes,
le han traído á tal estado,
que ni ve, ni oye, ni entiende
el infeliz.

LUCAS

Está enfermo?

JUAN

Está como un tronco; imbécil,
mentecato, y los dolores
no le permiten moverse
sin auxilio ajeno.

LUCAS

Ya.
En cualquier tiempo que hubieses
venido, todo era fácil;
mas en la ocasión presente,
ya ves... Marchena me paga,
y...

JUAN

No hay por qué dél receles,
porque á su gente he topado
ahí, á la entrada del puente,
y pienso aquí suplicarle
que en su castillo me deje
meterle para curarle,
pues en la guerra sus bienes
por mí ha perdido, y es justo
que yo se lo recompense.

LUCAS

En ese caso...

JUAN

Ea, acerca
esa silla en que le siente.
Tú, muchacha, qué haces ahí?
Mas Lucía!

LUCAS

Calla! Pérez,
tú la conoces?

JUAN

Pues no!
Pasamos nuestras niñeces
juntos.

LUCÍA

Es cierto, señor.

JUAN

Cuánto me alegro de verte!
Cómo te va?

LUCÍA

Como quiero
con maese Lucas.

JUAN

Tenle
de ese lado no se caiga.

LUCÍA

Jesús! Qué tan mal se tiene?

JUAN

Voy á meter el caballo
dentro de la cuadra. Entreténle
mientras, Lucas, y ten cuenta
con que caer no le dejes,
que luego le haré yo cama
en que á su gusto se acueste. *(Váse.)*

LUCÍA

Bien, bien, tendremos cuidado.

ESCENA V

LUCAS, LUCÍA *y* PEDRO

LUCAS

Lucía, dí francamente:
de qué conoces tú á Juan?

LUCÍA

Virgen santa! En todo tiene
su merced que sospechar.

LUCAS

Es que...

LUCÍA

Vaya, de sandeces
dejáos, señor; me conoce
de chica... No me moleste.

LUCAS

Bah! No te enfades, Lucía.

LUCÍA

Cuidemos de si algo quiere
este hombre.

LUCAS

Tienes razón.
(Á Pedro.) Qué tal un hombre se siente?

PEDRO

Po-por los aires ma-malos
de los mo-montes.

LUCAS

San Lesmes!
Y también tartamudea;
pues voto va el sol, que tiene
más faltas que una pelota!

LUCÍA

Y qué cara tan alegre
trae.

LUCAS

Ya! El pobre mentecato

su situación no comprende.
(Á Pedro.) Queréis que os alivie en algo?

PEDRO

Mu-mucho frío, y llu-llueve.

LUCÍA

Á otra parte con la música.

LUCAS

Pues como hay Dios, que Juan Pérez
está con él divertido.

PEDRO

Y Ju-ju-uan?

LUCAS

Ya vuelve.

PEDRO

Ah, en el mo-monte.

LUCAS

Ni el diablo
en la mollera le mete
las palabras; es más sordo
que una tapia. Ea, ponerle
por ahí donde no estorbe;
yo es fuerza que fuera espere
á mi capitán. Lucía,
cuidado.

LUCÍA

Nada recele,
seor tutor.

LUCAS

Disponlo todo
como te he dicho. Aquí vuelve
Juan; cuidadito te digo.

LUCÍA

Déjeme en paz.

LUCAS

No te alteres,
mujer.

ESCENA VI

DICHOS *y* JUAN

JUAN

Ya estoy yo de vuelta.

LUCAS

Pues mira si te comprende
á tí, vé qué necesita,
y cuida de recogerle,
pues son muchos, y no es malo
que adentro con las mujeres
le pongamos en seguro.

JUAN

Bien pensado, que es prudente
que cada cual por su viña
mire.

LUCAS

Sea como fuere,
así lo he determinado.
Yo me entiendo, y Dios me entiende;
conque me voy al camino.

JUAN

Vé pues.

LUCÍA

El diablo te lleve.
(Se va Lucas, volviendo de cuando en cuando la cabeza como receloso.)

ESCENA VII

LUCÍA, JUAN *y* PEDRO *sentado*

JUAN

Lucía!

LUCÍA

Juan!

JUAN

Que nos vemos
otra vez!

LUCÍA

Muerto en tu ausencia,
te lloré.

JUAN

Pues mi presencia
te consuele ya.

LUCÍA

Á qué extremos
me llevó tal pena, Juan!

JUAN

Gracias mil veces, Lucía.

LUCÍA

Mas tú tal vez...

JUAN

Alma mía!
calma tu infundado afán.
Yo siempre he pensado en tí;
conmigo fué por doquiera
de tu imagen hechicera
la luz.

LUCÍA

Conque aún me amas!

JUAN

Sí.
Y este amoroso deseo,
tal vez ve de cerca el día
de cumplirse.

LUCÍA

Ah!

JUAN

Mas, Lucía,
díme, cómo aquí te veo?

LUCÍA

Murió mi padre.

JUAN

Murió
el buen viejo?

LUCÍA

Sí, indigente;
y en manos de este pariente
lejano me encomendó.
Y él...

JUAN

Lo he comprendido al punto,
Lucía; amor te ha cobrado.

LUCÍA

Mas yo margen no le he dado.

JUAN

Lo creo así, y es asunto
que arreglaré yo muy presto
si puedo contar, Lucía,
con que tú de parte mía
estés.

LUCÍA

Cuándo no me he puesto
de tu parte?

JUAN

En ese caso,
según lo que aquí suceda
esta noche, así obraré,
y en ocasión te diré
lo que á ambos que hacer nos queda
para lograr yo un intento
que nuestro amor asegure
por siempre. Que me procure
es fuerza conocimiento
por ahora de esta casa,
y de lo que en esta tierra,
mientras en prisión de guerra
á mí me tuvieron, pasa.

LUCÍA

Eso, Juan, es muy sencillo.
Yo te diré...

JUAN

Me precisa
no enterarme tan deprisa.
Oye; para ir al castillo

licencia voy á pedir
al capitán.

LUCÍA

Á volver
vas á servir?

JUAN

Puede ser!
Tengo á ese hombre que servir
y que cuidar mientras dure
su mal.

LUCÍA

Y qué mal le acosa?

JUAN

Mil juntos, mas no son cosa
de que imposible es que cure.
En tanto, no es grande afán
si ayuda mi buen oficio,
engancharme en el servicio
de mi antiguo capitán.
Mas como aquí cada uno
por su solo bien se afana,
no cierres esa ventana,
pues tengo por oportuno
si me manda que le siga,
que dé la vuelta un momento,
y lo que importa á mi intento
y lo que has de hacer te diga.

LUCÍA

Pues bien; si veo que partes,
cuando todo en sueño esté
sumido, te esperaré.

JUAN

Bien; y ni un pelo te apartes
de mis instrucciones.

LUCÍA

Fía,
Juan, mas con ése, qué hacemos?

JUAN

Conviene que le dejemos
hasta que lleguen, Lucía,
pues tal vez si á compasión
Marchena se mueve al verle,
más conseguiré tenerle
propicio en esta ocasión.

LUCÍA

Como tú quieras.

JUAN

Ya siento
pasos.

LUCÍA

Sí, cruzan el puente.
Luz, luz... Juan, ésta es su gente.

JUAN

Dios ponga en mi lengua tiento.

ESCENA VIII

PEDRO *sentado y estúpido como siempre;* JUAN, LUCÍA, LUCAS *alumbrando al capitán* GIL DE MARCHENA.

LUCAS *(Á Marchena.)*

Descansad aquí entre tanto.

MARCHENA

Dí que alumbren allá fuera,
y que acerquen la litera.

LUCAS

Está bien... Mas, por Dios santo!
así estáis, Juan?
(Pedro cierra los ojos y dobla la cabeza como accidentado.)

JUAN

Aquí estoy,
que un accidente...

MARCHENA

Este Juan...
Pérez!

JUAN

Señor capitán!

MARCHENA

Eres tú?

JUAN

Yo mismo soy.

MARCHENA

Por San Ginés, ya por muerto
llorado te hemos aquí.

JUAN

Muy cerca de ello me ví,
señor.

MARCHENA

Me alegro por cierto
de verte. Y dónde has estado
que á mi pendón no has corrido?

JUAN

Prisionero me han tenido
hasta que ocasión he hallado
de fugarme.

MARCHENA

Y cómo?

JUAN

Estaba
con uno que me guardaba
para morir maniatado,
cuando ese hombre que conmigo
partía mis desventuras,
me cortó las ligaduras
con que me ató el enemigo.
Yo, en cuanto libre me ví,
al centinela maté,
y á ese buen hombre pagué
sacándole tras de mí.

MARCHENA

Quién es? *(Sombrío.)*

JUAN

Víctima inocente
de esos fieros enriqueños,
que instalándose por dueños
de su hacienda y de su gente,
á su mujer y á sus hijos
á su vista degollaron.
Y, en fin, tal le maltrataron,
que tormentos tan prolijos,
señor, le han hecho caer
en tan lastimoso estado,
que si no es de otro ayudado,
ya ni aun se puede mover.

LUCÍA

Ya vuelve en sí.

JUAN

Son vahidos
que le dan continuamente.

LUCÍA

Creí que era otro accidente.

JUAN

No está el pobre en sus sentidos.

MARCHENA

Percances son del furor
de la guerra. *(Á Pedro.)* Eh! Cómo va?
(Pedro le mira, se sonríe estúpidamente y no responde.)

JUAN

Sordo y estúpido está.

MARCHENA

Sordo!

JUAN

Y demente, señor.

MARCHENA

Y do piensas ir con él?

JUAN

Á vos, si me dáis licencia
de cuidarle en su dolencia
en vuestro castillo.

MARCHENA

Fiel
del rey don Pedro al pendón
te has mantenido, Juan; bien
mereces el parabién.
Aprieta. *(Le da la mano.)*

JUAN

De corazón.

MARCHENA

Siempre leal me has servido,
y tu pérdida sentí;
mas hoy que vuelves á mí,
Pérez, no hay nada perdido.
Está hecho nuestro negocio;
cíñete otra vez las mallas,
y á abrigo de mis murallas
de Alcalá, días de ocio
tendrás conmigo, que ahora
no tendremos más que hacer
que guardar á una mujer.

JUAN

Por presa va?

MARCHENA

Y por señora;
aquí está.—Silencio.

ESCENA IX

MARCHENA, JUAN *y* PEDRO *(como siempre),* LUCÍA *á un lado,* DOÑA JUANA *con manto y velo, alumbrada por un hachón que trae Lucas, y guardada por soldados, que quedan de la parte de afuera de la puerta.*

MARCHENA

Entrad,
señora; en este aposento
descansaréis un momento
en calma y seguridad.
Á los caballos la silla
no quitéis, que pues despeja
la noche, y la luna deja
ver la senda de la villa,
en elevándose más,
seguiremos el camino
de Alcalá.

DOÑA JUANA

Es este molino
vuestro?

MARCHENA

Y vuestro, si quizás
su posesión os agrada.

DOÑA JUANA

Á qué tan cortés conmigo,
cuando venís mi enemigo
trayéndome custodiada?

MARCHENA

Es la voluntad del rey
que nada os niegue, y por Dios,
que aquí quien manda sois vos;
vuestro capricho es mi ley.

DOÑA JUANA

Mas si os dijera á mi esposo
enviadme...

MARCHENA

Eso no lo hiciera
por no perder yo siquiera
depósito tan precioso.

DOÑA JUANA

Y do vamos?

MARCHENA

Á Alcalá.

DOÑA JUANA

Á vuestro castillo?

MARCHENA

Sí.

DOÑA JUANA

Me váis á encerrar allí?

MARCHENA

Á aposentaros.

DOÑA JUANA

Quizá
no me reciban muy bien
los huéspedes invisibles
que le habitan.

MARCHENA

Tan risibles
consejas creéis también?

DOÑA JUANA

Qué queréis, Gil!

MARCHENA

Bien está;
Lucas, ve que el tiempo apura;
haz servirnos algo y pronto;
ve tú á cuidar de la gente,
Martín. *(Á uno.)*
(Á Juan.) Y tú de ahí enfrente
aparta á ese pobre tonto.
(Vánse Lucía y Lucas por la izquierda; los soldados por el fondo.)

ESCENA X

DOÑA JUANA, MARCHENA, JUAN *y* PEDRO

DOÑA JUANA

Quién es ese hombre, Marchena?

JUAN

Es un infeliz lisiado
que la vida me ha salvado.

MARCHENA

Y su caridad le ordena
pagarle ese buen servicio
cuidándole.

JUAN

Es la verdad.

DOÑA JUANA

Tu generosa bondad
muestra bien tal beneficio,
mancebo, y si mi favor
te puede en algo servir,
desde hoy puedes acudir
á mí sin ningún temor;
en tanto, si oro te falta...

JUAN

Dispensad, todo me sobra,
que harto rico es quien bien obra.

DOÑA JUANA

Y más la virtud resalta
en quien, como tú, así obrando
con sus obras se contenta.

JUAN

Dios lo tendrá en buena cuenta.

DOÑA JUANA

Y te llamas?

JUAN

Juan Ferrando
Pérez.

MARCHENA

Basta; llévale,
no causes á esta señora
con desvaríos ahora.

DOÑA JUANA

Dejadle, Gil, que se esté.

MARCHENA

Ya ese soldado es molesto,
y por demás compensado
va quien obra como honrado.

DOÑA JUANA

Me agrada por lo modesto,
Marchena; aunque prisionera

del rey ó de vos estoy,
aun puedo, como quien soy,
favorecer á quien quiera.
Hidalgo? *(Á Pedro.)*

JUAN

Es sordo, señora.

DOÑA JUANA

Y á más del todo lisiado?

JUAN

Los brazos sólo ha salvado.
(Llega junto á Pedro. Éste la mira y se ríe.)

PEDRO

Mu-muy bo-bonita.

MARCHENA

(Amostazado.) Es hora *(Á la condesa.)*
de que toméis alimento.
Llévale ya. *(Á Pérez.)*
(Pedro, que ha seguido riéndose y mirando á doña Juana, acrece su risa estúpida, y levantando un brazo, la señala con el dedo al rostro, haciéndola así reparar en un grueso anillo que llevará Pedro en el dedo índice.)

DOÑA JUANA

(Cielo santo,
su anillo!)

PEDRO

(E-es u-un encanto.) *(Riendo.)*

DOÑA JUANA

(Es él! Qué presentimiento!)

MARCHENA

Vamos, que rápido pasa
el tiempo, y necesitamos
la noche entera.

DOÑA JUANA

Sí, vamos.

ESCENA XI

DICHOS *y* LUCAS, *con platos, etc.*

(Se sienta doña Juana.)

LUCAS

Aunque harto pobre y escasa,
para quien vos sois, mi cena,
con cumplida voluntad
os la presento.

DOÑA JUANA

Acercad,
Juan, á ese hombre.

MARCHENA

Ved...

DOÑA JUANA

Marchena,
Dios, con ser Dios, se sentó
con los pobres á la mesa.
(Juan sienta á Pedro á la mesa.)

MARCHENA

Vuestra nobleza, condesa...

DOÑA JUANA

Más noble era Dios que yo.

MARCHENA

(Maldita tanta llaneza.)
Lucas.

LUCAS

Señor.

MARCHENA

Ven aquí;
(Se apartan á un lado.)
te llevo al castillo.

LUCAS

Á mí?

MARCHENA

Á tí. Á qué es esa extrañeza?

LUCAS

Yo, capitán, nada extraño.

MARCHENA

Mejoraré tu destino,
que ya ha que en este molino
te enjaulé por más de un año;
encarga de él á quien quieras,
y mañana en Alcalá
te aguardo.

LUCAS

Muy bien está.

MARCHENA

Y oye: de todas maneras...
(Hablan en secreto.)

PEDRO *(Á doña Juana.)*

(Reconocéis este anillo?)

DOÑA JUANA

Sí; quién sois?

PEDRO

(Ahora no sé,
pero pronto os lo diré.)

DOÑA JUANA

(Cómo? Dónde?)

PEDRO

(En el castillo
de Alcalá.)

DOÑA JUANA

(Dios, qué imprudencia!)

PEDRO

(Tened mejor esperanza,
que todo acaso se alcanza
con audacia y diligencia.)

DOÑA JUANA

(Pero...)

PEDRO

(Silencio.) Ju-uan,
vi-ino.

JUAN *(Á Pedro, sirviéndole.)*

Que os va á hacer daño.

PEDRO

Sí, lu-uego el ba-baño...

DOÑA JUANA *(Á Marchena.)*

Vamos, señor capitán;
llegad también.

MARCHENA

Yo, soldado
soy y sobrio.

DOÑA JUANA

Ved, Marchena,
que sospecharé de cena
en que no probéis bocado.

MARCHENA

Uno sólo tomaré.

DOÑA JUANA

Eso hacemos los demás.

MARCHENA

Qué, sospecharéis quizás...?

DOÑA JUANA

De vos todo.

MARCHENA

Es mala fe.

DOÑA JUANA

No sois vos mi carcelero?
No es don Pedro mi enemigo?
Venganza, pues, ó castigo,
es lo que de ambos espero.

MARCHENA

Qué hacer? Es vuestro destino,

quien ponga á la saña dique,
ser del conde don Enrique.

DOÑA JUANA

Vino á España otra vez!

PEDRO

(Dando en la mesa con el vaso.) Vino.
(Marchena y doña Juana se vuelven á él, que sigue impávido; Juan le escancia.)

MARCHENA y DOÑA JUANA

Eh?

MARCHENA

Creí, voto á su casta...!

DOÑA JUANA *(Á Marchena.)*

Decid.

MARCHENA

Se ha entrado, imprudente,
por Aragón; mas su gente
no basta contra el rey.

PEDRO

(Á Juan con el vaso.) Basta.

MARCHENA

Eh?

DOÑA JUANA

El infeliz, cuál se ceba!

JUAN

Es que tiempo ha que no toca
cosa caliente su boca
y que tal licor no prueba.

DOÑA JUANA

Desdichado!

MARCHENA

Es tiempo ya
de partir.

DOÑA JUANA

Vamos.

MARCHENA

Á tí
mañana te aguardo.

LUCAS

Allí
iré.

MARCHENA

Juan, baja á Alcalá,
y pues tan caritativo
te has vuelto, allí llévale,
que asistirle mandaré.

JUAN

Y tal orden os recibo
como un favor eminente.

UN BALLESTERO

Capitán, ya todo espera.

MARCHENA

Pues que acerquen la litera
y que cabalgue la gente.

DOÑA JUANA

Villanos, que Dios os guarde. *(Váse.)*

MARCHENA

Conque vosotros, á qué hora
pensáis partir?

LUCAS

Con la aurora.

MARCHENA

Pues que más no se retarde,
que no os pesará á los dos
si atáis la lengua de corto.

LUCAS

Mi dueño, señor, sois vos.

JUAN

Lo que es yo, mediante Dios,
ya veréis cómo me porto.
(Váse Marchena, y Lucas le alumbra, quedando de la parte afuera de la puerta. Juan vuelve á bajar á la escena, y hablan Pedro y él en secreto los cuatro primeros versos de la escena siguiente, reponiéndose y disimulando á la salida de Lucas.)

ESCENA XII

JUAN, PEDRO *y luego* LUCAS

PEDRO

Juan, bien lo has hecho.

JUAN

Señor,
el alma tuve en un hilo.

PEDRO

Pues ya ves que va tranquilo.

JUAN

Pedro, tiento.

PEDRO

Juan, valor.
(Entra Lucas.)

JUAN

Lucas, que sea enhorabuena.

LUCAS

Me sopla á fe la fortuna.

JUAN

De hoy marcharemos á una.

LUCAS

Sí, mas veamos la cena.
Lucía.

LUCÍA

(Dentro.) Voy.

LUCAS

Á cenar,
que hay que madrugar mañana.

JUAN

Y por Dios que tengo gana
tus colchones de pillar.

ESCENA XIII

DICHOS *y* LUCÍA

LUCÍA

(Saliendo.) Aquí está.
(Pone en la mesa un plato.)

PEDRO

(Bebiendo.) Bu-uen vi-inillo.
Ju-uan.

LUCAS

Vaya el lisiado,
y qué bien que se ha achispado!

PEDRO

Al vu-uelo las pi-pillo.

LUCAS

Pardiez, ya lo veo, y buenas.

JUAN

Así sus penas ahoga.

LUCAS

Por qué no coge una soga?
Vaya un modo de ahogar penas!

PEDRO

Mu-muy bo-onita! *(Mirando á Lucía.)*

LUCAS

Eso más!

PEDRO

Y mi-entras han e-estado,
(Imita con la lengua y la mano el ruido y la acción de volver una llave.)
cris, cras... la ha gu-ardado. *(Riendo.)*

JUAN

Lo oyes? *(Riendo.)*

LUCAS

Ya! Mas, por San Diego,
quién ha abierto esa ventana?
(Va á cerrarla, y mientras hablan Juan y Lucía.)

LUCÍA *(Á Juan.)*

(Vas al castillo?)

JUAN *(Á Lucía.)*

(Mañana.)

LUCÍA *(Á Juan.)*

(Pues hasta luego.)

JUAN *(Á Lucía.)*

(Hasta luego.)

LUCAS

Ja, ja, ja! Va á dar de panza
diez veces de aquí á la villa.

JUAN

(Con sorna.)
Quiá! Si en viéndose en la silla
va más tieso que una lanza.

PEDRO

Vi-ino, Ju-uan.

LUCAS

Ya está chispo.

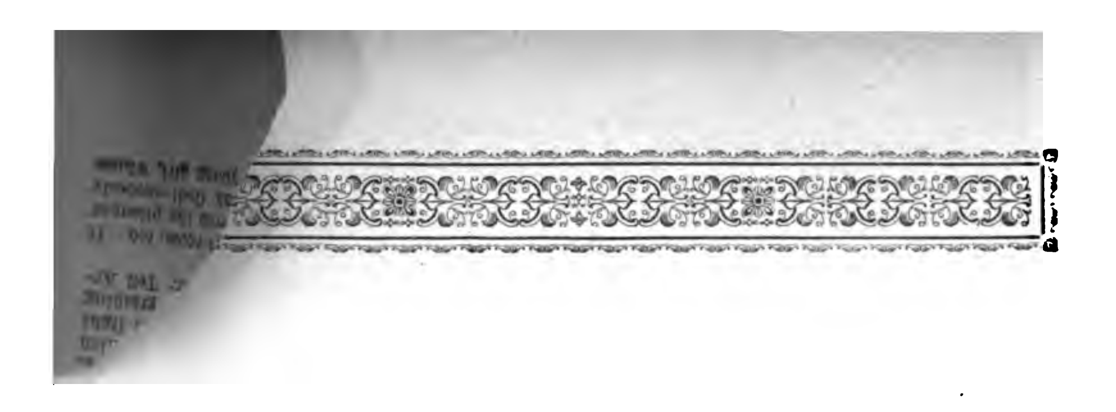
JUAN *(Á Pedro.)*

Y las piernas, qué dirán?

PEDRO

(Me tendré como un obispo
mañana.) Vi-ino, Ju-uan.
(Bebe, y los otros sueltan grandes carcajadas.)





ACTO SEGUNDO

Galería de un patio-jardín interior en el castillo de Alcalá la Vieja, que separa la habitación destinada á la Condesa del resto del edificio. Puerta á la izquierda, que da á esta habitación; otra á la derecha, que da al exterior. Una bajada por medio del rompimiento de la baranda que va al jardín, cuyos árboles se ven por encima del antepecho.

ESCENA PRIMERA

GIL DE MARCHENA *y* LUCAS, *asomados á la baranda de la galería*

LUCAS

Qué magnífico edificio,
capitán.

MARCHENA

Qué te parecen
las obras que hice?

LUCAS

Merecen
verse.

MARCHENA

No es gran sacrificio
vivir aquí, eh?

LUCAS

Yo lo creo;
tamaña suntuosidad
compensa la soledad
en que se vive.

MARCHENA

El deseo
no tiene menos que echar
grandezas de su recinto.

LUCAS

Le habéis hecho un laberinto
de recreo.

MARCHENA

Un palomar
era cuando el rey don Pedro
me hizo de él donación.

LUCAS

Bien os probó la afición
que os tiene.

MARCHENA

En la corte medro
del rey, no puedo negarlo;
mas si la suerte me ayuda,
medraré harto más sin duda;
sin tener que sujetarlo
á la ajena voluntad,
prez alcanzaré y riqueza,
y haré acatar mi grandeza
en más de un pueblo.

LUCAS

En verdad,

capitán, que en esperanzas
os adormís bien risueñas.

MARCHENA

Constancia quebranta peñas,
Lucas; y mis bienandanzas
en popa de día en día
van bogando de tal modo,
que aunque el mar es ancho, todo
lo abarca mi fantasía.
Y al extenderse altanera
por su inquieta inmensidad,
yo no sé qué claridad
divisa en la otra ribera.
Secretos del alma son,
Lucas, de su ser arcanos;
mas vosotros los villanos
no comprendéis la ambición.

LUCAS

También hierve en nuestro pecho
esa pasión, capitán.

MARCHENA

Sí, mas con tan poco afán,
y en círculo tan estrecho,
que hasta en su misma grandeza
y en su mismo afán, se ve,
Lucas, que engendrada fué
en mezquindad y pobreza.

LUCAS

Mejorar su suerte mala
siempre cada cual intenta,
y medios para ello inventa
cada cual según su escala.

MARCHENA

En eso está la ruindad,
en sujetarse á una esfera
que debe querer cualquiera
romper por su voluntad.

LUCAS

Mas, qué diablos! capitán,
el que villano ha nacido
y con el pueblo ha vivido,
no puede echarse más plan
que aquel á que aspirar pueda
á ver cumplido algún día,
y holgarse en su villanía,
pues cuando nace la hereda.

MARCHENA

Bien, Lucas, no hablemos más;
tú para tu corazón
y tu ser, tienes razón;
por eso tan vano estás
celebrando tu destino,
al ver cómo ahora cuajas
el jabón de tus navajas
en la agua de mi molino.

LUCAS

Y más no sé ambicionar,
capitán, que es diferente
vivir rapando á la gente,
á tener con qué pagar
al que la barba nos hace;
y pasar de rapador
á propietario, señor,
á cualquiera satisface.

MARCHENA

Y no valdrá más que, en vez
de ese molino harinero,
pueda yo un castillo entero
darte algún día?

LUCAS

Pardiez!
Entonces, quién me tosía?
Yo posesor de un castillo?
Yo señor de horca y cuchillo?

MARCHENA

Quizá te acontecería;
pero dejemos sandeces,
Lucas.

LUCAS

Sí, tenéis razón;
sandeces nada más son
en mí tales altiveces.

MARCHENA

Sírveme fiel, y confía
en que medrarás.

LUCAS

Yo creo,
señor, que os sirvo á deseo.

MARCHENA

Sí, sí; mas por vida mía
que ya tarda ese truán.

LUCAS

Quién?

MARCHENA

Juan Pérez.

LUCAS

El muy pillo
estará en el ventorrillo
con la mujer de Julián.

MARCHENA

No, no; los caballos siento
en el patio. Juan?
(Asomándose á la galería.)

JUAN

(Dentro.) Quién llama?

MARCHENA

Yo, sube.

JUAN

Voy al momento.

MARCHENA

Lucas, vuélvele la fama.

LUCAS

Deuda es que negar no intento.

ESCENA II

MARCHENA, LUCAS *y* JUAN

MARCHENA

Has estado en Alcalá?

JUAN

Sí, señor.

MARCHENA

Y las vituallas?

JUAN

Dentro de vuestras murallas
el sol de hoy las dejará.

MARCHENA

Te entraste por los mesones
y por las tiendas?

JUAN

Entré.

MARCHENA

Qué dice el vulgo?

JUAN

Está, á fe,
dividido en opiniones.

MARCHENA

Habla.

JUAN

El labrador sencillo
contra el bando de Aragón
fía en nuestra protección
mientra estéis en el castillo.

MARCHENA

Es decir, que el labrador...

JUAN

Bendice vuestra presencia
que protege su existencia
contra el partido traidor.

MARCHENA

Y el soldado?

JUAN

Cuenta el oro
que le dáis, y mientras dure,
no hay lid que no os asegure
contra aragonés ó moro.

MARCHENA

Yo haré que siempre le sobre
y que leal á mí muera,
viendo que ante mi bandera
no muere viejo ni pobre.
Y qué hablan los mercaderes?

JUAN

Los mercaderes, señor,
con quien les pinta mejor
se casan; sus pareceres
con sus ganancias están;
con quien les da más franquías
para sus mercaderías,
con aquel, señor, se van.

MARCHENA

Habrásles dado á entender
que soy hombre que me pongo
en razón, y me propongo
sus franquías acrecer?

JUAN

Les manifesté que el rey
á este castillo os envía
á ser guardián y vigía
de la paz y de la ley.
Que pensáis por tiempo alguno
de tributos dispensarlos,
si en mitades quieren darlos
llegado el tiempo oportuno.
Y que aunque el rey nadie ignora
que á judíos usureros
debió hasta hoy sus dineros,
no así vos, que desde ahora
tenéis permiso real
para tomarlos á ellos,
con más ganancia que á aquéllos,
préstamos de su caudal.
Su afán es que los judíos
no ganen con el Estado,
á quien han sacrificado
como usureros impíos.

MARCHENA

De modo que, hechos rentistas
del rey, le dan sus empeños?

JUAN

Flaquezas son de asentistas:
ayer eran enriqueños,
hoy se acostarán realistas.

MARCHENA

Bien está; den sus dineros
por ahora y por el rey,
que luego dirá la ley
si fueron ó no usureros.

JUAN

He cumplido bien?

MARCHENA

Sí, Juan;
mas por qué eso me preguntas?
Paréceme que barruntas...!

JUAN

Tiéneme con algo afán
el pensar... si habréis pensado
que yo en Aragón cautivo
un año...

MARCHENA

Pues te recibo
otra vez, ves que cuidado
no me da tu cautiverio.

JUAN

Por eso, señor, me holgara
que mi servicio os llenara.

MARCHENA

Y es ese todo el misterio
de la pregunta?

JUAN

Ese fué,
que sé que han hablado mal
en mi ausencia.

MARCHENA

Quién es tal
que eso no sufra? En paz ve.

JUAN

Tenéisme más que mandar?

MARCHENA

Nada.

JUAN

Pues á cuidar voy
de mi enfermo.

MARCHENA

Cómo está hoy?

JUAN

Se le ha visto mejorar
desde que entró en el castillo;
más claro habla, y creo que
se tiene mejor en pie
desde ayer el pobrecillo.

MARCHENA

Mucho te debió servir,
pues tan eficaz le cuidas.

JUAN

Diera por él veinte vidas,
que me salvó de morir
con una muerte bien cruel;
y á no salvarnos los dos,
pongo por testigo á Dios
que me quedara con él.

MARCHENA

Tal proceder te hace honor,
mas en gente hecha á campañas,
son virtudes algo extrañas
esas.

JUAN

Flaquezas, señor. *(Váse.)*

ESCENA III

MARCHENA *y* LUCAS

MARCHENA

Oíste, Lucas?

LUCAS

Oí.

MARCHENA

Y qué piensas de ese mozo?

LUCAS

Tiene, hablando sin rebozo,
muy mal ángel para mí.

MARCHENA

Ya, según me han dicho, piensa
que es hermosa tu Lucía.

LUCAS

Cualquiera lo pensaría.

MARCHENA

Y te pones en defensa?

LUCAS

Yo bien me entiendo, aunque acaso
no me explicaré muy bien.

MARCHENA

Y yo te entiendo también.

LUCAS

Si de suspicaz me paso,
no sé; jamás hizo nada
en mi contra á ciencia mía;
pero esa fisonomía
juro á Dios que no me agrada.

MARCHENA

Antipatía de celos
pudiera bien ser en tí;
mas oye, también á mí
me va infundiendo recelos.
Siempre me sirvió leal,

jamás tuve hombre más fiel,
sentía estarme sin él,
porque es diestro y servicial.
Muy de menos en su ausencia
le eché; y anoche, al hallarle,
tuve impulsos de abrazarle;
plúgome tal su presencia!
Mas es mozo y arrojado,
y aunque criado en pobreza,
humos tiene de nobleza
y se las echa de honrado;
y ese esmero minucioso
con que siempre me ha servido,
el respeto desmedido
que me muestra, sospechoso
me es en hombre tan altivo;
y, en fin, servidor más fiel
necesito en lugar de él;
Lucas, en él te recibo.
Si eres hombre de valor,
y obras con discernimiento,
verás tu acrecentamiento
siempre ir de bien á mejor.

LUCAS

Señor capitán, yo no era
nadie, hasta que fuísteis vos
á hacerme hombre, y vive Dios!
que deseo la primera
ocasión en que mostraros
lo aficionado que os soy.

MARCHENA

Pues bien; tu ocasión es hoy.

LUCAS

Pues bien; no andéis con reparos,
decidme lo que he de hacer.

MARCHENA

Hacerte de él muy amigo,
que coma y duerma contigo,
y que no pueda mover
un pie, ni pestañear
sin que veas con qué objeto,
y si guarda algún secreto,
sorpréndelo á su pesar.

LUCAS

Disponed vos que esta unión
desde hoy mismo se efectúe.

MARCHENA

Ve tú de que continúe
vuestra supuesta afición,
que la unión dispuesta está.
Tú guardarás del castillo
las llaves; junto al rastrillo
él contigo habitará
la torrecilla sombría
que con la puerta pegada
ha sido siempre nombrada
torre de la portería.
No esquives allí ocasión
de sondearle; espía, vela,
y haya broma y francachela
si conviene á tu intención.
Que ese hombre secretos sabe
del rey y míos que acaso
le franqueen un mal paso,
que todo en villanos cabe.
Mas viene aquí, chitón pues.
Yo me voy, y haré de modo
que fácil te sea todo.

LUCAS

Fiad de mí. Esto sí que es
navegar con viento en popa;
ahora, señor galán,
donde las toman las dan,
conque tentáos la ropa.

ESCENA IV

LUCAS *y* JUAN, *que trae del brazo á* PEDRO CARRILLO, *como en el acto primero, y le sienta en un sitial.*

JUAN

Hola! Aun aquí tú?

LUCAS

Aquí aún.

JUAN

Ansiaba á solas hallarte.

LUCAS

Y yo á tí solo encontrarte.

JUAN

Pues es el placer común.
Conque empieza.

LUCAS

Mas...

JUAN

Qué dudas?
Si está lo mismo que un leño
el infeliz.

LUCAS

Aun no es dueño
de sí?

JUAN

Quiá! Mas ve si ayudas
en algo, hombre; ese sitial
arrima, y le sentaré.

LUCAS

Pues no iba mejor?

JUAN

Sí, á fe;
de fuerzas no va tan mal.
Los nervios han adquirido
más tensión y más soltura,
y el habla es ya menos dura;
pero ay! en cuanto al oído,
más sordo está que las peñas.
Y siempre, en su insensatez,
entiende al revés tal vez
las más expresivas señas.

LUCAS

Mas él qué habla?

JUAN

Casi nada;
mas si rompe á hablar muy fresco,
le da por lo picaresco
y suelta una bufonada.
Ahí lo tienes; este rato
que el sol de la tarde goza
parece que le remoza,
y se ríe el insensato
como un niño cuando siente
que le da el sol.

LUCAS

Miserable!

JUAN

Y este aire le es saludable,
come y bebe horriblemente.

LUCAS

En fin, buen trabajo tienes
con él.

JUAN

Y cómo ha de ser!
Más ha perdido, á mi ver,
quien perdió salud y bienes.
Pero el tiempo no perdamos
también nosotros así;
te traigo una carta aquí
que me ha dado Andrea Ramos
para tí.

LUCAS

Diablo! Una carta.

JUAN

Dijo que á tí con destino
la trajeron del molino;
lee.

LUCAS

Mal rayo me parta
si leo yo ni dos letras
de esas.

JUAN

Pero, hombre, por qué?

LUCAS

Vive Dios, porque no sé
leer.

JUAN

Ya.

LUCAS

Ya; te penetras
ahora de mi razón?

JUAN

Miren por dónde se apea:
pues busca quien te la lea.

LUCAS

Hombre, sí, en esta ocasión,
me pudieras tú servir.

JUAN

Yo?

LUCAS

Qué! Tú tampoco alcanzas?...

JUAN

Si fueran hierros de lanzas
no habría más que pedir.
Cosa es de ricos ó nobles
que viven desocupados.

LUCAS

Tienes razón; los soldados
tenemos haciendas dobles
por ambos á que atender,
pero puede que ese loco
sepa de letras un poco.

JUAN

Calla, es verdad.

LUCAS

Pues á ver.

JUAN

Á ver, trae.
(Abre la carta y se la da á Pedro, haciéndole seña de que la lea. Pedro la toma, la lee para sí, y suelta su carcajada estúpida, devolviéndosela.)

LUCAS

Esta es más negra.
Él se entera de lo ajeno
y calla. Y dice algo bueno,
conforme lo que le alegra.
En fin, qué hay? Qué dice ahí? *(Á Pedro.)*
(Le hacen seña de que explique la carta.—Pedro la hace para que atiendan.)

PEDRO

Que-que hoy viene mi so-obrino
que-que va á mi-mo mo-olino
á hacerme u-un mo-olino á mí. *(Se ríe.)*

LUCAS

Á hacerle un molino á él?
Ah, ya caigo! Es que Lucía
hoy al castillo me envía
á mi sobrino Gabriel.
Me alegro.

PEDRO

Á mi mo-molino?
So-sobrino á mi gra-an tuno?
Yo no-o te-tengo ninguno.

LUCAS

Pues no da en mal desatino!
Toma la carta por suya
el hombre.

JUAN

Y qué le has de hacer?
Como se la diste á leer,
creyó que es de él y no tuya.

PEDRO

Pe-pero oid-me tra-ae.

LUCAS y JUAN

Qué?

PEDRO

Tra-trae en la u-uña
un anguilón de Ta-ajuña
que-que en cuanto lle-egue cae.

LUCAS

Y que él lo dispone luego!

PEDRO

Y le hago na-adar en vi-ino
y ma-mato á mi-i so-obrino
y po-ongo al mo-lino fuego. *(Se ríe.)*

LUCAS

No quiere hacer mal pastel!
Comerme la anguila, y luego
pegarme al molino fuego,
y asesinarme á Gabriel.
Y se ríe el muy caribe.

JUAN

En fin, Lucas, acabemos.

LUCAS

Sí, sí, Juan; bromas dejemos,
y vamos á lo que escribe
Lucía; á buen tiempo llega
Gabriel, porque desde hoy
del castillo alcaide soy.

JUAN

Y es empleo que te pega
y te doy el parabién.

LUCAS

Saben que amigos sinceros
fuimos siempre, y compañeros
nos hacen.

JUAN

Á mí también
me han hecho alcaide contigo?

LUCAS

Yo me ofrecí diligente
á velar por nuestra gente
sólo con un buen amigo,
y como á tal te elegí.

JUAN

Gracias.

LUCAS

La gente de guerra
que nuestro castillo encierra
es poca, y fuerza es que aquí
descanse, pues sosegado
todo está; conque desde hoy
dejo, Pérez, el molino
á cargo de mi sobrino,
y tu camarada soy.
Solos la torre tenemos
que en el patio grande se halla,
y de vista en la muralla
un centinela tendremos.

JUAN

Es muy justa esa cautela.

LUCAS

Lo cual da, si bien se hila,
que nos cenemos la anguila,
y que haya una francachela.

JUAN

La acepto.

LUCAS

Pues la tendremos.

JUAN

Adiós, Lucas.

LUCAS

Adiós, Juan.
(Nos veremos, seor galán.)

JUAN

(Seor alcaide, nos veremos.)

ESCENA V

JUAN *y* PEDRO

JUAN

Oísteis?

PEDRO

Y he comprendido
su traidora precaución.

JUAN

En la boca del león,
señor, nos hemos metido.

PEDRO

Él velará sobre tí
y un centinela por él.

JUAN

Y la carta de Gabriel?

PEDRO

Saldrá bien, confía en mí.
Todo está en la diligencia,
y todo estriba en la astucia.

JUAN

Mucho el tiempo nos acucia.

PEDRO

Y nos va, Juan, la existencia;
mas silencio... Oh! Dios nos tiene
de su mano en esta empresa.
Oyes? El caracol viene
bajando.

JUAN

Quién?

PEDRO

La condesa.
Tal vez pueden oportunas
conjurar nuestras desdichas
cuatro palabras bien dichas.

JUAN

El cielo os inspire algunas.

PEDRO

Como hable yo á doña Juana,
fío en Dios... Échate fuera,
y guárdame esa escalera,
y avisa si alguien la gana.

JUAN

Por sobre mí pasarán
antes.

PEDRO

No, de ningún modo;
fíalo á la astucia todo
y nada á la fuerza, Juan.

JUAN

Entiendo, entiendo.

PEDRO

Sal, pues.
Yo duermo como un lirón
hundido en este sillón.

JUAN

Ampárenos Dios.

ESCENA VI

DOÑA JUANA *y* PEDRO

(Doña Juana sale con mucha precaución. Pedro la habla como durmiendo y sin cambiar de postura.)

DOÑA JUANA

(Él es.
Los ví desde la vidriera
del crucero.—Sólo está:
tiemblo!—Si acaso será
un falsario?)

PEDRO

Ver pudiera
algún traidor.

DOÑA JUANA

Ah!

PEDRO

Señora,
oid; mas que estoy enfermo
no olvidéis, y que aquí duermo.

DOÑA JUANA

Pedro!

PEDRO

Yo soy; mas ahora
oidme, por Dios, con calma
y fingíos distraída,
porque á ambos nos va la vida.

DOÑA JUANA

Ay! Tengo en un hilo el alma!

PEDRO

Tres meses hace que os sigo
de don Pedro por salvaros,
y de aquí vengo á sacaros,
ó á morir con vos me obligo.

DOÑA JUANA

Pedro!

PEDRO

Dejadme acabar,
que no hay tiempo que perder;
estáis dispuesta á arrostrar...?

DOÑA JUANA

Todo, sí; que aunque mujer,
tengo un alma tan entera,
que no hay princesa en España
tan capaz de alguna hazaña,
ni de voluntad más fiera.

PEDRO

Váis el furor de don Pedro
á hacer que se centuplique
huyéndoos á don Enrique.

DOÑA JUANA

Dispuesta estoy; no me arredro.

PEDRO

Tal vez hay que prescindir
de vuestra real dignidad.

DOÑA JUANA

No importa.

PEDRO

Algún vil disfraz
endosaros para huir.

DOÑA JUANA

Nada de eso me da pena;
inconvenientes son vanos
si me sacan de las manos
de este traidor de Marchena.

PEDRO

Mas el rey...

DOÑA JUANA

No hables del rey;
ninguno aquí le respeta:
Marchena no se sujeta
desde hoy á ninguna ley.
Y por último, Carrillo,
consiento en cualquier vileza
por escapar con presteza
de este maldito castillo.

PEDRO

Señora, me hacéis temblar;
qué puede pasar aquí
que os impela á hablar así?

DOÑA JUANA

Carrillo, tan gran pesar,
tan ignominiosa mengua,
que doy por huir al instante
la hermosura del semblante
y el caro don de la lengua.

PEDRO

Ya os comprendo. Y tal baldón
osó proponer siquiera...?

DOÑA JUANA

Pedro, mas de qué manera,
con cuán taimada intención!
No es, Carrillo, mi belleza
lo que en mi favor le anima.

PEDRO

Pues qué es lo que en vos estima?

DOÑA JUANA

Mi estirpe real, mi nobleza;
porque con mano traidora

prepara un veneno á Enrique,
y quiere que justifique
su atentado mi hermosura.

PEDRO

Oh infamia!

DOÑA JUANA

Sueña en poder,
en coronas y en grandeza,
y le hace falta nobleza
que le dará una mujer.
Y en supersticiosa fe,
espera imperial dominio
por no sé qué vaticinio
en que desde niño cree.

PEDRO

Sí, sí, os sobra la razón,
y huir al punto es forzoso
traidor tan supersticioso;
la manera y la ocasión
y todo cuanto medito
para salvaros veréis
en ese sucinto escrito
que leído quemaréis.
(La alarga un pergamino que doña Juana recoge con disimulo.)
Si aceptáis...

DOÑA JUANA

Sí, desde ahora.

PEDRO

Lo único acaso posible
es...

DOÑA JUANA

Todo me es admisible.

PEDRO

Pues esta noche, señora.
Y no echéis del corazón
la convicción de que es fuerza
que se burle y que se tuerza
la traición con la traición.

DOÑA JUANA

Lo sé.

PEDRO

Pues disimulad,
fingid, mentid.

DOÑA JUANA

Fe en mí ten,
que no ha de fingir tan bien
el más astuto juglar.

PEDRO

Será en vuestro beneficio.
Y ahora, señora, yo duermo;
no soy yo, soy un enfermo
sin movimiento y sin juicio.
(Cierra los ojos y se mantiene sin movimiento, que es en lo que estriba todo el carácter y dificultad de esta escena en el papel de Pedro Carrillo. La Condesa se aparta un poco de él, y queda apoyada en la baranda de piedra de la galería, como ajena de lo que por ella pasa.)

DOÑA JUANA

Lo que puede su lealtad!
Tan fiero y tan impaciente,
por ella sólo consiente
en tal ficción y ruindad!
Yo también le imitaré!
(Alza los ojos.)
Dios, Señor de las alturas,
dáme en tantas amarguras
destreza, valor y fe.
Mas el jardín cruza, y sube
la escalinata hacia aquí;
fingiré que no le ví
y que en algo me entretuve.
(Quedan ambos en silencio un momento. Pedro durmiendo; doña Juana mirando á lo alto. Marchena sube por la escalera del rompimiento.)

———

ESCENA VII

DOÑA JUANA, PEDRO *y* MARCHENA

MARCHENA

En sus tristes pensamientos
cuán embebecida está! *(La contempla.)*
Ni aun me ha sentido quizá.

DOÑA JUANA

Ah...! Marchena.

MARCHENA

Unos momentos
ha que os estoy contemplando
tan á lo que os cerca ajena...

DOÑA JUANA

(Interrumpiéndole.)
Sí, tenéis razón, Marchena;
desde aquí estaba mirando
esas nubes pasajeras
que al blando impulso del viento
van cruzando el firmamento
caprichosas y ligeras.

MARCHENA

Con poco os entretenéis;
y eso os distrae?

DOÑA JUANA

Sí, por Dios;
pues qué, no os distrae á vos
lo hermoso cuando lo véis?

MARCHENA

Perdonad, noble condesa,
que aunque lo bello admiré
siempre, jamás me paré
en una cosa como esa.

DOÑA JUANA

Lo olvidé, tenéis razón;
vos nunca al cielo miráis;
y es inútil que lo hagáis
si no os habla al corazón.
Á aliviar mi soledad
á este corredor salí,
y de la tristeza fuí
á dar con la enfermedad.

MARCHENA

Dios! *(Repara en Pedro.)*

DOÑA JUANA

Á ese infeliz hallé
ahí en su estupor sumido
como véis.

MARCHENA

Sí, está dormido.

DOÑA JUANA

Despertarle no logré,
aunque le hablé cerca y alto,
ay de mí! sin acordarme
que aquí, para consolarme,
todo es de sentidos falto!

MARCHENA

Como á quien sois se os trata,
según creo, en mi castillo,
pues yo mismo á vos me humillo,
y mi gente en mí os acata
por su señora.

DOÑA JUANA

Ay, Marchena!
Toda la pompa oriental
no hará que no suene mal
al cautivo su cadena.

MARCHENA

De flores quisiera yo
tejérosla nada más.

DOÑA JUANA

Y flores son que jamás
mi decoro recogió.

MARCHENA

No sé qué os noto, por Dios,
que os veo menos altiva!

DOÑA JUANA

He de llorar mientras viva
el estar cerca de vos?

MARCHENA

Siento daros pesadumbre,
mas así el rey lo dispuso.

DOÑA JUANA

Á la mano en que me puso
me irá haciendo la costumbre.

MARCHENA

Palabras tan indulgentes
me hacen creer que vuestro encono
pasa.

DOÑA JUANA

Es mi santo patrono
mañana, los Inocentes.

MARCHENA

(Con pavor.) Á qué lo habéis recordado
cuando olvidarlo quería?

DOÑA JUANA

No supe el mal que os hacía
sin duda; os habéis turbado!

MARCHENA

(Hablando consigo mismo)
Hoy, sí, es hoy... Pero, qué miro!
En ese pasillo Juan...
Espía?

DOÑA JUANA

Qué nuevo afán
tenéis...? (Apenas respiro.)
Parece que os inmutáis?
Qué tenéis?

MARCHENA

Todo el infierno
me habéis alzado en lo interno
del corazón!

DOÑA JUANA

Deliráis?

MARCHENA

No. Juan..

JUAN

(Saliendo.) Señor.

ESCENA VIII

DICHOS *y* JUAN

DOÑA JUANA

(Qué va á hacer!)

MARCHENA

Responde, y dí la verdad,
ó el viaje á la eternidad
puedes prepararte á hacer.

JUAN

Señor.

MARCHENA

Qué hacías ahí?

JUAN

Á ese hombre, señor, velaba,
cuando sentí que bajaba
esa noble dama aquí;
y como el respeto sé
con que la queréis tratar,
su gusto por no estorbar,
á este lado me aparté.

MARCHENA

Vive Dios, si otra intención
comprendiera que hay en tí!

JUAN

Presumo que os ofendí,
capitán. Tenéis razón,
debí apartarle también;
mas como el pobre dormía,
creí que no estorbaría.
Disimuladme.

MARCHENA

Está bien.

DOÑA JUANA

(Respiro.) Ahora comprendo
lo que os turbó... Á fe, Marchena, *(Se ríe.)*
que vuestra aprensión es buena.

MARCHENA

Y os reís?

DOÑA JUANA

No lo estáis viendo?

MARCHENA

Oh!

DOÑA JUANA

Lo entiendo; como hacéis
conmigo el enamorado,
lo celoso habéis pensado
que fingir también debéis.
Y quién os causó recelo? *(Se ríe.)*
Quién? Un jayán, un tullido,
uno vil y otro dormido?
Bah! Tropezáis en un pelo.

MARCHENA

Condesa, no me entendéis.
Mas ya que os veo dispuesta
á sondar esta funesta
tradición, lo lograréis.
Juan, lleva á ese hombre contigo.

DOÑA JUANA

Y á qué le ha de incomodar?
No puede sordo escuchar,
ni dormido ser testigo.

MARCHENA

Decís bien.

DOÑA JUANA

Cuenta os haced
que es un relieve postizo
en ese pilar macizo.

MARCHENA *(Á Juan.)*

Bien. En la opuesta pared
de ese jardín un postigo
hay; al pie de su escalera
hasta que te llame espera.
Allí irá Lucas contigo. *(Váse Juan.)*

ESCENA IX

DOÑA JUANA *y* MARCHENA

(Marchena cierra las dos puertas laterales.)

DOÑA JUANA

(Qué va á decir? Yo tiemblo.)

MARCHENA

(Al pasar junto á Pedro.)
Este menguado...
Mas hora en su estupor yace tranquilo.

DOÑA JUANA

(Oh! Si entiende que escucha desvelado!...
el corazón por él siento en un hilo.)

MARCHENA

He comprendido que ponéis empeño
un secreto en sondar que me devora,
y voy á revelárosle, señora,
aunque esta relación os turbe el sueño.
Harto me duele el renovar la llaga
que abrió en mi corazón, mas no me aterra
ya el siniestro destino que me amaga,
y arrostrarle sabré; fuerza es que lo haga
mientras me sufra sobre sí la tierra.

DOÑA JUANA

Me estremecéis!

MARCHENA

Ahora, atenta estadme,
y el dardo al ver con que me habéis herido
recordando este día maldecido,
como soy y he de ser al par miradme.
Tiene un rincón el corazón humano
donde luz ni razón nunca penetra,
y en donde Satanás pone un arcano
escrito contra el hombre letra á letra.
Y realidad ó sueño nos abruma

siempre, y de sobre sí nadie le arroja,
y á la virtud ó al mal nos lleva en suma
sin permitir al corazón que escoja.
Por él el bien ó la aflicción se espera,
el peligro por él con fe se arrostra,
por él avanza con audacia fiera
el hombre, y sin valor por él se postra.
Y el criminal gastado, el juez severo,
la virgen inocente, casta y pura,
la cortesana torpe, el caballero
noble lo mismo que el servil pechero,
la fuerza sienten de su ley oscura.
Á este poder por diferentes modos,
tarde ó temprano, sucumbimos todos,
y este arcano de impulso omnipotente
es la superstición... Raudal rugiente
que de esta vida por el mar turbado,
arrastra y sorbe en su fatal corriente
al triste corazón desesperado.

DOÑA JUANA

Sacrílega impiedad!

MARCHENA

Lo sé, condesa.
Tal vez mi perdición ha de ser ésa;
pero tras ella voy. Yo me burlaba
de sabios y pronósticos; creía
que soldado y feliz como me hallaba,
burlarme de ellos sin temor podía;
mas me engañé. Escuchad: yo siempre amigo
del rey don Pedro fuí; nunca secreto
de ambición ni de amor tuvo conmigo,
y siempre quiso á sí verme sujeto.
Una noche de vino y de placeres
hartos ambos á dos, él me propuso
pedir de nuestro sino pareceres
á un sabio que estas ciencias tiene en uso.
Consentí. Nuestro horóscopo le enviamos
para que el porvenir nos predijera,
y de él y de sus ciencias nos mofamos
de antemano los dos... Nunca lo hiciera!
porque al leer el propio pergamino
por el viejo devuelto, escrito estaba
en él el porvenir que me esperaba,
y dice así la voz de mi destino:
«Raza enemiga á tí tu muerte trama;
»la evitas nada más por un castillo;
»vasallos y pendón te da una dama;
»y entre agua y tierra, en lid de poca fama,
»te matarán, al fin, por un Carrillo.»

DOÑA JUANA

Linda aprensión de muerte. *(Riéndose.)*

MARCHENA

Os mofáis de ella?
Yo también me reí; mas poco á poco
tornóse en fallo de mi negra estrella
lo que sueño juzgué de un viejo loco.

DOÑA JUANA

Morir por un carrillo! *(Riéndose.)*

MARCHENA

De la raza
de los Carrillos habla.

DOÑA JUANA

(Aterrada.) Santo cielo!

MARCHENA

Por doquiera se cumple esta amenaza,
doquiera juntos nos rechaza el suelo.
De don Pedro el pendón seguí constante,
y el de Enrique siguieron los Carrillos.
El rey me dió al instante
sus honores, sus tierras, sus castillos.
Púsonos el azar frente por frente;
donde quiera que voy, doy con alguno;
donde quiera que van, dan de repente
conmigo, y es destino de esa gente
que yo les extermine uno por uno.
Ya no hay ley para mí, ya no hay partido
ni bando, ni opinión; siempre medroso,
de mí mismo no más, atento cuido,
y á mi suerte no más miro afanoso.
Luché, velé, sufrí tres largos años,
y aún no creyendo en mi fatal estrella,
que me diera creí mil desengaños,
pero la ví cumplirse y fío en ella.
Este castillo es prenda de mi vida;
la dama vos, de quien marcó la huella
para ver mi fortuna engrandecida;
suerte en vuestro favor feliz me ayuda,
podéis un reino dar á vuestro esposo,

y espero, al fin, que al encontraros viuda,
me déis, cumpliendo el fallo misterioso,
tierra y vasallos y pendón famoso.

DOÑA JUANA

Monstruo impío, jamás... Antes espero
que á las manos del último Carrillo
por mí se cumpla tu destino entero.

MARCHENA

No, que ya nos ampara mi castillo
y aquí no puede contra mí ninguno.

DOÑA JUANA

Ay si la sombra aquí se alza de alguno!

MARCHENA

Ya sé que de esa raza á mí enemiga,
os ha seguido por salvaros uno,
y que llegó en Sevilla y en Toledo,
con maña astuta é infernal enredo,
hasta escribiros sin temor y hablaros;
mas no esperéis que hasta Alcalá nos siga,
ni aunque lo hiciera así, podrá salvaros.
Es su sino fatal, es sino mío;
aquí espiró á mis pies el padre anciano,
buscóme su hijo, y su cadáver frío
yace allí bajo; me buscó su hermano,
y sucumbió también; de sangre un río
aquí en su corazón le abrió mi mano.
Oh! Y su fatalidad les prevenía
una muerte á los tres el mismo día;
y ese día fatídico, señora,
en el que estamos es, y ésta es la hora.

DOÑA JUANA

Jesús! *(Aterrada.)*

MARCHENA

Os da pavura!
También á mí; mas fío desde ahora
en mi cumplida predicción segura.

DOÑA JUANA

Ay si se alza del último la sombra,
y os sale al paso en tan funesto día!

MARCHENA

Callad, callad.

DOÑA JUANA

Parece que os asombra
su memoria fatal?

MARCHENA

Qué niñería!
Vana ilusión! Si su sepulcro dejan,
y á demandarme sus fantasmas vienen,
atrás se volverán... Me las alejan
de aquí estas piedras que su sangre tienen.
Véis esas dos escarpias que emparejan
en aqueste pilar? Ahí se mantienen
porque recuerdos son de que algún día
de ellas pendieron en ausencia mía.
Sus cuerpos á su espíritu espantaron.
No, jamás volverán.

DOÑA JUANA

Horrible historia!

MARCHENA

Dos años de estas torres me alejaron
los sueños de esta lúgubre memoria,
mas por la vez postrera vuelvo á ellas
con segura esperanza en las estrellas.
Este, condesa, es mi secreto; este
es vuestro porvenir; téngoos conmigo,
y meditadlo bien, porque os lo digo:
vos no sois ya del rey la prisionera,
sino mía; no el iris de esperanza
con Aragón en la contienda fiera,
no; sois la luz á que mi mano alcanza
solamente desde hoy; luz de mi vida,
luz de la estrella que me alumbra el paso,
mantenida por mí, por mí extinguida.

DOÑA JUANA

Monstruo! Á tanto osarás?

MARCHENA

Temblando acaso.

Mas yá no hay para mí ley ni partido,
ni bando, ni opinión; supersticioso,
de mí mismo no más atento cuido
y á mi suerte no más miro afanoso,
y... de aquí retirémonos ahora,
que el toque de oraciones no quisiera
que nos cogiera aquí, que es triste hora,
y he de pasar aún la vez postrera.

DOÑA JUANA

Acompañadme, pues.

MARCHENA

Tembláis, señora.

DOÑA JUANA

Sí, sí.

MARCHENA

Yo os guiaré por la escalera.
Vamos.
(La toma apresurado por la mano y vánse por la izquierda, volviendo Marchena la cabeza con supersticioso temor.)

ESCENA X

PEDRO, *mirando las escarpias*

Aquí estuvieron sus despojos!
Fuego, de llanto en vez, brotan mis ojos.
Víctimas inocentes! Sombras caras!
Aun hay quien inmolando en este suelo
todo su ser de la venganza en aras,
cuenta dará de vuestra sangre al cielo.
Aun volverá... Le esperaré, y cuando entre
en este panteón de los Carrillos,
con el Carrillo vengador se encuentre.
Mas calla, corazón; deber sagrado
diques te pone aún... Aguarda un poco,
que en manos de tu rey tienes jurado
volver con ella ó sucumbir por loco.
Sofoca tu razón; como un cobarde
á industria baja y vergonzosa acude,
y mientras llega la ocasión más tarde,
su misma ruin superstición te ayude.
Sí, sí. Crezca su miedo... y que cuando entre,
pábulo nuevo á su pavor encuentre.
(Saca del seno una daga ó puñal, y arrojando la vaina entre el ramaje de los árboles del jardín, la clava en el dintel de la puerta por donde ha de volver Marchena, la cual, siendo estrecha, como paso al caracol de la torre, favorece el pensamiento de Pedro. Éste se vuelve á sentar en la misma postura que ha conservado en las anteriores escenas.)

ESCENA XI

PEDRO *y* MARCHENA

(Éste, al salir por donde entró con doña Juana, cierra la puerta, y al cerrarla, tropieza en la daga y la coge.)

MARCHENA

Huyamos de este sitio; me amedrenta
en estas horas su ámbito funesto,
y siento que el pavor se me acrecienta
con los recuerdos de hoy... Pero, qué es esto?
Santo Dios!... Una daga... No es la mía...
Clavada estaba, sí; oh!... Qué pensamiento
tan infernal! Hoy fué... De aquí al momento
salgamos.
(Suena á lo lejos el toque de oración en las campanas de Alcalá.)
La oración... Me lo temía!
Juan! Lucas! Pronto á mí, luces corriendo.
No me atrevo á mover... Pronto á mi lado.
Venid...

ESCENA XII

PEDRO *(como siempre)*, MARCHENA, JUAN, LUCAS *y varios ballesteros con antorchas.*

JUAN *y* LUCAS

Hénos aquí.

MARCHENA

Á mis pies clavado

un puñal!... Alumbrad. *(Mira el puñal.)*
Lo estaba viendo
que éste iba á ser un día desdichado.
Acaso de esa luz el falso brillo...
fascinación acaso de mis ojos.
Qué dicen esos caracteres rojos
de ese hierro? Leed. *(Lo alarga á los otros.)*

EL BALLESTERO *que leyó en el acto primero el pregón de don Pedro*

Pedro Carrillo.

MARCHENA

No es mi imaginación enloquecida,
no. Ira de Dios! Con vuestra propia vida
todos me pagaréis traición tamaña.

JUAN, LUCAS *y los demás*

Señor!

MARCHENA

Mas aquí ese hombre! Si fingida
fuera, Dios santo! su demencia extraña!
(Va á él.)
Desdichado de tí si de ellos eres!
(Le sacude y arrastra hacia el público. Lucas le pone su antorcha cerca del rostro para que se vea y comprenda la fisonomía del actor, y Juan al otro lado, con la mano en el puño de su espada, se muestra preparado á arrojarse sobre Marchena.)
Despiértate, traidor; acaba ó mueres.
(Le muestra la daga.)
Le conoces? Es tuyo? Aquí no has visto
quién le vino á traer? Habla, ó te mato.
(Pedro le toma la daga, la mira dándola vueltas, y le dice soltando su estúpida carcajada:)

PEDRO

Pa-para tri-inchar?

MARCHENA

Oh! El insensato
no me comprendė, no.

PEDRO

Yo ya esto-oy listo.
Va-vamos ya á cena-ar?
(Marchena le rechaza de sí empujándole, y Pedro sigue riendo.)

MARCHENA

Deliro? Sueño?
Ó este día fatal me abre el abismo?
(Marchena muestra en sus desatinados movimientos el vértigo á que le conduce su temor y superstición. Pedro le mira, y siempre aumentando su risa, dice:)

PEDRO

Qué-qué le da á ese ho-ombre? Está lo-oco?
(Marchena, volviendo en sí de repente, y reconociendo el sitio en que se halla, responde á Pedro con acento sombrío, saliendo precipitadamente y tirando el puñal.)

MARCHENA

Sí, sí; estamos los dos tal vez lo mismo.
(Váse.)

ESCENA XVI

PEDRO, JUAN *y* LUCAS

(Lucas queda mostrando indecisión, y como quien no sabe lo que le pasa. Juan le empuja y le saca de su estupor. Éste y Pedro, al quedarse solos, varían completamente de actitud y fisonomía, pasando de la estupidez á la inteligencia.)

LUCAS *(Á Juan.)*

Qué es esto?

JUAN *(Á Lucas.)*

Yo no sé.

LUCAS

(Con miedo.) Ay! Yo tampoco.

JUAN

Pero alúmbrale, Lucas, no se mate
según va.

LUCAS

Dios me valga! Yo estoy tonto!

(Váse corriendo; los ballesteros y demás que hayan salido le siguen precipitadamente.—Juan se dirige á Pedro, el cual continúa fingiendo todavía, y ofreciéndole el brazo como en las escenas anteriores.—Pedro recogiendo del suelo su puñal y enderezándose con brío.)

JUAN

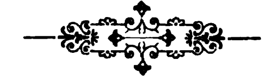
Vamos.

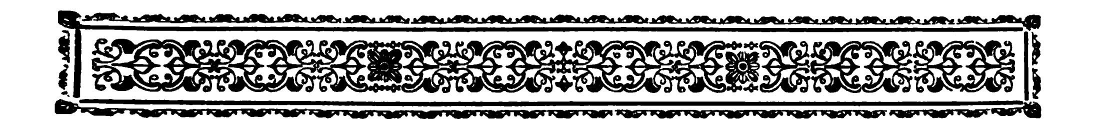
PEDRO

Qué has hecho, Juan?

JUAN

Todo está pronto.





ACTO TERCERO

Patio del castillo viejo de Alcalá, junto á la puerta exterior. Á la izquierda esta misma puerta, cuya muralla se prolonga hasta el fondo, y sobre la cual se pueda andar. Á la derecha la pequeña torre de la portería, cuyo centro de dos pisos está manifiesto al espectador.

ESCENA PRIMERA

JUAN, *dentro de la torre;* LUCAS *llegando, y luego* PEDRO

JUAN

Quién va?

LUCAS

Yo.

JUAN

Lucas?

LUCAS

Yo soy;
abre, Juan.
(Entra Lucas y cierra. Pedro se acerca á la puerta de la torre con precaución, y escucha.)

JUAN

Dios sea loado!
Lucas, en dónde has estado?

LUCAS

Casi no sé dónde estoy.
Vaya una noche!

JUAN

Qué pasa
de nuevo ahora?

LUCAS

No es cosa!

JUAN

Habla.

LUCAS

Una fiebre horrorosa,
que la cabeza le abrasa,
le tiene casi sin juicio.

JUAN

Pero, á quién?

LUCAS

Al capitán.

JUAN

Pues no estés con tanto afán,
porque ya sabes que es vicio
de su carácter; es hombre
á quien á veces asombra
el mirar su misma sombra
ó el oir su propio su nombre;
pero se le pasa pronto.

LUCAS

Ay, da miedo! De repente,
Juan, grita como un demente
ó se queda como un tonto;
y en verdad, Pérez, que espanta.

JUAN

Y en dónde está?

LUCAS

En su aposento
reposa ahora un momento.
Pero de qué, Virgen Santa,
se espantó de tal manera?

JUAN

De aquel puñal.

LUCAS

Mas quién fué
quien se le dió?

JUAN

Yo no sé.

LUCAS

Dijo que el suyo no era,
porque atado á la cintura
le llevaba.

JUAN

Él le tendría
de antes, y alguna manía
le hizo de él tener pavura.

LUCAS

Aquí para entre los dos,
Pérez, esta fortaleza
tal á parecerme empieza,
que me disgusta, por Dios.

JUAN

Qué, tienes miedo?

LUCAS

Tal vez!
Porque tengo en la memoria
haber oído una historia
que tiene visos, pardiez,
de estar en gran relación
con lo que pasó esta noche.

JUAN

Miente el vulgo á troche y moche,
Lucas.

LUCAS

Fondo de razón
llevan siempre sus mentiras;
y, en fin, cuando el río suena,
agua trae.

JUAN

En hora buena
tema el capitán las iras
de esos seres invisibles,
que diz que el castillo habitan;
teman los que los irritan
con sus delitos horribles.
Nosotros, que vida honrada
llevamos, fieles al rey,
temamos de Dios la ley,
pero de fantasmas nada.

LUCAS

Tú hablas bien; pero Marchena
ha un poco que me decía:
«Lucas, nunca de este día
»hay que esperar cosa buena.
»No sé á quién atribuillo,
»pero en este día aciago
»siempre algún fatal estrago
»sucede en este castillo.»

JUAN

Cosas suyas; ya años hace
que le sirvo, y te aseguro
que este día es un conjuro
que sus desdichas deshace.
Por lances que en este día,
lugar y ocasión tuvieron,
sus fortunas le vinieron;
conque ya ves, es manía.
Él sufre todos los años
por estos días accesos

que le trastornan los sesos
con desvaríos extraños;
mas, qué quieres? Así son
las miserias de la tierra,
y hay hombres á quienes guerra
da su propio corazón.

LUCAS

Es verdad; pero te digo,
y créelo sin que lo jure,
que mientras la noche dure,
Juan, no las tengo conmigo.

JUAN

Bah! No sé de qué te pasmas,
ni hay causa de que te asombres.

LUCAS

No me amedrentan los hombres,
Juan, pero sí los fantasmas.

JUAN

Válganos Dios! También tú eres
de los patanes sencillos
que creen que andan los Carrillos
por estas torres?

LUCAS

Qué quieres?
Yo sé que aquí han muerto de ellos
tres lo menos, y al pensar
en lo que uno oye contar,
se me erizan los cabellos.

JUAN

Bah! Deja tal desatino,
que tanto afán no merece,
y díme: qué te parece
el diablo de tu sobrino?

LUCAS

Mi sobrino? Cuál?

JUAN

Gabriel.

LUCAS

Pues dónde está?

JUAN

No le has visto?

LUCAS

No.

JUAN

Pues, hombre, andas bien listo
para portarte con él.

LUCAS

Pero, hombre, qué estás diciendo?

JUAN

Pero, hombre, qué estás dudando?

LUCAS

Gabriel aquí? Desde cuándo?

JUAN

Lucas, lo estaba temiendo
de tu ruindad.

LUCAS

Pero qué?

JUAN

Por una anguila no más!

LUCAS

Acaba, por Barrabás,
que no te comprendo á fe.

JUAN

Tú has metido á tu sobrino
por ahí en algún rincón
por guardar el anguilón.

LUCAS

Pero si aun aquí no vino.

JUAN

Cómo que no? Y aun batallas
por negarlo?

LUCAS

Cuándo? Cómo?

JUAN

Vaya, Lucas, que estás plomo;
con los carros de vituallas.

LUCAS

Pues no le he visto, á fe mía.

JUAN

Toma! Pues él muy formal
se coló con su morral
de una en otra galería.

LUCAS

Jesús!

JUAN

Preguntó por tí;
mas no logrando tu encuentro,
corriendo por allá dentro
se fué á buscarte.

LUCAS

Ay de mí!
Todo lo va á alborotar,
que, según lo que me han dicho,
el tal sobrino es un bicho
á quien hay corto que atar.

JUAN

Pues hace más de una hora
que por ahí anda.

LUCAS

Pues voy
por él, que á fe de quien soy
no me gustara que ahora
me turbara ese truhán
el reposo de Marchena.

JUAN

Pues, por Dios, que la hace buena
según está el capitán.

LUCAS

Voy, voy.

JUAN

Sí, y acuérdate
que me tienes prometida
una cena á su venida.

LUCAS

Y sí que te la daré.

JUAN

Pues búscale y date prisa.

LUCAS

Voy; tú espérame ahí quedo. *(Váse.)*

JUAN

(Á no tener tanto miedo,
por Dios me ahogaba de risa.)

ESCENA II

JUAN *y* PEDRO *(que sale por detrás de la torre)*

JUAN

Pedro.

PEDRO

Todo lo he escuchado.

JUAN

El capitán...

PEDRO

Su pavor
nos ayuda.

JUAN

Fué, señor,
vuestro empeño algo arriesgado.

PEDRO

De audaces es la fortuna.

JUAN

Sí; mas tanto se la tienta
que alguna vez se la ahuyenta.

PEDRO

Como aun nos sonría una,
nos basta. Hiciste mi encargo?

JUAN

Todo está hecho; aproveché
la confusión y crucé
el corredor. Sin embargo,
no fío en que tan oculto
fuese que algún centinela
ú otro que anduviera en vela
no viese...

PEDRO

Lo dificulto,
que el cuento habrá ya cundido
de lo hecho en la galería,
y no habrá quien hasta el día
ose pisarla atrevido.
Y lo dejaste en lugar
seguro?

JUAN

En la misma puerta;
no, no temáis que ande incierta
para dar con ello.

PEDRO

Errar
sentiría, Juan, el paso
por un descuido imprudente.
Y todo lo conveniente
la pusiste para el caso?

JUAN

Todo. La misma Lucía
lo arregló; y en disponer
tres caballos quedó ayer
para esta noche, García.

PEDRO

Y en qué sitio?

JUAN

Á la bajada
del castillo, en la espesura
del encinar.

PEDRO

Pues procura,
Juan, que no nos falte nada,
y antes que vuelva á esta torre
Lucas, y todo lo ataje,
haz seña para que baje,
que es tarde, y el tiempo corre;
mas cuenta que en el castillo
sospechen...

JUAN

La seña es tal,
que ni aun puede hacerse mal;
es el canto del cuclillo.

PEDRO

Pues despacha.

JUAN

Apartad, pues.
(Hace la seña, imitando el canto del cuclillo, y se la repiten por arriba.)
Oísteis?

PEDRO

Sí; ha contestado
desde arriba.

JUAN

Ya ha cruzado
el corredor. *(Mirando al foro.)*

PEDRO

Ella es.

ESCENA III

PEDRO, JUAN y DOÑA JUANA, *de molinero, con alforja y tiznada la cara de harina.*

PEDRO

Señora.

DOÑA JUANA

Ya estoy aquí
dispuesta á arriesgarlo todo,
sin reparar en el modo;
mas, dudáis vosotros?

PEDRO

Sí;
dudo, cuanto más cercano
veo el momento fatal.

DOÑA JUANA

Pues qué, lo haremos tan mal
que nos sorprenda un villano?

PEDRO

Ay, condesa, yo no sé;
mas á vuestros pies de hinojos,
con lágrimas en los ojos,
os pido perdón.

DOÑA JUANA

De qué?

PEDRO

Poneros yo en tal bajeza
y en tan grosero disfraz!

DOÑA JUANA

Va en ello la libertad,
el honor y la cabeza.
Bien contra mí se han valido
de más pérfidos amaños,
y estos pasos, aunque extraños,
me llevan á mi marido.
Doble política aquí,
al tenerme prisionera,
tiene una nación entera
tiranizada por mí.
Y en pro de la causa buena,
cuanto yo voy á intentar,
no podrá nunca empañar
mi apellido de Villena.
Y en fin, Pedro, ya no es hora
de pensar, sino de hacer,
no os sonroje una mujer
en tal ocasión.

PEDRO

Señora,
no hay cosa, ni en paz ni en guerra,
que yo no emprenda por vos,
que nací, después de Dios,
vasallo vuestro en la tierra.
De mi padre y mis hermanos
la sangre aquí derramada,
reclama desesperada
su venganza de mis manos,
y yo á ella os antepongo,
y por servir á mi rey,
de mi propio honor la ley
bajo vuestras plantas pongo.
Ved si estaré decidido;
mas ofrecer me da pena
á una sangre de Villena
tan vergonzoso partido.
Poner en tanta bajeza
vuestro decoro, y tener
en un saco que envolver
vuestra hermosura y nobleza,
teniendo un buen corazón
y una espada á que acudir
de apuros para salir
y mantener su razón,
es cosa contra la mía;
mas no hay remedio, es preciso
y...

DOÑA JUANA

Yo estaré sobre aviso,
Pedro, y con tal artería
sabre jugar mi papel,
que el espión más sagaz
de ver no será capaz
á doña Juana en Gabriel.

PEDRO

Pláceme, por vida mía,
tan brava resolución,
y vuestro real corazón
conozco en tal bizarría;
mas ved que es fácil acaso
que la destreza atajada,
haya que cambiar el paso
y echar mano de la espada.

DOÑA JUANA

Ya aquí por nada me arredro,
que ya estoy acostumbrada
á ver sangre derramada
por los tigres de don Pedro.

Creo además que está bien
mi extraña transformación.

PEDRO

Estáis como la ocasión
lo requiere.

DOÑA JUANA

Así nos den
fortuna nuestros destinos
para salir con ventura
como nos sobra bravura.

PEDRO

Oid pues; hay dos caminos
para lograrlo: el primero,
hacer que el vino le acabe
la razón, tomar la llave
de su cinturón de cuero,
y callandito y sin bulla
plantarse de cuatro saltos
entre esos pinares altos
antes que nadie rebulla.

DOÑA JUANA

Y el segundo?

PEDRO

Es más violento,
pero más pronto.

DOÑA JUANA

Cuál es?

PEDRO

Tenderle aquí á nuestros pies
y echarnos fuera al momento.

DOÑA JUANA

Si no hay más medio, es igual;
pero aunque tiempo perdamos,
Pedro, al primero acudamos,
que tiempo hay, si sale mal,
de acudir al más seguro.

PEDRO

Pues ya os podéis aprestar,
porque le siento acercar
por entre el ramaje oscuro.

JUAN

Ya está aquí.

DOÑA JUANA

Empecemos, pues,
y Dios nos valga.

PEDRO

En él fío.
Juan, dáme el brazo.

(Pedro se apoya en el brazo de Juan y vuelve á su estupidez. Doña Juana cambia repentinamente de carácter y sale al encuentro de Lucas, que viene por el fondo.)

ESCENA IV

DOÑA JUANA, PEDRO, LUCAS *con linterna y* JUAN

DOÑA JUANA

Es mi tío?

LUCAS

Calla! Es éste?

JUAN

No lo ves?

LUCAS

Y yo por allá buscándole!

DOÑA JUANA

Y yo tras de vos perdiéndome,
y á todo el mundo atreviéndome
por mi tío preguntándole.

LUCAS

Y qué guapo es el muchacho!

DOÑA JUANA

Oh, y ya veréis que expedito;
de nada se me da un pito,
y todo me lo despacho

en un tris. Oh! Tengo un tino
para todas mis haciendas,
que doy fin á mis moliendas
apenas suelto el molino.
Si el verme allí es un contento!
Qué ir y venir! Qué bajar
y subir! Qué traginar!
Allí estoy en mi elemento.
Yo cuido la casa entera,
lo de fuera y lo de adentro,
y todo hecho me lo encuentro,
lo de adentro y lo de afuera.
Yo ato los sacos de harina,
yo el trigo que traen encierro,
cargo un rucio, casco á un perro,
perniquiebro una gallina.
Y cual si hubiera cien manos,
en cien cosas á la vez
me ocupo, y con rapidez
salgo de todas, pardiez!
Yo crío doce marranos,
cien pavos gordos y sanos,
pollos, palomas, gallinas,
y hago comercio de harinas
en las comarcas vecinas;
viajo, muelo, cazo, pesco,
y apaleo á los villanos,
y sirvo á mis parroquianos,
y ajusto mis propios granos,
doy, pago, cobro y tan fresco.

LUCAS

Jesús!

DOÑA JUANA

Y nunca me pierdo!
Mas ay qué chola la mía!
Ahora, tío, que me acuerdo,
os traigo carta de un cerdo
y un buen jamón de Lucía.

LUCAS

Hombre, hombre!

DOÑA JUANA

Lo mismo da;
así á la lengua me vino,
y yo soy como el molino,
me suelto, y pum, allá va.
También os traigo una anguila
que en mi cañar he pescado,
y un vino bien embotado
que consuela y refocila.
Y como he topado á Juan,
antiguo vecino mío,
os le he convidado, tío,
con ese otro del gabán.
Conque, pues todos están
juntos aquí y de bureo,
empecemos el jaleo,
que la anguila está dispuesta,
y con esa indina cuesta
tengo un boquis que no veo.

LUCAS

Jesús, Jesús, y qué salva!

DOÑA JUANA

Ay, tío! No me hagáis ascos,
porque me rompo los cascos
con el lucero del alba.

JUAN *y* LUCAS

Ja, ja, ja!

DOÑA JUANA

No hay que reir;
pero, ay de mí! soy un bestia;
yo daros tan ruin molestia?
Yo con mi sangre reñir?
Bah! Soy un calaverilla,
tío, pero no un bribón,
porque tengo un corazón
mejor que el pan de Castilla.
Dadme la mano, y pelillos
al mar, y con todo á Roma.

LUCAS

La mano y los brazos toma,
que me has puesto los carrillos
encogidos de reir,
y no hay, voto á Belcebú!
un muchacho como tú
entre un millón á elegir.

DOÑA JUANA

Conque os gusto?

LUCAS

Sí, por Dios,
y con gran placer, sobrino,
partiré de mi molino
la ganancia entre los dos.

DOÑA JUANA

Ya veréis qué bien lo hago;
mas por los disciplinantes,
tío, cenemos cuanto antes,
que tengo la tripa en vago.

LUCAS

Sí, vamos; tienes razón.

DOÑA JUANA

Y quién es este tío lila *(Por Pedro.)*
á quien nada despabila
y calla como un lirón?

JUAN

Un tonto.

DOÑA JUANA

Buen compañero
de broma.

JUAN

Oh, pues como empiece,
verás; cuando se enderece
un par de tragos...

DOÑA JUANA

Yo espero
que lo haga aquí á su sabor.

JUAN

Ya verás!

DOÑA JUANA

Pues á la mesa,
que yo quiero gente tiesa
que haga á mis fiestas honor.
(Entran en la torre.)

LUCAS

Entrad, entrad; algo estrecho
es mi cuarto para cuatro;
mas no para anfiteatro,
como podéis ver, fué hecho,
sino para habitación
del alcaide.

DOÑA JUANA

Á buena cena
cualquiera cámara es buena.

LUCAS

Saca, pues, tu provisión.

DOÑA JUANA

Aquí está; en esta cazuela
viene enroscada la anguila;
(Pedro se ríe, como corresponde á la parte que juega en esta escena.)
anda, anda, mira el tío lila
que ríe que se las pela!

PEDRO

Ca-aspita qué-qué o-olor!

JUAN

Vamos, sentáos aquí.

PEDRO

La bo-bota pa-ra mí,
que hu-huelo bu-uen licor.

DOÑA JUANA

Lo huele, eh? Buen perdiguero.
Ahí va.

PEDRO

Ca-canario, dos?
(Viendo que doña Juana saca otra bota.)
Esta otra no es para vos,
que está mi tío primero;
tomad, tío, esta botilla;
aunque os parezca pequeña,
es de la uva de la aceña:
no lo hay mejor en Castilla.

LUCAS

Ya lo sé, que no hay cosecha
como la suya.

DOÑA JUANA

Y su dueño
me lo dió por grande empeño,
que sólo para él lo echa
en sus cubas.

LUCAS

Te lo estimo,
y á él también, que es hombre llano
con el noble y el villano,
y puro como el racimo
de sus cepas.

DOÑA JUANA

Ea, pues,
vaciadle á nuestra salud,
y juzgad de su virtud
por lo que sintáis después.

LUCAS

Sobrino, yo soy muy ducho
en vinos; un veterano
á quien no tiembla la mano
ni con poco ni con mucho.

DOÑA JUANA

En ese caso, empinad.

LUCAS

(Bebe.) Jesús!

DOÑA JUANA y JUAN

Buen provecho.

DOÑA JUANA *(Á Pedro.)*

Vos
á la anguila. *(Se sirven.)*

LUCAS

Vive Dios,
que es soberbio en realidad!
(Quitándose de los labios la bota.)

DOÑA JUANA

Siéntate, Juan.

JUAN

Yo de pie
cumpliré mi obligación,
pues que alguien sirva es razón,
y de voluntad lo haré.

PEDRO

Ri-ica! Vi-ino, Ju-uan.

JUAN *(Á Lucas.)*

No te lo dije? Ya empieza.
Que se sube á la cabeza.

PEDRO

Co-como un ma-mazapán.

TODOS

Ja, ja, ja!

DOÑA JUANA

Toma, y es sordo!

JUAN

Como un tronco.

DOÑA JUANA

Así lo que echa
en su cuerpo le aprovecha;
no oye penas, y anda gordo.

JUAN

Pone todos sus sentidos
en comer, y no trabaja.

PEDRO

Po-ponedme otra ra-aja,
que-que me gusta.

LUCAS

Escogidos
son los peces del Tajuña.

PEDRO

Bri-brindis.

JUAN

Dice muy bien.

PEDRO

Bri-inda, mu-muchacho.

DOÑA JUANA

Á quién?

PEDRO

No-o dejes ni una u-uña.

LUCAS

Como soy Lucas, sobrino,
que el tal vinillo me alegra;
es de uva blanca ó negra?

DOÑA JUANA

Yo no sé, pero es buen vino,
y si va á decir verdad,
tío, á mí en este momento
me produce tal contento
que, vamos, sin vanidad,
andaría sin empacho
á palos, ó á mojicones,
con un par de mozallones
como vos.

LUCAS

Ja, ja! Muchacho,
tú te has puesto un poco chispo.

DOÑA JUANA

Pues tío, ó yo veo mal,
ó vos estáis ya tal cual
rezumado.

PEDRO

Me-me crispo
de pla-acer con el mo-osto,
Ju-Juan.

LUCAS

Cuál se forra el pancho!

PEDRO

Ó el va-aso es mu-muy ancho,
ó el pe-escu-ezo a-angosto. *(Bebe.)*

TODOS

Ja, ja, ja!

LUCAS

Cómo está el hombre!

PEDRO

No hay co-cosa co-omo el vi-ino;
po-pone al hombre fi-fino,
y no-no hay de qué se a-asombre;
vi-ino, Ju-uan.

LUCAS

Magnífico.

PEDRO

Con mis pi-iernas de tra-apo,
y este co-orpachón de sa-apo,
me atrevo á dar un so-opapo...

TODOS

Á quién?

PEDRO

A-al mar Pa-acífico.

TODOS

Ja, ja, ja!

PEDRO

Vi-ino, Ju-an.

LUCAS y DOÑA JUANA

Sí, sí; vino.

PEDRO

De esta ve-ez
me ro-ompen la nuez,
ó me ha-acen ca-apitán.

DOÑA JUANA

Bebamos, pues.

LUCAS

Sí, sí; arriba.

DOÑA JUANA

Qué chispón que está mi tío.

LUCAS

Pues y tú, sobrino mío? *(Se recuesta.)*

PEDRO

Ya el su-sueño le derriba
atrás co-omo un pa-anarra;
ja, ja!

DOÑA JUANA

Mas calla, qué veo?
Es que yo ya me mareo,
ó es aquello una guitarra?

JUAN

Cabalito.

DOÑA JUANA

Dáme acá;
me alegro, por Santa Prisca!
Una guitarra morisca;
trae, trae. *(La da la guitarra.)*

LUCAS

Chico, quita allá,
no rompas ese instrumento.

DOÑA JUANA

Qué es romper? Panza de coco,
veréis como en un momento
os le templo y os le toco.

LUCAS

Punteas también, sobrino?

DOÑA JUANA

Ya lo veréis.

PEDRO

Ta-ambién
mu-música? Va-va-bien.
Lo que es beber! Juan, vi-vino.
(Doña Juana toma la guitarra y se dispone á cantar.)

ESCENA V

DICHOS *y* MARCHENA, *con ronda de ballesteros y gente de armas, asoma por el fondo, y al oir puntear la guitarra, se para.*

MARCHENA

Ni un punto descansaré
en esta noche fatal;
como espectro sepulcral
en sus sombras rondaré.
Sí; vagan por mi castillo
sus espíritus! Lo sé;
pero en vela aguardaré
al del último Carrillo.
Acaso esta noche cruel
le trae de su niebla en pos;
mas si él me busca, por Dios,
yo también le busco á él.

PEDRO

Siento ruido. *(Aparte á doña Juana.)*

DOÑA JUANA

(Aparte á Pedro.) También yo.

PEDRO

(Aparte á Juan.) Mira á esa rejilla, Juan.

JUAN

(Aparte á doña Juana y Pedro.)
Dios piadoso! El capitán.

PEDRO

Ya tembláis?

DOÑA JUANA

Por Cristo, no.

PEDRO *(Á doña Juana.)*

Pues seguid.

LUCAS

Por Dios, sobrino,
canta, ó la lámpara sopla,
y á dormir.

DOÑA JUANA

Ahí va una copla
de la canción del molino.
(Sigue punteando.)

MARCHENA

Qué es esto?

UN BALLESTERO

Lucas y Juan,
que en alguna francachela
están dando á la vihuela.

MARCHENA

Oigamos, que á entonar van.

DOÑA JUANA *(Canta.)*

Cuando yo á mi molino
suelto la rueda,
no hay brazo que sus aspas
pararle pueda.
Que es mi molino
símbolo de la rueda
de mi destino;
que va rodando,
que va moliendo,
y harina dando
que va cayendo;
montón formando,
que va creciendo,
mientras yo, en saco blando,
cual soy me tiendo,
y según va rodando
me voy durmiendo.
Que es mi destino
dejar que ande mi vida
con mi molino.

PEDRO *y* JUAN

Bien!

LUCAS

Magnífico, sobrino!
Pero, ay! Sabes que me encuentro
como si me hirviera dentro
toda el agua del molino?

JUAN, PEDRO *y* DOÑA JUANA

Ja, ja, ja!

DOÑA JUANA

(Cantándole.)
Ese es el vino,
que os va poniendo
torpe y mohino;
porque en bebiendo
con poco tino,
como estáis viendo,
al bebedor más fino
le va venciendo,
y según va bebiendo
se va durmiendo.
Porque hace el vino
que ruede la cabeza
como un molino.

PEDRO

Yo-o no oigo pe-pelota;
mas debe ser ca-anción
so-oberbia.

LUCAS

Y con ese son
la cabeza se me embota,
sobrino... Por compasión,
tu música me acogota.

MARCHENA

Polvo que el viento alborota,
confunde, arrastra y azota,
las cosas del mundo son;
ahí algazara y chacota,
y otro á un paso de ahí agota
el cáliz de la aflicción!
En fin, velemos por ellos,
pues pueden gozar así
algunos instantes bellos
que no pasarán por mí.
Lucas. *(Llamando.)*

JUAN

(Él es.)

MARCHENA

Lucas!

LUCAS

Quién
llama?

MARCHENA

Yo soy.

LUCAS

Mira, Juan,
quién llama ahí.

JUAN

El capitán.

LUCAS

El capitán? Está bien;
mira, asómate, muchacho,
si es que te tienes, y díle
que fíe en mí y se las guile,
que estoy un poco borracho.

MARCHENA

Abrid aquí, ó vive Dios...!

LUCAS

El que se tenga más tieso
que abra ahí.

DOÑA JUANA

Yo voy á eso,
tío; yo abriré por vos.

(Abre y entra Marchena. Todos le ofrecen sus vasos, y queriendo saludarle, vuelven á caer aplomados en sus sitiales. Pedro se manifiesta entre borracho y loco.)

MARCHENA

Qué es esto!

LUCAS

Mi capitán,
ya llegáis tarde, y lo siento,
pero no importa; tú, Juan,
lárgale un vaso, jumento.

TODOS

Aquí está el mío.

PEDRO

To-omad
u-un tra-ago, señor,
que-que-es mu-uy bu-en li-icor.

MARCHENA

Debe de serlo en verdad,
según os ha puesto á todos.
(Mas juntos en tal lugar...)

LUCAS

No tenéis que cavilar
ni mirar con malos modos,
capitán; ese muchacho
es Gabriel, es mi sobrino,
que os va á cuidar el molino
perfectamente borracho.

MARCHENA

Ah! Entiendo.

PEDRO

No-o be-béis?
Pro-probadlo; es li-icor
que-que quita el dolor
de muelas... Cuántas tenéis?

DOÑA JUANA

Señor capitán, yo tengo
la lengua un poco trabada
en los dientes... Mas no es nada,
porque yo ni voy ni vengo
para vos... Lo que me empacha
es que hayáis hallado así
á mi tío... Pues por mí,
yo... Odio la gente borracha.
Queréis que os cante un poquito?

JUAN

Capitán, no le hagáis caso,
porque no está para el paso;
ese chico es un mosquito.

LUCAS

No os dé pena, capitán;

todo lo cura un chapuz
en el pilón... Hombre, Juan,
espabílate esa luz,
que no vemos.

JUAN

Que no ves
con la luz? Y vive Dios
que á mí me parecen dos!

DOÑA JUANA

Y á mí, ciento veintitrés.

MARCHENA

Lucas.

LUCAS

Señor.

MARCHENA

Esas llaves
dáme que llevas al cinto.

LUCAS

No estoy más que un poco pinto.

MARCHENA

Sí, mas es fuerza que acabes
de rematar tu pintura,
y que duermas es mejor,
mientras tu propio señor
de su quietud se asegura.
(Le toma las llaves.)

LUCAS

Váis á estar vos ojo alerta
por mí?

MARCHENA

Sí.

LUCAS

Conque es decir
que puedo echarme á dormir,
sin curarme de la puerta?

MARCHENA

Sí, y acaba, Lucas.

LUCAS

Bueno,
pues tomad, y gracias; ahora,
con tumbarme hasta la aurora,
me quedaré tan sereno.

PEDRO

Qué-qué, os va-áis ya? No que-eréis
u-un tra-traguito?

MARCHENA

(Con severidad.) No;
dormid y silencio.

LUCAS

Yo
nada digo, ya lo véis.
(Sale Marchena de la torre.)

PEDRO

Qué-qué serio va el ho-ombre!
Bu-uenas noches, ve-ecino!

LUCAS

Canta otro poco, sobrino,
que me arrulla tu cantar.

DOÑA JUANA

Pues ahí va.

LUCAS

Lo del molino.

PEDRO

Va-va á cantar el so-obrino?
Bah! Á mí no me-me ha de entrar
en la oreja... Conque vi-ino!

MARCHENA

(Á un ballestero.) Tú en el muro, centinela
queda, y cuida que esa gente
no se desborde imprudente.

BALLESTERO

Descuidad, que estaré en vela.

MARCHENA

Si por este patio asoma

Lucas, échamele atrás;
no dejes á nadie más
llegar al muro; y si toma
la conducta de esos tres
algún viso de traición,
tiéndeles, sin compasión,
cadáveres á tus pies.

(El ballestero se coloca de centinela sobre la muralla. Marchena sigue hablando consigo mismo.)

Mis ojos están abiertos,
y en esta noche de afán,
sorprenderme no podrán
ni los vivos ni los muertos.
De todo el mundo pavura
siento y terror, y á cualquiera
de quien dude, sea quien quiera,
le abriré la sepultura.
Sí; cual sombra del abismo
evocada, iré fugaz
girando en la oscuridad,
centinela de mí mismo.

(Váse con su gente.)

ESCENA VI

DOÑA JUANA, PEDRO, JUAN, LUCAS *y* EL BALLESTERO

PEDRO

(Á doña Juana.)
(Seguid, por Dios, no sospeche
que escuchamos; *(Á Juan.)* tiento, Juan,
no te vea.)

JUAN

(Que mira por la ventana.) (Ya se van.)

LUCAS

Fuerza es que un hombre peleche
con estos tragos, sobrino;
mas, ó estoy ensordeciendo,
ó tú te me estás durmiendo
con tu cantar del molino.

(Un momento de pausa, durante el cual doña Juana sigue cantando á media voz.)

PEDRO

Todo está en calma otra vez.

JUAN

(Mirando por la ventana.)
Mas, Jesucristo, qué veo!
Que allí nos han puesto creo
un centinela.

PEDRO

Pardiez,
es cierto.

JUAN

Estamos perdidos
sin las llaves, y espiados!

PEDRO

Sí, pero somos soldados,
Juan, y estamos decididos.
(Á doña Juana.) Seguid entonando vos.
Juan, tienes ahí tu ballesta?

JUAN

Aquí está.

PEDRO

Una flecha apresta
para ese hombre, y ruega á Dios
que dé á tu brazo buen tino,
porque como te se tuerza,
aquí sucumbir es fuerza
á nuestro fatal destino.

JUAN

Allá voy. Desde allá arriba
le puedo apuntar mejor.

PEDRO

Y en tu certeza ó tu error,
Juan, nuestra existencia estriba.

(Toma Juan su ballesta y sube al piso superior de la torre. Viéndole subir Lucas así, se alarma. Doña Juana sigue cantando bajo.)

LUCAS

Qué bajo cantas, Gabriel;
mas, qué es lo que hace ese Juan?
Bien decía el capitán
que no me fiara de él.
Jesús! Y lleva en la mano
la ballesta! Hola, bribón,
pues nos veremos... Traición!
(Pedro se arroja sobre él, le aferra la garganta con una mano y le amenaza con la otra con un puñal. Juan se coloca en la ventana del piso superior de la torre, arma su ballesta y disrara á su tiempo.)

PEDRO

Silencio, ó mueres, villano!

LUCAS

Qué fuerza tiene el tullido!

PEDRO

Silencio! Vos, doña Juana,
mirad por esa ventana
lo que pasa. *(Lo hace doña Juana.)*

DOÑA JUANA

Algo ha sentido
sin duda, porque hacia aquí
mirando el soldado está.
(Tira Juan su flecha, que hiere al ballestero, que cae de espaldas.)

BALLESTERO

Jesús!

PEDRO

Qué sucede?

DOÑA JUANA

Ya
tiró.

JUAN

(Asomando á la escalera.)
Pedro?

PEDRO

Cayó?

JUAN

Sí.

PEDRO

Pues con aquesta mordaza
y una ligadura fuerte,
no hay miedo que se despierte.
(Pone á Lucas un pañuelo en la boca, atándoselo al cogote, y le ata manos y pies.)
Ahora fuera.

DOÑA JUANA

Y de qué traza
nos valemos para abrir?

PEDRO

Imaginando este paso,
hice yo á Juan para el caso
esta cuerda prevenir.
(La saca de la alforja.)
Cuélgala, pues, de una almena,
y huyamos de este castillo.

DOÑA JUANA

Sí, sí; partamos, Carrillo,
no nos sorprenda Marchena.

PEDRO

Salid.
(Juan y doña Juana salen de la torre y suben al muro, donde Juan ata la cuerda á una almena. Entre tanto, Pedro clava su puñal en la mesa en que han cenado, mata la lámpara y cierra la torre, tirando la llave, y subiendo luego al muro, ayudará á Juan y á doña Juana.)
Obré á mi rey fiel;
ahora mi espíritu aquí
queda, y Marchena, ay de tí
cuando yo vuelva por él!
(Juan, que ha concluído de atar la cuerda, se descuelga; Pedro la tiene para que baje doña Juana, descolgándose él en seguida.)

Baja y la cuerda asegura *(Á Juan.)*
de abajo; yo os la tendré *(Á doña Juana.)*
de aquí arriba... y Dios nos dé
como el valor la ventura.
(Van descolgándose por la muralla.)

ESCENA VII

LUCAS *dentro de la torre*, EL BALLESTERO *tendido en la muralla y* MARCHENA *bajando lentamente desde el fondo.*

MARCHENA

Qué horrible noche, ay de mí!
y con cuánta lentitud
va pasando! Ni una estrella
(Mirando al cielo.)
por el firmamento azul
se ve brillar. Todo yace
en tenebrosa quietud,
envuelto en los negros paños
de su lóbrego capuz;
y el mundo entero parece
entre la sombra común
de toda la raza humana
universal ataúd.
Yo solo por las tinieblas
bajo solitario aún,
con el corazón prensado
por pavorosa inquietud.
Yo solo en insomnio horrible,
esclavo de Belcebú,
la paz maldigo en que goza
la dormida multitud.
(Va hacia la puerta de la torre donde está Lucas.)
Ya duermen también aquí.
(Mira por la cerradura.)
Sí, ya apagaron la luz
y cayeron oprimidos
por la embriaguez. Mas según
tendido está el ballestero,
duerme también. *(Va á él.)* Eh! Gandul!
Así cumples tu deber?
Pero, válgame Jesús!
cruzado está por un dardo.
Nuño, Melendo, Fortún!
Á mí, pronto á mí, villanos!
Sus! Mis ballesteros! Sus!
(Vuelve á la puerta de la torrecilla.)
¡Lucas! Oh, se han encerrado!
Lucas! Despierta, menguado!

ESCENA VIII

MARCHENA, LUCAS *y* BALLESTEROS *con antorchas, etc.*

BALLESTEROS

Aquí estamos, capitán;
qué pasa?

MARCHENA

Nos han burlado!

BALLESTERO

Quién?

MARCHENA

Pronto, por San Millán,
corred á la torre grande
y ved si está allí la presa; *(Vánse algunos.)*
rompedme esa puerta apriesa,
(Otros lo hacen.)
y ay de aquel á quien demande
la razón de tal sorpresa!
(Entra en la torrecilla alumbrado por los suyos.)
Lucas.—Dios Santo, qué es esto?
(Le desata el pañuelo rápidamente; otros las ligaduras.)
Quién de este modo te ha puesto?

LUCAS

Ellos... El tullido, Juan,
mi sobrino.

MARCHENA

Y dónde están?

LUCAS

Huyen.

MARCHENA

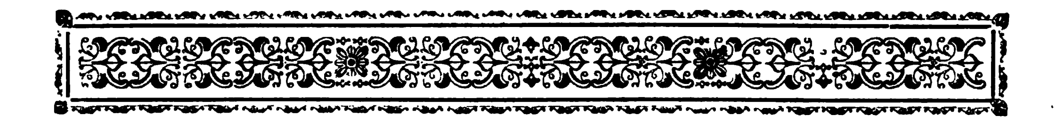
Oh, día funesto
para mí! Día temido
con razón! Mas, qué estoy viendo!
(Ve el puñal clavado en la mesa y le toma.)
Su puñal...! Estoy perdido.
(Uno de los ballesteros que llega.)
Señor, la presa se ha huído.

MARCHENA

Sí, sí; todo lo comprendo.
Torció de mi suerte el fallo
robándola del castillo!
Y, ay de mí, si no los hallo!
Pronto, amigos, á caballo,
tras del último Carrillo!

(Marchena va hacia la puerta del castillo, asiendo las llaves que lleva á la cintura como con intención de abrirla. Los ballesteros se dispersan en diferentes direcciones. Unos rodean á Marchena; otros siguen á Lucas, que se esfuerza en librarse de su modorra. Otros suben á la muralla, y cruzan las galerías, formando el cuadro de tumulto y afán que exige la escena.)





ACTO CUARTO

Exterior del antiguo molino de Guadalajara, con parte del puente. A la derecha el molino, á cuya puerta se llega por un puentecillo de madera tan largo como toda la fachada, y suficientemente ancho para que puedan representar sobre él cinco ó seis personas. Detrás de él arranca, extendiéndose de un lado á otro del escenario, el puente de Guadalajara, y por bajo el único ojo que se presentará en escena se verá la ribera opuesta. El piso del teatro es agua.

ESCENA PRIMERA

LUCÍA *y* TERESA

LUCÍA

Jesús, Teresa, qué afán!
Ya el horizonte esclarece
con el alba, y no parece
nadie. Virgen santa! Y Juan,
cuando esta mañana vino,
dijo que si antes del día
arribar hasta el molino
conseguirse no podía,
tal vez no volvieran más
de esta osada expedición,
y me anuncia el corazón
que se ha perdido quizás,
y entonces, pobre de mí!

TERESA

Tanto de ese hombre esperáis
que así su ausencia lloráis?

LUCÍA

Ay, Teresa! Lloro, sí;
que huérfana abandonada,
no me resta sombra alguna,
si por mi mala fortuna
me veo de él separada.

TERESA

Parece hombre de valor,
y os quiere sin duda bien.

LUCÍA

Nació en Aragón también,
y en la niñez, nuestro amor.
Su padre era un escudero
de la casa de Villena,
y mi padre de esta buena
familia, palafrenero.
Mas esta casa, la guerra
como otras mil trastornó,
y mi padre sucumbió
de miseria en esta tierra.
Él, aunque pobre y villano,
sirvió á Carrillo de modo
que parece más en todo,
que su escudero, su hermano.
Y la afición que me tiene
le pago con mi cariño,
pues que le amé desde niño,
á más de que me conviene.

TERESA

Y es cosa de tanto riesgo
esa en que se ve metido?

LUCÍA

Sin duda, y en mi sentido
va ya tomando tal sesgo,
Teresa, que si pudiera
consistir no más que en mí,
por verlos salvos aquí,
un año de vida diera.
Tampoco vienen los otros
aún... conque aunque aquí lleguen,
será fuerza que se entreguen.
Ay, qué va á ser de nosotros!
Mas, ó el crepúsculo escaso
me engaña... ó estoy segura
que veo por la espesura
un jinete.

TERESA

Y á buen paso.
Oh! Sí, sí; por aquel llano
que se forma en la ribera
le veo ahora...

LUCÍA

Si fuera
él... Pero, Dios soberano!
Cayó el caballo! *(Ladran dentro perros.)*

TERESA

Y le ayuda
inútilmente á moverse.

LUCÍA

Ya se alza. Oh! Vuelve á tenderse;
cedió al cansancio sin duda.
Ya le deja, y hacia aquí
se dirige.

TERESA

Tarfe, chito!
Se acerca. Calla, maldito.

LUCÍA

Él es, él es! Ya está aquí.

ESCENA II

JUAN, LUCÍA *y* TERESA

JUAN

Ata esos perros, Teresa,
ó van, voto á Belcebú!
á vendernos.

LUCÍA

Eres tú,
Juan?

JUAN

Yo, mas con tanta priesa
que me creí que volaba.

LUCÍA

Qué cansado estás!

JUAN

Rendido;
y aun gracias que así he podido
llegar aquí.

LUCÍA

Ay, Juan! Acaba,
por Dios; qué pasa? Do quedan
esos amigos?

JUAN

Me siguen
de cerca, mas nos persiguen,
y acaso al cansancio cedan
antes de que pueda darles
socorro; mas, dónde están
esas gentes?

LUCÍA

Cuáles, Juan?

JUAN

Me he adelantado á buscarles
en su auxilio.

LUCÍA

Aun no ha venido
nadie.

JUAN

Cómo! Si García
la hora del rayar el día
les dió!

LUCÍA

Pues no han parecido.

JUAN

Y ya el alba está rayando,
Dios del cielo!
(Va á salir; Lucía le detiene.)

LUCÍA

Á dónde vas?

JUAN

Á unirme á ellos.

LUCÍA

Y qué harás
con eso?

JUAN

Morir matando
con ellos, ó todos juntos
salvarnos, como es razón.

LUCÍA

Tanta es vuestra exposición?

JUAN

Si los cogen son difuntos.

LUCÍA

Tente, que por la espesura
les veo ya.

JUAN

No los hallo. *(Mirando.)*

LUCÍA

Allí, allí; tres á caballo.

JUAN

Sí, sí; ellos son. Oh ventura!
Me habrán, por suerte, seguido
del monte por el atajo,
y aunque con mucho trabajo,
hacerles han conseguido
perder el rastro.

LUCÍA

No sé
cómo, entre esos matorrales,
pudieron los animales
sacaros salvos.

JUAN

Á fe
que no quedan para más
los pobres; que cuatro leguas
que han galopado sin treguas,
y sin dejarles jamás
tomar aliento, es forzoso
que acaben por reventarles.
Aquí están. Voy á ayudarles
á apearse.

LUCÍA

Dios piadoso!
Cuáles están! Y cuál viene
esa dama! Cuántas penas
sufrido habrán, cuando apenas
sobre el caballo se tiene!
Dios nos ampare en tal cuita!

DOÑA JUANA

Jesús!

LUCÍA

Ay, pobre señora!

ESCENA III

LUCÍA, TERESA, JUAN *y* PEDRO,
con DOÑA JUANA *en los brazos*

PEDRO

Que repose un poco ahora
es lo que se necesita.

LUCÍA

Aquí, sobre este mullido
de los costales.

PEDRO

Esto era
consiguiente; una carrera
como la que hemos traído,
era capaz, de seguro,
de hacer aliento perder
al cabalgador más duro,
cuanto más á una mujer.

JUAN

Aflojarla ese jubón,
que respire con holgura.

PEDRO

Trae un poco de agua pura;
no es de consideración
el accidente.

LUCÍA

Aquí está. *(Con agua.)*

PEDRO

Dáme, dáme.

LUCÍA

Se ha quedado
como muerta.

PEDRO

No hay cuidado
por esto.

DOÑA JUANA

Ay!

PEDRO

Vuelve ya.

DOÑA JUANA

Dónde estoy?

PEDRO

Entre leales
amigos.

DOÑA JUANA

Ay! Por perdida
me conté. Jesús, qué huída!
Qué saltos! Qué matorrales!
Como en sueño delirante,
en confuso remolino,
los árboles del camino
me pasaban por delante.
Qué yegua!

PEDRO

Á ella, señora,
por su vigor y pujanza,
debéis la poca esperanza
que nos resta por ahora.

DOÑA JUANA

Y Marchena?

PEDRO

Aún está lejos;
pues viendo el rastro perdido,
la carretera ha seguido,
porque á los turbios reflejos
del crepúsculo, no pudo
ver que el atajo tomamos,
pues fueron los gruesos ramos
á sus ojos nuestro escudo.

JUAN

De los consejos, los que antes
ocurren; si no tomamos
por el monte, no ganamos
ni un pie sobre esos tunantes.

PEDRO

Mas, dónde está nuestra gente?

JUAN

Nadie llegó todavía.

PEDRO

Esto más?

JUAN

Virgen María!
Y ellos infaliblemente
vendrán por este camino.

PEDRO

Sin duda alguna vendrán,

y á fe que no pasarán
sin registrar el molino.
Fuerza es partir al momento.

DOÑA JUANA

Es imposible.

PEDRO

Por qué?

DOÑA JUANA

No puedo mover un pie,
y apenas me queda aliento
para hablar.

PEDRO

Tenéis razón;
mas no se dirá de mí
que un solo instante cedí
por falta de corazón.
García.

ESCENA IV

DICHOS *y* GARCÍA

PEDRO

Á caballo ponte.
Aun puede hacer esa yegua,
sin enfriarla, otra legua.
Corre pues, cruza ese monte,
y subiendo hacia Torija,
con mis jinetes darás,
y hasta aquí los guiarás
por la vereda más fija;
mira, y de paso, del diestro
llévate los tres caballos
en la espesura á ocultallos,
no marquen el rastro nuestro.
Corre, vuela.

GARCÍA

Al punto voy. *(Váse.)*

ESCENA V

JUAN, PEDRO, DOÑA JUANA, LUCÍA *y* TERESA

PEDRO

Mientras, nos defenderemos
aquí, ó aquí moriremos
como aragoneses hoy.

DOÑA JUANA

Pedro, ya basta; no más
por mí expongas tu persona,
que si el cielo me abandona...

PEDRO

Yo no he de hacerlo jamás.
He jurado á don Enrique
que á su amor os volvería
ó en la empresa moriría;
y es fuerza que testifique
con mi sangre y con mi aliento,
que si me faltó la suerte,
supe sellar con mi muerte
la fe de mi juramento.
Pero lejos todavía
los de Marchena estarán,
y antes tal vez llegarán
mis jinetes con García.

DOÑA JUANA

Quiéralo Dios, buen Carrillo,
que á salir de otra manera,
nuestra sepultura fuera
ese maldito castillo.

PEDRO

Sí, bien lo podéis decir;
mas porque esto no suceda
haremos cuanto se pueda
de dos hombres exigir.
Por el pronto, un aposento
tomad, en el cual, señora,
podéis á solas ahora
reponeros un momento.

LUCÍA

Uno sé tan escondido

que, á no echar la casa abajo,
les ha de costar trabajo
dar con él.

PEDRO

Pues prevenido
tenle, y servidla entre tanto
para mudar ese traje
indigno de su linaje.

LUCÍA

Yo os daré un sayo y un manto
que, aunque algo burdo y grosero,
limpio y cómodo ha de estar.

DOÑA JUANA

Has sido tú la que ayer
á Juan has proporcionado
estas ropas que han salvado
el honor á una mujer?

LUCÍA

Sí.

DOÑA JUANA

Con qué os podré pagar
interés tan verdadero?

PEDRO

Con dejaros llanamente
aconsejar y servir
de quien pronto está á morir
por vos, pero que prudente
antes de este último trance,
intentará cuanto quepa
en hombre que serlo sepa,
cuanto en lo posible alcance.
Conque estáos por ahora
aquí dentro retirada,
que por nosotros guardada
estaréis; y antes, señora,
(La aparta á un lado.)
cuatro palabras me oid,
porque es fuerza que pensemos
que tal vez no nos veremos
más, si se traba una lid.

DOÑA JUANA

Pedro!

PEDRO

No es por ponderaros...
Mas nacido en Aragón,
hablo con el corazón
siempre, y no puedo engañaros.

DOÑA JUANA

Lo sé, y en tanto que viva,
no he de olvidar que tú fuiste
el sólo que me seguiste
cuando presa y fugitiva.

PEDRO

Don Enrique, vuestro esposo,
me dió al partir este anillo,
porque por él, de Carrillo
en cualquier lance dudoso
os fiárais; yo ofrecí
devolvérsele con vos,
mas de estar entre los dos,
mejor está en vos que en mí.
Tomadle, y si es que volver *(Se le da.)*
lográis á sus reales brazos
y á mí me hacen hoy pedazos,
decidle: hizo su deber.

DOÑA JUANA

Sí le diré, y plegue á Dios
que nos ayude piadoso
á llegar ante mi esposo
á un mismo tiempo á los dos.
Y entonces verás, Carrillo,
cómo sé darte, sin pena,
todo el feudo de Villena
en memoria de este anillo.

PEDRO

Id, pues, y rogad por mí
al Soberano Hacedor
para que me dé el valor
que nos hace falta aquí.
(La besa la mano, y se va doña Juana con Teresa y Lucía.)

ESCENA VI

PEDRO *y* JUAN

PEDRO

Juan.

JUAN

Pedro.

PEDRO

Viéndolo estás;
nos vuelve el rostro la suerte,
y la hora de la muerte
está sonando quizás.

JUAN

Lo veo; esas esperanzas
con que animarla has querido,
sólo quimeras han sido,
porque tú no las alcanzas.

PEDRO

No, Juan. La gente que traigo,
aunque á don Enrique fiel,
no hará lo que yo por él,
y si entre las manos caigo
de esos traidores contigo,
ellos cumplen con decir
que quién nos mandaba ir
á casa del enemigo.

JUAN

Pues bien, si ellos son capaces
de abandonarnos así,
muramos con honra aquí.

PEDRO

Juan, muy malas cuentas te haces.

JUAN

No te entiendo, Pedro.

PEDRO

Escucha:
dos hombres, por más valientes
que sean, con tantas gentes
no pueden entrar en lucha
sin sucumbir.

JUAN

En buen hora
sucumbamos, vive Dios!

PEDRO

Juan, y para qué los dos?
El paso está franco ahora
de ese puente todavía,
en esa dehesa hay ganado,
toma un potro, y de contado
sálvate tú.

JUAN

Yo creía,
Pedro, que nuestra amistad
estaba más firme en tí.
Yo huir dejándote aquí?
Lo harías tú?

PEDRO

No en verdad.

JUAN

Pues yo tampoco. Mi madre
nos dió á ambos á dos el pecho,
y este es un lazo harto estrecho
para que á mí no me cuadre
conservarle bien atado;
y aunque como tú no soy
de noble raza, hasta hoy
he ido con honra á tu lado.
La amistad que me dispensas,
sin medir nuestros linajes,
hace míos tus ultrajes
como tuyas mis ofensas.
Y por vengar la traición
que hirió á tu padre y hermanos,
vestí de acero las manos
y de luto el corazón.
Vine á servir á Marchena
cual sabes, para abrir llana
senda por donde mañana
robárasle á la Villena;
y te serví y te ayudé
con la constante esperanza

de dividir tu venganza.
Y crees que te dejaré
en peligros tan extremos?
No, Pedro, por vida mía;
hemos nacido en un día
y en un día moriremos.

PEDRO

Y quién me vengará á mí
cuando muramos los dos?

JUAN

Pedro, en el cielo hay un Dios,
y Dios es justo.

PEDRO

Sí, sí;
Juan, tienes razón, perdona;
no culpes á mi amistad
de lo que una voluntad
firme y duradera abona.
Por uno te considero
que de los Carrillos resta,
y de su suerte funesta
que participes no quiero.
Harto por ellos hiciste,
Juan, y yo debo pagarte
tus buenos servicios; parte
pues á Aragón; tú cumpliste.
Yo no tengo que dejar
en la tierra otra esperanza
que mi honor y mi venganza,
y tú tienes que esperar
de un amor un porvenir.

JUAN

No, Pedro, que en mí el amor
no es primero que el honor,
y con él sabré cumplir.

PEDRO

Créeme.

JUAN

Porfías en vano.
Me tienes por el postrero
de los Carrillos, y quiero
no ser un vil con mi hermano;
no hablemos más.

PEDRO

Sea, pues,
como quieras; pero, Juan,
las horas corriendo van,
y mirar fuerza nos es
cómo salir de este paso.
Á esa dama compañía
haz, y envíame á Lucía,
que aun salvaros puedo acaso.

JUAN

Lo haré.

PEDRO

Allá dentro te queda
para ampararla; yo aquí
velo; no salgas de allí,
suceda lo que suceda.

JUAN

Mas si veo...

PEDRO

Qué has de ver?

JUAN

Que te acecha la traición...

PEDRO

Juan, tú harás tu obligación
salvándome á esa mujer.
Si tu destreza ó tu brío
te inspira un medio de hacerlo,
no dudes en emprenderlo
como si fuera en pro mío.

JUAN

Tal vez Dios me inspirará!

PEDRO

De todos modos, aquí
mi vida está para tí.

JUAN

La mía, Pedro, allí está.

———

ESCENA VII

PEDRO *y después* LUCÍA

PEDRO

Bizarro mozo, por Dios!
Mas de poco en este día
servirá su bizarría
si, abandonados los dos,
contra tantos nos ponemos,
porque poco puede hacer
la audacia contra el poder,
y á la fin sucumbiremos.
Mas no ha de decirse, oh, Juan!
que has sucumbido hoy aquí
por no mirar yo por tí,
si en este trance de afán
me ampara el Dios soberano
que el sol por alfombra tiene,
y al universo mantiene
á la sombra de su mano.
Sí; el mundo nos abandona;
pero en peligro tan grave
yo haré cuanto en hombre cabe
para salvar tu persona.
Oh! Hasta los nuestros nos huyen,
que no comprenden, menguados!
cómo dos hombres restados
tan noble hazaña concluyen.
Mas ya la aurora del día
empieza á dorar las cumbres
de las desiguales lomas
que el horizonte circuyen,
y á nadie por el camino
todavía se descubre.
Oh! Si quisieran los cielos...!
Mas ya aquí Lucía acude;
aprovechemos el tiempo.

ESCENA VIII

PEDRO *y* LUCÍA

LUCÍA

Qué me queréis?

PEDRO

Que me escuches;
tú amas á Juan.

LUCÍA

Yo, señor...

PEDRO

En vano es que disimules,
ni con mujeril vergüenza
tu amor inocente excuses.
Él te ama también; mas fuerza
es que vuestro amor se frustre
como á salvarle tú misma
con destreza no me ayudes.

LUCÍA

Hablad, hablad, estoy pronta.

PEDRO

Enemiga muchedumbre
nos persigue.

LUCÍA

Ya lo sé.

PEDRO

Por poco que se apresure,
aquí de un instante á otro
llegar debe, y que se burlen
sus iras es menester.
Dices que hay donde se oculten
Juan y esa dama?

LUCÍA

Sí, un cuarto
que al río cae, que está inútil
y sólo Lucas conoce,
y fácilmente se obstruye
su puerta.

PEDRO

Á esa dama y Juan
á ese aposento conduce,
y allí en silencio manténles
donde su vida aseguren,
mientras yo á Gil desoriento
para que allí no les busque.

LUCÍA

Vos?

PEDRO

Yo, sí.

LUCÍA

Qué váis á hacer!

PEDRO

Lo que á un buen amigo cumple.

LUCÍA

Pero señor...

PEDRO

Si á Juan amas,
como al parecer presumes,
de esta manera tan sólo
la vida le restituyes.

LUCÍA

Hablad.

PEDRO

El cielo, Lucía,
una chispa de su lumbre
encendió en mi entendimiento,
y á prueba mi ingenio puse
muchas veces con fortuna,
y acaso querrá que triunfe
también hoy aquí, y los ojos
de los impíos ofusque;
que quien en los cielos fía
jamás al malo sucumbe.
Yo soy, pues, un alcarreño
que las semillas conduce
de un punto á otro, y hoy traje
molienda con que te ocupes.

LUCÍA

Pero...

PEDRO

Lo dicho, un labriego;
y si logro que me juzguen
por tal, yo mismo á guiarlos
me ofreceré tras los que huyen.

LUCÍA

Mas si otra vez vuestra estrella
con esa gente os reúne
y os reconoce uno de ellos?

PEDRO

No hay nada de que me asuste;
Lucía, nadie conoce
mi semblante, porque anduve
siempre entre ellos disfrazado;
y el solo ante quien me expuse
tal cual soy, es Lucas Ruiz,
que aun dormirá en sueño dulce
el opio que con el vino
le he dado á beber.

LUCÍA

Me aturde
tanta osadía. Esperarles
cara á cara!

PEDRO

No te ocupes
de mí; sálvalos á ellos
si puede ser, y no dudes
que no hay más medio, Lucía,
con que su muerte se excuse,
que yo de aquí les aleje,
y en tanto huyáis.

LUCÍA

Mas me ocurre...

PEDRO

Qué?

LUCÍA

Que vale más que á mí
sola en la casa me juzguen
esos que os siguen, y yo,
con oportunos embustes
ó fingida candidez,
les distraiga y desalumbre.

PEDRO

En vano fueran con ellos
tus buenas solicitudes,
débil mujer; del temor
podrá en tí más la costumbre
que la razón, y así harás

que doble el mal se acumule
sobre nosotros; no, haz tú
lo que para tí dispuse,
y si un impensado azar
mis esperanzas destruye,
tiempo hay para ser vencidos,
sin que la hora se apresure;
tiempo hay para que estas aguas
en sus ondas nos sepulten;
tiempo hay de rendir el alma,
mas no sin que se dispute.

LUCÍA

Sea como vos queráis,
pues por más que me repugne
ver que solo os exponéis
por todos, valor me infunde
al ver la seria esperanza
que mostráis.

PEDRO

Que disimules
el peligro es necesario;
que calles y no te turbes
cuando el capitán Marchena
por nosotros te pregunte.
Y en cuanto á los de allá dentro,
mucho silencio; asegúrales
que todo va bien. Ahora
ve si hay por ahí algo útil
á mi disfraz de labriego.

LUCÍA

Si esta ropilla de Agundez, *(La muestra.)*
el recadero de Lucas...

PEDRO

(La toma.) Trae; de estas calzas azules
y este traje campesino
que adopto, haré que resulte
tal vez completa mudanza
en mi exterior, si me cubre
bien el jubón, y si logro
(Se mete el jubón y la ropilla.)
que esta ropilla me ajuste.
Perfectamente! Y ya es
tiempo de que no figuren
esta peluca, estas barbas
(Se quita lo que dice, y lo tira al río, con el jubón y la ropilla.)
y estas pieles que me entumen,
y que hasta aquí me han salvado.
Vayan, pues, fuera, y si se hunden
mis esperanzas como ellas,
en esa agua que les sume,
diré: fué juicio de Dios,
pues hice cuanto hacer pude!

LUCÍA

Mirad; camino adelante
se alza de polvo una nube.

PEDRO

Sí, sí; y con el sol que nace
lanzas entre ella relucen.

LUCÍA

Señor... *(Yendo á suplicarle.)*

PEDRO

(Resuelto.) Excusa los ruegos,
y pide á Dios que me alumbre
la razón, para dar cabo
al empeño en que me puse.

LUCÍA

Son ellos?

PEDRO

Ellos son, sí;
alerta, pues, y ten calma.

LUCÍA

En un hilo tengo el alma.

PEDRO

Silencio; ya están aquí.
(Lucía hace que está ocupada en sus labores. Pedro se sienta como distraído. Un momento después se oye la voz de Marchena, apareciendo á poco sobre el puentecillo, y guardándole sus ballesteros.)

ESCENA XI

PEDRO, MARCHENA, LUCÍA
y BALLESTEROS

MARCHENA

(Dentro.) Echad pie á tierra un momento;
no pueden haber pasado
de aquí, á no haber cabalgado
en alas del mismo viento.
Hola! Ha del molino. *(Fuera.)*

LUCÍA

Quién?

MARCHENA

Yo.

LUCÍA

Vos, señor capitán!

MARCHENA

Díme, conoces á Juan
Pérez.

LUCÍA

(Cortada.) Yo...

MARCHENA

Repara bien
lo que hablas; dí llanamente,
le conoces?

LUCÍA

Sí, señor.

MARCHENA

Y ha estado aquí ese traidor
esta mañana?

PEDRO

(Volviendo de repente.) Mas gente
no ha venido aquí hoy que yo.

MARCHENA

Vive Dios! Y tú quién eres
que ofreces tus pareceres
á quien no te los pidió?

PEDRO

Toma! Yo soy un paisano.

MARCHENA

De qué pueblo?

PEDRO

De Lupiana.

MARCHENA

Qué haces aquí?

PEDRO

Esta mañana
he venido.

MARCHENA

Á qué?

PEDRO

Á traer grano.

MARCHENA

Á qué hora?

PEDRO

Al rayar del día.

MARCHENA

Por qué camino has llegado?

PEDRO

Por el monte.

MARCHENA

Y te has hallado
con Pérez?

PEDRO

Su señoría
perdone; mas yo no sé
quién es Pérez; á quien ví
pasar juntitos de mí,
y si no les dejo, á fe,
libre de pronto el sendero
me matan...

MARCHENA

Acaba; á quién?

PEDRO

Señor, ó yo no vi bien,
ó el uno era un molinero.

MARCHENA

Joven?

PEDRO

Un chico.

MARCHENA

Y los dos
que le seguían?

PEDRO

Soldados
me parecieron.

MARCHENA

Armados?

PEDRO

Sí.

MARCHENA

Son ellos, vive Dios!

PEDRO

Por señas, que iba clamando
el chico: «No puedo más.»
Y los otros dos: zas, zas;
le iban la yegua arreando.

MARCHENA

Ellos son.

PEDRO

Pues no estarán
muy lejos, no; que el ganado
llevaban ya reventado.

MARCHENA

Cien doblas te se darán
si tras ellos nos conduces
al punto.

PEDRO

Por eso á mí
cien doblas?

MARCHENA

Hélas aquí.

PEDRO

(Se santigua.) Me dejáis haciendo cruces.
Yo tal riqueza!

MARCHENA

Echa, pues,
sobre un caballo y partamos.

PEDRO

Yo cien doblas!

MARCHENA

Vamos.

PEDRO

Vamos.
Ahí es nada! San Ginés!
Cien doblas? Qué fortunón!
No les perderé la pista.
(En perdiéndonos de vista,
(Aparte á Lucía.)
vosotros hacia Aragón.)
(Van á salir y Marchena se detiene oyendo la voz de Lucas.)

LUCAS

(Dentro.) Eh! Capitán, capitán,
tenéos.

MARCHENA

Qué es eso?

BALLESTERO 1.°

Es uno
de los nuestros.

MARCHENA

Ese tuno
es Lucas!

PEDRO

(Por San Millán!
Lucas es, perdido soy!)

LUCAS

Yo soy, que con el camino
me he despejado del vino
á Dios gracias, y aquí estoy.

ESCENA X

DICHOS *y* LUCAS

PEDRO

(Á Marchena.)
Vamos, señor, no perdamos
el tiempo, y tanto se alejen
que sin su rastro nos dejen.

MARCHENA

Tienes razón; vamos, vamos.
Síguenos. *(Á Lucas.)*

LUCAS

Dónde?

MARCHENA

Tras ellos.

LUCAS

Primero escuchadme á mí
dos palabras.

MARCHENA

Pronto, dí.

LUCAS

De Alcalá, con los cabellos
salí erizados de espanto,
y un atajo que yo sé
tomando, hallaros logré,
á pesar del adelanto.

MARCHENA

Eh! necio! *(Con impaciencia.)*

LUCAS

No, no, esperad,
que al tomar esa ladera
me topé esta friolera.

MARCHENA

Su collar!

LUCAS

Así es verdad,
y unos pasos adelante
seña hay de haberse tumbado
un jaco, que han arrastrado
al río; conque entre el guante
y el rastro declaran bien
que no han podido pasar
de aquí, y por aquí han de estar,
y es preciso que aquí estén.

MARCHENA

No; pasaron ya de aquí.

LUCAS

Es imposible á pie.

MARCHENA

No,
montados.

LUCAS

Quién los vió?

PEDRO

Yo.

LUCAS

Calla! Y tú qué haces aquí?
Quién eres tú?

PEDRO

Yo? Un paisano.

LUCAS

De qué lugar?

PEDRO

De Lupiana.

LUCAS

Como que estoy yo con gana
de desmentirte.

PEDRO

(Sin poderse contener.) Villano!

LUCAS

(Retrocediendo.)
Cielo! Esa voz... Ese gesto...
esos ojos... los he visto
no hace mucho... Jesucristo!
Él es, él es... Presto, presto,
capitán, echadle mano;
aquí están los del castillo.

MARCHENA

Conoces tú á ese villano?

LUCAS

Sí.

MARCHENA

Quién es?

LUCAS

Pedro Carrillo.

MARCHENA

Cielos!

LUCAS

Éste me embriagó,
éste es el loco, el tullido,
el tartamudo.

PEDRO

Yo he sido;
Pedro Carrillo soy yo.
Yo soy, Marchena, tu sombra,
tu pesadilla, tu sino.

MARCHENA

Y hoy me tiende mi destino
tu cadáver por alfombra.
Ve cuándo das en mis manos;
los Inocentes son hoy.

PEDRO

Por eso en pedirte estoy
á mi padre y mis hermanos.

MARCHENA

Qué podréis contra mi estrella?

PEDRO

Pienso apagártela yo.

MARCHENA

Y la condesa?

PEDRO

Partió.

MARCHENA

Mientes! Partieras con ella.

PEDRO

Cayó mi caballo allí,
y á esperarte me quedé.

MARCHENA

Mientes! Mientes! Está aquí.
(Marchena hace un movimiento para entrar. En esto por el lado del río saltan al agua Juan y la Condesa, y un momento después asoman los de don Enrique por la opuesta orilla.)

PEDRO

Estuvo, pero se fué;
mírala, y la predicción
de tu horóscopo destruye
si de las manos te se huye.

MARCHENA

(Asomándose.) Es ella...! Condenación!
Á mí! Á mí! *(Á los suyos.)*

PEDRO

Atrás, villanos!
No véis que á mi alrededor
(Los ballesteros no osan pasar el puente.)
lidiarán en mi favor
las almas de mis hermanos?
(Á Marchena.)

Marchena, si en tu castillo
tu sino feliz se encierra,
dice al par, QUE ENTRE AGUA Y TIERRA
MORIRÁS POR UN CARRILLO.
(Le da con un hacha y cae al río.)
Muere así, pues.

MARCHENA

Ay de mí!

PEDRO

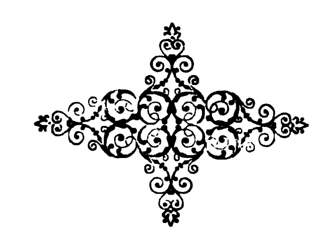
(Á la Condesa que ha llegado á la otra orilla.)
Ya estáis en salvo, señora;
mi juramento cumplí.
(Á los de Marchena.)
Ea! Traidores! Ahora
vuestra salvación estriba
en daros á don Enrique.

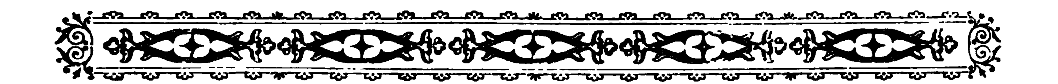
LUCAS

Pues si no es más, no se pique.
Viva don Enrique!

TODOS

Viva!
(Pedro queda de pie sobre el puentecillo. Lucas descubierta la cabeza para victorear á don Enrique. Los ballesteros sueltan sus armas. En la otra orilla la Condesa desmayada en brazos de Juan, y rodeada de García y los suyos, forman otro segundo cuadro.)





Al último rey moro de Granada

Boabdil el Chico

I

Una ciudad riquísima, opulenta,
el orgullo y la prez del Mediodía,
con regia pompa y majestad se asienta
en medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su lumbre el sol de España,
en hebras de purísimos colores,
y brotan, al calor con que la baña,
en vasta profusión frutos y flores.

Allí el aura sutil espira aromas,
y la estremecen, sobre cien jardines,
bandadas de dulcísimas palomas
y pintado tropel de colorines.

El Darro y el Genil, con turbias olas,
en su verde llanura se derraman,
y á su confín, en playas españolas,
del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,
fatiga de los fastos sus memorias;
su grandeza y tesoros son sin cuento,
y no se encuentra fin á sus historias.

Allí es el cielo azul y transparente,
fresca la brisa, amiga la fortuna,
fértil la tierra, y brilla eternamente
sereno el rojo sol, blanca la luna.

Y, afrenta de las tierras más remotas,
vénse allí, como en otro Paraíso,
los pomposos laureles del Eurotas
y los húmedos tilos del Pamiso.

Crecen allí las palmas del desierto,
de Cartago los frescos arrayanes;
las cañas del Jordán, en son incierto,
arrullan de Stambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas mieses
las vides de Falerno allí se orean,
y los de Jericó mustios cipreses,
con los cedros del Líbano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,
lúgubres sauces, altos mirabeles,
y olivos, y granados y morales,
ceñidos de jacintos y claveles.

El zumo de sus vides deliciosas
tal vez la alegre Italia envidiaría,
y por sus anchas y fragantes rosas,
sus rosas la trocara Alejandría.

El jaspe, el oro, el mármol, los cristales
se ostentan en su espléndido recinto,
y ansiaran sus recuerdos orientales
los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en riqueza
la voluptuosa pompa del Oriente;
que entre flores y lánguida pereza
vive tranquila su atezada gente.

Unos hombres de Oriente la robaron
para asentar en ella su morada:
los hombres á quien de ella despojaron
lloraron siete siglos su Granada.

Y era un tiempo de guerras y de amores
en que el compás de berberisca zambra
y el son de los clarines y atambores
estremecían á la par la Alhambra.

Y era un rey exquisito en sus placeres,
y un pueblo en su molicie adormecido,
que gozaba en su paz nuestras mujeres,
esclavizando al padre y al marido.

Y era también el término llegado
del brío y del poder de aquella gente,
y al postrimero rey había tocado
el sitial de las razas del Oriente.

La hora fatal á la morisca luna
los sabios en su horóscopo leyeron,
y tal vez mereció mejor fortuna
de la que sus horóscopos le dieron.

Ay, Boaddil! Levántate y despierta;
apresta tu bridón y tu cuchilla,
porque mañana llamará á tu puerta,
con la voz de un ejército, Castilla.

Mañana, de su mengua avergonzados,
te cercarán los tigres españoles,
y echarán sobre tí desesperados,
de siete siglos los sangrientos soles.

II

«Qué quieren esos cristianos
á las puertas de la villa?
Qué buscan esos villanos
que traen á su rey ufanos
tras el pendón de Castilla?

»No son reyes en su tierra?
Por qué pasan esa sierra,
talando el solar ajeno?
No les basta su terreno
para sus fiestas de guerra?

»Por qué en confusión extraña
levantan en esos cerros
tantas tiendas de campaña?
Por qué ladrán esos perros
á los pies de esa montaña?

»Si sus padres espiraron
y á su muerte les dejaron
en desastres tan prolijos,
por qué no se contentaron,
como los padres, los hijos?

»Frente á sus tiendas reales,
que brillen altas y ufanas,
en las torres principales,
las enseñas orientales
y las lunas otomanas!

»Al arma! Al campo! Á cambiar
las marlotas y alquiceles
por arneses de lidiar!
Los jinetes á aprestar
los caballos y broqueles!

»La sed de sangre me irrita.
Que doblen los atambores!
Que cierren en la mezquita
esa multitud que grita
en rejas y miradores!

»Los fuegos prontos estén,
las calles libres también!
Los hombres á la muralla,
las mujeres al harem...!
Paso y silencio, canalla!»

Tal *Muza* prorrumpe airado
ante la puerta de Elvira,
entre el tumulto apiñado,
del pueblo que, consternado,
al campo cristiano mira.

Ay! Él es solo el valiente
con corazón en Granada;
él solo lleva insolente
á la recia lid su gente,
que se torna destrozada.

Solo la esperanza alienta
de su humillada nación,
solo lidia y se ensangrienta,
abriéndose sin afrenta
una tumba de varón.

Mas, con ojos avarientos,
en redor de su caballo,
sus soldados macilentos
le están demandando hambrientos,
hasta el pan de su serrallo.

Y con el llanto á los ojos,
en desmayado tropel,
su pueblo, puesto de hinojos,
llora los yertos despojos
de los que lidian por él.

Guerrero, ay de los valientes!
Qué vale que en tu despecho
á tus soldados alientes,
y quieras dar á tus gentes
todo el valor de tu pecho,

Si en tanto á pasos gigantes
van arrastrando á su fin
sus muy poderosos antes
alcázares elegantes
la Alhambra y el Albaicín?

Si allí está el triste Boabdil,
sin amparo que le acorra,
llorando sobre el Genil,
como una cobarde zorra
entrampada en un redil?

Si allá en la empinada sierra,
amancillando tu gloria,
cantan en compás de guerra
los castellanos victoria,
ensordeciendo la tierra?

Ah! Su corona usurpada
tener en la sien no supo...!
Mal hiciste tu jornada,
pobre rey! y hora menguada
en tu horóscopo te cupo.

Los cristianos te ayudaron
para vencerte mejor;
y los tuyos que quedaron,
al hundirse, te llamaron
hasta apóstata y traidor.

Las mujeres que te dieron
sus hijos y sus preseas,
al saber que se perdieron,
espirando te dijeron:
—Cobarde, maldito seas!

Y de tu reino señores
los cristianos vencedores,
te pagaron tus ofrendas
con agrio pan de dolores
que amasaron en sus tiendas.

Porque, al fin, qué ha de esperar
del vencedor el vencido
sino vergüenza y pesar?
Qué sino burla ha de dar
el que subió al que ha caído?

Oh! Esas torres orientales
que, levantando insolentes
sus agujas desiguales,
mecen las auras corrientes
en trémulas espirales;

Y esas cifras misteriosas
que, cual labor sin objeto
de esas cuadras ostentosas,
de crónicas amorosas
guardan el dulce secreto;

Y esos anchos sicomoros,
y esos arroyos sonoros
que tienen marcas y nombres
que no entendemos los hombres
y que comprendéis los moros;

Las tortuosas galerías
que se derraman sombrías
por ese fresco recinto,
en faz de intrincadas vías
de confuso laberinto;

Y esos mágicos retretes,
y esos hondos gabinetes
donde el ánima adormida
pasó gozando la vida
al vapor de los pebetes;

Con ojos desvanecidos
los cristianos gozarán,
en conjeturas perdidos;
sin pensar en los vencidos,
que lo que ignoran sabrán.

Y los secretos de amor
de esos alcázares bellos
no tendrán, ay! más valor
ni más nombre para ellos
que el *botín* del *vencedor*.

Llora, rey, llora sin duelo;
desespérate, Boabdil,
y ven en tu desconsuelo
á espirar bajo este cielo
que flota sobre el Genil!

Que á elegir entre acabar
y sufrir la ajena ley,
vive Dios que era acertar
como hombre á la lid bajar
para morir como rey!

III

Así estaba escrito,
monarca infeliz:
que fuese tu raza
contigo á su fin.
Así estaba escrito:
que libre el Genil
corriera entre flores
muy lejos de tí.
Por eso fué un día
forzoso salir
en lúgubre pompa
y en gesto servil,
tu cetro y tu fama
vencido á rendir.
Y allá se quedaron
para otro adalid
tu espléndido alcázar,
tu fresco jardín.
Y allá se quedaron,
ay triste Boabdil!
tu muerto por siempre
falaz porvenir,
de blanca esperanza
tu sueño febril,
que fué, como el humo,
al viento á morir.
Y allá se quedaron
tu Alhambra gentil,
tus altas techumbres
de azul y turquí;
tus ricas alfombras
de gualda y carmín;
tus pájaros presos
en jaula sutil;
tus fuentes sonoras,
que en fresco bullir,
con música blanda,
murmuran allí.
Y allá se quedaron,
cual juego infantil,
cual copas rompidas
después del festín,
tus lechos clavados
de cedro y marfil,
tus baños que exhalan
clavel y alelí,
rosa y azucena,
y azahar y jazmín.
Y allá se quedaron,
ay triste de tí!
las cifras y motes
que en tiempo feliz
mandaste en los muros
con oro escribir,
pensando que el tiempo,
que corre sin fin,
querría en tu Alhambra

dejarte vivir.
Y allá se quedaron
sin fruto ni fin;
que, rotas y mudas,
son hoy sólo allí
cual fleco postizo
que afea un tapiz,
y nada nos pueden
valer ni decir.
Oh, si un solo instante
volvieras tú aquí,
si un punto tornaras,
vencido Boabdil...!
Tú sí que leyeras
con ansia, tú sí!
Tú sí que gozaras
con calma pueril,
aunque todo un pueblo
volviera tras tí!
Mas ya sólo resta
llorarlo y sufrir;
que así estaba escrito,
y cúmplese así.

—

Mas ya que nos tornas
la espalda, señor,
camina despacio
mientras dura el sol.
Recoge las riendas
al suelto bridón:
tras de esa colina
no hay luz ni color;
no hay cielo ni vida
tras ese peñón.
Camina despacio,
despacio, por Dios!
Á verse aún alcanza
Granada, señor,
tras esa colina;
más lejos... ya no!
Al fin la abandonas
á fuerza mayor!
Al fin te la arrancan,
con mengua y baldón,
tu perla más rica,
tu joya mejor!

Oh! Vuelve por ella,
que aun tarde no es hoy;
azuza tu ardiente
caballo veloz;
fulmina el alfanje,
apresta el lanzón,
acosa á tu gente
con brazo y con voz.
Ah! Y muera tu escaso
postrer escuadrón,
con rabia á lo menos,
si no con valor!
Oh! Vuelve á Granada,
tu cara mansión;
no llores, huyendo,
cobarde ó traidor.
Y si al fin no quieres
lavar tu baldón,
camina despacio,
despacio, por Dios!
Que, si aun la contemplas,
más lejos... ya no!
Granada se pierde;
y, al caer ese sol,
la vez postrimera
verásla, señor.
Camina despacio,
despacio, por Dios!

IV

—Espera, señor, espera
sólo un momento á llorarla,
sólo un instante á mirarla
desde el cerro del Padul...
Oh, cuán hermosa se ostenta
á los últimos reflejos
del sol que brilla á lo lejos
entre la atmósfera azul!

Espera, señor, espera,
y, ante ella puestos de hinojos,
volvamos los turbios ojos
para decirla un adiós!
Contempla que es nuestra patria,
nuestro dulce paraíso...
aunque el Profeta no quiso
conservárnosla con vos.

Allí está. Patria querida,
cuán dolientes te dejamos!
Y antes, patria, que volvamos,
cuántos años pasarán!
Á tí, en la opuesta ribera
de ese mar que nos divida,
al dejar la amarga vida
los ojos se tornarán!

Cuando errantes y perdidos
por el desierto vaguemos,
nuestro afán adormiremos
hablando, patria, de tí,
y los hijos que nos nazcan
guardarán en su memoria
la infausta y sangrienta historia
de los que fuimos aquí.

«Hijos míos, les diremos;—
»allá, lejos de nosotros,
»harto lejos! viven otros
»en Granada, en un Edem.
»Y allí tuvimos un tiempo
»reyes, pueblos y vasallos,
»arcabuces y caballos,
»mezquitas, cañas y harem!

»Allí el placer es la vida,
»siempre luce en calma el cielo,
»siempre hay flores en el suelo,
»y en el ambiente azahar.
»Ah! Si por dicha, algún día
»tenéis lanzas y corceles,
»aprestad vuestros bajeles
»y botadlos á la mar.

»Si sois muchos y valientes
»y ganáis la opuesta orilla,
»oh, cerrad contra Castilla
»hasta arrastrar su pendón!
»No dejéis en nuestra Alhambra
»uno de esos castellanos.
»Arrancadles con las manos
»los ojos y el corazón!»

Tal diremos, cara patria,
nosotros á nuestros hijos,
cuando duelos tan prolijos
escuchándonos estén
en el desierto, á la sombra
del fardo de los camellos...
y tal se lo dirán ellos
á nuestros nietos también.

Nosotros ya, pobres viejos,
en el umbral de la vida
tan sólo una despedida
podremos darte no más.
Las manos te tenderemos
á bendecirte llorando,
como quien va caminando
volviendo el rostro hacia atrás!

Y si, huyendo de Noviembre
las arrecidas neblinas,
vemos á las golondrinas
de nuestra patria volver,
al dintel de nuestras tiendas
á saludarlas saldremos,
y de gozo lloraremos
mientras se alcancen á ver...!

Señor, besad esa tierra,
orad un punto y partamos,
ó tornemos y muramos
de una vez junto al Genil...!
Tenéis razón! Partid presto,
antes que ondee en Granada
la cristiana cruz clavada
sobre el trono de Boabdil.

Mas, ay! ya es tarde; que truena
la cóncava artillería,
y el humo escurece el día
y roba la tierra el sol.
Huid sin tornar los ojos,
no os detenga la fatiga,
que os es la tierra enemiga
en vuestro suelo español!

Que no oigan vuestros oídos
ese triunfal campaneo,
ese estruendo y clamoreo
que á vuestra espalda dejáis.
Huid sin contar los pasos
que váis prófugos haciendo,

ay! y aunque lloréis huyendo,
desdichados, no volváis!

Huid presto, huid proscritos
de vuestra patria perdida,
y al darla la despedida
desde el alto del Padul,
que se pierdan á lo lejos
los contornos vacilantes
de vuestros blancos turbantes
entre la atmósfera azul!

Huye, Boabdil, aunque llores
el rigor de tu fortuna:
basta la luz de la luna
para quejarse y huir.
Traspón la tierra y lós mares,
no tu desdicha te asombre,
que nunca le falta al hombre
madre tierra en que morir.

Huye; y si, al pasar huyendo,
tu camino te embaraza
en torvo tropel tu raza
cercándote con afán,
cuando ansiosos te pregunten
por los bravos que lidiaron,
ay! díles:—Allá quedaron!
No esperéis, que no vendrán!

V

Huye, rey infeliz, y huyendo borra
de tu camino la cansada huella:
huye do el agua del Genil no corra,
ni tu blanca ciudad refleje en ella;
donde fortuna más leal te acorra;
donde no alumbre tan fatal tu estrella;
donde fieras las huestes castellanas
no derriben las lunas otomanas.

Huye el brillante sol de Andalucía,
el voluptuoso aroma de sus flores,
la sonora y dulcísima armonía
de sus libres y amantes ruiseñores,
los amenos jardines do algún día
gozaste en soledad blandos amores,
de sus frescos arroyos al murmullo,
de sus palomas al sentido arrullo.

Tal vez haya otra tierra más serena
do al fin te presten cariñoso asilo;
donde, aunque errante y á merced ajena,
treguas te dé tu corazón tranquilo;
donde en ignota soledad amena,
crezca de tu existencia el frágil hilo,
y el blando son de la campestre zambra
no te recuerde tu perdida Alhambra.

Mas ay! que á cada punto más tenaces
los duelos sobre tí se atropellaron,
y fué en vano esperar; que en vano audaces,
en Granada tus árabes lidiaron;
que tus cansadas y sangrientas haces
en la vega sin honra se quedaron,
y allá yacen sin tumba ni laureles
Zegríes, Bencerrajes y Gomeles.

Y ancho sepulcro á tu cadáver dieron
del Guatis ved las turbulentas olas;
y esas aguas, Boabdil, que te sorbieron,
no azotan nunca playas españolas,
y ni aun sin rumbo por su faz hendieron
nuestras rojas y sueltas banderolas.
No esperes, á su margen olvidada,
nuevas oir de tu gentil Granada.

Duerme, rey sin vasallos ni corona,
fantástica irrisión de la fortuna,
á quien amigo ni enemigo abona,
ni cruz triunfante ni vencida luna.
Ya que así el cielo contra tí se encona,
esa estrella fatal sufre importuna,
pues quisiste, mal rey, vasallo bueno,
perder lo tuyo y defender lo ajeno.

—

Duerme, si aun gozas apenas
un sepulcro en que dormir;
si esas húmedas arenas
te prestan almohadas buenas
para el sueño del morir.

Duerme en paz; y si velando
estás por tu estrella aún,
consuélate, rey, pensando
que nos es vivir llorando
una maldición común.

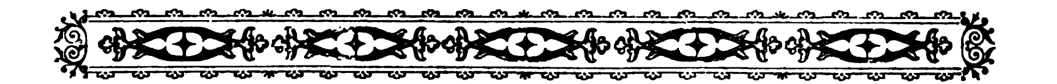
Duerme, y dénte descuidados
grato murmullo, si velas,
los pasos atropellados
de los pies acelerados
de las errantes gacelas.

Y en vez de las funerarias
roncas preces de los muertos,
arrúllente solitarias,
con sus salvajes plegarias,
las aves de los desiertos.

Y si á tí tienden cercanas
sus sombras árboles bellos,
bajo sus hojas livianas
respiren las caravanas
y descansen sus camellos.

Mas que en tu huesa tu nombre
no lean los de tu ley,
nos les humille y asombre
que, si supiste ser hombre,
no alcanzastes á ser rey.





EL VELO

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO

Has hecho esta tarde oración, Desdémona?

SHAKESPEARE

LA HERMANA

Qué tenéis, hermanos míos?
Los ojos traéis sombríos
como cirios funerales...!
De la faja á los dobleces
han asomado tres veces
las hojas de los puñales!

HERMANO MAYOR

Has alzado tus velos virginales?

LA HERMANA

Acaso... era al medio día...
tal vez... Del baño volvía
en mi palanquín cubierto;
el calor me sofocaba,
y la brisa que pasaba
tal vez me habrá descubierto.

EL SEGUNDO

Pasaba un hombre con caftán, es cierto?

LA HERMANA

Oh! Tal vez... un solo instante.
Yo cubrí al punto el semblante...
Qué decís...? Qué pude hacer?
Habláis en secreto... hermanos!
Oh! Pondríais vuestras manos
en una débil mujer?

EL TERCERO

Sangriento estaba el sol hoy al caer!

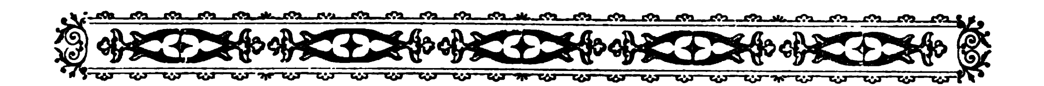
LA HERMANA

Perdón! Perdón! Oh! Qué he hecho?
Ah, me desgarráis el pecho!
En qué, hermanos, hice mal...?
Sostenedme... hermanos míos...!
Siento ya en los ojos fríos...
Siento... un velo funeral!

EL CUARTO

Al menos no alzarás ese cendal!





VANIDAD DE LA VIDA

FANTASÍA

Era un día de orgía y de locura,
de esos días de vértigo infernal
en que embriagados de falaz ventura,
tras el placer volamos mundanal.

Uno de aquellos vergonzosos días
en que, henchidos de vida y juventud,
buscamos entre locas teorías
la vanidad y el polvo en la virtud.

Uno de aquellos días en que ansiosos
despertamos de crápula y de amor,
y manchamos los días más hermosos
de nuestra vida y nuestra edad mejor.

El sol estaba espléndido y sereno,
el aura mansa, diáfana y azul;
la luz doraba nuestro huerto ameno
con tornasoles de flotante tul.

Posábanse las sueltas mariposas
de flor en flor con revoltoso afán,
ya en la más ancha de las frescas rosas,
ya en el más esponjado tulipán.

La brisa murmuraba en las acacias,
tornábase al Oriente el girasol,
y las violetas se doblaban lacias,
cual vergonzosas ante el rojo sol.

Alguna nube blanca y transparente,
por la serena atmósfera al cruzar,
tiñendo los objetos suavemente,
veníase en la hierba á dibujar.

Y en pos las aves, de frescura y sombra
salpicaban en varia confusión,
del blando césped la mullida alfombra,
del olmo verde el ancho pabellón.

Víanse allí las amarillas pomas
las enramadas débiles vencer,
y á su sombra bajaban las palomas
en el arroyo límpido á beber.

Y allí extendiendo las pomposas plumas,
le cubrían en cándido tropel,
como si fueran trémulas espumas
que hubiesen lecho y nacimiento en él.

Nosotros, apurando los placeres,
guarecidos de oculto cenador,
buscábamos la vida en las mujeres,
la gloria y la fortuna en el amor.

Oíanse en tumulto desde fuera
los brindis de la libre bacanal,
y el rumor de una báquica quimera
y el crujido del beso criminal.

Yo bebía el amor hasta apurarle,
de unos impuros labios de carmín,
que me enseñaron, ay! á desearle,
y me le hicieron detestar al fin.

Dentro mi mente sin cesar bullían
fantasmas que, al pasar con rapidez,
ya lloraban, danzaban ó reían,
como ilusión febril de la embriaguez.

Mis amigos reían y cantaban
en lúbrico desorden junto á mí,
y sin tregua los brindis resonaban...
todo sin tiempo y sin razón allí.

Y entre el murmullo de la fiesta impura,
los licores, los gritos y el vapor,
alzábamos á impúdica hermosura
himnos ardientes de encendido amor.

Entre insolentes ebrias carcajadas
blasfemamos tal vez de Jehová.
«Virtud!—dijimos—fábulas soñadas...!
»Ahora, el Dios que aterra, adónde está?

»Adónde está la sombra de su dedo,
»que escribe una sentencia en la pared?
»Creaciones fantásticas del miedo...!
»Bebed, amigos, sin pesar bebed!»

—

Vino la noche; y al salir cansados,
hartos ya de beber y de gozar,
una campana, en golpes compasados,
cerca sentimos con pavor doblar.

Era un templo alumbrado en su reposo
de diez blandones á la roja luz,
que velaban en círculo medroso
el secreto fatal de un ataúd.

Quedaba en nuestra mente todavía
el rastro de la infame bacanal,
y mal entre sus nieblas comprendía
la silenciosa paz de un funeral.

Las lúgubres salmodias empezaron;
el pueblo reverente se postró;
cuando con *paz* al muerto conjuraron,
el nombre del que fué nos aterró.

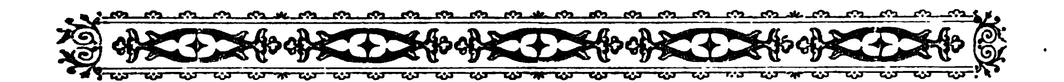
En vano los sentidos se empeñaban
en mentirnos un sueño baladí;
los blandones el círculo cerraban,
y una hermosura descansaba allí.

Y era hechicera, y lánguida y liviana;
la envidia de un salón érase ayer;
y, á pesar de su pompa cortesana,
hoy hediondo cadáver pudo ser.

Faltónos, ay! la voz con el aliento;
temblónos el cobarde corazón;
ciertos los ojos y el oído atento,
nos dijimos al fin:—No es ilusión!

Allí estaba la sombra de ese dedo
que escribe una sentencia en la pared...!
Y era fiesta también...! Llegad sin miedo.
Cantad, amigos, sin pesar bebed!





TENACIDAD

—Serrana, ve si ha de ser,
porque yo te he de esperar
en la fuente sin ceder;
y, ó no tienes de beber,
ó te tengo de encontrar.

Y que me canse no aguardes,
que nada esperar me importa
noches, mañanas y tardes;
toda una vida que tardes
será, esperándote, corta.

Y á más, serrana, hay aquí
sitio tan fresco y tan blando,
que tengo yo para mí
que anhelo tardanza en tí
por sólo estarte aguardando.

Aquí las aguas sonoras
rodando en la hierba van,
y aquí las aves canoras,
del bosque alegres cantoras,
música dulce me dan.

Aquí las flores campestres
me dan los blandos perfumes
de sus cálices silvestres,
y gozo en que me te muestres
mucho más que tú presumes.

Pues si al fin has de salir
altiva asaz y enojada,
tarda, serrana, en venir;
que el alma te ha de fingir
más fácil y enamorada.

Ve, pues, lo que has de ganar
si más piensas en mi daño
así esquivarme y tardar,
porque más quiero esperar
que saber un desengaño.

Y bástame á mí saber
que á cada punto te veo
cuando yo te quiero ver;
que mucho vale tener
de centinela al deseo.

Tras cada tronco arrugado
en que la vista repara,
tras cada espino enredado,
tras cada sitio enramado,
estoy buscando tu cara.

De cada hoja que se mece
á la vibración ligera,
el alma se me estremece,
y todo el valle parece
que tu rostro reverbera.

Siempre estoy adivinando
esos dos ojos crueles
que á traición me están mirando
tras un haz de juncos blandos,
tras un pie de mirabeles.

Siempre á cada incierto ruido
que hace el aura entre las ramas,
vuelvo el gesto sorprendido,
pensando que tú me llamas
de algún lugar escondido.

Á cada vago lamento
que los olmos azotando
alza repentino el viento,
me finge mi pensamiento
que tú pasabas cantando.

Y si una tórtola bella
suelta triste en la espesura
su enamorada querella,
digo:—Así llegará *á ella*
mi amorosa desventura.

Y todo es pensar en tí,
todo buscarte y quererte,
en tanto que aguardo aquí,
aunque me pesa, ay de mí!
desearte y no tenerte.

Que si al fin de mi esperar,
de mi amoroso gemir,
te dejaras ablandar,
y saliendo del lugar
acabaras por venir;

Si cual las aguas hicieras
que aquí murmurando están,
y entre arenillas ligeras
bullendo en tropel parleras
al valle rodando van;

Si hicieras como esas flores
que cierran de noche al frío
sus tocas de cien colores
y despliegan sus primores
del alba al fresco rocío,

Delicioso por demás
fuera esperarte, serrana;
mas, si hoy al fin no vendrás,
será persuadirme más
de que tampoco mañana.

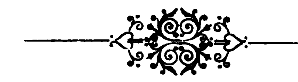
Pero no has de holgarte, á fe!
Pues tan tenaz como soy
al fin de buscarte, sé
que, si no te encuentro hoy,
mañana te encontraré.

Que he dejado mi ciudad,
serrana, y venido así
tan sólo por tu beldad,
y ya, por tu terquedad,
no he de volverme sin tí.

Y cuenta con lo que digo,
que he de estar eternamente
de estos olmos al abrigo;
y no te finjas que intente
partirme sino contigo.

Haréme por el verano
un toldo con espadaña;
y haré en el invierno cano,
por burlar al viento insano,
mi hoguera en una cabaña.

Conque así, ve si ha de ser,
porque yo te he de esperar
en la fuente sin ceder;
y, ó no tienes de beber,
ó te tengo de encontrar.



EL REY LOCO

DRAMA EN TRES ACTOS

PERSONAJES DEL ACTO PRIMERO

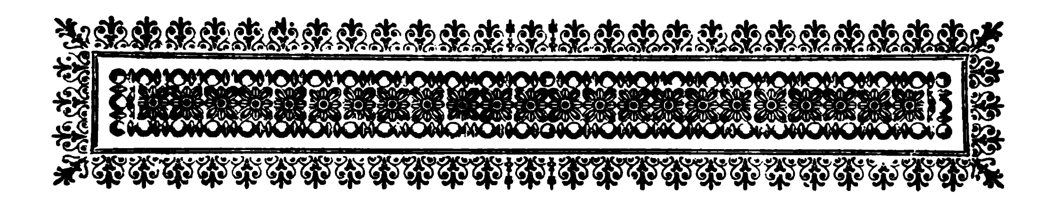
Wamba.—(Sr. Latorre.)	**Paulo.**
Germano.	**Hassan,** *esclavo nubiano, negro de color.*
Rodesinda.	*Nobles, pueblo y soldados godos.*

La escena es en Idania la Vieja, pueblo de Lusitania.—Año 672 de Jesucristo

PERSONAJES DE LOS ACTOS SEGUNDO Y TERCERO

Wamba.	**Romualdo.**
Germano *(Ervigio).*	**Guntila.**
Rodesinda.	**Hassan.**
El Deán Galtricias.	*Prelados, caballeros, cortesanos.*

La escena en Toledo, en el palacio de Wamba.—Año 680 de Jesucristo



EL REY LOCO

ACTO PRIMERO

Interior pintoresco de un arruinado templo romano, preparado convenientemente para el juego escénico de este acto

ESCENA PRIMERA

PAULO *y* PUEBLO

Multitud de nobles y pueblo godo, rodeando á Paulo, le escucha con muestras de aprobación. Algunas teas repartidas por la escena, ya en manos de actores, ya colocadas en los escombros, alumbran esta asamblea, que debe tener el carácter severo de esta raza de hombres.

PAULO

Para salvar la nave del Estado
no hay más medio, á mi ver. Sólo un piloto,
á voluntad de todos encargado
del indócil timón, al casco roto
puede dar ya contra la mar y el viento
el necesario impulso y movimiento.
De otra manera, con rubor lo digo,
poco á poco la mar le anega todo,
y sin amparo, ni poder, ni abrigo,
naufraga para siempre el reino godo.
Queréis salvarle?

PUEBLO

Sí.

PAULO

Da todavía
treguas y medio la propuesta mía.
La aceptáis?

PUEBLO

La aceptamos.

PAULO

De ese modo
separémonos ya; pronto la aurora
derramará su purpurina lumbre
sobre la oscura tierra; mas primero,
y ya que de nosotros nadie ignora
de su elección la conveniencia, espero
que todos juraréis, como es costumbre,
coadyuvar á que cumplida sea
la noble decisión de esta asamblea.
Venís en ello?

PUEBLO

Sí.

PAULO

Pues concluyamos.

Convencidos estáis de que los godos,
huérfanos y sin jefe, necesitan
un rey que los gobierne?

PUEBLO

Sí, lo estamos.

PAULO

Reconocéis en el propuesto todos
las dotes que para ello le habilitan?

PUEBLO

Sí.

PAULO

Resueltos estáis de grado ó fuerza
á obligarle á que acepte el grave cargo
y la suprema autoridad ejerza,
para que el reino con el tiempo largo
no desmaye y se pierda de tal modo
que enemigos osados y avarientos
se le repartan en pedazos todo?

PUEBLO

Sí.

PAULO

Á Wamba alzáis por vuestro rey?

PUEBLO

Le alzamos.

PAULO

Juráis, en fin, que como tal, contentos
seguiréis sus banderas?

PUEBLO

Lo juramos.

PAULO

Recto es el fin, y vuestra causa grande.
Dios os lo premie pues, ú os lo demande!
Buscaré al nobilísimo guerrero,
que en estas soledades ha vivido
del cortesano estruendo retraído,
y en darle á conocer seré el primero
lo que en pro general se ha decidido.
Donde quiera que le halle, haré que al punto
enciendan mis soldados una hoguera
sobre el monte más junto;
y el lugar en que esté nuestro elegido
señalará ondeando mi bandera.
Allí acudid, y desde aquel momento
dad ya por terminado el alzamiento.
Hasta entonces, amigos, retiráos.
(Vánse todos poco á poco.)
El pueblo es mío. En cuanto al viejo insano,
como él acepte el puesto soberano,
lo mismo que le alcé le precipito.
Resta burlar la astucia de Germano,
con cuya fuerza mi poder limito;
ya estoy solo con él, le iré á la mano.
(Durante estos últimos versos Paulo queda solo en la escena; y después de mirar en derredor con precaución, hace una seña, á la cual aparece Germano saliendo de entre los escombros.)

ESCENA II

PAULO *y* GERMANO

PAULO

Son idos, sal.

GERMANO

Allá voy.

PAULO

Viste? Oíste?

GERMANO

Ví y oí.

PAULO

Sabes, pues, cómo cumplí.
Cumplirás tú?

GERMANO

En eso estoy.
Mas como en tal cumplimiento
nos va á los dos la cabeza,
Paulo, hablemos con franqueza,
si te parece, un momento.

PAULO

Habla.

GERMANO

Demasiado claro
va á parecerle tal vez
mi lenguaje á tu altivez.

PAULO

Dí, que yo la iré á la mano.

GERMANO

En negocios semejantes
al que vamos á emprender,
entrar conviene, á mi ver,
á modo de comerciantes;
que puesto que en esta empresa
arriesgamos por igual
entrambos un capital,
dividir nos interesa
los réditos legalmente.
Demos, pues, á nuestros pactos
límites justos y exactos.

PAULO

Paréceme muy prudente.

GERMANO

Sepamos, pues, sin disfraz,
ya que el caso es oportuno,
qué pone aquí cada uno,
qué vale y de qué es capaz.

PAULO

Tienes razón; vale mucho
obviar todos los reparos
antes.

GERMANO

Pues hablemos claros.

PAULO

Empieza, pues, que te escucho.

GERMANO

Por la senda de la vida
lanzados ambos á dos,
corremos de un trono en pos;
y es fuerza, ó que se divida,
ó que uno de otro al encono
á sus mismos pies sucumba,
sirviendo al muerto de tumba
lo que al vencedor de trono.

PAULO

Y como á punto de asirle
nos hemos ambos asido,
juntos hemos convenido
en asaltarle y partirle.

GERMANO

Derecho ó razón ninguna
tenemos á él para osar;
mas si es derecho el reinar,
razón buena es la fortuna.
Debiendo empero los usos
guardar del pueblo, y sus leyes,
para llegar á ser reyes
sin el apodo de intrusos,
fué de tu prudencia aviso
que una tercera persona
su derecho á la corona
nos trasmitiera.

PAULO

Preciso.
Todo el reino en banderías
dividido por doquiera,
necesita una bandera
de más precio que las mías.

GERMANO

Tal creo, y si yo pendón
levantara por mí mismo,
sólo aumentara un guarismo
á los que hay en la nación.

PAULO

Mas uno que en sí reuna
fama y derecho heredado,
abatirá de contado
muchas banderas con una.
Con nobleza y con valor
antiguo, si sale al frente

un hombre, toda la gente
se lleva en su derredor.

GERMANO

En ello acordes estamos.
El cetro debe empuñar
un rey que sepa reinar
como nosotros queramos.
Un rey á quien real derecho
dé su alcurnia, y den prestigio
sus virtudes; un prodigio
por nosotros solos hecho.

PAULO

É importa mucho al hacerle,
Germano amigo, mirar
si el ídolo tiene altar,
y sacerdotes ponerle.

GERMANO

Compréndote, Paulo amigo;
un pueblo es fuerza que vaya
tras él; mas como rey haya,
él traerá pueblo consigo.

PAULO

Pues el rey ya está en mi mano.

GERMANO

Pues un ejército presto
tengo, y armada.

PAULO

Dispuesto
viste aquí al pueblo, Germano.

GERMANO

Veamos; quién es tu rey?

PAULO

No me le oíste nombrar?

GERMANO

Sí, mas no puedo apreciar
si es oro de buena ley.

PAULO

Tú no le conoces?

GERMANO

No.

PAULO

En dos palabras lo que es
voy á decirte.

GERMANO

Dí, pues.

PAULO

Es un hombre que nació
de regia estirpe.

GERMANO

Su edad?

PAULO

Nueve lustros, y corrida
la balanza.

GERMANO

De su vida
casi en la flor.

PAULO

Sí en verdad.
Y si, á lo robusto y sano,
uniera un seso completo,
era el tal harto sujeto
para ganarnos la mano.

GERMANO

No está en su juicio cabal?

PAULO

No. Tiempo ha dejó la corte,
y no hay cosa que le importe
más que el goce material
de la existencia. Una casa,
que en estos montes hiciera,
habita, y, como una fiera,
la vida en los montes pasa.

GERMANO

Pardiez! Durará bien poco
ídolo tal, según eso.

Si le echa menos el seso,
qué pueblo admite un rey loco?

PAULO

Sabe el vulgo su nobleza,
y viendo que el mundo huye,
á experiencia lo atribuye,
desprendimiento y grandeza.

GERMANO

Huye el mundo. Sabe de él?

PAULO

Vivió en palacio, y malquisto
salió de allí.

GERMANO

Por lo visto
no supo hacer su papel.

PAULO

Su prestigio hizo balanza
al poder de Chindasvinto,
y gozó de Recesvinto
igual siempre la privanza.
De ambos los secretos todos
penetró él.

GERMANO

En ese caso
sólo le ha faltado un paso
para ser rey de los godos.

PAULO

Á la muerte del postrero
fuéle á ofrecer la nobleza
el cetro; mas con fiereza
él la dijo: «No le quiero.»
Los prelados y los jueces
con él después le han brindado
dos veces, y ha rehusado
admitirle las dos veces.
«Conozco (ha dicho altanero)
»que por mi sangre me toca,
»pero es una empresa loca;
»ya he dicho que no le quiero.»

GERMANO

Singular hombre!

PAULO

Eslo tal,
y tal su seso, que dice
que el hombre más infelice
es el que reina.

GERMANO

Moral
muy buena sin duda alguna,
mas moral que no comprendo.

PAULO

De eso es de lo que yo entiendo
que enloqueció.

GERMANO

Fué fortuna
para nosotros.

PAULO

Sí fué.
Y yo que le espío ha un año
y conozco á ese hombre extraño,
que nos hace al caso sé.
Á solas consigo mismo
en sus manías extrañas,
sigue por esas montañas;
y ya á orillas de un abismo
mide en silencio su oscura
profundidad; ya da caza
él solo á la inmensa raza
de bestias que la espesura
guarda, ó semanas enteras
en su caserón se oculta,
ó en las cuevas se sepulta
de donde arroja á las fieras;
ó ya en las más escondidas,
con un esclavo nubiano,
platicando mano á mano
pasa las horas perdidas.
Á veces tras una esclava
que en su misma casa mora,
corre desde que la aurora
sale, hasta que el día acaba.

Y ella, que es una mujer
tal salvaje como un gamo,
corre delante de su amo
por sólo hacerle correr.
Ya ella le huye y él la llama;
ya ella á los pies de su dueño
tendida, le guarda el sueño,
y aun sospecho que él la ama.
Y en su loca pasión brava
la apellida á cada hora,
unas veces, fiero, «esclava»;
otras, risueño, «señora».
Mas el fuego de otro amor
alimenta ella, á mi ver.
Yo la selva recorrer
la ví con un cazador
forastero, veces varias,
y aunque les quise la pista
seguir, perdíles de vista
por las breñas solitarias.

GERMANO

Natural cosa en verdad.
Si esclava le guarda el sueño,
cómo amar puede al que dueño
coarta su libertad?
Y es rico?

PAULO

Tesoros tiene,
que el nubiano le administra,
que es quien sueldo suministra
á la gente que mantiene
como noble; mas como él
en cosa alguna la emplea,
ni necesita en su aldea
más que un potro y un lebrel,
allá la tiene en Galicia
dando guerra; y por su parte,
su gente con su estandarte
lleva nombre de milicia.

GERMANO

Y esa gente?...

PAULO

Corto bando
formará, aunque se divida,
contra la que hay prevenida,
como has dicho, á nuestro mando.

GERMANO

Y aquí están mis credenciales;
si entiendes árabe, léelas.
(Muestra varios pergaminos.)

PAULO

(Leyendo.) *«En ciento setenta velas
treinta mil hombres?»*

GERMANO

Cabales.
Prontos á desembarcar
mis órdenes sólo aguardan,
con otros mil que me guardan
la espalda en ese encinar.

PAULO

Pues he aquí de mis aliados
á mis cartas las respuestas. *(Se las da.)*
Sus firmas abajo puestas
valen veinte mil soldados.
Vélas por que las estimes.

GERMANO

(Leyendo.) *«Gumildo de Magalona,
Requindo de Tarragona
con Hilperico de Nimes.»*
(Representando.)
Sigue, pues, nuestra bandera
la España Tarraconense?

PAULO

Y en cuanto el fuego se intense,
la Galia Gótica entera.

GERMANO

Sólo una dificultad
quédame ya en tus razones.

PAULO

Cuál es?

GERMANO

La de que las pones

sobre ajena voluntad.
Y si el rey serlo no quiere?

PAULO

Lo tengo determinado;
lo será de fuerza ó grado;
ó reina, Germano, ó muere.

GERMANO

Juego audaz!

PAULO

Mas no imposible.
Diré que al bien general
antepone el personal
y que es un traidor.

GERMANO

Terrible
posición para el pobre hombre!

PAULO

Sí, mas el pueblo en tal punto
para nombrar un rey junto,
es fuerza que alguno nombre.

GERMANO

Y si el pueblo piensa en otros
que en los que crees?

PAULO

En tal caso,
quién al trono dará un paso
si la fuerza está en nosotros?

GERMANO

Y no hay bastante quizás
con la fuerza para ser
dueño único del poder?

PAULO

El derecho vale más;
y es preciso á todo empeño
obtenerle bien ó mal,
ó por voto universal,
ó á voluntad de su dueño.

GERMANO

Si eres rey...?

PAULO

Reinas conmigo;
si algo habemos de valer,
sólo juntos ha de ser.

GERMANO

Pues otro tanto te digo.
Cuenta con mis sarracenos
y mis ocultos jayanes.

PAULO

Y tú con mis catalanes
y mis galos cuando menos.

GERMANO

Ambos hemos menester
uno del otro.

PAULO

Es verdad.
Jurémonos lealtad.

GERMANO

Hasta reinar ó caer. *(Se dan la mano.)*

PAULO

Voy, pues, por mi real cabeza.

GERMANO

Yo aquí á una mujer espero.

PAULO

Amas tal vez?

GERMANO

Sí, la quiero;
ley es de naturaleza
el amar.

PAULO

Piensa que así
perdió al mundo una mujer.

GERMANO

Vé tranquilo, que á mi ver,
ésta ha de salvarme á mí.

PAULO

Adiós.

GERMANO

Adiós.

PAULO

(Desde el fondo al irse, aparte.)
Insensato!
Esté la suerte en mi abono,
y horca se me vuelva el trono,
si al pisarle no te mato.
(Germano vuelve á mirarle; Paulo le saluda con la mano sonriendo; Germano le corresponde, y cuando Paulo vuelve la espalda para partir, dice:)

GERMANO

(Aparte.) Imaginas, mentecato,
que tu intención no penetro?
Puñal se me vuelva el cetro,
si yo no te le arrebato!

ESCENA III

GERMANO

Cuánto desvelo y afán
cuestan á mi corazón,
cuánta fiebre á mi razón
los secretos que aquí están!
Mil veces desesperó
mi paciencia hasta este punto,
mas ya el fruto veo junto
cuya ambición me afanó.
....
Tú mismo lo has dicho aquí:
«El derecho vale más.»
Pobre imbécil! qué dirás
cuando le encuentres en mí?
Por más que aun tuerza su fiel
la balanza de tu lado,
el trono entre ambos alzado
veremos quién sube á él.
Miserable aventurero,
que en el sitial soberano
intentas poner la mano,
te la han de cortar primero.
De mí te quieres asir
á un solio para trepar?
Con tus hombros me has de dar
escalón para subir.
Mas ya está lejos; la aurora
comienza la niebla parda
á disipar, y ya tarda.
Si la fortuna traidora
se volverá contra mí
por medio de esa mujer?
Oh! Yo sabré detener
su rueda inconstante.—Allí
distingo una forma humana.
Ella es; ten cuenta, ambición,
que es el último escalón
de la alteza soberana.
(Rodesinda baja á la escena por la derecha; Germano la sale al encuentro.)

ESCENA IV

GERMANO *y* RODESINDA

GERMANO

Rodesinda!

RODESINDA

Germano.

GERMANO

Ya tres días
sin hallarte.

RODESINDA

Germano, culpa ajena,
no mía, fué.

GERMANO

Dudaba si vendrías
hoy tampoco, y temí...

RODESINDA

La selva llena
de guerreros está; llegar en vano
intenté sin ser vista muchas veces,
y nuestro asilo al descubrir, Germano,
á nuestro oculto amor temí dar jueces.

GERMANO

Desecha tu temor; esos guerreros
en la selva acampados, pertenecen
á un hombre que te adora; sus aceros
de Germano á la voz sólo obedecen.

RODESINDA

Á tu voz...! Cazador desconocido
en tierra lusitana, desterrado
me digiste que andabas y escondido
por estos bosques.

GERMANO

Sí.

RODESINDA

Me has engañado!

GERMANO

No; yo te dije que al siguiente día
á este recinto protector vinieras,
donde secreta historia te diría,
y han transcurrido tres sin que acudieras.
En este tiempo misteriosa empresa
ha en capitán al cazador cambiado.
Mas callas? Ay de mí! Tal vez te pesa
ver puesto tu querer en un soldado?

RODESINDA

No, no; mil veces no. Nunca tal creas.

GERMANO

Pues qué interior agitación te acosa?
Veo en tu roja faz de tus ideas
la rápida mudanza; temblorosa
siento en la mía tu abrasada mano.
Tal vez detestas el laurel sangriento
que al guerrero corona?

RODESINDA

No, Germano;
comprendes al revés mi pensamiento.
Cuando el carmín el rostro me enrojece,
cuando el temblor mis miembros sobrecoge,
cuando el fuego la sangre me enardece,
nunca á miedo achacarlo te se antoje,
nunca, Germano; si temblé un instante,
fué de gozo al oir que mi destino
de ambición y valor dotó al amante
en quien sólo veía un campesino.
Porque, sábelo al fin; yo te quería;
pero á huir de tu amor, determinada
á despedirme de tu amor venía,
dejándote mi historia revelada.

GERMANO

Todo en tu corazón lo había leído,
y esta cita aplacé, porque una clara
mutua revelación, fortalecido
dejando nuestro amor, le eternizara.
No te ha ocurrido nunca que pudiera
predestinada ser mi unión contigo?
Piénsalo bien; me encuentras por doquiera,
de tu sombra á la sombra te persigo,
mi amor tiempo ha que conocido te era
y que le dió tu corazón abrigo.
Cruzamos un imperio y otro imperio,
un mar tras otro mar, tierra tras tierra,
y ambos fuimos para ambos un misterio
que todavía nuestro pecho encierra.
Mas piensas que el decreto soberano
une así vanamente nuestro sino?
Piensas que el cielo nos señala en vano
de la vida en el campo igual camino?
No; misteriosa fuerza, Rodesinda,
imán irresistible nos impele,
y amor con alto porvenir nos brinda;
déjale, pues, al corazón que vuele.
Déjale, sí. Quién sabe dónde el viento
la hoja del árbol desprendida lleva?
Quién sabe dónde va con su ardimiento
el cazador que á capitán se eleva?
Deja que vuele por el viento, libre;
que quien mantiene misterioso fuego
en nuestras almas vivo, hará que vibre
rayo inmortal de nuestra gloria luego.

RODESINDA

Mi mente se trastorna; tus palabras
deslumbran mi razón; habla, Germano;
dentro de mí con lo que dices labras
un nuevo cauce á mi delirio insano.
Hay un misterio que en tu voz se esconde...
Sí; la sublime inspiración que luce
sobre tu rostro varonil... Responde,
es el amor no más quien la produce?

GERMANO

No, Rodesinda, no; tal el secreto
de mi existencia es, y ante tus ojos
voy á patentizarle, aunque el objeto
venga yo á ser, al fin, de tus enojos.

RODESINDA

Dí, dí, Germano.

GERMANO

Escúchame; recuerdas
la vez primera que nos vimos?

RODESINDA

Iba
por las rocas de Escándia.

GERMANO

Sí. Te acuerdas
del oso que seguías?

RODESINDA

Monte arriba,
le perdí en la maleza.

GERMANO

Te equivocas;
yo le atajé por el opuesto lado;
no se perdió... Se transformó en las rocas.

RODESINDA

Se transformó!

GERMANO

Tornóse en monstruo alado,
mitad noble león, mitad serpiente;
ancha corona de flotante llama
ennoblecía su greñuda frente,
y regio manto su sonora escama.

RODESINDA

(Aparte.) Qué escucho!

GERMANO

De asomarte por la altura
de la escarpada peña en el instante,
del vecino torrente dió en la hondura,
su luz dejando sobre el agua errante.
Contemplábate yo bajar, osada,
á registrar el agua conmovida,
cuando miré tu frente coronada
con la luz de su frente desprendida.
Huí de tí asombrado; en mi cabaña
me escondí con pavor; mas por doquiera,
ante mis ojos la ilusión extraña
se alzaba como cosa verdadera.
Desde entonces jamás seguí tu paso,
pero siempre te hallaba si salía,
y siempre, efecto de ilusión acaso,
coronada de fuego te veía.
Con sagrado respeto á tu persona
me aproximé primero; poco á poco
me acostumbré á la luz de tu corona,
y al fin te busqué amigo, y te amé loco.
Y no ha habido una noche, ni una hora
de mi vida pasó, sin que presente
haya estado ante mí, deslumbradora,
tu coronada aparición luciente.
Ni los misterios sé de tu existencia,
ni penetro tu origen sobrehumano;
sólo sé que eres de mi ser la esencia,
y voy donde tú vas.

RODESINDA

Uno, Germano,
nuestros secretos son. Oh! Ya no dudo
que hay predestinación en nuestro sino.
No; sólo el cielo revelarte pudo
lo que creí tal vez sueño divino.
Oye; en aquella roca, en aquel lago,
donde viste en mi frente sacro fuego,
al soplo llamear del viento vago,
tu misma predicción me hicieron luego.

GERMANO

Cómo?

RODESINDA

Al borde llegué de aquel abismo,
descarriada después, tras otra fiera,
que al agua se arrojó; y al tiempo mismo
partió de junto á mí corza ligera,
que echó por las malezas espantada.
Tendí rápida el arco; de un ribazo
al cruzar por la loma descampada,
presa era ya de mi certero brazo,
cuando atrevida mano, de él asiendo,
del blanco móvil desvió mi tiro.
Vuélvome, ya otra flecha requiriendo
contra el audaz, y, con asombro, miro
extranjera mujer, desconocida,
que exclamó en ronca voz: «Tente, y perdona
»de esa bestia gentil la noble vida;
»no ves que lleva, como tú, corona?»
Torné á la cierva, que hacia el bosque huía,
y al purpúreo fulgor del sol poniente
ví que, en efecto, el animal ceñía
de una corona fúlgida su frente.
Volvíme á la mujer, pero no estaba
conmigo ya; llamé, busquéla en vano;
dudé si una ilusión me fascinaba,
mas ya la creo realidad, Germano.

GERMANO

Y no ha salido nunca de tu boca
semejante secreto?

RODESINDA

Acaso... un día,
mi mente en torno de él girando loca,
con eterna inquietud se revolvía.
En delirio febril la noche entera
pasado había, y despertando al alba
salíme á que el frescor de la pradera
de su loca impresión me hiciera salva;
cuando un noble guerrero, que mi vida
como padre cuidó desde la cuna,
me sorprendió curiosa y abatida.
Á su paterno afán, á su importuna
solicitud y cariñoso empeño
no supe resistir, y al fin le dije:
«De un pertinaz y misterioso ensueño
es sólo la aprensión lo que me aflige.»
«Sueño! Y cuál?» (preguntóme). Una quimera
(le respondí) no más. Corona ardiente,
sueño que brilla en mi abrasada frente.

GERMANO

Y él entonces?

RODESINDA

Tornó la faz severa
á contemplar un punto mi semblante,
y alzando luego al cielo una mirada,
dijo: «También mi vista delirante
te creyó muchas veces coronada!»

GERMANO

(Ah!)

RODESINDA

Y la soledad en que sumida
siempre viví; los rudos ejercicios
en que pasé mi juventud; mi vida,
extraña á los deleites y á los vicios
de las ciudades; el estudio serio [hombre
de ciencias que á emprender me obligó el
que desde niña me crió; un misterio
sin decirme jamás que hay en mi nombre;
este vagar sin treguas ni reposo
de uno en otro hemisferio, y el cuidado [so
conque ese hombre en mi bien siempre afano-
regia ambición al alma me ha inspirado,
un laberinto son que me rodea,
en cuyo centro mágico se hechizan
augurios que tal vez mi mente crea,
pero que el porvenir me divinizan.

GERMANO

Tal te adoraba yo; tal te soñaba,
divina Rodesinda, cuyo aliento
ser da á mi vida, de tu aliento esclava.

RODESINDA

Tal soy, Germano; cual la mar y el viento
grande es mi corazón. Me le devora
regia ambición; agüeros han ceñido
corona á mi cabeza... y hasta ahora,
en los salvajes bosques do he vivido,
de las fieras no más me ví señora.

GERMANO

Pronto lo puedes ser de un pueblo todo.

RODESINDA

Oh!

GERMANO

Destinada estás á una corona;
tu sien reclama la del pueblo godo,
y tu divino porvenir te abona.
Habla: quieres reinar?

RODESINDA

No te comprendo.

GERMANO

Dí, te ama mucho ese hombre que tu vida
como padre cuidó?

RODESINDA

Tanto, que entiendo
que no fuera de su alma más querida,
hija en verdad de sus entrañas siendo.

GERMANO

Y si lo fueras?

RODESINDA

Mas, por qué capricho...?

GERMANO

Nada te dijo que en favor te arguya?

RODESINDA

Germano, no lo soy; él me lo ha dicho,
y ara es de la verdad la lengua suya.
Aunque al oirle, á veces he pensado
que en la locura su cerebro toca,
y obra cual de ella á veces atacado.

GERMANO

Jamás, oh Rodesinda! de tu boca
salte sospecha tal. Nuestro secreto
que por ella jamás llegue á su oído.
Tal vez está tu porvenir sujeto
á condición de universal olvido.
Y basta, Rodesinda, por ahora.
Si de un misterio universal rodeas
mi amor, tal vez á la siguiente aurora
cerca, muy cerca del poder te veas.

RODESINDA

Mas...

GERMANO

Fía en mí, y silencio impenetrable.
Dios, que del porvenir conduce el vuelo,
oir te hará su voz; déjale que hable,
que él de tu porvenir rasgará el velo.
Yo, que guerrero soy, gente á mi mando
tengo, y mucha tal vez; el tiempo vuela,
la fortuna es voluble y... mas entrando
va el día ya; partamos, y á quien vela
deja velar, y si á tu sien consigo
ceñir esa corona que adivinas...

RODESINDA

(Interrumpiéndole.)
Júrolo á Dios, la partiré contigo!

GERMANO

Yo cumpliré las órdenes divinas
á tu sombra real buscando abrigo.
Partamos, pues.

RODESINDA

Espera; de estas ruinas
sola saldré primero, no importuno
juntos nos vea por azar alguno.

GERMANO

Dices bien.

RODESINDA

Parto, pues, por esa cava.

GERMANO

Dame tu mano real por despedida.

RODESINDA

En tus ojos de rey me quedo esclava.

GERMANO

En los tuyos de sol se va mi vida.
(Rodesinda váse por el fondo.)

ESCENA V

GERMANO

También es mía; vencí.
Tu necia superstición
de Paulo, con la ambición
trabajará para mí.
Yo en tu pecho la sembré
con lento y mañoso afán;
verás el fruto que dan
las semillas que en tí eché.
Predestinaciones!... Sino!
Delirios que al necio hechizan!
Los sabios siempre esclavizan
á sus plantas el destino.
Aguila que al cielo subes
fiada en tus alas leves,
fuerza será que me eleves
sobre tu pluma á las nubes.
Mas no andemos, corazón,
como los necios soñando.
Subamos, pero tanteando
escalón por escalón.
Todos los hilos sujetos
tengo. Vóime, pues, tranquilo
dando en este mudo asilo
sepultura á mis secretos.
(Deteniéndose en el fondo al partir.)
Ruinas de ignorada historia,
rico monumento ayer
de un pueblo alzado á la gloria,
hoy silenciosa memoria
de su rendido poder;
pues sólo tomé consejo
del silencio de estas naves,
seguros, cuando me alejo,
aquí mis secretos dejo.
(Váse por la derecha. Al irse Germano aparece Wamba por una secreta entrada de uno de los pilares que habrá en la escena.)

WAMBA

Eso es lo que tú no sabes.

ESCENA VI

WAMBA

Mas cómo ha de ser! Vivimos
con semejantes miserias;
unos tratan las materias
arduas, y otros las oímos.
(Da dos golpes en el pilar con el pomo de la daga y sale Hassan por otro secreto.)

ESCENA VII

WAMBA *y* HASSAN

WAMBA

Volvieron mis mensajeros?

HASSAN

Sí.

WAMBA

Qué razón han traído?

HASSAN

Detrás de ellos han venido
al alba mil ballesteros
y mil jinetes.

WAMBA

Han dado
los de Galicia esperanzas
de estar á tiempo?

HASSAN

Sus lanzas
tienen ya el bosque cercado.

WAMBA

Todo está?

HASSAN

Como tu alteza
lo dispuso.

WAMBA

De ese modo
tú me respondes de todo?

HASSAN

Sí, señor; con mi cabeza.

WAMBA

Sal, y muéstrate en la altura
del cerro, y cuando por mí
te pregunten, hacia aquí
dirígeles.
(Váse Hassán por la cava.)

ESCENA VIII

WAMBA

La locura
reina en la tierra, y los pocos
cuerdos que hay andan perdidos...
Vivamos, pues, prevenidos
en el reino de los locos.
(Se pasea meditabundo.)
Yo quiero dar de barato
que tal rey logren hacer;
mas, cómo va rey á ser
ese pobre mentecato?
Bah! De esto á mí, qué me da?
De lo que está por venir
sólo el tiempo ha de decir.
El que viva lo verá. *(Se sienta.)*
Vivamos, pues, y veamos.

ESCENA IX

WAMBA *y* GERMANO *que vuelve por la derecha*

GERMANO

Guardada está esa salida
por gente desconocida.
Vendidos temo que estamos,
pero, por quién? Aun no tiene
fuerzas contra mí ese griego;
voy á ver si al bosque llego
por este lado.
(Va á salir por el fondo y se detiene.)
Mas viene
el pueblo entrando en tropel
por las ruinas... Será esto
otro motín?

WAMBA

Por supuesto;
pues, qué ha de ser?

GERMANO

(Repara en él.) (Cielos! Él.)

WAMBA

Yo, sí.

GERMANO

Ya lo entiendo todo.

WAMBA

Yo también.

GERMANO

Sabes quizá...?

WAMBA

(Interrumpiéndole.)
Que metiéndose aquí va
en tumulto el pueblo godo.

GERMANO

Ah!

ESCENA X

WAMBA, GERMANO, PAULO *y* PUEBLO

PAULO

(Desde el fondo.) Vedle allí. Saludemos
á la augusta majestad.
Viva el rey!

TODOS

Viva!

WAMBA

(Como sorprendido.) En verdad
tenemos rey?

PAULO

Le tenemos.
El pueblo godo, cansado
de tan largas disensiones,
sus divididos pendones
bajo el de un rey ha juntado.

WAMBA

Quién es, amigos, el hombre
á quien fiáis vuestra ley?
Saludar quiero yo al rey
también: decidme su nombre.

PAULO

Decid el vuestro.

WAMBA

Rey yo?

PAULO

Todo el pueblo os ha nombrado.

WAMBA

Pues todo el pueblo lo ha errado.

PAULO

No queréis el cetro?

WAMBA

No.

PAULO

El pueblo está decidido
á obligároslo á admitir.

WAMBA

Yo lo estoy á resistir.

PAULO

Mas sin razón.

WAMBA

No os la pido.

PAULO

Sois en nobleza el primero.

WAMBA

Por eso soy tan leal.

PAULO

Hierve en vos sangre real.

WAMBA

Por eso soy caballero.

PAULO

Conocéis, sabio, las leyes.

WAMBA

Por eso sé respetarlas.

PAULO

Sois capaz de administrarlas.

WAMBA

Para eso serví á otros reyes.

PAULO

Sois rico.

WAMBA

Por eso doy.

PAULO

Tenéis general prestigio
con el pueblo.

WAMBA

No es prodigio,
pues que generoso soy.

PAULO

Sois bravo.

WAMBA

Nadie lo ignora.

PAULO

De cien lides salió ileso
vuestro honor.

WAMBA

Tengo por eso
cien cicatrices ahora.

PAULO

El pueblo os pide.

WAMBA

Yo á él no.

PAULO

Por noble y por virtuoso
os ama.

WAMBA

Por revoltoso
y ciego no le amo yo.

PAULO

Por vos en su mal se afana.

WAMBA

De él cree que á sacarle voy?

PAULO

Humilde á vos viene hoy.

WAMBA

Feroz me ahorcará mañana.

PAULO

Confiesa que sólo en vos
su fe está, y á vos acude.

WAMBA

Que en Dios fíe, y no se escude
conmigo, sino con Dios.

PAULO

Injuriáis su confianza!

WAMBA

Él me injuria, pues que viene
á mí cuando ya no tiene
en su mal otra esperanza.

PAULO

Cuanto añadáis será en vano.
La ley da al pueblo derecho
de nombrar rey, y os ha hecho
el pueblo su soberano.

WAMBA

Y el pueblo echará de ver
que es fuerza que sea injusto
rey que toma contra gusto
su soberano poder.

PAULO

Él sabe que la virtud
que en su pecho se atesora
garantiza desde ahora
su futura rectitud.

PUEBLO

Sí.

PAULO

Ya lo oís.

WAMBA

Ya está dicho.

PAULO

Posponéis, pues, criminal,
la salud universal
á vuestro injusto capricho!

WAMBA

Os dije mi voluntad;
acabemos de una vez.

PAULO

Acabemos, sí, pardiez;
por concluído.—Escuchad.
Pues noble, sabio, opulento,
bravo, generoso, amado,
reconocido y rogado
fuiste elegido entre ciento;
y en tu profundo egoísmo
tu bien personal prefieres
al de la patria, y no quieres
ser útil más que á tí mismo;
pues te niegas salvador
á ser hoy del pueblo godo,
con justicia el pueblo todo
te declara por traidor.

PUEBLO

Sí!

PAULO

Y falla con juicios ciertos,
porque en duelos tan prolijos,
la patria quiere á sus hijos,
primero que ingratos, muertos.

PUEBLO

Sí.

PAULO

No hay medio en que elegir;
decidida está tu suerte:
ó la corona ó la muerte;
Wamba, reinar, ó morir.
(Paulo y otros varios le ponen al pecho las espadas; y él y el pueblo le dicen á una voz:)

PAULO y PUEBLO

Elige.
(Wamba da un paso hacia ellos hasta que su pecho toca con las puntas de las espadas; y abriéndose la ropa, y mostrándosele desnudo, dice con desdeñosa calma:)

WAMBA

Nunca al temor
mi corazón prestó asilo;
aquí está, pero tranquilo;
herid, y aprended valor.
(Todos se sorprenden; Wamba, aprovechando la sorpresa, aparta las espadas de sí con ambas manos, y avanza con altivez.)
Vaciláis? Tenéis razón.
Comprendéis, cuando os provoco,
que por algo os tiene en poco
hombre de tal corazón.
Pues os lo voy á explicar,
y tendréis que comprender
que, al ofrecerme el poder,
no me podéis engañar.
Veinte años ha que os halláis
en civil guerra empeñados;
veinte años que atropellados
por extranjeros estáis.
Entre los galos inquietos,
los navarros montaraces
y los árabes sagaces,
doquiera os tienen sujetos.
Por sombra tal, de la mano
necesitáis quien os guíe,
y buscáis quien os desvíe
del precipicio cercano.
Y por rico y por leal,
y porque vengo de reyes,
y porque sé vuestras leyes,
me queréis por general.
Y porque en tal anarquía
sólo puede una bandera
salvar la nación entera,
elegido habéis la mía.
Entre morir ó reinar
dado me habéis á elegir...
Y no osáis verme morir... *(Con desdén.)*
Os tendré al fin que mandar.
Empuñaré el cetro, sí,
mas no echéis nunca en olvido
que á dármele habéis venido,
y que yo no os le pedí.
Ceñiré, pues, la corona,
pero tened bien presente
que, al llevármela á la frente,
es la fuerza quien me abona.
Y pues á fuerza soy rey
por vuestra elección tirana,
no os quejéis, necios, mañana
de la fuerza de mi ley.

PAULO

Primero...

WAMBA

(Con ímpetu.) Con qué derecho
hablas tú ante el soberano?
Arrodíllate, villano,
ante el rey que tú te has hecho.
Hassan. *(Llamándole.)*
(Los pilares y las paredes se abren; el fondo se llena de soldados; Hassan baja hasta cerca de Wamba. Paulo y Germano se contemplan con asombro; el pueblo mira curioso sin comprender.)

ESCENA XI

WAMBA, PAULO, GERMANO, HASSAN, *nobles, pueblo y soldados*

PAULO

Qué es esto, Dios santo?

WAMBA *(Á Paulo.)*

Tú, rey me has forzado á ser,
y al desplegar mi poder
le contemplas con espanto?
Vasallos, vuestro capricho
doblegó al suyo mi gusto;
nada hay que os coja de susto,
vosotros me lo habéis dicho.
Por rico, me sobra el oro;
por noble, lanzas mantengo;
por señor, esclavos tengo;
por rey, guardia y real decoro.
Mas no receléis por eso
que al mirarme soberano
me he de hacer vuestro tirano;
por mí no ha de haber exceso.
Juzgad de mis intenciones;
rey me hacéis para la guerra?
Ensangrentaré la tierra
con mis armadas legiones;
y cuando extraños sin fe
se arrojen contra nosotros,
yo delante de vosotros
á la campaña saldré.
Vuestras leyes á guardar
me fiáis y antiguos ritos?
Yo, cual me los déis escritos,
os los haré respetar.
Y al que la infrinja villano,
noble ó ruín, rico ó pechero,
castigaré justiciero
con vuestra ley en la mano.
Llegadlo, pues, á entender;
si yo tengo de reinar,
así tengo de mandar,
así habéis de obedecer.
Y si al fin, por sabios planes,
tras una y otra victoria
os doy paz, riqueza y gloria,
y os cansáis de mis afanes;
como siempre, noble y fiel,
sin miedo, pesar ni encono,
volveré á bajar del trono
lo mismo que subo á él.

UNO

Viva el rey!

TODOS

Viva!

WAMBA

Ea, amigos;
pues que ya reino, mirad
cuál obra mi majestad
contra vuestros enemigos.
Hassan, de esos mil traidores
que se ocultan en la selva,
que á salir ninguno vuelva.

GERMANO

(Ah!)

WAMBA

(Á uno.) De las costas señores
los sarracenos bajeles
nos las amagan; Theofredo,
con ciento que darte puedo,
tú irás contra los infieles.
(Á Paulo.) Tú, por quien reino desde hoy,
capitán de mis soldados
contra enemigos privados
irás. *(Á Paulo solo aparte.)*
Y á nombrarte voy
varios, porque el trance estimes.
Gumildo de Magalona,
Requindo de Tarragona
con Hilperico de Nimes.

PAULO

(Ah!)

WAMBA

(Á Germano.) Y tú, bravo extranjero,
que á nuestra asamblea asistes,
la honra que en ello me hicistes
premiar dignamente quiero.

Por noble te da tu aliño;
en mi corte vivirás
y... nunca de ella saldrás.
Tu faz me inspira cariño.

GERMANO

(Ah!)

WAMBA

Despejad, caballeros
y villanos; esta tarde
veré los que hacen alarde
de ir al campo los primeros.

(Van saliendo todos victoreando á Wamba, y mientras salen y éste los ve partir, rodeado de sus guardias, Paulo y Germano se juntan á un lado de la escena, y se dicen aparte uno á otro:)

PAULO

Qué hacemos?

GERMANO

Lo que nos toca.

PAULO

Yo me fugo.

GERMANO

Yo me quedo.

PAULO

Yo del loco tengo miedo.

GERMANO

Y yo fío en una loca.

(Saludan á Wamba, pasando por delante de él, y vánse con los demás. Los soldados, abiertos en dos filas, por entre las cuales han pasado todos, aguardan á que pase Wamba, presentándole las armas como á soberano. Hassan aguarda también.)

ESCENA XII

WAMBA, HASSAN *y* SOLDADOS

WAMBA

Castillos hizo en el viento
su ambición; yo los derroco.
Y ahora... Dios ponga tiento
en las manos del rey loco.

(Váse por en medio de los soldados.—Hassan le sigue.)

NOTA

Por razones particulares, cuya explicación no es del caso, se hicieron en la representación estas correcciones. En la escena IV del acto primero, entre Rodesinda y Germano, quedaron suprimidos desde el verso que dice:

GERMANO

Todo en tu corazón lo había leído.

hasta el de la misma escena que dice:

RODESINDA

Mas ya lo creo realidad, Germano.

ambos versos inclusive.—En lugar de los suprimidos se representan los siguientes versos:

GERMANO

Toda la sé.

RODESINDA

(Sorprendida.) La sabes!

GERMANO

En tu cuna
águila real de fuego coronada,
se meció sobre tí.

RODESINDA

Ah!

GERMANO

Destinada
te hizo á un trono nacer tu real fortuna.

RODESINDA

Mas, cómo tal misterio...?

GERMANO

Oye; recuerdas
la vez primera que nos vimos?

RODESINDA

Iba
por las rocas de Escándia.

GERMANO

Sí. Te acuerdas
del oso que seguías?

RODESINDA

Monte arriba,
le perdí en la espesura,
y al trasponer la peña enmarañada,
del vecino torrente dió en la hondura.

GERMANO

Contemplábate yo bajar, osada,
á registrar el agua conmovida,
cuando miré tu frente circundada
de llamas, y sobre ella suspendida
el águila de fuego coronada.

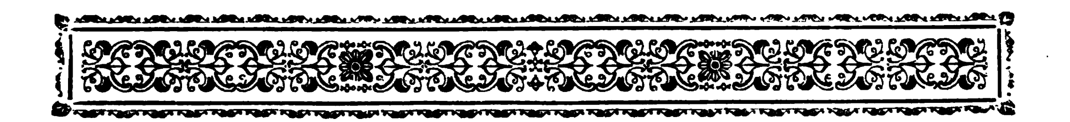
RODESINDA

Tal es la predicción... Oh! Ya no dudo
que hay predestinación en nuestro sino.
No; sólo el cielo revelarte pudo
lo que creí tal vez sueño divino.

GERMANO

Mas no ha salido nunca, etc.
(Lo demás como está.)





ACTO SEGUNDO

Cámara ricamente decorada en el palacio de Wamba en Toledo.—Puerta á la izquierda, que da al interior del palacio.—Otra á la derecha, que da al exterior.—Otra en el fondo, que decoran grandes tapices, y que la cubren cayendo en gruesos pliegues.

ESCENA PRIMERA

HASSAN *y* RODESINDA

(Al levantarse el telón, Hassan está mirando por la puerta del fondo, que tiene abierta como si alguno entretuviera su atención por dentro. Poco después suena el toque de la queda á lo lejos, á cuyo son cierra inmediatamente la puerta y arregla cuidadosamente los tapices que la cubren. Un momento después sale por la izquierda Rodesinda.)

RODESINDA

Doblan á la queda, Hassan.

HASSAN

Tal hora y señal les dí.

RODESINDA

Vendrán todos?

HASSAN

Allí están.

RODESINDA

Y el prelado?

HASSAN

Aguarda allí.

RODESINDA

Ninguno se apercibió
de su entrada aquí?

HASSAN

Ninguno;
por el parque uno por uno
les fuí introduciendo yo.
Tú libre y señora eres
de este alcázar, donde obrar
á tu capricho y mandar
podrás hoy como quisieres.

RODESINDA

Hassan, el secreto importa
guardar tan inviolable,
que la vida del que hable
de esta noche será corta.

HASSAN

La mía está ya vendida,
una vez que esclavo soy;
mas yo á quien sirvo le doy
brazo, pensamiento y vida.

RODESINDA

Hoy me sirves; si en verdad
como dices leal obras,
por el secreto recobras

tu patria y tu libertad.
Jamás el rey, tu señor,
lo ha de saber por tu boca.

HASSAN

Por ventura á mí me toca
discurrir sobre tu amor?

RODESINDA

De mi cámara el dintel
hoy un hombre va á pasar.

HASSAN

Qué habrá en eso si va á entrar
un sacerdote con él?

RODESINDA

Vivo en palacio, y del rey
no consulté la opinión.

HASSAN

El alma es libre, y la ley
no reina en el corazón.

RODESINDA

Rey es y vasalla soy.

HASSAN

Amor es Dios; puede más.

RODESINDA

Bajo su tutela estoy.

HASSAN

Casada no lo estarás.

RODESINDA

Así piensas?

HASSAN

Pienso así.
Servirte el rey me mandó;
que te cases, pues, ó no,
si te sirvo bien, cumplí.

RODESINDA

Mucha es, Hassan, tu agudeza;
y pues nada se la esconde,
sabe acaso quién responde
de la lengua?

HASSAN

La cabeza.

RODESINDA

Pues no lo olvides.

HASSAN

No haré
tal, que en ello harto me va.

RODESINDA

Y sé fiel.

HASSAN

Oh! Como el pie
al tobillo.

RODESINDA

Bien está,
Hassan. Pero ya han cesado
las campanas y aun no llega
Germano.

HASSAN

Tu afán sosiega,
que aun no es tarde.

RODESINDA

Hásle enviado
la llave?

HASSAN

Sí.

RODESINDA

Está guardada
del corredor la cancela?

HASSAN

Desde aquí la centinela
puedes ver allí apostada.
(Abre Hassan la puerta del fondo y asómanse ambos por ella.)
Ves brillar algo en el fondo
de la galería oscura?

RODESINDA

Sí por cierto.

HASSAN

Es su armadura.

RODESINDA

Veo ahora el casco redondo
sobre la reja de hierro
del patio. Nos será fiel
ese hombre?

HASSAN

Nadie como él;
descuida, que no habrá yerro.
Es él solo á quien hallé
amigo en mi esclavitud,
con él hasta mi ataúd
si es preciso partiré.
Por allí entrará el que esperas;
tras él la verja cerrada,
y por ese hombre guardada,
puedes obrar como quieras.

RODESINDA

Bien. Viste á Theofredo?

HASSAN

Sí.

RODESINDA

Qué nuevas del rey te dió?

HASSAN

En el pliego que le envió
puedes verlas; héle aquí.

RODESINDA

Quién le trajo?

HASSAN

Un mensajero
que ha seis horas ha llegado.

RODESINDA

Conocido?

HASSAN

De contado
debe ser un caballero.

RODESINDA

Sal, y que te llame espera.
(Abre el pergamino y lee para sí.)
Llega el cinco... el dos es hoy...
y aun no viene; que Dios quiera
salvo traerle.

GERMANO

(Sale por el fondo.) Aquí estoy.

ESCENA II

RODESINDA *y* GERMANO

RODESINDA

Germano!

GERMANO

Rodesinda!

RODESINDA

Ya temía
por tí.

GERMANO

Dejo el caballo en este punto.

RODESINDA

Horas ha que en Toledo te creía.

GERMANO

Fuera así; mas temí que me seguía
un jinete de lejos, y á mí junto
por dejarle llegar, media jornada
retrasé.

RODESINDA

Y te alcanzó?

HASSAN

Cuando la tarde

teñían las tinieblas ya embozada.
Aguardele con faz determinada;
pasó en silencio, y apretó cobarde
la espuela á su corcel.

RODESINDA

Y era?

GERMANO

Un joyero
que á mi sombra buscaba compañía;
mas como solo andar me convenía,
tomé por la espesura otro sendero,
y hoy ví á Toledo al trasponer el día.
Mas llego á tiempo.

RODESINDA

Pero no el primero.

GERMANO

Diste mis cartas?

RODESINDA

Sí.

GERMANO

Y han acudido
todos?

RODESINDA

Aguardan ya.

GERMANO

Pues no perdamos
tiempo.

RODESINDA

Ya todo lo previne.—Vamos.

GERMANO

Espera; aun no está todo prevenido.

RODESINDA

Qué falta?

GERMANO

Conocer necesitamos
todos un secreto antes, que yo solo
sé hasta esta hora.

RODESINDA

Díle pues.

GERMANO

Seguros
nos hallamos aquí?

RODESINDA

Macizos muros
nos guardan por doquier, patios oscuros,
galerías sin luz; no cabe dolo.
Pero preocupada traes la mente
de temor excesivo.

GERMANO

Sé una historia
que hará tal vez que cambies de repente
para conmigo.

RODESINDA

Nunca.

GERMANO

Es que fulgente
brilla otra vez el astro de tu gloria.

RODESINDA

Un tiempo fué que reina me soñaba
por agüeros sin fe desvanecida,
y partir mi corona te juraba
contigo; hoy, pues, que mi ilusión acaba,
te ofrezco sólo dividir la vida.

GERMANO

Y un tiempo fué en que yo del pueblo godo
vine osado á ofrecerte la corona.

RODESINDA

También soñabas.

GERMANO

Pues del mismo modo
te la vuelvo á ofrecer, y el pueblo todo
aceptará el derecho que te abona.

RODESINDA

No turbes mi ambición, que ya dormía;
vuelve el rey vencedor.

GERMANO

Quién osaría
el solo vencedor, el solo fuerte
proclamarse? No hay fuerza ni osadía
contra el poder tremendo de la suerte,
Rodesinda; un secreto soberano
la corona te da.

RODESINDA

Robusta mano
la tiene asida ya.

GERMANO

Mucho lo yerra
quien así juzga.

RODESINDA

Él reina.

GERMANO

Cual tirano
contra quien se alzará su propia tierra.

RODESINDA

No será ahora que mandando viene
un ejército entero, que asegura
su derecho.

GERMANO

Á estas horas no le tiene.

RODESINDA

Le alzó el pueblo.

GERMANO

Por eso de su altura
puede lanzarle.

RODESINDA

Un triunfo le previene.

GERMANO

Que para otro será cuando hoy por tierra
su ídolo abata el pueblo. Es obra suya,
para la guerra le hizo rey; la guerra
concluyó, y será bien que restituya
poder y trono á quien derecho encierra
mejor que el suyo.

RODESINDA

Y quién?

GERMANO

Tú, Rodesinda.

RODESINDA

Sueño fué siempre de tu amor, Germano,
derecho tal.

GERMANO

Extenderás tu mano
al cetro y le asirás; hoy te le brinda
de tu destino el misterioso arcano.

RODESINDA

Sueñas, te digo, sueñas! Arrasada
Nimes, la Cataluña sometida,
Paulo en prisión, Navarra apaciguada,
por doquiera su ley obedecida,
leal su tropa, con poder su armada,
en quién fías?

GERMANO

En mí y en tu destino.
Cansada de lidiar está su gente,
y harto ya de su ley, sobradamente
severa, el pueblo, á lo que ayer se avino,
hoy se rebela, y de ello se arrepiente.

RODESINDA

Pero tarde.

GERMANO

Palabra de que el necio
debe no más usar. Jamás es tarde
para quien nada mira con desprecio,
y de un instante conociendo el precio,
no desperdicia la ocasión cobarde.
Tras seis años de injusta civil guerra,
que lo son de licencias y desmanes,
odia el pueblo su ley, que desentierra
los delitos y el fraude en una tierra
que es un nido no más de gavilanes.
Veinte años antes de subir al trono
Wamba, de otras discordias al encono
sanguinario menguóse enteramente

la virtud de los godos, cuya gente
demanda olvido á lo que fué, y abono
seguro, universal á lo presente.
El sacerdote á quien tornó guerrero
la contienda civil; el que usurero
saqueó al necesitado; el que al amigo
usurpó las haciendas, su heredero
en su ausencia nombrándose, el castigo
no huirán? La rapiña y la violencia
siempre al rey justo llamarán tirano,
y si otro el pueblo encuentra que á la mano
más le vaya, avezado á la licencia,
le alzará en su lugar por soberano.
Comprendes, Rodesinda? Yo he seguido
las banderas de Wamba; yo he mandado
con él sus huestes; vencedor he sido
con él, y cien victorias me ha debido;
pero su real poder tengo minado.
Ahora bien; el secreto que te abona
hasta sus mismos triunfos acrimina
si aprovecharse sabe y le destrona;
y el pueblo en tí la voluntad divina
viendo, vendrá á ofrecerte su corona.
Ea, quieres reinar? De tu destino
la influencia aprovecha.

RODESINDA

Oh, me fascina
tu inalterable fe.

GERMANO

Sigo el camino
por do tu sino real mi paso inclina,
pronto el mandato á obedecer divino.

RODESINDA

Yo te amo, Germano; tú á tu antojo
guías mi corazón. Tu fe, tu arrojo,
tu voluntad de hierro me enamora;
cuanto en otro me fuera odio y enojo,
ufano en tí mi corazón adora;
tu amor y mi ambición son de consuno
una sola pasión: amo, ambiciono,
mas amor y ambición jamás desuno.
Fiebre de amor y de ambición me impele;
de su vértigo á impulso me abandono,
corriendo sin cesar detrás de un trono,
que al tenderle la mano me repele.
Dudo, vacilo, ríndome, desmayo
mientras pasan mis horas en tu ausencia;
y torna el fuego á fermentar del rayo
de mi insana ambición á tu presencia.
Mas lo quieres tú así, sea en buen hora.
Qué me exige tu fe fascinadora?
Pides una corona á mi cabeza?
Pues bien; sabré con varonil fiereza
morir esclava por reinar señora.

GERMANO

Apronta, pues, á la tremenda lucha
tu valor.

RODESINDA

Está pronto.

GERMANO

Á todo?

RODESINDA

Á todo.

GERMANO

Abre; con esos mi palabra escucha
y el cetro empuñarás del reino godo.
(Rodesinda va á abrir la puerta derecha, en el umbral de la cual se presenta Hassan, con quien habla en secreto, durante cuya escena dice:)
Misterios son del corazón humano!
Ví en ella al conocerla una enemiga,
y en la red la envolví de audaz intriga,
y fascinada al fin, cayó en mi mano.
Compadecí después su error insano,
hermosa la admiré, la quise amiga,
falso la enamoré... Dios me castiga!
hoy me rinde á sus pies amor tirano.
Grada del trono, del poder camino,
con la suya encender quiero mi estrella,
é inmolarla á mi triunfo determino;
mas la hallo amante, la idolatro bella,
y rendido á mi vez por su destino,
quiero al trono subir, pero con ella.

ESCENA III

GERMANO, RODESINDA, GALTRICIAS, ROMUALDO *y* GUNTILA

GERMANO

En buen hora vengáis, amigos fieles,
que acudís á mi voz.

GALTRICIAS

Siempre, Germano,
á ayudarte y servirte en cuanto emprendas,
con decidida voluntad estamos.

GERMANO

Gracias, Deán.

GALTRICIAS

Del campamento llegas?

GERMANO

Ahora; con las tropas de mi mando
por camino diverso envióme Wamba,
y aquí para llegar fijóme un plazo
de hoy en tres días; yo dejé mi gente,
le tomé estos tres días de adelanto,
y un mensaje os envié para que juntos
á mi arribo os hallárais!

GALTRICIAS

No perdamos
el tiempo, pues; sabemos tus deseos
y los de Rodesinda.

GERMANO

Es necesario
primero que me oigáis.

GALTRICIAS

Habla.

GERMANO

(Á Galtricias.) Convienen
mis propuestas al clero?

GALTRICIAS

Sin reparo
las acepta.

GERMANO

(Á Guntila) Y las tropas?

GUNTILA

De Toledo
tienes la guarnición á tu mandato.

GERMANO

Y el pueblo? *(Á Romualdo)*

ROMUALDO

Es tuyo. Reunidos quedan
en secreto sus jefes esperando.

GERMANO

Piden?

ROMUALDO

Rebaja general de impuestos,
olvido universal de lo pasado,
y que su nuevo rey sea elegido
de regia estirpe y de blasón preclaro.

GERMANO

Juzgarán por sí mismos. Ahora oidme.
Hasta aquí solamente se ha tratado
de minar un poder harto absoluto
para el siglo azaroso que alcanzamos.
El rey, forzado á recibir el cetro
por la urgencia del tiempo, necesario
se juzga por demás, y cada día
prueba más que su juicio no está sano;
y lo que en brío y en virtud le sobra,
en seso y dignidad se muestra falto.
La soledad le agrada y el retiro
más que la regia majestad y el fausto.
Muchas veces detiene á un campesino
para hablar de semillas y ganados;
reúne los concilios, y á su antojo
arregla los negocios eclesiásticos.
Las faltas, en la guerra inevitables,
castiga con la muerte en el soldado,
y por quejas no más de unas doncellas
á algunos castigó de un modo bárbaro.
Todo lo quiere ver, saberlo todo,
y todo por sí mismo despacharlo,

como si fuera gobernar un reino
dirigir una escuela de muchachos.
Las leyes (dice) como están escritas,
se han de cumplir; ni jueces ni letrados
las pueden alterar; ni admito en ellas
una interpretación ni un comentario.
Seis años ha que reina, y á las tropas
seis años ha que tiene peleando,
y aunque en paz está el pueblo, que no lidia,
está ya el reino de victorias harto.
El ejército, el clero, el pueblo todo,
el yugo á sacudir determinado,
conspira descontento, mas ignora
todavía por quién, y piensa acaso
que si otro intruso se entroniza, sólo
cuando mude de rey, mudará de amo.
Tras seis años de afán y de política,
yo abrí caminó á sus intentos llano,
y hoy á su soplo, como rama estéril,
el trono, con el rey, se viene abajo.
Presente estuve á la elección de Wamba,
y de mí, por instinto, recelando,
fingiéndome amistosa simpatía,
me tuvo con temor siempre á su lado.
Yo, empero, leal siempre, siempre atento,
sus sospechas doquier previne cauto,
y gané con mis públicos servicios
los más honrosos puestos de su estado.
Con él pasé á la Galia, asalté á Nimes,
y doquier á su vista peleando,
á la cabeza de sus tropas siempre,
la victoria doquier debió á mi brazo.
El primero en la lid y en el consejo,
y él acertado, pero mal su grado,
caudillo de su ejército me hizo,
y hoy lo asalaría él, mas yo le mando.
Él, por su fiera ley, reina temido;
yo, por buen capitán, gobierno amado,
y seis años de triunfos y servicios
le tienen convencido ó descuidado.
En palacio viviendo, á Rodesinda
vi. Tal vez imprudentes nos amamos,
y hoy, pues que Wamba á nuestro amor se
ocultamente unirnos intentábamos; [opone,
mas un secreto descubierto á tiempo
...obliga antes que á amante, á buen vasallo.
...critos del gobierno,
...no hallé extraviado.

Leedle; es del difunto Recesvinto,
caracteres y firma de su mano.

GALTRICIAS

Es su letra, en efecto, y así dice:
(Lee.) «Wamba, á tí, que eres mi mejor vasallo,
mi mejor consejero en los negocios,
y en el combate mi mejor soldado,
fío, muriendo, mi único secreto,
y mi postrera voluntad encargo.
Huérfano, tras de mí, quedará el trono;
elegirán los godos, de su agrado,
un rey mejor que yo. Tal vez para ello
dividiráse su nación en bandos,
y correrá la sangre de mi pueblo,
desde mi regio túmulo brotando.
Yo no dejo varón de mi linaje,
parientes sí, mas niños y lejanos;
tengo empero una hija, á quien conoces,
cuya historia otro tiempo te he contado,
y á quien amo á la par de mi existencia:
huérfana va á quedar, dála tú amparo.
Tienes favor, riquezas y prestigio
con los godos... Si un día, el tiempo andando,
ella mujer, y sin monarca el trono,
hay, de mi raza, digno de su mano
alguno, y la fortuna te es propicia,
vuelve el solio á mi estirpe. Te lo mando,
rey; te lo ruego, amigo. Esta escritura
divide de mi firma por debajo,
y esta mitad primera, de mi hija,
testifique el origen soberano.
Su nombre es Rodesinda, y tiene, á fuego,
hecho un lunar en el siniestro brazo.»

RODESINDA

Héla aquí; yo soy ésa... Ese es mi nombre.

GERMANO

Un momento; la carta concluyamos.

GALTRICIAS

(Lee.) «La mitad inferior del pergamino
instrucciones contiene para el caso;
guárdalas para tí, y si llega el día,
Wamba, en tu honor y probidad descanso.»

RODESINDA

Hija de Recesvinto!

GALTRICIAS

Los primeros
tus sagrados derechos acatamos.

GERMANO

Hija de Recesvinto, á tus pies pone
su fe y sus huestes tu primer vasallo!

RODESINDA

Hija de Recesvinto, una corona
está mi regia frente reclamando!
Y otro la ciñe usurpador? Al punto
por la corona y la cabeza vamos.
Hija de Recesvinto! Él lo declara;
mi destino rëal se cumple al cabo.

GERMANO

Y el cielo mismo de cumplirle entero
contra Wamba, traidor, tomó á su cargo.

RODESINDA

Cómo?

GERMANO

Anheló, muriendo Recesvinto,
de su familia regia unir dos vástagos,
y Wamba usurpador, al desunirlos,
ciego hasta hoy alimentóles á ambos.

RODESINDA

Qué dices?

GERMANO

Con misterio impenetrable,
en mí sólo creyendo y esperando,
sólo yo mi derecho conociendo
por mí, yo propio conspiré siete años;
y por las sombras del poder mi estrella
guiándome hacia el solio paso á paso,
uniendo mi destino á tu destino,
de Recesvinto á vengador me trajo.
Porque... tú sola aquí no me conoces;
sólo una vez mi nombre de mis labios
salió, para servir de garantía
á estos fieles y antiguos partidarios,
que abonando mi nombre con los suyos,
el clero y pueblo para mí ganaron.

RODESINDA

No te conozco yo...? Cuál es entonces
tu nombre?

GERMANO

Ervigio.

RODESINDA

El hijo de Ardebasto?

GERMANO

De Elena esposo, de tu padre prima.

RODESINDA

Mi vaticinio real está bien claro,
y la real voluntad de Recesvinto
hoy entera en los dos cumplen los astros.

GERMANO

Mas ruega á Wamba que te dé un esposo;
has elegido ya?

RODESINDA

Sí; al ara vamos.

GERMANO

Vamos; tú reinarás sola, absoluta,
como en mi corazón en el Estado.

RODESINDA

Tú serás en la historia el rey Ervigio,
pero en mi corazón serás Germano.

GERMANO

Tú serás para el pueblo hija de reyes,
mas para mí, de mi ventura el astro.

RODESINDA

De tus ojos de rey seré cautiva.

GERMANO

En tus ojos de sol viviré esclavo.
Mas no soñemos. Perdonad, amigos,
á diez años de amor este arrebato;
y pues tiempo de sobra no tenemos,
si queremos vencer, no le perdamos.
El pueblo, el clero y la milicia sepan

el nombre de sus nuevos soberanos.
(Á Galtricias.)
Deán, dí al clero que en concilios junto,
á par del rey gobernará el Estado.
(Á Guntila.)
Guntila, dí á la tropa que, la guerra
terminada, licencio mis soldados.
(Á Romualdo.)
Romualdo, al pueblo dí que, al coronarme,
doy al fuego el registro del Erario,
y que atendiendo al tiempo que corremos,
suspendo los impuestos por un año.
Ya no hay al rey deudores ni rebeldes;
olvido universal de lo pasado.
Mañana entran mis tropas en Toledo.

GALTRICIAS

Y al otro día el rey.

GERMANO

Pues aunque entrado
hubiera ya á estas horas, sobre el trono
en lugar de juzgar fuera juzgado.
Ahora á la capilla precedednos.
(Á Romualdo.)
Espera; tú irás luego acompañándonos.
(Váse Galtricias y Guntila.)

ESCENA IV

GERMANO, RODESINDA *y* ROMUALDO

GERMANO

Ya lo ves, Rodesinda; de mis sueños
no salen hoy los vaticinios falsos.

RODESINDA

El cielo nos protege.

GERMANO

Empero mientras
pensar conviene que en la tierra estamos.
Claros son tus derechos, pero importa
de la ley con el peso sancionarlos,
y vale más política emboscada,
que triunfo tumultuoso y sanguinario.
Estás á todo pronta?

RODESINDA

Sí. De Wamba
quiero vengar la usurpación.

GERMANO

En vano
fuera abusar del real poder; el cielo
se encargó, te lo he dicho, de vengarnos.
Wamba no está seguro en su cerebro;
de enfermedad recóndita amagado,
puede atacarle de un momento á otro,
y él mismo su poder nos dará acaso
si obramos diestramente.

RODESINDA

No te entiendo.

GERMANO

Algunos le han tenido por maniático
siempre, y yo mismo, que á su lado vivo,
he tenido ocasión de repararlo.
Pronto un ataque de locura, el cetro
le obligará á dejar. Díle á Romualdo,
que advertido por mí desde háce tiempo,
observa en él los síntomas extraños
precursores del mal que yo temía:
díle que te haga un rápido relato
del caso de locura de esta clase
del buen Alí-Beijir, el Africano.
Óyele, que es un sabio inteligente,
y allá su juventud pasó estudiando.

RODESINDA

No te comprendo, Ervigio; cuando esperan...

GERMANO

Oye; tal vez importa demasiado.

RODESINDA

Habla.

ROMUALDO

Amigo leal del rey Ervigio,
cuando proscripto se llamó Germano,
su boca real me reveló el prodigio
que de tu porvenir abrió el arcano.
Yo, para asegurarle en los agüeros

de tu futura gloria, volé ansioso
al África; allí vierte los regueros
del divino saber, Dios generoso.
El sabio á quien allí sirve de tienda
el firmamento azul, por el desierto
tendiendo el ojo audaz libre de venda,
lee en sus espacios como en libro abierto.
La fuente de su ciencia en vaso de oro
á recoger fuí yo, y el Dios propicio
dióme por el dorado sacrificio
muestra brillante del saber del moro.

ERVIGIO

El oro es talismán omnipotente.

ROMUALDO

Yo demandé á los sabios del Oriente;
yo consulté los signos celestiales,
y allí, como en los páramos natales,
coronada también brilló tu frente.
Y allí mandaba Alí-Beijir, furioso
musulmán, que á sus pueblos gobernaba
por la ley del alfanje, y en reposo
un momento á sus pueblos no dejaba.
Tenía sucesor en un hermano,
que del mal de su pueblo se dolía,
mas sin poder contra el feroz tirano.
Y aconteció que Alí, sediento un día,
bebió un agua, en la cual tuvo una hierba
un negro en infusión, y á su beleño
brotó en su mente un mal, que el seso enerva
tras un profundo y repentino sueño.
De él Alí al despertar, á los que estaban
en su cámara habló con mucho agrado,
y tan otro mostróse, que no osaban
en un cambio creer tan no esperado.
Les invitó á sentarse en los cojines,
de su corte oriental contra costumbre;
les habló de saraos y festines;
mostró de lo pasado pesadumbre,
y al fin, riendo á llena carcajada,
contóles con diabólico relato
la historia de una reina endemoniada...
El desdichado Alí, ya era insensato.
Dicen que fué del negro maleficio
de él por vengarse; mas de tal manera
obra esta hierba en el humano juicio,
que probar la verdad difícil fuera.
La conducta de Alí mostraba á veces
que á algún desorden cerebral tendía;
proponía muy grave mil sandeces,
y á la menor observación cedía.
Viéndole así un faquí que estaba entre ellos
y comprendió del rey el mal insano,
á su loca sandez por no exponellos,
á presencia de Alí trajo á su hermano.
Puso en manos de aquél los reales sellos;
de abdicación un acta ante él escrita
le presentó, que Alí firmó risueño.
Coronóse su hermano en la mezquita,
y el insensato Alí tornó á su sueño.

RODESINDA

Ah!

ROMUALDO

Entendiste?

RODESINDA

Muy bien, y... mayor daño
la bebida causó?

ROMUALDO

Gracias al cielo,
sano y alegre con su humor extraño
siguió; contar historias fué su anhelo,
y vivió... bueno siempre, pero lelo.

RODESINDA

Y volvió á la razón?

ROMUALDO

Después de un año.

RODESINDA

Y recobró el poder?

ROMUALDO

No era prudente
devolvérsele ya, no fuera caso
que por segunda vez diera en demente.

RODESINDA

Y á ese mal tiende Wamba?

ROMUALDO

Á largo paso.
Y si indiscreto como Alí bebiera,
luego...

RODESINDA

(Interrumpiéndole.)
La lengua ten... claro está todo.
Partamos; nos aguardan allá fuera.

ROMUALDO

De hoy en dos días la ciudad le espera.

RODESINDA

Abdicará al tercero el cetro godo.
Hassan. *(Llamándole.)*

ESCENA V

GERMANO, RODESINDA, ROMUALDO *y* HASSAN

RODESINDA *(Á Hassan.)*

Ya no saldrá por donde ha entrado
quien mi esposo va á ser. Esas cancelas
secretas cierra y paga á ese soldado.
(Dále un bolsillo.)
No ha menester secretos ni cautelas
en su alcázar el rey.
(Rodesinda, abriendo la puerta, sale resuelta, mostrándoles el camino. Germano y Romualdo la siguen. Hassan queda mirándoles alejarse. En el punto en que han desaparecido, Wamba se presenta por la puerta del fondo. Hassan, al sentirle, cierra con prontitud la otra por donde él mira, volviéndose respetuosamente á Wamba.)

ESCENA VI

HASSAN *y* WAMBA

WAMBA

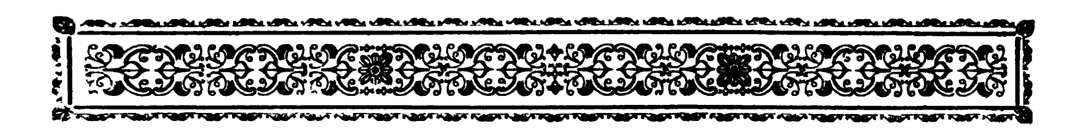
Por de contado
que todo es elegir los centinelas.
(Se echa á reir.)
Quién conspirando en centinelas fía?
Yo he sido siempre centinela mía.
Hassan.

HASSAN

Señor.

WAMBA

El rey llega mañana;
hasta entonces lo que hay en mi aposento
no llegue á sospechar persona humana.
No pierda voz, señal, ni pensamiento
tu perspicaz penetración nubiana.
No te separes de ella ni un momento;
sea para ambos tu obediencia muda,
y quien viva verá si Dios me ayuda.
(Váse Hassan á una señal de Wamba.)
Sospechándome imbécil me pusieron
para subir al trono las espadas
al pecho; yo las leyes que me dieron
supe, sin miedo, mantener sagradas.
No buscaban tal rey; se arrepintieron.
Para hacerme hoy bajar sus regias gradas
dicen que no está firme mi cabeza...
Pronto van á juzgar de su firmeza.
Esclavos les hallé, ya son señores;
huían por doquier, les dí victoria;
secretos saben, yo los sé mejores.
Mi espíritu, más grande que su gloria,
desprecia su furor, cual sus favores.
Loco he de ser del tiempo en la memoria;
mas el tiempo verá, si piensa un poco,
que fué más cuerdo que ellos el rey loco.



ACTO TERCERO

Cámara del rey Wamba. En el fondo su alcoba, cerrada con lujosa tapicería. A la izquierda un escritorio sobre el cual hay un reloj de arena, cuyos granos están concluyendo de pasar. Puerta á la izquierda. Balcón á la derecha. Noche.

ESCENA PRIMERA

RODESINDA *en el sillón del escritorio;* HASSAN *tendido sobre una piel de tigre, al pie de los tapices que cierran la alcoba de* WAMBA.

RODESINDA

La arena está al concluir,
y el alba empieza á clarear.
Nueva era va á comenzar
el día que va á lucir.
Hassan. *(Llamándole.)*

(Hassan se levanta y espera en pie que le hable Rodesinda.)

Has cumplido bien.

HASSAN

Satisfecha estás?

RODESINDA

Sí, y voy
á pagarte.

HASSAN

Esclavo soy;
se pagó mi sangre.

RODESINDA

(Dándole un pergamino.) Ten.

HASSAN

Qué me das?

RODESINDA

La libertad.

HASSAN

Tú no eres quien me compró.

RODESINDA

Á tu dueño heredo yo,
y estás en mi potestad.
Ave extranjera, ya espacio
tienes, á tu patria vuela.
Libre eres.—Por la cancela
secreta, Hassan, del palacio
sal. Hallarás á Germano
en mi cámara; que es hora
díle, y parte.

HASSAN

Adiós, señora.

(Hassan recoge del suelo su piel de tigre, saluda y váse.)

RODESINDA

Encomiéndate á él, nubiano.

ESCENA II

RODESINDA

Hoy al trono he de subir
donde tengo mi lugar;
solo reinar es vivir;
ea! morir ó reinar.
De reina el osado aliento,
de reina la alta ambición
de mi grande corazón,
llamada á reinar me siento.
Alumbrándome de intento
hasta el trono para ir,
va sin cesar de lucir
la antorcha de mi destino;
y pues él me abre el camino,
hoy al trono he de subir.
Águila real, á quien sobra
en las garras el poder
su jaula para romper,
y al instinto que en ella obra
viento y libertad recobra,
y al cielo, á do puede osar,
se remonta sin parar;
voy á remontar mi vuelo
del real dosel hasta el cielo,
donde tengo mi lugar.
Allí desde más altura
la tierra á los pies se mira;
allí un aura se respira
más vivífica y más pura.
Desde allí puede segura
la vista osada seguir
el vuelo del porvenir;
y allí puede el alma fiera
decir á la tierra entera,
sólo reinar es vivir.
Y qué falta á mi ambición
para asaltar el dosel?
Derechos me dan á él
mi estirpe y mi corazón.
El pueblo me da ocasión,
mi afán no me da vagar,
el tiempo me da lugar,
el destino me da aliento,
la fortuna alas y viento...
Ea! Morir ó reinar.

ESCENA III

RODESINDA *y* ERVIGIO

RODESINDA

Ven, Germano.

ERVIGIO

Bebió?

RODESINDA

Sí.

ERVIGIO

Quién le dió el líquido?

RODESINDA

Yo.

ERVIGIO

Tú misma?

RODESINDA

Yo misma fuí.

ERVIGIO

Y qué efecto en él surtió?

RODESINDA

Una hora después dió en tierra.

ERVIGIO

Cómo?

RODESINDA

Sin sentido, inerme.

ERVIGIO

Y desde entonces?

RODESINDA

Aun duerme;
ese pabellón le encierra.

ERVIGIO

Le vió Romualdo?

RODESINDA

Un momento.

ERVIGIO

Y qué dijo?

RODESINDA

Que demás
bebió tal vez.—Ya verás,
por mí has de quedar contento.

ERVIGIO

Y tú misma recibiste
de Romualdo el agua?

RODESINDA

Yo.

ERVIGIO

La fiaste á alguno?

RODESINDA

No.

ERVIGIO

Bien segura la tuviste?

RODESINDA

Todo el día, en mi aposento,
cerrada estuvo; en mi mano
la llave de él, y el nubiano
no se separó un momento
de su lindel en mi ausencia.

ERVIGIO

Y él no pudo...?

RODESINDA

Estaba acaso
en tal secreto? Ni el vaso
vió ni tocó.

ERVIGIO

En su presencia
bebió el rey?

RODESINDA

Como es costumbre
antigua de Wamba y mía,
á la mesa nos servía
con esclava mansedumbre.
Mas ni á los vasos llegó,
ni con el rey le dejé
solo un punto; yo escancié
al rey, y servíle yo.
Él de apearse acababa,
yo de comer concluía;
cansado él y hambriento estaba,
yo demás, y le servía.

ERVIGIO

Y el nubiano?

RODESINDA

Sonreía
detrás de él, y me miraba.

ERVIGIO

No fío en él.

RODESINDA

La alegría
embargado le tenía;
la libertad esperaba,
que yo ofrecido le había.
Ya está libre.

ERVIGIO

Y tú perdida.
Sabe harto ya.

RODESINDA

Sí, por cierto,
que sabe, mas va á ser muerto,
como un sabio, á la salida.

ERVIGIO

Ah!

RODESINDA

Y Toledo?

ERVIGIO

En mi poder.

RODESINDA

Del rey acampaste fuera
la gente?

ERVIGIO

Y Toledo entera
vendrá aquí al amanecer.

RODESINDA

Y á qué?

ERVIGIO

Á mover un tumulto
que á los dos nos justifique.

RODESINDA

Y cómo?

ERVIGIO

Pidiendo á bulto,
por si está cuerdo, que abdique.
Del vulgo costumbre necia
tal vez; mas en cuenta toma
que así obró el vulgo de Roma,
y así el de la sabia Grecia.
La política hará aquí
su papel diestro y sagaz;
como ignorante, tenaz,
hará coro el vulgo allí.
Y por doquier que se tuerza
la suerte, en la ocasión crítica,
si pierde aquí la política,
allá ganará la fuerza.

RODESINDA

Y otro peligro no habrá?

ERVIGIO

No temas; en conclusión,
saldremos luego al balcón,
y allí nos victoreará.
Ya está todo así dispuesto,
y Wamba tan en mi mano,
que si no despierta insano,
se despertará depuesto.

RODESINDA

De todos modos lo fuera.

ERVIGIO

Por qué?

RODESINDA

Porque ya es inepto
para reinar.

ERVIGIO

Por efecto
de qué?

RODESINDA

De la cabellera.

ERVIGIO

No te comprendo.

RODESINDA

No son
los concilios nuestras leyes?

ERVIGIO

Sí.

RODESINDA

Pues nos dan como á reyes,
sus decretos protección.

ERVIGIO

Explícate.

RODESINDA

(En un libro abierto sobre el escritorio.)
Lee, Germano,
con ojos y vida entera;
lee la decisión tercera
de un Concilio toledano.
(Leyendo.) «*Nadie de origen servil,*
ni raza á godos extraña,
podrá ser rey en España;
ni el que por delito vil
perdido haya su nobleza;
ni el que en cualquier ocasión,
por pena ó por devoción,
se motile la cabeza.»
(Representando.)
Pues bien; como de repente

adoleció, y por difunto
se le tuvo, en aquel punto
el hábito penitente
se le vistió á su demanda,
y al filo de la tijera
dió su noble cabellera,
como la iglesia lo manda.

ERVIGIO

Oh...! Extraña idea.

RODESINDA

Feliz.

ERVIGIO

Diabólica!

RODESINDA

Peregrina;
de la astucia femenina
pasada por el tamiz.

ERVIGIO

Mucho sabes.

RODESINDA

Da el amor
ciencia infusa á quien bien ama.
Se alzará, pues, de la cama
monje ó loco; no hay temor.
Mas ya concluyó la arena
de correr, y hora ya es
de despertarle.

ERVIGIO

Hazlo, pues.
Ya está esa cámara llena
de nobles y cortesanos
que, al recibir tu mensaje,
en mi compañía traje.

RODESINDA

También van ya los villanos *(Al balcón)*
agrupándose en la plaza.

ERVIGIO

Esparcí por la ciudad
de su grave enfermedad
la nueva.

RODESINDA

Nada embaraza
tu plan ya?

ERVIGIO

No, si bebió;
Romualdo de su bebida
me responde con la vida.

RODESINDA

Del beber respondo yo.

ERVIGIO

De ese modo...?

RODESINDA

(Interrumpiéndole.) Es cosa hecha.
Voy á apartar de su sueño
las tinieblas del beleño.

ERVIGIO

El tiempo, pues, aprovecha,
antes que el tósigo ejerza
más daño que el que queremos.

RODESINDA

Y hoy, Germano, reinaremos
por mi astucia ó por tu fuerza.
Yo el cetro te voy á dar.

ERVIGIO

Tú sola le has de tener.

RODESINDA

Mi amor podrás olvidar!

ERVIGIO

Nunca; no está en mi poder.

RODESINDA

Contigo iré por doquier?

ERVIGIO

Siempre; tu ser vive en mí.

RODESINDA

Yo solo en tu amor viví.

ERVIGIO

Será eterna nuestra fe.

RODESINDA

Yo á todo por tí osaré.

ERVIGIO

Y yo moriré por tí.

(Rodesinda descorre los tapices del lecho donde aparece Wamba dormido, sin cabellera, y vestido con una túnica de lana blanca, ceñida la cintura con una correa. Esta túnica será larga hasta los pies, y ancha lo bastante para que, ajustada con el cinto en numerosos pliegues, dé á la figura de Wamba la grave majestad de un anciano en traje talar, y no la ridícula apariencia de un fraile mal vestido. El cabello de Wamba no debe aparecer cortado en cerquillo monacal, sino igual por toda la cabeza. Su barba, crecida, como en los dos primeros actos. La locura, que muestra en las dos siguientes escenas, es sólo la continua distracción de un hombre débil de juicio, no la sandez estúpida de un imbécil, ni el arrebato de un loco furioso.)

ESCENA IV

ERVIGIO, RODESINDA *y* WAMBA

RODESINDA

Señor.

WAMBA

Quién habla?

RODESINDA

Yo soy,
Rodesinda.

WAMBA

Qué me quieres?

RODESINDA

Te sientes bien?

WAMBA

De qué infieres
que me sienta mal? Estoy
como siempre.

RODESINDA

Más tranquilo
estás ya?

WAMBA

He tenido el sueño
más dulce y más halagüeño
de mi vida. Cuando el hilo
de su fantástica historia
cobre, te le he de contar,
y sé que te ha de admirar.

RODESINDA

No fatigues tu memoria.

WAMBA

Fatigarla? No es tan largo
para causarme fatiga.

RODESINDA

Señor, fuerza es que lo diga:
tu sueño ha sido un letargo.

WAMBA

Un letargo!

RODESINDA

Sí, has caído
en él poco ha de repente,
sin sentido enteramente.

WAMBA

Pues, señor, no lo he sentido.
Mas parece que es de día,
y dormir tanto es mal hecho
en un rey. Quítate. *(Intentando levantarse.)*

RODESINDA

El lecho
vas á dejar?

WAMBA

Sí, á fe mía.

Qué dirían en Toledo
de mi pereza si no?

RODESINDA

Quieres que te ayude?

WAMBA

No
por cierto, yo solo puedo.
(Se levanta como distraído.)
Hola! Aquí estás tú, Germano?
Seas siempre bien venido;
ningún día has acudido
á palacio tan temprano.
Pero qué ropas son éstas? *(Mirándose.)*

RODESINDA

Señor, te vimos tan mal,
que creyéndote mortal,
te las pusimos.

WAMBA

Bien puestas
si tal creísteis.

RODESINDA

Así
no te enojas?

WAMBA

Enojar?
Con volverlas á mudar
se compone, pesiamí!
Mas qué es lo que te entristece?
Que me las quite? En buen hora.
Llevaré éstas desde ahora,
lo mismo da. Si os parece
que me van éstas mejor,
no haya por ello disgusto;
yo estoy con ellas á gusto,
conque adelante. En rigor,
nada hace al hombre el vestido
cuando el hombre es de provecho.
(Se sienta en el escritorio en actitud de trabajar.)
Hagamos algo.

ERVIGIO

(Á Rodesinda.) Esto es hecho.

RODESINDA

(Á Ervigio.) Es asunto concluído.
(Á Wamba.) Señor?

WAMBA

Qué?

RODESINDA

Vaste á poner
tan temprano á despachar?

WAMBA

Pues quién ha de gobernar?

RODESINDA

Te hará mal.

WAMBA

Cómo ha de ser!

RODESINDA

Cómo sientes la cabeza?

WAMBA

Perfectamente; mas pura
que nunca, y con más firmeza
la razón; con más soltura
manejo á mi ver el cuello,
y aun siento menos pesada
la frente, y más despejada.
(Al pasarse la mano por la frente no hálla la melena.)
Pero calla, y mi cabello?

RODESINDA

Señor...

WAMBA

Vamos, la melena
no es conveniente á este traje,
y adiós la mía... buen viaje!
(Se pasa la mano por la cabeza riéndose.)
Motilón! Enhorabuena.
(Ervigio y Rodesinda le contemplan atentamente. Wamba les mira pasando la vista de uno á otro.)
Pero turbados sospecho

que os halláis. Fuera temor!
Si es que de mí algún favor
deseáis, dadlo por hecho.
(Otro momento de silencio.)
Pero, ah! Ya caigo... os amáis
tal vez, y uniros supongo
que anheláis... Bien; no me opongo
tampoco; cuando queráis.
(Fija otra vez la atención en los pergaminos del escritorio.)

RODESINDA *(Á Ervigio.)*

(Admirable fué el beleño.)

ERVIGIO *(Á Rodesinda.)*

(El seso tiene perdido.)

RODESINDA *(Á Ervigio.)*

(Qué afable y qué comedido
ha salido de su sueño.)

WAMBA

Qué hacéis ahí? Concluid,
ó me váis á impacientar;
si algo me tenéis que hablar,
hacedlo, si no salid.
(Ervigio se acerca á él con seguridad y le dice:)

ERVIGIO

Señor.

WAMBA

Hola! Eres tú al cabo
el que echa á la mar el cable?

ERVIGIO

Alguno es fuerza que os hable
franco y amigo.

WAMBA

Te alabo
la amistad y la franqueza,
Germano, pero, pardiez!
háblame algo de una vez.

ERVIGIO

Pues escuchad.

WAMBA

Pues empieza.

ERVIGIO

Enfermedad repentina
de tal manera os postró
esta noche, que os juzgó
cadáver la medicina.

WAMBA

Pues bueno; si los empíricos
me han dado ya por difunto,
de que digan es asunto
la misa y los panegíricos.

ERVIGIO

Es que el pueblo, que ha creído
que eráis muerto, se juntó
al punto, y rey eligió
que os suceda.

WAMBA

Pronto ha sido;
pero bien.

ERVIGIO

Y dos al par
no puede haber.

WAMBA

Pues por Dios
que es claro; uno de los dos
tiene el cetro que abdicar.

ERVIGIO

(Con firmeza.) Vos.

WAMBA

(Con indiferencia.) Pues bien, yo.

ERVIGIO

(Con asombro.) Estáis dispuesto
á ello?

WAMBA

Pues no? Al instante.

ERVIGIO

Y á declararlo delante
de la corte?

WAMBA

Por supuesto.

ERVIGIO

Y el acta que os den escrita
á firmar?

WAMBA

Pues ya se ve;
vaya si la firmaré!
Doble, si se necesita.
Pero habláis de una manera
hoy... Parece que os extraña
todo. Me dices que España
conviene en que yo me muera;
pues bien, que me dé por muerto.
Me dices que el cetro abdique;
pues bueno. Que ratifique
la abdicación; sí por cierto.
Qué hay, pues, para que te espantes?
Me ungísteis rey en Toledo;
bien. Me quitáis. Pues como antes,
Wamba fuí, Wamba me quedo.
Se echa á reir, y vuelve á quedarse distraído.
Ervigio le contempla de reojo y receloso.)

ERVIGIO

(Aparte.) (Ó está por demás insano,
ó está demasiado bueno;
pero ya todo es en vano,
mi fuerza, ó la del veneno,
te han puesto, al fin, en mi mano.)
(Á Wamba.) Firmad, pues.
(Un pergamino que saca del pecho.)

WAMBA

Que firme?

ERVIGIO

Sí.

WAMBA

Qué es ello?

ERVIGIO

La abdicación.

WAMBA

Ah! Sí; y en quién la elección
recayó del pueblo?

ERVIGIO

En mí.

WAMBA

En tí?

ERVIGIO

En mí, sí.

WAMBA

Que me place;
con eso, y con que os caséis...

ERVIGIO

Lo estamos ya.

WAMBA

Pues lo habéis
acertado. Y qué se hace
ahora de mí?

ERVIGIO

El pueblo, atento
al bien de vuestra alma...

WAMBA

Es justo.

ERVIGIO

En el reino, á vuestro gusto,
os da á elegir un convento.

WAMBA

Bueno.—Ayer rey.—Monje hoy...
El abad del de Pampliega
es mi amigo.

ERVIGIO

No se os niega
la elección.

WAMBA

Pues allá voy.

ERVIGIO

Mas firmad antes.

WAMBA

Ah! Sí.
(Firma.) Wamba, dieciocho... Toledo...
Toma.

ERVIGIO

Bien.

WAMBA

(Frotándose las manos como insensato.)
Wamba nací,
Wamba soy, Wamba me quedo.

RODESINDA *(Á Ervigio.)*

Precioso filtro en verdad!

ERVIGIO *(Á Rodesinda.)*

Sí.

RODESINDA

No des tiempo á peores
efectos.

ERVIGIO

Abre.
(Rodesinda abre las puertas de la cámara, diciendo á los de fuera y á Wamba:)

RODESINDA

Señores,
el rey lo permite, entrad.

ESCENA V

WAMBA, ERVIGIO, RODESINDA, GALTRICIAS, ROMUALDO *y* CORTESANOS

ERVIGIO

Nobles é ilustres godos: Los destinos
de la tierra el Señor tiene en sus manos;
él rige los imperios á su antojo,
y trastorna la faz de los estados.
Las continuas fatigas de la guerra,
y del gobierno los penosos cargos,
en la edad avanzada del monarca
su natural salud menoscabaron.
Hoy, en las altas horas de la noche,
por repentina enfermedad postrado,
sin sentidos dió en tierra, y de su vida
desesperó la ciencia de los sabios.
La Iglesia, de su alma cuidadosa,
atavió al cuerpo para el viaje santo
desde el trono al sepulcro, y manos sacras
su cabellera noble motilaron.
Reunidos vosotros con el pueblo,
muerto creyendo al rey, y al resultado
no queriendo exponeros de otra guerra
por la nueva elección, por voluntario
voto, de Recesvinto á los parientes
el cetro de los godos habéis dado,
cumpliendo á par el postrimer deseo
que aquel piadoso rey mostró espirando.
Quiso el Señor tornar á la existencia
al victorioso Wamba, y por tan raro
modo, se halló la España con dos reyes,
pronta tal vez á dividirse en bandos.
Mas Wamba entonces, á la paz atento
y á la libre elección de sus vasallos,
con alto ejemplo de virtud sublime
y de heroísmo regio y sobrehumano,
la corona abdicó; y al santo traje
con que la iglesia le vistió, obligado
viéndose, cambia humilde el regio alcázar
por la tranquila soledad del cláustro.
He aquí su abdicación; he aquí la hija
de Recesvinto; y de su raza vástago,
he aquí que á llamar váis desde este día
el rey Ervigio al capitán Germano.
(Á Wamba.)
Señor, si es ésta la expresión exacta
de vuestra voluntad, testificadlo,
como pide la ley.

WAMBA

Si es cierto, dices?
No lo he firmado?

ERVIGIO

Sí.

WAMBA

Pues está claro.

ERVIGIO

Señores, mis secretas intenciones
conoce ya el Deán mi secretario.
Á él os remito. De mi real tesoro
tiene las llaves; para el pueblo franco
está; pregonen mis heraldos regios
mi advenimiento al trono; el aparato
de mi coronación se apreste al punto.
Hoy me ungiré en la catedral; y en tanto
que reúno, cual debo, los concilios,
comience con festejos mi reinado.
Wamba, débil aún de su dolencia,
reposo necesita; retiráos.
Su juicio todavía muy seguro
no está.

(Wamba se echa á reir, saliendo de la distracción en que cae siempre que no le dirigen la palabra, y mira á todos como quien los ve por primera vez. Las risas de Wamba deben manifestarse como consecuencias de sus íntimos pensamientos, y extrañas al parecer á toda exterior excitación.)

WAMBA

Hola! Aquí aún? No he abdicado
ya? Qué esperáis? Mas, ah...! De la memoria
se me iba ya!—Ocasión más oportuna...!
Sí, sí; esperad, y os contaré una historia
de otro rey...! Gran leyenda! Oh, la fortuna
no siempre en los alcázares habita!
Lo váis á ver. Prestadme oído atento,
porque atención mi historia necesita,
y gusto que me escuchen cuando cuento.

ERVIGIO

(Qué va á decir?)

GALTRICIAS

Oigamos.

ERVIGIO

Agravante
(Á los cortesanos, recatándose de Wamba.)
síntoma es de su mal, según los sabios.

ROMUALDO

(Idem.) Tal vez delire dentro de un instante.

RODESINDA

(Tengo el alma pendiente de sus labios.)

WAMBA

Fué un rey, el mejor rey.—Su augusta esposa,
modelo de virtud; era la llave
del arca de su noble y generosa
bondad; los dos cuanto en mortales cabe.
Veintiún años reinaron; en su espacio,
de conyugal amor ejemplo, objeto
en su reino, su corte y su palacio
fueron de admiración y de respeto.
Su siglo los juzgó por los mejores
esposos... pues fiad en la apariencia.
El mismo rey me lo contó, señores,
y os lo voy á contar en confidencia.
Una noche aquel rey entró en la estancia
de su esposa real, torvo y perdida
la color... y la esposa estremecida
cayó á sus pies, y... el rey, con la arrogancia
de juez, la dijo en ronca voz: «Lo mismo
»divide á dos esposos la distancia
»de un muro, que un desierto ó un abismo.
»Allí yo, y aquí vos. Entre lo hecho
»y los ojos del mundo haya una venda
»tendida; la verdad en nuestro pecho
»quede, y jamás el mundo la comprenda.»
Y así fué. Juntos siempre, mas extraños
siempre uno á otro, en dicha mentirosa
vivieron uno... dos... hasta diez años,
reina sin rey, esposo sin esposa.
Y luego el rey... á la miseria humana
sujeto... ansió venganza... y al imperio
cedió de otra pasión... pasión villana,
embozada en las sombras del misterio.
(Se echa á reir.)
Siempre el mundo fué así... Oh! Es muy bella
historia.

GALTRICIAS

(Á Ervigio.) (El infeliz está sin tino.)

ERVIGIO

(Sombrío.) (Su historia lo dirá.)

RODESINDA

(No sé qué en ella
de siniestro y de lúgubre adivino.)

WAMBA

Atended ahora bien: ya habéis oído
que no está mi cabeza muy segura,
y cualquier distracción, cualquier descuido
puede hacer mi leyenda un poco oscura.
Era otra noche, y de ella en alta hora,
cuando en un oriental rico aposento
tenía en un cojín cómodo asiento
un hombre. De la estancia la señora
sonreíale amante, y cerca de ellos,
sobre la blanda y arabesca alfombra,
una niña gentil de sus cabellos
pugnaba por asir la móvil sombra.
Era un risueño cuadro de familia;
mas... cual la sombra de Daniel airada
de Baltasar en la fatal vigilia,
turbóle aparición inesperada.
Otra mujer, de rostro más enjuto,
de beldad más severa, en su semblante
como en sus ropas arrastrando luto,
aparecióse de los dos delante.
«La balanza está igual desde este día
(dijo á aquel hombre la mujer sombría);
»de mi falta diez años penitencia
»hice yo; hoy la venganza me convida,
»mas ofrecerte importa á mi conciencia
»venganza no, satisfacción cumplida.
»Dios perdonó; á su ejemplo perdonemos;
»los dos á esta mujer olvidaremos;
»si me perdonas tú, yo la perdono.
»La hija de vuestro amor lo será mía;
»ministro eterno de tu justo encono,
»estará ante mis ojos noche y día.
»Mi honor cubrirá el tuyo eternamente,
»pero desde hoy en mí tu alma severa
»vea sólo la esposa penitente;
»mayor expiación, quién me impusiera?»
Calló aquella mujer; tembló aquel hombre
comprendiendo el sublime sacrificio,
é indigno vió de hidalgos de buen nombre
dar á tal corazón tan vil suplicio.
«Sí, sí (exclamó aquel hombre); Dios te en
»tú derramas la luz sobre mi mente, vía!
»tu alma grande engrandece el alma mía.
»Mi honra á tu amor sacrificó inclemente;
»sacrifica á tu honor á esa judía.»
Porque aquella mujer era una hebrea;
hebrea, sí, con cuya unión se infama
quien cede á su amor vil, sea quien sea;
y aquel hombre era un rey, y aquella dama
enlutada una reina, y yo la tea
soy que ilumina el tenebroso drama.
Yo soy la tea á cuya roja lumbre
escrito en la mitad de un pergamino
va este secreto á leer la muchedumbre,
si á lo escrito sobre él mi luz inclino.

RODESINDA

Un momento, señores, un momento.

ERVIGIO

Dispensad, ya os lo dije, está demente
el infeliz.

RODESINDA

Salid del aposento.
(Salen todos; Rodesinda y Ervigio cierran las puertas.)

ESCENA VI

WAMBA, ERVIGIO *y* RODESINDA

WAMBA

Creo que comprendéis perfectamente
que cuerdo el loco está; que su destreza
vuestra astucia burló, pues que en su seno
del musulmán Alí no entró el veneno,
y que en su mano está vuestra cabeza.
(Ervigio y Rodesinda van á hablar, y Wamba les interrumpe.)
Ni una palabra...! Reino todavía.
Ea! Ley del Talión: mano por mano
y deshonor por deshonor. La valla
de vuestra fe saltáis? Salto la mía.
Me la ofrecéis? Acepto la batalla.
Rey me ultrajáis? Me temblaréis tirano.
Tú tienes la mitad de una escritura;

yo la otra. Tú ahí mi trono tienes;
yo aquí vuestra deshonra... Oh! Mi locura
me inspiró el conservar con cuerdo instinto,
del porvenir versátil en rehenes,
la mitad del papel de Recesvinto.
Oid.
(Lee Wamba; Rodesinda y Ervigio siguen con la vista su lectura sobre el pergamino.)
«Voy á morir. Wamba, tú ya sabes
mi secreto. En tus manos está todo;
con póstumo delito no me graves;
mi honra pospón al bien del pueblo godo.
De la reina jamás sepa la historia
el mundo; contra mí tan sólo arguya.
Penitente miró por mi memoria;
yo velaré, al morir, por la honra suya.
Wamba: que la hija mía se dirija
quiero por tí. Si es digna de mi trono
y honra á su estirpe, cual de reyes hija,
reine, y tenga la reina en ella abono.
Esta es mi voluntad; nadie reclame.
Wamba, si es noble sangre de la mía,
reine, hija de ambos; mas perezca infame
si sólo es sangre de la vil judía.
RECESVINTO.»
(Representando.) Es el rey de mi leyenda,
la enlutada la reina, y tú el infame
retoño de la hebrea.—Infamia horrenda
sobre el cristiano que tu fe reclame!

RODESINDA *y* ERVIGIO

Ah!

WAMBA

Bien hicísteis en echar la gente;
fué de sana razón leal consejo,
porque soy una tea cuya llama
pálida luz en torno desparrama
y habéis palidecido á mi reflejo.
Habéis hecho muy bien; nunca es prudente
que alumbre á los serviles cortesanos
la luz que de sus reyes á la frente
saca la palidez de los villanos.

RODESINDA

Pues bien; para vencer, te falta un poco
todavía; y si esperas que la tea
que ilumina la historia de la hebrea
lucirá un día más, sí que estás loco.

WAMBA

Y quién la apagará?

RODESINDA

Los que extinguida
necesitan tu luz, muda tu boca;
los que contigo juegan trono y vida,
y en cuya mano estás.

WAMBA

Mísera loca!
Desde hoy de su palacio en el recinto
aquí tú y *allí yo*, dirá el esposo:
el silencio ó la tumba! Y por instinto
un velo tenderás bien tenebroso
sobre la tumba real de Recesvinto.
(Vivas, músicas y tumulto dentro.)
Mas he ahí á vuestro pueblo.
(Dentro.) Viva Ervigio!
Y es, á fe mía, la ocasión famosa
para doblar con él vuestro prestigio.
(Se adelanta hacia el balcón.)

ERVIGIO

Wamba!

WAMBA

(Deteniéndose.) La tentación es poderosa!
Qué dirían los cuerdos si el insano
por el balcón, al popular instinto
hoy entregara con airada mano
la mitad del papel de Recesvinto?
Qué los reyes dirán cuando les llame
ante sus leyes la venganza mía,
cuentas á dar de la coyunda infame
del noble godo con la vil judía?
Oh! Lo vamos á ver.
(Llega al balcón y pone mano en la falleba.)

RODESINDA

(Aterrada.) Señor, detente!

ERVIGIO

(Aterrado.)
Respeta de los muertos la memoria,
ministro del furor omnipotente!

WAMBA

(Quitándose del balcón.)
Gracias á Dios que comprendéis mi historia!
Al fin, aunque tenido tan en poco,
y atropellado con furor villano,
apeláis al honor del pobre loco...
y habéis hecho muy bien, no será en vano.
De vuestros ojos, pues, caiga la venda.
Dios sabe nada más lo que yo he hecho,
y Dios de mi conducta satisfecho
está. Voy á explicaros mi leyenda.
(Á Ervigio.)
Conozco bien desde el primer instante
tu ser, nombre y origen. En tu vida
distes un paso sin que yo delante
caminara de tí; ni una guarida
tuya se me ocultó; ni un pensamiento
tu mente concibió, sin que la mía
no te le sorprendiera en el momento;
doquiera he sido tu perpetuo espía.
Te protegí en Escandia; á Rodesinda
con uno y otro engañador prodigio
te dejé fascinar; cómo deslinda
tu razón mi conducta? Por Ervigio
te conocía, y te sufrí Germano;
con Paulo en Lusitania conspiraste,
y en las ruinas de un templo del romano
asistí á vuestras citas; encontraste,
á Toledo volviendo, en tu camino
un joyero; era yo; de una cancela
y un hombre fiel ayer vuestro destino
fiásteis; yo os hacía centinela;
y os espié tenaz, y dobles llaves
dí á Hassan, que fué mi sombra noche y día,
y todos vuestros planes conocía,
y evité vuestros crímenes más graves.
Pero, por qué desde el primer momento
en que llegué á entender vuestras vilezas
no derribé á mis pies vuestras cabezas?
Porque hice á Recesvinto un juramento.
Sí; mi conducta comprended entera,
mas nunca la expliquéis; no nos conviene.
Fiada á mí la voluntad postrera
de Recesvinto, á que la cumpla y llene,
mi honor me obliga y mi virtud severa.
Dála el trono, me dijo; ya le tiene;
uniros me mandó, ya estáis unidos;
los votos de mi rey están cumplidos.
Pardiez! No os extrañó que de los godos
estuviera el tirano desde luego
desvelado y alerta contra todos,
y sólo contra vos dormido y ciego?
Tal soy y tal obré; los raros modos
jamás digáis por que el poder os lego;
si á vuestro corazón quitáis la llave,
Dios solamente nuestra historia sabe.
Conocedme por fin. La soberana
potestad os entrego. Yo prefiero
morir tranquilo en soledad cristiana.
Mío es el cetro aún, mas no le quiero;
Wamba es más grande que la gloria humana,
y prefiere á ser rey, ser caballero.
Cumplí con Recesvinto; ya en el trono
su raza está. Olvidadme, y os perdono.
Hassan. *(Llamándole.)*

ESCENA VII

WAMBA, ERVIGIO, RODESINDA *y* HASSAN, *que aparece á la voz de Wamba por una puerta secreta que se abre junto á la alcoba.*

WAMBA

(Á Rodesinda señalando á Hassan.)
Leal siempre ha sido
á su señor, y tu ciega
venganza como yo ha huído.

RODESINDA

(Con despecho.) Ah!

WAMBA *(Á Hassan.)*

Está todo prevenido?

HASSAN

Todo está.

WAMBA

Pues á Pampliega.
(Wamba, servido por Hassan, se ciñe una túnica ó traje talar, á manera de sobreveste larga, semejante á las que saquen los nobles en los actos anteriores. Esto se efectúa en el fondo de la escena, y mientras, dicen Ervigio y Rodesinda:)

RODESINDA

Le dejas ir?

ERVIGIO

Es modelo
de virtud y honor. Y escucha:
Tú allí y *yo aquí*.

RODESINDA

Por el cielo
santo! Eso á mí? Á nueva lucha
me provocas?

ERVIGIO

(Con altivez.) Yo no lucho;
mando.

RODESINDA

Y mi orgullo no cede
jamás.

ERVIGIO

(Con ironía.) Oh! El rey puede mucho.

RODESINDA

Oh! *(Con ironía.)* Más la venganza puede.
(Wamba, transformado su traje y dispuesto á partir, baja otra vez al proscenio. Hassan le aguarda en la puerta secreta.)

WAMBA

(Á Rodesinda.) Á Recesvinto juré
velar por tí, y le guardé
fidelidad. Cuando Dios
nos llame á juicio á los dos,
yo de mí responderé.
(Á Ervigio.)
Escucha, Ervigio, un consejo.
Me hicísteis rey á estocadas;
y si hoy el trono no dejo,
me echáis de él á puñaladas;
tómame, pues, por espejo.

ERVIGIO

Señor, virtud de gran precio
te otorga Dios; pronto estoy
si quieres...

WAMBA

(Interrumpiéndole.) No soy tan necio;
guarda el poder que te doy;
le conozco, y le desprecio.

VOCES DENTRO

Viva Ervigio!

OTRAS

Viva!

WAMBA

Ahí fuera
creo que el pueblo os espera.
Como loco, á darle voy
mi despedida postrera.
(Se asoma al balcón, tomando la corona, que lo mismo que el manto real, habrán estado todo el acto á la vista sobre un mueble.)

VOCES DENTRO

El loco! El loco!

WAMBA

(Mostrando la corona.) Yo soy.
Vedla aquí. De mi cabeza
la quitan sólo mis brazos.
Pero aplaudid mi largueza:
me la dísteis en pedazos
y os la vuelvo en una pieza.
(Tira la corona por el balcón, soltando una carcajada, y cierra.)

VOCES DENTRO

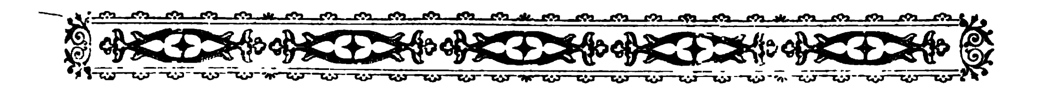
Bien! Bien!

WAMBA

(Á Ervigio.) Yo tomo el camino
de Pampliega. Tan escaso
de honradez no te imagino;
mas me llevo, por si acaso,
la mitad del pergamino. *(Á los dos.)*
Guerra ó paz; me importa poco.
Pero tened en recuerdo
de que yo no la provoco,
y que siempre está el rey cuerdo
en las manos del rey loco.

(Wamba y Hassan parten por la puerta secreta. Ervigio y Rodesinda quedan mirándose uno á otro, cada uno á un lado de la escena. El pueblo canta y victorea dentro.)





HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN

NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN

LEYENDA

INTRODUCCIÓN

En un rincón de Castilla,
allá en el fondo de un valle,
sobre tres cerros distintos
hay tres torres semejantes.
Castillos los llaman unos,
otros atalayas árabes;
mas, su origen positivo
á la verdad no se sabe.
Un río humilde, el *Esgueva*,
la falda á los cerros lame,
y entre huertas y majuelos
lleva á rastra sus cristales.
Entre los olmos y vides
con que tapiza su margen,
y ambas filas de colinas
que le interrumpen el aire,
hay derramados sin orden
más de un ciento de lugares
que, amasados todos ellos,
un pueblo tal vez no valen.
Pues los pueblos con el río,
y las huertas de la margen,
las colinas que le cercan
en dos bandas desiguales,
y los tres cerros distintos
con tres torres semejantes,
de tal modo unos en otros
vegetan, pasan ó yacen,
que todo el conjunto entero,
sin que esto lo dude nadie,
tomando nombre del río,
forma sin disputa el valle.

I

Está la noche espirando,
y allá, en el fin de la sombra,
en vacilante crepúsculo
tiñe el Oriente la aurora.
La luna en el Occidente
su pálida luz ahoga,
y las estrellas la siguen,
luz reflejando medrosa.
Silba el cierzo entre las ramas
de los árboles sin hojas,
y con espejos de hielo
Esgueva sus aguas orla:
ostenta el campo escarchado
trémula alumbrada alfombra,
que á veces parece el alba,
y agua á veces silenciosa,
que allá en la sombra confusa
humeando se evapora.
Se oye el murmullo del río,
que por la pesquera rota
se filtra, tornando el agua
en espuma bulliciosa.
Ya en copos blancos se eleva
trenzada y murmuradora;
ya cae en hebras de plata,
y se arrastra tumultuosa;
ya trepando por las piedras
se columpia de una en otra;
ya por evitar un canto
serpenteando se encorva,
y ya, tornando á ser agua,
susurra en la hierba tosca.

Allá en la opuesta ribera
se alcanza una torre octógona,
con que la frente de un cerro
entre brezos se corona.
Un pueblo, frente por frente,
junto á las aguas sonoras,
con casas de tierra y ramas,
de hidalgo y leal blasona;
y una casa que, más lejos
de la orilla y de las otras,
puede pasar por alcázar,
según aumenta en las formas,
yace al pie de una colina,
olvidada, triste y sola,
con lienzos en las ventanas,
que honores de vidrio gozan.
Entre una luz y los lienzos
cruza á veces una sombra
que, sobre ellos destacada,
parece bien que se asoma;
y á veces, inmoble y fija,
cubre la ventana toda,
cual si estorbar pretendiera
paso á la vista curiosa.
Á veces semeja un hombre
que, vuelto el rostro á la antorcha,
dibuja un bulto sin gesto
que descansa en una gola;
y á veces, raudo pasando,
de un rostro el perfil contorna
de agudo y crespo bigote
que con la gorguera toca.
Mas puede á veces dudarse
si es una ó son dos las sombras,
si pasean ó si danzan,
si luchan ó si retozan;
porque hay puntos en que cruzan
dos bultos de varia forma:
una cabeza con rizos,
con barba y bigotes otra.
Casi al pie de la colina
en que la casa se apoya,
hacia el pueblo más cercano
una senda desemboca.
Un hidalgo, á pasos lentos,
la vuelta del cerro toma;
un mozo trae adelante
debajo una yegua torda,
y un largo ropón oculta
lo demás de su persona.
Tendió á la casa la vista;
tembló, paróse y tendióla
por todo cuanto en el valle
abarca, sombría y torva.
Echó pie á tierra, y á poco
la mirada escrutadora
alcanzó la luz movible
por entre la puerta rota:
en faz de asombro y de duda,
ó de vergüenza y de cólera,
la planta trémula tuvo,
y agachándose en la sombra,
clavó en la puerta los ojos,
y el puño en la tierra fofa.
Se abrió la puerta: un mancebo,
la faz envolviendo toda
de un gabán entre las pieles,
en apostura amorosa
de una mujer se despide
que á despedirle se asoma.
Juró airado el escondido
en voz sofocada y ronca;
sonó en el umbral un beso,
cerró la puerta la moza,
y el galán, pasando el vado,
hacia la torre se torna.
Cuando él llegó al pie del puente,
ya con mano vigorosa
á sendas aldabonadas
el otro á su puerta dobla.
Abrióla al fin la mujer,
y al cerrarla cuidadosa,
ya por Oriente venía
la tornasolada aurora.

II

El codo sobre la mesa,
sobre la mano ambas sienes,
entrambas cejas fruncidas,
arrugada la ancha frente,
la otra mano en la cintura,
los pies en un taburete,
en un sillón de baqueta
está meditando Pérez.
Una lámpara de hierro

á un lado en la mesa tiene,
cuya luz lucha oscilando
con el día que amanece.
Al otro lado un tintero,
y en el centro unos billetes
cuya firma está abrasando
con pupilas de serpiente.
Desigual suelta el aliento
por los apretados dientes,
y mal ahogados suspiros
dentro del pecho le hierven.
«Mendo Abarca!... Que me place:
»un día tras otro viene,
»y honra con honra se paga,
»vida por vida se pierde.»
Esto en voz baja diciendo,
asió la luz de repente,
y á voces en la escalera
llamó á Margarita, Pérez.
Subió al punto la muchacha,
tranquila, hechicera, alegre,
mostrando en la tez de rosa
sus abriles diez y nueve.
Y es la niña un embeleso,
una hermosura de Oriente,
cogido el cabello en trenzas,
que con dos agujas prende;
cintura escasa y flexible,
que cimbrea y se estremece;
tez morena, negros ojos,
paso resuelto y pie breve.
Con la sonrisa en los labios
y con la paz en la frente,
rebosando amor y hechizos
que irresistibles parecen,
entró por el aposento
preguntando:
—Qué me quieres?—
Pérez, bajando los ojos,
contestóla:
—Que te sientes.—
Sentóse, y siguió el marido:
—Tienes, querida, presente
cuánto tiempo ha nos casamos?
—Sí, por cierto; treinta meses.
—Pues eso há que nuestra honra
nos prestamos mutuamente.
—Y ahora, á qué recordarme...?
—Díme: y esto, cuántas veces
si se pierde se recobra?
—Á qué viene esto, Ruy Pérez?
—Sabes, Margarita mía,
que cada sentido tiene
una puerta por do sale
nuestra honra y nunca vuelve?
—Pero...!
—Y sabes, Margarita,
que no sois más las mujeres
que un alcázar donde la honra
guardada los hombres tienen?
—Por Dios, Pérez, que no alcanzo
lo que con esto pretendes!
—Sabes que un alma con honra
otra alma con honra quiere,
porque es justo que se guarden
las reinas para los reyes?
—Pero...!
—Y sabes, Margarita,
que el marido que la pierde
compra una marca de infamia
que lleva en el rostro siempre?
—Pero...!
—Y sabes, Margarita,
que, en tanto que no la vengue,
ni de hidalgo ni de hombre
el vano nombre merece?
—Pero...!
—Y sabes, Margarita,
que si por ella no vuelve,
hasta las dueñas escupen
de su blasón los cuarteles?
—Mas yo...!
—Y sabes, Margarita,
que nació hidalgo Ruy Pérez,
y no ha de vivir sin honra,
aunque al mismo Dios le pese?
—Cielo...!
—Y sabes, Margarita,
que un remedio hay solamente
para dolencia tan grave...
—Pero escucha...!
—Y que es la muerte?
—Pero...!
—Silencio!
—Oye...!
—Calla!

Más hablando no me afrentes,
y lee, si te queda aliento,
Margarita, esos papeles.—
Y esto diciendo, á la cara
tiróla Ruy los billetes,
y ella cayó de rodillas,
clamando:—Cielos, valedme!
Pasaron unos instantes
en silencio tan solemne,
que de entrambos corazones
contarse los golpes pueden.
Pérez, crispados los puños,
atenazados los dientes,
amoratados los labios,
fuego por los ojos vierte.
Margarita, de rodillas,
doblada al pecho la frente,
cruzadas las blancas manos,
pálida como la muerte,
correr por ambas mejillas
deja una lágrima ardiente,
que, resbalando hasta el suelo,
en vapor se desvanece.
Pérez, inmoble de rabia,
en el sillón se mantiene;
y ella, de miedo y vergüenza,
convulsiva se estremece.
Al cabo, con voz sombría
dijó á Margarita, Pérez:
—Mujer, yo adoraba en tí;
por tu capricho más leve,
por solo un cabello tuyo
hubiera muerto mil veces.
Y el amor que compré un día
con vida y con alma, imbécil!
hollando tus juramentos,
así en mi ausencia me vendes?
—Perdón!—clamó Margarita.—
Oh, me detesto!...
—Detente;
que con que tú te aborrezcas,
él mi honra no me vuelve.
Pero, por Dios! que no es tarde...
—Cielo santo! Qué pretendes?
Perdón! Perdón! Á tus plantas
me arrastraré eternamente!
— Y el polvo en que tú te arrastres,
podrá mi honra volverme?
—Lloraré al pie de tu lecho
velando mientras tú duermes!
—Y qué sueño ha de acudir
á quien sin honra se acueste?
- Seré menos que tu esclava!
Besaré el polvo que huelles!
—Y qué harás con esas manos
que toman estos billetes?
—Perdón!
—Pídesele al cielo,
que él solo dártele puede!

III

Es un salón cuadrilongo,
dentro de la antigua torre
en que desterrado habita
don Mendo Abarca y Quiñones.
Sobre un tapiz toledano,
bordado en torno de flores,
hay una imagen de Cristo
colgada de dos cordones.
De la alta bóveda ojiva,
por medio una argolla corre
otro cordón que sustenta
una lámpara de cobre.
En una de las paredes
hay un nicho y dos balcones,
y el sol pasa macilento
por los vidrios de colores.
Allá en el opuesto lado,
gigantesca en dimensiones,
hay, á guisa de herrería,
una chimenea en donde
se exhala en llamas y en humo,
tendido en seis pies de bronce,
amenazando un incendio,
muy cerca de medio roble.
Y de cara hacia la llama,
magro, silencioso, inmóvil,
entre enterrado y tendido,
dentro de un sillón un hombre.
Una mujer, no muy lejos,
en silencio borda ó cose
una alfombrilla de sedas
que sobre un cojín recoge.
Entre ellos el ruido sordo
de la chimenea se oye,

y afuera el cierzo que zumba
en los ángulos del Norte.
En cuanto á ambos personajes,
siguen sus meditaciones
sin que, al parecer, al uno
nada del otro le importe.
Cada cual en su trabajo
su atención entera pone:
ella contando sus hebras,
él contando sus tizones.
Al fin, rompiendo el silencio,
dijo la mujer al hombre:
—Estás triste!
—No; cansado
de velar toda la noche.
Y como volviendo en sí,
el que respondió, turbóse.
Rápida, mas de hito en hito,
ella un punto contemplóle;
mas él siguió:—No lo sabes?
Volveremos á la corte.—
Soltó la alfombra Leonor,
y, acariciando á Quiñones,
le dijo:—Y me lo ocultabas!
—Quise sorprenderte: el conde
me escribe ayer que á mi antojo
la vuelta de Madrid tome.
—Y será pronto?
—Muy pronto,
que ya me cansa esta torre,
donde hemos estado un año
escondidos como hurones.
—Cuánto he rezado á ese Cristo
por que á este día nos torne!
Don Mendo se puso en pie
al escuchar este nombre,
y, llorando de contento,
ella del cuarto salióse.
En esto, por otra puerta,
entró el paje Diego López,
y ante su señor llegando,
cortesmente saludóle.
—Qué tenemos?—en voz baja
preguntó al mozo Quiñones.
—Nada, señor; ha seis días
que huyeron ambos.
—Adónde?
—Imposible adivinarlo:
la casa registré anoche.
—De quién hubiste las llaves?
—La escalé por los balcones.
—Y qué?
—La casa desierta;
las camas hechas; los cofres
cerrados; no falta nada;
todo en silencio y en orden.
—Y nadie responde de ellos?
—Imposible! Unos pastores
dicen que le vieron solo
pasar el puente ha dos noches,
pero que, al ponerse el sol,
iban los dos por el bosque.
—Los dos, y volvía Pérez?
—Solo.
—Es bien extraño...! López,
dentro de muy pocos días
volveremos á la corte.
—Está bien, señor.
—Escucha;
para lo de ayer disponte.
—Dos caballos?
—Por supuesto.
—Á qué hora será?
—Á las doce.—
Dejó el aposento el paje,
y entre sí mismo Quiñones
murmuró:—Si volvió Pérez,
y sospechando...! Oh! Entonces
mañana mismo á Madrid,
y ahí se las haya el buen hombre.—
Y al calor de la fogata,
sobre la mano durmióse.

IV

Está la torre que habita
don Mendo junto al Esgueva
en una colina oscura,
sin árboles y sin hierba,
sin foso que la circunde,
sin torres que la defiendan,
desmantelados los muros,
derribadas las almenas.
Asido con dos argollas
entre dos postes de piedra,
tiene un puente levadizo

suspendido en dos cadenas.
Oprime al caer este puente
otra torre más pequeña,
en cuyo centro macizo
hay torcida una escalera,
y alzado el puente de noche
aislada la torre deja,
de modo que á un tiempo mismo
sirve de puente y de puerta.
Por inútiles sin duda
sus ventanas y luceras,
hanlas tornado en balcones
y suprimido las rejas;
y es justo, á nuestro entender,
que tal mudanza sufrieran,
pues sirven de algo en la paz
y eran estorbo en la guerra.
Era la noche siguiente,
y la media noche apenas;
el cierzo airado zumbaba
del olmo en las ramas secas,
y murmuraban las aguas
azotando las riberas,
atropellando sonoras
raíces, algas y piedras,
haciendo con sus espumas
espejos, lazos y trenzas.
El cielo, entre opacas nubes
velando luna y estrellas,
el valle, el río y la torre
encapotaba en tinieblas.
No brillaba en los linderos
la luciérnaga rastrera;
no había parleras aves
que cantaran en la selva,
ni insectos que susurraran
entre la flexible hierba;
no había pajizas flores
que en los céspedes crecieran,
ni pastores que velaran,
ni silbadoras culebras,
ni lobos que con la luna
cruzaran por la pradera.
Que es la noche, sobre oscura,
de Diciembre opaca y negra,
y húmeda, gruesa y pesada,
acosa al aire la niebla.
Bajóse en la torre el puente,
y trasponiendo la cuesta,
dos hombres hacia los vados
echaron por una senda.
—Traes las llaves?—dijo el uno.
—Sí, señor.
—Y allá quién queda?
—Martín Muñoz en la escala,
durmiendo la camarera,
y Lucas con los caballos
aguarda junto al Esgueva.
Los demás hacia la corte
irán ya lejos, y apenas...—
Una ráfaga silbando,
el resto arrastró con ella.

Entonces, de entre la sombra,
alzóse callada y lenta
una figura embozada,
que mucho á un hombre semeja.
Tanto guarda de fantasma
como de humano conserva,
porque ella anda ó se desliza
sin que, al moverse, se sientan
el compás de sus pisadas
ó el rumor de sus espuelas;
y el murmullo que se escucha
dentro de su boca mesma,
no se sabe si es que gime,
conjura, amenaza ó reza.
Pero hombre, ilusión ó duende,
al pie de la torre llega,
y sin vacilar un punto,
con una escala de cuerdas
asiendo el balcón más bajo,
desembozándose trepa,
y de un corredor desierto
se pierde por las revueltas.
En una apartada alcoba,
á la luz de una linterna,
la esposa de Mendo Abarca
sola y destocada sueña.
Y los labios la sonríen,
y la lengua balbucea,
y toda la paz del alma
la faz dormida refleja.
Con el fin de su destierro
descuidada devanea,
y la pasan por la mente

viajes, luminarias, fiestas,
y con sus mil armonías
de campanas y pendencias,
obras, caballos y carros
se finge una corte entera.
Los nobles que la visitan,
las damas que la contemplan,
los lacayos que la guardan,
y los pajes y las dueñas,
los billetes de convite,
las joyas y las preseas,
todo la pasa en tumulto
en ilusión halagüeña.
En esto el mismo fantasma
asomó osado en la puerta,
corrió por dentro el cerrojo,
contempló un punto á la bella,
y luego, ahogando la luz,
dejó la estancia en tinieblas.
Se oyó en la sombra un suspiro...
y en faz de rauda tormenta,
siguió estrellándose el cierzo
en las pintadas vidrieras.
Las puertas estremecidas
sobre los quicios retiemblan,
y silba y cruje y se rasga
con ímpetu en las troneras;
y ni gemidos ni pasos
tornan á oirse, ni quejas;
todo el viento lo devora,
lo mata, sofoca ó lleva.

Á poco don Mendo y López
tornaron la misma senda;
y tornó á oirse del puente
rechinando la cadena,
y oyóse que el uno hablaba
y el otro daba respuesta.
—Cogió las cartas...?
—Sin duda.
—Más vale así.
—Que no vuelvan.
—Pasado mañana, López,
á Madrid damos la vuelta.

Cruzaron ambos el puente,
volvió á sonar la cadena,
y siguió el viento zumbando
por los ángulos y rejas.
Y en esto, en el balcón mismo
la misma escala de cuerdas
cayó al campo, y el mismo hombre
bajó embozado por ella.
Llegó al suelo, y percibióse
de Pérez la voz severa,
que á lo lejos murmuraba,
como quien conjura ó reza:
«Quien á hierro mata, es justo
»que igualmente á hierro muera:
»HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN
»NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.»

V

Vino un día y otro día,
y vino un mes y otro mes,
y año tras año venía;
el segundo concluía,
y pasaron hasta tres.

Pérez desapareció,
su casa quedó en escombro;
don Mendo á Madrid volvió,
y con estruendo y asombro
la torre se desplomó.

Contaron de ello medrosas
las gentes varias consejas
y fábulas espantosas:
de amoríos las hermosas,
y de visiones las viejas.

Quién dijo (y á tal contar
el más valiente se pasma)
que vió, el alba al despuntar,
junto á la torre vagar
blanca y sola una fantasma.

Quién dijo que, atravesando
de noche por la pradera,
la colina coronando,
vió hasta cien almas danzando
en derredor de una hoguera.

Ni faltó en pleno concejo
un hidalgo del lugar
que, arrugando el entrecejo,

contara que un moro viejo
huyó de verla pasar.

Ni un muchacho revoltoso
á quien, por calmar el llanto,
contaran en son medroso
aquel cuento tan famoso,
y el chico calló de espanto.

Y aun diz que dió una doncella
con un espectro galán,
y que una devota bella
le alcanzó á ver después de ella
en casulla ó balandrán.

Todo eran apariciones,
raros acontecimientos,
secretas conversaciones;
todo ruidos y visiones
y diabólicos portentos.

Los unos vieron gigantes,
otros toparon enanos,
otros hogueras volantes,
otros mágicos errantes,
y otros brujas y gitanos.

Y alguno más entendido,
más ducho ó más suspicaz,
creyó allí haber sorprendido
algún amor protegido
con el murmullo falaz.

Vino un día y otro día,
y vino un mes y otro mes,
y el tercer año corría;
el segundo concluía,
y pasaron hasta tres.

Las visiones acabaron,
y, olvidadas las consejas,
los mozos las despreciaron,
las muchachas se casaron,
y se murieron las viejas.

Con esto el miedo pasó
y el valle quedóse en calma.
Mendo Abarca no volvió,
ni á nadie se apareció
Pérez en cuerpo ni en alma.

VI

En un salón adornado
con alfombras toledanas,
con pabellones de sedas,
con mecheros y con lámparas,
vestido de terciopelos
festonados de oro y plata,
cercado de taburetes
y de cojines de grana,
hay hasta cuatro personas
en plática sosegada,
que esperan como en familia
alguna cosa que tarda.
Una es don Mendo Quiñones,
otra es una antigua dama,
otra es doña Leonor,
y otra un clérigo, que calla.
Está Leonor cual lo exige
la ceremoniosa usanza
de aquellos revueltos tiempos
de fiestas y de batallas.
Corpiño y falda turquí
bordados de seda blanca,
con dos filas de botones
de costosa filigrana.
Desnudo el cuello y los hombros,
bajo un collar de esmeraldas,
con un lazo de brillantes
que por una cruz remata.
Los cabellos divididos
en dos trenzas derribadas
que á ambos lados se recogen
en dos agujas de plata;
y en la mano un abanico
con que la faz del sol guarda,
tras de cuyo varillaje
mira á salvo y no es mirada.
Con igual lujo y riqueza
está engalanado Abarca:
el jubón de terciopelo,
acuchilladas las mangas,
capotillo carmesí,
calzón negro y gola blanca,
y en un cinturón de seda
colgados estoque y daga.
De aquestos tres personajes,

Quiñones y las dos damas,
el cuarto los atavíos
está contemplando en calma.

Empieza en una corona
y en un acicate acaba;
tanto conserva de monje
como de soldado guarda.
El gesto tiene severo
y la frente despejada,
empinados los bigotes,
espesa y luenga la barba.
El jubón negro y sin cuello,
el ropón tocando en capa,
la gola negra y sencilla,
botas, espuelas y espada.
Si fija en otros sus ojos,
no pueden con sus miradas;
si habla, le escuchan atentos;
no le importunan si calla.
Mas su mirada es modesta,
contenidas sus palabras:
si reconviene, no ofende,
y si aconseja, no cansa.
Los valientes le saludan,
los pordioseros le aguardan,
las damas le reverencian,
los cortesanos le halagan.
Y algunas lenguas mordaces
sólo un defecto le achacan:
ser celoso en demasía
de la honra y buena fama.
Es capellán de Quiñones,
con quien tiene mesa y casa,
y á quien salvó vida y honra,
dicen que en una batalla.
De entonces, él y don Mendo
un punto no se separan;
son un cuerpo y una sombra,
cuerpo y sombra con un alma.
Es á un tiempo secretario,
consejero, amigo y guarda.
Don Mendo, sin su presencia,
ni come, ni abre las cartas;
á un sermón y á un desafío
igualmente le acompaña;
procura evitar contiendas;
pero, una vez empeñadas,
el cáliz por el estoque,
por la malla el ropón cambia,
y, á pretexto de padrino,
da la postrer cuchillada.

Ni es de extrañar que esto sea,
porque, en los tiempos que alcanza,
los obispos son alcaides,
y sus palacios son plazas;
no pagan pecho á sus reyes,
mantienen á sueldo lanzas;
antes de prestarle ayuda
juzgan despacio su causa,
y como más les va en ello
le acuden ó se desmandan,
y viven entre placeres
con familiares y damas.

Así como es el espejo
es la imagen que retrata,
y así como andan los reyes,
la corte y vasallos andan.

Tales son los personajes
que en plática sosegada
esperan como en familia
alguna cosa que tarda.
Al fin, al doblar sonoro
de una ligera campana,
abriéronse los balcones,
entró el sol de la mañana,
y de galanes y hermosas
fuése llenando la sala.
Oyóse el rumor del pueblo
que abajo se agita y pasa,
y el capellán y Quiñones,
haciendo venia á las damas,
salieron hacia la iglesia
donde doblan las campanas,
porque es el día del Corpus
y está la corte de gala.

VII

Al doble y revuelto son
de campanas y atabales,
hierve y bulle un pueblo entero
en plazas, rejas y calles.

Es un bello sol de Junio,
que derramado se esparce
por techos, plazas y torres,
gran farol de fiesta grande.
Sus rayos de grana y oro
se quiebran y se deshacen,
se estremecen y reflejan
en pizarras y cristales.
De los sueltos pabellones,
de los tapices brillantes
que orlan, visten y coronan
los balcones desiguales,
en cada hebra de oro y plata
y en cada lazo ondulante
reverberan mil colores
que tornasolan el aire.
Entre guirnaldas de flores,
entre velos y cendales,
entre abanicos de plumas,
entre dueñas y entre pajes,
decoran las celosías,
que descorren fiestas tales,
cuantas damas de Castilla
dentro de la villa caben.
La luz de un sol tan alegre,
la interposición del aire,
los suntuosos atavíos
y el placer de los semblantes
hacen que de cada hermosa
finjan en ensueño un ángel
los enamorados ojos
de los felices galanes.
Cuántos hidalgos osados,
deteniendo el paso errante
al pie de unos miradores,
contemplan un gesto grave!
Cuánto celoso mancebo,
al revolver de una calle,
el sombrero hasta los ojos
aguarda amoroso trance!
Cuánta dueña en una reja,
en tanto la dama sale,
espera en faz compungida
que el audaz citado pase!
Cuántos suspiros se ahogan
entre el son interminable
con que el gentío murmura
cuando del pecho se parten!
Cuánta ardorosa mirada
intercepta el velo frágil
de una pluma que un tercero
cruzó entre ambos un instante!
Cuántos ojos arrobados
en otros del cielo imagen
se topan detrás de aquellos
otros ojos centellantes!
Cuántas citas amorosas
camino á escondidas se abren
entre aquel rumor confuso
que un millón de bocas hace!

Calmando al fin del gentío
la voz sorda y susurrante,
diez maceros á caballo
la gente por medio parten.
Bajáronse los sombreros,
y tornáronse anhelantes,
impacientes y curiosos,
mil rostros hacia una calle.
Pasaron lanzas y cruces,
alabardas y estandartes,
cirios, clérigos, soldados,
mangas y comunidades.
Pasaron urnas, reliquias,
chirimías y ciriales,
congregaciones y escuelas,
nobles, juntas y hermandades.
Hasta que al fin, de improviso,
levantó su voz gigante
el pueblo, que vió á lo lejos
la engalanada falange
de hidalgos, condes y duques,
obispos y cardenales
que en torno del rey Enrique
traen á su Dios por delante.

Quedábale á Enrique cuarto
por don de sus mocedades,
el fastidio y la osadía
de placeres y desmanes;
que, aun niño, rompiendo el yugo
del respeto al rey su padre,
tuvo en Segovia una corte
con pueblo y leyes aparte;
y allí, anegado en deleites,
sin conocer vasallaje,

pasó los años primeros
siempre en faz de rebelarse.
Hoy, ya rey, abrió su corte
á cuanto ilusorio y grande
quiso con sus reales culpas
de las suyas escudarse.
Vinieron aventureros
sin más haber que su sable,
y vinieron cortesanas
que allá en países distantes
fueron nobles y duquesas
de real solar y real sangre,
á quien echan de su patria
opiniones populares.
Vinieron monjes robustos,
todos rectores y abades,
de costumbres de gran peso
y profesión impalpable.
Y entre discordia y licencia,
entre amores y combates,
andando allí confundidos
los soldados y los frailes,
logróse sin gran trabajo
que fuesen en tiempos tales
las audiencias galanteos,
los amores liviandades,
y las damas cortesanas
y los clérigos galanes.
Que así como es el espejo
es la retratada imagen,
y hacen, si andan mal los reyes,
que mal los vasallos anden.
Los monjes á par alternan
las mallas y los sayales,
y el que ayer era prelado,
mañana á campaña sale.
Tales gentes y tal fiesta
bajan la calle adelante,
y hasta doscientos jinetes
dan á la función remate.

Entre las gentes que al rey
prestan honra y homenaje,
ni cerca de su persona,
ni lejos del Condestable,
van dos nobles caballeros
que, en severos ademanes,
entre secretas palabras,
secretas razones traen.
Tan en secreto las cruzan,
que, en verdad, no fuera fácil
que pudiera algún curioso
alcanzar de lo que traten.
Mas que es cosa de importancia
bien pudiera asegurarse,
pues á veces hace el uno
que el otro los ojos baje,
y á veces, levantando éste
la mirada penetrante,
torna á bajarla irritado,
cual devorando un ultraje
que el otro le recordara
y mucho á su honra tocase.
Cuanto más uno se turba,
sigue el otro imperturbable,
y ambos miran de continuo
á un balcón, luego á la calle.
Es el uno Mendo Abarca
que, inclinado hacia adelante,
con su capellán conversa
en razones semejantes:

—Pero, padre, eternamente
la misma conversación!
—Señor, siempre esta ocasión
me está en el alma presente.

—Maldita ocasión la vuestra,
que en todas partes la véis!
—Señor, que fué bien sabéis
la experiencia mi maestra.

—Y lo que os sucede á vos
ha de acontecerme á mí?
—La honra, señor, que perdí
no basta á dármela Dios!

Y cuando vos la perdáis...
—Yo mismo la cobraré.
—Yo también me lo pensé:
pero, como yo, la erráis.

Que es la mujer un cristal
que, si se empaña una vez,
la mancha ó la palidez
se lavan luego muy mal.

Mirad, don Mendo, al balcón
y á la calle atentamente.
—Padre, padre, eternamente
la misma conversación!

—Si os salvé, señor, la vida,
la honra os he de salvar;
yo por ella he de velar
si vuesa merced la olvida.

—Ved que vos podéis muy bien
dar camino á una sospecha.
—Ved que en cuenta tan estrecha
podéis vos errar también.

—Ved que soy yo su marido!
—Ved que ella es vuestra mujer!
—Sé que me ama.
—Puede ser.
—Y pudiera...
—Haber mentido.

—Mas, padre, vos...
—Vedla allí.
Y aunque así á vos no os ofende,
pensad que á todos atiende
menos á vos...
—Eso sí!

—Pues si os ama, cómo á vos
es á quien busca el postrero?
—Ay, triste del que altanero
me compita, vive Dios!—

Así en voz baja platican
aquellos dos personajes,
al ir de su propia casa
avistando los umbrales;
y saludando á Leonor,
que al balcón á verlos sale,
con la procesión siguieron
toda la plaza adelante.

VIII

En un estrecho aposento,
al amarillo fulgor
que por entre seis cristales
despide un turbio farol,
el capellán y don Mendo,
en tenue y secreta voz,
tienen, de alta consecuencia,
trabada conversación.
Don Mendo está pensativo,
encendido de color,
la mano puesta en la frente,
mal sentado en un sillón,
los cabellos en desorden,
luchando con su interior,
y retratando en el gesto
la inquietud del corazón.
El capellán tiene el rostro
entre hipócrita y feroz,
y contempla al de Quiñones
con ojo escudriñador.
Al abrigo guarda el suyo
de la sombra del farol,
cuidando de que á don Mendo
ilumine el resplandor.
Entre ambos hay extendido
un macizo velador
en que, para estar más cerca,
se apoyan tal vez los dos.
Á una pregunta de Abarca,
de extremada concisión,
con otra pregunta idéntica
el capellán contestó:
—Y su tristeza y despego
no véis de entonces, señor?
—Mas ved, padre...
—Y no decís
que, al saber vuestro perdón,
casi loca de alegría,
vuestra vuelta aceleró?
—Es verdad.
—Y no decís
que advertísteis variación
desde la misma mañana
en que en la corte se vió?
—Y eso, padre...?
—Y no decís
que un ensueño aterrador
la atosiga desde entonces
y la pone en aflicción?
—Es verdad.
—Y no decís

que de aqueste torcedor
nunca la secreta causa
vuestra esposa os reveló?
—Y eso prueba...
—Que en su pecho
hay secretos para vos,
y las mujeres no tienen
más secretos que el amor.—
Don Mendo apretó los puños
cuando tal respuesta oyó,
y en la inquietud de sus ojos,
que revuelve en derredor,
se ve bien que busca el triste
otra disculpa ó razón.
En tanto el cura le atiende
con sonrisa de traidor,
y rebosan sus pupilas
sangrienta satisfacción.
Por fin, como quien despliega
todo el último valor,
con hondo y trémulo acento,
Mendo Abarca replicó:
—Tal vez de mujeres, padre,
secretos caprichos son
que sólo consultar deben
allá con su confesor.
—Los caprichos mujeriles,
ya os dije, don Mendo, yo,
que si al marido se celan,
no son más que otra pasión.
—Callad, padre, porque me hacen
vuestras palabras pavor,
y es tan profunda esta herida,
que me duele, vive Dios!
—Pues buscad presto remedio,
don Mendo; porque si no,
la herida se os hará cáncer
que gangrene vuestro honor.
Mañana tal vez...
—Por cierto
que es tremenda precisión!
Dejadme, que bien pensado,
el tiempo...
—Tiempo veloz,
tiempo rápido! Que el tiempo
carcome la reflexión.
—Pero, padre, ved que errarlo
no fuera...?
—Nunca peor;
que en cuidar mucho su honra
jamás hidalgo pecó.
Ved que yo he perdido el mío;
y aunque hice venganza atroz,
ni le he cobrado, ni el tiempo
me ha quitado este borrón.
—Pues bien; si es cierto, á impedirlo
ó á vengarlo pronto estoy.
—Pues el remedio ó venganza;
ved que urge.
—Tenéis razón;
y pues sabéis la dolencia,
buscadme el remedio vos.—
Guardaron ambos silencio
en torva meditación;
don Mendo, fijos los codos
sombre el ancho velador,
las sienes entre las manos
y el cabello en confusión,
como quien devora y siente
secreto afán interior.
Su sombrío compañero,
de espaldas en el sillón,
es un hombre á quien se puede
partir la figura en dos.
Unas veces es un monje,
ministro santo de Dios,
cuya presencia es consuelo
á mundanal aflicción;
cuyo rostro da franqueza;
cuya majestuosa voz
aconseja dulcemente,
dando calma al corazón.
Otras es un hombre osado,
duro, hipócrita ó traidor,
que aguarda en faz misteriosa
una pensada ocasión;
un tigre que acecha oculto
la presa que descubrió,
y hace que duerme tranquilo
para asaltarla mejor.
Si baja al suelo los ojos,
dirían que hace oración;
mas arden, cuando los alza,
en fuego fascinador;
y al fijarlos en don Mendo,
tan horrible es su expresión,

que, más que monje, dijeran
que semeja un salteador.
Á veces pintan la ira,
y á veces la compasión,
y á veces pintan los celos,
y otras veces el furor;
y el orgullo y la vergüenza,
y el duelo y la confusión,
y la venganza y la rabia,
la constancia y el valor,
á un tiempo brillaba en ellos...
Mas todo cambió veloz
cuando don Mendo la frente
de entre las manos alzó.
Fué otra vez el mismo monje
amigo y consolador
que la existencia de Abarca
en el combate salvó.
La mirada que Quiñones
tendió angustiado en redor,
á la del monje pedía,
más que justicia, perdón.
Mas el clérigo inflexible,
en sorda y siniestra voz,
así dijo, entre los dedos
deshilachando el ropón:
—Escuchadme, Mendo Abarca:
en negocios como el de hoy,
hasta que todo se aclara,
disimular es mejor.
Sólo un medio se me alcanza:
pues que capellán soy yo,
disponed que á vuestra esposa
oiga un día en confesión...—
Y esto diciendo, brillaban
sus ojos con tal fulgor,
que semejaron la lumbre
de enrojecido carbón.
El marido, que, turbado,
tal vez no le comprendió,
replicóle:
—Entonces, padre,
lo alcanzaréis sólo vos!
Á lo que el clérigo dijo:
—Muy torpe, don Mendo, sois,
pues se oye desde una alcoba
lo que se habla en un salón.
—Cierto, padre; pero... hay puntos
que en ofensa son de Dios.
—Cierto, Abarca; mas hay prendas
que encierran tanto valor...
—No os comprendo!
—Concluyamos
tan necia conversación.
Si sois hidalgo, don Mendo,
curad bien de vuestro honor,
ó sufrid que el pueblo ría
á vuestra faz...
—Eso no!
Decís que el pueblo se ríe?
—Quién lo duda?
—Y tal baldón
llevará junto mi nombre...?
—El de marido, señor.
—Y mi esposa?
—Ha de infamaros
si es cierto que os engañó.
Iréis con ella á la corte,
y han de mofarse de vos.
El rey os hablará de ella,
y ha de mofarse de vos;
la verán al lado vuestro,
y han de mofarse de vos;
y os tendrán, á no vengaros,
por necio ó encubridor.
—Basta, padre, ó con la lengua
os arranco el corazón!
Que verdades tan amargas
las tolera sólo Dios.
Basta á fe...! Fingiré un voto
de una peregrinación;
su confesión en voz alta
la tomaréis, padre, vos;
pero dentro de la alcoba
la he de escuchar también yo.—
Y alzándose del asiento,
tomó don Mendo el farol,
dirigiéndose á una puerta
que da paso á un callejón.
El clérigo le seguía
en ademán triunfador,
y, al trasponer los umbrales,
entre dientes murmuró:
«Este mes hace tres años.
»Mañana, al salir el sol,
»un crimen y un duelo mismo

»tendremos que llorar dos.»
Tornóse Mendo, y pensando
que dudaba, preguntó:
—Qué decís, padre?
—Rezaba:
id adelante, señor.

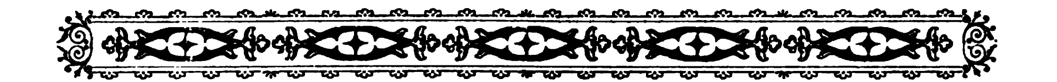
IX

En una sala cuadrada,
con tres tapices cubierta,
al pie de un reclinatorio
de cincelada madera,
ante un monje de rodillas,
con un velo en la cabeza,
doña Leonor de Quiñones
cristianamente confiesa.
El rojo sol de Occidente
reflejando en las vidrieras,
por las entornadas hojas
con trémula luz penetra.
Y en los tapices tendiendo
una ráfaga postrera,
con paso incierto, al huirse,
pasa de una en otra hebra.
Hay á un lado de la sala
con un cerrojo una puerta,
y en el otro un gabinete
con una cortina negra.
La mujer en faz humilde,
el monje en faz altanera,
seguían la confesión
en preguntas y respuestas.
Pregunta el monje en voz alta,
responde en voz débil ella;
él pregunta: —*No es así?*
y ella —*Sí, padre*— contesta.
Parece, según lo exacto
con que pregunta y acierta,
que está el confesor leyendo
la pregunta en la conciencia.
Decía el monje: —Una noche?
—Sí, padre.
—Las doce eran?
—Sí, padre.
—Zumbaba airada
en las torres la tormenta?
—Sí, padre.
—Amáis á don Mendo?
—Sí, padre.
—Y sabéis que es fuerza
guardar entera la honra
que un hombre á su esposa entrega?
—Ved, padre, que yo dormía.
—Y quién guardaba las puertas,
que así osó llegar un hombre
hasta la cámara vuestra?
Sabéis que no bastan llaves,
murallas ni centinelas
para guardar dignamente
la fama y la honra ajena?
Sabéis que son las mujeres
sólo un arca donde cierran
todo su honor los maridos
con candados de vergüenza?
Sabéis que mujer sin honra
es sólo un padrón de afrenta
que eternamente en el rostro
el vendido esposo lleva?
—Ved, padre, que yo dormía.
No fué crimen, sino fuerza!
—Y no pedísteis á Mendo
venganza horrorosa y presta?
—Faltóme, padre, el valor.
—Luego fué traición completa,
pues que lanzásteis el darlo
y escondísteis la ballesta!—

Trémula, medrosa, ahogada
la frente contra la tierra,
el rostro entre las dos manos,
clamó acelerada ella:
—Callad, padre, y si pequé,
imponedme penitencia.—
En esto alzó la cortina
don Mendo, que tal oyera,
y, asiéndola del cabello,
la dijo:
—Pues que confiesas
que cometiste la culpa,
sufre, traidora, la pena!—
Y escondiéndola la daga
dentro la garganta mesma,
luchando con la agonía,
sobre la alfombra la suelta.

Á su espalda, en este punto,
horrible, insultante, hueca,
oyóse una carcajada,
y el capellán con violencia,
poniendo mano al estoque,
gritó á don Mendo en voz recia:
—Yo asesiné á Margarita,
y lavé mi honra en la vuestra.
Don Mendo, yo soy *Ruy Pérez*,
que ha tres años que os acecha,
que os acosa y os persigue,
porque sabe, aunque le pesa,
QUE HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN
NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN!





Recuerdo á N. P. D.

Bajad del monte al escondido valle,
frescos arroyos, cristalinas fuentes,
que en esas rocas anchurosa calle
buscáis á vuestras rápidas corrientes,
y en un remanso recogido acalle
vuestra linfa sus ondas maldicientes,
por que, sorbiendo el valle su frescura,
cargue su espalda de eternal verdura.

Bajad, aguas, del monte susurrando,
sobre las calvas peñas destrenzadas,
los colores del sol reverberando
en gotas con el sol tornasoladas;
que manantiales os irán prestando
esas agudas cumbres escarchadas
donde se está filtrando en hilos leves
la eterna plata de las limpias nieves.

Claros, sonoros, libres arroyuelos
que váis de piedra en piedra juguetones
césped brotando y derritiendo hielos
en curso inquieto y deleitables sones,
felices sois, pues que mundanos duelos
no adormís, ni raquíticas pasiones
al compás con que os suelta y desparrama
desde sus canas cumbres Guadarrama.

Pues naciendo en recónditos asilos,
rodáis por esas mudas soledades,
en anchas ondas, ó en delgados hilos,
por altas rocas ú hondas cavidades,
ya os arrullen los céfiros tranquilos,
ya el soplo de revueltas tempestades.
Felices vuestras aguas transparentes,
libres arroyos y perdidas fuentes!

Bajad del monte, y si en el valle umbroso,
bajo su tosco pabellón de pinos
la soledad os cansa y el reposo
de sus antros y sotos peregrinos,
torced el suave paso rumoroso,
trasponed puentes y cruzad caminos,
ganando tierra y conquistando calle
hasta los bordes del postrero valle.

Cual solitaria y lánguida palmera
que el sol marchita y Aquilón azota,
veréis allí á Sevilla la altanera,
ya por el tiempo consumida y rota,
tal vez caduca, pero hidalga y fiera
con su pujante antigüedad remota;
que aun la ofrecen sus claros manantiales
sobre torres sin tiempo arcos triunfales.

Bajad, arroyos; la veréis ufana,
raudos al deslizar vuestra corriente,
sobre esa enorme creación romana
que al par la sirve de obelisco y puente:
noble corona que sustenta vana
sobre la apenas poderosa frente;
yugo gigante que la abruma el cuello,
de su antigua grandeza último sello.

Dejad, arroyos, la empinada cumbre,
el verde soto y soledad amena,
y cruzaréis la inmensa pesadumbre
de la alta puente de hendeduras llena:
de veinte siglos la continua lumbre
su tez ha puesto pálida y morena,
pero aun se tiene colosal y erguida,
vertiendo fuerza y ostentando vida.

Bajad, arroyos, y veréis cuán vanos,
junto á ese eterno y portentoso escombro,
parecen los escombros cortesanos
de otra más flaca edad timbre y asombro.
Ellos al fin hundiéronse livianos;
mas ése aun presta infatigable el hombro,
mostrando audaz á la flaqueza humana
el vigor de su estirpe soberana.

Oh! Esos mezquinos restos solitarios
que yacen por los llanos extendidos,
negras torres, desiertos campanarios,
solares sin señor, templos hundidos,
en eriales y cuevas y calvarios
y en olvidado polvo convertidos,
no pudieron guardar en la memoria
ni aun de sus dueños la vecina historia.

Ahí están esas góticas capillas
orladas de magníficos relieves,
cargadas de sutiles maravillas
en sus aéreos arabescos leves.
Ven, y en esas ruinas amarillas,
escrutadora edad, lee si te atreves,
por más que rompas al pasar los diques,
más que confusos Álvaros y Enriques.

Avanza un siglo más en tu camino
y un poco más tu huella profundiza,
y de Álvaros y Enriques el destino
se hundirá con la tierra quebradiza;
y mañana, pasando el peregrino,
al topar de sus huesos la ceniza,
dirá por conjeturas: *Aquí fueron!*
pero podrá jurar que *aquí murieron*.

Ahí queda, en ese alcázar mutilado,
bajo los opulentos artesones,
de reyes un espléndido senado,
con sus cetros, coronas y blasones;
y hoy, en su puente roto y derribado
y en sus pintarrajados murallones,
acaso en vano el pensador profundo
las huellas buscará de Juan segundo.

Que aun tres siglos su faz surcan apenas,
y tres veces tal vez le apuntalaron;
el uno vació en lanzas sus cadenas,
y las lluvias del otro le minaron.
Cegó el otro de adobes sus almenas,
y los tres al pasar le profanaron,
cual copa así que en el festín rompieron
y por juguete á los muchachos dieron.

Doquier se tiendan los avaros ojos,
escombros hallan, débiles memorias,
que apenas en estériles despojos
rastro dudoso dan de sus historias:
donde quiera, en fatídicos manojos,
huesos se hacinan y se esconden glorias,
sin que sepan decir tantos osarios
si eran romanos, godos ó templarios.

Mas id á demandar á ese coloso
el nombre de la patria y la alta cuna
de la raza del pueblo poderoso
que ató á sus pies el tiempo y la fortuna,
y en ese audaz esfuerzo prodigioso
con que á la edad fatiga é importuna,
con que de veinte siglos la carcoma
se atreve á rechazar, veréis á Roma.

En vano airado le sacude el viento
y en vano el ronco temporal le moja,
y en vano sobre el monstruo macilento
tan larga edad su pesadumbre arroja;
que siempre altivo y grande y opulento,
ni el vendaval ni la vejez le enoja;
y siempre rico, en su ciudad derrama
los arroyos que bebe en Guadarrama.

Bajad del monte, frescos riachuelos,
aguas puras de fuentes cristalinas
que holláis el césped y chupáis los hielos
en esas cumbres á la luz vecinas;
bajad del monte si abrigáis desvelos
en vuestras soledades peregrinas,
cansados ya de la desierta sierra
de ver más ancha y bulliciosa tierra.

De esa colina en la escondida falda,
donde entre brezos de color pajizo
tiende la hierba trenzas de esmeralda
con que á sus solas sus alfombras hizo;
donde, con flores de jazmín y gualda,
corona vuestro espejo movedizo,
hay una puerta en el hendido casco
de los doblados lomos de un peñasco.

No hay á su paso impertinente estorbo,
ni crece á su dintel adelfa amarga,
ni fiera alguna de talante torvo
la linfa turba en su carrera larga:
torced por ella vuestro curso corvo
sobre el peñasco que el camino alarga,
hasta que vuestros rápidos cristales
rueden sobre los arcos imperiales.

Surquen, oh fuentes! en tropel sonoro
por la ancha espalda del excelso puente,
reverberando las madejas de oro,
vuestras gotas, del sol resplandeciente.
Bajad del monte en susurrante coro,
agitando la límpida corriente;
veréis el sello con que el hombre doma
de veinte siglos la opulenta Roma.

Y si pasando desde el alto lecho
do el puente os presta soledad y abrigo,
veis por las grietas del canal estrecho
tal vez llorando á mi amoroso amigo,
si es que las llagas de su herido pecho
consuelo admiten ó á su mal testigo,
decidle que hay quien su pesar agora
del Manzanares á la margen llora.

Frescas, puras, corrientes, cristalinas
fuentes sonoras, limpios arroyuelos,
que de esas cumbres á la luz vecinas
holláis el césped y bebéis los hielos,
si halláis en tantas flores las espinas
de sus antiguos y cansados duelos,
dadle de vuestra fugitiva randa
con el claro compás música blanda.

Y así reviente en matizadas flores
y en madreselvas vuestra verde orilla,
y os preste sombra, arroyos bullidores,
la caña cimbradora y amarilla,
y así bajen los lindos ruiseñores,
la suelta garza y triste tortolilla
á hundir en vuestras frágiles espumas
los tiernos picos y esponjadas plumas.





ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO





